



1
5

SG-3

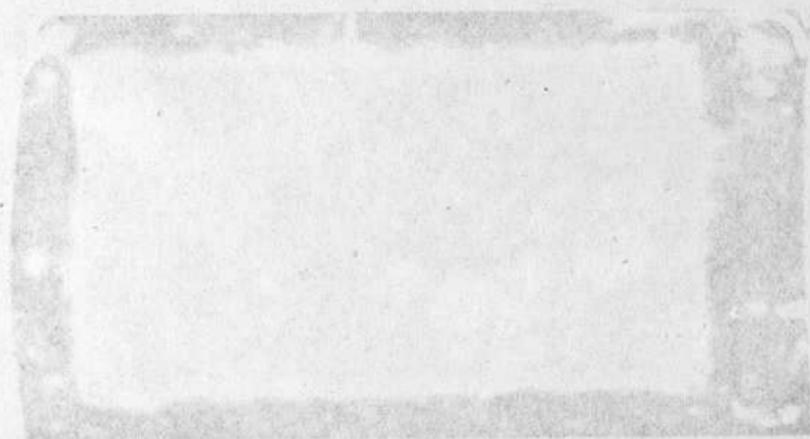
7-7

B.P. de Soria



61114865
D-1 1585

D-1
1585



HISTORIA
DE LOS
SOBERANOS PONTIFICES
ROMANOS.

TOMO VII.

~~Vol 13~~

~~And 4~~

~~Vol 2 B~~

Este 18

Feb. 1^a

76° 18

HISTORIA

DE

SOBERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

TOMO VII

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS,

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. ANTONIO RENU Y CAUÉ.

TOMO VII.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN,
Victoria, 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro.

1859.

HISTORIA

La traduccion de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

ARTAUD DE MONTOUR

EX-EMBALLADOR DE FRANCIA EN ROMA

TRADUCIDA

D. ANTONIO REZIN Y CAÑAS

TOMO VII

CON LAS INGENIAS NECESARIAS

BARCELONA

EN EL PUSO DE LA

Rambla del Comercio

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTIN

Trinidad, 4.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

255. Pío VII. 1800.

(Continuacion.)

CAPÍTULO XII.

Personajes influyentes que rodean al Papa.—Carta de Alquier al secretario de legacion en Roma.—Dudas del Papa sobre la buena fe del gobierno francés.—Concepto de los romanos acerca del concordato de 1801.

Mientras se proseguian las negociaciones con mútua buena fe, Consalvi daba cada día nuevas pruebas, segun así se escribia á Cacault, de su talento y de sus virtudes. No se pudo conseguir que asistiese á ninguna funcion, ni siquiera al teatro. Decia que aun cuando no fuese sacerdote, semejantes cosas no eran decorosas.

Entretanto, en calidad de secretario de la legacion francesa de Roma estuve en relaciones diplomáticas con el cardenal José Doria, que desempeñaba la prosecretaría de Estado por ausencia del cardenal Consalvi. Su comportamiento conmigo era muy afectuoso, de modo que no se desdeñaba de pasar á mi modesta morada para saber noticias de Francia. El Papa le tenia poco aprecio porque no queria al cardenal Consalvi.

Voy á indicar las personas que eran mas del agrado de Su Santidad , lo cual equivaldrá á explicar el estado en que Consalvi encontró á su regreso la corte de Roma. Entre aquellas, la que mas confianza merecia al Papa despues de su cardenal favorito, era monseñor Bertazzoli, administrador del obispado de Imola, que el Sumo Pontífice se habia reservado. Era hombre de carácter apacible y cortés pero débil. En otro tiempo prestó dinero al cardenal Chiaramonti para que pudiese trasladarse al cónclave de Venecia , pues no tenia el que necesitaba á causa de dar todos los meses á los pobres la mitad de los productos de su obispado. Pio VII decia con frecuencia que debia en parte á dicho prelado la dicha , si tal podia reputarse, de ser elegido papa. A no ser, decia , la generosidad de monseñor Bertazzoli, el cardenal obispo de Imola hubiera carecido de medios para emprender el viaje á Venecia de un modo conveniente á su rango, pues apenas tenia lo suficiente para ir á pié con sus conclavistas y algunos servidores.

Además del cardenal Bertazzoli hubo , segun se asegura, otra persona que facilitó recursos al obispo de Imola , y era Marconi, quien obtuvo mas adelante en recompensa un destino en que pudo adquirir una considerable fortuna. El cardenal Bertazzoli, segun se decia, tomó parte en la redaccion de la homilia de 1797, componiendo los puntos democráticos que en ella aparecen ; mas yo no lo creo , pues no hay de ello prueba alguna, sin embargo de que la ulterior conducta de dicho prelado en ciertas graves circunstancias , sirvió de pretexto para afirmarse en esa opinion.

Los otros consejeros de Su Santidad eran el cardenal Pacca, que habia obtenido la púrpura el 23 de febrero de 1801, y que fué nuncio en Alemania y en Portugal, hombre de talento y distinguido literato, de carácter apacible pero resuelto y firme en sus opiniones religiosas ; monseñor di Pietro, teólogo consumado, y monseñor Menocchio, prelado entregado algun tanto á la vida contemplativa. Al principio el cardenal Maury frecuentaba mucho palacio, mas despues se retiró á su obispado de Montefiascone, en el cual se dedicaba á fundar una magnífica biblioteca con destino al seminario de su diócesis.

El cardenal Antonelli presintió cual seria la eleccion que

verificaría el cónclave, y abandonando al Austria, permitió que su partido votara con el del prelado Consalvi, sin atender á otra cosa que al interés de Roma. A este comportamiento debió Antonelli el afecto que le tenía el Papa, que decía de él que era digno de respeto por su edad de 71 años, por su consumada experiencia y por su arrepentimiento. También se veía mucho en palacio al cardenal Aurelio Roverella, que contribuyó asimismo á la elección de Pio VII.

Todas estas personas, excepto el cardenal Pacca, sin dar á entender abiertamente que querían desacreditar á Consalvi, empezaban á trabajar sordamente contra él, y á disponerse á atacarle rudamente, cualquiera que fuese el éxito de su misión en París. El cardenal Fabricio Ruffo, ministro plenipotenciario de Nápoles en Roma, inventaba toda clase de medios para complacer á su soberano, de quien no obstante no tenía motivos de estar satisfecho. Algunos emisarios ingleses esparcían rumores alarmantes; se trataba de inducir al Papa á abandonar á Roma y trasladarse á la isla de Malta, y de sublevar al pueblo. Repetíase sin cesar en todas partes la siguiente sátira:

*Pio (VI) per conservar la fede,
Perde la sede.*

*Pio (VII) per conservar la sede,
Perde la fede.*

Esta sátira solo tiene gracia en italiano. Se aludía en ella al comportamiento de Pio VI, que perdió, decíase, la Santa Sede para conservar la fe, poniéndolo en oposición al de Pio VII á quien se acriminaba injustamente de que perdía la fe para conservar la Santa Sede.

Alquier me dirigió un despacho que me probó hasta que punto Acton y él sentían que pudiese restablecerse la armonía entre la Santa Sede y el primer cónsul. Decía así:

«La amistad que os profeso hace que alarme la resolución que habeis tomado de quedaros en Roma en caso de que el embajador se retire á Florencia cumpliendo la órden que ha recibido. Me parece evidente que la intención del gobierno es que no haya agentes que le representen en Roma, en el caso de que el Papa no acceda á lo que de él se pretende; y ¿no veis que obraríais en oposición con sus miras no siguiendo al ministro á cuyo

lado estais? Vuestra determinacion destruye necesariamente todo el efecto de la retirada dispuesta por el primer cónsul.

«Por otra parte ¿qué hariais en Roma quedando despues de la partida de Cacault sin título, sin facultades y sin poderes? Si sobreviene el mas leve trastorno, nada podreis hacer para impedirlo, y no faltará quien diga que vos lo habeis promovido, pues os vereis rodeado de hombres exaltados, que abundan en Roma y os comprometeréis altamente.

«Infinitas son las reflexiones que se ocurren tocante á la determinacion que pensais adoptar; pero me limitaré á deciros que, no habiendo una orden que os autorice á permanecer en Roma despues de la marcha de Cacault, no existe una razon plausible para continuar en ella.

«Mucho deseo que las observaciones que os hago movido del *afecto* que os profeso, os parezcan tan atendibles como realmente son. Adios, recibid las seguridades de mi amistad, y marchad si el embajador se retira, pues así lo aconseja la prudencia. No vacieis en enviarme un correo en el caso de ocurrir algo de importancia.

Contesté á Alquier que no podia confiarle por escrito los motivos que me impulsaban á quedarme; que el dia de la llegada de Cacault se presentaron en su casa los revolucionarios, á los cuales mandó decir que no escucharia á ninguno de ellos mientras estuviese en Roma; que me hizo prometer que obraria del mismo modo, y que nadie me igualaria en observar una ciega obediencia tocante á este punto; que la única persona cuyo trato frecuentaba era el benedictino y abad de San Estéban del Cacco, Silvestre Torelli, y que los consejos que los dos nos dábamos nada tenian de malos; que era posible que hubiese algunos trastornos en Roma, *en donde Nápaes intrigaba para volver á ella*, y finalmente que la influencia del cardenal Consalvi dominaba en Roma sin oposicion alguna, á pesar de hallarse él en Francia; que seria muy extraño que no me creyese yo seguro teniendo en rehenes en París á semejante personaje; que por otra parte no debia yo olvidar que Cacault era mi jefe, y hombre que conocia mas que otro alguno los asuntos de Italia, especialmente los de Roma, y que me dejó en esta capital, en donde permaneceria hasta que él ó el gobierno francés me mandasen que saliese.

Intimidábase sin cesar al Papa, y se le inducia á no ajustar definitivamente ó no ratificar un concordato, por cuanto su resultado podria ser la completa pacificacion de la Vendée y de

algunos puntos del mediodía de Francia , cuando lo que convenia era alentar á los antiguos enemigos de Bonaparte y suscitarle otros nuevos.

En tanto pasé al palacio Quirinal en donde residia el Papa (este palacio es el llamado tambien de *Monte Cávallo* del nombre de la plaza en que se halla situado), para dar las gracias á Su Santidad por haber proveido espontáneamente de municiones á unos buques genoveses mercantes , bloqueados en el puerto de Civitavecchia por algunos corsarios ingleses. Animados los capitanes de dichos buques, se decidieron á salir del puerto y ahuyentaron á los que creyeron ingleses , pues á pesar de que llevaban la bandera inglesa eran sicilianos.

Mientras yo manifestaba al Papa cuanto se le agradeceria en París lo que habia hecho, mostrábase, contra su costumbre, frio y silencioso, y tenia el ademan de un hombre preocupado.

Al preguntarle si se sentia malo , respondió : « Nos sentimos bastante bien , pero nos atormenta una grande inquietud. ¿ Se obra con franqueza en París ? ¿ Se conservará la paz con nos despues de firmado el concordato ? » Entonces sacó de entre los papeles de su mesa uno impreso , que me entregó despues de leerlo para sí , diciéndome : « Ahí teneis una proclama hecha en Egipto, dirigida á los turcos dos años ha , en la cual se asegura haber sido expulsado de Roma el Vicario de Jesucristo en la tierra. Eso es acusarse injusta y gratuitamente ; eso no es exacto, pues no fué por órden del general que Pio VI fué expulsado. Fácilmente se os alcanzará , caballero, que nuestros amigos nos dan á conocer esa clase de documentos para ilustrarnos y ayudarnos á conducirnos mejor. »

El documento que me mostró el Papa era un falso *Monitor* impreso en papel comun , que algunos mal intencionados hicieron imprimir , y que contenia actos relativos á la expedicion de Bonaparte á Egipto.

Mi contestacion fué la siguiente : « ¿ Cómo es posible que Vuestra Santidad haga caso de las acusaciones que dirigen sus enemigos contra el gobierno consular ? Se ha dicho en París , y se ha impreso oficialmente , y no por cierto en un papel falso y fabricado como ese , que siendo Vuestra Santidad obispo de Imola , fomentó la revolucion de Lugo y expidió una

proclama en la que apellidaba á los franceses *lobos devoradores y perros sanguinarios*, hecho que es absolutamente falso, pues de los labios de Vuestra Santidad solo salieron palabras de caridad, de amor y de concordia. Cuando se hace la guerra, las pasiones son tan vivas, que hasta se emplea el arma de la calumnia. Además de que Vuestra Santidad ha respondido perfectamente á la suposicion de Egipto.

«Estoy íntimamente persuadido de que el primer cónsul quiere de buena fe el restablecimiento de la religion, y esto es todo cuanto puede apetecer Vuestra Santidad.»

«Pues bien, repuso el Papa, olvidemos lo pasado y reparemos las faltas que unos y otros quizás hayamos cometido, obrando en lo sucesivo con inalterable buena fe.»

Encaminando luego la conversacion á otro asunto, manifestó á Su Santidad que el gobierno de París podria quejarse de un grande agravio: «Vuestra Santidad sabe, le dije, que no ha mucho se han expuesto al público en el *Corso* unas láminas inglesas que representan la despedida de Luis XVI de su familia, y su suplicio en la plaza de Luis XV, con el objeto de incitar al pueblo contra los franceses, algunos de los cuales se han visto ya insultados. El actual gobierno de Francia rechaza con horror ese crimen y toda solidaridad con los asesinos de Luis XVI. Vuestra Santidad recordará que Cacault ha dicho muchas veces, hablando de esa terrible catástrofe, que por qué habian de exponerse al público esas láminas en las presentes circunstancias.» Como si hablara consigo mismo el Papa dijo: ¡*Ah, Napoli!* ¡*sempre Napoli!* y añadió luego: «Pero lo participasteis al cardenal Doria, y este os dió satisfaccion. Ciertamente que si lo hubiese sabido el gobierno antes que vos, á quien se manifestó primero al parecer por algunos franceses, se hubieran mandado retirar esas láminas.»—Me lo previnieron algunos franceses á quienes los transeuntes decian: *Ved, señores, lo que hizo vuestra nacion.*—«Nos, aplaudimos, dijo con energía el Padre Santo, el comportamiento del cardenal José, quien mandó poner en el acto su carruaje, pasó á enterarse por sí mismo de lo que pasaba, y encargó al tendero que en adelante tuviese mas cuidado con lo que hacia. ¿Quereis, pues, que nos entendamos con París?»—Yo repliqué que el car-

denal Consalvi solo enviaria despachos satisfactorios. «Le conocemos bien, repuso el Padre Santo, ¡es tan atento, desea tanto nuestro sosiego y nos salva de tantos males!» El resto de la conversacion se pasó prodigando el Papa infinitos elogios al cardenal, y manifestando repetidas veces cuan agradable era su amistad y cuanta confianza debian inspirar en todas partes sus talentos y las prendas de su corazon. Las últimas palabras que profirió el Papa fueron estas: *Basta che cò vitorni!*

No se podia dudar, atendido lo expuesto, de los esfuerzos que se hacian para suscitar obstáculos á un arreglo con la Francia.

Algunas personas discretas, considerando de diferente modo los intereses de su patria y de Su Santidad, decian secundo los planes del cardenal Consalvi: «Hoy dia, la capital de la Santa Sede no guarda proporcion con las provincias que aun posee. Las contribuciones del Estado (la Francia habia recobrado y cedido á la Cisalpina todas las Legaciones), ascienden en la actualidad á cuatro millones de escudos (81.320,000 reales vellon), insuficientes para mantener su gobierno y su administracion. La Francia nada envia ya á Roma; las relaciones que tenemos con la Alemania no traen sino sinsabores; la España empieza á mostrar indiferencia, y solo el Portugal se conserva fiel. La poblacion de los Estados Pontificios, desde que se han perdido las tres Legaciones, no pasa de un millon de habitantes. La Toscana está en la actualidad en poder de la Francia. Hallándonos bien con el primer cónsul puede esperarse que restituya el principado de Siena ó las Legaciones, ó que se dilate nuestro territorio por la parte de la Marca de Ancona, ó si se quiere hácia Nápoles.»

Otras personas curiosas, recorriendo asimismo las relaciones de Roma con la Europa, creiáanse mas instruidas, y decian á su vez con mas ó menos conocimiento de la verdad de los hechos: «¿Quién no ha oido hablar de un reparto acordado en Nápoles en 1799, segun el cual se destruia el poder temporal de Roma, y se distribuian sus Estados entre Fernando IV y el gobierno de Viena? Pues ¿por qué no procuramos adquirir, como dicen algunos hombres de Estado, provincias que han sido

nuestras, ú otras que nos convengan, cuya posesion podria garantirnos el primer cónsul si quisiese? Ajustemos el concordato, y se conocerá, cuando esté ratificado, su grande importancia religiosa y *el poder que otorga á Roma sobre el episcopado de todo el mundo*. Si no le ratificamos, es muy de temer que la Francia entera, ó á lo menos parte de ella, se halle en continuo desacuerdo con la Iglesia. »

CAPÍTULO XIII.

El cardenal Consalvi pide presentar el concordato al primer cónsul.—La esposa de Murat y Cacault van á Venecia.—Desacuerdos originados de este viaje.—El cardenal Consalvi presenta el concordato al primer cónsul en una audiencia pública.

Tales eran las opiniones de las cuales Pio VII debía adoptar la mas conforme con los intereses de la Santa Sede, á menos que ninguna de ellas tuviese fundamento. Consalvi sin ocuparse de los admiradores, ni de los adversarios que tenia en Roma, obraba como mejor le parecia consultando sin embargo al célebre canonista Caselli y al arzobispo de Corinto, Spina, hombre atento, paciente y conciliador. José Bonaparte se complacia en poder demostrar atenciones á la corte de Roma, y secundaban sus deseos Cretet y Bernier. Consalvi pidió al primer cónsul una audiencia pública para hacerle entrega solémne de una copia oficial del concordato, peticion que dió lugar á debates durante algunos dias.

Expuesto ya lo que se decia en Roma y lo que pasaba en París, es preciso referir lo que ocurría en Florencia.

Cacault estaba al corriente de cuanto podia interesarle respecto á la corte de Roma, y mas de una vez nos reimos ambos de los consejos y de la amistad de Alquier que dejó de escribirme. Me guardé muy bien de enviarle un correo para participarle que Nápoles trataba de hacer asesinar á los franceses residentes en Roma como cómplices del asesinato de Luis XVI, y daba exacto conocimiento á Cacault de todo cuanto averiguaba con referencia á Nápoles.

El general Murat y su esposa, que es de un carácter exce-

sivamente amable, trataron siempre con mucha benevolencia á Cacault, quien correspondia á las atenciones que se le prodigaban con impedir que las tropas francesas pasaran á Roma. La esposa de Murat dijo un dia á Cacault: « Tal vez os fastidiáis aquí, pues vuestros asuntos marchan bien en París y en Roma. Yo gustaria de ir á Venecia: tomad los pasaportes y acompañadme como *si fuese vuestra hija*. Volveremos pronto sin que nadie lo sepa, menos el general que consiente en el viaje. Sí, tengo muchos deseos de ver Venecia en donde vos tampoco habeis estado.»

Cacault parte con su *hija*. Llegan ambos á Venecia y visitan los mas notables monumentos. Se le escapan inadvertidamente á *la señorita Cacault* algunas palabras que recoge un criado de fonda que sabia el francés, el cual las refiere á la policia que se informa del nombre y del estado del viajero que visitaba Venecia con la que figuraba ser su hija. Se descubre que el viajero es Cacault, antiguo agente general político en Italia y embajador titular en Roma; que su hija es la hermana del primer cónsul, esposa del general que está en Florencia al frente de treinta mil hombres, y que ambos personajes han pasado de incógnito á Venecia. Viena lo sabe; enviáanse á París correos extraordinarios; el embajador austríaco Cobenzl pide una audiencia; todo son quejas, reclamaciones y sospechas, de modo que habria podido dudarse si se estaba en guerra ó en paz. El primer cónsul manifiesta terminantemente que su representante en Roma se halla en Florencia; que su hermana se halla tambien en dicha ciudad cerca de su esposo, y que la policia de Venecia, como todas las policias, tiene delirios de poeta.—No, se contesta al primer cónsul, es el embajador Cacault, pequeño, brusco en sus movimientos, de mirada penetrante; lo observa todo con grande atencion y habla poco. La persona que le acompaña es sin la menor duda la esposa de Murat, pequeña tambien, pero bella, graciosa, y elegante. Se lamentó de la pérdida de sus cabellos; gusta mucho de Venecia.—El Austria tenia razon. El embajador y la esposa del general aparecen de nuevo en Florencia como si nunca hubiesen salido de ella, y poco á poco cesó la alarma que dió lugar al envio de muchos correos, y á que se creyera que queria romperse el concordato

y que puso en inquietud á Viena, á Roma y Nápoles, y dis-
gustó á París. Como el cónsul estaba á la sazón en negociaciones
con varias potencias, ese contratiempo las interrumpió mo-
mentáneamente; mas continuaron luego que se recibieron de
Florencia las explicaciones necesarias.

Los asuntos de París siguieron de nuevo su ordinario cur-
so. El dia fijado para dar audiencia al cardenal Consalvi, este
pasa á las Tullerías con una copia del concordato. Su Eminen-
cia vestia la púrpura, y con mesurado continente se acercó
al primer cónsul sobre el cual fijó modestamente sus ojos. El
hecho que voy á referir me lo contó el mismo cardenal. De
pronto el rostro del primer cónsul pierde su aire grave y áus-
tero, se pone risueño y aparece en él una risa comprimida.—
¿Qué es eso, caballero, preguntó Consalvi á la persona que
primero se le ofreció á la vista, he de pasar adelante?—Conti-
nuad, continuad, contestó dicha persona, no se trata de vos...
—Ah! ya que no se trata de mí, repuso el cardenal, conti-
núo...—Adelantóse solo; la fisonomía del primer cónsul reco-
bró su aire imponente, sus ojos brillaron luego con cierta
gracia que algunas veces sabia comunicarles, y recibió de ma-
nos del cardenal ese inmortal tratado, que constituye una de
las mas brillantes y sólidas glorias del consulado.

CAPÍTULO XIV.

Cacault y el cardenal Consalvi regresan á Roma.—El cardenal Caprara es nomi-
brado legado á latere en Francia.—Carta dirigida por catorce obispos fran-
ceses refugiados en Londres contestando al Papa.—Relato de Bernier.—
Incidente sobre los regalos que habian de hacerse con motivo del concor-
dato.—Relacion de un emisario sobre los obispos franceses refugiados en
Alemania.

Entretanto el cardenal Consalvi regresó á Roma para que
el Padre Santo ratificara el concordato, como así lo verificó el
15 de agosto del mismo año, practicándose otro tanto en París
el 8 de setiembre. Aquí empiezan nuevos sinsabores para la
corte de Roma. Era preciso escribir á los obispos para que di-
mitiesen su cargo á tenor del artículo 3.º del concordato, y

así se hizo empleando un estilo sencillo, pero imperioso. El cardenal Caprara, que obtuvo de Pio VI la púrpura el 8 de junio de 1792, fué nombrado legado *a latere* para ejecutar lo necesario á fin de restablecer el culto en Francia. Cacault recibió la órden de volver á Roma á ocupar su puesto.

El comportamiento de Cacault dejó satisfecho al primer cónsul, y mereció la aprobacion del departamento de negocios extranjeros. Aplaudióse sobre todo que yo hubiese permanecido en Roma, mas se halló muy mal que no enviase informes directos. Yo no me atreví á excusarme de los cargos que se me dirigian; pero Cacault explicó mi proceder, manifestó las órdenes que me habia dado, y continuó dándome nuevas pruebas de amistad y de sincero afecto de las cuales conservaré inolvidable recuerdo.

La primera respuesta que se tuvo á los avisos dirigidos en virtud del concordato, fué una carta de catorce obispos franceses refugiados en Inglaterra. El cardenal Consalvi, que quería á esos obispos, abogó por ellos y ensalzó su valor, sus virtudes y su talento; así es que se sintió conmovido al abrir su carta, que se hallaba concebida en estos términos:

Santísimo Padre:

No disimularemos á Vuestra Beatitud el grave pesar que nos afligió al recibir el breve de Vuestra Santidad de 15 de agosto de 1801, año segundo de vuestro pontificado. Este pesar es tan profundo que si bien no conocemos ningun deber mas grato ni mas grande que escuchar en cuanto nos sea permitido con absoluta deferencia los consejos de Vuestra Paternidad, no obstante este mismo pesar, no tan solo nos tiene indecisos, sí que tambien nos obliga con sentimiento nuestro á regular nuestra obediencia.

Vuestro breve es de tal naturaleza que á practicarse lo que en él se prescribe, en un instante quedarian viudas todas las iglesias episcopales de Francia. Vuestra Santidad no nos demuestra, y si hemos de decir francamente la verdad, no concebimos como la súbita viudez de las iglesias de ese vasto imperio podrá producir el saludable efecto de conservar la unidad y de restablecer en Francia la religion católica.

La experiencia adquirida en medio de tantas calamidades que muchos años há despedazan la patria, nos enseña cuanto debemos temer los males y las desgracias que caerán sobre el catolicismo á consecuencia de esa viudez simultánea y universal. Para evitarlos no queda á Vuestra Santidad otro camino que convocar á todos los obispos de la Iglesia galicana.

Al hablar así no pretendemos decir, que nos es penoso y desagradable dar un paso atrás en estos tiempos de aflicción y de luto; muy al contrario, débiles como somos, sería para nosotros un consuelo y una dicha inefable vernos libres de la pesada carga que soportamos, si posible es que tengamos algun consuelo ó algun instante de felicidad, despues que nuestros espíritus se han visto oprimidos por tantos infortunios.

Mas los derechos inherentes á nuestro ministerio no permiten que se rompa con facilidad el lazo que nos une á las iglesias que están bajo nuestros inmediatos cuidados, por voluntad de Dios muy bondadoso y altísimo.

Rogamos encarecidamente á Vuestra Santidad permita que en un escrito, que le enviaremos sin tardanza, expliquemos y desenvolvamos con mas extension los argumentos en que apoyamos nuestro concepto. Llenos entre tanto de confianza en el afecto verdaderamente paternal que Vuestra Santidad nos profesa, esperamos que no tomará determinacion alguna tocante á este asunto hasta haber pesado con toda equidad y prudencia los motivos que alegrarán algunos hijos ante un padre tan piadoso.

Puestos á los piés de Vuestra Beatitud, imploramos con toda la efusion de nuestra alma la bendicion apostólica, y somos muy afectuosos y obedientísimos hijos de Vuestra Santidad.

Lóndres 27 de setiembre de 1801.

Esta carta estaba suscrita por los prelados siguientes:

ARTURO RICARDO, arzobispo y primado de Narbona; LUIS, obispo de Arras; FRANCISCO, obispo de Montpellier; LUIS ANTONIO DE GRIMALDI, obispo y conde de Noyon; J. FRANCISCO, obispo de San-Pol de Leon; H. LUIS, obispo de Perigueux; PEDRO AUGUSTO, obispo de Aranches; SEBASTIAN MIGUEL, obispo de Vannes; ENRIQUE, obispo de Uzés; SEIGNELAY, obispo de Rodez; CARLOS EUTROPIO, obispo de Nantes; FELIPE FRANCISCO, obispo de Angulema; ALEJANDRO ENRIQUE, obispo de Lombez; J. B. LUIS, obispo electo de Moulins.

Esta carta afligió mucho al Padre Santo, quien dijo al cardenal: « Entramos en un mar de penas.» Consalvi respondió: « Ya esperaba yo esa carta; pero no creí que llegase tan pronto. Es preciso meditar mucho este asunto. Nuestras intenciones son rectas y religiosas, y Dios nos auxiliará para que acertemos. ¿Cómo es posible reunir á todos los obispos? A los que nos escriben se les expulsó por medio de un decreto, y se hallan léjos de la Francia, en donde impera otro poder que el que ellos veneran. Es verdad que muchos virtuosos prelados gi-

men en el destierro, pero tambien lo es que en Francia hay infinitos católicos sin pastores.» El Padre Santo, que escuchaba conmovido, se levantó en aquel momento para ir á misa.

Bernier estaba encargado en París de la ejecucion de los principales artículos del concordato. El 3 de vendimiario del año X (25 de setiembre de 1801), Bernier dirigió al ministro de negocios extranjeros la siguiente comunicacion, relativa á las dimisiones pedidas á los obispos de Francia. Dice así :

« Apenas los obispos residentes en Francia han tenido noticia de las disposiciones consignadas en el breve de Su Santidad, el papa Pio VII, de 15 de agosto último, se han apresurado á obedecer, manifestándose animados de unos sentimientos que dicen mucho, y que están muy conformes con el espíritu de paz que debe caracterizar á los ministros de la religion.

« El que por su edad es su decano, el obispo de Marsella, anciano de 92 años, dió á sus compañeros un buen ejemplo escribiendo el 21 de setiembre á monseñor Spina lo que sigue : « Recibí con respeto y sumision filial el breve que me habeis dirigido de parte de nuestro Santo Padre el Papa, y poseido de la mayor veneracion hácia él, y del deseo de obedecer sus disposiciones, y queriendo estar siempre unido de todo corazon con Su Santidad, no vacilo en poner en sus manos mi dimision del obispado de Marsella, pues me basta que la juzgue necesaria para conservar la religion en Francia para conformarme con verificarla.»

« Por amor á la religion, escribió el mismo dia el obispo de Senlis, primer capellan que fué de Luis XVI, para conservar la unidad católica, procurar el bien de los fieles y secundar las paternales invitaciones de Su Santidad, abandono espontáneamente la silla episcopal de Senlis, la cual dimito en sus manos.»

« El obispo de San Claudio escribió en 16 del mismo mes : « Respeto demasiado los mandatos de Su Santidad para dejar de conformarme con ellos, lo cual no me costará el menor sacrificio, tratándose del restablecimiento de la religion y de la gloria de su divino autor.»

« Obispo por el bien de los pueblos, dijo el de Saint-Papoul, dejaré de serlo para que nada se oponga á su futura union, considerándome muy dichoso con poder contribuir de este modo al sosiego de la Iglesia y á la prosperidad de la Francia.»

« Yo me considero feliz, manifestó el obispo de Alais, con poder contribuir con mi dimision, en cuanto de mí depende, á secundar las sábias miras de paz y de concordia que guian á Su Santidad. Ruego á Dios que bendiga sus piadosas intenciones, y que le libre de los contratiempos que puedan afligir su paternal corazon.»

«Las dimisiones de los obispos de San Malo y de Angers abundan en iguales sentimientos, en el mismo espíritu de paz, de deferencia y de sumisión. No hay que admirarse de ello, pues los obispos que pertenecieron á la Asamblea constituyente les dieron un buen ejemplo, escribiendo al Papa en 3 de mayo de 1791 las siguientes palabras: «Ponemos nuestras dimisiones en vuestras manos para que no quede ningun obstáculo que se oponga á las resoluciones que Vuestra Santidad adopte en su sabiduría, á fin de restablecer la paz en el seno de la Iglesia galicana.»

«¿Puede darse una dimision mas explícita? La carta estaba suscrita por treinta obispos, muchos de los cuales residen hoy día en Lóndres. Parecerá extremadamente raro que deliberasen sobre una dimision, no tan solo ofrecida, sí que tambien presentada mas de diez años antes, y sin embargo han hecho mas todavía. En la misma carta prometen á Su Santidad que sus compañeros imitarán su ejemplo y dicen: «Pues hasta aquí hemos tenido la fortuna de alcanzar su unánime aprobacion á nuestros principios, esperamos hallarlos en la misma noble y generosa disposicion, en el momento en que ofrecemos hacer todo cuánto de nosotros dependa para allanar todas las dificultades.»

«¿Qué dirian la Francia, Roma y la Europa entera de esas promesas, y de esa noble y generosa disposicion si hoy día se viese á esos mismos obispos vacilar, deliberar ó buscar medios evasivos? Esperamos que el amor á la paz, el interés por la religion y por su patria, y el deseo de acreditar á la Europa que los sacrificios que ofrecieron, no son vanas promesas, les inducirán á tomar unánimemente una resolucion, y los sustraerán al influjo de los diferentes bandos de que deben tenerlos alejados su estado.»

Dejándose llevar por miras ambiciosas, Bernier adulaba al gobierno, y sus razones hallaban acogida entre ciertas personas.

En Roma el partido contrario á la Francia imaginó un extraño medio para impedir por algun tiempo la publicacion del concordato, y fué suscitar conflictos acerca de los regalos que en semejantes circunstancias habian de distribuirse. Hubo en especial mucho empeño en difundir la voz de que la Santa Sede se hallaba en tal penuria, que no podría hacer regalos de mucho valor. El Papa, bueno y circunspecto como siempre, y económico, manifestó desde un principio que Roma no se hallaba en estado de verificar gastos muy cuantiosos. El cardenal Consalvi trasmitió sus reflexiones, sin examinarlas lo suficiente, á Cacault, quien las halló algó intempestivas; mas sin embargo púsolas en conocimiento del gobierno, procuran-

do al mismo tiempo conseguir que el Papa y el cardenal no llevasen su parsimonia á tan alto grado.

Entretanto, la Francia hizo á monseñor Spina un presente de mucho valor, indicando que se entregaria otro mas magnífico al cardenal Consalvi. Al saberlo, Cacault escribió lo que sigue:

«A pesar de la oposicion del Papa y de Consalvi á hacer algunos presentes, veo que están contentos de los que se han hecho, y que han de producir muy buen efecto los que pienso pedir para monseñor di Pietro y los hermanos Evangelisti, afectos á la secretaria de Estado.»

Envióse á Spina una caja para el cardenal Consalvi, que le fué remitida con una carta de Talleyrand muy atenta y afectuosa, á la cual contestó el cardenal en francés el 30 de setiembre.

El consejo de los cardenales aceptó el concordato en todas sus partes. El cardenal legado *a latere* llegó á París el 4 de octubre. El primer cónsul terminaba satisfactoriamente todas las negociaciones que tenia pendientes, de modo que participó al Papa que habia ajustado la paz con Inglaterra y Rusia, y celebrado tratados de amistad con Portugal y la Puerta Otomana. Rogóle que interviniese en el nombramiento del gran maestro de la orden de Malta, y se ofreció á solicitar de Nápoles que restituyese á la Santa Sede los principados de Benevento y Ponto Corvo, que Acton queria conservar, y concluyó aconsejando al Papa que levantase tropas para ocupar á Ancona, y hablándole del asunto de los bienes nacionales enajenados por la república romana y recobrados por la cámara apostólica que prometió reembolsar la cuarta parte de las sumas que satisficieron los adquirentes en valores casi nulos. La carta del cónsul robusteció en Roma las esperanzas de los partidarios del concordato.

Los pasos dados por Cacault relativos á los regalos exigian que se dijese algo. Talleyrand se ocupó de este asunto en un despacho fechado el 18 de vendimiario del año X (10 de octubre de 1801), con el cual remitió á Su Santidad una carta del primer cónsul.

El ministro se expresaba en estos términos:

«Os dirijo, ciudadano, por orden del primer cónsul, una carta que este escribe á Su Santidad, á quien espero que la entregareis sin demora, remitiéndome su contestacion tan luego como la haya dado.

«Han sido entregados al primer cónsul vuestros despachos.

«He mandado pasar al ministro de la guerra los en que se piden instrucciones mas circunstanciadas relativamente á los gastos que su departamento debe hacer y á la incompatibilidad de esos gastos.

«Las observaciones de la corte de Roma que poneis en mi conocimiento en vuestro despacho de 2 complementario (19 de setiembre de 1801) respecto á los regalos, no han producido ni debian producir efecto alguno en el primer cónsul. Es imposible concebir como ciertas muestras de satisfaccion que en todos tiempos han acostumbrado á dar las potencias, independientemente de las obligaciones contraidas por ellas, puedan dar lugar á una interpretacion como la que parece que se ha querido darles. Respecto á lo que me decís de la situacion pecuniaria de Roma, vuestras observaciones son fundadas, y autorizan á esa corte á eximirse de la reciprocidad, de la cual bajo todos conceptos está perfectamente dispensada tocante á este punto.

«En cuanto al gobierno, el cual no tiene que alegar ninguna de las razones como las que sugiere en estos momentos la apurada situacion de la corte de Roma para apartarse de usos admitidos, los observará hácia ella, sin esperanza de que corresponda á los mismos, cosa que en las circunstancias actuales seria completamente inútil.

«El 7 de vendimiario (29 de setiembre de 1801) se ha firmado la paz entre Portugal y Francia, y el 17 del corriente (9 de octubre de 1801) se ha celebrado en París un tratado preliminar entre la república y la Puerta. Os saludo.

«P. D. Algunos rosarios, un camafeo á cada plenipotenciario, una caja con el retrato del Papa, *sin un solo diamante*, estos son los mejores regalos para hacerse agradable (*dictado por el primer cónsul*).»

Cacault me dijo: «No quiero enseñar este despacho, es muy duro y algo merecido. Me basta pensar que se habrá dicho tanto, sino mas, al cardenal Caprara, con lo cual este gobierno verá que no le conviene seguir los malos consejos del cardenal Fabricio Ruffo.»

Ya veremos cuan gran papel representará en esta historia la magnífica caja regalada al cardenal Consalvi.

A los tres dias de la llegada del cardenal legado, Portalis se encargó de los asuntos relativos á los cultos. Debía entenderse directamente con los cónsules, y sus atribuciones eran: 1.º Presentar los proyectos de leyes, reglamentos, decretos y

decisiones relativos á los cultos. 2.º Proponer al primer cónsul el nombramiento de los sujetos aptos para ocupar los puestos de ministros de los diversos cultos. 3.º Examinar antes de publicarlos en Francia todos los rescriptos, bulas y breves de la corte de Roma. 4.º Cuidar de estos objetos en lo interior.

Portalís, consejero de Estado apreciable, conocido como jurisconsulto y tambien por su probidad y sus sentimientos religiosos, debia hallar en el consejo opositores que habian de precisarle algunas veces á obrar contra sus propias convicciones, y llegó un día en que uno de sus secretarios, cuya erudicion era poco sólida, le hizo cometer un yerro bastante grave.

Los informes suministrados por Bernier no bastaban al gobierno consular. Al saber que la mayor parte de los obispos franceses residentes en Lóndres habian rehusado presentar su dimision, encargó á un emisario que investigase el efecto producido en el ánimo de los obispos franceses, domiciliados en Alemania, el breve del Papa de 15 de agosto anterior, en que se les pedía que dimitieran.

Vamos á consignar parte de la relacion dada por el emisario. Dice así :

« El breve en que el Papa pide su dimision á los obispos de Francia, no ha llegado aun á manos de los que residen en el círculo de la Baja Sajonia, y son los arzobispos de Reims y de Burges, en Wolfenbutel; el obispo de Bolonia en Hildesheim, y el obispo de Pamiers en Wilworder, reducida aldea de Hamburgo. Pocos dias há que se han reunido en Wolfenbutel para acordar el modo como han de conducirse. El obispo de Bolonia era de parecer de no dimitir; el obispo de Pamiers opinaba lo contrario, y los dos arzobispos, aunque se hallaban muy impresionados por la negativa de la mayoría de sus compañeros de Lóndres, no sabian qué partido abrazar. No obstante la gran superioridad del obispo de Bolonia sobre el de Pamiers por sus conocimientos, su lógica y su arte en discutir, como el parecer del segundo era fácil de defender, pues se fundaba en razones muy palpables, se adhirieron á él los dos arzobispos. El obispo de Pamiers no desespera de alcanzar que tambien dimita el obispo de Bolonia. Todos están pasmados de no haber recibido aun el breve de Su Santidad.»

Por su parte, la corte de Roma procuraba conseguir dimisiones, procediendo en todo con mucho tiento, pues no ignoraba hasta qué punto semejantes sacrificios eran costosos á algunos pastores.

CAPÍTULO XV.

El cardenal Caprara pide permiso para trasladar á Roma el cuerpo de Pio VI.—Influencia de los artistas en Roma.—El primer cónsul manda entregar á monseñor Spina el cuerpo de Pio VI.—Notas del embajador español al cardenal Consalvi sobre reformas eclesiásticas.

El cardenal Consalvi escribió al cardenal Caprara encargándole que pidiese encarecidamente la restitucion del cuerpo de Pio VI, inhumado en el cementerio de Valence. En el caso de acceder el primer cónsul á esta solicitud, el arzobispo de Corinto, monseñor Spina, debia conducir á Roma los restos del Sumo Pontífice.

Los artistas ejercen grande influjo moral en Roma, en donde son muy bien acogidos por toda clase de personas. El cardenal Bernis y Azara los protegieron en alto grado, y su ejemplo tuvo imitadores. Entre los artistas indígenas mas célebres contábase el distinguido escultor Cánova, á quien se conocia desde mucho tiempo por sus admirables obras. Concluida su estatua de Perséo sosteniendo la cabeza de Medusa, la ofreció al tesorero general Litta (ministro de hacienda de la Santa Sede), quien no quiso comprarla. Cánova la vendió á Bossi de Milan. Al saber el Papa el comportamiento de monseñor Litta, mandó comprar la estatua por cuenta del gobierno, con la condicion de pagarla á largos plazos. De este modo dió á comprender Su Santidad cuan dispuesto se hallaba á proteger las bellas artes. Pocos dias despues de llegar Suvée, director de la escuela de artes fundada por Luis XIV, para abrir la Academia, todos los artistas tuvieron un banquete, que presidió Cánova, para celebrar la publicacion del concordato. Cacault, á quien se invitó á la fiesta, dió á su vez un banquete en su palacio á los artistas, á quienes todos los embajadores era indispensable que obsequiasen para ser bien quistos en Roma.

En 14 de noviembre, el cardenal Caprara obtuvo respuesta favorable á la demanda de traslacion del cuerpo de Pio VI. El mismo dia Talleyrand escribió al ministro del interior para que dispusiese que al llegar á Valence el arzobispo de Co-

rinto, se le entregase dicho cuerpo, practicándose este acto con decoro, mas sin aparato.

No eran solo los asuntos de Francia los que ocupaban la atencion de Pio VII. En 9 de octubre anterior, Vargas, embajador de España en Roma, dirigió á Consalvi una nota en la cual pretendia que el nuncio no tuviese jurisdiccion en Madrid, y que su representacion fuese la de un embajador de Su Santidad como príncipe temporal, ó bien la de un legado del primado y jefe de la Iglesia para mantener las relaciones entre la Iglesia española con el centro de unidad, ó sea, con la Iglesia romana.

Al comunicar Consalvi la nota al Papa, este le dijo sonriendo: « Procurad arreglar este asunto, pues no queremos cuestiones con los españoles. » Aludia á las contiendas de su convento, en las cuales un español habia tomado la principal parte.

En otra nota, tambien fechada en 9 de octubre, Vargas pidió que se concediese á los obispos la facultad de dispensar toda clase de impedimentos matrimoniales, de conocer de las secularizaciones y de conceder los *indultos de oratorios*, etc. El cardenal Consalvi contestó á ambas notas negándose á acceder á lo pedido, fundado en razones incontestables.

CAPÍTULO XVI.

El cuerpo de Pio VI es trasladado á Roma.—Descripcion de los funerales.

Entretanto entregóse sin pompa el cuerpo de Pio VI á monseñor el arzobispo de Corinto, que se dirigió á Roma con su precioso depósito. Se tuvo el pensamiento de trasportar á la iglesia de los Santos Apostóles los restos de Clemente XIV, que se hallaban colocados sobre la puerta de la izquierda de la capilla del coro de San Pedro, para poner en su lugar el cuerpo de Pio VI. Llamóse al notario Lorenzini, el mismo que extendió el acta de inhumacion en setiembre de 1774, para que en su calidad de notario del Vaticano acreditase el reconocimiento de aquellos restos. A pesar de haber trascurrido veinte

y siete años, cuatro meses y veinte y siete dias, hallóse admirablemente conservado el cuerpo del Papa, solo que la mitra se había apartado un poco hácia atrás de la mascarilla que cubria el rostro. A los piés del cadáver veíase una bolsa de terciopelo carmesí con borlas de oro, la cual contenia medallas de este metal y de plata acuñadas en los primeros años del pontificado de Clemente. La ceremonia del reconocimiento y de la traslacion verificóse el 21 de enero de 1802.

Llegado á Roma el cuerpo de Pio VI, el cardenal Consalvi recordó al Papa que era llegada la época de practicar la *religion de las reparaciones*. Determinóse desplegar en estas circunstancias una pompa extraordinaria, y apelar á la generosidad de la nobleza romana. El Papa confirió la honrosa cruz de la Espuela á Cánova, á quien en semejante ocasion se quiso consultar, y dispúsose lo necesario para tributar á los restos del Sumo Pontífice las mas solemnes exequias.

Muchas son las descripciones que se hicieron de estas y para referirlas he sacado los datos oportunos del *ragguaglio* que nos remitió la secretaría de Estado, habiendo presenciado por disposicion de Cacault casi todo cuanto tuvo lugar.

Poco antes de morir Pio VI confirmó el deseo manifestado en su testamento de que sus restos, si Dios lo permitiese, fuesen colocados debajo del sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo, ante el cual tantas veces oró durante su vida. El cardenal York, que conocia dicho deseo, se lo manifestó al Papa reinante, quien, tanto para cumplir la piadosa voluntad del difunto, como para satisfacer los votos de su corazon y el anhelo de los romanos, pidió al cónsul que le entregase los restos del Sumo Pontífice perseguido. Monseñor Spina, que se encargó de conducirlos á Roma, recibió en todas partes así del clero como del pueblo una acogida que acreditaba los piadosos sentimientos de todos.

En Roma publicóse un edicto en que se decia que entre otras ceremonias, se practicarían las que se verificaron en 2 de febrero de 1733 cuando la traslacion de Benedicto XIII desde el palacio del Vaticano al templo de Santa María de la Minerva.

El Papa encargó al auditor general de la cámara, monseñor

Luis Gazzoli , la direccion de la fúnebre fiesta , y al tesorero general, monseñor Lanté, que facilitase los fondos necesarios para solemnizarla. Ambos pidieron instrucciones á Pio VII, quien dijo al tesorero: « Es poco el dinero que Nos tenemos ; mas tomad todo el que encontréis en nuestras arcas. »

Apenas se supo este rasgo, de todas partes se facilitaron cirios, hachas, adornos y todo lo imaginable para contribuir al lustre de la funcion. Los embajadores se esmeraron tambien por su parte en coadyuvar á ella. Enviáronse al encuentro de monseñor Spina los prelados José García Malo, protonotario a postólico, y José Marotti, secretario de breves *ad principes*, quienes, al par que monseñor Spina, siguieron á Pio VI á cuyo lado estuvieron hasta el último dia de su vida. Con dichos prelados fueron por disposicion de Pio VII monseñor Juan Bautista Mancurti y monseñor Domingo Ginnasi de Imola, que estaban á su servicio particular.

El 15 de febrero, aniversario de la exaltacion de Pio VI al pontificado, llegó á la aldea de *la Storta* la comitiva que conducia los restos de este Papa, á la cual se reunió el cardenal Antonelli, gran penitenciario y obispo de Porto. En dicha iglesia, que pertenecia á la jurisdiccion de Antonelli, dió este la absolucion, y al dia siguiente celebró la misa de cuerpo presente.

Algunas partidas de iufantería y caballería fueron destinadas desde luego á prestar un servicio de honor. Un gentío inmenso salió de Roma para recibir al cortejo que traia los restos de Pio VI, el cual se detuvo el dia 16 en el palacio del duque de Bracciano, situado á corta distancia de la *Puerta del Pueblo*.

Al amanecer del miércoles, dia 17, una salva de artillería anunció el principio de las ceremonias que habian de celebrarse. La gran plaza *del Pueblo*, á pesar de bañarla el sol, quedó cubierta de tropas, y la multitud ocupaba los pórticos de los palacios, las ventanas y los tejados.

A las nueve de la mañana, la guardia noble del Papa y la guardia suiza salieron de la ciudad para colocarse al rededor del féretro, puesto en un túmulo de quince palmos de elevacion y de doce de anchura, cubierto de damasco morado, con

franjas de oro y con un paño de este metal ribeteado de terciopelo negro, en cuyos ángulos veíanse las armas de Pio VI, y estas palabras bordadas tambien en oro: *Pius PP. VI. P. M.* En el centro habia una almohadilla recamada de oro y sobre ella la tiara.

Antes de medio dia, Abundio Rezzonico, senador de Roma y príncipe asistente del Papa, los conservadores y el fiscal del Capitolio, acompañados de gran parte de la nobleza romana, salieron de la ciudad al encuentro de la comitiva fúnebre.

A la una el castillo de San Angelo disparó un cañonazo, y continuó disparando cada tres minutos. En el mismo instante empezaron á tocar las campanas de todas las iglesias de Roma.

En el momento de abrirse las puertas de la ciudad para dar entrada al cortejo fúnebre, ofrecióse un tierno espectáculo. Precedian al féretro doscientas personas con hachas, y seguíanlas otras tantas igualmente con hachas.

Abrian la marcha los jóvenes del hospicio de San Miguel y los huérfanos. Venian luego las órdenes religiosas colocadas del modo que les corresponde en todas las solemnidades, el Instituto de la Penitencia, los agustinos descalzos, los mínimos, los capuchinos, la congregacion del bienaventurado Pedro de Pisa, los padres de la orden tercera de San Francisco, los franciscanos, los recoletos, los agustinos de la congregacion de la Lombardía, los agustinos ermitaños, los carmelitas, los servitas, los dominicos, los canónigos del Santo Salvador, los cistercienses y los benedictinos de San Calixto.

Seguian los párrocos de Roma, los canónigos de nueve colegiatas, los capítulos de las cuatro basílicas menores, y el clero de las tres basílicas patriarcales de Santa María la Mayor, del Vaticano y de San Juan de Letran.

A continuacion veíase al vice-gerente, monseñor Fenaia, y monseñor Atanasio, *Luogotenente* del cardenal La Somaglia, los cuales precedian á monseñor Spina, arzobispo de Corinto.

Adelantábase en seguida el *Baronaggio romano*, el mayordomo del Papa, los obispos, los protonotarios apostólicos, los auditores de la Rota, los votantes de signatura, los abreviadores, los refrendarios; montados todos en mulas cubiertas con gualdrapas negras, y finalmente el resto de la corte de Su

Santidad, el príncipe Paluzzo Altieri al frente de la guardia noble, y las tropas de Roma con las armas á la funerala, cuatro piezas de artillería cubiertas con crespones negros, la caballería, y los carruajes de los embajadores y de toda la nobleza romana.

Al pasar la comitiva por delante del castillo de San Angelo, las baterías empezaron á hacer salvas que no cesaron hasta que el féretro entró en el templo de San Pedro, en cuyo acto las campanas de las iglesias redoblaron el vuelo.

Debia recibir el féretro el cardenal York, arceipreste de la iglesia destinada á guardar los restos de Pio VI, y como tal, tuvo la facultad de enviar su cruz á la procesion; mas el Papa, acompañado del sacro colegio, quiso asistir al acto, y practicó las primeras ceremonias prescritas por el rito sagrado, terminándolas dando la absolucion general.

La guardia noble y la suiza permanecieron al lado del féretro, que se colocó en el centro de la nave principal del templo de San Pedro que estaba lleno de gente, la cual se esforzaba en llegar hasta el túmulo. Fué preciso satisfacer sus deseos, y mas de treinta mil personas pasaron por delante de él, retirándose por las naves laterales.

Por la tarde trasportóse á la capilla del coro la caja de encima que contenia otra de plomo en la cual estaba colocado el cuerpo de Pio VI, acompañándola el capítulo del templo de San Pedro cantando el *Miserere*. Puesta ya en el centro del coro en donde estaban todos los cardenales formando hilera, monseñor Pedro Francisco Galeffi, ecónomo y secretario de la iglesia, dió la absolucion. Procedióse en seguida á reconocer el cuerpo de Pio VI. Despues de asegurarse de que los sellos estaban intactos, abrióse la caja de madera y luego la de plomo. Hallóse íntegro todo el cuerpo, solo que como por equivocacion se le trasportó al revés, parte del rostro y especialmente la nariz habian sufrido ligeras alteraciones. Cerca de las manos hallóse una inscripcion latina que colocara allí monseñor Marotti en el acto de la inhumacion, en la cual se consignó el lugar del fallecimiento del Sumo Pontífice.

Llamaban la atencion algunas palabras de ella, de las cuales no tuvo conocimiento el Directorio; tan cierto es que los mas

crueles tiranos no pueden impedir que se trasmita su iniquidad á las generaciones venideras. Hé aquí las palabras á que nos referimos:

IN ARCE IN QUA
OBSES GALLORUM CUSTODIEBATUR.

Cerca de las rodillas habia una bolsa que contenia algunas monedas acuñadas durante el pontificado del Pontífice. Se le habia enterrado revestido con la sotana blanca y la estola encarnada, á lo cual se añadieron las vestiduras pontificias y el palio, y otra bolsa de raso encarnado con todas las medallas del pontificado de Pio VI. Esta bolsa la puso al lado de la otra el tesorero general monseñor Lanté. Volviéronse á cerrar las cajas, colocándose en la de plomo una inscripcion en letras de este metal, concebida en estos términos:

PIUS VI. P. M.
A VALENTIA APUD RHODANUM
AD BASILICAM S. PETRI
SOLEMNITER TRANSLATUS
DIE XVIII FEBRUARII MDCCCII.

Púsose en la caja de madera el sello del eminentísimo cardenal duque de York; cardenal arcipreste; el del cardenal José Doria, procamarlengo de la santa Iglesia; el de monseñor Gavotti, mayordomo del sacro palacio; y el del capítulo del templo de San Pedro; y en seguida el notario del sacro palacio leyó de rodillas el acta de reconocimiento que acababa de levantar.

Asistieron á esa ceremonia S. A. I. y R. la archiduquesa Mariana, hermana del Emperador de Alemania, y considerable número de extranjeros distinguidos.

Colocáronse luego las cajas en el túmulo elevado en mitad de la nave principal del templo de San Pedro, entre los altares de la Santísima Virgen y de San Gregorio. A alguna distancia construyóse un altar para celebrar misa, y dispúsose un trono para el Padre Santo delante de la estatua de bronce del príncipe de los Apóstoles. A los lados arregláronse tribu-

nas para la archiduquesa y el duque de Chablais y para el cuerpo diplomático que debía asistir en masa á la funcion en traje negro, ó de ceremonia. En otra parte reserváronse puestos distinguidos, cubiertos con colgaduras, para la nobleza romana y las señoras romanas y extranjeras.

Al amanecer del dia 18 empezáronse á celebrar misas, cuyo número ascendió á cerca de mil. El Padre Santo las pagó de su peculio y declaró aquel dia privilegiados todos los altares del templo de San Pedro.

Un gentío mas considerable aun que el de la víspera tenia tomadas todas las puertas del templo, el cual es tan espacioso que toda esa muchedumbre pudo colocarse cómodamente. Dióse principio á la funcion cantando la misa en presencia del Papa el cardenal Antonelli, á quien habia concedido la púrpura el Pontífice difunto.

Cacault fué de los primeros en comparecer en el templo de San Pedro, á cuya puerta halló á Falconieri, *Cameriere segreto di spada e cappa* y hermano de la duquesa Braschi, quien adelantóse á su encuentro con dos suizos, diciendo que tenia órden del Papa de obsequiar á la legacion y de no separarse de ella hasta despues de terminada la funcion. Antes de asistir Cacault me dió algunas instrucciones: «He asegurado, dijo, nuestra posicion; el primer cónsul es ya otro hombre y se halla animado de distintos sentimientos que el Directorio; el gobierno consular funda y no derriba, y yo soy un embajador que procedo con buena fe y con sinceridad. Nada me queda por decir á Consalvi; no me he opuesto en lo mas mínimo á esta grandiosa fiesta, que no ha tenido igual hasta aquí, y que no creo la tenga nunca. Todo se hará con la debida moderacion; Consalvi responde del clero, y el Papa, aunque entusiasta y apasionado, es muy bueno, muy pio y generoso, y amigo del órden: estoy completamente tranquilo. Poneos al lado del embajador de Liguria, pues Domingo Lavaggi es hombre recto y de muy buen sentido, que está en nuestro favor por la guarnicion que tenemos en Génova. El Austria observará desde su tribuna nuestro comportamiento; mas no hay que bajar los ojos, pues es sabido que no somos hipócritas. Es preciso escuchar bien la oracion fúnebre; no lo olvi-

deis. Poco caso haré de lo que se diga, pero no así de lo que se imprima. Nada nos dirá París si tenemos cuidado acerca de este último punto. Mas París es muy exigente, y por otra parte hay aquí algunos oficiales franceses á los cuales se pueden contar muchas tonterías. »

Al entrar en la tribuna quedé absorto al contemplar el nuevo y magnífico espectáculo que se ofrecia á mi vista. Es indescriptible el efecto que producía el torrente de luz que circuía el túmulo, y el inmenso gentío que estaba de rodillas, en el cual figuraban campesinos de todas las aldeas de los alrededores de Roma, ostentando trajes variados y pintorescos. Consalvi casi siempre tenia fijos los ojos en la tribuna de la diplomacia, y de vez en cuando surcaban su rostro las lágrimas; el sacro colegio mostrábase grave, y el Sumo Pontífice estaba tan absorto, que parecía pertenecer mas bien al cielo que á la tierra. De vez en cuando la música del templo interrumpía la voz del celebrante.

En el momento de subir monseñor Joaquin Tosi al tablado, desde el cual debía pronunciar la oracion fúnebre en latín, reinó el mas profundo silencio. Lo dijo de memoria con acento claro, sostenido y penetrante. Empezó por indicar que solo habia dos años menos dos dias que Pio VI habia sido expulsado de Roma, manifestando que no pretendia enumerar los servicios prestados á la Santa Sede durante el largo pontificado de Pio VI, ni ocuparse de las sanas doctrinas explicadas por este sucesor de san Pedro, que fué á un tiempo doctor, pastor y jefe de la Iglesia, y miró por ella con paternal ternura.

Despues de algunas reflexiones generales, el orador se animó, y por el tono de su voz pudo conocerse que iba á proferir palabras mas enérgicas. Hubo un momento en que el auditorio se sintió conmovido, y Cacault prestó entonces una atencion mas marcada. El orador habló de los errores que el Papa difunto habia combatido, ensalzó el viaje á Viena, ocupóse de los misioneros enviados á Constantinopla, de los obispos nombrados para Baltimore, Pondichery, para el reino de Siam y Touquin y del embajador de la Santa Sede admitido en San Petersburgo.

Verificando una bella transición tributó gracias al primer cónsul por haber dado una muestra de generoso afecto á Pio VII, restituyendo los despojos de Pio VI.

Al concluir su discurso felicitando á Pio VI por haber concedido la púrpura á Pio VII, todas las miradas se fijaron en el Papa que estaba con la cabeza y los ojos bajos. El orador le contempla con respetuoso desembarazo, le dirige la palabra, y le precisa á levantar el rostro y á escucharle. Terminado el discurso la corte romana da una mirada al orador como significándole que había quedado complacida.

El Papa bajó de su trono para dar las cinco absoluciones. Mientras se verificaban los preparativos de esta última ceremonia, Falconieri se acercó á Cacault, y le dijo al oído que un hombre en traje azul y que decía ser oficial francés se empeñaba en llegar á despecho de la muchedumbre hasta el pié de la tribuna en que se hallaba dicho embajador. Cacault dirigió rápidamente la vista hácia el lado que le indicó Falconieri, y descubrió un uniforme algo extraño, y como estaba preocupado pensando en algunos pasajes del discurso, respondió en tono alto: «No conozco á ese hombre.» Apenas se supo esta respuesta, el extranjero se vió repelido y maltratado, y como se resistía, un soldado le rasgó el uniforme. Indignado el oficial, se retiró al lado de una pilastra, y allí unas veces se golpeaba el pecho con enojo, y otras apretaba fuertemente con ambas manos el puño de su espada. «No es nada, exclamaron entonces varias personas de las tribunas, aquel hombre es un far-sante ó quiere promover un alboroto.»

Con todo, después de examinar atentamente al oficial, conocí luego que era un capitán de infantería ligera de nuestras tropas, sin embargo de que llevaba botones blancos en vez de los amarillos que usan nuestras medias brigadas de batalla. Hubiera querido advertirlo al embajador; mas ya no era tiempo, pues absorbía su atención, así como la de todos los circunstantes, la absolución que continuaba dando el Papa, asistido de los cardenales duque de York, Mattei, Archetti y José Doria.

Cuando la gente empezó á desfilar, me acerqué á Cacault: —«Decís que he sido demasiado brusco, me dijo, —Sí, señor, le contesté. —Seguidme, vamos á reparar mi áspero comporta-

miento.» Entonces Cacault llamó á Falconieri , y le pidió que le acompañase con sus dos suizos á la tercera pilastra de la derecha de la nave principal, hasta donde nos siguió parte del cuerpo diplomático. Cacault tomó la mano del oficial y le dijo : «Caballero, vengo á pedirnos mil perdones. Sois oficial francés : me hablaron de vos en un instante fatal ; venid que pasareis el día conmigo.» Dirigiéndose luego á Falconieri, añadió : « ¡ Cuán tonto he sido en no reconocer ese uniforme! Sin contar nuestras medias brigadas de bata, la tenemos cuarenta mil hombres uniformados de ese modo.»

Confuso el oficial, no supo que contestar. El embajador llevándole á su derecha se encaminó hácia la puerta principal de la iglesia, en donde se despidió de Falconieri, repitiéndole varias veces que daría buenos informes de su comportamiento al cardenal Consalvi y al Papa. Hizo con la cabeza una señal á los dos suizos, los cuales le saludaron con sus alabardas, dijo al oficial que pasase adelante por el vestíbulo y las gradas del templo, y entrando con el mismo en el coche le habló de varias cosas, como si nada hubiese ocurrido. Ese jóven se expresaba bien, y manifestó que habia venido á Roma impulsado por una piadosa curiosidad, que era mas comun de lo que se cree entre los militares de entonces.

Después de comer, dijo Cacault : «Vamos, lo del oficial ha terminado bien, y no es de creer que París marche contra Roma porque se haya rasgado un uniforme. Lo que conviene es escribir á Consalvi sobre algunas expresiones del discurso, y cuando se me haya remitido impreso buscad el pasaje que he llamado la atención.» En cumplimiento de lo mandado por el embajador, envióse luego una carta al cardenal pidiéndole una explicacion para enviarla á Francia. Al cabo de una hora Consalvi escribió de puño propio una carta en francés, dando una contestacion satisfactoria que Cacault remitió original á París junto con el discurso. El primer cónsul mostróse satisfecho de todo lo practicado, manifestando que Roma obró bien al celebrar la fiesta que acababa de terminarse, y que el comportamiento de su embajador fué en todo acertado y juicioso.

CAPÍTULO XVII.

Rumores de revolucion en Italia.—El conde de Avaray en Roma.—Cuestion acerca de los objetos artísticos que los franceses secuestraron en Roma.—Un diario anuncia que Chateaubriand ha sido nombrado secretario de legacion en Roma.—Partida del conde de Avaray.—Llegada del general Murat á Roma.—Publicase en París el concordato.—Regalos hechos por el Papa á la legacion de Francia.—Abdicacion del rey de Cerdeña Carlos Manuel IV, y advenimiento de su hermano Victor Manuel V.—Negociaciones con Inglaterra para elegir un gran maestro de la órden de Malta.

De cuando en cuando difundíase en Italia el rumor de que estallaria una revolucion contra los franceses. Cacaault que conocia el país y la disposicion que habia en acreditar fácilmente noticias falsas, ya por temor, ya por esperanza, tranquilizó á la Francia.

Acababa de llegar á Roma el conde de Avaray, primer ministro y favorito de Luis XVIII, con el objeto de averiguar la opinion de la Santa Sede tocante á los obispos franceses refugiados en Lóndres. Poco satisfactorio fué lo que consiguió saber; pues no quedaba á la Santa Sede otro recurso que pedir á aquellos que dimitieran. El cardenal Consalvi habló varias veces al conde de la situacion de la corte romana, y sobre todo del ascendiente político que el primer cónsul empezaba á ejercer en Europa.

Una mañana ví á Avaray en casa de Agincourt, que residia en Roma desde 1777, y tomé el chocolate en compañía de ambos. Yo no sabia que fuese Avaray el francés con quien me hallaba, ni tampoco tenia conocimiento de su entrevista con el cardenal. Hablé de la situacion de la Santa Sede, y expuse que en mi concepto se descubria cierta nobleza y un laudable sentimiento en la oposicion que hacian los obispos de Lóndres. Manifesté que se disponian las cosas de modo que pudiese prescindirse de su consentimiento, y que el trastorno que se verificaba en los derechos episcopales, no merecia la aprobacion universal.

No bien se marchó Avaray, pregunté su nombre. «Es

Avaray, respondió Agincourt. » Después de reconvenirle fui á contárselo todo á Cacault, quien me consoló diciéndome: «La higiene manda que en Roma no se salga á la calle en ayunas. Un almuerzo fuera de casa es aquí perjudicial, sobre todo si lo dan personas que ignoran que cuando se tiene en casa á dos extranjeros, es menester dar á conocer el uno al otro antes de que traben conversacion.»

El primer cónsul hallaba contrariedades en todas partes. El ministro del interior le presentó algunas infundadas peticiones de la administracion del museo central de artes.

Cuando los franceses abandonaron á Roma, dejaron en ella parte de los objetos artísticos confiscados á las familias Braschi y Albani y al inglés Fagan, los cuales se hallaban depositados cerca de *Ripa Grande* á orillas del Tiber. Cacault se interesó por sus dueños que los reclamaban con justo motivo, y el gobierno francés contestó que consentia en la devolucion de dichos objetos, exceptuando tan solo la colosal estatua de Antinoo perteneciente á la familia Braschi, y seis piezas principales del museo de los Albani, y que facultaba al Papa para resolver lo conveniente.

En vista de esta resolucion, Cacault escribió á París y Consalvi verificó otro tanto, extendiéndose en oportunas observaciones, y manifestando que el Padre Santo no podia acceder á los deseos de la administracion central del museo sin disgustar á los romanos, los cuales verian con pesar la pérdida de los pocos objetos artísticos que quedaban en su patria.

Esta negativa desagradó de tal modo al ministerio de París que, no contento con hablar mal del representante de Francia, á quien se suponía supeditado por el Papa, desahogó su enojo contra su secretario, que segun se decia, dominaba á su jefe.

El *Diario de los Debates* anunció que Chateaubriand, que empezaba á adquirir fama en el mundo literario, habia sido nombrado secretario de la embajada en Roma. Cacault leyó esta noticia, y procuró ocultarme el Diario para que no la viese.

El conde de Avaray marchóse de Roma el 29 de abril al saber que el general Murat iba á visitarla.

En el momento en que el general entró en Roma, el prin-

cipe Camilo Borghese manifestó que queria celebrar su venida en la magnífica *villa* Borghese. Cacault le ganó por mano, y para obsequiarle reunió en su palacio á toda la nobleza y el cuerpo diplomático. No podia rivalizar con el príncipe que era muy rico, pero creyó que debia ser el primero en agasajar á Murat para corresponder dignamente á la hospitalidad que le habia dispensado en Florencia.

Nada omitió el príncipe Borghese para dar al general una comida espléndida, que se sirvió en una de las mejores salas de la *villa*, en la cual figuraban varias estatuas, y lo mejor del museo, y á la que concurrió la alta sociedad de Roma.

El general Murat quedó tan prendado de los finos modales del príncipe, y tan satisfecho de las atenciones de su hermano el príncipe Francisco Aldobrandini, hoy dia príncipe Borghese, que desde aquel momento entabló con esta familia relaciones de la mas cordial amistad, contribuyendo mucho á realizar el casamiento que al año siguiente contrajo con el príncipe Camilo la viuda del general Leclerc, hermana del primer cónsul.

Hácia esa época el gobierno pontificio vió con dolor que, á pesar de sus manifestaciones, el de París nombraba obispos á varios constitucionales, y que á la publicacion del concordato verificada el dia de Pascua (18 de abril) sucedia la de disposiciones orgánicas redactadas sin acuerdo del cardenal Caprara. Con este motivo Cacault, despues de conferenciar con el Papa, escribió á París, y en el despacho que dirigió á Talleyrand, se lamentaba de que, apesar de haberse publicado ya el concordato, aun no habia recibido sus credenciales como embajador cerca de la Santa Sede.

Próximo estaba el momento en que debia tratarse de acuerdo con el Papa de elegir un gran maestro de Malta en reemplazo de Hompesch, á quien varios prioratos se negaban á reconocer, no siendo por otra parte del agrado del primer cónsul que continuara al frente de la orden. El Sumo Pontífice deseaba que Cacault recibiera sus credenciales para arreglar este asunto.

Pio VII dió al embajador francés una prueba de lo mucho que le queria, como lo atestigua la siguiente carta :

«El 22 de floreal (12 de mayo) el Papa me regaló su retrato adornado con diamantes, colocado en una caja igual á las regaladas en París á los plenipotenciarios franceses que suscribieron el concordato.

«Su Santidad me ha manifestado que aguardó á que se publicase para demostrarme lo muy satisfecho que estaba del celo que desplegué en llevar á cabo negociacion tan importante. Esto es una prueba de que el Padre Santo está muy satisfecho de la publicacion del concordato, y gozoso de ver que está próximo á cumplirse.

«El Papa ha querido corresponder á la generosidad del primer cónsul. Los regalos hechos al legado y á la legacion, han excitado su gratitud y ha querido atestiguarne su contento haciéndome á mí otro. Esto es aquí muy nuevo. Los antiguos papas no han regalado nunca mas que rosarios, cruces santos, pedazos de la verdadera Cruz, y á lo mas una porcion de mosaico y tapices representando los retratos de los Apóstoles.»

Al dia siguiente Consalvi me envió una caja de oro esmaltada, adornada con brillantes y con las cifras de Su Santidad. Al instante subí á las habitaciones del Papa para darle las gracias, y tuvo la amabilidad de decirme que mandó construir la caja en París en casa de Foncier, para que la labor fuese mas exquisita.

Entretanto la Cerdeña era víctima de convulsiones políticas. El 7 de marzo murió en Nápoles la reina Clotilde, que tantas pruebas habia dado de sus piadosos sentimientos. El Papa lloró la muerte de tan virtuosa princesa. Al cabo de tres meses, Carlos Manuel IV, que estaba inconsolable por la pérdida de su esposa, se retiró á un convento, abdicando en favor de su hermano el duque de Aosta que tomó el nombre de Victor Manuel V, reservándose empero el título de rey y una pension que deberia aumentarle su hermano en el caso de mejorar el estado de los negocios.

El gobierno sardo manifestó deseos de entenderse con la Francia; mas unos querian la intervencion de Acton, y otros la del Papa. No era sin motivo que se deseaba la de este, pues si bien se le habia disgustado publicando las leyes orgánicas, el cónsul tenia una satisfaccion en ver que mediaba en los negocios, y convino con la Inglaterra en encargarle que eligiese á la mayor brevedad posible el gran maestro de la órden de Malta. Entre las varias personas designadas para ocupar este

puesto, figuraba el príncipe de la Paz, á quien propuso Azara algunos años antes.

Talleyrand aconsejó en estas circunstancias á Bonaparte que procurase halagar al Papa, á quien casi todas las potencias habian encargado la eleccion del gran maestro, y como la cuestion de Benevento era de las que mas directamente le interesaban, la Francia pensó sacar partido de ella para hacerse agradable á sus ojos.

CAPÍTULO XVIII.

Pormenores acerca de la cuestion de Benevento y Ponte Corvo.—Bonaparte manda que estos principados se restituyan al Padre Santo.—Observaciones del cardenal Consalvi sobre algunos decretos expedidos por el gobierno francés.—El teniente general Soult.—Busto del primer cónsul.—Tentativa de sublevacion en Cerdeña.—Negociaciones para elegir al gran maestro de Malta.—La Francia solicita el nombramiento de cuatro cardenales franceses.—Talleyrand consigue la secularizacion.—Permuta del palacio de Francia con la casa de campo de Médicis.—Continuacion de las negociaciones relativas al nombramiento de cardenales.

Este es el lugar oportuno para consignar algunos pormenores acerca de la cuestion de Benevento, que podia tener divididos para siempre á dos Estados limítrofes á los cuales convenia estar en buena armonía. En 551 el rey de los lombardos, Alboin, era dueño de parte de Italia. Para consolidar sus conquistas, fundó tres ducados, á saber: el de Friul, el de Spoleto y el de Benevento. Los duques de Benevento se declararon muy luego independientes, y por espacio de mas de quinientos años impusieron sus leyes á la mayor parte del actual reino de Nápoles. Grimoaldo II, que reinó desde 806 á 818, luchó con Carlomagno y firmó con él la paz en 812, obligándose á satisfacerle un tributo de 25,000 sueldos de oro. En 1076 Roberto Guiscard, que fué el primer hijo que tuvo Tancredo de su segunda esposa, atacó al duque de Benevento Pandolfo VI, de cuyos Estados se apoderó cediéndolos luego á Gregorio VII. De esa época, pues, data la posesion en que ha estado constantemente de Benevento la Santa Sede. En 1089, Roberto, despues de batir delante de Durazzo al emperador Alejo Comeno, di-

rigióse de pronto al occidente, en donde Gregorio VII imploraba su apoyo contra Enrique rey de Germania, que fué el primero en tomar el título de rey de romanos, y ocupó el trono imperial en 1084 con el nombre de Enrique IV. Roberto Guiscard acude al frente de su ejército, libra á Gregorio, y confirma la donacion de Benevento.

En 1265 Clemente IV celebró un tratado con Carlos de Anjou, hermano de san Luis, concediéndole la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia, con la condicion de que heredarían esos Estados los descendientes de Carlos de ambos sexos, sin observarse la ley sálica, y de que en su defecto pasarían otra vez á la Iglesia. Pactóse además que la corona de Sicilia era incompatible con la del imperio y con el dominio de la Lombardia ó de la Toscana; convínose en prestar un tributo anual de un palafren blanco (mas adelante una hacanea blanca), con dos cofres conteniendo ocho mil onzas de oro, y un subsidio de trescientos soldados de á caballo que deberian estar al servicio de la Iglesia tres meses cada año, entregar Benevento y sus territorios, y conservar todas las inmunidades eclesiásticas en favor del clero de las Dos Sicilias; todo lo cual se anularia en el caso de que alguno de los reyes descendientes de Carlos faltase á lo estipulado.

Pio II, que ocupaba el trono pontificio en 1458, reconoció por rey de Nápoles á Fernando, hijo de Alfonso el Magnánimo, encargando su consagracion al cardenal Orsini. Aprovechóse de esta circunstancia para hacer respetar los antiguos dominios de la Iglesia, fijó el tributo que los reyes de las Dos Sicilias debían satisfacer á la Santa Sede, tributo que no se pagaba mucho tiempo habia, y procuró la restitucion de Benevento, Ponte Corvo y Terracina. Acerca de esta última ciudad no hubo la menor cuestion en lo sucesivo.

Carlos V, que poseyó Nápoles, no rehusó el tributo ni se opuso á que los papas fueran dueños de Benevento y Ponte Corvo.

Bonaparte no queria para gran maestro de la órden de Malta al príncipe de la Paz, ni á un alemán, sino á un italiano. De repente se le ocurre una idea feliz, y escribe á su ministro de negocios extranjeros estas pocas palabras:

«Es indispensable, ciudadano ministro, dar á entender al ciudadano Alquier la necesidad de que el rey de Nápoles deje al Papa en posesion de todos sus Estados, y lo justo que es que Benevento y Ponte Corvo continúen bajo un mismo pié. Os saludo,

«BONAPARTE.»

«París, 2 de pradial del año x (22 de mayo).

Entretanto Consalvi dirigia á Cacault varias observaciones relativas al comportamiento de los obispos constitucionales, y solicitaba algunos cambios en los artículos orgánicos. Cacault le respondió de palabra que esperaba con fundamento que los obispos constitucionales, despues de instalados canónicamente, serian dóciles y vivirian como buenos hermanos; pero que en cuanto á los artículos orgánicos, no conseguirian que se alterasen.

En 2 de junio pasaron por Roma el teniente general Sault y varios oficiales que acababan de abandonar á Nápoles. Cacault consiguió que el Papa les diera audiencia, así como á la esposa del general, la que fué presentada al Padre Santo por una distinguida señora de la ciudad. El general era muy reputado por sus conocimientos administrativos, prescindiendo de que como militar se habia hecho notable y mereció elogios por haber sabido mantener entre sus tropas una rigurosa disciplina.

El vice presidente de la república de Milan, Melzi, encargó á un escultor francés domiciliado en Roma, llamado Maximiliano Labreur, un busto del primer cónsul de mármol. Cacault dirigió la obra, y como tenia mucho gusto y poseia conocimientos artísticos, el busto salió perfectamente.

El 6 de junio Cacault participó que Acton habia manifestado que Benevento y Ponte Corvo serian restituidos á pesar de los imprescriptibles derechos que sobre esos territorios tenia la corona de Sicilia, derechos robustecidos por los pasados acontecimientos; pero que creia que no podia haber obstáculo en conservar guarniciones en dichos puntos.

A la poderosa intervencion del primer cónsul debió la Santa Sede la ventaja que acababa de conseguir. Acton invocaba mal los derechos imprescriptibles de la corona de Sicilia, pues los indicados territorios pertenecieron siempre á la Santa Se-

de. Mejor se hubiera expresado Acton, diciendo que Benevento y Ponte Corvo convenian mucho á Nápoles por hallarse tan cerca de este [reino, y que con frecuencia servian de asilo á malhechores, lo cual producía conflictos y disgustos.

En esa época llamó la atención del gobierno sardo una tentativa de revolucion [cerca de Cagliari por G. M. Angioy, que se decía representante de Cerdeña. Este insensato expidió una proclama [en la que facultaba para sublevar dicho reino á Sanna-Cerda, natural de Torralba. Ningun resultado tuvo esa loca y mal combinada [empresa, y cual siempre acontece, sirvió solo para dar fuerza al gobierno que la habia perdido algun tanto por la abdicacion del monarca.

Todos los interesados en los asuntos de Malta fijaban la vista en Roma, en donde el Papa iba á elegir un nuevo gran maestre. No era posible que en semejantes circunstancias se mantuviese indiferente Hompesch, gran maestre que era cuando la toma de Malta, el cual residia en Porto di Fermo, perteneciente á los Estados de Su Santidad. Sabiendo la influencia que Cacault ejercia en el ánimo del Padre Santo, le escribió de puño propio una carta el 11 de junio. El embajador la remitió á París con un despacho de fecha 28 de pradial (17 de junio), y Bonaparte contestó inmediatamente, manifestando la imposibilidad de que Hompesch fuese elegido gran maestre de Malta. No era solo el deseo de que se nombrase para este puesto á una persona afecta á los intereses de la Francia el que movia al primer cónsul á dispensar su proteccion al Papa, sino que además queria que se eligiesen algunos cardenales franceses.

Talleyrand solicitó un breve de secularizacion, dirigiéndose para conseguirlo al cardenal Consalvi, que es el único que intervino en este asunto. Talleyrand obtuvo el breve que deseaba, con desagrado de los pocos individuos del sacro collegio que de él tuvieron noticia. No se previeron los comentarios de que semejante breve fué objeto en París. El Papa supo que se habia expedido, pero no lo suscribió, como se ha supuesto.

Por algun tiempo Roma no se ocupó mas que de la enfermedad del cardenal York, de edad de 77 años. A los pocos dias de caer enfermo ordenó su testamento, que es muy notable.

Al fin, el Papa, accediendo á los deseos del primer cónsul, consintió en nombrar cuatro cardenales franceses. Ocupóse en seguida en verificar una eleccion acertada para el maestrazgo de Malta. Las personas propuestas para esta dignidad eran: el baillío Taufkirken, bávaro; el baron de Flanchslanden, francés al servicio de Luis XVIII; Morawitzky, ruso; Pfürdt Blumberg y el baron de Rinch, alemanes; Pignatelli, Masini y Bonelli, designados por el priorato de Sicilia; los condes Colloredo y Kollowrath que lo fueron por Bohemia; Rodrigo Manuel Gorjao y Carvalho Pinto, portugués; el baillío Tommasi, toscano, y el baillío Rúspoli, romano.

Viendo el gran maestro Hompesch acercarse el momento de la eleccion, acudió de nuevo á Cacault. Monseñor Spina, á quien Pio VII nombró cardenal el 29 de marzo, pidió en nombre de algunos genoveses que se tuviese alguna consideracion á Hompesch; mas Cacault manifestó á Su Eminencia los obstáculos con que habia que luchar para llevar á cabo el asunto referente al maestrazgo, y contestó á Hompesch en términos generales, dándole pocas esperanzas de recobrar su posicion, y enviándole una suma bastante crecida por encargo del primer cónsul.

El Papa vióse rodeado de nuevas exigencias. La Francia deseaba que se ajustase con la república italiana un concordato parecido al que con ella se habia celebrado.

Desde entonces el Papa empezó á oponerse á los intentos del gobierno francés y á sus representantes, pues tuvo una especie de presentimiento de que despues de tolerar la secularizacion de Talleyrand, se le asediaria con nuevas exigencias comprometién-dole y vulnerando sus derechos.

Hompesch solicitó el capelo; mas era difícil que lo consiguiese, pues no excitaba el interés de nadie.

Cacault pensó permutar el palacio que poseia la Francia en la *Strada del Corso*, en donde se hallaba establecida la Academia de artes fundada por Luis XIV, con la magnífica casa de campo de Médicis, situada en el monte Pincio. El embajador del rey de Etruria opuso algunas dificultades; mas se vencieron, y el 14 de agosto se verificó la permuta de la quinta con el palacio de la Academia. La Francia ganó mucho.

en este cambio, pues además de que la quinta era á propósito para fundar una magnífica escuela de bellas artes, su valor excedía en mucho al del palacio del Corso.

Sin embargo de que estaban prometidos ya algunos capelos, faltaba la contestacion de las potencias para poder verificar las preconizaciones. Llegó por último, y Viena manifestó que no renunciaba á que se eligiese el cardenal que le correspondía; España mostróse disgustada, y sin desairar abiertamente al primer cónsul, expuso que no habia pensado aun en la persona á quien queria que se concediese la púrpura, y Portugal accedió á los deseos del primer cónsul.

El gabinete de París dió las gracias al de Lisboa por su condescendencia, y fijó poco la atencion en la respuesta dada por España, pues esta nacion parecia consentir indirectamente en el nombramiento de cardenales franceses. Respecto á Viena, no hay duda de que su contestacion fué poco calculada, y podia prever que fácilmente se prescindiria de su asentimiento. Es probable que el gobierno de París se dirigiria al de Viena, pues este retractóse de su contestacion, y accedió á los deseos del Papa y del primer cónsul.

CAPÍTULO XIX.

Entrega de Pésaro al Papa.—Estado de las rentas de la órden de Malta en 1788.—Pío VII elige gran maestro al baillío Rúsoli.—Cánova marcha á París para esculpir el busto del primer cónsul.—Muerte del cardenal Luchini.—La Francia aprueba la eleccion del baillío Rúsoli.

El 22 de setiembre se verificó por órden del primer cónsul la entrega de Pésaro al gobierno pontificio, á tenor del artículo 16 del tratado de Tolentino, segun el cual Pésaro no estaba comprendida en el número de las ciudades que debian cederse á la república cisalpina. El Papa tuvo una gran satisfaccion en recobrar Pésaro, y moderó los bríos de algunos de sus súbditos que al parecer concibieron algunas esperanzas exageradas.

En la secretaría de Estado, á cuyo frente se hallaba el cardenal Consalvi, se inquirian todos los datos necesarios para

tener exacto conocimiento de los recursos con que contaba Malta en otro tiempo. Por el baillío de la Trambleye y el comendador de Ligondez, ambos franceses, que se encontraban accidentalmente en Roma, supo Cacault los rendimientos y los gastos de Malta en 1788. Los primeros ascendían entonces á dos millones, novecientas noventa y cuatro mil trescientas setenta y una libras tornesas, y los segundos á tres millones, ochenta y cuatro mil setecientas sesenta y nueve libras. Los gastos, pues, eran mayores que los ingresos en cantidad de noventa mil trescientas noventa y ocho libras, déficit que se cubría al fin de año por medio de recursos extraordinarios.

La órden perdió la mitad de los rendimientos al suprimirse tres lenguas francesas, y como no pudieron disminuirse proporcionalmente los gastos, en especial los que ocasionaban los embajadores, un navío de línea, tres fragatas, cuatro galeras, dos galeotas, los hospitales y la cárcel de los esclavos, estaba cargada de deudas cuando la ocupacion de Malta, pues la administracion de Hompesch no tuvo el vigor necesario para restablecer el equilibrio rentístico.

Al enterarse de estos pormenores, el Papa dijo á Cacault: « Esa eleccion nos pone en un conflicto, pues no será un gran regalo el que hagamos al que obtenga la preferencia. » « No dejéis de elegir por eso, respondió el bueno de Cacault; no calculéis la importancia del presente, y sí el influjo que va á adquirir la Santa Sede, y las ventajas que reportará la religion católica. Observad como la Europa entera negocia con vos y solicita vuestra intervencion, y tened presente que si elegís con acierto, admirará vuestra independencia y vuestras virtudes. En París se dice que mi adhesion á Vuestra Santidad es tanta como la de un nuncio, y que miro poco por los intereses de la Francia. Muchos son los que aquí tiene mi país, y Consalvi sabe muy bien que cuando veo que anda desacertado, atiendo solo á mis relaciones exteriores de Francia. »

El Papa reunió una congregacion de cardenales, á la cual convocó especialmente á Pietro y Caselli, que tomaron parte en las negociaciones referentes al concordato, y oido su parecer acerca del mérito de los diversos candidatos al maestrazgo, resolvió elegir gran maestre al baillío Rúspoli, hermano del

príncipe de este nombre, señor romano, que fué embajador de Austria en Nápoles, y se hallaba decorado con el Toison de oro que le concedió su soberano. El bailío Rúspoli era hombre de talento, instruido y vivo. Se le creía poco partidario de la revolucion francesa; pero sabia moderar sus opiniones y expresarlas con prudencia.

El 16 de setiembre Nicolás Bussi fué enviado á toda prisa á Inglaterra, en donde residia Rúspoli para llevarle el breve de su eleccion. Esperábase su respuesta con alguna inquietud por hallarse indirectamente bajo la influencia inglesa, ó á lo menos en situacion de conocer si el gobierno británico gustaba ó no del restablecimiento de la órden de Malta. De todos modos nada podia saberse de positivo antes de tener noticias de Bussi.

Vamos á distraer nuestra atencion para ocuparnos de otra cosa muy distinta. Cacault, que en sus correspondencias hablaba á menudo de bellas artes, recibió una carta particular de Bourienne, en la cual le decia que se habia invitado á Cánova á ir á París para esculpir el busto del primer cónsul, dejando á su albedrío el disponerlo como gustase. Se le pagaba el viaje y se le retribuía la obra en ciento veinte mil francos. Cacault no perdonaba medios para decidir al célebre escultor á que partiera pronto; mas Cánova no se decidia. «Bonaparte, exclamaba, ha destruido el gobierno de mi país, y lo ha entregado al Austria. Tengo mucho que hacer aquí, yo no soy un hombre político, nada pido al poder; y además, está próximo el invierno é iria á morir entre los hielos de París.»

Cacault le respondió: «De cuando en cuando la naturaleza produce grandes hombres en todos los géneros. Los que viven en un mismo siglo deben ayudarse y quererse. El gran guerrero de la Francia ha cumplido el primero su deber llamando al grande artista de Italia, quien no puede despreciar este llamamiento sin faltar á su vocacion, á su estrella, á su destino. Comprendo bien los escrúpulos y la indignacion del hijo de Venecia; pero Cánova ha de olvidar en Roma que es veneciano. Bonaparte sirve y defiende á Roma que es la segunda patria del escultor. En buen hora que este eche de menos las montañas de su país, esto es muy laudable y prueba bellos sentimientos; pero no por esto ha de dejar de cumplir su mision.»

Cánova se resistia á las instancias de Cacault, pero no de modo que este pudiese desesperar de vencerle. El Papa instó tambien al artista, cuyo piadoso corazon no podia dejar de conmoverse al oír sus tiernos ruegos. Consalvi empleaba las palabras y las razones mas propias para persuadir á Cánova. «Estamos ya, decia, en el tercer año del pontificado de Pio VII, no hemos faltado en lo mas mínimo á la Francia, y vos que sois nuestro huésped, nuestro amigo, nuestro conciudadano, vais á ser causa de que se tenga un vivo resentimiento de nosotros.» A su vez Cánova alegaba una razon muy poderosa diciendo: «Pero mirad que estoy helado: podré ofrecer mi mano, pero en mí no habrá vida ni entusiasmo; mi corazon estará frio.» Conociendo Cacault la dificultad de persuadir á Cánova, demostró en la segunda entrevista que con él tuvo abundar en sus sentimientos, manifestándole al propio tiempo que por atencion diferia por algunos dias el contestar al primer cónsul.

No bien Cánova se retiró, Cacault me dijo: «Esta noche no ireis al teatro, pues quiero teneros á mano para cuando os llame.»

Era ya bastante entrada la noche, cuando el embajador me mandó llamar y me dió instrucciones en seguida. «Cánova, me dijo, se ha penetrado de mis razones. Es sensible, bueno, prudente y resuelto: no me ha ofendido; mas el gobierno no tiene mi modo de pensar. Cánova ha rehusado desde un principio, y con frecuencia el hombre rehusa solo por haber empezado á rehusar. Su negativa viene á ser una declaracion de guerra de una naturaleza especial, y si estalla la lucha ¿con qué aliados cuenta Cánova? Indudablemente atraeria el rayo sobre la ciudad en que reside. No ha mucho que me he dejado vencer por él; ya se halla en casa, y quizás se ha acostado ya porque acostumbra irse á la cama temprano, pero de seguro que no duerme ni podrá dormir en toda la noche. Actualmente su mismo triunfo le abruma. Se ha negado á hacer el busto del primer cónsul, ha dicho al vencedor de Italia; «No quiero ocuparme de vos; aunque seais el árbitro y dicteis leyes á la península, mi cincel es libre.» Pero Cánova no está ahora tranquilo, y conviene que os cercioreis de ello. Id á su casa al momento, y decidle en mi nombre que me veo pre-

cisado con motivo de graves asuntos de Roma y de algunos favores que acaba de pedirme el Papa (y así es la verdad) á enviar mi correo esta misma tarde, y que por lo mismo ha llegado el momento de pedir á mi amigo Cánova una respuesta definitiva ó una negativa por última vez. Decidle sin rodeos, que sabéis que mi hermano Pedro que quiso ser pintor, y vino á estudiar los modelos de Roma diez y seis ó diez y siete años atrás, se encontraba reducido á una verdadera miseria cuando él le ayudó y le socorrió sin conocerle. Yo ocupo aquí una posición elevada; mas no olvidaré nunca al bienhechor de mi pobre hermano, si ese bienhechor sigue un comportamiento extraviado. Cánova, bueno como es y atento, se siente ya derrotado por las reconvenções que anteriormente á sí mismo se dirige mas que por mis instancias. No volvais sin haber alcanzado su consentimiento pleno ó condicional á lo menos. ¿Cómo sería posible que habiendo yo enviado á París al primer ministro del sucesor de los Apóstoles, no consiguiese hacer aceptar ciento veinte mil francos al príncipe de las artes, á quien llama Alejandro para honrarle? Irá á París en un excelente carruaje, llevará consigo á todos los amigos que guste, y se cubrirá de gloria.»

Todas estas elocuentes frases las repetí fielmente á Cánova quien, cesando en su resistencia, demostró hallarse poseído de cierto secreto gozo, y sintió asomársele las lágrimas á los ojos al recordarle las palabras que pronunció Bonaparte al ver en Egipto una colosal estatua. «¡Ah! exclamó, si yo no fuese conquistador, quisiera ser escultor.»

Prevenido el representante del Austria por Cacault de que Cánova iba á marchar, consintió en el viaje de este artista que habia nacido en Possagno, cerca de Venecia, perteneciente á los Estados del emperador de Alemania.

Encargóse á Cánova que manifestase al gobierno de París, sin ningun carácter oficial empero, que iban á ser nombrados en Roma varios cardenales franceses, entre otros el auditor de la Rota Latier de Bayane; que la reciente preconización de monseñor Pietro y del P. Caselli, verificada el 9 de agosto, era una recompensa debida á esos dos personajes, que tanto contribuyeron con sus luces á la celebracion del concordato, y

que la Francia y la Europa podrian ejercer luego sus derechos.

El 2 de octubre el Papa recibió la triste noticia de la muerte del cardenal Luchi, benedictino y antiguo y muy estimado amigo suyo. Para recompensar su gran saber le habia concedido la púrpura. El cardenal Luchi era uno de los hombres de Italia mas conocedores del idioma griego, acerca del cual escribió mucho.

El Papa tenia que sofocar durante el dia el dolor que le causaba la pérdida de Luchi para ocuparse de los asuntos de Europa, de que le enteraba sin cesar el cardenal Consalvi. Casi todas las potencias aplaudieron la eleccion del bailío Rúspoli para gran maestro de la órden de Malta; no obstante el conde de Souza, embajador de Portugal, recientemente llegado á Roma, dió á entender que no habia sido del agrado del gabinete de Lisboa; mas poco cuidado daba el descontento de un reino que no era de los mas influyentes. Tambien el diplomático Lisakewitz, embajador de San Petersburgo cerca del rey de Cerdeña, que se hallaba refugiado en Roma y acreditado indirectamente cerca de la Santa Sede, que no admitia aun en su corte un embajador formal del Czar, demostró olvidar al parecer que los prioratos rusos consintieron en la eleccion del bailío Rúspoli; pues la Rusia daba indicios de sentirse poco dispuesta á sostenerla.

El nombramiento de cardenales franceses llamaba incesantemente la atencion en Roma y en París. Los capelos vacantes eran ocho; la Francia pedia cuatro para sí y faltaban otros cuatro para que pudiesen ejercer sus derechos de nombramiento la Francia, la España, el Portugal y el Austria. Preciso era reservar un capelo al rey de Cerdeña, á quien el Papa y Consalvi no querian humillar, y otro *al hijo de San Marcos*, los cuales acostumbraban preconizarse á la promocion á que tenian derecho las grandes potencias. Igualmente debian publicarse algunos nombramientos de romanos, reservados *in petto*. Todas estas consideraciones tenian naturalmente indeciso y embarazado al Papa, que no sabia cómo satisfacer todas las exigencias que se demostraban.

Talleyrand escribió á Cacault manifestándole que el primer

cónsul aprobaba la eleccion de Rúsoli, y que se ocuparia de la suerte de Hompesch tan luego como el nuevo gran maestre se hallase instalado en Malta.

CAPÍTULO XX.

Se piden informes acerca de la familia de la princesa de Lamballe.—Duvier.—La república de Luca.—La república de Liguria.—Legado hecho al Papa por monseñor Cornaro.—El conde de Khewenhuller, embajador de Austria.—El primer cónsul regala al Papa dos bergantines llamados San Pedro el uno y San Pablo el otro.—Pio VII da audiencia á la oficialidad de estos buques.

En el mismo año 1802 que estamos recorriendo, el gobierno de París se ocupó mucho de la suerte de la familia de la princesa de Lamballe. Créese que recordando conversaciones que se tuvieron durante la comida que el príncipe Borghese dió al general Murat, la esposa del primer cónsul Josefina, mostró gran interés por dicha familia, de que participó Murat. Tratábase en Roma de enviar á París en calidad de segundo legado á un sobrino de la infortunada víctima de setiembre. Josefina recibió con gusto esta noticia. El gobierno no contento con lo que le refirió Murat, quiso enterarse mejor, y no faltaron personas que, temerosas quizás de que Cacault no se mostrase demasiado favorable al sobrino de Lamballe, indujeron á que se pidiesen informes acerca de él á Alquier que residia en Nápoles, como es sabido, quien no pudiendo obtener informes completos, ó no queriendo mezclarse en este asunto, dejólo á cargo de Cacault, que no tardó en dar los pormenores que se le pedian. Lo que consiguió averiguar fué que las princesas de Cariñan, hermanas de la princesa de Lamballe, habian casado en Roma, la una mas de treinta años atrás y la otra cerca de veinte. La mayor contrajo enlace con el príncipe Doria Pamfili, hermano del cardenal Doria, que fué nuncio en París en otro tiempo, y tenia muchos hijos. La otra casó con el condestable Colonna, y tenia tambien varios hijos.

Cacault recibió algunas instrucciones para que se intere-

sára en favor del ciudadano Duvegrier, tribuno y adquisidor de bienes nacionales en Roma, y procurase que se llevasen á cabo algunos proyectos de organizacion eclesiástica en favor de la república italiana.

Conociendo Cacault que tocante á este último punto no conseguiria fácilmente su objeto, puso todo su conato en alcanzar lo primero que se le encargara. Duvegrier residió en Roma el poco tiempo que duró la república romana, adquirió muchos bienes nacionales, y de regreso á París perteneció al tribunado. En un momento de calor y á propósito de algunas leyes algo duras impuestas por Bonaparte, exclamó: «Hemos derribado un ídolo de ocho siglos (los Borbones) ¿y acaso seria difícil derribar un ídolo de ocho dias (Bonaparte)?» Refiriéronse estas palabras al primer cónsul, quien se enojó en gran manera, y prorumpió en amenazas contra el tribuno. Para terminar la disension ocurrida entre ambos, se convino en que el primer cónsul concederia audiencia á Duvegrier. Este expuso sus pretensiones, habló de Roma en donde el primer cónsul no habia estado nunca, y en la cual Duvegrier el año 1798 representó en una tertulia un papel en la tragedia titulada *Bruto*. Al despedirse Duvegrier, el primer cónsul le acompañó hasta la puerta de la antecámara, en donde se hallaba de centinela un granadero de la guardia consular. En el momento de separarse de él, Duvegrier le dijo con aire de afectuoso interés: «Adios, adios, ya os daré yo la mano.» Al oír estas palabras, el granadero murmuró en el momento de presentar el arma: «*Ah! le dará su mano!*» El primer cónsul y Duvegrier se miraron sonriendo, y se separaron resuelto el uno á cumplir su palabra y el otro lleno de esperanzas que no se frustraron, pues Cacault trabajó y consiguió mucho en favor suyo.

La república de Luca, que la Francia habia regenerado, tenia varias deudas, y para satisfacerlas aspiraba á que el Papa la facultase para vender algunos bienes eclesiásticos. En consecuencia encargó á su enviado Mencarelli que procurase alcanzar el oportuno breve. Mientras Cacault daba prudentes consejos á Mencarelli, la república de Luca, deseosa de cubrir pronto sus obligaciones, acudia á un empréstito; mas fueron

vanos sus esfuerzos para realizarlo. Disgustada de tropezar con obstáculos, dirigió despachos en que desahogaba su enojo, y Cacault, que por su posición era el protector de todos los gobiernos sometidos al influjo de la Francia, contestó en los siguientes términos á uno de los expresados despachos:

« He obtenido para la república la promesa de un breve que autorice la venta de bienes para proporcionarle 66,000 pesos, y además que se le faculte para imponer al clero una contribución anual, á fin de que pueda atender á las necesidades de los curas párrocos. Yo guíé á vuestro representante en Roma Mencarelli. Intentasteis un empréstito y escribisteis amargamente por no haberlo conseguido. He entablado los asuntos de la república con la misma moderación con que la Francia trata sus asuntos con la Santa Sede, y he conseguido el breve que deseabais. »

La república de Liguria mandó levantar una estatua al primer cónsul y otra á Cristóbal Colon.

Entusiasmado el veneciano monseñor Cornaro por las virtudes del Papa, las cuales tuvo ocasión de admirar durante su permanencia en Venecia, lególe en su testamento un palacio situado en dicha ciudad con todos los cuadros que contenía.

Viendo la corte de Viena que Roma constituía un importante centro para los negocios europeos, envió á ella por embajador al conde de Khevenhuller. El embajador de Portugal, conde de Souza, al entrar en Roma, pidió al Papa una audiencia pública en la cual por disposición del gabinete de Lisboa desplegó mucho fausto. El embajador trajo consigo por secretario á su hijo, que es hoy día duque de Palmella.

El primer cónsul regaló al Padre Santo dos bergantines de guerra para proteger el comercio de sus Estados, á los cuales se pusieron respectivamente los nombres de *San Pedro* y *San Pablo*. Conducidos á Civitavecchia por el comandante Dornaldegny entregáronse con todas las formalidades necesarias en dicho puerto, provistos de los correspondientes aparejos y completamente armados. El Papa dispuso que se trajeran en coches los oficiales de dichos buques, y que se les dispensaran toda clase de atenciones. Como era natural los jefes de dichos buques y los del que los acompañó, solicitaron ver al Papa antes de marcharse. Para satisfacer sus deseos escribí á monseñor

Odescalchi, maestro *di camera* de Su Santidad, quien me constó por encargo del Papa que este tendria un gusto en admitir á su presencia al dia siguiente á los expresados jefes. Por hallarse enfermo Cacault, los acompañé en su lugar á Monte Cavallo, junto con los varios empleados de los mismos buques. Al llegar á la sala anterior al gabinete del Papa, encontré en vez de monseñor Odescalchi á un subalterno suyo. Sorprendido y confuso á la vista de la comitiva, me prodiga mil cumplidos y mil parabienes, demuestra agradecer mucho el regalo de los buques, y hallarse animado de un gran contento, y me asegura que el Papa va á quedar muy satisfecho. Despues de depuestas las armas los oficiales, excepto Dornaldegny, el introductor vuelve un poco en sí, y entera á los franceses del modo de entrar y salir la presencia del Papa. «Comprendo, dijo un jóven provenzal; lo mismo que en la guerra; siempre adelante, sin volver nunca la espalda, ni aun en las retiradas.»

Hechas todas estas prevenciones, el introductor, olvidando con su turbacion una formalidad importante, como es la de avisar al Papa, abre la puerta del gabinete de este, se arrodilla y me anuncia á mí solo. Su Santidad se hallaba escribiendo. Me adelanto el primero, precedido de Dornaldegny, y al ver que el Padre Santo se sorprende, conozco que no nos esperaba. Entraron en seguida todos los oficiales, y la vista de tantos uniformes extranjeros aumentó la sorpresa del buen anciano, quien me dijo en voz baja. «¿Cos'è, caro?» Y yo dije que monseñor Odescalchi me habia escrito que Su Santidad recibiria á la oficialidad de los bergantines *San Pedro y San Pablo*. «¡Ma tanti! exclamó el Padre Santo tambien en voz baja. Nada tenia de particular que el Papa, acostumbrado á una vida tranquila y á que se le anunciassen de antemano las visitas, se sorprendiese de pronto al ver tanta gente. Yo me coloqué cerca de un taburete en el cual Su Santidad me mandaba sentar en las audiencias ordinarias, y creí que tambien nos recibiria sentado, cuando se levantó en ademan de bajar del estrado en que se hallaba. Al ofrecerle mi brazo para ayudarle á bajar, me indicó con una agradable sonrisa que pasara á su derecha, y apoyando en seguida su mano en mis hombros,

se encaminó despacio hácia los oficiales. No bien hubo llegado cerca de ellos , me dió las gracias por haberle ayudado á andar , y saludó al comandante de los bergantines , quien le contestó con un respetuoso cumplido. El Papa se hallaba afectado segun lo indicaba el temblor de su mano que yo percibía. *¡ Bella , bella gioventu !* exclamó , y luego dijo : « Sin duda gustarán de que les dé algunos rosarios para llevarlos á sus madres y á sus hermanas. » Sin apartar de mí la mano , me guió á la puerta de su cuarto , en el cual entró solo , saliendo de él al cabo de algunos instantes , trayendo en ambas manos un papel lleno de rosarios que distribuyó entre los franceses. El Papa conoció por el traje al cirujano y al encargado de la contabilidad de los bergantines. Esforzando luego la voz , ensalzó el valor que los franceses desplegaran en los combates , y los viajes científicos de los marinos que conducian y protegian á los misioneros de la Indias. Me hizo acercar á él , y me dijo á media voz : « Haremos que se escriba en favor de ese bizarro comandante para que se le dé un ascenso. Voy á participaros una cosa que nos ha causado mucha satisfaccion , y es que el conde de Souza quiere dar un banquete á todos estos caballeros , cosa que le agradecemos mucho. »

Retiróse la oficialidad del modo prescrito por el introductor. El Padre Santo que nos acompañó hasta la puerta , me manifestó deseos de que los marineros de los bergantines viesan las fiestas de Navidad , y en seguida nos saludó afectuosamente con ambas manos. He referido esta escena para que se vea cuan sensible era el Papa , cuan propenso se hallaba á impresionarse , y lo poco ceremonioso que se mostraba. Nada dijo el Papa á monseñor Odescalchi que equivocó la hora , y que á hallarse presente habria impedido la confusion que hubo , pues hubiera prevenido de antemano nuestra llegada al Sumo Pontífice , quien nos habria recibido sentado y hubiera tenido preparados encima de la mesa los rosarios que regaló á los marinos.

Los romanos de todos los partidos trataban en general muy bien á los franceses , de modo que Cacault tuvo la satisfaccion de escribir á París lo siguiente : « En fin , los romanos han recobrado sus antiguos hábitos , y muy pronto nadie se acordará de que haya habido una revolucion. »

CAPÍTULO XXI.

El baillío Rúsoli rehusa el maestrazgo de la orden de Malta.—Los marineros franceses durante las fiestas de Navidad.—Se envia á Valence el corazon de Pio VI.—Estátua del primer cónsul por Cánova.—El cuerpo diplomático ofrece sus respetos al Papa al principio de año nuevo.

Entretanto Bussi entregó el breve del Papa á Rúsoli en una ciudad de Escocia. Algunos agentes ingleses, so pretesto de dar consejos, se mezclaron en los debates entre el baillío y Bussi, quien empleó toda suerte de argumentos para obtener la aceptacion tan apetecida por Roma y por la orden. Creyendo el baillío que existian obstáculos para restablecer de buena fe la orden tal cual él deseaba, formuló su negativa por escrito. El cardenal Caprara participó lo que ocurría al primer cónsul, quien encargó á Cacault que pidiese pronto una nueva eleccion. El Papa prometió complacer al primer cónsul, mayormente viendo que el gabinete de Londres opondría dificultades á restituir la soberanía á la orden de San Juan de Jerusalem continuando el interregno.

Las fiestas de Navidad vinieron á interrumpir la marcha de los negocios. El Papa no olvidaba que invitó á verlas á los marineros franceses, los cuales llegaron desde Civitavecchia bien tratados y cuidados por encargo del Padre Santo, quien dispuso que uno de sus servidores los acompañase á la iglesia y los colocara cerca del altar mayor. Al aparecer en este el ministro celebrante, teniendo delante de sí el trono del Papa, elevado á lo largo de las gradas de pórfido que conducen á la cátedra de San Pedro, llegaron los marineros precedidos de su guia, dirigidos por sus maestros y contra-maestros. Nosotros contemplábamos desde nuestra tribuna su aire militar y respetuoso á la vez. Entre todos estos provenzales y bretones no había de seguro uno solo que esperase presenciar una funcion tan solemne. El conde de Cassini encargado de negocios rusos pidió que tambien se obsequiara á los marineros de su país, y si bien Consalvi no se mostró dispuesto á complacerle, accedió al fin á sus deseos. Compa-

recieron los marineros rusos algo tarde, y para no colocarlos detrás y evitar conflictos, se les colocó delante de los franceses. Confundiéronse muy pronto unos y otros; algunos franceses se adelantaron para no estar en segunda línea, y algunos rusos pasaron detrás de aquellos saludándolos. No obstante, la primera línea la ocupaban casi toda los rusos, que llamaban la atención por su completa inmovilidad. Acercábase el momento de elevar la sagrada hostia. Cassini, que era católico, no previó que los rusos continuarían inmóviles en aquel acto. Los franceses hallábanse molestados, teniendo, delante en pié á esos hombres de elevada estatura. El Papa veía muy bien la posición de unos y otros, y que era inminente un gran escándalo si la primera fila, que pertenecía á distinto culto que el nuestro, permanecía en pié muy cerca del sitio en que el sacro colegio se hallaba ya arrodillado. El prelado que ejercía las funciones de maestro de ceremonias, contemplaba atónito esta escena. El cardenal Consalvi le llama antes de arrodillarse, y le dice estas palabras: « *I Francesi si facciano avanti.* » El maestro de ceremonias se dirigió con gravedad y con los brazos cruzados al maestro que mandaba la tripulación francesa, y le dijo: « Mandad á vuestra gente que os siga uno á uno; y vos seguidme, y haced lo que yo haga. » Los marineros franceses se dan unos á otros con el codo para indicar que han de andar. Advertidos ya todos, el maestro de ceremonias toca ligeramente la mano del comandante, y la tripulación francesa cubre muy pronto el frente de la tripulación rusa. Al llegar á la línea de los bancos de los cardenales diáconos, el maestro de ceremonias se detiene, se vuelve hácia el altar, y se arrodilla. Los franceses hacen otro tanto, y los rusos también se inclinan, y de este modo continuó la función con el decoro conveniente.

En todos los pontificados se acumulan diariamente infinidad de negocios, y puede decirse que no se pasa un correo sin que traiga á Roma alguna demanda imprevista. A ese gran centro se dirigen todos los deseos y todas las consultas del universo. Los habitantes de Valencé en el Delfinado recordaron que en el momento de entregar al arzobispo de Corinto el cuerpo de Pío VI, pidieron que se les enviase su corazón para

depositarlo en la iglesia de la ciudad, á lo cual accedió el Papa.

El 29 de diciembre salió de Roma para Civitavecchia un arzobispo con el objeto de colocar en el bergantín francés *Alcion* que regresaba á Tolon, el triste recuerdo que se enviaba á Valence. Al mismo tiempo se entregó al comandante Dornaldegny, para regalarlos al primer cónsul, una gran chimenea, compuesta de preciosos mármoles, y un reloj de pared de mucho valor.

La traslacion del corazon de Pio VI, que era el último de los deberes que le quedaban por cumplir al Papa hácia su bienhechor, tuvo lugar con imponente pompa. Este obsequio era prenda de una reconciliacion verdadera.

Cánova se hizo respetar en París por la prudencia con que se condujo. Manifestó al cónsul desde un principio que Roma gemia en la indigencia, que el comercio estaba arruinado, y que las mejores estátuas antiguas estaban en poder de los extranjeros, á lo cual el primer cónsul respondió: «Yo restauraré Roma. Quiero el bien de la humanidad y deseo proporcionárselo.»

Entre los papeles de Cánova habia una relacion llena de importantes pormenores acerca de lo que pasó entre el gran estatuario y el gran guerrero.

Mientras Cánova trabajaba, el primer cónsul leia, bromeaba con Josefina ó hablaba de política con el artista. Al tratar de los caballos de bronce que se quitaron de la fachada de San Marcos, escapáronse á Cánova estas palabras: «La ruina de esta república me afligirá toda la vida.»

El primer cónsul dispuso que se tratara muy bien á Cánova. Los artistas franceses le obsequiaron de continuo, y el Instituto le demostró su aprecio admitiéndole en su seno en calidad de socio extranjero. En el momento de despedirse del primer cónsul, dijo á Cánova indicándole á un enviado del bey de Tunez: «Caballero, salud al Papa de mi parte, y decide que me habeis oido interesarme por la libertad de los cristianos.» Y luego dirigió á dicho enviado, por medio del intérprete de negocios extranjeros, palabras de paz, de conciliacion y de vivo interés por los esclavos pertenecientes á nues-

tra religion. Mas de una vez tendremos ocasion de hablar de la estátua del primer cónsul, cuya ejecucion emprendió entonces Cánova, la cual debia tener la misma dimension del Hércules Farnesio, ó sea diez piés de altura.

Cacault reunió en un banquete á todos los artistas de Roma para que oyesen á Cánova hablar de París, de sus artes, de sus monumentos, del Instituto, de Quatremere de Quincy, que era el hombre que mejor escribió tocante á las artes, no tan solo en Francia, sí que tambien en toda Europa; de Gerard, de Guerin, de Chaudet, y de Percier, y referir las observaciones que habia hecho en su viaje. Cacault dió luego cuenta al gobierno de la buena disposicion en que se hallaba Cánova, quien sin esperar la llegada del mármol de Carrara que necesitaba, se disponia á hacer el gran modelo de la estátua.

Aquí terminan los despachos que durante el año 1802 dirigió Cacault á París. De acuerdo con el cardenal Consalvi mostróse muy atento con la legacion austriaca, con la de Su Majestad Católica, con la de Su Majestad Fidelísima, y con la de Rusia, no pudiendo portarse de igual modo con el embajador de Su Majestad Siciliana. El representante de la Francia no estaba de acuerdo con Acton, y este quejoso siempre de la Francia, no desperdiciaba ocasion alguna de demostrar esa arraigada prevencion. Tocante á Roma participaba de los sentimientos de aprecio y de consideracion que el Padre Santo se hallaba poseido hácia Cacault. La nobleza acudia en masa á todas las fiestas que este daba. El día de la Ascencion invitó á una comida á mas de treinta cardenales, y todavía recuerdo que estuve al lado del cardenal Antonelli, á quien debo algunas de las noticias que llevo consignadas referentes al cónclave de Venecia. El palacio de la embajada francesa era el lugar de cita de todas las celebridades de Europa, que se hallan en gran número en la capital del orbe católico. Los ingleses eran los primeros en confesar que en donde no existia embajada inglesa, la de Francia era para ellos la principal. En tanto es así, como que en las fiestas de Navidad, á las cuales no pudo asistir Cacault por no sentirse bien, tuve que acompañar á verlas á mas súbditos de la Gran Bretaña que de mi país.

En Roma se acostumbra á dar las buenas fiestas por Navidad. El cuerpo diplomático fué á ofrecer sus respetos á Su Santidad , y vió que su salud habia mejorado , y que resplandecía el contento en su apacible rostro. El Papa dirigió á todos expresiones llenas de ternura , hablándoles como padre que era de la cristiandad. Felicitábase por el estado de paz en que se hallaba la Europa , y decia que podrian llevarse á cabo muchas cosas referentes á la religion. Los soberanos protestantes y cismáticos solicitaban concordatos en favor de sus súbditos católicos , y en especial deseaban un arreglo la Rusia y la Prusia. Parecia que en el próximo año iban á afirmarse el órden y la paz ; mas los hombres , aun los mas previsores , no pueden adivinar los decretos de la Providencia , y nadie sospechaba que otras calamidades y otras luchas , al mismo tiempo que servirian para ilustrar á la Francia , deberian humillar , asustar y exasperar el resto de Europa.

CAPÍTULO XXII.

Isoard es nombrado auditor de la Rota.—Nombramiento de cardenales.—Monsieur Jorge Doria , segundo legado en París.—Breves del Papa al primer cónsul , á su esposa y al ministro de negocios extranjeros.—El baillío Tommasi es nombrado gran maestro.—Sátiras contra el Papa.—Un facineroso hiere á Cacault.—Bello comportamiento de este embajador en esta ocasion.—Cenotafio elevado en honor del cardenal Bernis.

Faltaban pocos meses para que el Sumo Pontífice cumpliera sesenta años. Prodigaba con celo y perseverancia sus cuidados en conservar los intereses de la cristiandad , y no apartaba su vista de la Francia , árbitra de muchos destinos de Europa. Por su parte , el gobierno consular iba acomodándose ya á los antiguos usos. El francés Bayane , decano de la Rota , iba á ser nombrado cardenal , y era preciso darle un sucesor.

Cacault previno al gobierno de su país que era llegado el momento de nombrar quien reemplazara á Bayane , y propuso á Pisani de la Gaude , antiguo obispo de Vence , consejero que fué del parlamento de Aix ; mas el primer cónsul eligió al hijo de un amigo de su familia , natural de la última ciudad ,

al cual iban recomendados todos los individuos de la familia de Bonaparte que desde Córcega se dirigian á Francia para ir á París. El 1.º de enero de 1803, Joaquin Javier D'Isoard fué nombrado auditor de la Rota.

El 17 de enero el Papa preconizó á los cardenales, cuyo nombramiento se habia anunciado. En su alocucion al sacro colegio, Su Santidad se expresó en estos términos:

« Despues del concordato celebrado entre Leon X, nuestro predecesor de feliz memoria, y Francisco I, rey de Francia, dicho sábio Pontífice concedió la púrpura á] algunos súbditos distinguidos de esta nacion, y nos, hemos resuelto hacer lo mismo. En consecuencia, hemos nombrado cardenales de la Santa Iglesia romana á José Fesch, arzobispo de Lyon, Juan de Dios Raimundo de Boisgelin, arzobispo de Tours, y Estéban Huberto Cambaceres, arzobispo de Ruan, y por justas razones nos reservamos *in petto* á un cuarto sugeto igualmente digno de dicho honor (era Bernier). »

Despues de elogiar á Venecia diciendo: *Venecia que fué para nos un puerto seguro.....* continua: « En consecuencia, nombramos al veneciano Pedro Antonio Zorzi, de la órden de clérigos regulares de la congregacion de los Somascos, y arzobispo de Udina. » Los otros prelados que se nombraron al mismo tiempo fueron: Francisco María Locatelli, obispo de Espoleto; Juan Castiglioni, preceptor general de la órden del hospital del Espíritu Santo; el inglés Carlos Erskine, *Uditore Santissimo*; Coloredo, obispo de Olmutz; Gregorio Cadello, arzobispo de Cagliari; y Juan Bautista de Belloy, arzobispo de París. Los tres primeros y Bayane fueron promovidos á la dignidad cardenalicia con motivo del concordato. Belloy era el cardenal propuesto por la Francia.

El 22 de enero, el Papa dirigió al primer cónsul un breve participándole que monseñor Doria tenia el encargo, en calidad de segundo legado, de llevar á París los birretes para los cuatro cardenales franceses, y rogándole que recibiera bien á Doria, que era un jóven de distinguida cuna, de buen corazon y de mucha virtud. Igualmente envió un breve á Josefina y otro á Talleyrand, para que como ministro de negocios extranjeros tuviese conocimiento de la mision de Doria, y pudie-

se ser este admitido oficialmente en París. En otro tiempo no era al ministro de negocios extranjeros á quien se dirigia el breve , sino al gran chambelan.

La Europa apremiaba al Papa para que diese una solucion á los asuntos de Malta. La Rusia decia que bastaba nombrar un teniente del maestrazgo, puesto que el Papa *habia consumido su derecho y sus facultades verificando el nombramiento*. La Francia de buena fe, la Inglaterra con segunda intencion, el Austria por espíritu de concordia, y hasta el gabinete de Nápoles, mirando esta vez por los intereses de la política verdadera, solicitaban la eleccion de otro gran maestro. El Papa nombró para esta dignidad al baillío Tommasi, toscano, que residia en Sicilia. Al regresar de Escocia, Bussi fué nombrado comendador, y recibió el encargo de llevar el breve de eleccion á dicho baillío. Acton tuvo la galantería de ofrecer una corbeta real para conducir al comendador á Mesina. El baillío Tommasi aceptó el cargo, y se apresuró á dar las gracias á Cacault, quien vió deseos en el cardenal Consalvi de verificar una eleccion acepta al Austria.

El nuevo nombramiento disgustó á España, la cual continuaba insistiendo en pedir que se restringiesen las facultades del nuncio; mas al fin cedió consintiendo en admitir al nuncio Gravina, á quien se habia negado á reconocer durante un año. La Rusia admitió tambien al fin al nuncio Arezzo.

El 15 de marzo el baillío Tommasi, en vista de la actividad y del celo del comendador Bussi, le nombró baillío y su teniente comisario en Malta, y le encargó el gobierno de esta isla y de las del Gozo y de Cumino. Mas el comandante inglés suscitaba todos los dias nuevas dificultades que afligian al gobierno pontificio y al embajador de Francia.

Este tenia motivos de estar quejoso de la actitud tomada por los adquiredores de bienes nacionales, entre los cuales habia venecianos y alemanes. Todos ellos reclamaban proteccion de sus soberanos, excitando á los acreedores franceses á levantar el grito creyendo que el primer cónsul influiria poderosamente en la decision del asunto.

Mientras residí solo en Roma, llegaron á mis manos algunos anónimos. Tambien los recibia Cacault. Un dia el correo

de Florencia le trajo una voluminosa carta que contenia muchas hojas de papel blanco, y una en que estaba escrita la palabra *Paz*. Dificil era comprender el motivo de tan singular comunicacion. Los enemigos del cardenal Consalvi difundian la voz de que el Papa perdia la salud; mas esto ninguna relacion tenia con la palabra *Paz*, la cual, segun nos decian nuestros amigos, era la que se hallaba esculpida en la puerta de la iglesia principal de la órden de benedictinos. ¿Querriase significar que el Papa pertenecia á la órden de San Benito? Otra carta, llegada algunos dias despues, era mas detallada y se decia en ella, que aunque conocíamos varios benedictinos que debian estar familiarizados con la palabra *Paz*, era extraño que no comprendiésemos su sentido; que por lo mismo se acudia á nuestro auxilio; que dicha palabra equivalia á *P. A. X.*, y significaba *Puer annorum decem*. Al pié de esta ofensiva explicacion se hallaba escrito como por nota: « *Nescio loqui, quia sum Puer*. No sé hablar porque soy un niño. » Enseñé la carta al P. Torelli, manifestándole cuanto me afligia la injusticia con que en ella se trataba á un Pontífice digno de toda veneracion. El P. Torelli toma el papel, lo examina, fija su atencion en las palabras *Nescio loqui, etc.* Despues de colorar su rostro el enojo, manifestándose luego animado de gran contento, exclamó: « ¡Desdichado! no sabé bien lo que cita. Gracias á Dios, no es un eclesiástico el que comete semejantes infamias; mas ya sé la respuesta que he de dar. » Cogiendo en el acto una pluma, escribió en el mismo anónimo lo siguiente: « *Et dixit Dominus ad me: Noli dicere Puer sum, quoniam ad omnia quæ mittam te, ibis, et universa quæcumque mandavero tibi, loqueris.* » Y el Señor me dijo: No digas que eres un niño, pues irás á donde te envíe, y dirás todo cuanto te mande. » Al parecer el calumniador anónimo oiria citar el v.º 6.º del capítulo primero de las *Profecias de Jeremias*, é ignoraba la magnífica respuesta dada por Dios (v.º 7.º) para consolar á su servidor.

Con el tiempo el Papa supo todo lo que acabamos de referir, y no pudo menos de experimentar una gran satisfaccion al saber la respuesta dada por su antiguo compañero el padre Torelli.

Pasaré por alto las demás sátiras que se nos dirigieron, y

diré tan solo que los mismos enemigos, que no llegamos á conocer lo suficiente para poder nombrarlos, y que en mi concepto eran extranjeros, tendieron un lazo á Cacault.

Cuando se sentia bien, acostumbraba pasear solo, á pié y decia que «iba á pensar por Roma el modo de salvar á Roma.» Un dia, siendo todavía muy temprano, al pasar por una calle retirada de *Trastevere*, dió con un facineroso, que le dijo bruscamente: «¿Por qué no me saludas?» Cacault sin contestar continuó andando con la esperanza de llegar á un cuerpo de guardia que distaba poco, cuando acercándose el hombre repitió airado las mismas palabras, añadiendo: «¿Por ventura seriais francés?—Sí, contestó Cacault, creyendo que dejaría de insultarle.—Ya que eres francés, dijo el hombre mas irritado todavía, me alegro de haberte encontrado: harás lo que yo quiera; me saludarás.»

Cacault que era pequeño vestia con mucha sencillez y por lo comun no tenia el aire imponente, no parecia pertenecer á un elevado rango. Las personas distinguidas de Roma raras veces van á pié, sobre todo por ciertas calles. Al ver que el vil agresor iba á quitarle el sombrero, Cacault, esperando imponerle exclamó: «Déjame, desdichado, soy el embajador de Francia.» No bien Cacault hubo pronunciado estas palabras, el facineroso contestó sin inmutarse: *Meglio, meglio, per Cristo*; y continuó insultándole. Viendo que Cacault redoblaba el paso, á pesar de que era grueso y andaba con dificultad, le arrojó una piedra y le persiguió denostándole. Al observar á un soldado en el momento de doblar una esquina, huyó, mientras que el embajador, después de restañar la sangre de su herida y de taparse el rostro con el pañuelo, entró en su palacio.

Cacault me mandó llamar y me contó lo ocurrido. A pesar del cuidado del embajador para impedir que nadie le viese en el estado en que se hallaba, especialmente su *Guardapontone* que saludaba siempre á su señor cada vez que entraba, se observó su herida. Manifesté de pronto que era preciso prender y castigar con rigor al culpable que tan á sabiendas ultrajó al embajador. Escribí al cardenal Consalvi una carta muy enérgica; mas en el momento de disponerse á firmarla, Cacault se detuvo diciendo: «Está bien, muy bien, ¿pero qué suce-

derá? Mucho tiempo ha que se dice que los embajadores tienen el encargo de *tratar de los negocios de su gobierno*, y no de *dar que hacer al gobierno*. Mientras por un lado se prenderá á mi agresor, por otro cundirá la voz de que el embajador de Francia ha sido asesinado, y el general francés mas inmediato á Roma, dejándose llevar del enojo, se preparará á invadir los Estados Pontificios. ¿Y cuál será la satisfaccion que se pida? El concordato se ha firmado solo con grandes esfuerzos. El gobierno de Roma, además de castigar al culpable, ofrecerá mil satisfacciones que el nuestro, cuyo carácter es bélico, y que se resiente profundamente de los agravios, porque es novel todavía, quizás no querrá aceptar, y entonces, ¿qué vá á ser del concordato? Y á los ojos de las personas sensatas, ¿quién será principalmente responsable de todo? Yo sabia y he escrito mil veces que habia en Roma algunos partidarios de Ruffo, que provocaban todos los dias á los franceses y les dirigian mil improperios. Yo conozco mas que nadie á Roma y la índole de algunos malvados; se me dirá, y tampoco se me oculta á mí, que un embajador de Francia que resida hoy en este país, no debe pasearse solo, teniendo como tiene á su disposicion once servidores; y que yo tengo la culpa del agravio de que me lamento. Además, no cuento con seguridad de tener testigos que declaren lo mismo que yo, y no me cabe duda de que esta carta producirá grandes males.

«Es cierto que nos ha visto un soldado, pero una vez prestada su declaracion, se le impondrá silencio bajo las mas severas penas. Los agentes del gobernador de Roma, Cavalchini, podrán negar que se me haya insultado, y harán bien, pues no puedo probarlo. Sin embargo, Consalvi sabrá lo suficiente para apreciar mi silencio. Es una gloria que vale muy poco verse uno citado en los periódicos como una víctima. Esto daria lugar á que se dijese ser verdad que se encontró solo á Duphot y que se le hirió á traicion. A pesar de que no pidamos una satisfaccion, dejemos que se dude si he dado cuenta á París de lo ocurrido, y durante el tiempo que se necesita para recibir respuesta, aprovechémonos de la consternacion que quizás experimentan nuestros adversarios para conseguir una ligera revision de la circunscripcion de diócesis, que es una pe-

ticion muy razonable, á la cual sin embargo se opone Consalvi. Decid á mis subordinados que he caido en un hoyo, que no quiero que nadie me reprenda por mi torpeza; que despidiré á los indiscretos sin consideracion alguna, y que se lo participen á todos cuantos entren en mi palacio. Lástima me causa ciertamente el pobre Consalvi, que de seguro no dormirá en veinte dias; mas por mucho que le quiera, no puedo remediarlo, pues ambos tenemos deberes muy distintos que cumplir. Esta será quizás la única vez que no le diré lo que pienso. Dios me ha enviado esta herida sin duda para que me sirva de leccion. ¿ No es verdad que esta aventura tiene algo de ridículo? Me es lícito guardar el secreto acerca del golpe que he recibido. Mi país solo tiene derecho á una satisfaccion por un insulto público, conocido, confesado y denunciado por mí. Estoy seguro de que la corte romana guardará el secreto; y si sobrevienen enredos y malquerencias, cosa que no sé, yo me aprovecharé de todo. Rasgad esta carta. »

Este sensato razonamiento me dejó pasmado. Ayudé á Cacault á curarse la herida, y ningun criado se atrevió á proferrir una sola palabra. Aconteció lo previsto por el prudente embajador. A la primera insinuacion consiguió, no solo lo que en vano habia solicitado, sino otras ventajas inesperadas. Por espacio de un mes Cacault gobernó Roma á su albedrío. El Papa y Consalvi hablaban del embajador con respeto, y el secretario de Estado le prodigaba mas que nunca expresiones de atencion, de amistad y de reconocimiento.

El facineroso fué condenado á galeras por otro delito de que resultó convicto, teniendo motivo para estar agradecido á Cacault de que nada dijese, pues indudablemente á una sola palabra del primer cónsul, que era ya casi soberano, ese desdichado hubiera expiado su delito, y con razon, en un patíbulo como reo de Estado. Cacault tuvo curada su herida al cabo de ocho dias, de modo que al fin de ellos pudo presentarse ya en el palacio de Monte Cavallo.

El cardenal Consalvi tenia encargado al bailío Bussi que le diese exacta cuenta de lo que ocurriese en Malta. En la primera audiencia que el plenipotenciario del gran maestre obtuvo del general Ball, gobernador inglés, este rehusó acceder á la

evacuacion de las tropas inglesas. El baillío, que era hombre resuelto, escribió á Tommasi que era preciso obrar con una resolucion y una energía dignas de los antiguos gran maestros, y que se presentase acompañado de las fragatas de Su Majestad Siciliana que Acton tenia á la disposicion de su Alteza Eminentísima. Mas no era en Malta donde debia decidirse la cuestion, pues el debate estalló entre Lóndres y París.

El infatigable embajador francés tranquilizaba al Papa sobre los rumores de guerra, contenia á los descontentos, y difundia por todas partes máximas de justicia y de prudencia. No satisfecho aun, al visitar un dia la iglesia de San Luis de los franceses, se le ocurrió el pensamiento de erigir un monumento al cardenal Bernis, que despues de hallarse revestido de considerables honores, murió en la estrechez, la cual aumentaron los desastres de la revolucion. El escultor Maximiliano se encargó de elevar un cenotafio á este digno y respetable representante de Francia, que tan alta reputacion obtuvo en Roma, y cuyo cuerpo fué trasladado á la catedral de Nimes.

CAPÍTULO XXIII.

Se llama á Cacault, á quien reemplaza el cardenal Fesch.—Expostulaciones canónicas de treinta y ocho obispos franceses disidentes.

Muy cierto es lo que dijo el embajador de Francia en Roma: *Nunca se corrige impunemente á los gobernantes.* El 8 de abril Talleyrand escribió, á Cacault, manifestándole que el gobierno de Francia habia estimado oportuno poner á la legacion de la república en Roma bajo el mismo pié que antes de la revolucion, y que en consecuencia el primer cónsul habia determinado nombrar para reemplazarle al cardenal Fesch, arzobispo de Lion.

Al ver el Padre Santo este despacho, quedóse atónito y no acertó á proferir palabra alguna.

El Papa tuvo un nuevo pesar al recibir de Lóndres algunas manifestaciones firmadas en varios puntos de Europa por treinta y siete obispos franceses y por La Tour que lo era elec-

tor de Turin, tituladas «Expostulaciones canónicas y respetuosas, dirigidas á nuestro Padre Santo, Pio VII, que lo es por la Providencia divina, sobre varios actos concernientes á la Iglesia de Francia.» Ese documento lleva la fecha del 6 de abril. Dichos obispos manifestaban que imitarían el lenguaje usado por san Bernardo con Inocencio II, á quien decía: «Hablo fielmente porque amo con fidelidad,» y que se adherían á la confesion de san Gerónimo, cuando decía al papa san Dámaso: «Como no sigo mas que á Jesucristo, me asocio á Vuestra Beatitud, esto es, á la cátedra de San Pedro, pues sé que sobre esta piedra ha sido construida la Iglesia. El que come el cordero fuera de esta casa es profano, el que no recoge como vosotros, disipa....» Los obispos examinan luego la bula relativa á la circunscripcion de diócesis y las demás disposiciones dictadas por el Padre Santo. Atacan una carta del consejero de Estado, Portalis, de fecha 8 de junio de 1802, citan al pontífice Liberio que decía al emperador Constancio: «No puede suceder que condenemos cosa alguna acerca de la cual no se haya juzgado,» y continúan: «La causa no se ha seguido en juicio (*indicta causa*).» San Celestino habla en estos términos: «Obedezcamos las reglas, no nos sobrepongamos á ellas, seamos sumisos á los cánones.» San Martin dijo: «No podemos destruir los cánones, pues somos sus defensores y sus custodios, y no sus trasgresores.» Refieren lo que Gregorio VII escribió al rey de Aragon. San Zózimo, Adriano II y san Leon el Grande profesaron la misma doctrina. Los obispos no olvidan las palabras de una encíclica que les dirigió Pio VII desde el monasterio de San Jorje de Venecia el 15 de mayo de 1800, primero de su pontificado, á saber: «Por medio de las santas leyes de la Iglesia, florecen la piedad y la virtud; por medio de estas leyes, la esposa de Jesucristo es temible como un ejército atrincherado. Estas leyes constituyen esos fundamentos echados para sostener el peso de la fe.» El concilio de Trento, ses. 23, cap. 4.º, facilita nuevas armas. Aquí hay, si me es permitido decirlo, hablando literariamente, alguna confusion. Tambien se cita la bula *Qui Domini Christi vices*. Debiera haberse seguido un método; pues solo se trata de la *indestructibilidad* de los cánones.

En la página 75 de dichas Expostulaciones, se lee: «Es imposible no afligirse mas y mas al considerar el modo como se ha procedido en el triste negocio de que se trata. En consecuencia, la religion católica apostólica romana, que es la que profesa la mayoría de los franceses, en vez de ventajas, reportará pérdidas y graves daños.»

Se cita al pié de la letra la dimision de Gregorio. «Deciende voluntariamente, dice, de la silla á la cual ascendió sin oposicion canónica.»—«¿Es posible, exclaman los obispos, dejar de reconocer á los que el predecesor de Pio VII apellida pseudo-obispos?» Esto no basta. Lacombe ha dicho: «El legado ha querido de nosotros una dimision que no ha obtenido; yo considero como los mejores actos de mi vida y los mas dignos de recompensa eterna, los que me ha precrito la constitucion civil del clero.» Segun dichos obispos, al saber Lacombe que se ofreció á los constitucionales un decreto de absolucion, manifestó que estos le habian perdido; sin embargo de que no se le ofreció á él, por imaginar que seria menos paciente que los demás. Veremos hasta qué punto estas palabras afectaron á Pio VII. Ellas le inspiraron uno de esos rasgos de valor y de serenidad de los mas atrevidos que presenta la historia de los Sumos Pontífices. Ese dia venció moralmente en campal batalla al vencedor de tantos pueblos.

Los obispos parecian estar mejor informados que los gobiernos francés y pontificio. Fouché escribió á los prefectos: «La organizacion de los cultos es con respecto á la Iglesia lo que el 18 de brumario respecto al Estado; no es el triunfo de un partido, sino la union de todos en el espíritu de la república y de la Iglesia.» Aquí se nota una expresion singular. La comunicacion del jefe de la policia general á los prefectos, lleva la fecha del 7 de junio de 1802, y se denomina en las Expostulaciones *Encíclica*. ¿Cómo se concibe que treinta y ocho obispos hayan hablado con tanto desprecio? ¿Quién hubiera podido imaginar nunca que el duque de Otranto expidiera *Encíclicas*? Mas adelante se consignan estas expresiones, sacadas de un despacho de una autoridad ministerial, dirigido al prefecto del Soma: «He recibido los documentos en que consta la retractacion pública verificada por el sacerdote

casado Claudio de La Cour y la nulidad de su matrimonio. Los sacerdotes de la parroquia en la cual La Cour se ha retractado solemnemente, debieran haber impedido semejante escándalo, y vos les habeis hecho responsables con justicia de todo lo demás que ocurra.» Al ver los obispos que se les negaba la facultad de retractarse, responden con san Hilario: «El nombre de *paz* es grandioso; el principio de la unidad, magnífico; mas, ¿quién ignora que la *paz* de Jesucristo la constituyen la unidad de la Iglesia y de los Evangelios?» Aquí hay una larga y hermosa definicion de la *paz* de Jesucristo.

El importante documento que nos ocupa, terminaba de este modo: «Concluiremos con las palabras de un arzobispo de Reims en tiempo de Alejandro III: «Todos los ojos están fijos en Vuestra Paternidad: velad por vuestro honor, y por vuestra libertad, é igualmente por la conservacion de la Iglesia.» Habia aquí expresiones aun mas fuertes, pero no se hallan en la edicion de Lóndres (diciembre de 1803), que es la que tengo á la vista. Los prelados que suscribieron las Expostulaciones eran:

El cardenal Montmorency Laval; Arturo Ricardo de Dillon, arzobispo de Narbona; Alejandro Angélico de Talleyrand-Perigord, arzobispo, duque de Reims, primer par de Francia; Luis Carlos Duplessis de Argentré, obispo de Limoges; Luis Francisco Marco Hilario de Conzié, obispo de Arras; José Francisco de Malide, obispo de Montpellier; Luis Andrés de Grimaldi, obispo, conde de Noyon y par de Francia; Juan Luis de Usson de Bonnac, obispo de Agen; Pedro José de Lastie, antiguo obispo de Rieux; Aymard Claudio de Nicolai, obispo de Beziers; Francisco de Clugny, obispo de Riez; Juan Francisco de la Marche, obispo de San Pol de Leon; Manuel Luis de Grossoles Flamarens, obispo de Perigueux; Juan Bautista Duplessis de Argentré, obispo de Seez; Pedro Agustin de Belbeuf, obispo de Avranches; María José de Gallard de Terraube, obispo de Puy; Sebastian Miguel Amelot, obispo de Vannes; Alejandro Amadeo José de Lauzierés de Themines, obispo de Blois; Luis Hector Honorato Máximo de Sabran, obispo de Laon, par de Francia; Enrique Benito Julio de Bethizy, obispo de Uzés; Sebastian Carlos Filiberto Roger de Cahuzac de Caux, obispo de Aix; Seignelay de Colbert, obispo de Rhodéz; Juan Bautista de Chilleau, obispo de Chalons del Saona; Francisco de Gain de Montagnac, obispo de Tarbes; Carlos Eutropo de la Laurencie, obispo de Nantes; Francisco de Mouchet de Villedieu, obispo de Digne; Felipe Francisco de Albignac, obispo de Angulema; Francisco Enrique de la Broe de Varcilles, obispo de Gap; Elleon de Castellane Mazague, obispo

de Tolon ; Ana Luis Enrique de la Fare , obispo de Nancy ; Enrique de Chambré de Urgons , obispo de Oropesa ; Alejandro Enrique de Chanvigni de Blois , obispo de Lombez ; Gabriel Melchor de Messey , obispo de Valence ; Francisco María Fortunato de Vintimille , obispo de Carsona ; Francisco de Bovet , obispo de Sisteron ; Juan Carlos de Coucy , obispo de la Rochela ; Juan Renato Asseline , obispo de Boloña ; Estéban Juan Bautista Luis de Galois de la Tour , obispo electo de Moulins .

He indicado algunos ligeros defectos puramente literarios de que adolece el notable documento de que se trata , y que puede considerarse como una decision de un gran concilio. En pocas páginas se hallan resumidas las doctrinas de los Santos Padres , las inmensas ventajas de la unidad , la bella definicion de la paz de Jesucristo , toda la alta erudicion de Baronio y de Benedicto XIV , las puras máximas de Pio VI , y hasta las primeras exhortaciones de Pio VII. Las Expostulaciones , pues , merecerán siempre ser consultadas por quien desee conocer á fondo las negociaciones que produjeron el concordato de 1801 .

CAPÍTULO XXIV.

El Papa proyecta reorganizar la gerarquía eclesiástica de Alemania.—Chateaubriand es nombrado secretario de embajada en Roma.—Instrucciones dadas al cardenal Fesch.—Llegada de Chateaubriand á Roma.—Llegada del cardenal Fesch.—Regalos hechos por el Papa á la embajada que cesa.—Partida de Cacault.

Es destino de un sumo pontífice no poder estar sino raras veces en reposo moral , mayormente despues de trastornos ocurridos en la cristiandad , la cual mas de veinte años habia , ó sea desde la época en que José II inició sus reformas , que era víctima de graves desórdenes. Esas reformas , sin embargo , solo sirvieron para aumentar y arraigar en Bélgica los sentimientos religiosos , como se vé aun hoy dia.

La Alemania , que el papa aleman Gregorio V , pariente del emperador Óthon III , apellidaba el *gran brazo del cristianismo* , no podia ya aspirar á engalanarse con tan glorioso dictado. Mientras á consecuencia de actos que parecian indispensa-

bles para conseguir la paz, perdían los eclesiásticos cuantiosos bienes, Su Santidad no se quejaba en lo mas mínimo, pues sabia proceder en todo con prudencia; mas por muchos que fuesen los pesares que le agobiasen por otras causas, no podia mostrarse indiferente á la suerte espiritual de los católicos, súbditos de un gobierno protestante, que habian perdido á sus obispos. Así es que deseaba reorganizar y restablecer en Alemania la gerarquía eclesiástica bajo las bases de los tratados. Los príncipes protestantes deseaban lo mismo, los católicos lo instaban, y por lo tanto el Papa resolvió nombrar, para que residiese en Ratisbona, un nuncio encargado de atender toda clase de peticiones, y de darle cuenta de las necesidades de los fieles y de las pretensiones de los gobiernos.

El diario de los *Debates* anunció de antemano el nombramiento de Chateaubriand para ocupar la plaza de secretario de la embajada de la república en Roma.

Fontanes contribuyó mucho á su eleccion, como se desprende de la respuesta oficial fechada en 22 de floreal (12 de mayo). El cardenal Fesch ninguna parte tomó en ella, y cuando tuvo noticia del decreto de nombramiento, contestó lo siguiente: « Os doy las gracias por vuestra atencion de enviarme el decreto de nombramiento del ciudadano Chateaubriand, para ocupar el puesto de secretario de la legacion en Roma. Aprovecho, etc..... »

Súpose en París que la corte de Roma habia sentido mucho la separacion de Cacault. Quizás era esta la única vez que veía con disgusto reemplazar por un cardenal á un embajador lego. Mientras se esperaba ver el comportamiento que observaría el nuevo representante francés, el gobierno romano reclamaba contra el título de embajador dado al cardenal Fesch, alegando que el obispo Rochechouart, *embajador* en Roma en 1761, despues de su preconizacion, verificada el 23 de noviembre del mismo año, tomó el título de ministro plenipotenciario. El gobierno pontificio fundaba su parecer en una decision del concilio de Basilea (ses. 23, *De qualit. cardinal.*), que prohíbe á los cardenales usar el título de *embajadores*, aun siéndolo de su soberano, aduciendo el ejemplo de los cardenales Estouteville y Borgia de Monreal, y lo determinado por

Leon X, á saber: « Que los embajadores de los monarcas dejan de ser embajadores en el momento de recibir la púrpura, porque son miembros místicos del Soberano Pontífice. *Oratores, principum creati cardinales desinant esse oratores, quia sunt membra mystica summi Pontificis.* »

Referente á este punto el cardenal Consalvi decia :

« Un cardenal forma parte del sacro colegio, de donde proviene que en la corte de Roma no es permitido á un embajador presentarse con carácter público, y obtener del Papa una audiencia pública, si además de las credenciales dirigidas al Soberano Pontífice, no tiene otras que le acrediten cerca de cada uno de los cardenales, las cuales ha de presentar en una visita pública de etiqueta al cardenal decano. En el supuesto de que un cardenal tuviese el título de embajador, resultaria que concurrirían en un mismo sugeto el activo y el pasivo, y esto se opone á todas las reglas. Las formalidades que prescribe el ceremonial de los embajadores son tales, que no admiten excepcion en el cuerpo diplomático. Esas formalidades no podrian subsistir si entre los embajadores públicos hubiese un cardenal, puesto que los honores debidos á la dignidad cardenalicia serian incompatibles con el carácter de embajador. Atendidas estas reflexiones, el cardenal Fesch solo puede ser ministro plenipotenciario. »

Ese era el título que usó el cardenal Fabricio Ruffo. Bernis solo se dió el título de *encargado de negocios de Francia*.

El nuevo ministro plenipotenciario, el cardenal Fesch, manifestó deseos de ir al ministerio de negocios extranjeros á leer los legajos referentes á Roma, y segun se asegura, el primer cónsul le dijo estas palabras: « No leais nada; partid y procurad solo tener buen tacto. » Talleyrand dió al cardenal Fesch minuciosas instrucciones, en las cuales califica el tratado de Tolentino de base principal de las relaciones políticas entre Francia y Roma, dispone que se protejan los establecimientos religiosos franceses, últimamente restituidos á instancias de Cacault, y encarga á Su Eminencia que patrocine la escuela de artes. Tocante á este último punto, las instrucciones son muy interesantes. Se trata en ellas de las ventajas que han de procurarse al comercio de Francia, y se demuestra en esta parte mucho patriotismo. Se encarga que se procure que el Papa tenga un ejército capaz de mantener el orden en el interior. « Atendidos principalmente, dice Talleyrand, los

acontecimientos de que Roma ha sido teatro, esta ciudad debe adoptar las oportunas medidas para asegurar su tranquilidad, y *prevenir nuevos trastornos* con fáciles medios de represion. Se recomienda á los adquiredores de bienes nacionales, y que no se pierdan de vista los intereses de Francia en la isla de Malta. Roma conservará tranquilamente sus principados de Benevento y Ponte Corvo. Nápoles y Roma se hallan divididas á causa de la soberanía de las Dos Sicilias, del tributo de la hacanea, y de un concordato religioso. En el caso de renovarse estas cuestiones, el embajador de Francia no ha de tomar ninguna parte en ellas, y dará cuenta al gobierno francés de lo que suceda, á fin de que pueda prevenir los resultados. El embajador cuidará de dirigir, pero sin carácter oficial, los pasos de los representantes de Cerdeña, en cuyo favor están el primer cónsul y la Rusia. Es posible que ambas potencias marchen de acuerdo para mejorar la suerte del rey de Cerdeña. «Roma, añade Talleyrand, ha sido siempre uno de los principales centros políticos de Europa, tanto por hallarse en ella embajadores de primera clase y por la afluencia de extranjeros y de hombres distinguidos que de todas partes acuden á la misma, como por las relaciones de la Santa Sede con las diferentes partes del mundo, y por la consideracion en que generalmente se la tiene.» El cardenal ha de velar mucho por los negocios de su residencia.

El Papa no olvidaba sus proyectos de establecer en Alemania una organizacion católica, y á este efecto en 4 de junio de 1803, se dirigió al primer cónsul, exponiéndole el triste estado en que se hallaban las iglesias del Imperio, y rogándole que le auxiliase en arreglar de un modo estable los asuntos eclesiásticos del mismo.

Hemos visto á Cacault desplegar una grande actividad y una gran resolucion, y proceder al mismo tiempo con reserva y prudencia en todos los asuntos y en todas las cuestiones de alta política. Hemos visto tambien, y es inútil repetirlo, hasta qué punto ese *revolucionario corregilo* se atrajo la estimacion del Papa y de su ministro. El primer cónsul rindió homenaje á su talento, y sus ministros le demostraron el aprecio y la consideracion en que le tenian. Un golpe inesperado, digo mal, pre-

visto por el embajador desde mucho tiempo, y que se difirió algun tanto, acaba de herirle. Se resigna y rehusa las demás embajadas que se le ofrecen. Continúa percibiendo su sueldo, y lo considera justo, por cuanto carecia de fortuna; y se abstiene de pronunciar ya mas una palabra siquiera sobre Roma, sobre sus destinos, y sobre la continua veneracion que se debe al Papa. Su voluntad no es libre; mas nadie puede encadenar los sentimientos de su corazon. Cacault se interesa con Talleyrand por su secretario y amigo; mas nada consigue, y Chateaubriand llega á Roma.

Yo me encargué de acompañarle á recorrer la capital de la cristiandad, y le conduje por la calle de la derecha de la del *Borgo*, para que viese de repente la fachada del templo de San Pedro, y gocé mucho al ver la impresion que le causaba y que expresó con sencillez y franqueza. Decia pocas palabras, pues estaba sobrecogido de pasmo, é indudablemente jamás habia visto nada tan magnífico como el mas bello templo de nuestro culto. Llevé tambien al Coliseo á mi nuevo huésped, quien se expresaba de un modo tan agradable, que muy luego se conquistó simpatías en Roma, en donde se deseaba que la nueva embajada, al mismo tiempo que mirase con celo por los intereses de su gobierno, tuviese á la Santa Sede los respetuosos miramientos á que era acreedora por sus desgracias.

El cardenal Fesch entró en Roma sin aparato el 2 de julio, y contra lo que era de esperar, no reinó mucha armonía entre él y el embajador saliente, y era fácil ver que sus ánimos estaban divididos, por mas que tratasen de simularlo, hasta en las conversaciones mas triviales. Cacault debia permanecer en Roma algunos meses, mas sintiéndose peor que de costumbre, resolvió tomar los baños de Luca. Me ofrecí á acompañarle, y aceptando con gusto mi propuesta, empezamos á hacer los preparativos de marcha. Cacault habia enviado ya á Francia parte de sus cuadros, y colocados en cajas los que últimamente habia adquirido, los embarcó en Civitavecchia en un buque danés que se daba á la vela para Marsella.

El Papa hizo algunos regalos á Cacault, y se dignó darme una coleccion de medallas de todos los papas posteriores á Martin V, y nos consoló á ambos, manifestando que esperaba

vólvemos á ver. Cacault le dijo que el cardenal Fesch estaba rodeado de eclesiásticos de talento y piadosos, dignos de merecer su confianza, y que Chateaubriand era un breton animado de nobles sentimientos, y dispuesto á venerar mucho á la Santa Sede. « Es verdad, repuso el Papa, estrechando la mano á Cacault; mas el cardenal Fesch y Chateaubriand no están unidos; ninguno de los dos conoce bien nuestros asuntos, y en caso de necesidad, ¿quién nos dará consejo para vencer los obstáculos que surjan? » El cardenal Consalvi, al abrazar al embajador dijo mas todavía: « ¿Qué sucederá? Os marchais, estoy seguro de ello, desavenido con el cardenal Fesch, el cual quiere estar solo. Ni una sola vez ha dirigido la palabra al señor, añadió mirándome (y era cierto). No podremos ya conferenciar con entera libertad como con vos acerca de los asuntos de Europa, de Rusia y de Austria. »

El dia de la partida de Cacault, mas de trescientos franceses, muchos romanos afectos á su persona, los miembros del cuerpo diplomático, los gentileshombres de los cardenales, un *cameriere* secreto del Papa, enviado á propósito, y los pobres á quienes el embajador daba habitualmente limosna, todos acudieron en tropel á despedir al embajador, cuya marcha fué quizás de las que mas lágrimas hayan arrancado. Las últimas palabras que Cacault pronunció al dejar á Roma fueron estas: « Adios, señores, si habeis querido hacer llorar á un breton, lo habeis conseguido. »

CAPÍTULO XXV.

El nuevo ministro plenipotenciario entra en el ejercicio de su cargo.—Paceanari.—Negociaciones proyectadas con la Baviera.—Nota del cardenal Caprara sobre los artículos orgánicos.—Los ingleses apresan el buque que conducia los cuadros de Cacault.—El primer cónsul pide la detencion y la extradicion de Vernegues, francés naturalizado en Rusia, y empleado en las legaciones de esta nacion en Italia.—Se nombra á Chateaubriand encargado de negocios en la república del Valais.—Se prende á Vernegues, y despues de conducirle á Rimini, se le pone en libertad.

El 20 de julio nos encaminábamos rápidamente á Toscana, y en el mismo dia el cardenal Fesch escribió á Talleyrand.

El cardenal Fesch es un hombre vivo. Siento disgustarle, mas se borrará bien pronto la impresion desagradable que le causen mis palabras, al hablar de su prudente y laudable comportamiento. Ruego, pues, á las personas que de pronto juzguen con severidad al cardenal Fesch, que aguarden el momento en que pueda demostrarles la nobleza y la religiosidad con que se condujo.

El 20 de julio el cardenal Fesch escribió á Talleyrand lo que sigue :

«Creo de mi deber daros cuenta, ciudadano ministro, de una conspiracion que se tramaba en la república italiana y en los Estados de la Santa Sede, y de las medidas adoptadas para atajarla.»

¡Y Cacault tan previsora ignoraba que se fraguase una conspiracion en los Estados de la Santa Sede! ¿De qué le servia tanta sagacidad?

Se concibe que si el insulto que se infirió á Cacault, del cual nada dijo el Papa, ni Consalvi, ni el soldado que lo presenció, ni el gobernador de Roma, ni el mismo Cacault, ni yo, ni el facineroso, hubiese llegado á noticia del cardenal Fesch, se lo participara al gobierno francés para que preguntase al anterior embajador el motivo de su silencio; se concibe que pudieron escaparse algunos insignificantes hechos al personaje que acababa de partir, acompañado de las bendiciones de todos, y que preocupado al ver las pruebas de afecto que se le daban, hubiese dejado de velar un solo dia, y que aprovechándose de su momentánea distraccion, se hubiese concebido en algun rincon de la península algun plan descabellado; mas es lo cierto que no existió nunca una conspiracion, que era solo el ensueño de algunos intrigantes rechazados por el anterior embajador y acogidos por el nuevo. Y solo por una cosa insignificante se va á excitar el enojo de Bonaparte, á quien no pocas veces se engañaba, siendo por lo mismo disculpables sus arrebatos, promovidos tambien en algunas ocasiones por los yerros de individuos de su familia.

Hallábase entonces en Roma al lado de la archiduquesa Mariana, hermana del emperador de Alemania, un hombre perverso, corrompido, culpable de delitos que no pueden revelar-

se. Era uno de esos seres sin freno, á los cuales no debiera proteger la ley, si la ley no estuviera obligada á amparar á todos los hombres. Paccanari, á quien no daré ningun tratamiento, que podia dar lugar á que se creyese que pertenecia á una órden religiosa, halló el medio de engañar al cardenal Fesch, y por medio de un oscuro emisario, segun unos, ó por conducto de un alto personaje, segun otros, se dieron al cardenal avisos, cuyo impuro origen desconocia.

Con frecuencia acontece que los embajadores recientes obran de distinto modo que sus antecesores, de modo que si estos hasta cierto punto se condujeron bien casi siempre, aquellos se exponen á obrar mal algunas veces. Esto es lo que avino al cardenal Fesch, quien hubiera hecho mejor en empezar por cimentar su crédito por medio de medidas conciliadoras, hablando bien de Cacault, manifestando deseos de imitarle, fomentando la sensibilidad del Papa, y procurando acrecer en Consalvi sus deseos de complacer. Podia haberse ocupado con mas provecho en fijar las relaciones entre la Baviera y Roma, y en dar á comprender al gobierno francés las miras de Cetto, que proponia una negociacion entre la Santa Sede y los Estados de la casa palatina de Baviera.

El elector de Baviera solicitaba fijar de acuerdo con Pio VII el número de obispos necesarios al culto católico, y determinar la extension de las diócesis, pidiendo *como condicion precisa* que la posesion de las temporalidades se diese en su nombre y en virtud de autorizacion suya, y que los que entrasen á obtenerlas, prestasen juramento de fidelidad ante la administracion suprema de la provincia, donde se hallase la catedral.

El elector pedia igualmente un arzobispo que residiese en Munich, y obispos sufragáneos en Ausgburgo, Wustzburgo, Passaw y Bamberg. Proponia que la jurisdiccion que el arzobispo de Salzburgo y el de Ratisbona ejercian en las provincias electorales, se reuniese á las nuevas diócesis, dividiéndose entre ambos en la proporcion geográfica mas cómoda, y mas ventajosa para la utilidad y el servicio de la Iglesia; que las causas eclesiásticas se sustanciasen en primera instancia en el tribunal de los obispos, en segunda ante el metropolitano, y en última ante la Santa Sede; y que Su Santidad sancionase

una nueva liturgia, conforme enteramente con la de la iglesia romana. Mas Roma se hallaba ocupada en otros asuntos.

Como la fisonomía del cardenal Fesch era fria y tenia cierto aire de desconfianza, y el recuerdo de los francos y atractivos modales de Cacault todavía estaba presente en la memoria de todos, pareció indispensable al Consejo del Padre Santo consignar en un breve el aprecio que habia merecido Cacault, y mover al cardenal Fesch por medio de elogios y de atenciones á fiar en los buenos consejos que podian darle Chateaubriand y los eclesiásticos de la legacion.

El mismo dia de nuestra partida de Roma, y cuando ya nos encontrábamos en Luca, llegó un despacho del ministerio, en que se me permitia permanecer en aquella ciudad, á pesar del nombramiento de Chateaubriand.

Mis amigos, á quienes recomendé mucho á Chateaubriand, le dieron sin pensarlo imprudentes instrucciones. Yo veia muy á menudo al Padre Santo; mas era por disposicion y en nombre de Cacault, y esto dió lugar á que se creyera que ese honor, que yo debia exclusivamente á la bondad y á la confianza que me demostraba Cacault, era un derecho del secretario. Con este motivo mediaron explicaciones entre el cardenal Fesch y Chateaubriand. El cardenal Consalvi apoyó al ministro plenipotenciario de Francia, y tuvo la desgracia de permitir que las reclamaciones de Chateaubriand degeneraran en cierto modo en una polémica, cuando debiera haberse tratado de ellas verbalmente, y con cuidado para no disgustar al último. Acudióse á París en donde este incidente empezaba á llamar la atencion, cuando el ministro de negocios extranjeros se vió precisado á ocuparse de otros asuntos.

El 18 de agosto el cardenal Caprara reclamó contra los artículos orgánicos. Voy á trascribir en extracto la nota que dirigió á Talleyrand.

«Estoy encargado de reclamar contra esa parte de la ley de 18 de germinal, designada con el nombre de *artículos orgánicos*; y lleno este deber con tanta mas confianza, cuanto que tengo en mi favor la benevolencia del gobierno y su sincero apego á los verdaderos principios de la religion.... Ese código tiene por objeto la doctrina, las costumbres, la disciplina del clero, los derechos y deberes de los obispos, y de los ministros inferiores. Héricourt (*Leyes*

eclesiást., cap. XIX), el historiador Fleury, los abogados generales mas distinguidos, y Castillon (*requisit. de 1763*), reconocen en la Iglesia «el poder que recibió de Dios para conservar, por medio de la autoridad de la predicación, de las leyes y de los juicios, la regla de la fe y de las costumbres, la disciplina necesaria para la administración de su gobierno y la sucesión y perpetuidad de su ministerio....» El tercer artículo extiende el exámen á los cánones de los concilios, incluso los de los generales. En ninguna parte tanto como en Francia esas célebres asambleas han sido respetadas y veneradas. ¿Cómo es posible, pues, que en esa misma nación se les susciten tantos obstáculos, y que mediante ciertas formalidades civiles se dé el derecho de eludir ó de rechazar sus decisiones? Se quiere examinarlas, se dice; mas *en materias reliquiasas, el exámen está proscrito en la Iglesia católica*, y solo le admiten las sectas protestantes, de donde proviene la pasmosa variedad de sus creencias.... Bien sé que nuestra obediencia ha de ser racional; mas obedecer por motivos bastantes, no es tener el derecho de examinar y de rechazar arbitrariamente lo que desagrada.

«Dios prometió la infabilidad exclusivamente á su Iglesia. Las sociedades humanas pueden engañarse, como de ello son prueba los mas sábios legisladores.... ¿Se objetará acaso que el *parlamento francés* empleó el exámen? Es cierto, mas de conformidad, con la disposición de 24 de mayo de 1766, examinaba los cánones y las bulas, tan solo por si su publicación podia alterar ó interesar á la tranquilidad pública, y no para inquirir si se hallaban de acuerdo con leyes que podian *cambiar al dia siguiente*..... El 5 de abril de 1757, Aguesseau decia al parlamento de París: «No parece sino que se trata de disminuir el poder que tiene la Iglesia de dictar disposiciones, haciéndola depender hasta tal punto del poder secular, que sin su concurso no puedan obligar á los súbditos del rey las mas santas leyes de la Iglesia.»

Caprara combate casi todos los artículos orgánicos, con la particularidad de que se vale para ello de citas de autores franceses, como si su nota hubiese sido redactada en París. ¡Cosa singular! llega á Roma una reclamación de los obispos franceses refugiados en Lóndres, la cual por su contexto y por otras razones parece formulada en Roma. *Un legado a latere* envia á París una impugnación de una ley francesa, y la forma, el tono, los argumentos, la exactitud del método, y una dialéctica mas fuerte que brillante, todo parece propio de un francés que reconviene á su propio gobierno. En la nota del cardenal Caprara se prodigaban demasiado las reconvenciones.

No era posible conseguir siquiera una ventaja aislada al atacar tantas trincheras, defendidas con denuedo y hasta

con furor con el apoyo de un cisma reciente, que no daba esperanzas de extinguirse todavía. Mas el cardenal legado debía obedecer á Pío VII, y obedecía empleando la dulzura que tanto se recomienda en Roma.

En esta ciudad habia aun mas desazones que en París. El cardenal Fesch dirigió un despacho muy fuerte á la secretaría de Estado, con motivo del desarme de un soldado que iba á bordo de un buque francés cargado de sal. El gobierno romano estaba en su derecho, mandando ejecutar las leyes que tenia promulgadas para impedir el contrabando de sal. Talleyrand mandó al cardenal Fesch que no insistiese en sus recriminaciones tocante á este punto.

Durante el mes de setiembre Roma asistió casi á un tiempo á un duelo y á fiestas. En el momento en que moria el cardenal Albani, decano del sacro colegio, la nueva reina de Cerdeña daba á luz dos niñas gemelas, que fueron bautizadas por el Papa. Estas dos princesas llegaron á ser con el tiempo las mas bellas, amables y virtuosas de toda Europa. La una es hoy dia duquesa de Luca, y la otra emperatriz de Austria.

Entretanto Cacault, despues de pasar tres dias en Milan, en donde el vicepresidente Melzi le hizo magníficos regalos, agradecido á la proteccion que habia dispensado en Roma á los milaneses, llegó á París.

Es sabida su aficion á adquirir cuadros, y se recordará sin duda que antes de salir de Roma compró algunos, embarcándolos en un buque danés para remitirlos á Francia. Ese buque fué apresado por los ingleses, conducido á Barcelona, y mas adelante á Lóndres. El aprehensor difundió la voz de que los cuadros eran un regalo del Papa al primer cónsul. Cacault escribió á París desde Luca y Milan, instando á Talleyrand para que reclamase la devolucion de esos objetos de propiedad privada de un embajador, que regresa á su país. Talleyrand envió á Inglaterra un comisionado para solicitar la expresada restitution, y este paso confirmó en la apariencia los rumores esparcidos por el aprehensor. Los cuadros fueron vendidos en pública almoneda y se adjudicaron á precios muy crecidos.

Pero volvamos la vista á Roma, en donde van á pasar escenas muy tristes.

Hemos mencionado ya á Vernegues que acompañaba á Avaray. Parece que este francés, que pasaba por empleado de las legaciones de Rusia en Italia, alentado por el espíritu público de Roma, que era desfavorable al comportamiento político del cardenal Fesch, manifestó atrevidamente sentimientos de oposición al plenipotenciario. Alquier participó el proceder de este en un despacho sin comunicársele al interesado, á pesar de que pudiera haberlo hecho, puesto que Vernegues acababa de salir de Nápoles para trasladarse á Roma. Algunas de las legaciones extranjeras que habia en Roma, acogieron á Vernegues y á La Maisonfort, que era uno de sus amigos, y á quien hemos citado en otra parte, dándole el nombre de Descours, y que, preciso es decirlo, se portaba en todo con gran reserva. Mas el público estaba contra una parte de la embajada francesa. El cardenal Fesch solo halló una respetuosa frialdad en algunas de las personas que le habian acompañado, las cuales se declararon amigas personales de Chateaubriand, á quien, ignórase la causa, demostraba el cardenal pocas simpatías. En esa especie de complot formado con mas ó menos motivo contra el cardenal, no figuraba el abad Lucotte, su secretario, verdadero ángel de paz y de bondad, que quizás se afligia por lo que pasaba; mas se mantenía fiel á monseñor Fesch. Las demás personas que rodeaban á este se conservaron neutrales. En este asunto de nada sirvieron á Talleyrand su habitual prudencia y su conocimiento del mundo. El primer cónsul ordenó al cardenal Fesch que pidiera inmediatamente al Papa la detencion y la extradicion de Vernegues y de La Maisonfort, no obstante su dependencia de la Rusia.

El cuerpo diplomático fijó toda su atencion en el conflicto que iba á estallar en Roma á la vista de un Sumo Pontífice tan bueno y tan amigo de la tranquilidad, entre la Francia y la Rusia enorgullecida aun con los triunfos de Souvarow en el suelo itálico, si bien los consiguiera en otros tiempos y contra otros generales que Bonaparte.

Al manifestar el cardenal Fesch la órden que tenia, el Papa y el cardenal Consalvi se opusieron á su ejecucion. Algunos amigos previsores de Vernegues le aconsejaron que se retirase, imitando el ejemplo de La Maisonfort, y enton-

ces se entabló un nuevo y animado debate entre la legacion de Francia y la secretaría de Estado. Las palabras proferidas en nombre del primer cónsul, fueron tan duras, que el gobierno pontificio accedió á la detencion de Vernegues, declarando empero que el Padre Santo no llevaria mas allá su condescendencia, pues tenia prometido á la Rusia no autorizar la extradicion del preso. Reconocidos los papeles de Vernegues, nada se encontró que pudiese comprometerle. El cardenal Fesch hizo extensivas las quejas que dirigió á París á otras personas de las que formaban parte de la embajada francesa; y si bien esas quejas indicaban una especie de tácita desaprobacion de un sistema de energía tan intempestivo, ninguna causa existia para motivar acusaciones capaces de hacer que el primer cónsul traspasara los límites de la razon, hasta el punto de decir á Fontanes: «Yo haré traer aquí á vuestro protegido atado de piés y manos sobre un carro.» El secretario de la legacion faltó, creyendo que se tratarian los negocios con aquel cuidado y con aquel pulso con que se acostumbraban á tratar, cuando Cacaault era embajador. Chateaubriand se hallaba dispuesto á proceder del mismo modo, creyéndolo provechoso para la Francia y para el crédito del cardenal Fesch. Entretanto Talleyrand calmaba á Bonaparte, y en vez de llamarse á París á Chateaubriand, se le envió á la república del Valais en calidad de encargado de negocios, debiendo pasar antes á Francia á recibir instrucciones. En reemplazo de Chateaubriand pasó á Roma Gandolphe, que á la sazón era encargado de negocios en Suiza. Mientras tanto instábase con empeño la extradicion de Vernegues, y Consalvi respondió:

«Al hacerse el Padre Santo responsable por su culpa de las consecuencias que puedan originarse en el vasto imperio ruso en perjuicio de la Iglesia, de la religion y de los católicos, de la justa indignacion provocada por una violacion de promesas que añadiría á la falta el insulto, experimentaria crueles remordimientos por haber hecho traicion á los principales deberes de su ministerio apostólico, en virtud de los cuales está obligado á consagrar ante todo sus cuidados y sus actos, á conservar en todas partes la tranquilidad de la Iglesia, y á evitar todo cuanto pueda turbarla.»

Insistióse de nuevo, y otra vez rehusó Consalvi acceder á lo que se pedía, objetando que Vernegues, en virtud de una

manifestacion por escrito del encargado de negocios de Rusia, era súbdito de esta nacion, y participaba de todos los derechos, inmunidades y prerogativas que tenian los demás súbditos del Czar.

Por una y otra parte cometióse la decision del asunto á los gabinetes de San Petersburgo y París.

Este último se ocupaba en llevar á cabo el concordato italiano, mientras que la Rusia comunicaba sus quejas, en vista de las cuales Bonaparte escribió á Talleyrand, mandándole enviar un extraordinario al cardenal Fesch para ordenarle exigir á todo trance la extradicion de Vernegues, y disponiendo además que el abad Bonnevie regresase á Francia. El abad Bonnevie era un predicador muy distinguido y amigo de Chateaubriand, y esto último explica el motivo de su llamamiento.

Talleyrand cumplió las órdenes del primer cónsul, y al fin despues de la muerte del duque de Enghien, la Santa Sede consintió en la extradicion de Vernegues. El gabinete de París que solo aspiraba á conseguir su intento, una vez alcanzado, expidió órdenes para que se facilitara la evasion de Vernegues; mas llegaron tarde, y fué entregado al comandante de Rimini, si bien obtuvo pronto la libertad.

CAPÍTULO XXVI.

El primer cónsul se hace declarar emperador.—Invita al Papa á que vaya á consagrarle y coronarle.—Despacho del cardenal Fesch al emperador relativo á este asunto.—Condiciones que exige el Papa antes de consentir en trasladarse á Francia.

Un grandioso proyecto, un pensamiento gigantesco y un impulso de ambicion colosal, favorecidos por las condescendencias de Europa, por los hábitos del generalato y de la soberanía, y hasta por la Inglaterra que indicó que reconoceria á Bonaparte el título de rey si suscribia á ciertas consideraciones humillantes, hicieron concebir al primer cónsul la idea de fundar un trono imperial. El 18 de mayo los senadores declararon emperador á Bonaparte, quien ya ocho dias

antes habia escrito al cardenal Caprara para que invitase á Su Santidad á ir á consagrarle y coronarle. Comprendióse entonces que se envió á Roma al cardenal Fesch para confiarle ese plan , pues se creyó que Cacault no se avendria fácilmente á entender en semejante asunto. El cardenal Fesch, que lo entabló amistosamente al principio , estaba dispuesto á tomar una actitud resuelta. Al oír la proposicion que se le hacia, el Sumo Pontífice cayó en el mayor abatimiento, y determinó aconsejarse con los cardenales.

Consalvi conoció muy luego que iba á verse arrastrado por un impetuoso torrente; que ya no se trataba del interés de la religion ; que era preciso abrazar la causa de un guerrero entregado á las ilusiones de la gloria ; que no podia pensarse ya en los antiguos soberanos de la Francia , y que la nave de San Pedro , arrojada al mar , podia verse amenazada de un próximo naufragio. El cardenal Fesch no confió este negocio á ninguno de sus subalternos , ocultándose parte de la negociacion hasta á Talleyrand , y no valiéndose de ningun intermediario entre él y su sobrino Bonaparte , le dirigió el 10 de junio el siguiente despacho escrito de puño propio :

Señor :

«Vuestra Majestad Imperial conoce ya los primeros pasos que he dado para persuadir á Su Santidad que se decida pronto á contestar favorablemente al cardenal legado sobre el viaje á Paris , y desde entonces no he cesado de obrar confidencialmente con la secretaría de Estado , de contestar y de allanar las dificultades que se oponian, y, á haber tenido autorizacion para tratar del negocio , indudablemente habria alcanzado ya una solucion favorable y pronta , sin dar lugar á dilaciones que engendran dudas , tomando cuerpo por mil circunstancias , que podrian infundir inquietud y que hubiera tenido interés en destruir para mantener la palabra dada.

«Por otra parte, en vez de entretenerme en conferencias y reflexiones sin poder presentar un escrito, hubiera fijado la cuestion por medio de notas, habiendo sido fácil simplificar, mayormente hallando convencida de mis ideas á la secretaría de Estado , y no deseando mas que persuadir por medio de lo oportuno y vigoroso de mis respuestas.

«Sin embargo , el asunto se halla en buen estado , y tengo motivos para creer que después de recibida contestacion de este despacho , se decidirá pronto contestar favorablemente al cardenal legado , si Vuestra Majestad Im-

perial tiene á bien autorizarme para dar por medio de una nota oficial las explicaciones consignadas en el final de la memoria que tengo el honor de dirigirle, sobre las dos dificultades que se oponen al juramento prescrito al emperador por el senado consulto, y si quiere sujetarse á las condiciones que exige Su Santidad y que continúo en el cuerpo de la expresada memoria. Espero y creo que una vez tenga yo dicha autorizacion, Su Santidad se encargará de hacer entrar en razon á los que se hallan preocupados, particularmente cuando les diga que está seguro de que su viaje á Francia será útil al bien espiritual de los fieles.

«Debo asegurar á Vuestra Majestad Imperial que los cardenales que han sido separadamente consultados sin saberlo el uno del otro, han guardado religiosamente el secreto, y que en Roma nadie ignora de que se está tratando.

«Para enterar de todo á Vuestra Majestad Imperial, tengo el honor de acompañar una memoria muy circunstanciada y exacta relativa á los pareceres de los cardenales, á las condiciones que exige Su Santidad, y á los obstáculos últimamente suscitados, con expresion de las respuestas verbales que he dado.

. He creido de mi deber no ocultar nada á Vuestra Majestad Imperial, incluso los delirios de algunos apasionados de la casa de Austria.

«Debo prevenirle asimismo que el Padre Santo no puede resolver por sí solo su marcha sin consultar al sacro colegio y sin consentimiento de la mayoría de sus individuos. Su Santidad envia por este correo sus breves de felicitacion y de renovacion de las credenciales del cardenal legado, prescindiendo esta vez de la costumbre de su corte, segun la cual debiera aguardar á que las otras potencias reconociesen á Vuestra Majestad.

«Profundamente inclinado, soy

DE VUESTRA MAJESTAD IMPERIAL,
humildísimo y obedientísimo servidor,

El cardenal FESCH.»

Pocos documentos hay tan interesantes como la memoria acompañada con este despacho. Daré un extracto de ella.

El cardenal Consalvi consultó por disposicion del Papa á veinte cardenales de los mas influyentes, confiándoles con el mayor secreto el despacho del cardenal Caprara de 10 de mayo, en el cual el legado preguntaba si Su Santidad accederia á trasladarse á París para consagrar y coronar al emperador de los franceses. Los cardenales fueron consultados dos veces. La

primera se les propuso lisa y llanamente la cuestion , y en la segunda se les manifestó los escrúpulos que Su Santidad habia manifestado al enterarse del juramento prescrito al emperador con respecto á los cultos.

Los cardenales dieron sus respuestas por escrito. El cardenal Fesch llegó á saber los pareceres que dieron ; mas sin adivinar el nombre de sus autores , á excepcion de dos , de los cuales vino en conocimiento por ciertas expresiones que profirieran en otras circunstancias.

Tocante á la primera cuestion , cinco cardenales se opusieron terminantemente ; quince accedian á lo propuesto con condiciones , que mas bien se referian al sitio en que debiese verificarse la consagracion , que al hecho en sí mismo.

Vamos á citar textualmente las palabras de la memoria dirigida al primer cónsul por el cardenal Fesch , la cual está redactada con mucha madurez.

«Entre los cardenales que se oponen , dos dicen que el emperador de los franceses ha sido ilegal é ilegítimamente elegido , y que Su Santidad no debe confirmar esta eleccion consagrándole. Distinguen el derecho del hecho , apoyándose en la constitucion de Clemente V , adoptada en el concilio general de Vienne en el Delfinado , en la cual se establece que la denominacion de rey ó de emperador dada por el Papa á algun príncipe , no prueba que tenga derecho á serlo ; que solo partiendo de esta base el Papa ha podido celebrar el concordato con el primer cónsul ; que puede reconocerle por emperador , mas no consagrarle , ni coronarle , puesto que las oraciones que se harian por él , fundarian y canonizarian un derecho usurpado é ilegítimo.

«Cinco cardenales han dicho que la consagracion y la coronacion del emperador por el Soberano Pontífice , sancionaria todas las leyes y todos los actos del emperador , hasta las leyes orgánicas , contra las cuales Su Santidad ha debido protestar , y las medidas dictadas en favor de los constitucionales rebeldes á las desiciones de la Santa Sede , y que canonizarian como benemérito de la Iglesia al nuevo emperador , quien , aunque ha contribuido al restablecimiento de la religion en Francia , protege en ella sistemas degradantes para la religion y sus ministros. Algunos cardenales añaden que por medio de la secularizacion ha minado la Iglesia de Alemania. Uno de ellos , despues de ponerle en paralelo con Carlomagno , aconseja al Padre Santo que difiera tan grande acto hasta que el emperador se muestre digno de él , restituyendo á la Iglesia sus derechos , á lo menos en lo espiritual , y añade que el nuevo emperador que ha distribuido coronas y reinos , no se ha mostrado dispuesto á de-

volver á la Iglesia la mitad de su patrimonio , que usurpó cuando no tenía aun la representacion que ahora.

« Los cardenales hacen presente además el riesgo á que el Papa expondría á la Santa Sede , accediendo á los deseos del emperador, pues por el mismo hecho se convertiría en enemigo de los soberanos de Europa, particularmente de los de la casa de Borbon y de Austria, los cuales se vengarian tan pronto como pudiesen, y añaden que Pio VI para no agraviar al *emperador de Occidente*, no reconoció al de Rusia sino despues de instárselo José II.

« Estas razones , en que los cinco cardenales indicados fundan su oposicion, las han indicado algunos otros como propias para excitar el celo del Papa y el afecto de Francisco II en el caso de decidirse el viaje del primero.

« 1.º Casi todos los cardenales están acordes para exagerar á Su Santidad los celos de los demás soberanos, al convencerse de que reina estrecha unión entre él y el nuevo emperador y al ver que le dispensa un favor especial. Como padre comun de los fieles debe procurar mantener con todos relaciones que no exciten contra él prevención alguna. Los cardenales se lamentarian con motivo de la paralización de los asuntos, producida por el viaje del Papa y experimentarían sus consecuencias. 2.º Entre dichos cardenales , seis temerian comprometer la dignidad del jefe de la religion , si se trasladase á París para un objeto puramente humano é inaudito desde el origen de la Iglesia. El Papa debería imitar á Clemente VII que no quiso consagrar á Carlos V sino en Bolonia. Podríase diferir la ceremonia de la consagracion para cuando el emperador por cualquier causa pasase los Alpes para visitar sus estados de Italia. 3.º Seis cardenales temen el escándalo que la presencia de Su Santidad en París produciría entre los fieles, si el gobierno francés se negase á corregir los abusos que se notan en la disciplina introducida por las leyes orgánicas, lo cual daría á entender que el Papa las aprobaba tácitamente. 4.º Cuatro cardenales objetan que Su Santidad se vería en un conflicto si aconteciese que se presentaran á asistirle obispos constitucionales que persisten en los errores de la constitución civil, y no reconocen las decisiones de la Santa Sede , y si no pudiese privarles del ejercicio de su ministerio en el caso de persistir en sus opiniones. Hacen presente además que muchos individuos del bajo clero pertenecen al número de los constitucionales, y que Su Santidad debe evitar admitirlos. 5.º Otros dos cardenales añaden que será muy embarazoso para Su Santidad ver y admitir á su presencia á personas que tan mal se han portado con la Iglesia, durante los pasados acontecimientos , y que adictos siempre á sus soberanos, no dejan de dar escándalo. 6.º Seis cardenales previenen á Su Santidad que se expone á la crítica si su viaje á París no produce ventajas positivas para el bien espiritual de los fieles, y si no terminan los asuntos pendientes tanto tiempo há, esto es, la reforma de algunos artículos de las leyes orgánicas, la supresion de leyes orgánicas relativas al concordato italiano , y la abolicion de las innovaciones

practicadas por Moreau Saint-Mery en la disciplina de la Iglesia de los estados de Parma. Si las cortes de Europa, entre otras el gabinete de Versalles, tildaron á Pio VI de haber procedido con ligereza al emprender, aunque solo por motivos religiosos, su viaje á Viena, sin tener seguridad de si produciria buenos resultados para la Iglesia, ¿qué se diria de Pio VII si se trasladase á París para complacer á un gobierno que rehusase mirar por el bien espiritual de sus administrados? 7.º Otros tres cardenales manifiestan temores de que, al hallarse el Papa en París, se le hagan peticiones y se tengan exigencias á que no pueda acceder, viendo de este modo turbarse con pesar suyo la buena armonía que reina entre él y el gobierno francés, y destruido el mérito de su viaje. 8.º Otros cuatro cardenales temen que Su Santidad, no hablando, por efecto de su modestia, de los honores y de los actos de reverencia debidos á su dignidad, se exponga á que en el momento de la consagracion en especial, no se practiquen las ceremonias de besar los piés, etc., y las disposiciones del ceremonial, cosas que le serian muy censuradas por haberse expuesto voluntariamente á semejante conflicto. 9.º Dos cardenales preguntan al Papa qué razones alegará para negarse á coronar á los demás soberanos que lo deseen. 10.º Por último, se hace presente que tan largo viaje pondrá en riesgo la delicada salud del Papa, que se expone á sucumbir á impulsos del mas ligero espanto en caso de un motin ó de otros accidentes imprevistos.»

Se consignan en seguida en la memoria las condiciones que Su Santidad exige para obviar los inconvenientes expuestos por los cardenales que se oponen á su viaje.

«El deseo de conocer personalmente á Vuestra Majestad Imperial, y de complacerle, el bien espiritual de la Iglesia de Francia, la fundada esperanza, la conviccion de que Su Majestad no querrá permitir que á su regreso la afliccion del Padre Santo llegue á su colmo; le decidieron de pronto á contestar afirmativamente al legado. Las únicas dificultades que se le han ofrecido, y que tambien le han hecho presentes quince cardenales, le obligan á presentar á Su Majestad el emperador de los franceses las condiciones con que accede desde luego á sus deseos, las cuales son indispensables para impedir la crítica, dar acerca de su viaje razones poderosas al sacro colegio y plausibles á las cortes de Europa, aunque tiene fundados motivos para creer que le guardarán por dicho viaje *eterno resentimiento*.

«1.º Para justificar su marcha y la paralización durante algunos meses de los negocios que tiene con las demás cortes, Su Majestad Imperial, al invitar á Su Santidad para que se traslade á París, le manifestará que independientemente del deseo de ser consagrado y coronado por el Padre Santo, y de los obstáculos que se oponen al viaje del emperador á Italia, los multiplicados asuntos concernientes á la religion, y acerca de los cuales Su Santidad

ha hecho reclamaciones, le proporcionan una feliz coyuntura para rogarle que le dispense el honor de trasladarse á Francia, en donde podrán tratarse mejor dichos asuntos, y llegar á un resultado definitivo útil á su sosiego y al bien de la religion. La carta estará concebida en términos muy obsequiosos y honrosos para Su Santidad, y á fin de dar mayor importancia á la invitacion, convendria enviarla por medio de una comision de dos obispos.

«2.º Su Majestad Imperial tendrá á bien asegurar á Su Santidad que le escuchará, probándole de un modo incontestable, que hay algunos artículos de las leyes orgánicas que superan á las libertades de la Iglesia galicana y las pretensiones del antiguo gobierno. Convendria tambien hacer entrar en el camino de la obediencia á los obispos rebeldes á la autoridad de la Santa Sede, ó buscar el medio de expulsarles de sus sillas. Finalmente se llevaria á cado el concordato proyectado con la república italiana, abrogando las leyes orgánicas de la consulta de Milan, y revocando las disposiciones de Moreau Saint-Mery, en las cuales se reprodujeron leyes condenadas por Clemente XIII.

«3.º Tocante al modo de recibir en Francia al Papa, este lo deja á la religiosidad y á la grandeza de alma de Su Majestad Imperial; mas como seria deshonroso para el Padre Santo el que se tratase de cambiar las ceremonias de la consagracion, no puede prescindirse por su dignidad de la completa *observancia* del pontifical (el acto de besar los piés, etc).

«4.º Su Santidad admitirá á su presencia á toda clase de obispos con igual solicitud y afecto paternal, exceptuando á los que se pronunciaron contra su alocucion, ó contra la manifestacion del obispo de Orleans, el decreto de institucion canónica que les trasmitiese el cardenal Caprara, y finalmente los que despues de dicha institucion han manifestado sentimientos poco respetuosos hácia la Santa Sede, *acerca de los asuntos religiosos de Francia.*

«El Padre Santo protesta que no podrá permitir que se le presente la esposa de Talleyrand, para que no parezca que autoriza su matrimonio, el cual no reconocerá nunca.

«5.º Su Santidad se conformará con los deseos de Su Majestad Imperial tocante á la época de su marcha, con tal que se difiera hasta la *rinfrascata*, esto es, hasta principios de otoño, porque el Padre Santo no podria soportar los calores del verano, pues se propone viajar de día y á cortas jornadas, á fin de satisfacer los piadosos sentimientos de los fieles y poner en orden los asuntos religiosos y políticos pendientes para lo cual necesita tres meses.»

Tocante á la cuestion sobre el juramento, el cardenal Fesch alegó extensas razones, con una notable fuerza de lógica, que impresionó á los cardenales que á él se oponian. De veinte que eran, cinco aceptaron el juramento, y quince opinaron que dos

de sus artículos eran irreligiosos, malsonantes á los oídos piadosos, que no podía prestarlo un monarca sin mengua de su piedad, y que obstaban para que Su Santidad pudiese coronar y consagrar á semejante monarca. El cardenal Fesch contesta á esto lo siguiente:

« La promesa de respetar y hacer que se respete la libertad de cultos, no es mas que el modo de llevar á cabo la tolerancia civil; y no abraza la tolerancia religiosa y teológica, que es un acto interior de aprobacion y canonicacion de otras sectas. Y de ello es prueba el estado de la persona que ha de prestar ese juramento, pues el senado sabe muy bien que el emperador que ha de pronunciarlo es católico. Ese senado que le obliga á jurar el concordato que es su profesion de fe, no ha querido obligarle respecto á la tolerancia teológica que destruiria esa misma fe, y por consiguiente no ha exigido mas que la clase de proteccion que ha de dispensarse á la tolerancia civil. »

El cardenal concluye pidiendo que se le faculte para declarar que se trata tan solo de obligar al emperador á permitir que los cultos autorizados en el estado, se ejerzan libremente y á hacer respetar la libertad de dicho ejercicio.

Mediante esta declaracion, añade el cardenal, y el compromiso que ha de contraer Su Majestad Imperial de adherirse á las condiciones que exige Su Santidad, quedarán allanadas todas las dificultades, y el Padre Santo persuadirá á la mayor parte de los cardenales de que conviene consentir para cooperar al bien espiritual de los fieles.

El cardenal Caprara escribió en el mismo sentido á Talleyrand el 25 de junio, indicando las mismas condiciones, excepto la referente al estado de Talleyrand, y á la extension que dió al breve de su secularizacion.

CAPÍTULO XXVII.

Nuevas reclamaciones dirigidas al Padre Santo por obispos franceses refugiados.—Declaracion de estos obispos acerca de los derechos de Luis XVIII.—El obispo de Orleans se encarga de examinar las condiciones propuestas por el Papa.—Se despide al nuncio de San Petersburgo.—Negociaciones para consagrar emperador á Bonaparte.— Muerte de Gandolphe, secretario de embajada en Roma.— El autor es nombrado por segunda vez secretario de embajada cerca de Su Santidad.— Napoleon invita al Papa por medio de una carta á que vaya á consagrarle á París.

Todo Roma tomaba parte en estos debates. A pesar de que se habia encargado el secreto, se adivinó por medio de las correspondencias de París algunas de las cuestiones pendientes. Al mismo tiempo se esparcian copias de nuevas reclamaciones canónicas que el 15 de abril dirigió al Papa monseñor Arturo Ricardo de Dillon, arzobispo y primado de Narbona, en su nombre y en el de doce obispos franceses. El prelado presentó ese documento como una continuacion de las Expostulaciones, añadiéndole una declaracion acerca de los derechos de Luis XVIII.

Las nuevas reclamaciones están redactadas en otro lenguaje que las primeras. Por ellas se conoce que la muerte del duque de Enghien habia exasperado justamente á los obispos realistas, los cuales se afirman en lo manifestado al Padre Santo referente á los primeros artículos del concordato, y se disponen á entrar en otras discusiones.

En esta parte la obra parece inspirada bajo la impresion del terror que en otro tiempo reinó en Francia. En ella se recuerda una carta dirigida por Pio VII á Luis XVIII el mismo dia de su advenimiento, la cual permaneció inédita hasta entonces. Ya se ha visto cuantos sucesos contrariaron mas tarde los sentimientos del Sumo Pontífice. Se indican como dignos de condenarse los mandamientos de M. Belloy y de M. Boisgelin, y una pastoral de M. Pancemont, y se ofrece á la vista de Su Santidad el cuadro de las recientes desgracias de Francia, que pueden renovarse.

En la declaracion sobre los derechos del rey , unida á este documento, reina la energia y el entusiasmo. Cítase en ella á Bossuet nueve veces, y una á Fenelon. «¿Quién ignora que Tertuliano llamó á la fidelidad á los soberanos, la religion de la segunda majestad, y que esta enérgica expresion ha sido aplaudida por todos los fieles? (*Tertul. apologet.*).» Pio VI de gloriosa memoria ha añadido un nuevo eslabon á la cadena de las venerables tradiciones de fidelidad. Escuchad á Bossuet: «Un buen súbdito ama á su príncipe como al bien público, como la salvacion de todo el estado, como el aire que respira, como su vida, y mas que su vida (*Bossuet. Polit. lib. 6.º, art. 1.º*).»

Todos estos documentos están firmados por el arzobispo de Narbona, y los obispos de Arras, Montpellier, Noyon, Laon, Avranches, Vannes, Uzés, Rhodéz, Nantes, Angulema, Lombez y el obispo electo de Moulins. Estas manifestaciones desgarraron el corazon del Padre Santo, quien las dejó sin respuesta.

Encargóse en París al obispo de Orleans que examinase las condiciones propuestas por el Papa y trasmitidas por el cardenal Fesch y la última nota del cardenal Caprará. Bernier combate los argumentos aducidos por el gobierno pontificio. Hé aquí algunas de sus observaciones:

«He probado que el juramento del emperador, no tiene la significacion que quiere dársele. Portalis dijo el 15 de nivoso último en una nota dirigida al legado: «El concordato es un tratado y los artículos orgánicos una ley para ejecutarlo. No es posible confundir objetos tan distintos.» He debido seguir estos mismos principios, y he añadido que *conceder* la libertad de cultos, no es *aprobar* sus dogmas.... He contestado evasivamente sobre los artículos orgánicos. Acometer esta cuestion, hubiera equivalido á renunciar al viaje y toda la corte romana se alarmaria. Es preferible dejar este asunto para cuando el Papa se halle en París, pues no teniendo entonces quien le moleste, obrará mejor siguiendo sus propias inspiraciones. Por otra parte, lo digo con franqueza, se mezclan en nuestras libertades demasiadas máximas de los antiguos parlamentos, se las presenta como el *Palladium* de la Iglesia galicana, cuando no son mas que pretensiones de algunos presidentes y abogados jansenistas ó independientes, deseosos de socavar la autoridad de la Iglesia y del monarca por medio de máximas nuevas. A estas máximas exageradas se deben los murmullos que se levantan en Roma, y el descontento en el interior en materias eclesiásticas. Tocante á los constitucionales, todo se redu-

ce á cuatro obispos , á saber : Lecoz de Besanzon , hombre de partido en todos los tiempos ; Lacombe de Angulema , hombre de ideas muy exaltadas ; Saurine de Estrasburgo , buen sugeto , pero de carácter demasiado vivo ; y Raimundo de Dijon , quien no tiene los miramientos propios de su estado. Estos personajes estaban unidos á la Santa Sede , y yo me sacrificé por ellos. Todo acabó. Han tenido el antojo de desmentir lo mismo que hicieron , y de examinar la cuestion de los agravios que recibieron ó no , cuando hubiera sido mejor que calláran. Su hablar ha renovado la contienda y hé aquí el origen del descontento del Papa. Esta cuestion tampoco puede decidirse sino en París , lo mismo que la del ceremonial. Solo falta , pues , acordar el modo de invitar al Padre Santo. Su Majestad comisionará á dos obispos para llevar la invitacion , ó bien rémitirá esta al cardenal Fesch para presentarla al Papa *en consistorio*. De todos modos , es indispensable que el asunto se termine en Roma , ya sea por medio del cardenal Fesch , ya por medio de los dos obispos comisionados , y no en París , pues seria interminable si tuviesen que enviarse correos para contestar á las infinitas objeciones que podrian hacerse.

«Ruego á Vuestra Excelencia que considere estas reflexiones como un nuevo testimonio de mi celo , y que me permita ofrecerle el homenaje de mi respeto.

«Es. AL. obispo de Orleans.»

La cuestion suscitada entre la Santa Sede y la Rusia debia tener un resultado fatal. A consecuencia de la prision de Vernegues , mandóse al nuncio de Su Santidad monseñor Arezzo , que dentro de ocho dias saliese de San Petersburgo.

Hemos visto en la relacion de Bernier que Napoleon , despues de leer la carta y la memoria autógrafa de su tio , envió ambos documentos á Talleyrand , quien pudo enterarse en ellos de mas pormenores que los contenidos en la nota del cardenal Caprara. En las discusiones que se tenian en Roma , se pronunció algunas veces el nombre de *Carlomagno* , y el cardenal Caprara proponia que la coronacion tuviese lugar el dia de Navidad , que fué el en que se verificó la de Carlomagno en el año 800. La mencion que se hizo de este nombre tan glorioso , llamó la atencion del gabinete del emperador , y probablemente la de este mismo. El consejero de Estado , Portalis fué erigido repentinamente ministro independiente. Uno de sus primeros actos fué la expedicion de un despacho al obispo de Aquisgran , autorizándole para celebrar en su ciu-

dad episcopal la fiesta de Carlomagno *segun los antiguos usos*. Advirti6se al prelado que la emperatriz Josefina se dirigia á Aquisgran , y se le encarg6 que fijara dia para celebrar dicha fiesta.

Continuaban en París las negociaciones para la coronacion del emperador , á quien Talleyrand dirigi6 el 13 de julio la manifestacion siguiente:

« Su Majestad me ha dispensado el honor de enviarme un despacho, en el cual su embajador en Roma le participa la disposicion en que se halla el Padre Santo con respecto á su viaje á Francia. He recibido acerca de lo mismo una nota oficial del cardenal legado. Cumpliendo los deseos de Vuestra Majestad, voy á darle cuenta del estado actual de este asunto.

« El Padre Santo no puede tomar una determinacion tocante á un paso tan importante sin consultar á los individuos del sacro colegio residentes en Roma. Ha habido diversidad de pareceres entre los cardenales ; mas la mayoría consiente en el proyectado viaje con ciertas reservas , que importa discutir.

« Dichas reservas están basadas sobre dos dificultades ; una es efecto de pura susceptibilidad ultramontana , y relativa al indiscreto y poco deferente comportamiento de algunos obispos constitucionales en el concepto de Roma ; otra es dogmática , y se refiere al juramento que Su Majestad debe prestar en el acto de su coronacion. La primera dificultad puede solventarse fácilmente : si algunos obispos constitucionales han faltado al respeto y á las consideraciones debidas á la Santa Sede por medio de sus actos ó sus escritos, deben ser reprendidos y reducidos á la obediencia, segun lo prescrito por los usos y las leyes de la disciplina. De todos modos , el Padre Santo será en Francia como en Roma el jefe de la Iglesia cat6lica, y por lo tanto los admitirá ó no en su presencia . pues ciertamente Su Majestad no permitirá que ningun eclesiástico, cualquiera que sea su categoría ó la comunión á que pertenezca, falte en lo mas mínimo al respeto al Padre comun de los fieles. La segunda dificultad da lugar á dos quejas. El juramento , dicen los cardenales, no es cat6lico : 1.º por cuanto sanciona la libertad de cultos : 2.º por cuanto asimila al concordato las leyes orgánicas que la corte de Roma considera en algunos puntos importantes subversivas á la autoridad de la Iglesia.

« De pronto puede salvarse esta dificultad y acallarse las quejas que motiva , diciendo que el juramento es un acto accesorio de la coronacion , y que esta es una solemnidad política , que no tiene nada que ver con la ceremonia religiosa de la consagracion. La consagracion y la coronacion pueden verificarse simultáneamente, ó bien en tiempos y lugares distintos.

« Mas el juramento , aun cuando se preste en el momento de la uncion del

emperador, y á la vista y bajo los auspicios de Su Santidad, no contiene cosa alguna que pueda ofender sus piadosos sentimientos, puesto que es enteramente político y ajeno á la parte religiosa.

«Por él se prescribe la obediencia á las leyes del concordato, pues en el lenguaje del derecho público se entienden por leyes las estipulaciones entre dos potencias. Las leyes orgánicas son leyes de distinta naturaleza. El soberano no puede exigir que se juren, por cuanto pueden ser cambiadas, y si en su ánimo hubiese estado lo contrario, no hubiera dicho *las leyes del concordato*, sino *las leyes orgánicas del concordato*.

«Respecto á la tolerancia religiosa, es en Francia y en la mayor parte de los estados de Europa un deber político que no afecta en lo mas mínimo al catolicismo de los soberanos y de sus estados. En Alemania, en Italia, y hasta en Roma y en Francia, se hallan prohibidos los insultos y las persecuciones contra los disidentes, á los cuales se compadece, pero se mandan respetar sus opiniones y el culto que les induce á practicar su conciencia.

«Estas sencillas y decisivas observaciones son las que pueden oponerse á las dificultades propuestas por los cardenales, y no dudo que bastarán para tranquilizar completamente al soberano Pontífice. Si Su Majestad las aprueba, le propondré que me autorice á adoptar el proyecto de contestacion que me ha comunicado M. el obispo de Orleans, y que incluyo en la manifestacion que tengo el honor de dirigirle.»

Talleyrand no tardó en contestar al cardenal Caprara, combatiendo con templanza todos los argumentos aducidos por la Santa Sede. El objeto del viaje del Papa es tan manifiestamente favorable á la religion, útil á la Santa Sede, y ventajoso bajo todos conceptos para la Iglesia, la Francia y la Europa, que no podia hallar obstáculo sino en la salud de Su Santidad. El ministro continúa en estos términos:

«Su Majestad siente que se le insinúe que aun no ha hecho todo cuanto podia para que el Soberano Pontífice respondiese á su invitacion; cuando tiene el gusto de poder ofrecer á la Santa Sede y á la Europa entera títulos sagrados al reconocimiento de la Iglesia. Vuestra Majestad ha abierto de nuevo los templos, ha levantado los altares, restablecido el culto, organizado el sacerdocio, dotado los capítulos, fundado los seminarios y empleado veinte millones en pagar al clero; ha asegurado á la Santa Sede en la posesion de sus Estados despues de evacuada Roma por los napolitanos (esto último no es del todo exacto; pues dicha evacuacion se debió mas bien á Thugut, quien se mostró espontáneamente generoso antes de serlo, obligado por las circunstancias); ha procurado la restitucion de Benevento y de Ponte-Corvo; ha entregado á Su Santidad Pésaro, el fuerte de San Leon y el ducado de Urbino;

ha ajustado y sancionado el concordato italiano (mas no así el Papa); ha favorecido poderosamente las negociaciones para celebrar un concordato con la Germania; ha restablecido las embajadas extranjeras, y ha libertado de la persecucion y protegido con eficacia á los católicos de Oriente. Tales son los beneficios que Vuestra Majestad ha proporcionado á la Iglesia Romana. ¿Y qué monarca puede vanagloriarse de haber hecho tanto en el corto espacio de dos ó tres años?....

«La libertad de cultos es enteramente distinta de su esencia y de su constitucion. La primera tiene por objeto los individuos que los profesan; la segunda los principios, y la doctrina que los constituyen. Mantener aquella, no es aprobar esta. En la dieta de Spira de 1529, Carlos V autorizó la libertad del culto luterano en Alemania hasta que se reuniera el concilio general, y no obstante Clemente VII no le reprendió porque hubiese concedido semejante tolerancia. El Sumo Pontífice coronó á Carlos el 24 de febrero del año siguiente. Hay por lo tanto medidas que *la prudencia aconseja, y que las circunstancias exigen*. La moderacion de Su Santidad es harto conocida para que pueda suponersele en un solo instante el deseo y ni siquiera el pensamiento de exigir que el emperador de los franceses proscriba cultos establecidos desde mucho tiempo en sus estados á riesgo de reproducir, con admiracion de la Europa, el terrible espectáculo de una segunda revolucion. No se atacan tan fácilmente las ideas admitidas, los sentimientos y las aspiraciones de un gran pueblo, y menos todavía el Código constitucional que garantiza los derechos de ese mismo pueblo, y del monarca que este ha escogido libremente para gobernarle.

«El viaje de Su Santidad á Francia no puede infundir recelo alguno á las cortes extranjeras. La Francia no vaciló en reconocer á Su Santidad, á pesar de haberse verificado su eleccion en los estados de un soberano extranjero, y en medio de enemigos que se hallaban en guerra con él. Y hoy dia, ¿cómo esas mismas potencias que se hallan ya amistadas ó aliadas con la Francia pueden ver con disgusto que el Padre comun de los fieles honre con su presencia este vasto y glorioso imperio que ha regresado á la religion que habia olvidado? A pesar de lo poco satisfecho que el gabinete de Versalles debia estar del comportamiento de José II, no se quejó nunca del viaje de Pio VI á Viena. ¿Qué resentimiento, pues, puede excitar el de Pio VII á París en momentos en que la Francia no tiene otros enemigos que una potencia separada de la Santa Sede?

«..... Su Santidad nada tiene que temer de los antiguos partidos que por tanto tiempo han dividido la Francia, y bastará que dé algunos pasos en el suelo francés para conocer que esos partidos no existen ya. Todos los franceses saldrán á su encuentro, y los hombres que entusiasmados tributaron sus homenajes á Pio VI, *muerto en el cautiverio*, mostrarán con vivos trasportes su veneracion á su digno sucesor, que gozará en medio de ellos los ópimos

frutos de su prudencia y de su templanza. Se darán las órdenes oportunas para que la recepción de Su Santidad en Francia sea digna de la grandeza del soberano que le llama á ella y de la sublime dignidad del jefe de la Iglesia. Todo se hará con los miramientos debidos para que Su Santidad halle en todas partes todo cuanto pueda complacerle. Ningun riesgo correrán sus preciosos días, pues Su Majestad y la Francia se interesan demasiado por ellos para que no hagan lo posible para conservarlos.

« Su Santidad recibirá una carta de invitacion en los términos que desea, de manos del cardenal Fesch ó de dos obispos comisionados al efecto.»

En el final de la nota, Talleyrand expresa que toda clase de asuntos eclesiásticos y temporales se tratarán en París de comun acuerdo entre Su Santidad y el emperador. El Papa puede aprovechar para ponerse en marcha la entrada del otoño; se anhela su viaje, y es seguro que acompañarán á Su Santidad las bendicciones del pueblo. A excepcion de los enemigos de la Iglesia, la Europa entera aplaudirá su ida á París. Talleyrand se expresa con tanta reserva y templanza, que prueba que Cacault se hallaba en París, y que el emperador pudo consultarle.

El 2 de agosto el Papa felicitó á Napoleon por su advenimiento al trono imperial. El breve que con este objeto le dirigió, termina con las palabras siguientes:

« Solo nos falta rogaros, conjuraros y exhortaros en nombre del Señor, que ya que por su voluntad habeis llegado á tan alto grado de poder y de gloria, protejais todo lo perteneciente á Dios, defendais su Iglesia, que es una y santa, y empleeis todo vuestro celo en impedir cuanto pueda perjudicar la pureza, la conservacion, el esplendor y la libertad de la Iglesia Católica. Nos habeis hecho ya concebir grandes esperanzas de que así lo hareis, y confiamos que, como emperador de los franceses, no las dejareis defraudadas. Con toda la efusion de nuestra alma damos á Vuestra Majestad Imperial, á vuestra augusta esposa, y á toda vuestra familia nuestra bendicion Apostólica.

« Dado en Roma, cerca de Santa María la Mayor, con el anillo del Pescador, el 2 de agosto, etc. »

Nada se omitia para disipar los escrúpulos del Papa, y darle á comprender el valor de la amistad del jefe de la Francia. El 15 de termidor el emperador escribió á Su Santidad lo siguiente:

«Santísimo Padre:

«En breve de 15 de mayo, Vuestra Santidad nos demuestra los temores que le infunden los acontecimientos que pueden surgir entre Vuestra Santidad y la Rusia, y le escribimos esta para tranquilizarle. El gabinete ruso es algo irreflexivo, y por punto general asaz inconsecuente. Apartado de los asuntos de Europa, dá con frecuencia pasos, de los cuales no tarda en retractarse. Tenemos motivos para persuadirnos de que está disgustado del comportamiento de M. Cassini. Vuestra Santidad no debe inquietarse en lo mas mínimo por la reciente llegada de tropas á Corfú, en donde hay seis mil hombres y otros seis mil en el mar Negro. Hemos dado ya á comprender al rey de Nápoles que el intento que llevamos es que ninguna clase de tropas pongan el pié en Italia, y estamos convencidos que no será la Rusia la que pueda tomar posesion de las islas; pues es un proyecto efímero que ábandonará muy pronto, á menos que quiera, cosa que no creemos, por ahora, continuar el designio de Catalina de destruir el vacilante imperio otomano. Vuestra Santidad puede estar completamente tranquilo; pues no habrá ningun trastorno continental de importancia.

«Con este motivo, rogamos á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir y gobernar nuestra santa madre Iglesia.

«Vuestro afectuoso hijo

«El emperador de los franceses,

«NAPOLEON.»

En Puente de Brique, el 15 de termidor del año XII (3 de agosto de 1804):

El mismo correo llevó otra carta para el Padre Santo en la que se le prometia complacerle en el asunto del concordato italiano.

«En Puente de Brique, á 3 de agosto de 1804 (el emperador no se servirá ya mas del calendario republicano).

«Santísimo Padre:

«El breve de Vuestra Santidad nos ha afectado profundamente, pues participamos siempre de sus aflicciones. Nos hemos enterado del decreto del vicepresidente de la república italiana, relativo al concordato de esta república, de que Vuestra Santidad no está satisfecho. El objeto del vicepresidente ha sido únicamente ponerlo en conocimiento de los que pretenden que el concordato es contrario á sus intereses y ataca los derechos de la república. Hemos dispuesto que el vicepresidente nos presente á la mayor brevedad posible el plan de ejecucion del concordato. Nuestro intento es someter á un escrupuloso examen todo cuanto nos proponga é impedir que se ataque lo convenido entre

nosotros. Esperamos que en esta ocasión, como en otras, Vuestra Santidad estará convencido de nuestra adhesión á los principios religiosos y á su persona.

Con este motivo, rogamos á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir, etc.

«Vuestro afectuoso hijo, etc.»

El 15 de termidor (solo el emperador prescindia en esta época del calendario republicano) Talleyrand escribia al cardenal Fesch, que no tan solo por la ley, sí que tambien por la opinion y la voluntad de los encargados de ejecutarla, se protegía el culto, sus ceremonias y sus ministros; que la instruccion pública se depura y arraiga, enlazándola con las ideas religiosas y con un sistema de educacion propio para desenvolver de nuevo aquellas en los puntos en donde mas se habian debilitado. La influencia de los senadores continúa dando la misma direccion á la opinion pública. En todas partes ganan terreno las ideas de orden, de moral y de justicia, y la religion reporta provecho de que se difundan.

«El culto, dice Talleyrand, empieza á recobrar su pompa, merced á las leyes que la consienten, y por la proteccion particular de que es objeto. Todas las instituciones civiles han recobrado ya el carácter que les imprimía la religion. Se observan otra vez las acostumbradas solemnidades en los nacimientos y en los matrimonios, y las pompas fúnebres proscritas en época en que no se respetaban los usos mas solemnes y tiernos, han sido restablecidas por el prudente gobierno que estimula á la virtud, hasta por medio de los últimos homenajes tributados á su memoria.

«En estas circunstancias, en que la opinion pública se depura y fortalece de dia en dia, la presencia del Padre Santo en Francia puede realizar por completo el cambio felizmente iniciado por Su Majestad Imperial. El respeto y la consideracion que Su Santidad disfruta en este reino, facilitan el éxito indicado, al cual contribuye la tendencia de los ánimos hácia un sistema que prometa mas sosiego á la conciencia y mas consuelos á la desgracia. Todo, hasta el olvido de estos principios durante diez años, hace que se sienta mas su necesidad, y la misma generacion que los habia abandonado, desea que la que la sucede se adhiera á los mismos mas franca y estrechamente..... La Francia es un país reconquistado para el Padre Santo. Su influjo personal afirmará los principios religiosos que guian su conducta, y que la pureza de su vida excita á amar con mas vehemencia.....

«Recibid, señor cardenal, la seguridad de mi mas alta consideracion.

«C. Man. TALLEYRAND.»

En esa época, mi segundo sucesor en Roma, Gandolfo, que despues de haberse aficionado en extremo á la botánica en Suiza, quiso continuar sus estudios en Roma, murió de resultas de unas tercianas, ocasionadas por la impureza de los aires del campo. Gandolfo era un hombre bueno, instruido, modesto y pacífico, á quien se ocupaba poco en la embajada. Cacaault se interesó para que yo volviese á ocupar cerca de la Santa Sede mi antiguo puesto, y consiguió que se me enviase á Roma en la misma calidad de secretario de la legacion francesa.

El cardenal Fesch se esforzaba en obtener del Papa una respuesta categórica de que iria á París. Tenia conferencias de dos, tres y cuatro horas con el cardenal Consalvi. Todos los dias nacia nuevas dificultades, y al fin el gobierno pontificio manifestó que esperaria la invitacion que habia de dirigirse al Papa, y que debia ir acompañada de seguridades bien explícitas tocante á los asuntos religiosos.

Por último, el emperador se decidió á escribir la carta que á continuacion se copia, y que dice así:

«Santísimo Padre:

«El bien que la moral y mi pueblo experimentan con el restablecimiento de la religion cristiana, me mueve á rogar á Vuestra Santidad que me dé una nueva prueba del interés que le inspira mi suerte y la de esta gran nacion en una de las épocas mas importantes que ofrecen los anales del mundo, y á rogarle que venga á imprimir tanto como sea posible el carácter religioso á la ceremonia de la consagracion y de la coronacion del primer emperador de los franceses. Dicha ceremonia se hallará revestida de mayor lustre, practicándola Vuestra Santidad en persona, y atraerá sobre nos y nuestros pueblos la bendicion de Dios, que dispone á su albedrío de los imperios y de las familias.

«Vuestra Santidad conoce el afecto que le profeso mucho tiempo há, y por él podrá comprender el gusto que me ofrece esta ocasion de darle nuevas pruebas del mismo.

«Con este motivo, rogamos á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir y gobernar á nuestra Santa madre Iglesia.

«Vuestro afectuoso hijo,

«NAPOLEON.»

En Colonia, á 15 de setiembre de 1804.

Por su parte Talleyrand respondió al cardenal Caprara:

«Se remitirá inmediatamente á Su Santidad la carta de invitacion. El cardenal Caffarelli está encargado de este honroso cometido. Su Majestad Impe-

rial ha querido dar á Su Santidad una particular muestra de consideracion, encargando la presentacion de la carta á un general afecto á su persona, y que por ser continuamente testigo de los sentimientos que le unen con Su Santidad, puede interpretarlos mejor que otra persona alguna.»

CAPÍTULO XXVIII.

El general Caffarelli lleva al Papa la carta de invitacion del emperador.—Pio VII pide otra carta.—Consiente al fin en ir á París.—El autor llega á Roma.—M. de Clermont Tonnerre, antiguo obispo de Chalons, solicita la plaza de mayordomo.—Alocucion á los cardenales.—Napoleon escribe al Papa manifestándole vivos deseos de verle.—El cardenal Consalvi queda encargado del gobierno de Roma.—Partida del Papa.—Llega á Florencia.—La reina de Etruria acoge al Papa con el mas profundo respeto.—El Papa parte para Turin.—Llega á Fontainebleau.

El general Caffarelli se encargó, como se ha dicho, de llevar la invitacion al Papa, quien no tomó á mal que el portador de ella fuese él, y no dos obispos como habia indicado. Caffarelli era tenido por hombre de carácter apacible, y se sabia que se congratuló de la publicacion del concordato. El Papa le acogió benévolaente. La carta se envió el 29 de setiembre, el 30 se pasó á los cardenales, y el 2 de octubre el cardenal Fesch recibió la nota que sigue:

«El infrascrito cardenal, secretario de Estado, ha observado que en la carta de invitacion no se expresa que el objeto del viaje sea, no tan solo practicar la ceremonia de la consagracion y de la coronacion, si que tambien tratar principalmente de los intereses religiosos. El Padre Santo indicó desde el principio, por medio del infrascrito y del eminentísimo legado, que ese objeto, que es el verdadero y del cual no puede prescindirse, se manifestase en la carta de invitacion de Su Majestad, dando acerca de este punto las seguridades necesarias. Por lo mismo, el Padre Santo juzga oportuno que se le envíe una nueva carta que exprese claramente ese objeto, para que la ausencia de Su Santidad y la interrupcion de infinitos asuntos eclesiásticos de la mas alta importancia, queden suficientemente justificadas á los ojos del público desde el momento en que sepa las consideraciones religiosas que lo motiven, lo cual no sucederia si se tratase de un objeto puramente humano por poderoso que fuese.»

El cardenal Fesch redobló su actividad, y recordó que en un despacho de 29 de mesidor, dirigido al cardenal Caprara, Talleyrand se expresaba en los siguientes términos. «Ese viaje no tendrá solo por objeto la coronacion de Su Majestad, pues entran principalmente en él los grandes intereses de la religion, que se tratarán en las conferencias que tengan Su Majestad y el Soberano Pontífice, las cuales no podrán menos de ser inmensamente útiles para los progresos de la religion y el bien del Estado.»

Dada esta seguridad, el Papa manifestó, que contando con la palabra que se le daba, se decidia á empeñar la suya, mediante consultar antes á los cardenales, la mayor parte de los cuales aprobó el viaje, cuyos preparativos se empezaron desde luego. Su Santidad contestó al emperador que, fiando en las promesas reiteradamente hechas, se disponia á partir á pesar de sus dolencias y del rigor de la estacion.

El 17 de octubre llegué á Roma, en donde todo estaba ya preparado para el viaje del Papa. Antes de marcharme, Cacault me dió algunas instrucciones que no sirvieron. El cardenal Consalvi me acogió de un modo tan afectuoso que me es imposible expresarlo. En el momento de entrar yo, estaba firmando la correspondencia, y al verme suspendió su tarea. No pude menos de pasarme y de afligirme al oír la relacion de todo cuánto habia ocurrido. Hablóme de Cacault, y me aseguró que Roma habia cambiado tanto que yo no la conoceria. Al despedirnos me dijo: «La Europa calla y se está en un error si se cree que el Papa cometerá yerros. La Providencia ha colocado otras veces á la Santa Sede en circunstancias mas tristes que ahora. Yo pienso hoy del primer cónsul, ó sea del emperador, lo mismo que pensaba en Venecia. Es un grande hombre, un gran genio. Prescindiendo del olvido de la ratificacion de las promesas hechas al cardenal Caprara, la carta que el emperador nos ha escrito es muy bella. Reina en ella una gran filosofia, y bien leida contiene algunas promesas. Su edecan Caffarelli se ha portado muy bien. No todas las personas que rodean al emperador son enemigas nuestras y de la religion. Mas, porque ha sido menester que aquí.... ¿Con qué os quedais en Roma con nosotros? ¡Ah! se cree que yo domino al

Papa ; mas vos tendreis ocasion de ver cuánta modestia y energía reune, cuánta humildad y dignidad á un tiempo. No hará ni dirá sino cosas buenas y convenientes, y empleará alguna vez palabras vigorosas. Se cuidará bien de Roma hasta que vuelva para contarnos con su acostumbrada gracia lo que haya visto y aprendido en vuestro país. »

Ví al Papa, quien supe que se habia propuesto guardar el mas completo silencio acerca de sus sufrimientos. Háblome de Cacault, y me preguntó si le hallaria en París, y yo le contesté afirmativamente. Solo una vez el Papa pronunció el nombre del cardenal Fesch, y dijo algo acerca de M. de Clermont Tonnerre que le trajo una carta de recomendacion del emperador, la cual decia :

« M. de Clermont Tonnerre, antiguo obispo de Chalons del Marne, se ha conducido bien, y ha acudido sin vacilar á vuestro llamamiento ; ha dado su dimision, y va á presentarse á Vuestra Santidad. Yo veré con gusto todo cuanto Vuestra Santidad se digne hacer por dicho prelado que le recomiendo.

« NAPOLEON. »

El Papa añadió que M. de Clermont pedia la plaza de mayordomo. « Son puestos, dijo, que no damos sino á personas que conozcan el país, sus hábitos, nuestras leyes y nuestra etiqueta. La mayordomía es una importante prelatura de palacio, y además solo puede ocuparla una persona que conozca bien nuestra lengua. » Ese prelado pidió directamente la plaza de *mayor de hombres* (maggiordomo); dando que reir esta confusion de nombres. Mas el Papa dió una contestacion seria.

El 29 de octubre, el Sumo Pontífice reunió á los cardenales en consistorio y les dirigió estas palabras :

« Dios, ante quien hemos abierto humildemente nuestro corazon, y á quien hemos alzado con frecuencia las manos en su santo templo, para que escuchase nuestros ruegos y se dignase asistirnos, es testigo de que no nos proponemos sino lo que hemos de procurar en todas nuestras acciones, esto es, la gloria de Dios, el bien de la religion católica, la salvacion de las almas, y el cumplimiento del cargo apostólico que nos ha sido confiado, aunque indigno. Vosotros sois tambien testigos de ello, venerables hermanos, vosotros á quienes hemos pedido que nos auxiliarais con vuestros consejos, dándoos conocimiento de todo, explicándooslo todo, y comunicándoos completamente los íntimos secretos de nuestro corazon. Terminado ya tan importante negocio con él

auxilio divino, emprendemos hoy gozoso y lleno de confianza en Dios el viaje que nos impelen á realizar causas muy graves. El Padre de las misericordias bendecirá, así lo esperamos, nuestros pasos, é ilustrará esta época, engrandeciendo la religion y aumentando su gloria.»

El Papa menciona el viaje de Pio VI á Viena, y manifiesta que lo ha dispuesto todo como lo aconseja la prudencia, de modo que no sufran perjuicio los tribunales, la administracion de justicia y los intereses de la Santa Sede. El Papa asegura que el emperador ha dado á comprender que se halla inclinado á proporcionar ventajas á la religion.

Entretanto, temíase todavía en París que no hubiese algunos retardos, pues se sabia que el cardenal Fesch empleó en el decurso de las negociaciones medios tan fuertes y demostró tal terquedad que se temia una negativa. En efecto, un dia tuvo con Consalvi una conversacion tan acalorada, que salió del gabinete del ministro exasperado y fuera de sí, tanto que al abrir su *decano di portiera* la portezuela del carruaje, y al preguntarle dónde queria ir, le respondió: *A casa del diávolo*, sin saber lo qué se decia, y sin observar que mas de veinte personas de todas las clases y hasta un ministro extranjero le contemplaban desde las graderías exteriores del pórtico de Monte Cavallo.

El criado cerró la portezuela sin proferir la menor palabra, y el cochero emprendió el camino del palacio de su señor. Los contrarios á la consagracion del emperador, se valian de estas anécdotas para disuadirle de su proyecto; mas solo se conseguia irritar á un hombre que fué capaz un dia de decir en su Consejo: «Ved cuánta es la insolencia de los sacerdotes, los cuales, al compartir su poder con el que ellos llaman poder temoral, se reservan gobernar la inteligencia, la parte mas noble del hombre, y pretenden reducirme á gobernar tan solo el cuerpo: se reservan el alma, y me arrojan el cadáver (1).»

En uno de sus momentos de injusto arrebatado, Napoleon consultó á Fontanes, quien le imbuia continuamente en ideas religiosas. Calmado ya le dijo estas notables palabras que pas-

(1) Máximas de Napoleon. París, en 8.º, 1833. Fermin-Didot, pág. 201.

man despues de lo que acaba de leerse : « No hay aquí nadie mas que vos que tenga buen sentido. »

Satisfecho Napoleon de sí mismo escribió al Papa la carta siguiente :

« Santísimo Padre :

« He diputado á M. el cardenal Cambaceres, al senador Abobille y á mi maestro de ceremonias Salmatoris, para salir al encuentro de Vuestra Santidad, y presentarle el homenaje de mi sumision filial en reconocimiento á la prueba de afecto que me dá en estas circunstancias. He escogido tres personas de mi satisfaccion, y que conocen los sentimientos que hácia vos me animan. Tengo vivos deseos de ver llegar felizmente á Vuestra Santidad despues de tan penoso viaje, de expresar la alta idea que tengo formada de vuestras virtudes, y de felicitar me con vos de las ventajas que ambos hemos tenido la dicha de procurar á la religion.

« Con este motivo, ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años, etc.

« NAPOLEON »

París, 1.º de noviembre de 1804.

El 1.º de noviembre, el Papa facultó al cardenal Consalvi para cuidar de los asuntos políticos de Roma. A las siete y media de la mañana del 2, el Padre Santo oyó misa en el templo de San Pedro y oró por largo espacio. A las nueve se puso en marcha, saliendo por la parte de la puerta Angélica. El pueblo tenia tomadas todas las avenidas en la extension de una legua, y prodigaba al Papa pruebas del mas profundo respeto. El cardenal Antonelli, que era uno de los individuos del sacro colegio elegidos para acompañar al Papa, se hallaba tan conmovido que derramaba lágrimas. El día 3, el Padre Santo llegó á Radicofani, en donde le salió al encuentro para cumplimentarle el cardenal Maury. Despues de conversar largo rato, el cardenal rogó al Papa que un dia sin decírselo á nadie celebrase misa en la iglesia de carmelitas de París, en donde habian perecido tantos sacerdotes; pues que semejante acto produciria muy buen efecto en el ánimo de los católicos. El Papa no pudo secundar este pensamiento tan grande y religioso. Desgraciadamente en el decurso de la conversacion, se habló de las quejas que el gabinete de París pretendia tener contra Roma, y el Papa recordó algunas re-

convenciones dirigidas al cardenal Maury por una autoridad romana que le dijo: *Ma perchè voi siete tanto odiato da questi Francesi?* No se debe recordar á un desterrado, ni aun indirectamente, las maldiciones de la patria, y por mucho que fuera el rigor con que se persiguiera á los que se calificaba de enemigos del emperador, no se debía olvidar que el cardenal no tomaba ya ninguna parte en las hostilidades, y no se ocupaba sino de los intereses de su diócesis. Por lo demás este hecho, á pesar de que no puede excusarse en ninguna clase de autoridad, explica el comportamiento que el cardenal Maury observará mas adelante en Fontainebleau.

La comitiva del Papa, que se habia distribuido en varias secciones, se reunió toda en Radicofani. Figuraban en ella seis cardenales, á saber: Antonelli, Borgia, di Pietro, Caselli, Braschi y Bayane. No contamos entre ellos al cardenal Fesch, pues iba con el Papa en calidad de embajador de Francia. Se esforzaba en mitigar á Su Santidad las fatigas del viaje, sin que nadie hiciese justicia al solícito interés que demostraba. Acompañaban tambien al Papa los prelados monseñor Bertazzoli, su capellan, Menochio, Sagrista, el vice gerente Fenaia y Devoti, secretario de los breves dirigidos á los soberanos, el mayordomo monseñor Gavotti y nonseñor Altieri en calidad de gran camarlengo. Entre los prelados se veia á monseñor Testa, secretario de la correspondencia latina, Calderini, secretario de embajada; Mancurti.... el P. Fontana, secretario de la Propaganda; el maestro de ceremonias, monseñor Zucchè; monseñor Speroni, *crucifero*, etc. Entre los seglares, llamaba la atencion el duque Braschi, sobrino de Pio VI, y uno de los signatarios del tratado de Tolentino; el príncipe Altieri, y el marqués Sacchetti, superintendente de palacio y aposentador.

El cardenal Consalvi dispuso que acompañaran al Papa algunos de los empleados de la secretaría, á saber: monseñor Maury (no era pariente del cardenal), el abad Menicucci, etc. Iban tambien en la comitiva un médico y un cirujano, y quince personas de la servidumbre del Papa. Al llegar este á Florencia, la piadosa reina de Etruria le acogió con muestras de gran respeto. Hízole preparar para suntuosas habitaciones, y fué la primera en pedir su bendicion.

Propúsose allí al Papa que se detuviese un día para dar tiempo de establecer cordones á fin de incomunicar la Toscana y Bolonia con motivo de una epidemia que se desarrolló en Liorna; mas Pio VII no quiso seguir este consejo que le daba un agente inglés, considerándolo indigno de un Sumo Pontífice que habia prometido trasladarse á Francia lo mas pronto posible.

El Papa continuó su viaje. Lo que acaba de consignarse demuestra la lealtad con que procedia el Padre Santo, quien en dicha ocasion obró por sí mismo. El inglés mencionado formaba, como enemigo previsor, el cálculo siguiente: Hallándose Liorna afligida por el contagio, llevado á ella desde Málaga, pueden establecerse cordones que la incomiñquen, así como á la Toscana, del resto de Europa. Conviene difundir la voz de que la enfermedad ha invadido á Florencia, sin embargo de que esto no es cierto. Una vez establecidos los cordones, el Papa no puede comunicarse con el resto de Italia, ni trasladarse á Francia, sin infundir temores de que su comitiva lleve consigo el contagio. Si el Papa no quiere que se le culpe de propagar la enfermedad, permanecerá en Italia, y se podrá conseguir que no vaya á Francia. De este modo, ó bien el Papa no va á Francia, contrariando los deseos del emperador, sin que pueda reconvenirse por ello, puesto que si no continúa el viaje será por una causa independiente de su voluntad, ó bien decide pasar adelante, en cuyo caso los franceses temerán, por efecto del orgullo de su soberano, ó lo que es lo mismo, por su culpa, los riesgos de la enfermedad que tantas víctimas ha causado ya en Liorna.

Fiel á su promesa el Soberano Pontífice salió de Florencia, tomando el camino que va de Pistoia á Módena, cambiando el itinerario para no pasar por Bolonia, ciudad que perteneció á la Santa Sede, y que ocupaba en esta época la república italiana en virtud del tratado de Tolentino. El 13 de noviembre el Padre Santo escribió al emperador desde Turin lo siguiente:

«Mi muy estimado hijo en Jesucristo:

«El cardenal Cambaceres nos ha entregado en Turin, á donde llegamos ayer á las siete de la tarde, la carta de Vuestra Majestad de 1.º de noviembre.

Las afectuosas expresiones de Vuestra Majestad, y la atención que ha tenido de enviarnos tres personajes distinguidos para felicitarnos por nuestro viaje, contribuyen á hacernos desafiarse con mas gusto y contento las penalidades del camino. No dudamos que estas marcadas pruebas de afecto son agradables á Vuestra Majestad y provechosas á la religion, base fundamental de la estabilidad de los tronos y de la felicidad de las naciones. Fiel á nuestra palabra, apresuramos en lo posible nuestro viaje para satisfacer vuestros deseos; mas el cansancio y la larga y penosa jornada de ayer, el deplorable estado de los caminos y la falta de caballos, á la cual se debe el que aun no haya llegado nuestra comitiva, nos obligan á descansar un dia en Turin, segun lo hemos acordado con los cardenales Fesch y Cambaceres, que al igual de nos, lo han considerado imprescindible. Nos estimula á acelerar nuestro viaje el deseo de conocer personalmente á Vuestra Majestad, y de procurar á la religion y á la Iglesia ventajas tales, que formen en la historia una época gloriosa para Vuestra Majestad y para nos. Poseido de estos sentimientos, damos á Vuestra Majestad, con la mas grande efusion de nuestra alma, la paternal bendicion apostólica.

«En Turin, á 13 de noviembre del año 1804, de nuestro pontificado el quinto.

«Pio P.P. VII.»

El 20 de noviembre, el emperador respondió lo que sigue:

«Santísimo Padre:

«He sabido con gran contento, por la carta de Vuestra Santidad, fechada en Turin, que Vuestra Santidad disfrutaba buena salud. Mucho deseo saber cómo habeis podido soportar el paso de las montañas. Me lisonjeo de que esta semana tendré la dicha de veros, y de expresar los sentimientos que hácia vos me animan. Para tener cuanto antes este gusto, me trasladaré al palacio de Fontainebleau, que se halla en el camino.

«Con este motivo, ruego á Dios que os conserve, Santísimo Padre, para regir y gobernar por largos años nuestra santa madre Iglesia.

«Vuestro afectuoso hijo,

«El emperador de los franceses.

«NAPOLEON.»

En Saint-Cloud, á 20 de noviembre de 1804.

El 23 de noviembre, el Papa escribió de puño propio una carta del tenor siguiente:

«A pocas leguas de esta ciudad (Cosna), á la cual hemos llegado á las siete de la tarde, hemos recibido la preciosa carta de Vuestra Majestad. El gran

interés que Vuestra Majestad se toma por nuestra salud, es efecto de su bondad hácia nos, á la cual estamos muy agradecido. Como nuestros secretarios no se han reunido aun con nos, nos vemos obligados á cansar á Vuestra Majestad con nuestra propia letra y á servirnos de un papel malo, lo que nos disimulará Vuestra Majestad. Aguardamos el momento de expresar de viva voz los sentimientos de nuestro corazon, pues el cansancio no nos permite ser tan extensos como quisiéramos. Procuraremos estar á vuestro lado mañana por la tarde, si es posible, pues no deseamos otra cosa que gozar pronto la dicha de hallarnos con Vuestra Majestad, á quien enviamos, con toda la efusion de nuestra alma, la bendicion apostólica.

« En Cosna, á 23 de noviembre de 1804, etc. »

El 25 de noviembre, el Papa llegó á Fontainebleau á las doce y media de la mañana, rendido de cansancio. Un dia hizo diez y nueve leguas de camino, otro cuatro. En Nemours acababa de construirse un puente nuevo, por el cual se deseaba que pasase el Papa el primero. Llegó á él á media noche, *cosa que no tenia ninguna gracia*, como dijo el obispo de Orleans.

El emperador Napoleon, que salió á caballo *para cazar*, tan luego como supo que se acercaba el Papa, salióle al encuentro y le encontró en la Cruz de Saint-Herem. Acercáronse entonces seis carruajes de S. M., quien subió el primero en uno de ellos, sentándose á la izquierda del Papa, con el cual entró en su palacio por entre tropas y al estruendo de salvas de artillería. Los mamelucos precedian la comitiva. Su Eminencia el cardenal Caprara y los altos empleados de palacio recibieron al Papa y al emperador al pié de la escalera del mismo. El rostro de Napoleon estaba radiante de alegría; mientras que el Papa, al par que mostraba hallarse satisfecho, denotaba sentirse algo turbado. Subieron juntos la escalera dorada, y se despidieron cerca de sus respectivas habitaciones. Acompañaron al Papa á las suyas el gran chambelan, el gran mariscal de palacio y el gran maestro de ceremonias.

Despues de descansar un rato, Su Santidad visitó al emperador, hasta cuyo gabinete le acompañaron los altos empleados de palacio. El emperador le acompañó despues hasta la sala que estos ocupan. El Papa vió luego á la emperatriz, y manifestó que habia quedado muy satisfecho de la acogida que le hizo y de los sentimientos que le manifestara. De

regreso á su habitacion , el Papa recibió á los ministros (1) y á los altos empleados.

A las cuatro se avisó al Papa que el emperador iba á devolverle la visita. Y así fué en efecto , ocurriendo á poca diferencia lo mismo que al visitar el Papa al emperador. En ambas visitas los dos estuvieron solos por espacio de media hora. Al demostrar al Papa su pasmo una de las personas de su comitiva porque pasó á ver tan pronto á la emperatriz , le respondió: « Hagamos esto mas por la Francia ; si ha de haber motivo de discordia , que no sea por cuestiones de etiqueta. Ya sabeis que estando de viaje , la etiqueta se observa menos que en Roma. »

Vése , pues , que las primeras palabras de Pio VII , antes de entrar en París , estaban llenas de prudencia y de templanza.

CAPÍTULO XXIX.

El Padre Santo llega á París.—Discursos de los presidentes del Senado , del Cuerpo legislativo , y del Tribunal.—Respuesta de Pio VII al emperador sobre una declaracion maliciosa de M. Lecoz.

El Padre Santo llegó á París el 28 de noviembre. El 30 se presentó á Su Santidad una comision de veiete y cinco miembros del Senado , cuyo presidente , Francisco de Neufchâteau , le dirigió un discurso , del cual vamos á dar un extracto.

«Santísimo Padre:

« Los monarcas franceses han sido los primeros en Europa que han recibido la consagracion á ejemplo de los monarcas hebreos. Con la antigua ley, esta ceremonia era de institucion divina ; en la nueva , no es obligatoria á los soberanos ; mas los franceses le han dado siempre grande importancia , pues siempre han querido que la religion santificase los actos civiles , para añadir al freno de las leyes el oculto freno de las conciencias. Con mas razon todavia debieron desear revestir los grandes contratos políticos de esta garantía , que graba en el cielo lo que se escribe en la tierra. En esta época notable , en que

(1) El ministro Fouché preguntó á Su Santidad qué tal le parecia la Francia , y el Papa le respondió : « ¡ Loado sea Dios ! la hemos atravesado en medio de un pueblo arrodillado. ¡ Cuán léjos estábamos de hallarla en semejante estado !

Vuestra Santidad ha tenido á bien venir á consagrar en persona al jefe de la nueva dinastía, la Majestad Imperial aparecerá mas venerable, así como será mas estimada la autoridad religiosa del Soberano Pontífice. Ciertamente la Francia merecía este favor especial, puesto que su Iglesia es la hija primogénita de la Iglesia romana.»

Francisco de Neufchâteau dijo en el decurso de su peroracion, que el Papa era el ducentésimo quincuagésimo tercer sucesor de san Pedro, y al oír esto el Papa se sonrió; pues notó un ligero error en la cifra citada, pues Pio VII era el ducentésimo quincuagésimo cuarto sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Su Santidad contestó brevemente, prodigando palabras obsequiosas en favor de la Francia y elogios á la piadosa Hija primogénita de la Iglesia romana.

Fontanes, presidente del cuerpo legislativo, el mas grande orador de Francia, y al mismo tiempo el escritor que con mas pureza escribía el idioma francés, Fontanes, á quien Napoleón dijo: «No hay aquí nadie mas que vos que tenga sentido comun», arengó tambien al Papa. Los discursos de Fontanes son siempre agradables, por lo delicado del lenguaje, por la claridad de las expresiones, por la exactitud del método, y por la eleccion y feliz colocacion de las palabras, circunstancias todas que caracterizan á ese escritor, que fué el primero en vaticinar la gloria que alcanzaria Chateaubriand.

Enterado el Padre Santo de la fama de Fontanes, le dirigió algunos cumplidos antes de oírle, y se puso luego á contemplarle con aquella tierna mirada que Pradt ha descrito con tanta gracia como verdad.

Después de bajar instantáneamente los ojos, Fontanes habló en estos términos:

«Santísimo Padre:

«Al concebir el vencedor de Marengo, en el campo de batalla, el designio de restablecer la *unidad religiosa*, y de devolver á los franceses su antiguo culto, preservó de total ruina los principios de la civilizacion. Ese gran pensamiento, nacido en un dia de triunfo, produjo el concordato, y el cuerpo legislativo, del cual tengo el honor de ser órgano ante Vuestra Santidad, convirtió el concordato en ley de la nacion.

«¡Dia memorable, igualmente grato al sábio hombre de Estado y al cristiano! Abjurando entonces la Francia grandes errores, dió útiles lecciones al

género humano, reconociendo ante ella, que las ideas irreligiosas son ideas antipolíticas, y que los atentados contra el cristianismo, lo son contra la sociedad. El restablecimiento del antiguo culto preparó muy luego la instalacion de un gobierno mas propio de un grande Estado y mas conforme con los hábitos de la Francia. El sistema social, que las inconstantes opiniones de los hombres habian trastornado, se apoyó de nuevo en una doctrina inmutable, como Dios mismo. La religion pulió en otro tiempo los países salvajes; mas hoy día es mas difícil restaurar sus ruinas que establecer su cuna. La Francia ha visto nacer á uno de esos hombres extraordinarios que de tarde en tarde son enviados en auxilio de los imperios, próximos á caer, al mismo tiempo que Roma ha visto brillar en el trono de San Pedro las virtudes apostólicas de los primitivos tiempos, cuyo suave influjo se deja sentir en todos los ánimos. Ciertamente merece los homenajes de todos los hombres un Pontífice tan sábio como piadoso, que conoce el curso de los negocios humanos y lo que exige el interés de la religion. Por su medio, esta religion augusta viene á consagrar el nuevo destino del imperio francés, y se reviste del mismo carácter que en los tiempos de Clodoveo y de Pepino.

«Todo cuanto la rodeaba ha cambiado, todo, menos ella.»

«Ella ve extinguirse las familias de los reyes y las de los súbditos, y sobre las ruinas de los tronos que caen, y en las gradas de los tronos que se elevan, admira siempre los eternos decretos y los obedece siempre. Magnífico es este espectáculo, y grande la enseñanza que de él reportan los pueblos. Pasaron ya los tiempos en que el sacerdocio y el imperio eran rivales; pues ambos se dan hoy la mano para rechazar las funestas doctrinas que han amenazado á la Europa de una subversion total. Ojalá que esas doctrinas cedan para siempre al doble ascendiente de la religion y de la política! No quedarán, por cierto, defraudadas estas esperanzas. Nunca como ahora, la política francesa desplegó tanto talento, y nunca el trono pontificio ofreció al mundo cristiano un modelo tan respetable y atractivo.»

Fontanes, que días adelante debia componer muy bellos versos sobre el cautiverio de Pio VII, añadió algunas palabras mas, aunque sencillas, muy significativas, las cuales no se permitió que se publicaran. Al contestar el Papa, hizo alto en las últimas palabras proferidas por Fontanes, á quien bendijo con aire afectuoso.

El mismo día, se presenta á Su Santidad una comision de diez y ocho tribunos. A pesar de que eran de temer paradojas, y recuerdos políticos de la antigua Roma, el presidente Fabre de l'Aude pronunció un discurso, que produjo en el ánimo del Padre Santo una impresion en extremo agradable. Los da-

tos en cuya vista se redactó ese discurso, se atribuyeron á Ca-
cault, á un empleado en la legacion del cardenal Caprara y á
Duveyrier, miembro del tribunado. Sea quien fuere el que tu-
viese el feliz pensamiento de reunir los hechos que se enume-
ran en honor de Pio VII, merece mil parabienes y elogios. Tam-
bien es digno de agradecer á Fabre de l'Aude, hombre de mé-
rito y de buenos sentimientos, el que se atreviese á alabar tan
directamente al gran Pontífice en la misma Francia, en que no
era permitido ensalzar mas que á un solo hombre. Hé aquí su
discurso :

« Santísimo Padre :

« Mucho tiempo ha que el tribunado os mira como uno de los mas fieles
amigos y aliados de la Francia. Recuerda sumamente agradecido los servi-
cios que habeis prestado á este país, aun antes de ser elevado al sòlio pon-
tificio, y no olvidará nunca que mientras ocupabais el obispado de Imola, su-
pisteis apaciguar, observando un comportamiento prudente, ilustrado y pa-
ternal, las insurrecciones organizadas contra el ejército francés, y prevenir
las que le amenazaban. Mas no son estos solos los títulos que tiene Vuestra
Santidad á la veneracion y al afecto de la Francia. El concordato ha puesto
término á los trastornos religiosos que la conmovian, y nos felicitamos de ha-
ber contribuido con todas nuestras fuerzas á secundar en esta parte vuestro
paternal celo y el del jefe supremo de este imperio. Si examinamos el com-
portamiento de Vuestra Santidad en el gobierno interior de sus Estados, ¡cuán-
tos motivos hay de elogiarlo y admirarlo! Vuestra Santidad ha reducido los
gastos de los palacios apostólicos, y ha organizado su mesa y sus gastos parti-
culares, como los de un mero particular. Vuestra Santidad ha pensado, y con
razon, que la verdadera grandeza consiste, mas que en el fausto, en la virtud
y en una administracion económica y bien entendida. La agricultura, el co-
mercio y las bellas artes recobran en los Estados romanos su antiguo esplendor.
Las contribuciones que en ellos se exigian eran arbitrarias, excesivas y
mal repartidas, y Vuestra Santidad las ha reemplazado por un sistema uni-
forme de contribucion territorial y personal, suficiente en un país, que por su
situacion, no tiene las necesidades de un gran Estado militar. Reina en él una
severa economía en los gastos; las exenciones y los privilegios han sido aboli-
dos, y desde el soberano hasta el último súbdito, todos pagan en proporecion á
sus haberes. Se ha terminado y perfeccionado tanto como ha sido posible el
catastro de las provincias eclesiásticas, empezado en 1775 y el del *agro* roma-
no que lo fué por vuestro angusto predecesor Pio VI. Háse organizado una
oficina de hipotecas, se han abierto las arcas de los capitalistas para los pro-
pietarios necesitados, y se han concedido subvenciones á los que creen esta-

blecimientos agrícolas. La campiña de Roma, inculta y estéril mucho tiempo ha, se verá cubierta de bosques, como en los tiempos del mayor esplendor de Roma. Una ley obliga á los grandes propietarios á reducir á cultivo sus tierras, ó á abandonar, reservándose un módico censo, las que no pueden cultivar. Finalmente, la desecacion de los pantanos Pontinos, al mismo tiempo que proporcionó á la agricultura varios terrenos, contribuirá á la salubridad del aire y al acrecentamiento de la poblacion en esa parte de los Estados romanos. Persuadido Vuestra Santidad de que el comercio necesita para prosperar hallarse exento de trabas fiscales, y del destructor sistema de cortapisas y prohibiciones, ha proclamado la libertad de comercio. Las monedas de baja y de falsa ley, origen de descrédito y de inmoralidad, han sido reemplazadas por buena moneda. Se han establecido en Roma fábricas de manufacturas de lana y de hilados de algodón para socorrer á los pobres de los hospicios. Vuestra Santidad ha llevado hasta el exceso su caridad hácia los necesitados, gastando en su favor todo lo suyo y lo de su familia, y ha ejercido siempre su liberalidad de un modo provechoso.

«A pesar de sus desgracias, Roma continuará siendo la patria de las bellas artes. Vuestra Santidad ha mandado practicar excavaciones en Ostia y en las orillas del lago Trajano, y ha rescatado todas las mejores obras artísticas que ha podido. El arco de Séptimo Severo ha sido extraído de entre las ruinas que le cubrían, y se ha hallado la via Capitolina.

«Tales son los hechos que han ilustrado el paternal gobierno de Vuestra Santidad hasta el memorable día en que se ha presentado entre nosotros, á invitacion del héroe que la Providencia y nuestra constitucion han colocado en el poder, para atraer la bendicion del cielo sobre un trono que es la mas sólida garantía de la paz del Estado, y para asegurar á la Francia el esplendor de su gloria, la victoria á sus armas, y la paz y la felicidad á sus habitantes.

«Vuestras virtudes, Santísimo Padre, merecian por cierto que la Divinidad las recompensase, destinándoos á consumir una de las obras mas útiles á la humanidad y á la religion.»

En el rostro de Pio VII brillaba el gozo mientras se pronunciaba el transcrito discurso. Contestó con modestia que las medidas que habia adoptado se debian al celo de sus ministros, y que siempre habia procurado el bien y la felicidad de sus súbditos.

Algunos han atribuido tambien al cardenal Fesch participacion en la feliz idea de describir los trabajos de la ilustrada administracion de Roma, protectora de las artes y de las ciencias.

El cuadro de la campiña de Roma era algo exagerado. Po-

día ser cierto que se hubiesen reproducido en esa época las virtudes de los tiempos de Numa ; mas era imposible que apareciesen los bosques sagrados que en ellos existian. No es necesario un prodigio como el indicado en el discurso. Esas tierras, reputadas incultas, ofrecen en varios puntos algunos pastos que sería una imprudencia reemplazar por bosques que servirían de guarida á malhechores. Las guaridas de foragidos constituyeron en otro tiempo la cuna de las naciones ; mas hoy día los foragidos solo sirven para destruir la civilizaci6n de las naciones ya formadas.

El Papa se sonrió al oír mencionar la supresion de la *moneta erosa*, la cual se verificó bajo su direcci6n ; pues consideraba que era una medida de órden y de alta moral. Las excavaciones de Ostia, confiadas á la direcci6n del célebre abad Fea, que acababa de morir, siendo ya muy anciano, rodeado del aprecio universal, honran mucho al gobierno de Pio VII, quien en esa época se aficionó á la numismática, en vista de varias medallas preciosas halladas en las excavaciones. Despues de sacar de entre ruinas el arco de Séptimo Severo, se concibió la idea de continuar extrayendo los escombros que ocultaban el Forum.

No discutiré acerca del origen de las noticias que acabamos de dar, con tanto acierto coordinadas por Fabrè de l'Aude. Creo, sin embargo, que no pueden atribuirse á Cacault, á pesar de cuanto se ha supuesto, pues me lo hubiera dicho. Si se deben á algun empleado de la legaci6n pontificia, no llegará á saberse nunca ; mas si el pensamiento de publicarlas es de Duveyrier, preciso es confesar que luchó con armas de buena ley. Este acreedor deseaba reembolsar el dinero que se le debia, y no le faltaban habilidad y astucia para conseguirlo. Duveyrier tenia en Roma un agente llamado Hipólito Gerardo, quien se hallaba en situaci6n de procurarse los preciosos pormenores que hemos transcrito. Tocante al cardenal Fesch, se mostraba en París muy circunspecto en todo, y el Papa estaba satisfecho de su comportamiento.

El elocuente Fontanes dijo :

« ¡Ojalá que las funestas doctrinas que han amenazado á la Europa, cedan para siempre al doble ascendiente de la religion

y de la política! *No quedarán, por cierto, defraudadas estas esperanzas.* »

¡ Vanas esperanzas! *Quedarán defraudadas*, y al día siguiente vendrán sucesos á probar que los discursos, las felicitaciones, las seguridades de inmortalidad, el panejórico de la gloria, el brillo de las armas, el poder de la espada, y las palabras que Napoleon dirigió al Senado: « *Mis descendientes conservarán largo tiempo este trono* », todo, hasta los votos de tres millones y medio de ciudadanos para dar á un héroe la corona imperial, ha de hallar un día obstáculos invencibles y desvanecerse como el humo; y que, finalmente, entre tanta fantasmagoría, no hay cierto mas que esas admirables palabras que Fontanes pronunció acerca de la religion: « *Todo cuanto la rodeaba ha cambiado, todo, menos ella.* »

Los obispos constitucionales, por quienes nadie tenia simpatías, procuraban acercarse al primer cónsul, y á todo trance querian presenciar la consagracion del emperador, sin consentir en las condiciones que el Papa estipuló tocante á ellos.

En la tarde del mismo dia 30 de noviembre, el emperador entregó al Padre Santo, despues de leérsela rápidamente, una manifestacion de M. Lecoz. El Papa la leyó á solas con detenimiento, y al día siguiente escribió á Napoleon esta carta:

« Ayer tarde, tan luego como nos hallamos solos, examinamos la manifestacion del obispo Lecoz, que Vuestra Majestad tuvo la bondad de entregarnos. Al leerla, observamos una cosa que se nos pasó por alto en el momento de la rápida lectura que de ella nos hizo Vuestra Majestad. El expresado obispo, á las palabras que contiene la fórmula que minutaron el cardenal Fesch y Portalis, y que dicen: *à sus fallos tocante à los asuntos eclesiásticos de Francia*, ha sustituido estas otras: *tocante à los asuntos canónicos de Francia*. Conocemos bien la malicia de este cambio, para que podamos consentirlo. Nos hemos creído en el deber de advertírselo inmediatamente á Vuestra Majestad, puesto que se nos insta, y que nada se ha conseguido todavía de un reducido número de obispos disidentes obstinados. Conocemos bastante los piadosos sentimientos y la sabiduría de Vuestra Majestad, para estar persuadido que adoptará las medidas oportunas, á fin de que no contralgamos ningun compromiso, y de que nada turbe ó empañe la augusta y santa funcion de mañana. Rogamos al Señor que colme de toda clase de bienes á Vuestra Majestad Imperial, á la que damos de corazon la rendicion apostólica.

« En nuestra estancia , á 1.º de diciembre del año 1804, de nuestra pontificado el quinto.

« Pio P. P. VII. »

CAPÍTULO. XXX.

Ceremonia de la consagracion del emperador , quien se corona asi mismo y á la emperatriz.—El Monitor promete la descripcion de la ceremonia, pero no la da.—Con motivo de las fiestas de la coronacion se despide un globo aereostático que cae cerca de Roma.—Cartas del baillo Rùspoli.—Roma echa de menos al Papa.—Pio VII ocupa en las Tullerías el pabellon de Fiora.—Se le participa el nacimiento del hijo de un hermano del emperador.—Kotzebue.—Inundacion del Tiber.

Napoleon se hallaba muy inquieto por haberse visto obligado á abandonar á los constitucionales. Dispuso que despues de consagrado, se coronaria él mismo. A las 9 del dia 2 de diciembre, Su Santidad salió del palacio de las Tullerías para dirigirse al del arzobispo de París. Entró en seguida en la Iglesia, revestido con la capa pluvial, ceñida la tiara y en medio de dos cardenales diáconos asistentes, que eran el cardenal Braschi, sobrino de Pio VI, y el cardenal Bayane, los cuales sostenian los extremos de dicha capa. Precedíale el cardenal Antonelli, cardenal obispo asistente; seguia luego el cardenal Caselli, cardenal diácono del Evangelio, con dalmática. En la nave, y delante del trono del emperador, á la derecha véase un hombre que llamaba la atencion por su rostro meditabundo. Al entrar el Papa que iba bajo palio sostenido por canónigos, fijáronse instantáneamente sus ojos en el senador Cacault, que es la persona á la cual nos referimos.

Sentado ya en su trono, el Papa recitó tercia. A las diez, Napoleon y Josefina salieron de las Tullerías, y empezó luego la ceremonia. Al preguntar el Papa á Napoleon si prometia mantener la paz en la Iglesia de Dios, *Profiterisne*, etc., Napoleon contestó con voz firme: *Profiteor*.

Al llegar el momento de la consagracion, Napoleon y Josefina se arrodillaron al pié del altar. Verificada la consagra-

cion , el Papa recitó la oracion en que se pide que el emperador sea el protector de las viudas y de los huérfanos , y que destruya la *infidelidad* oculta, y la que se demuestra en odio al nombre cristiano. Concluida la oracion que dice : «El cetro de vuestro imperio, es un cetro de rectitud y de equidad , » Napoleon subió al altar , y tomando la corona la colocó en su cabeza. Cogiendo luego la destinada á la emperatriz , se acercó á esta que estaba arrodillada y la coronó. La música imperial acompañó el *Te Deum* , que al igual de la misa , era composicion de Paisiello. La orquesta se componia de quinientos músicos. Terminada la ceremonia , la comitiva imperial y la de Su Santidad volvieron á las Tullerías.

M. de Pradt , que llenó las funciones de maestro de ceremonias del clero , y que nó se apartó de Napoleon ni un momento , dijo que , ya fuese por efecto de cansancio , ya por no sentirse bien, el emperador bostezó de continuó mientras duró la ceremonia. Los italianos solo observaron en él indicios de impaciencia , cuya causa conocian los cardenales. Los hechos nos instruirán mejor. El *Monitor* del dia 3 de diciembre se expresa en estos términos :

« No podemos hoy dar á nuestros lectores los detalles que esperan, y que *les prometemos* tocante á la ceremonia de la consagracion y de la coronacion del emperador. La magnificencia desplegada en este acto ha sido tanta que es imposible describirla en pocas palabras.»

El redactor del expresado periódico se limita á hablar del astro de la luz , el cual, á pesar de la tétrica estacion que reinaba , iluminó el hermoso dia en que se verificó la consagracion. Un subalterno de la comitiva del Papa , que comprendia muy bien el francés , leyó lo consignado en el *Monitor* , y se lo dijo á algunos cardenales. Encargósele que se enterase de lo demás que se diese á luz referente á la ceremonia de la consagracion, y por lo mismo se procuró temprano el número del 4 de diciembre del *Monitor* , en el cual nada vió de lo que deseaba, y solo algo sobre distribucion de las águilas imperiales. El dia 5 el *Monitor* continuó en sus columnas un discurso dirigido al Papa por Muraire , presidente del tribunal de casacion. Desde el dia 6 al 16 no hubo en el *Monitor* ningun artículo refe-

rente á la consagracion. El 17 se leia una historieta relativa á Carlomagno, en la cual parecia haberse querido lanzar un tiro indirecto por medio de esta cita: *Imperator Romanorum gubernans imperium*. Cada dia era mayor la curiosidad de ver lo que decia el *Monitor*, pues desde un principio cundió la voz de que dicho periódico seria el intérprete de la satisfaccion ó del descontento del gobierno en aquellas circunstancias; mas durante todo el mes de diciembre, no publicó sino estas palabras de una inscripcion hecha con motivo de la fiesta de las Casas Consistoriales: *Rubicone transgresso, abstinet Roma*, VI cal. Mart. (25 de febrero), y que se tradujo de este modo: «Marcha contra Roma, y la respeta.» El autor latino se expresó bien; mas el traductor quiso decir una cosa muy distinta. En resúmen, no apareció en el *Monitor* ninguna descripcion de la consagracion y de la coronacion del emperador (1).

En Roma aun no se habian recibido noticias del Papa desde su llegada á Fontainebleau, y empezaban á cundir rumores alarmantes, cuando una tarde el cardenal Consalvi nos participó que un globo aerostático de grandes dimensiones, de caprichosa figura, y cubierto en toda su latitud de una red de seda, acababa de caer en el lago Bracciano. El duque de Mondragone envió la relacion siguiente, fechada el 18 de diciembre:

«Ayer tarde, 17 de diciembre á cosa de las cinco, apareció en el aire un globo aerostático de una magnitud extraordinaria, el cual cayó en el lago Bracciano, en donde parecia una casa flotante. Por la noche fueron enviados algunos bateles en su busca para conducirlo á tierra, mas no se verificó á causa de algunos altercados que se suscitaron entre los barqueros. Esta mañana han vuelto al mismo sitio, y lo han traído á la orilla en un bote. El globo es de tafetan engomado, y está cubierto con una red. Su boca que es de alambre se ha roto un poco. Se conocia que habia estado iluminado, pues aun conservaba algunas lamparillas.

«Pegado al globo, hay el siguiente escrito en francés: «El globo aerostático que lleva este aviso, ha sido lanzado en París en la tarde del 25 de frimario

(1) Mas adelante se publicó el «Acta de la ceremonia de la consagracion y de la coronacion del emperador Napoleon y de la emperatriz Josefina;» en 4.º, París, en la imprenta imperial, año XIII (1805). Esta obrita contiene las oraciones en latin, con una traduccion que no es del todo fiel.

por M. Garnerin, aereonauta privilegiado de Su Majestad el emperador de Rusia y ordinario del gobierno francés, con motivo de la fiesta dada por París al emperador Napoleon. Se ruega á las personas que encuentren este globo que le conserven, y participen á M. Garnerin el sitio en que haya caído.

« Si es necesario, Garnerin se trasladará al lugar donde haya descendido el globo.»

Por medio, pues, del globo expedido desde París, á cosa de las siete de la tarde del día 25 de frimario (16 de diciembre), se supo en Roma la llegada del Papa á París. Segun parece, el domingo, 16 de diciembre por la tarde, despidióse el globo en medio de una furiosa lluvia y de un viento impetuoso de invierno, que lo empujó rápidamente hácia el Delfinado. Se supo despues por cartas de Embrun, que en la mañana del lunes 17 de diciembre, se le vió estacionario, y que de repente un viento impetuoso lo arrojó á las costas del Mediterráneo. El mismo dia se vió tambien impelido hácia el litoral de la campiña de Roma, y mientras se columpiaba sobre el lago Bracciano, una lluvia menuda y una niebla, muy comun en los lagos de Italia, lo humedeció, obligándole á descender, hasta que por último cayó en el lago.

Muchas eran las personas tanto de París como de Roma, que no querian creer lo que acabamos de referir tocante al globo. Particularmente en Roma infinitos incrédulos se complacieron en difundir la voz de que su llegada era una fábula. La duquesa de Cumberland, cuñada del rey de Inglaterra, me propuso en casa del duque de Torlonia hacer una crecida apuesta, diciéndome que si yo no apostaba pasaria plaza de haber confesado el engaño. Aunque seguro de ganar, aposté, á pesar mio, algunas libras de chocolate. La duquesa sostenia que el globo, á ser cierto que hubiese caído alguno en Bracciano, habria sido lanzado en alta mar por algun capitán inglés con motivo de alguna diversion verificada á bordo. Esto si que es ver á los ingleses en todo y en todas partes.

El globo fué trasportado á Roma, y expuesto luego en el Vaticano, cubierto aun con su larga red de seda, y tanto él como las noticias llegadas de París, probaron que era cierto el hecho anunciado, que ese correo de nuevo género atravesó velozmente un elemento que en sus elevadas regiones no está

sujeto al poder de la Gran Bretaña. Pero habia confusion en el modo de computar las fechas, ocasionándola la de 25 de frimario consignada por Garnerin en su aviso, la cual se decia erradamente que correspondia al 5 de diciembre. La coronacion tuvo lugar el 2 de diciembre, y suponiendo que la fiesta se diera el dia 5, nada tenia de particular que el globo llegase en doce dias. Mas no era esto así; pues habiendo sido lanzado á las siete de la tarde del domingo 16 de diciembre, pudo recorrer trescientas leguas y llegar cerca de Roma el lunes siguiente en veinte y dos horas, siendo de advertir que su rápida marcha se debe á la continuidad de los vientos.

Fácil es convencerse de la verdad del hecho expresado leyendo el *Monitor universal* del 28 de diciembre del mismo año 1804, en el cual se hallan estas palabras:

«Asegúrase que su eminencia el cardenal Caprara recibió de Roma una carta de fecha 18 de diciembre, en la cual el cardenal secretario de Estado le participa que cayó en el lago Bracciano, á poca distancia de Roma, un globo que tenia la figura de una corona imperial y llevaba vasos de colores, creyéndose que pudo haberse despedido en París con motivo de la consagracion de Su Majestad Imperial. Ese globo es en efecto el que se elevó en las Casas Consistoriales el dia de la fiesta dada en obsequio de Sus Majestades Imperiales. Ha recorrido en cuarenta y dos horas la distancia que media de París á Roma.»

El *Monitor* padeció una equivocacion de diez y ocho horas, tomando la fecha de la carta recibida por el cardenal Caprara, ó sea el 18 de diciembre, por la fecha de la llegada del globo. El duque de Mondragone participó el dia 18 que el globo habia llegado el 17 á las cinco de la tarde, y que despues de pasar la noche en el agua, fué trasportado á Anguillara el martes, dia 18, por la mañana. El despacho que redacté con el cardenal Consalvi decia que el globo verificó su viaje en veinte y dos horas, que es lo cierto. Por lo demás, cuantas personas han ido á ver el globo al Vaticano, han podido convencerse de que no hubo el engaño que se supuso. Napoleon se admiró del hecho del globo, del cual hizo mencion [mas adelante en una de las cartas que dirigió al Papa.

Hácia esa época, los cardenales que se quedaron en Roma

escribieron al emperador felicitándole, imitando su ejemplo el cardenal Maury.

Hubo un momento en que se temieron algunos desórdenes so pretexto de atrocidades cometidas por malhechores entre Anagni y Ferentino, que se hallan cerca de Roma; mas monseñor Joaquin Tosi, elocuente panegirista de Pio VI, que fué obispo de Anagni á contar desde el dia 26 de marzo del año que estamos recorriendo, consiguió restablecer muy pronto todas las comunicaciones.

Por aquel entonces, la familia Rúspoli recibió cartas del baillío de este nombre, que abdicó el maestrazgo de Malta que se le habia conferido. Invitado á asistir á la coronacion, daba noticias propias para inquietar á los amigos de la Santa Sede, manifestando al propio tiempo que los embajadores residentes en París no sentian de seguro las penosas inquietudes que él experimentaba, mayormente mientras no se encendiese otra vez la guerra con el Austria, y añadía que por desgracia la guerra con la Inglaterra se habia encrudecido, prediciendo á la Italia graves males en el caso de renovarse las hostilidades en el continente.

Algunos jesuitas restablecidos en Sicilia en 1803, decian que habian llegado ocultamente á este reino algunos revolucionarios del Mediodía de la Francia; pero que fueron detenidos y enviados á la Morea.

Todos estos rumores y el descontento de la Rusia hacian que Roma manifestase deseos de que regresase Pio VII. « Han concluido ya las fiestas, se decia, ha llegado un testimonio de que se han celebrado; no podemos dudarle. ¡Qué vuelva nuestro Soberano! Nuestros asuntos están paralizados, y si se quiere acceder á las peticiones del Papa, no se necesita tanto tiempo. ¡Qué vuelva! Roma le quiere, y clama por su regreso. Muy sensible sería que la guerra sorprendiera al Papa en un Estado extranjero. Ha verificado su viaje en una estacion cruda, y al poner el pié en Italia, hallará la primavera, pues es bien sabido que los impetuosos vientos que reinan en Francia cesan á medida que uno se acerca á esta ciudad, la cual ha dejado de ser metrópoli guerrera, para ser metrópoli de la religion que predica la paz á todo el mundo.»

El Papa, que residió siempre en el pabellon de Flora de las Tullerías, daba sin cesar audiencias á los fieles. El emperador le visitaba algunas veces, y él se le mostraba atento siempre y afectuoso. Habiendo la princesa Hortensia, esposa del príncipe Luis, dado á luz un hijo, que recibió el nombre de Napoleón Luis, el emperador mandó que se participase oficialmente al Papa este acontecimiento.

El obispo de Orleans habló un día al Sumo Pontífice del concordato germánico, y Su Santidad le contestó que, antes de salir de Roma, recibió una carta del emperador Francisco II, en la cual le rogaba que no resolviese en París cosa alguna referente á dicho concordato. «Sin embargo, añadió el Padre Santo, podeis comunicarnos una memoria relativa á este asunto.» El cardenal Fesch se ocupaba por su parte de otros negocios con extremada circunspeccion, deseoso de complacer á Su Santidad. Antonelli le trasmitió la carta siguiente:

«Conociendo Su Santidad los cambios que en breve se realizarán en la república italiana, y deseando conservar el concordato celebrado bajo los auspicios y el influjo de Su Majestad el emperador de los franceses en calidad de presidente de dicha república, ha mandado al infrascrito cardenal que ruegue á Vuestra Eminencia que interponga sus buenos oficios cerca de Su Majestad, para que, cualquiera que sea la forma de gobierno que se dé á dicha república, se dejen sin vigor los decretos del vice-presidente Melzi de 26 de enero último, acerca de los cuales Su Santidad dirigió las oportunas observaciones á la sabiduría y penetracion del emperador. El celo constantemente desplegado por Vuestra Eminencia en favor de la religion, dá al Padre Santo fundadas esperanzas de que apelareis á la justicia y á la magnanimidad de Su Majestad Imperial, para anular los expresados decretos, dejando subsistir tan solo el concordato en todas sus partes.

«El infrascrito aprovecha esta ocasion. etc.

«El card. ANTONELLI.»

No se obtuvo por de pronto ninguna respuesta favorable á lo pedido por el cardenal Antonelli, á pesar de los esfuerzos del cardenal Fesch, que en este punto estaba conforme con los sentimientos del Padre Santo. Y entretanto ¿qué ocurría en Roma?

Los habitantes de esta ciudad, despues de hablar por algun tiempo del *globo-correo*, se entregaron á sus ocupaciones habi-

tuales. En esto llegó á ella, con el nombre de conde de Haag, el príncipe elector de Baviera, hoy dia el rey Luis I. El célebre Kotzebue, provisto de cartas de recomendacion de París, Berlin y Rusia, se hacia presentar en todas las reuniones, en especial en las que se hablaba mal de la Francia, y se esforzaba en dar á entender á los italianos que no sabian componer comedias, aconsejándoles que tradujesen las suyas, lo cual consiguió al fin en gran parte de Italia. Hubiera diferido su marcha hasta pasado el invierno, á no ser uno de sus compatriotas, el cual, sea por envidia ó por enemistad, hizo insertar en un periódico de Alemania, que una gran potencia pedia la captura y la éxpulsion del escritor aleman. Ningun fundamento tenia esta noticia; mas lo ocurrido á Vernegues sobresaltó á Kotzebue, que determinó marcharse inmediatamente.

A consecuencia de un arreglo verificado por el cardenal Fesch, nos encontrábamnos en Roma en calidad de agentes franceses M. Isoard y yo, y á pesar de que uno de los dos hubiera bastado, vivimos sin embargo en tan buena armonía, que llegué á querer mucho á M. Isoard, como tuve la dicha de probárselo en el pontificado de Leon XII. Monseñor Isoard es un buen sugeto, complaciente, generoso, pacífico y recomendable por sus virtudes religiosas.

Roma fué víctima de un gran desastre, producido por el desbordamiento del Tiber, el cual duró desde la noche del 31 de enero hasta el 1.º de febrero. Algunos físicos opinan que los desbordamientos del Tiber son originados por los vientos del Sudeste, los cuales, soplando con fuerza en la misma direccion de la embocadura del rio, entre *Torre Clementina* y *Torre San Michele*, obligan á retroceder á las aguas, impidiéndolas desembocar en el mar; mas no puede admitirse esta explicacion con referencia á la parte del rio comprendida entre Roma y Porto, pues, á pesar de que ambos puntos distan entre sí unas trece ó catorce millas italianas, el Tiber dá en toda esta extension infinitos rodeos. La verdadera causa de esas inundaciones es la frecuencia de las lluvias en la parte de los Apeninos en donde nace el Tiber, así como el Arno. En una sola noche, el barrio de *Ripetta* quedó cubierto de agua, y algunos campos se trasformaron en un verdadero rio. Nosotros con-

templábamos esta catástrofe desde el terrado del palacio Borghese. El Tiber arrastraba consigo árboles, muebles, y ganado. La calle del *Orso* quedó completamente inundada. Las mujeres, los niños y los ancianos que habitaban en ella en los pisos bajos, no tuvieron tiempo de huir, y se subieron á los tejados, á los cuales aun no habia llegado el agua. Esos infelices prorumpian en dolorosos gritos, y se hallaban allí sin tener con que alimentarse. Solo se oian estas palabras: *Barquero, venid, por piedad, pan*. El cardenal Consalvi fué de los primeros en acudir al sitio de la catástrofe, despues de mandar á los panaderos que hiciesen una coccion extraordinaria de pan. De repente se ofrece un admirable espectáculo. Despreciando el riesgo y metiéndose en una frágil barca, Consalvi se dirigió en traje de cardenal á la calle del Orso á dar pan á sus habitantes, y su ejemplo tuvo luego imitadores. Al felicitar á Su Eminencia por su intrépida accion, me respondió: «¡Ah! he quedado recompensado con usura con las bendiciones de las mujeres y de los niños; todos besaban mis manos, mi vestido y los panes, contentándose con que se les diera de estos la cantidad necesaria para un dia á fin de que pudiese socorrerse á otros. ¿Y acaso no debia yo obrar de ese modo para consuelo del Papa cuando sepa esa desgracia? »

La causa de la inundacion del Tiber no pudo ser el viento Sudeste, pues á pesar de que este habia cesado, las aguas habian invadido la ciudad hasta la calle del Corso y el camino de Ponte Molle. Redobláronse los esfuerzos para socorrer á los infelices que se veian sitiados por las aguas. El jóven príncipe Aldobrandini, hoy príncipe Borghese, se ocupaba con intrépido afan en enviar víveres á los habitantes de las casas inmediatas al palacio Borghese y de todas las calles contiguas, que solo podian comunicarse con Roma por medio de dicho palacio.

Todos esos actos humanitarios, que sirven de noble ejemplo cuando los practican los jefes del gobierno y los que ocupan los primeros puestos en la sociedad, no bastaban todavía, pues habia que atender á una necesidad que ofrecia grandes riesgos. Era preciso llevar comestibles á mas de mil campesinos, sitiados por las aguas en los cortijos de los alrededores de Roma. Entre las personas que llenaron este deber, á pesar de

los riesgos á que se exponian , se hallaban algunos eclesiásticos. Si hubiese continuado la creciente , nos habriamos refugiado con todos los franceses en nuestra quinta de Médicis , que viene á ser la ciudadela de Roma , á donde era imposible que llegasen las aguas á menos de un diluvio universal.

El tiempo se habia despejado bastante , y soplabá sin interrupcion el viento Norte. Las ventanas de las casas inundadas estaban abiertas , y todo el mundo hacia con ansiedad continuas observaciones para conocer el momento en que el agua dejase de subir. A las cinco de la tarde del día 2 de febrero , se manifestaron los primeros síntomas de descenso , y en aquel momento no se oyeron mas que gritos de alegría y de esperanza. Al retirarse el rio , despues de llegar á la misma altura que en 1750 , dejó en los sitios invadidos un limo espeso cuyas exhalaciones eran perjudiciales á la salud , por lo cual fué preciso ocuparse en arrojarlo pronto al cauce de donde habia salido. Durante la inundacion se hundieron algunas casas. Consalvi reparó pronto con su acertada direccion todos los daños , y mandó distribuir algunas sumas.

El Papa tuvo un gran pesar al saber la inundacion del Tiber , sintiendo no haberse hallado en Roma en los momentos de peligro para consolar al pueblo y aliviar sus desgracias ; mas tranquilizóse algun tanto al participársele que su previsor é intrépido ministro justificó , con su abnegacion y sus bondades , cuan acertada fué la eleccion que de él hizo su soberano para encargarle el gobierno durante su ausencia.

CAPÍTULO XXXI.

Pio VII se dispone á volver á Roma.—El archicanciller del imperio germánico desea , segun se dice , que Bernier sea legado á latere en Ratisbona.—Conversaciones del Papa con el emperador.—Memoria de Portalis acerca de las peticiones del Papa en materias eclesiásticas.—Memoria del Papa referente á los asuntos políticos de los Estados Pontificios.—Memoria del emperador contestando á la del Papa.

El Padre Santo se ocupaba ya de su marcha. Encargó al cardenal Caprara que participase su itinerario , segun el cual,

la primera seccion de la comitiva debia partir el 9 de marzo, la segunda el 12, la tercera, en la cual iria Su Santidad, el 15, y la cuarta el 18.

Durante este intervalo, Kolborn escribió á M. Bernier manifestándole que el elector archicanciller del imperio, que acababa de regresar á Ratisbona despues del acto de la coronacion, deseaba ver revestido al mismo monseñor Bernier del carácter de *legado a latere*. Al principio pidió que se nombrase para ocupar este puesto á monseñor della Genga (despues Leon XII), mas en la actualidad Su Alteza preferia á M. el obispo de Orleans. Al enviar á Talleyrand copia de la carta de Kolborn, la cual segun se sospecha minutó M. Bernier, este obispo decia al ministro que en el siglo XV el cardenal arzobispo de Arles fuè nombrado legado en Alemania, y que por lo mismo existia ya un precedente, sin embargo de lo cual este título podria parecer en estos momentos demasiado alto, «siendo mejor sustituirlo por otro que ofendiese menos á la corte romana, cuyo jefe era muy conciliador, así como muy descontentadizos y desconfiados sus agentes.»

El emperador Napoleon indicó varias veces al Papa que le entregase una memoria sobre las cosas que pudieran interesar á la Santa Sede. Su Santidad consultó á algunos de los cardenales que le rodeaban. El cardenal Borgia, que murió en Lyon, hubiera podido darle buenos consejos; mas el espíritu de moderacion que le animaba, no era el que movia á las personas á las cuales el Papa confió el encargo de redactar una memoria. Terminada esta, el Papa la entregó al Emperador, quien la envió á Portalis para que la examinase.

La relacion que de ella hizo Portalis está llena de falsas suposiciones, de las cuales se aprovechó Napoleon para hablar al Papa á quien dijo un dia: «He aquí á vuestro Clemente XI! ¡Ya veis lo que indujo á hacer á Luis XIV al fin de sus dias! Vuestro Clemente XI era un hombre astuto: ganó al confesor del rey; mas hoy es otra cosa.» El Papa sospechó que el emperador confundia épocas muy diversas, y despues que se hubo despedido de él, estudió á fondo el negocio. Se hizo traer una copia de la carta escrita por el rey á Inocencio XII en 1693, en época en que era su confesor el P. Lachaise, é igualmente una

copia de la carta escrita por el rey al cardenal de La Tremouille en 1713, y mandó buscar las *anecdotas* de Montesquieu y del conde de Guasco y los escritos de Alembert.

Las personas que redactaron las notas del cardenal Caprara acerca de las leyes orgánicas, explicaron el verdadero estado de la cuestion, y cuando el emperador trató de proseguir en sus cargos, Pio VII conocia el hecho tal cual era en sí, al paso que Napoleon solo podia atacar por medio de suposiciones sin fundamento. El emperador se aficionó á esta exclamacion: « *Vuestro Clemente XI,* » la cual repetia gesticulando con calor, y extendiendo su mano, con la cual tocaba á menudo el pecho de Su Santidad, diciendo sin cesar: « ¿ Qué teneis que responder? ¿ Qué fuerzas se necesitaban para abrumar á un anciano, á un rey cansado, aburrido, *que ya no estaba para guerras,* y cuyos infortunios le habian alterado sin duda la razon? » Dejemos hablar aquí á Pio VII, quien contaba lo siguiente: « Observamos que Napoleon decia siempre lo mismo. No se movia del año 1713 y del P. Letellier, cuando lo que decia se referia al año 1693 y al P. Lachaise. Cada vez que pronunciaba las palabras de *Vuestro Clemente XI,* teníamos buen cuidado de contestar: « Con todo *Vuestro Lius XIV* escribió eso en otro tiempo; » pero procurando no alhagarle demasiado, cosa que debe evitar un ministro de la religion, ni mortificarle, lo cual se opone á la caridad. Atendida su penetracion, hubieran bastado dos palabras para que hubiese venido en conocimiento de las fechas, de la verdad y del *imbroglio* de los hechos, y entonces se habria irritado. Portalis expuso verbalmente todas estas razones al cardenal Antonelli. Portalis era quien facilitaba semejantes datos al emperador, que á hallarse mejor enterado, se hubiera enojado con él, y Nos queríamos á Portalis porque acogia muy bien á los obispos y porque dijo: *El obispo que vive bien en la unidad, dirige en su diócesis las palabras y las acciones.* Nos, hacemos mucho caso de un hombre que habla de los obispos en semejantes términos, y por lo mismo nos contentamos con decir con cierta firmeza: « Os engañais, no es eso; » mas nunca el emperador quiso comprender esos manejos. » Con todo, Napoleon, sin concebir los motivos que inducian al Papa á resistir, quedó prendado de la dignidad y de la dulzura de sus palabras;

de la apacibilidad de su mirada, y de su atento modo de sostener sus opiniones. Leyó la memoria que acompañaba la relación de Portalis de fecha 10 de febrero, la cual había de entregarse al Papa, hizo en aquellas varias correcciones, y dispuso que se redactara con mas templanza. En consecuencia, Portalis presentó al emperador el 19 de febrero un nuevo trabajo del cual vamos á dar un extracto.

La memoria del Papa comprendia once artículos, que indicaremos con un resúmen de las contestaciones á los mismos. En el preámbulo se leia lo siguiente :

« Satisfecho Su Majestad del afecto personal de que Vuestra Santidad le da sin cesar brillantes testimonios, y convencido de que la prosperidad de la religion ha de influir ventajosamente en bien de sus Estados y de la felicidad de su pueblo; ha examinado con filial atencion las observaciones y las demandas que en nombre de Vuestra Santidad le han sido presentadas, y pasa á contestar los varios puntos que abrazan dichas observaciones.

« Vuestra Santidad manifiesta que las disposiciones del Código civil referentes al divorcio no están en armonía con el dogma religioso de la indisolubilidad del matrimonio, y que desearia un cambio en esta parte de la legislación francesa.

« La ley civil no podia proscribir el divorcio en un país en que se toleran cultos que lo admiten; y de todos modos hubiera sido muy poco prudente cambiar de pronto una jurisprudencia que quince años de revolucion habian aclimatado ya en Francia en el momento de redactarse el nuevo Código civil. En general, las leyes civiles solo pueden tener una bondad relativa, y deben adaptarse á la situacion en que se halla el pueblo al cual se dan, siendo el tiempo el que ha de perfeccionarlas. Solo compete á las leyes religiosas el recomendar *el bien absoluto que pertenece á su inmutable naturaleza*. Mas, á fin de que la conducta de los ministros del culto católico no se halle jamás en contradicción con los dogmas que profesan, Su Majestad ha declarado por conducto de su ministro de cultos, en una carta circular de 19 de pradial, del año XII (8 de junio de 1802), que los ministros del culto católico son libres de rehusar la bendicion nupcial á los esposos que contrajesen nuevo matrimonio despues del divorcio, antes de disolverse el primero por la muerte de uno de los cónyuges, y que contra esa negativa no se daria recurso alguno ante el consejo de Estado.

« En el artículo 2.º se trata de conservar á los obispos la inspeccion natural que les corresponde sobre las costumbres y la conducta de los clérigos sometidos á su cuidado.

« Las leyes francesas se han guardado de atribuir á los agentes de la au-

toridad civil los derechos, cuyo ejercicio solo pertenece esencialmente á la autoridad episcopal. Es incontestable que la autoridad secular debe conocer de los delitos de los eclesiásticos, cuando con ellos se atacan las leyes que obligan á todos los ciudadanos, pues por ser sacerdote no se deja de ser ciudadano. Por lo mismo, los eclesiásticos continúan sujetos á las leyes y á las autoridades, á las cuales todos los ciudadanos deben sumision y obediencia; mas, tratándose de *delitos puramente eclesiásticos*, de aquellos que solo afectan á la disciplina, y que únicamente son susceptibles de penas canónicas, está reconocido que *los obispos son los jueces naturales de esos delitos*, y que la autoridad secular no puede conocer de ellos, segun nuestras máximas nacionales, sino en caso de abuso. Así es que en infinitas ocasiones, por orden expresa de Su Majestad, varios eclesiásticos han sido sometidos á la censura de los obispos, al ser denunciados por hechos relativos á faltas que pudiesen afectar á los deberes y á la dignidad del sacerdocio. Si los agentes de la autoridad civil cometen algunos atentados, es porque no todos los hombres tienen la suficiente prudencia para mantenerse constantemente dentro de los justos límites de sus atribuciones; mas Su Majestad vigilará siempre con cuidado para prevenir y reprimir semejantes atentados. »

El artículo 3.º de las peticiones del Papa tiene por objeto conseguir para el clero católico medios de subsistir con decencia y de perpetuarse para la religion, la cual no puede subsistir sin ministros. La respuesta dada á dicho artículo es larga y circunstanciada. En ella se expone con sumo miramiento y en lenguaje muy comedido, todo cuanto se ha procurado hacer, quanto se está dispuesto á verificar tocante al punto indicado.

ARTÍCULO 4.º « Vuestra Santidad desearia el restablecimiento de las antiguas leyes referentes á la celebracion de los domingos y de las fiestas. Su Majestad descubre en ese deseo los sentimientos piadosos y las miras que tiene Su Santidad de conservar el orden..... La experiencia demuestra que, en las grandes ciudades, los momentos que se roban al trabajo, se consagran á los vicios ó al crimen. Lo que importa es que los funcionarios públicos y los ciudadanos ilustrados sirvan de ejemplo á la multitud. Pues bien; en virtud de las leyes actuales, está prohibido á los funcionarios de toda clase el trabajo exterior y público. Basta advertir á los establecimientos públicos que en los domingos y fiestas no hagan practicar trabajos públicos ó mecánicos, excepto en los casos urgentes que no admiten lentitud ni demora. »

En el artículo 5.º el Papa pedia que no se ocupase en la instruccion pública á ningun sacerdote, ni religioso casado. El

ministro contesta que la intencion de Su Majestad es no confiar jamás la educacion á sacerdotes que no estén en comunion con el obispo (no era esto lo que pedia el Papa). Su Majestad no pretende que se descuide en los colegios la educacion religiosa, y en consecuencia dará participacion á los obispos en la direccion de los mismos.

En el artículo 6.º Su Majestad promete coadyuvar al mantenimiento de la paz religiosa, que ha de ser el feliz resultado de la reconciliacion del Padre Santo con los sacerdotes constitucionales.

ARTÍCULO 7.º «Su Majestad destinará nuevamente al culto la iglesia de Santa Genoveva, *Patrona de París*.... Tocante al restablecimiento de comunidades religiosas, Su Majestad se reserva examinar con madurez este importante punto. En el primer año de establecida una nueva organizacion eclesiástica, es preciso que el clero adquiera alguna fuerza antes de crear cerca de él corporaciones, que podrian ser muy pronto mas fuertes y poderosas que el mismo clero. Con todo, Su Majestad se ha apresurado á restablecer las corporaciones conocidas con el nombre de *Hermanas de la Caridad*, ó de *Hermanas hospitalarias*, cuyo instituto es consagrarse al servicio de los enfermos y á la educacion de las niñas pobres. Asimismo, para dar una particular muestra de su proteccion á establecimientos tan útiles á la humanidad, ha nombrado á su madre protectora de dichos institutos.»

El Papa pedia en el artículo 8.º que se declarase dominante á la religion católica, á lo cual Portalis objeta, en nombre del emperador, que semejante disposicion despertaria odios antiguos y crearia nuevos enemigos al catolicismo.

En el artículo 9.º el Papa pedia que se protegiesen los antiguos establecimientos de los *Irlandeses*. La fusion de todos en uno solo ha sido posible, y el gobierno le concede su apoyo.

En el artículo 10. se recomendaban al emperador los Lazaristas, los cuales fueron restablecidos en virtud de un decreto, asignándoseles una dotacion de 15,000 francos, y quedando sujetos á la jurisdiccion del arzobispo de París. Restablécese el seminario llamado de *Misiones extrangeras*, el cual no necesita que se le dote, pues los terceros que adquirieron sus bienes, lo verificaron tan solo para conservárselos (bello ejemplo dado en medio de tanta impía codicia).

Restablécese tambien el seminario del *Espiritu Santo*, situa-

do cerca de Orleans, y se le facultó para adquirir legados y fundaciones.

ARTICULO 11. « Su Majestad reemplazará, por medio de rentas equivalentes, lo que el gobierno francés dió en otro tiempo á la iglesia de San Juan de Letran, de Roma, con la condicion de que Su Majestad tendrá los derechos, prerogativas y honores que pertenecieron á los antiguos reyes de Francia.

« Su Majestad no desperdiciará ninguna ocasion para contribuir en union con Vuestra Santidad al mayor bien de la religion y de sus ministros. »

« PORTALIS. »

En esta respuesta de Portalis se descubre el ánimo de complacer; lo que se rehusa en ella, es alegando razones convincentes y sacando partido de los verdaderos servicios prestados á la religion. El Papa se mostró agradecido, y volvió á hablar de los establecimientos irlandeses.

Al ver el interés que por ellos demostraba, Portalis dispuso que se hiciera en favor de esta institucion mas de lo que se habia prometido. Terminadas las negociaciones, el Papa se regocijó en secreto de haber tenido consideraciones á Portalis, que tan bien se condujo con él.

Solo faltaba tratar de la cuestion relativa á los territorios que se habian quitado á la Santa Sede. Los cardenales que se hallaban en París y Consalvi, todos veian que era imposible conseguir su restitution. Napoleon nada podia hacer en este asunto, pues tenia demasiados compromisos que cumplir con la república italiana; mas sin embargo, insistia en que era preciso ocuparse de él y discutirlo, por lo cual Pio VII envió al emperador la memoria que trascribiremos. ¿M. el cardenal Caprara y los romanos que le consultaban, se desdeñarán de comparar á Napoleon con Carlomagno? Ya veremos como la corte de Pio VII participaba de la manía de los aduladores del nuevo imperio. El Papa se expresa en estos términos:

« Por mucho tiempo hemos estado indecisos acerca de sí, al ceder á las repetidas instancias de Vuestra Majestad de manifestar los deseos de nuestro corazón, debíamos tambien ocuparnos de los territorios pertenecientes al dominio de la Santa Sede, parte de los cuales retiene el imperio francés, y parte la república italiana. Mas al fin, el testimonio de nuestra conciencia y el conocimiento que tenemos de vuestra sabiduría y de vuestra equidad, nos

han alentado á hacerlo. Nos lisonjamos de que Vuestra Majestad nos conoce lo bastante, y de que rinde suficiente justicia á la pureza de nuestras intenciones, para no atribuirnos otras miras que el bien de la religion, el cual se halla íntimamente ligado con el de la Santa Sede.

«La majestad del culto que conviene á la primera sede de la religion católica, el sosten de tantos obispos y de tantos misioneros desparramados en casi todas las partes del mundo, la educacion de jóvenes de todas las naciones en el colegio de la Propaganda de Roma, que se halla cerrado hoy por falta de recursos, así como lo están los colegios particulares de determinadas naciones, el mantenimiento de tantas congregaciones y ministros necesarios para el despacho de la Iglesia universal, las subvenciones de los cardenales encargados de la administracion de la misma Iglesia, la expedicion de documentos, los honrarios, las correspondencias de los legados, nuncios y vicarios apostólicos que se hallan en todas las cortes y en todas las naciones extranjeras (pasaremos en silencio, si se quiere, otras muchas cargas, todas ellas muy penosas, de las cuales sin embargo no puede prescindir la Santa Sede apostólica, y para cuyo sostenimiento la divina Providencia le proporcionó ya en tiempos remotos y anteriores á su soberanía temporal, grandes recursos y patrimonios, los cuales servian no solo en provecho de Roma, si que tambien de lejanos países); todas estas cargas y otras inherentes á la dignidad del Sumo Pontífice, son todavía las mismas, si es que no han aumentado, al paso que los medios de cubrirlas han disminuido, y disminuyen cada dia. No es menester presentar á la vista de Vuestra Majestad las pérdidas experimentadas en el espacio de un corto número de años, pues basta indicirlas. Ya antes de mediados del siglo pasado, la Santa Sede se vió reducida á contentarse con promesas, en vez de obtener la posesion real de los ducados de Parma y de Plasencia, que se le devolvian como suyos, y que le pertenecian por muerte del último duque Farnesio. La Asamblea nacional incorporó á la Francia Aviñon y el Condado. El Directorio de París mandó ocupar las tres provinias mas bellas de los Estados Pontificios, á saber: la Romana, Boloña y Ferrara. A todas estas pérdidas ha de agregarse la de las grandes posesiones de la *Mesola* cerca de Comacchio, compradas pocos años antes por la cámara apostólica, así como la de los feudos de su dominio directo en el Piemonte, por los cuales el rey de Cerdeña pagaba el censo anual de un caliz de valor de dos mil pesos, la supresion de las anatas, y de la expedicion de documentos para Francia y Alemania, despues del nuevo orden de cosas que se ha establecido en ambos imperios, anatas y expediciones que eran un censo ó recurso convenido con todas las naciones por medio de pactos solemnes y reciprocos, en compensacion de las contribuciones que deben satisfacer á la sede principal todas las iglesias católicas (contando con que se observarian con fidelidad esos pactos, los Pontífices romanos han gravado su tesoro con una carga muy pesada, que subsiste íntegra aun hoy dia, la cual contrajeron en su

mayor parte « para facilitar los recursos á los príncipes católicos en las guerras que debían sostener con los infieles que los atacaban por todas partes), » y finalmente las incalculables pérdidas ocasionadas á la cámara apostólica, á sus rentas y á sus súbditos por la revolución última.

« Como interesa á toda la cristiandad que no fallen á su jefe los medios necesarios para llenar los deberes que le obligan á atender á su propia conservación, y en consecuencia á la de la primacía que Jesuérsto le ha dado, y cuya utilidad es generalmente reconocida, no podemos mostrarnos indiferentes á la pérdida de esos medios, ni omitir ningún esfuerzo para repararla en lo posible.

« Este es el deber preciso y real de un *tutor*, de un *administrador*, como somos nosotros del patrimonio de San Pedro, deber que nos obliga á Nos tanto mas, cuanto lleva en sí la fuerza del juramento que prestamos al ascender al pontificado. Estamos además obligados en virtud de los deberes de la mas estricta justicia á pagar á los acreedores del tesoro pontificio los intereses de inmensos capitales, y á subvenir al mismo tiempo á las necesidades de los súbditos de la Iglesia romana, que se hallan reducidos á la mayor miseria á consecuencia de las pasadas calamidades.

« El no poder cumplir nuestros deberes, ni ocurrir á tantas necesidades urgentes, ni socorrer tantas miserias como nos rodean, oprime nuestro corazón, y aflige constantemente nuestra alma esencialmente generosa y benéfica. Nos acogemos pues á Vuestra Majestad, rogándoos y conjurándoos por Dios, autor de la fe católica, que tan extraordinariamente os ha enriquecido con sus dones, que reparéis en lo posible tantas pérdidas y tantos daños inferidos á la Santa Sede por un gobierno que, gracias á vuestro valor y á vuestro mérito, ya no existe.

« Fácil nos fuera probar que el Directorio carecía de títulos para hacer ocupar militarmente los Estados pontificios: podriamos alegar razones políticas para demostrar que además de no experimentar la Francia ningún perjuicio, seria tambien útil al equilibrio de la Italia devolver esos territorios á un soberano, que no cuenta con otras armas defensivas que su debilidad temporal y su dignidad espiritual; mas no queremos confiar en nada despues de Dios, sino en la generosidad y en la grandeza de vuestro magnánimo corazón.

« ¡Cuánto gozan los sinceros admiradores de vuestra gloria al ver la semejanza que hay entre el antiguo fundador y el actual restaurador del imperio de Francia!

« Quiera, pues, Vuestra Majestad Imperial completar el paralelo, imitando el célebre y espontáneo acto por el cual Carlomagno devolvió á la Santa Sede todo cuanto reconquistaron sus gloriosas armas de los territorios que componían la donacion que hizo á aquella su padre Pepino, y que invadieron los lombardos á quienes venció, ó sea el Exarcato y la Pentápolis, con otros domínios, particularmente el ducado de Spoleto y Benevento.

«Vuestra Majestad imitará tambien el constante afan de Carlomagno en defender y extender los derechos y las prerogativas de la Santa Sede, si Vuestra Majestad en cualquiera otra ocasion, y particularmente en el caso de que se celebre un congreso para tratar de la paz general, dispensa á la Santa Sede su poderosa proteccion, y consigue que tenga en él un representante, no para mezclarse en las negociaciones referentes á los asuntos temporales, sino para asegurar con su eficaz mediacion los derechos y los dominios de la Santa Sede Romana.

«Plegue á Dios que para gloria vuestra y completo consuelo nuestro, pueda decirse de vos lo que se escribió en los monumentos eclesiásticos acerca de uno de nuestros predecesores, Estéban IV, y de Ludovico Pio, hijo de Carlomagno, que recibió de manos del primero la corona imperial.

«El Señor se dignó conceder á ese pontífice tanta proteccion, que obtuvo de Ludovico todo cuanto solicitó, hasta el punto que este piadoso monarca, entre otros dones que, llevado de su afecto á Estéban IV, ofreció á este Papa, regaló al apóstol San Pedro un feudo (*curtem*) de su propiedad, situado en las fronteras de los galos, mandando consignar en un documento formal la perpetua donacion que de él le hizo.»

Esta memoria fué examinada con mucha atencion. No se puede juzgar con ligereza la conducta de Pio VII, quien, segun lo dijo él mismo con mucha calma y sinceridad, era tan solo el *curador* y el *administrador* de la Santa Sede. Bajo diversos pretextos se despojó á los Estados eclesiásticos de varias provincias, y al Papa incumbe reclamarlas. El Sumo Pontífice debe pedir la restitucion de los territorios que le están confiados, á cualquiera que los detente. El dia en que Dios entregue la Francia á sus antiguos soberanos, á ellos pedirá tambien Pio VII el patrimonio de San Pedro. Napoleon, comprendiendo la importancia de estas razones, contestó de modo que era fácil conocer que rehusaba acceder á lo que se le pedia, porque no estaba en su mano hacer otra cosa. Vamos á consignar un documento en el cual dominan el buen sentido, la templanza y el respeto que se debe al jefe de la iglesia, y en el que hallaremos disposiciones misteriosas que nos indican que, si Dios no hubiese, por su voluntad suprema y en alto grado reparadora, destinado otra suerte á la Francia, el emperador habria procurado cicatrizar las heridas de la Iglesia.

Hé aquí la memoria del emperador que el Papa recibió en contestacion á sus peticiones :

« París, 11 de marzo de 1805.

«El emperador ha leído con el mas vivo interés la memoria en que Su Santidad hace varias reclamaciones sobre las pérdidas experimentadas por la Santa Sede desde mediados del siglo último hasta el día. Las elevadas y piadosas reflexiones que esta vez emite el Padre Santo, han redoblado hácia él la veneracion que el emperador le profesa, y la confianza y el afecto que le manifiesta, aumentarian, si fuese posible, su amor y su gratitud filial.

«El emperador ha pensado siempre que era útil á la religion que el soberano Pontífice se viese respetado, no solo como jefe de la Iglesia, sino como soberano independiente. En todos tiempos el emperador considerará como un deber el conservar los Estados del Padre Santo, y el procurar á este en las guerras que en lo sucesivo tal vez dividan á los Estados cristianos, completa seguridad y sosiego. El siglo que acaba de terminar y el que le precedió, han sido funestos al poder temporal de la Santa Sede, y durante ellos el poder espiritual ha recibido todavía mas fuertes ataques. Dios permitió que gran número de pueblos rompiesen todos los lazos de la obediencia, y entre los que no se han separado de ella, muchos han escuchado las máximas que tendian á destruir todo sentimiento religioso, y á subvertir hasta los principios de la moral. El desórden aumentaba, y estaba en boga toda clase de incredulidad, cuando Dios, para cumplir sus designios, se valió del emperador, quien desde un principio contuvo el torrente de los principios dominantes. Ha manifestado hallarse poseído en alto grado de gratitud hácia Dios, *autor de sus triunfos*, y apenas revestido del poder supremo, ha abierto los templos y levantado los altares, y por sus esfuerzos treinta millones de católicos han vuelto á la obediencia del jefe visible de la Iglesia de Jesucristo.

«El emperador tributa gracias á Dios por haberle escogido para obrar semejante bien. Mas dista mucho de creer que se haya hecho ya todo para conservar los felices resultados de esta *restauracion*. Si bien el imperio de la religion está restablecido, con todo, los principios que por espacio de dos siglos han trabajado incesantemente en minar sus bases, son aun peligrosos y conservan fuerza todavía. Contra los ataques de semejante enemigo, de nada sirven el poder ni las riquezas. El odio y la envidia se elevaron contra la Santa Sede en el momento en que se hallaba rodeada de mas esplendor y contaba con mas poderío. La bondad, los piadosos sentimientos y el desinterés del Soberano Pontífice que reina hoy dia, atraen mas respeto y sumision hácia la Santa Sede de los que sus mas enérgicos y poderosos predecesores consiguieron que se la tuviese.

«El mas ardiente voto del emperador es que el Padre Santo ejerza, para edificacion y el bien de los Estados cristianos, y con la moderacion y la dignidad propios de su carácter, el influjo que le dan sus virtudes y el título de jefe supremo de la Iglesia. El emperador secundará con todas sus fuer-

zas tan santa y saludable influencia, y quisiera tambien, por consideraciones personales á Pio VII, poder contribuir á aumentar su poder temporal, deseando que Dios le proporcione ocasiones en que acreditarlo, de las cuales *el emperador se aprovecharia gustoso*. Mas no le permiten llenar sus deseos los acontecimientos pasados, que ya no pertenecen al dominio de nadie, en los cuales ninguna parte ha tomado, tolerándolos Dios antes de elevarle al trono. Al investirle del poder supremo, Dios ha prescrito los límites de este, y el emperador ha de respetarlos, hallándose igualmente obligado á ello por las leyes fundamentales del Estado y por la santidad del solemne juramento que ha prestado.

«La Francia ha adquirido á gran costa el poder que tiene. El emperador no puede ceder en lo mas mínimo un imperio que es el fruto de diez años de sangrientas guerras, sostenidas con admirable valor, y de malhadados trastornos sufridos con una resignacion sin ejemplo. Menos lícito le es todavía mermar el territorio de un Estado extranjero, que al confiarle su gobierno, le ha impuesto el deber de protegerlo, sin concederle el derecho de disminuir el territorio que poseia al encargarse el emperador de regirlo.»

Este proyecto de contestacion era un testimonio de afecto hácia el Padre Santo, que, como es sabido, no se hallaba animado de ninguna clase de interés, pues su pura alma solo estaba llena de *santos deseos* y de elevados sentimientos, superiores á todo respeto humano. El emperador esperaba que Su Santidad se persuadiria de lo muy sensible que le era verse en la imposibilidad de secundar sus deseos, relativos al engrandecimiento de su poder temporal. Creyendo el emperador que solo habia expresado una parte de sus sentimientos, y que era menester que se explicase mas, dictó á Talleyrand el párrafo que á continuacion insertamos, y que el ministro escribió de su propio puño en el borrador. Ese párrafo, digno de llamar especialmente la atencion, lo recordaremos siempre que nos sintamos indignados al ver los excesos que cometan los subalternos, creyendo hacerse agradables con ellos á su señor, y forzosamente servirá para contener nuestros primeros impetus. Las notables palabras que vamos á citar las profirió Napoleon de todo corazon. Dijérase que mientras el ministro las escribia, el emperador las dictaba sentado entre Cacault y Fontanes:

«Si Dios concede á nuestra vida una duracion regular, esperamos hallar ocasiones en que poder consolidar y ensanchar los dominios del Padre Santo.

Hoy podemos y queremos alargarle la mano para ayudarle á salir del caos y de los conflictos en que le han metido las vicisitudes de la pasada guerra, dando con ello al mundo una prueba de nuestra veneracion hácia el Padre Santo, de nuestra proteccion á la capital de la cristiandad, y finalmente del constante deseo que nos anima de ver que *nuestra religion*, no ceda á ninguna otra en la magnificencia de sus ceremonias, en el esplendor de los templos, y en todo cuanto puede imponer respeto á las naciones.

« Hemos encargado al cardenal limosnero mayor, nuestro tio, que manifieste al Padre Santo nuestras intenciones y lo que estamos dispuestos á hacer. »

La memoria concluia en estos términos:

« Fiel siempre al plan que ha trazado desde el principio, el emperador funda su gloria y su dicha en ser uno de los mas firmes apoyos de la Santa Sede, y uno de los mas sinceros defensores de la prosperidad de las naciones cristianas. Quiere que se mencionen entre los principales actos que han ilustrado su vida, el respeto que ha demostrado siempre hácia la iglesia de Roma, y lo que ha hecho para reconciliarla con la primera nacion del universo. »

En este elocuente y último párrafo, pudo ver Pio VII una especie de franca retractacion de las palabras que pronunció Napoleon en Egipto, vanagloriándose de que habia arrojado de Roma al Vicario de Jesucristo en la tierra. Si el Papa experimentó sinsabores, las seguridades que acababan de dársele, bastaban para calmarlos.

CAPÍTULO XXXII.

Se indica al Papa un proyecto para retenerle en París.—Sublimes palabras de Sumo Pontífice.—Reuniones de Roma.—Afluencia de extranjeros.—Las funciones de Pascua en el templo de San Pedro.—Magnífico recibimiento hecho al Papa en Chalons del Saona y en Lyon.—El Papa escribe al emperador desde Parma.—El embajador de Prusia en Roma.—El Papa llega á esta ciudad.—El emperador escribe al Papa relativamente á Gerónimo Bonaparte, casado en América con una protestante.

Mas, ¿durarán mucho tales sentimientos? ¿Dejará de verse en Napoleon dos hombres distintos al tratar de asuntos religiosos? ¿Se mostrará de pronto justo, accesible y franco, y no se desdeñará de pedir consejos sobre unos asuntos y una po-

lítica que no conoce, y de seguirlos con todo el afan propio de una conviccion íntima; dejándose llevar luego por su inquieto carácter, por un loco orgullo, y por una erudicion poco sólida, envidiará la mision de los sacerdotes y se creerá humillado porque en medio de sus triunfos no es el Pontífice del reino, como fué el regulador supremo de las operacioues militares? ¿Quisiera en este último caso que las conciencias se mantuviesen alineadas é inmóviles, y que á un mandato suyo se suspendiese la accion moral de tantos millares de hombres al gritar con áspera voz, *alto*, ó *silencio*? De este modo ¿estaria en paz una de las Iglesias mas importantes? Mas regocijémosnos de los sentimientos religiosos que demostró Napoleon, los cuales no podian menos de complacer al Padre Santo, quien sabia por la historia sagrada que Dios toca de cuando en cuando los corazones obstinados antes de atraerlos del todo hácia sí.

Los cardenales y los prelados de la comitiva del Papa participaban de la satisfaccion de Su Santidad, y por mas que se haya dicho lo contrario, no se profirió la menor queja tocante á lo que se le habia rehusado. El Papa continuaba visitando las iglesias y bendiciendo á los que se postraban ante él, del mismo modo que á los que no le prestaban este homenaje. Con igual gusto veia á sus piés á Lalande, que habia dejado de ser ateo, que á esas piadosas matronas que socorrieron la religion y á sus ministros durante los infortunios de la Iglesia.

No se pasaba un dia sin que el Papa demostrase sus deseos de volver á Roma; mas no se consintió su marcha sino despues de haber rechazado una de las mas crueles demandas que podia dirigirle un francés. El Papa nunca quiso manifestar el nombre del alto dignatario que le propuso que residiese en Aviñon, que aceptase un palacio en el arzobispado de París, y que consintiera en fundar un barrio privilegiado, como en Constantinopla, en el cual tuviese el derecho de residir exclusivamente el cuerpo diplomático. Las insinuaciones que con este objeto se dirigieron al Papa, y que se repitieron á las personas que le rodeaban, á sus confidentes y á sus amigos, dieron á entender que se trataba de retenerle en Francia. La proposicion indicada no la hizo Napoleon; mas ejercia este en París tal influjo en los ánimos, que no era posible que se hubiese

aventurado sin su permiso. El cuerpo diplomático de Roma se ocupaba de este asunto, y yo tenia la candidez de no creerlo; mas se insistió tanto en él, que el Papa creyó que debia dar una contestacion al alto dignatario que se la habia dirigido y le dijo: «Se ha esparcido el rumor de que se trata de retenernos en Francia; pues bien, que se nos quite la libertad; todo está previsto. Antes de salir de Roma hemos firmado nuestra abdicacion por si se nos aprisiona; el acta de ella está fuera del alcance de los franceses y la tiene en su poder el cardenal Pignatelli en Palermo. Cuando se manifiesten los proyectos que se meditan, no os quedará mas que el infeliz [monje Bernabé Chiaramonti.» Aquella misma tarde se puso en conocimiento del emperador que se habia determinado ya la marcha.

En Roma se sabia perfectamente cuanto ocurría en París. Los embajadores residentes en Francia escribian á sus respectivos gobiernos los mas insignificantes pormenores referentes al regreso del Papa. Los gabinetes instruian á los representantes que tenian cerca de la Santa Sede, y además llegaban desde Lyon cartas de comercio á Liorna, desde donde se dirigian á Roma. Por medio de estas cartas los prelados acostumbraban á escribir á sus amigos, y mientras tanto se aguardaba en Roma la resolucion que adoptaria el dominador de la Francia.

El cardenal Consalvi procuraba distraer á los romanos de sus cavilaciones. En varias casas distinguidas se daban espléndidas reuniones, en las cuales se acogió cual merecia á la baronesa de Staël, que á la sazón viajaba por la Península. En el seno de esas reuniones, y á consecuencia de las conversaciones que tuvo con las personas mas reputadas por sus conocimientos científicos ó literarios, concibió madame Staël la idea de una de sus bellas obras; y como con frecuencia acontece que en las situaciones las mas comunes surge en la mente un pensamiento grande y magnífico, la entrada de la baronesa en el modesto cuerpo literario de la Arcadia promovió la descripcion de un sublime triunfo en el Capitolio. Acompañaban á la baronesa varias personas, que con el tiempo se hicieron célebres, á excepcion de algunas que ya lo eran entonces, entre ellas Simonde de Sismondi y Federico Schlegel. El carde-

nal Consalvi fué el primero en dar el ejemplo del atento modo como debia tratarse á madame de Staël. Al marcharse de Roma, esta caritativa señora, envió al cura de la parroquia en donde residió una crecida cantidad de dinero en oro con destino á los pobres.

Las fiestas de Pascua se celebraron en Roma como si el Papa estuviese en ella; mas no presentaron el imponente espectáculo que ofrecen cuando el Papa asiste á ellas. Sobre todo nada hay comparable con el efecto que produce el verle entrar en el templo de San Pedro sentado en la *sedes gestatoria*, y el canto *Ecce Sacerdos magnus* con acompañamiento de música.

El cardenal Consalvi dispuso que el Viernes Santo se colgase en el templo la gran cruz iluminada que tan extraordinarios efectos de luz y de claro-oscuro produce. Este pensamiento lo tomó Miguel Angel del Paraíso del Dante. Con este motivo, no puedo menos de deplorar la poca reverencia que demuestran los extranjeros en el templo, paseando familiarmente por él y hablando alto de lo que les impresiona, y hasta de las distracciones á que luego piensan entregarse. Por mas que se ha procurado impedir esta profanacion, jamás se ha conseguido. Los protestantes que, en mi concepto, deberian ver poseídos de un sentimiento de veneracion la cruz de Jesucristo, atendido á que han conservado algo de nuestra religion, contribuyen á que los católicos cometan la falta de que nos lamentamos, y entretanto el campesino romano, que viene de lejos para asistir á las fiestas de Pascua, empieza y concluye sus oraciones con toda devocion, y se levanta sin echar siquiera una mirada de reprobacion sobre los que le escandalizan.

Consintióse en París en la partida del Papa en el mismo momento en que Napoleon debia pasar á Milan para hacerse coronar rey de Italia. El Papa quedó muy satisfecho de la acogida que se le dió en Chalons del Saona. El cardenal Fesch salió á recibirle á Lyon, y no omitió gastos ni esfuerzos para que Su Santidad lo pasase bien en la segunda ciudad del reino, de la cual conservó un inolvidable recuerdo, así como de las respetuosas atenciones de su arzobispo. El Sumo Pontífice entró en Parma el 2 de mayo, y escribió al emperador la carta siguiente:

«Mi muy estimado hijo en Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

«La certeza de que volveriamos á ver á Vuestra Majestad en Turin, nos ha hecho diferir el darle noticias nuestras, mas no queremos dejar de verificarlo hoy antes de salir de esta ciudad, seguro de que así satisfaremos el afectuoso interés que Vuestra Majestad nos demuestra.

«Hemos llegado aquí felizmente, gracias á las previsoras disposiciones tomadas por Vuestra Majestad, quedando muy complacido de los obsequios que nos han dispensado las autoridades locales y las tropas, y de las pruebas de afecto que nos han dado los pueblos, de todo lo cual os aseguramos que conservaremos un indeleble recuerdo.

«Con este motivo, no podemos menos de recomendaros al general Lesuire. En París os presentamos una solicitud de este general, la que tal vez se ha traspapelado ó perdido entre tantas otras dirigidas á Vuestra Majestad. Os acompañamos un duplicado de ella, y recibiremos un gran placer por todo cuanto se sirva hacer Vuestra Majestad por este general, á quien conocemos desde mucho tiempo, lo cual unido á sus buenas prendas nos mueve á interesarnos por él.

«Renovamos á Vuestra Majestad la expresion de nuestro afecto, y en prueba del mismo os damos con toda la efusion de nuestra alma la bendicion apostólica.

«En Parma, á 22 de mayo del año 1805, de nuestro pontificado el sexto.

P. D. de puño propio del Papa:

«Rogamos á Vuestra Majestad que nos conserve su aprecio, y que presente nuestros saludos á su augusta esposa.

«Pio P. P. VII.»

El 9 de mayo el emperador contestó en los siguientes términos:

«Santísimo Padre:

«He tenido el gusto de saber, por vuestra carta fechada en Parma, que llegasteis á esa ciudad bueno y contento de la Francia y de la parte de mis Estados de Italia que habiais atravesado; desde ayer me hallo en Milan, en donde espero saber pronto la llegada de Vuestra Santidad á Roma.

«Con este motivo, ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años, etc.

«Vuestro afectuoso hijo, etc.»

Como se ve, en esta respuesta no se habla del general Lesuire, por quien el Papa se interesaba tanto. Le habia conocido en Imola, en donde se condujo con mucha decision y prudencia. El Papa referia con frecuencia los temores que agita-

ron en otro tiempo al pueblo de Imola, en el cual se esperaba de un momento á otro á los franceses ó á los austriacos, y hablaba siempre de la buena administracion del general Lesuire.

En Roma se estaban haciendo los preparativos necesarios para recibir al Papa. Acababa este de llegar á Florencia, en donde la reina de Etruria, que no debia volver á verle, sino en una situacion muy distinta, y á gran distancia de sus respectivos Estados, le dió, como siempre, pruebas de sus constantes sentimientos religiosos. Acordóse en Roma que las embajadas extranjeras no saldrian á recibir en cuerpo á Su Santidad. Con este motivo descubrimos que Humboldt, que hasta entonces solo usó el modesto título de residente de Prusia, que no se le reconocia públicamente, tomaba oficialmente el título de *ministro residente*.

Desde Florencia hasta Viterbo todo eran fiestas religiosas. Llegó á Roma el anuncio de que el Sumo Pontífice entraria en esta ciudad el 16 de mayo.

En cumplimiento de sus órdenes, el coche que usaba en la ciudad y al cual subió en Ponte Molle, encaminóse al templo de San Pedro, donde Su Santidad queria dar gracias á Dios por su feliz regreso. El cardenal York, no obstante sus ochenta años, recibió al Papa á la puerta de la basílica.

Antes de salir del templo, el Sumo Pontífice se acercó otra vez al altar para proferir su última súplica, y no bien se hubo arrodillado, pareció que se apoderaba de él una especie de éxtasis. La idea de encontrarse en el principal templo de su capital despues de ciento ochenta y cinco dias de un penoso viaje, y el recuerdo de los riesgos que corrió pudo correr en tan largo trayecto, le tenian tan preocupado que permanecia inmóvil al pié del altar. Mientras se hallaba en éxtasis, el templo, en que entró á la caída de la tarde, empezaba á oscurecerse. Mas de treinta mil personas que lo llenaban no concebian lo que estaba pasando. Levantóse el cardenal Consalvi, se acercó al Papa, y tocándole ligeramente el brazo, le preguntó si tenia algo. El Papa estrechó la mano al cardenal, dándole las gracias por su cuidado, y manifestándole que el estar rogando tanto tiempo era efecto del gozo y de la dicha que experimentaba en aquel momento. Condújose al Papa á palacio en

una silla de manos, y como se hallaba muy cansado, se le instó á que se acostase, sin dar antes audiencia á nadie.

Por la noche hubo iluminacion general en Roma, y el Senador dió un *ricevimento* magnífico en el Capitolio, en donde se reunió la nobleza romana y el cuerpo diplomático.

Dos dias despues fuí admitido á mi vez á la presencia de Su Santidad.

El viaje tenia entusiasmado al Padre Santo. Hablaba con calor de todo cuánto habia visto, y enseñaba con satisfaccion las medallas que se acuñaron en su honor. A cada paso se interrumpia para contar cosas nuevas. El instituto de las Hermanas de la Caridad de París, que tan útil es á los enfermos, excitó su interés hasta tal punto, que pensó establecerlo en Italia, Alemania é Irlanda. Explicaba los motivos que tenia para regocijarse de su viaje, cuando de repente se puso sério. Estuvo pensativo un momento, como si quisiese decir algo grave, y cual si rechazase alguna idea que asaltara su entendimiento, púsose en seguida risueño, y cogiendome por la mano, me habló en los términos que voy á transcribir. Esperaba yo con ansia lo que diria, pues conocia el vigor con que Pio VII expresaba sus impresiones. «Os referiremos un hecho, dijo, que os probará hasta qué punto tenemos motivos de estar contentos de vuestro excelente país. Pasaré por alto el acto de la bendicion del Museo á fines de diciembre: á nuestro regreso especialmente es cuando recibimos innumerables pruebas de amor y de respeto.

«Al salir de Chalons del Saona para Lyon, nos fué imposible atravesar la multitud; mas de dos mil personas entre mujeres, niños, ancianos y jóvenes, nos impedian llegar hasta el carruaje, que no fué dable conducir hasta el sitio en que nos hallábamos. Los dos dragones que nos escoltaban, nos guiaron á pié hasta el carruaje, llevándonos entre sus dos caballos, y como enorgullecidos de poder mas que el pueblo. Al alcanzar el carruaje, casi sin aliento, íbamos á precipitarnos dentro de él con toda la agilidad posible, cuando una jóven, mas ingeniosa que nos y que los dos dragones, se deslizó por debajo de uno de los caballos, cogió nuestro pié para besarlo, y no queria soltarlo para que tambien pudiese be-

sarlo su madre, que llegaba por su mismo camino. Temiendo perder el equilibrio, apoyamos ambas manos en uno de los dragones, precisamente en el que tenia mas rudo aspecto, rogándole que nos sostuviese. Y hé aquí que mientras le decíamos « *Signor dragone*, ayudadnos, » el buen soldado (fiémonos del rostro), léjos de compadecerse de nos, se apoderó de nuestras manos y las besó varias veces. Así es que por algunos instantes quedamos como suspendidos entre la jóven y el soldado. Esta escena nos enterneció hasta el punto de hacernos llorar ¡Ah! ¡cuán satisfecho hemos quedado de vuestro país! »

El 18 de mayo, el Papa escribió al emperador la carta autógrafa que sigue:

« Mi muy estimado hijo en Jesucristo, salud y bendicion apóstolica.

« Teniamos resuelto escribir á Vuestra Majestad luego de llegar á Roma, para participarle nuestro feliz regreso, y reiterarle desde el lugar de nuestra residencia las gracias por la acogida que se nos ha dispensado en París, y por los cuidados que se nos han prodigado durante el viaje, é íbamos á enviar una carta por un correo extraordinario, cuando se nos presentó la de Vuestra Majestad de 9 de mayo, que nos han traído desde Milan dos empleados de la secretaría de vuestro ministerio de negocios extranjeros.

« Su próxima marcha nos proporciona ocasión de satisfacer nuestro primer deseo mas pronto de lo que podriamos por un correo extraordinario, el cual llevará mas tarde el breve y las nuevas credenciales que respectivamente enviaremos á vos y al cardenal Caprara, con motivo de vuestro advenimiento al trono de Italia. A pesar de que desde el momento de nuestra llegada se han empezado los trabajos, se necesitan dos dias para terminarlos.

« Aprovechando esta ocasion, os participamos, pues, nuestra llegada, y os enviamos mil gracias y á un tiempo nuestros votos, nunca interrumpidos, por vuestra salud y prosperidad, por las cuales rogamos al Señor.

« Vamos á hablaros de otro asunto. A nuestro regreso nos hemos encontrado con un despacho del cardenal Caprara, que acababa de recibirse pocas horas antes, en el cual se nos manifiesta que el elector archicanciller ha manifestado el deseo de que enviemos á la Dieta de Ratisbona al obispo de Orleans en calidad de nuncio, lo que contribuiria, dice, al arreglo de los escabrosos asuntos de Alemania. El cardenal asegura que Vuestra Majestad sabe lo dispuesto por el archicanciller, y que lo aprueba y desea que se cumpla. Al enterarnos de todo esto, hemos quedado sorprendidos como lo quedará Vuestra Majestad cuando sepa lo que, con nuestra habitual franqueza, vamos á comunicarle.

« Algunos meses ha que el archicanciller nos manifestó que, para seme-

jante mision, nadie habia mas á propósito que monseñor della Genga, súbdito nuestro, quien con satisfaccion general ha desempeñado en aquel país el cargo de nuncio.

« Hemos escrito al elector que consentíamos en enviar á la Dieta á este prelado, de lo cual se ha alegrado mucho, de modo que desde luego se ha puesto en relacion con él. No es probable que el elector haya cambiado de modo de pensar, puesto que esta misma mañana el cardenal della Genga ha recibido de él una carta autógrafa, de la cual os enviamos copia, y por ella vereis que insiste en considerar á este prelado como el nuncio destinado á residir en Ratisbona, y como la persona mas capaz que otra alguna de conseguir el fin que se desea.

« Hallándose las cosas en tal estado, no es posible concebir como el archicanciller puede suponer que se haya de nombrar otra persona, tanto mas cuanto que se ha elegido, muchos meses ha, á monseñor della Genga, dando de ello conocimiento al emperador Francisco II y á varios príncipes de Alemania que han demostrado quedar satisfechos. ¿Cómo podríamos sacrificar ahora la reputacion de una persona que no merece semejante agravio? ¿cómo podríamos, sin representar un mal papel á la vista de todos esos príncipes, cambiar de idea y valernos de otro prelado?

« A todo esto ha de añadirse que monseñor della Genga ha adquirido, durante su permanencia en Alemania, gran conocimiento de los negocios, de las localidades y de las personas. Desde que ha regresado á Roma, su principal ocupacion ha sido profundizar todas las cuestiones referentes á los puntos indicados, estudiando los mas insignificantes pormenores, y todo cuanto tiene relacion con ellas, y procurando ilustrarse é informarse con personas entendidas. Por otra parte, hemos hablado con él de este asunto, y le hemos manifestado nuestros sentimientos. Finalmente, como le tenemos á nuestro lado, hemos examinado á fondo este asunto, y podemos por lo mismo darle amplias instrucciones.

« Atendido lo expuesto, no dudamos que Vuestra Majestad verá que las cosas se hallan en tal estado que, por las expresadas reflexiones, no nos conviene otra persona para desempeñar ese encargo. Por otra parte, ese prelado reúne todas las circunstancias necesarias para llenarlo cumplidamente, y por lo mismo no dudamos, de que enterado Vuestra Majestad del estado de las cosas, secundará nuestras ideas para verificar ese nombramiento. Con los buenos oficios que interpondrá Vuestra Majestad, y en los cuales ciframos toda nuestra esperanza, terminará este negocio, redundando en gloria de Dios y de nuestra santa religion.

« Antes de concluir esta carta no podemos menos de enviar nuestros saludos á vuestra augusta esposa. Damos á Vuestra Majestad la paternal benediction apostólica.

« En el Quirinal, á 18 de mayo del año 1805, de nuestro pontificado el sexto.

« Pío P. P. VII. »

En la traduccion que se presentó al emperador, se omitieron *los saludos á la augusta esposa.*

El Papa habia vuelto á su capital; pero se queria que un francés fuese su mayordomo, esto es, un depositario de los mas íntimos secretos domésticos; queríase que su nuncio en Ratisbona fuese un francés que no hubiese seguido la carrera de las prelaturas en Roma. Esta reclamacion del Papa impresionó al emperador, quien le contestó en el acto:

« He oido hablar vagamente del deseo manifestado por el archicanciller de que el obispo de Orleans fuese *legado* de Vuestra Santidad; mas yo no tengo el menor interés en este asunto, y sea cual fuere el legado que haya en Ratisbona, le prestaré todo el auxilio que de mí dependa, para que los negocios marchen á gusto de Vuestra Santidad.

« Con este motivo, ruego á Dios, etc. »

Esta carta, fechada el 23 de mayo, fué precedida de otra en que Napoleon pedia un favor particular al Padre Santo. Napoleon tenia la costumbre, muy conveniente y oportuna, de manifestar amistad y deferencia antes de pedir algun favor. No se ignoraba esto en Roma, en donde se esperaba algun pesar siempre que se demostraba alguna atencion. El 24 de mayo, el emperador escribió á Su Santidad en estos términos:

« He recibido la carta de Vuestra Santidad de 18 de mayo. Yo sabia ya que Vuestra Santidad habia llegado felizmente á Roma. Celebro que vuestra salud no haya sufrido, á pesar de la variacion de clima y de las fatigas de tan largo viaje. Uno de vuestros primeros cuidados ha sido dictar una disposicion sobre el concordato; Vuestra Santidad puede, pues, hacerlo publicar en Roma sin reparo alguno, pues todo es fácil arreglarlo de un modo satisfactorio. Mañana admitiré al cardenal Caprara como legado, y el jueves tendrá lugar la funcion que he retardado por no estar hechos todos los preparativos. *Observé el otro dia que el tiempo estaba muy malo.*

« El globo aerostático, que con tanta felicidad llegó á Roma el dia de la consagracion (al dia siguiente de la fiesta celebrada en Paris), será cuidadosamente conservado, y para que conste ese extraordinario acontecimiento, conviene poner el globo en un sitio en que los viajeros puedan verle, y colocar una inscripcion que exprese las horas que necesitó para llegar á Roma.

« Varias veces he hablado á Vuestra Santidad de un hermano mio, de edad de 19 años , á quien envié á América en una fragata, el cual al cabo de un mes de hallarse en Baltimore , casó , á pesar de ser menor de edad , con una protestante , hija de un comerciante de los Estados Unidos. Acaba de llegar , y conoce la falta que ha cometido. Yo he enviado á América á su titulada esposa la señorita Patterson. Segun nuestras leyes , el matrimonio es nulo. Olvidando sus deberes un sacerdote español les ha dado la bendicion nupcial.

« Desearia que Vuestra Santidad expidiese una bula anulando dicho matrimonio. Envio á Vuestra Santidad varios dictámenes relativos al asunto , entre ellos uno del cardenal Caselli , que ilustrará mucho á Vuestra Santidad. Fácil me fuera hacer anular en París este matrimonio , pues la Iglesia galicana reconoce nulos los de su clase ; mas me parece mejor que se anule en Roma , siquiera para servir de ejemplo á los individuos de las familias de los soberanos que contraigan matrimonio con mujeres protestantes. Sírvase Vuestra Santidad hacer con reserva lo que le pido , pues hasta que sepa que Vuestra Santidad accede , no haré que se anule civilmente el expresado matrimonio.

« Conviene mucho , hasta para la Francia , que no tenga yo tan cerca de mí á una jóven protestante , y es muy sensible que un menor de 19 años , hijo de una distinguida familia , quede expuesto á una seduccion parecida contra todas las leyes civiles y toda especie de miramientos sociales.

« Con este motivo , ruego á Dios , Santísimo Padre , que os conserve largos años para regir y gobernar nuestra santa madre Iglesia.

« Vuestro afectuoso hijo,

« NAPOLEON. »

Esta carta puso muy inquieto al Papa. Por un lado un representante de los Estados Unidos se disponia á sostener la causa de la familia Patterson ; por otro , un representante de la Gran Bretaña se adhirió á lo pedido en nombre del presidente de la Union. Además de esto , iban á estallar conflictos con motivo de una presa , verificada , segun se decia , contra las leyes de la guerra , por el buque corsario francés el *Tigre*. Tocante á este punto , la Francia dió en parte á la Santa Sede la satisfaccion que deseaba.

Hácia esa época , M. el cardenal Fesch volvió á Roma. A mí se me envió á Florencia en calidad de primer secretario de embajada , pasando á ocupar mi puesto Simeon , que ocupaba aquel destino.

CAPÍTULO XXXIII.

Regalos del Papa al emperador.—Napoleon regala una tiara al Papa.—Res-
puesta de Pio VII referente al casamiento de Gerónimo.

En el acto en que recíprocamente se habian enviado y reci-
bido en París las varias memorias relativas á los asuntos ecle-
siásticos y á la restitution de territorios, mediaron regalos
por una y otra parte. [El Papa [regaló un magnífico camafeo
que representaba la *continencia de Scipion*, y varios objetos de
valor. El emperador encargó á los mejores artistas de París,
que en vista de dibujos mandados á buscar á Roma, cincela-
sen una tiara para enviarla al Papa. Al recibirla el Padre
Santo dió las gracias al emperador en los siguientes tér-
minos :

«Mi muy estimado hijo en Jesucristo.

«Hemos recibido la preciosa tiara que os servís regalarme, en la cual son
de admirar la magnificencia de Vuestra Majestad y la elegancia de la labor.

«Penetrado del mas vivo reconocimiento, damos á Vuestra Majestad las
mas expresivas gracias por tan espléndido obsequio, que conservaremos y
admiraremos siempre como un monumento de vuestra munificencia y de la
memorable época que recuerda. Lo usaremos por primera vez en la próxima
fiesta de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, al celebrar solemne-
mente de pontifical en la basilica de San Pedro, para que la ciudad entera ad-
mire, en el gran valor del presente, la grandeza del que lo hizo. Reiteramos
á Vuestra Majestad Imperial y Real los sentimientos de nuestro corazon, que
ya conoce, y en testimonio de nuestro paternal afecto, le enviamos con toda
la efusion de nuestra alma la bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, el 23 de junio del año 1805,
de nuestro pontificado el sexto.

«Pio P.P. VII »

Despues de dar las gracias al emperador por su obsequio,
quedaba por cumplir un grave deber. Preciso era contestar
con toda la franqueza de un sacerdote tocante á la cuestion del
casamiento del jóven Gerónimo; preciso era explicar las re-
glas y los constantes usos de Roma, especificar hasta qué
punto podian hacerse concesiones, y los límites que respecto á
ellas estaban establecidos, y tratar con mesura dicha cuestion.

en la cual el emperador solo llevaba miras de vanidad y proyectos ambiciosos.

El Papa dirigió al emperador una carta que viene á ser una exposicion razonada de las doctrinas de la Santa Sede, tocante á la indisolubilidad del matrimonio, aun del contraido por católicos con mujeres protestantes. Esta carta, como lo manifiesta el mismo Papa, es obra suya, y en ella resplandece su poderosa dialéctica, su templanza y su estilo. Dice así:

A Su Majestad Imperial y Real.

«No atribuya Vuestra Majestad á otra causa la tardanza en recibir el correo, que al deseo de hacer todos los esfuerzos imaginables para contestar cumplidamente á la demanda que nos ha hecho, por medio de la carta y los dictámenes adjuntos remitidos por el mismo correo.

«En lo que dependia de Nos, esto es, respecto á guardar un impenetrable secreto, hemos procurado satisfacer exactamente los deseos de Vuestra Majestad, y nos hemos ocupado solo en el exámen de la peticion referente al matrimonio de que se trata.

«A pesar de los infinitos negocios que nos abruman, hemos hecho todos los esfuerzos imaginables para buscar en todas partes el medio de satisfacer los deseos de Vuestra Majestad, los cuales, atendido su objeto, hubiéramos tenido un gusto en secundar. Mas, despues de haber considerado el asunto bajo todos sus aspectos, el resultado de nuestros estudios ha sido que entre todos los motivos alegados y que pueden alegarse, no hay uno solo que nos permita contentar á Vuestra Majestad como deseariamos, declarando nulo el expresado matrimonio.

«Los tres dictámenes que Vuestra Majestad nos ha remitido se destruyen recíprocamente, por estar basados en principios opuestos entre sí.

«En el primero se pretende, dejando aparte los demás impedimentos dirimientes, que hay dos aplicables al caso de que se trata, á saber: la disparidad de culto de los contrayentes, y la falta de intervencion del párroco en la celebracion del matrimonio.—En el segundo, prescindiendo de estos dos impedimentos, se deducen otros dos fundados en la falta de consentimiento de la madre del menor, y en el *raptó* que se designa con el nombre de *seduccion*.

«El tercero difiere del segundo, y se propone en él, como única causa de nulidad, la falta de licencia del párroco del domicilio del esposo que se pretende ser necesario, por no haber este cambiado de domicilio, porque, segun dispone el concilio de Trento, la licencia del párroco es absolutamente necesaria en los matrimonios.

«Del análisis de estos contrarios pareceres resulta que son cuatro los

impedimentos alegados; mas al examinarlos separadamente, no hemos podido hallar uno solo que en el caso presente, y segun los principios de la Iglesia, pueda autorizarnos á declarar la nulidad de un matrimonio rato y consumado.

« En primer lugar la disparidad de culto, considerada por la Iglesia como impedimento dirimente, no se considera tal entre dos *personas bautizadas*, aunque una de ellas no pertenezca á la comunión católica.

« Este impedimento solo tiene lugar en los matrimonios celebrados entre cristianos é infieles. Los matrimonios entre protestantes y católicos, aun cuando la Iglesia los reprueba, no obstante los reconoce válidos.

« No es exacto que las leyes de Francia, relativas á los matrimonios de los hijos no emancipados y de los menores, contraídos sin el consentimiento de los padres y de los tutores, los anulen en cuanto al Sacramento. El mismo poder ejecutivo secular declaró en vista de las representaciones del clero, reunido en el año 1629, que al establecer la nulidad de esos matrimonios, los legisladores no entendieron hablar sino de los efectos civiles del matrimonio, y que los jueces legos no pueden dar otro sentido ó interpretación á la ley; puesto que Luis XIII, que hizo esta declaracion, sabia perfectamente que el poder secular carece de derecho para crear impedimentos dirimentes al matrimonio considerado como sacramento.

« En efecto, la Iglesia, léjos de declarar nulos, en cuanto al vínculo, los matrimonios celebrados sin el consentimiento de los padres y de los tutores al mismo tiempo que los reprueba, los declara válidos en todos tiempos principalmente por medio del concilio de Trento.

« En tercer lugar, es igualmente contrario á los principios de la Iglesia, el deducir la nulidad del matrimonio del *rapto* ó *seduccion*: el impedimento dimanado del rapto, solo tiene lugar cuando el matrimonio se contrae entre el raptor y la rapta, antes de hallarse esta en plena libertad. Ahora bien, en el caso de que se trata, no hay rapto; lo que se designa en el dictámen con las palabras de *rapto* y de *seduccion* no significa otra cosa que falta de consentimiento de los padres, del cual se deduce la *seduccion* del menor, y por consiguiente no puede constituir un impedimento dirimente en cuanto al vínculo del matrimonio.

« Sobre el cuarto impedimento, ó sea el de clandestinidad, ó de falta de intervencion del párroco, hemos meditado mucho. Este impedimento deriva del concilio de Trento; mas su disposicion no obliga sino en los paises en que su famoso decreto, capítulo I, seccion 24 de *Reformatione matrimonii*, ha sido publicado, y aun en este caso solo obliga á las personas para las cuales se ha publicado.

« Deseando vivamente buscar todos los medios que pudiesen conducirnos al fin que nos proponíamos alcanzar, nos hemos ocupado principalmente en averiguar si se publicó en Baltimore el indicado decreto del concilio de

Trento. A este objeto, hemos mandado registrar secretamente los archivos de la Propaganda y de la Inquisición, en donde en todo caso debiera constar si se verificó dicha publicación. Con todo, ningún indicio hemos encontrado de que se verificase, sino que muy al contrario, hemos juzgado, en vista de otros datos, y sobre todo del decreto de un sínodo, convocado por el actual obispo de Baltimore, que dicha publicación no tuvo lugar, siendo por otra parte esto presumible, tratándose de un país que ha estado sujeto siempre á herejes.

« Hechas todas estas averiguaciones, hemos examinado, bajo todos los puntos de vista, si la falta de intervencion del párroco podria ser, segun los principios del derecho eclesiástico, causa de nulidad; pero nos hemos convencido de que esta nulidad no existe.

« En efecto, no existe con referencia al domicilio del esposo, porque, aun suponiendo que lo conservase en el lugar en que se observan las formalidades establecidas por el concilio de Trento para los matrimonios, es un principio incontestable que, para la validez del matrimonio, basta que se observen las leyes que rigen en el domicilio de uno de los esposos, sobre todo no habiendo abandonado fraudulentamente el domicilio ninguno de ellos; de donde se sigue, que si se observan las leyes vigentes en el domicilio de la mujer en donde se celebró el matrimonio, no es necesario conformarse con las establecidas en el domicilio del hombre en donde no se contrajo.

« Tampoco puede existir causa de nulidad respecto al domicilio de la mujer, por la razon expuesta ya, á saber: que no habiéndose publicado en él el decreto del concilio de Trento, no rige en el mismo su disposicion referente á la necesidad de la presencia del párroco, y además, por otra razon, esto es, porque aun cuando se hubiere verificado dicha publicación, solo habria tenido lugar en las parroquias católicas, por tratarse de un país anti-católico; de modo que nunca puede alegarse la nulidad de un matrimonio por ser este *mixto*, ó sea contraido entre un católico y una mujer hereje, con respecto á la cual no se reputa verificada la publicación referida.

« Este principio lo estableció, por medio de un decreto, nuestro predecesor Benedicto XIV, con motivo de los matrimonios *mixtos* contraidos en Holanda y en la confederacion de la Bélgica. Como dicho decreto no establece un nuevo *derecho*, sino que constituye tan solo una declaracion, segun en él se expresa (ó lo que es lo mismo una explanacion acerca de lo que esos matrimonios son en realidad), fácil es comprender que el mismo principio es aplicable á los matrimonios contraidos entre católicos y mujeres herejes en un país sujeto á herejes, aun cuando se hubiese publicado en él dicho decreto para los católicos residentes en el mismo.

« Hemos hecho á Vuestra Majestad este análisis, para que comprenda bajo cuantos puntos de vista hemos procurado examinar este asunto, y para demostrarle lo mucho que sentimos no hallar ninguna razon para declarar la

nulidad del matrimonio en cuestion. La circunstancia misma de haberse celebrado ante un obispo (ó sacerdote como dice Vuestra Majestad), español rígido observante, como lo son todos los de su nacion, del concilio de Trento, es una razon de mas para creer que el matrimonio se ha celebrado con las formalidades preseritas en el país para la válida celebracion de los matrimonios. De ello nos hemos acabado de convencer en vista de un sínodo de católicos que tuvo lugar en Baltimore.

«Vuestra Majestad comprenderá, que atendidos los datos que hasta ahora hemos tenido de ese hecho, no está en nuestras facultades verificar una declaracion de nulidad. Si además de las circunstancias expuestas existiesen otras de las cuales resultase probado algun hecho que constituyese un impedimento capaz de inducir nulidad, fundándonos en esa prueba, podriamos pronunciar un decreto conforme con las reglas de la Iglesia, de las cuales no nos es permitido apartarnos, declarando inválido un matrimonio que, segun manifestacion de Dios, ningun poder humano puede disolver.

« Si nos arrogásemos un poder que no tenemos, nos haríamos culpables de un abominable abuso de nuestro sagrado ministerio ante el tribunal de Dios y ante la Iglesia entera. Ni tampoco Vuestra Majestad quisiera en su justificacion que pronunciésemos un fallo contrario al testimonio de nuestra conciencia y á los invariables principios de la Iglesia. Así es que esperamos que Vuestra Majestad se persuadirá de que el deseo que nos anima de complacerle en cuanto de Nos dependa, sobre todo tratándose de su augusta persona y de su familia, nos es imposible cumplirlo esta vez, y que se servirá admitir esta manifestacion como un sincero testimonio de nuestro paternal afecto. Damos á Vuestra Majestad con toda la efusion de nuestra alma la bendicion apostólica.

« Pío P. P. VII. »

« P. D. Esta carta debió marchar ayer 26 de junio, mas el *cardenal de Lyon* manifestó deseos de que se suspendiese su envío para hacernos algunas otras observaciones, que hemos examinado para ver si encontrábamos el medio de complacer á Vuestra Majestad sin violar las leyes de Dios ni las de la Iglesia; mas con gran sentimiento nuestro nos hemos convencido de que carecemos de potestad para anular un matrimonio, cuya nulidad no resulta] tampoco de dichas observaciones, como lo hemos demostrado con sólidos argumentos al *cardenal de Lyon*. Vuestra Majestad es demasiado justo y razonable para no conocer, que no es por falta de voluntad, sino de facultades, que no podemos acceder á sus deseos, y para persuadirse del pesar que esto nos causa y de nuestra voluntad de complacerle, á haber sido posible.

« Pío P. P. VII. »

Segun se desprende de la carta de Su Santidad, fué un

obispo el que intervino en la celebracion del matrimonio , y esta circunstancia hacia mas dificil , si posible era , su disolucion.

CAPÍTULO XXXIV.

Alocucion del Papa á los cardenales.—Brigode.—Durosnel.—Roux-de-Rochelle.—Talleyrand recomienda al cardenal Consalvi el sobrino del cardenal Maury.—Carta de Napoleon al Papa acerca de los asuntos eclesiásticos de Italia.—Respuesta del Papa.

La víspera del dia en que se envió la mencionada carta , que fué el 27 de junio , el Papa dió cuenta á los cardenales en un consistorio de su viaje á Francia y de las funciones de la consagracion y coronacion.

Esta alocucion enviósse á París ; mas en la traduccion que se presentó al emperador se suprimieron los nombres de la reina de Etruria y [de Josefina , y todo lo referente á estas augustas señoras. No falta quien pretende que Napoleon dijo : « En las cartas y en los discursos del Papa no debieran mencionarse nunca mujeres. » ¿Que significa esto? ¿Acaso los sumos pontífices no han escrito á emperatrices como María Teresa , y á reinas como la última de Portugal , madre de Juan IV? Algunas personas observadoras han creído ver en lo dicho por el emperador los primeros síntomas de la frialdad que mas adelante manifestó [á María Luisa de Borbon y á Josefina. Quizás la opinion expresada por el emperador no era mas que una exageracion injusta de los derechos y del poder del hombre en sus relaciones con un sexo , en el cual , hasta los que mas lo desprecian , cuentan á su madre , á su hermana , á su esposa , á su hija , objetos todos dignos de puro é inalterable cariño.

Al dia siguiente de haber pronunciado el Papa su alocucion , obtuve de él una audiencia para presentarle mi esposa. Nos recibió en el pabellon del jardin de Monte Cavallo , y nos habló de su viaje á Francia , y de la bondad y de los sentimientos religiosos de sus moradores. Bendijo luego la criatura de la cual estaba en cinta mi esposa , y á la que tuve la desgracia de perder en Florencia á los pocos dias de nacida.

El emperador ordenó á su chambelan Brigode , y á su escudero Durosnel , que acompañasen al Papa á Roma. Su Santidad les mandó dispensar muchas atenciones , y al marcharse de Roma les entregó una carta para el emperador, en la cual le hablaba muy bien de ellos, y le pedia que les otorgase alguna gracia en la primera ocasion que se ofreciese.

Con motivo del viaje del Papa, se formó entre el cardenal Consalvi y Talleyrand una intimidad ventajosa para los negocios públicos. Roux-de-Rochelle, á quien se envió á Roma para saludar al Papa en nombre del emperador, era un hombre amable , despejado , instruido y de carácter apacible y atento. De vuelta á París manifestó á Talleyrand los miramientos que le tuvo en Roma el cardenal Consalvi. Talleyrand aprovechó esta ocasion para escribir á Su Eminencia , y como se habia hablado oficialmente á Su Santidad del cardenal Maury , creyóse oportuno transmitir de igual modo los sentimientos del emperador hácia el obispo de Montefiascone , á quien Napoleon acababa de llamar á Génova , y en consecuencia Talleyrand escribió al cardenal Consalvi.

Napoleon no se disgustó mucho al parecer al recibir las explicaciones que le dió el Papa referentes al matrimonio de Gerónimo. No obstante , el mal efecto que aquellas le produjeron se dejó conocer en el modo de obrar del gabinete de Milan , y publicando algunas disposiciones que desagradaron al Papa, quien el 31 de julio se quejó de ellas á Napoleon. Este le respondió en el acto , en los siguientes términos:

«En el campo imperial de Boloña, á 19 de agosto.

«Santísimo Padre :

«He recibido la carta de Vuestra Santidad de 31 de julio. Veo con pesar que está disgustado y que cree tener motivos para quejarse de las varias disposiciones que he adoptado para organizar el clero de mi reino de Italia. Mi ánimo ha sido obrar bien. ¿ Acaso me habré engañado ? Así me lo da á entender la carta de Vuestra Santidad ; mas cuando esté instruido del estado de los negocios eclesiásticos del reino de Italia , me hará la justicia de creer que todo cuanto he hecho ha sido para bien de la religion. Varias veces le he dicho, Santísimo Padre , que la corte de Roma procede con demasiada lentitud, y sigue una política , buena en otros tiempos, mas inaplicable al siglo en que vivimos.

«Ruego á Vuestra Santidad que se persuada del espíritu que anima á mis pueblos de Italia, y de las circunstancias en que se halla la Iglesia de esta importante porcion de la cristiandad. Los seminarios estaban despojados, y en todo el reino no habia siquiera uno que estuviese dotado. Yo los he dotado, creyendo llenar con esto los deseos de vuestro corazon y el principal deber de mi conciencia. No puedo temer haber incurrido esta vez en el desagrado de Vuestra Santidad.

«El obispado de Brescia estaba sumamente empobrecido, y en el país se creia que era menester reducir la renta de los otros obispados á 20,000 libras al *maximum*. Durante mi permanencia en Milan, me ocupé en asegurar la suerte del clero. He dejado 150,000 libras al arzobispado, y á los obispados todo cuanto tenian, proporcionándoles además un regular aumento, por lo cual he recibido manifestaciones de gratitud de todo el clero. Tampoco creo haber hecho en esta parte nada que pueda desagradar á Su Santidad. Los recursos destinados á la conservacion de los templos eran insuficientes, y yo los he aumentado, creyendo tambien satisfacer los intentos de Vuestra Santidad. La mayor parte de los conventos estaban desorganizados y amenazados de una próxima supresion; yo los he reorganizado, y deseando que continúen subsistiendo, he despreciado el espíritu filosófico de la época, consagrando el principio de utilidad de esos establecimientos religiosos. Es por lo mismo imposible que Vuestra Santidad no comprenda que bajo este punto de vista he procurado el bien de la religion. Los canónigos de Milan no percibian mas que 800 libras, yo he mejorado su suerte, y muchos de ellos tienen ahora mas de 3,000 francos. Todos los capítulos me han tributado gracias por lo que he hecho, y he atravesado de nuevo los Alpes, persuadido de que he restaurado los institutos religiosos del reino, y afirmado á los pueblos en sus sentimientos piadosos.

«¡Juzgue, pues. Vuestra Santidad, cuánto ha sido el pesar que me ha causado su carta! Yo he dejado á todos los establecimientos del clero de Italia las varias dotaciones que tienen en bienes, dándoles en rentas lo que de mas les he asignado; y no podia ser de otro modo. Se me hubiera increpado con razon que faltaba al concordato, si me hubiese apoderado de los bienes de los obispos para convertirlos en papel del Estado. Solo merezco ser reconvenido por una cosa, y es por haber obrado sin el concurso de la Santa Sede, por no hallar en Milan á ninguna persona autorizada por Vuestra Santidad para entenderse conmigo, y por el temor, fundado en la experiencia propia, de que la Santa Sede emplearia tres ó cuatro años en dejar arreglados los asuntos de Italia, con riesgo de que se echasen á perder si yo no lo evitaba. He creido que, atendido el objeto que me guiaba, Vuestra Santidad nada tendria que decir.

«He conservado mas de diez capítulos de colegiatas. Es cierto que he determinado que se reuniesen algunos conventos del reino pertenecientes á ór-

denes distintas; mas ha sido con el objeto de establecer en ellos un buen sistema y un buen orden. En fin, todo cuanto he hecho, ha sido para mejorar. La Iglesia ha adquirido considerables sumas, el clero se halla con mas holgura y con mas libertad de accion, é indudablemente ha ganado mucho. Por lo tanto, ruego á Vuestra Santidad que apruebe mis actos. He conferido poderes al cardenal de Lyon para discutir los indicados puntos con las personas que Vuestra Santidad elija. Me allano á admitir todas las modificaciones que sean posibles; pues mi principal deseo es complacer á Vuestra Santidad y evitarle todo motivo de afliccion y de disgusto.

«Ruego á Vuestra Santidad que tenga presente que, desde el tiempo de José II, se hallan encarnados en Milan algunos principios que seria imposible querer desarraigar. Tocante á la circunscripcion de parroquias, he querido mejorar su situacion, y aumentar el número de los titulares. Como no me precio de entendido en la legislacion eclesiástica, accederé gustoso á lo que Vuestra Santidad juzgue necesario hacer tocante á este punto. Si hubiese querido perjudicar á la religion, hubiera dejado las cosas como estaban, y de seguro que entonces el espíritu filosófico del siglo hubiera envilecido y arruinado muy pronto los establecimientos religiosos. Y en verdad me hallo profundamente afectado al ver que, despues que he puesto un dique á los males que amenazaban, y que he obrado de un modo que ha satisfecho al clero, Vuestra Santidad se halla desencantado de mí. Si Vuestra Santidad está bien informado, sabrá que en Italia todo el mundo está persuadido de que he hecho mucho para el clero.

Ruego, pues, á Vuestra Santidad que esté seguro de mis deseos de verle feliz y contento, y de mi firme propósito de no darle ningun motivo de afliccion ni de disgusto.

«Con este motivo, ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir y gobernar, etc.»

En esta carta resplandecian excelentes sentimientos, que halagaron el espíritu religioso del Papa, quien dió al emperador la contestacion siguiente :

«Mi muy estimado hijo en Jesucristo, salud y bendiccion apostólica.

«Hemos recibido la carta de Vuestra Majestad de fecha 19 de agosto. Las pruebas que en ella nos dá de su apego á la religion, y de su oposicion al falso espíritu filosófico del siglo, nos han proporcionado un gran consuelo. Todo cuanto proviene de Vuestra Majestad participa siempre de la grandeza y rectitud de su carácter.

«Nos hemos enterado con indecible alegría de la disposicion de Vuestra Majestad á verificar todas las modificaciones posibles en los decretos relativos á los asuntos eclesiásticos en su reino de Italia. Con igual contento hemos visto

que Vuestra Majestad está decidido á no darnos ningun motivo de afliccion, ni de disgusto. Agradecemos con toda nuestra alma semejantes sentimientos, á los cuales podeis estar seguro que corresponderemos como es debido.

«Vuestra Majestad nos complace extremadamente confiando al cardenal de Lyon el encargo de tratar de los diferentes puntos relativos al concordato italiano. El saber y los religiosos sentimientos de ese digno eclesiástico, nos inspiran confianza de que alcanzaremos un buen resultado. Por nuestra parte diputaremos á una persona digna de ocuparse con él de este asunto, que esperamos tendrá el mas feliz resultado para el bien de la religion y de los fieles, únicos objetos de nuestros votos.

«Procuraremos por todos los medios imaginables proceder con rapidez; no obstante, Vuestra Majestad ha de persuadirse de que en materias que interesen á la religion, conviene obrar con tino y con madurez. Esté asimismo convencido de que Nos no seguimos ninguna política, y de que las máximas del Evangelio y las leyes de la Iglesia son nuestros guias en todos nuestros actos. Por lo tanto puede Vuestra Majestad estar seguro de que se obrará con franqueza y con todo el espíritu de conciliacion y moderacion posible.

«No podemos sin embargo dispensarnos de hacer observar á Vuestra Majestad, que en las recientes disposiciones publicadas en el reino italiano, acerca de las cuales hemos elevado nuestras quejas, no solo hay cosas que, segun el concordato, debian acordarse en union con la Santa Sede, y que no obstante se han planteado sin nuestro concurso, sí que tambien las hay que no podian llevarse á cabo, por ser directamente opuestas al mismo concordato, como lo demuestran las indicaciones que tenemos ya hechas á Vuestra Majestad.

«Si por una parte podemos prestarnos á nombrar mediadores para que os manifiesten las precauciones y las modificaciones que mas convengan, relativas á los puntos que á tenor del concordato debian tratarse de comun acuerdo, y que en las disposiciones adoptadas se han resuelto sin nuestra intervencion, y de un modo absolutamente opuesto á las leyes de la Iglesia; por otra, no es posible consentir en que se discutan aquellos otros puntos, tocante á los cuales lo decretado está en contradiccion directa con el concordato.

«De ningun modo, ni con modificacion alguna se pueden aprobar en este punto las disposiciones adoptadas sin atacar un convenio tan sagrado y público. Si consintiésemos en ello y continuásemos disimulando, se nos culparia de haber sido un custodio descuidado de los derechos de la Iglesia, convenidos y declarados en dicho concordato, y hasta Vuestra Majestad perderia á los ojos de la opinion pública la fama que tiene de ser constantemente fiel á sus promesas.

«No dudamos que Vuestra Majestad adoptará las medidas que en su sabiduría juzgue mas eficaces para dejar sin efecto dichos decretos, y que las hará extensivas á los estados de Parma y Plasencia, á los cuales son aplica-

bles nuestras observaciones, como se lo demostramos á Vuestra Majestad en carta de 31 de julio.

«Vemos con gran satisfaccion que Vuestra Majestad repite en su carta que en todas sus resoluciones le guia el deseo de procurar ventajas á la Iglesia; mas es indudable que en medio de tantos graves asuntos como os abruman, se os ha sorprendido y engañado á pesar de vuestros sentimientos religiosos y de vuestras rectas intenciones, dándoos á entender que la mayor parte de lo que se ha hecho, ha sido en utilidad de la religion y con gusto de los obispos y del clero. Tenemos pruebas de que realmente se ha hecho creer á Vuestra Majestad lo que decimos, cuando en muchos puntos no es cierto.

«Vuestra Majestad conoce la pureza de nuestras intenciones y la sinceridad del afecto que profesamos á vuestra augusta persona, y debe estar mas que seguro de que en las cuestiones, en las cuales una aprobacion posterior pueda suplir las faltas que se hayan cometido, haremos de modo que se tenga la moderacion y la condescendencia compatibles con el objeto *primario*, que es el del mejor bien posible para la Iglesia, la religion y los pueblos. Confiamos mucho en que por su parte Vuestra Majestad permitirá igualmente que se practiquen las modificaciones necesarias para conseguir ese mismo objeto, y tambien estamos persuadidos de que accederá á que se haga con arreglo al concordato lo que prescindiendo de él se haya verificado.

«Vuestra Majestad conoce en su alta penetracion que los pueblos tienen especial apego á los objetos de la religion que profesan. No creemos que nadie haya opinado que se ha hecho demasiado en favor del clero de Italia, como lo indica Vuestra Majestad; estad persuadido de que la mayor parte de los pueblos os bendecirán, os amarán y os serán mas fieles cuanto mas favorezcáis la causa de la religion y de la Iglesia.

«¡Cuánta satisfaccion para Nos y cuanta gloria para Vuestra Majestad ha de ser demostrar al mundo y á la posteridad que el deseo de restablecer la religion, *de la cual depende la felicidad de los Estados*, ha unido nuestros corazones, y que este es el objeto de nuestros afanes! Este pensamiento me llena de gozo. ¡Ah! ¡cuán grande hubiese sido nuestra afliccion si nos hubiésemos visto obligados á divulgar que no tomamos la menor parte en los decretos publicados!

«En la confianza de ver resueltas dentro de poco, y de mútuo acuerdo, las expresadas cuestiones para gloria de Vuestra Majestad ante Dios y los hombres, le damos con toda la efusion de nuestra alma la paternal bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, á 6 de setiembre del año 1805, de nuestro pontificado el sexto.

«Pio P. P. VII.»

CAPÍTULO XXXV.

El archiduque Rodolfo es nombrado coadjutor de Olmutz.—Carta y nota del cardenal Fesch al cardenal Consalvi acerca de un suceso ocurrido en la plaza Navona.—Respuestas del cardenal Consalvi.

El Austria, no tan solo no daba al Papa ningun motivo de queja, sino que de cuando en cuando le prestaba consuelos. Entre ambos gobiernos reinaba tal armonía, que Pio VII no podía menos de acceder á los mas insignificantes deseos del emperador Francisco II. Este aspiraba á que su hermano Rodolfo fuese nombrado coadjutor, *con futura sucesion*, del cardenal Colloredo, arzobispo de Olmutz. En un consistorio celebrado el 9 de setiembre, el Papa concedió la expresada dignidad á Su Alteza imperial y real. El archiduque nació en Florencia el 8 de enero de 1788, antes de ser elegido emperador su padre Leopoldo, y á la sazón solo tenia diez y siete años y ocho meses. No se le ocultó al Papa que era demasiado jóven, y por lo mismo en su alocucion al sacro colegio pronunció estas palabras:

«Es jóven; mas el cardenal Colloredo le alentará con útiles ejemplos. Nuestros predecesores eligieron tambien á Carlos Borromeo, y á otros que se hallaban en la adolescencia. San Pablo decia á Timoteo: «Que nadie desprecie tu adolescencia; sirve de ejemplo á los fieles.» (*Paulo ad Timot. prima, cap. IV, v. 12*).

No habia completa paridad en este ejemplo, pues San Carlos Borromeo, nacido en 1638, recibió á la edad de doce años una rica abadía y un priorato que le resignó su tío al ascender al pontificado con el nombre de Pio IV; mas á pesar de que fué nombrado cardenal á la edad de veinte y dos años y dos meses, no fué presbítero ni fué ordenado obispo hasta tener veinte y cuatro años, cuando el archiduque aun no tenia diez y ocho. Sin embargo de que era inminente una guerra, no se detuvo por esto el generoso Pio VII, pensando que el Padre comun de los fieles debia derramar sus gracias sobre todas las naciones, y particularmente sobre aquellas, cuyos soberanos le daban pruebas positivas de adhesion y de respeto.

A los pocos dias , como si el gobierno pontificio solo debiese ocuparse de los intereses que la Francia queria defender con razon ó sin ella , turbóse la buena armonía entre el cardenal Fesch y el cardenal Consalvi , en el mismo instante en que este último recibia nuevas pruebas de la proteccion que le dispensaba el gobierno francés.

Acababan de cometerse algunos asesinatos en la plaza Navona por personas, que para imponer á la fuerza pública, llevaban la escarapela francesa. Los asesinos eran súbditos del Padre Santo, y sus víctimas, que eran mercaderes de la plaza, tambien eran romanos. Por de pronto cundió el rumor de que algunos franceses habian asesinado á varios romanos; mas no tardó en averiguarse la verdad, y el gobierno de Roma mandó perseguir activamente á los delincuentes. En estos momentos el cardenal Fesch creyó que debia dirigir una nota oficial al cardenal secretario de Estado. Dijose que el cardenal temió que al llegar á París dicha noticia, infielmente referida, el emperador se irritase, y descargara su enojo contra él y el gobierno pontificio. La nota decia así:

« El cardenal Fesch, ministro plenipotenciario de Su Majestad el emperador de los franceses, rey de Italia, se ha pasmado de los asesinatos que unas veinte horas ha se han cometido en Roma, de los cuales se acusa públicamente á algunas personas que iban con la escarapela francesa, sin que se le haya dicho nada todavía, sabiéndolo solo por el rumor popular, y por haber desahogado ya algunos su indignacion contra los franceses.

« Tomando el infrascrito las cosas desde algo léjos, conoce las pacificas intenciones del gobierno romano y los intereses de este que le aconsejan estar unido con la Francia. En nota de 21 de termidor del año XII, (9 de agosto de 1804), pidió que se castigase á todos los que llevasen la escarapela francesa sin facultad para ello, pues ya entonces previó que las personas mal intencionadas se valdrian de ese medio para atizar el fuego, y poner quizás el puñal en las manos de aquellas gentes que están siempre dispuestas á reproducir escenas sangrientas, cebadas por el lucro y contando con la impunidad. Despues de lo dicho, el infrascrito se permite preguntar si las actuales circunstancias no se parecen á las que produjeron los asesinatos de Basseville y del general *Duphauz* (así es como está escrito este nombre).

« ¿ Acaso vendrán los enemigos de la Francia á ensayar sus sórdidos manejos para atizar el fuego contra los franceses, excitando al pueblo contra ellos y preparando sublevaciones? Los grandes trastornos empiezan muchas

cees por cosas insignificantes, y el infrascrito, conociendo, sin que pueda dudarle, que en los países confinantes con los Estados Pontificios se trabaja sin ninguna clase de miramientos en indisponer los ánimos contra los franceses, no está tan ciego que no vea que los asesinatos de esta noche son ensayos de los malvados que quieren sondear el espíritu público para arrastrarlo á escenas que no son nuevas en Roma. Su Eminencia el cardenal secretario de Estado *puede conocer perfectamente* que no faltan *hombres capaces de urdir semejantes intrigas*, y el infrascrito está convencido de que *existen* y de que esperan conseguir impunemente su objeto por *tercera vez*.

«En consecuencia, el infrascrito pide formalmente que dentro de ocho días se fusile á los culpables; que se castigue severamente á cuantos han prorumpido hoy en gritos contra los franceses; y que si no son hallados los culpables, se haga un ejemplar de los que deben velar por la tranquilidad pública, y se adopten las oportunas medidas para que el nombre francés no quede expuesto á semejantes ultrajes. Esta vez los que gobiernan no pueden alegar ignorancia; no es regular que todos los días se vea uno amenazado en Roma por algunos pícaros.

«El infrascrito repite á Su Eminencia la seguridad de su respetuosa consideracion. «El cardenal Fesch.»

El Papa quedó muy disgustado al ver esta nota. Mandó activar las pesquisas para formar causa á los culpables, y diferir la contestacion á la nota que se le acababa de presentar. No fué menester que Consalvi hiciese observar al Papa que se acusaba al secretario de Estado de esperar que *por tercera vez* tuviesen lugar escenas sangrientas. El cardenal nada tenia que ver con lo ocurrido á Basseville, como se ha visto por los hechos que van referidos, y si bien se ocupó de los deplorables acontecimientos que ocasionaron la muerte á Duphot, fué en calidad de intendente de la guerra. Estaba entonces encargado de conservar el orden de la ciudad, y seguramente que cumplió con su deber, impidiendo al embajador José Bonaparte, sobrino del embajador actual, que derribase el gobierno pontificio, promoviendo una sublevacion en Roma.

Y entretanto ¿qué hacia el cardenal Fesch viendo que no se le contestaba? Teniendo en consideracion su carácter de sacerdote, de cardenal, y de diplomático, creyó oportuno escribir confidencialmente una carta mas templada al cardenal Consalvi, á pesar de lo cual no pudo ocultar del todo su exasperacion. La carta estaba concebida en estos términos:

«Monseñor:

«Vuestra Eminencia ha recibido ya la nota que redacté ayer noche, pidiendo una reparacion en vista del rumor público que acusa á los franceses de los homicidios cometidos en Roma la última noche. No puede menos de admirarme el que aun no hayan sido capturados los verdaderos autores del delito, y el que la policía de esta capital sea tan negligente.

«Nada se cree, y si los hechos prueban algo, se ignora quiénes sean los delincuentes. Vuestra Eminencia no ha querido mandar quitar la escarapela francesa á hombres que han perdido el concepto público, á pesar de habérselo yo pedido oficialmente. ¿En qué, pues, deben contar los franceses residentes en Roma? En cuanto á mí, os diré que *impavidum ferient ruinæ*; mas sin embargo no cesaré de reclamar, y si es preciso participaré á mi gobierno lo que ocurre. Las circunstancias son graves, y si no se adoptan medios eficaces para mantener la tranquilidad, é impedir que pasen á vías de hecho algunos díscolos y enemigos de la Francia, no podré creer que se cumplan las amistosas intenciones del Padre Santo. Nápoles no tiene ninguna clase de miramientos. Aquí hay personas que son enemigas declaradas de la Francia, y *extranjeros* que se asumen un carácter público sin derecho alguno. Los agentes de policía no previenen los delitos, é ignoran los que se cometen. Por espacio de muchos años la Francia se ha visto insultada aquí en sus representantes (se hace referencia al embajador José), y si Roma no se convierte en teatro de horrores como los cometidos en otro tiempo, solo se deberá á la proteccion de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y á los ruegos del santo Pontífice que actualmente ocupa la Santa Sede.

«Roma se halla en medio del teatro de una guerra inminente, y el gobierno pontificio no puede conservar su tranquilidad sino mediante una rigurosa vigilancia, y tomando una actitud imponente y medidas extraordinarias.

«Los franceses no calculan: y son demasiado poderosos para rebajarse á emplear medios que el honor y la conciencia reprueban. Si algunos de ellos fuesen víctimas de su confianza, no quedarían sin ser vengados, y su desgracia traería consigo grandes males.

«Vuestra Eminencia ha dado poca importancia, y ha considerado como un acontecimiento comun el que tuvo lugar la otra noche, y lo digo, porque nada me ha participado el gobierno acerca de ese hecho atroz que atacó el honor de la Francia. Tocante á mí, tengo formado de él otro concepto; pues lo pasado nos demuestra las consecuencias que pueden originarse de un hecho de tal naturaleza. ¡Quiera el cielo que mis presentimientos no se realicen!

«Entretanto, tengo el honor de reiterar á Vuestra Eminencia mis respetuosos sentimientos.

«El cardenal FESCH.»

Roma, 13 de setiembre de 1805.

El cardenal Consalvi recibió directamente órdenes del Papa, quien, atendido á que se acusaba oficialmente á su eminencia, y que se le atacaba hasta en una carta confidencial, mandóle contestar oficialmente por medio de una nota.

En ella se consigna que el cardenal secretario de Estado pasó al palacio del cardenal Fesch para enterarle de los hechos, mas no le halló en él, y se dice lo siguiente :

«El infrascrito está sorprendido de que Vuestra Eminencia haya de recurrir al conocimiento que tiene de las pacíficas intenciones del gobierno pontificio, para no equiparar los hechos recientes á los que produjeron la muerte de Basseville y del general Duphot. La naturaleza misma del suceso y las circunstancias que lo hán acompañado, prueban que un exceso cometido contra dos infortunadas personas por cuatro jóvenes perversos con el deseo de robar y de causar daño, no pudo afectar á los franceses, y que dista mucho de tener analogía con los ejemplos citados. Uno de esos jóvenes fué encontrado en varios puntos por algunos esbirros antes de cometer su delito, y como llevaba armas, contra lo prevenido por las leyes, para que no se le prendiera mostró una escarapela francesa, que pudo muy bien haber colocado adrede en su sombrero aquella misma noche, diciendo ser uno de los servidores de un ilustre personaje, cuyo nombre merece el mas profundo respeto. El infrascrito no puede comprender como, atendida la naturaleza de semejante hecho, puede Vuestra Eminencia hallar motivos para abandonarse á sospechas tan infundadas y ofensivas.

«El cardenal accede á mandar que se prohíba usar escarapelas en los sombreros, como se pide; mas la ejecucion de sus medidas relativas á este punto ofrece muchas dificultades.

«En efecto, ¿ cómo los ejecutores de dichas órdenes, que son todos gente ignorante, son capaces de distinguir á los franceses de otras personas que los engañan á cada momento por la facilidad con que hablan el francés?

«¿Cómo conocer á los italianos que están al servicio del embajador, y á las personas comprendidas en las excepciones hechas por Vuestra Eminencia?

«¿Cuáles son las circunstancias que han acompañado el expresado hecho, para creer que tiene la tendencia que Vuestra Eminencia imagina, en vez de considerarlo natural? En cuanto á las reclamaciones formuladas al fin de la nota, se adoptarán las medidas rigurosas que convengan, etc.»

Por orden del Papa el cardenal escribió en seguida confidencialmente al cardenal Fesch, contestándole á la carta que este le habia dirigido. En ella entra en explicaciones, y

manifiesta que no han podido ser capturados los culpables por haberse ocultado, con cuyo motivo cita el ejemplo de Jorge Cadoudal que burló por mucho tiempo en París la *vigilancia de la policía mas célebre de Europa*. Hé aquí parte de la respuesta:

« El pasaje que sigue me ataca á mí directamente. En él dice Vuestra Eminencia « que si Roma no se convierte en teatro de horrores como los cometidos en otro tiempo, solo se deberá á la proteccion de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y á los ruegos del santo Pontífice que actualmente ocupa la Santa Sede, » y veo que Vuestra Eminencia, sin duda, se refirió á mí personalmente, al escribir que si no se adoptan medios eficaces para mantener la tranquilidad, é impedir que pasen á vias de hecho algunos discolos y enemigos de la Francia, no podrá creer que se cumplan las amistosas intenciones del Padre Santo. Seamos francos. En el lenguaje usado por Vuestra Eminencia con respecto á mi persona, no solo veo que se me acusa de haber faltado á los deberes de mi cargo, sino que en mí se sospecha engaño y traicion como así me lo da á entender Vuestra Eminencia, al decir con suma franqueza que no confía sino en la proteccion de los apóstoles san Pedro y san Pablo y en las súplicas de un santo Papa.

« Faltaria á lo que me debo á mí mismo y á los principios de honor que no puedo sacrificar por consideracion alguna, si pasase por alto tan grave ofensa. Mientras los disgustos que desde mucho tiempo tengo la desgracia de experimentar por parte de Vuestra Eminencia, no han comprometido mi honor, los he ahogado en el fondo de mi alma, y he cedido siempre al respeto que me inspira su persona y su posicion; mas cuando se ataca el honor, es imposible guardar silencio. Séame permitido usar la misma frase empleada por Vuestra Eminencia: « *No estoy tan ciego que no vea, etc.* » pues mucho tiempo ha que el comportamiento de Vuestra Eminencia denota marcada desconfianza y completa falta de simpatías hácia mí, no pudiendo atribuir este cambio sino á desgracia mia.

« Estimo mucho mi honor y amo demasiado á mi soberano y á mi país, para no comprender que, atendido el concepto que Vuestra Eminencia tiene de mí, ya no soy útil en mi destino á mi soberano ni al Estado. Procediendo con la franqueza que me inspira el testimonio de mi conciencia, enviaré inmediatamente un correo al gobierno francés para presentar mi dimision, si participa de las ideas de su representante.

« Esté Vuestra Eminencia bien persuadido de que el paso que voy á dar, no me cuesta otro sacrificio sino el de separarme de un soberano que merece el afecto de todo el mundo, y en particular el mio. Exento de ambicion y de interés, hallaré la tranquilidad en la vida privada. Esto es todo cuanto he creído deber manifestar á Vuestra Eminencia con toda la franqueza y sinceridad propios de mi carácter.

«Tengo el honor de reiterar á Vuestra Eminencia mis constantes y respetuosos sentimientos.

«H. Card. CONSALVI.»

CAPÍTULO XXXVI.

Despacho del cardenal Consalvi á Talleyrand.—El emperador manda ocupar á Ancona.—Reclamaciones del Papa.—Despacho del mariscal Berthier á Talleyrand.

Para ser justos, indaguemos cuáles eran los secretos motivos de disgusto que tenia el cardenal Fesch en la época que estamos recorriendo. Procuraremos explicar su comportamiento, el cual no era efecto de mal corazón, ni de malas ideas, ni de un sentimiento de envidia. Por su posición en Roma se hallaba abrumado de conflictos, de sinsabores y de innumerables dificultades. El senador Luciano, hermano de Napoleón, se hallaba refugiado en los Estados del Padre Santo y no estaba en buena armonía con el emperador, por lo cual era probable que hubiese interés en averiguar todo cuánto hacia y decia. Colocado el cardenal entre sus deberes de embajador, y el sincero afecto que profesaba á Luciano, cuyos actos no desaprobaba del todo, debía dar cuenta de lo que observaba y callar á un tiempo, ver y no conocer nada, enterar exactamente de todo á su gobierno, y tener consideraciones á un pariente oprimido.

Los asesinos de los dos mercaderes de la plaza Navona habían estado ó estaban, segun se creia, al servicio del senador Luciano. El cardenal Consalvi le trataba benignamente, y Su Santidad creyó que no debía rehusar un asilo á ese personaje perseguido por un soberano poderoso. «Roma, decia el Papa, que es el acostumbrado refugio de los príncipes legítimos, puede serlo tambien de una víctima de esas recientes fortunas imperiales que hacen temblar al mundo.» El cardenal Consalvi tenia un hermano á quien queria entrañablemente, el cual, segun se aseguraba, agradecido á Luciano por haberle admitido en su trato íntimo, ambicionaba emparentar con su familia. Indudablemente el cardenal Fesch desea-

ba que el gobierno de París no entendiese en lo que últimamente habia ocurrido en Roma. Mas si ese era su propósito, debía haberse expresado con mas templanza despues de expedida la nota oficial; mas la carta confidencial acabó de agriar la corte de Roma. Al fin acabaron las cosas por no entenderse nadie. La afliccion del Papa subió de punto al ver que no se presentaba ningun embajador á intervenir en el asunto. Consalvi no se contuvo ya mas, y precipitándose sin duda, confió á Talleyrand todos sus disgustos.

El despacho de Consalvi era autógrafo y estaba redactado en francés. Vamos á dar un extracto de él porque explica algunos de los secretos de la política de la época; expone los motivos que indujeron al Papa á dirigirse á París, é indica quién coadyuvó á que el Papa consintiese en satisfacer los deseos del emperador. En el referido despacho aparece tal cual es el carácter de Consalvi, y en sus páginas puede uno enterarse de mas hechos de los que podrian hallarse á costa de grandes pesquisas.

«No es á Su Excelencia el ministro de negocios extranjeros á quien tengo el honor de dirigirme, sino á M. Talleyrand que me honra con su amistad, y lo hago por efecto de la confianza que me inspira. Imploro de su amistad que me haga el favor de leer mi despacho, á pesar de su mucha extension que la importancia del asunto reclama. No tomo la pluma para acusar, sino para defenderme. Me impulsa además un sentimiento noble, y es el de mi honor, que creeria comprometido si se me pudiese culpar justamente por lo que voy á exponer. Me mueve en fin, como hombre fiel y de bien, la íntima conviccion de que no merezco lo que se me hace, y sobre todo, mi verdadera adhesion á la Francia, la cual no puede ser desmentida por ningun hecho, por ninguna palabra, ni por ninguna calumnia. Si, ninguna calumnia, despues de las repetidas pruebas que en todos tiempos y en todas partes he dado de ella ante todo el mundo, podrá ser creida, ni aun entre mis enemigos.

«Yo os hablaré con la franqueza que me es propia, y me dispensareis que así lo haga, pues se han herido los sentimientos que mas estimo. Desde que Su Santidad regresó de su viaje á París, soy en extremo odioso al cardenal Fesch. Ese viaje que no se debe al que así quiso darlo á entender al gobierno de París; ese viaje que se hubiera decidido en veinte dias, en vez de seis meses, si se hubiese tratado de él con otra persona que el cardenal Fesch; ese viaje que mil veces hubiera fracasado por su culpa á no ser la paciencia de

aquel á quien aborrece, el cual la llevó hasta la humillacion, sufriendo tratamientos tales que solo pudo tolerar un hombre de honor, para no malograr el proyecto que se tenia; ese viaje contra el cual se suscitaron (no es posible negarlo), infinitos obstáculos, ya en el interior ya en el exterior, y que solo se realizó, gracias á los deseos del Padre Santo y á mis desvelos, á mi solicitud, y á mi decision; ese viaje que en Roma y en otras partes se considera como mi segunda obra despues del concordato; ese viaje (¿quién lo creería?) ha sido la causa del fatal cambio de Su Eminencia para conmigo. Todos los miramientos que antes y despues de esa época le he tenido, todas las atenciones y finezas, me atrevo á decir, favores y condescendencias, todo ha sido inútil, y no viendo en mí sino á un hombre que en esa ocasion oyó palabras, y vió con sus propios ojos actos de violencia y escenas que Su Eminencia no quisiera que pudiesen echársele en rostro, á un hombre, en una palabra, ante el cual tiene motivos de ruborizarse, desea ahora perder á aquel á quien no cree capaz de olvidarle, en lo cual se equivoca. Existen además otros motivos para que me profese odio invencible; mas no debo, ni quiero mencionarlos en este lugar. No hablo para acusar, lo repito, sino para defenderme, y no atraer graves males sobre mi país, y se formase un falso concepto del espíritu que anima al gobierno, y para que no se aflojen en lo mas mínimo los lazos de la feliz union que existe entre la Francia y la Santa Sede, lazos que por conviccion y por inclinacion deseo siempre que se estrechen mas cada día. Este es el motivo que me obliga á romper un silencio, que guardo dos meses há, y que á no mediar una causa poderosa, yo no habria roto nunca.

«Para que Vuestra Excelencia se forme una idea de lo que digo, séame permitido suplicarle que deje á un lado, siquiera por espacio de media hora las grandes ocupaciones que le rodean, para dar una mirada á los papeles adjuntos. He elegido este hecho solo porque es el mas reciente de todos, si bien podria citar otros muchos. Sírvase observar Vuestra Excelencia hasta qué punto se ha sabido desnaturalizar un hecho de los mas sencillos y de los mas naturales que pueden ocurrir, aunque indigno. El que algunos jóvenes perversos con el objeto de robar ó causar daño, hayan muerto de noche á algunas infelices personas del pueblo por haberse negado á venderles algunas sandías, ¿es posible comprender que pueda dar lugar á concebir sospechas ofensivas que nada tienen que ver con lo ocurrido, como Vuestra Excelencia lo verá en las notas que se me han comunicado? ¿Cómo eso pudo dar lugar á decir y á escribir contra el gobierno, y en particular contra mi persona todo lo que Vuestra Excelencia podrá ver en estas notas? ¿Pueden verse en el asesinato de dos vendedores de sandías, cometido en el calor de una reyerta, deseos por parte del gobierno de reproducir las escenas de Duphot y de Basseville? Apelo á todas las personas que tengan sentido comun; apelo en cuanto á mí se refiere á Vuestra Excelencia y á todos los franceses que me conocen; pues no temo que ninguno de estos me desmienta.

«Molestaría demasiado á Vuestra Excelencia, si hablase de otros hechos y me extendiese en mas pormenores, y me limitaré á decir que Poma y todos los Estados Pontificios son hoy día lo mismo que han sido siempre desde el advenimiento de Su Santidad. En todas partes hay tranquilidad y reina el órden; y no podrá citarse ningun hecho, ni cosa alguna que pruebe lo contrario. Respondo de ello á Vuestra Excelencia y á su gobierno; yo salgo garante de que todo permanecerá en el mismo estado que hoy día. Testigos son los franceses que residen en Roma y en otros puntos de los Estados Pontificios de que no observan en ninguna parte la menor mudanza.

«Se paga á infinitos espías para que dén falsas relaciones, y tanto Roma como todos los Estados Pontificios son víctimas de sus calumnias. Ellos tienen sitiado el palacio apostólico como si fuese una plaza fuerte (Consalvi no quiere significar aquí que muchos de esos espías perteneciesen á la policía de París y que fueran desconocidos al cardenal Fesch). En todas partes se pregunta: «¿Qué se hicieron los venturosos y tranquilos tiempos de Cacault, en los cuales reinaba la buena fe, la mútua confianza y la mas estrecha union entre los gobiernos?» Yo pregunto si la Francia tuvo motivo alguno de disgusto con Roma en esa época, y no obstante hay actualmente en Roma el mismo Papa y el mismo ministro que entonces. ¿De qué proviene que estos puedan cambiar de sentimientos hácia la Francia, despues que se han unido á ella con vínculos mas estrechos que nunca, á saber, por medio del concordato y del viaje del Padre Santo, y de todo cuanto Roma ha hecho á impulsos de su afecto á la Francia?

«Si Vuestra Excelencia tiene en cuenta los malvados, los descontentos, los enemigos del gobierno, mis enemigos particulares (pues los tiene todo el que ocupa una posicion), los que engañan y los que son engañados, y finalmente á todos cuantos se les parecen, verá cuán inmensa turba rodea á un hombre que ha procurado que se agradezca todo eso..... Los mas ardientes jacobinos, los hombres mas desprestigiados en el concepto público, se hallan mal avenidos con el gobierno y con su ministro, con el ministro que ha dado á la Europa un notable ejemplo de olvido de lo pasado, de moderacion, de blandura, de sincera adhesion á la Francia, hasta el punto de ser citado como modelo; con el ministro que ha ajustado el concordato, estrechando de este modo mas todavía sus relaciones con la Francia. Bastaría decir en mi favor que yo ajusté el concordato; mas puedo añadir que hice lo posible para que se realizara el viaje del Padre Santo á Francia. Sí, he de repetir aquí lo que he dicho al principio de este despacho, esto es; que se pregunte á quién quiera y aparecerá la verdad.

«. Todo eso se desconoció hasta aquí en Roma entre los embajadores, á los cuales yo trataba con todo el respeto debido á su posicion, y tenia todos los miramientos y todas las atenciones propios de mi carácter y de la educacion que he recibido. Solo tengo motivos para estar satisfecho de

la buena correspondencia que me demostraban todos; mas no así Su Eminencia, de quien no puedo decir que me haya tenido ninguno de los miramientos que me debía, ya me considerase como primer ministro de Su Santidad, ya como su colega en el cardenalato, ya como persona de elevado rango.

«Prescindiré, porque sería nunca acabar, de hablar á Vuestra Excelencia de otras muchas cosas. No obstante, no puedo dejar de decir una palabra acerca de los dos embajadores inglés y ruso, acreditados cerca del rey de Cerdeña, el cual tiene aquí á toda su corte. El embajador inglés, Jackson, se ha conducido siempre de modo que nadie sabe siquiera si vive. Hasta Su Eminencia me lo ha elogiado mucho repetidas veces. El embajador ruso no se ha mostrado tan circunspecto en sus palabras por algun tiempo; mas desde que el gobierno le dirigió algunas observaciones y que elevó algunas quejas acerca de él al gabinete de Rusia, no ha dado ya mas que hablar de él ni causado el menor disgusto. El cardenal hubiera querido que los dos fuesen expulsados de Roma; mas aun cuando se les considerase como particulares, la neutralidad que observa el Padre Santo le impediría hacerlo, sin asistirle para ello algun motivo. Si por el contrario se condujesen mal, su calidad de embajadores no impediría que el gobierno recurriese al derecho de gentes para alejarlos de Roma.

«He querido desahogar en el seno de Vuestra Excelencia mis penas y las de Su Santidad, que está enterado de este despacho. No es menester decir que desde que ha vuelto de su viaje á Francia se halla muy afectado al ver que suceden cosas que no esperaba; su paciencia con respeto al cardenal se agota ya..... Por lo demás, nada pido, ni pretendo acusar á Su Eminencia, y protesto con todas mis fuerzas de mi respeto hácia su persona, hácia su calidad de tío de Su Majestad Imperial y Real, y hácia su dignidad y su *representacion*; yo no le quiero mal, el cielo es testigo de ello, á pesar de que se halla tan prevenido contra mi persona. Fáltame ahora pedir perdon á Vuestra Excelencia por haberle molestado tanto tiempo, y rogarle muy encarecidamente que no haga uso de este despacho confidencial, cuyo único objeto es hacer que Vuestra Excelencia pueda apreciarlo que acaso se le refiera.»

Al día siguiente de haber escrito el cardenal el expresado despacho, Cacault acababa sus dias en su país de Glisson, en la Bretaña. Participé á Su Eminencia la pérdida que acabábamos de experimentar, y me demostró sentirla mucho. En todas sus cartas manifestó desde entonces hallarse poseido de una grande aficcion.

En esa época los consejos de Cacault hubieran servido de mucho, y sin embargo, á causa de la guerra, apenas se fijó

la atención en las circunstancias que precedieron á su muerte, ocasionada por la tristeza. No se mostraron por cierto tan ingratos el Papa, Consalvi y los sábios de Roma. Cacault fué un diplomático de un mérito político muy notable. Voy á añadir un rasgo á todo cuanto he dicho del mismo. Un dia el cardenal Consalvi se despidió de él riendo y le dijo: «Id, excelente amigo mio; he de daros una contestacion relativa á asuntos de Roma, y quiero y debo estar solo. Se dice aqui de vos lo que Sixto V decia en 1589 de monseñor Ossat, esto es, que *«para escapar á la penetracion de ese prelado, no bastaba callar, sino que era menester abstenerse de pensar en su presencia.»* Cacault era además muy bondadoso, fiel á su palabra, amigo verdadero y hombre elocuente. Confesó que fué partidario de las revoluciones, pero que de ningun modo queria favorecer sus excesos. Si hubiese vivido aun en 1812, indudablemente habria sido de los primeros en prever la caida de Napoleon, y una vez se hubiese entregado á los Borbones, no los habria abandonado nunca.

Los austriacos, que fueron los primeros en romper las hostilidades y que atacados por los franceses se vieron precisados á retirarse á Ulm, se rindieron el 19 de octubre y desfilaron en presencia del emperador.

Antes de dirigirse contra Viena, mandó este ocupar á Ancona. Al saberlo, el Papa dijo al cardenal Consalvi: «Nos, os apoyaremos; ya que vuestro despacho no ha producido ningun efecto, Nos mismo escribiremos.» Y envió á Napoleon la carta siguiente:

«▲ su Majestad Imperial y Real.

«Nos dirigimos á Vuestra Majestad para decirle con toda la ingenuidad propia de nuestro carácter que la orden que Vuestra Majestad ha dado al general Saint-Cyr para que ocupe Ancona y la abastezca, nos ha causado tanta sorpresa como pesar, ya atendido el hecho en sí mismo, ya el modo de ejecutarlo, sin prevenirnos Vuestra Majestad cosa alguna.

«En verdad que no podemos ocultar que nos causa un vivo sentimiento el vernos tratado de un modo que no creemos haber merecido bajo ningun concepto. Nuestra *neutralidad*, reconocida por Vuestra Majestad, así como por las demás potencias, que la respetan estrictamente, era para Nos un motivo particular para creer que los amistosos sentimientos que hacía Nos

animaban á Vuestra Majestad , nos preservarian de ese amargo disgusto ; mas vemos que nos hemos engañado.

«Desde nuestro regreso de París , lo diremos con franqueza , solo hemos experimentado amarguras y disgustos , precisamente cuando por haber conocido personalmente á Vuestra Majestad , y por efecto de nuestro invariable comportamiento, esperábamos todo lo contrario. En una palabra, no hallamos en Vuestra Majestad la correspondencia que teníamos derecho á esperar.

«Mucho lo sentimos. Con respecto á la invasion que acaba de verificarse, decimos con sinceridad que lo que nos debemos á Nos mismo y los deberes que nos ligan á nuestros súbditos, nos obligan á pedir á Vuestra Majestad la evacuacion de Ancona , y si no se accediese á ello, no sé como podria conciliarse la continuacion de las relaciones con el embajador de Vuestra Majestad en Roma , con el modo de proceder Vuestra Majestad con Nos en Ancona.

«Esté persuadido Vuestra Majestad de que el escribir esta carta es para nuestro corazon un deber penoso ; mas no podemos disimular la verdad , ni faltar por otra parte á las obligaciones que tenemos contraidas.

«Esperamos , pues , que en medio de todos los pesares que nos abruman, Vuestra Majestad nos librará del peso de los de que hablamos , pues depende solo de su voluntad el hacerlo.

Concluimos dando á Vuestra Majestad de todo corazon la paternal bendicion apostólica.

«En Roma , cerca de Santa María la Mayor , á 13 de noviembre del año 1805, de nuestro pontificado el sexto.

«PIO PP. VII.»

El cardenal Fesch ignoraba que se hubiese escrito acerca de él de un modo tan fuerte. Entretanto los rusos desembarcaron en Nápoles , y al saberlo el mariscal Berthier escribió á Talleyrand , despues de la batalla de Austerlitz , un despacho que este comunicó al cardenal , y que decia :

«Brunn, 10 de diciembre de 1805.

«El emperador me encarga participar á Vuestra Excelencia que le autoriza á escribir á Su Eminencia el cardenal Fesch , que en el caso de que los rusos se marchen , puede tan luego como lo sepa trasladarse á Bolonia , y que está próximo á presentare un ejército de 40,000 hombres para hacer arrepentir de su comportamiento á la reina de Nápoles.

«EL MAYOR GENERAL , MARISCAL BERTHIER.»

El 26 de diciembre firmóse la paz de Presburgo , mediante la cual Venecia pasó á formar parte del reino de Italia. El Pa-

pa y Consalvi temieron fundadamente que en adelante el emperador les demostraria mas exigencias tocante á los asuntos eclesiásticos relativos al concordato italiano. El cardenal Fesch entró generosamente en buenas relaciones con el Papa y Su Eminencia; mas todavía daba cuidado á estos la respuesta que se daría á la carta dirigida por Su Santidad al emperador el 13 de noviembre.

CAPÍTULO XXXVII.

Batalla de Austerlitz.—El emperador dirige al Papa una carta muy fuerte.—Respuesta y explicaciones del Papa.—Carta de Napoleon, en la cual declara que es emperador de Roma.—Carta del cardenal Fesch al Papa.—Respuesta de Su Santidad á las demandas del emperador y á las pretensiones que muestra sobre Roma.

Napoleon dejó aparte la carta de Su Santidad de 13 de noviembre, la cual recibió el día 23. Acababa de vencer á dos grandes emperadores, á pesar de las numerosas tropas que acaudillaban, y de sus valerosos esfuerzos para oponerse á su marcha á Moravia. La jornada de Austerlitz fué uno de los triunfos mas rápidos y brillantes conseguidos en esa época de prodigios, en que los ejércitos de Napoleon alcanzaban una victoria tras otra, como si combatesen bajo el influjo de una gloriosa estrella. Uno de los emperadores pasó á saludar en su tienda al vencedor, quien le dijo: «Os recibo en el único palacio en que habito dos meses ha.»—«Os sabeis utilizar tan bien de esta habitacion, respondió Francisco II, que forzosamente os ha de gustar.» El otro emperador dirigió las siguientes palabras á un general francés enviado á su cuartel general: «Decid á vuestro soberano que me voy, que ayer obró prodigios, que esa jornada ha aumentado mi admiración hácia él, y que es el predestinado el cielo.» A los veinte y cuatro dias de haber alcanzado Napoleon la expresada victoria, habíase firmado ya la paz. Napoleon escribió al Papa desde Munich, como si en aquel momento acabase de abrir su carta. Hé aquí lo que le decia :

«Santísimo Padre :

«Recibí la carta de Vuestra Santidad de 13 de noviembre, y no he podido menos de afectarme vivamente al ver, que mientras todas las potencias sujetas al influjo de la Inglaterra, se coligaban para moverme una guerra injusta, Vuestra Santidad, dejándose seducir por falsos consejos, se decidía á escribirme una carta tan poco meditada. Vuestra Santidad es completamente dueño de conservar en Roma á mi embajador ó de despedirle. La ocupacion de Ancona es una consecuencia inmediata y forzosa de la mala organizacion militar de los Estados de la Santa Sede. En el interés de Vuestra Santidad estaba el que dicha plaza me perteneciese á mí, mas bien que á los ingleses ó á los turcos. Vuestra Santidad se lamenta de que desde su regreso de París no ha tenido mas qué pesares, y esto consiste en que desde entonces, todos aquellos que temian mi poder y me demostraban amistad, han cambiado de sentimientos, creyéndose autorizados para ello por la fuerza que les daba su mútua alianza, y en que desde el regreso de Vuestra Santidad á Roma, he experimentado continuos desaires en todo, hasta en lo que era de un grande interés para la religion, como por ejemplo en lo referente á *impedir que el protestantismo levantara la cabeza en Francia*. Yo me considero protector de la Santa Sede, y como tal he ocupado Ancona. Yo me considero tambien, al igual de mis predecesores de la segunda y tercera raza, hijo primogénito de la Iglesia, como el único que empuña la espada para protegerla y ponerla al abrigo de los insultos de los griegos y de los musulmanes. Yo protegeré constantemente á la Santa Sede, á pesar de los manejos, de la ingratitud y de la mala disposicion de los hombres que se han quitado la máscara durante estos últimos tres meses. Me creian perdido ya, cuando Dios ha manifestado, dando el triunfo á mis armas, la proteccion que dispensa á mi causa. Yo seré amigo de Vuestra Santidad siempre que Vuestra Santidad solo consulte á su corazon y á los verdaderos amigos de la religion. Lo repito, si Vuestra Santidad quiere despedir á mi embajador, es libre de acoger á los ingleses, ó al califa de Constantinopla; mas como no quiero exponer á semejante bochorno al cardenal Fesch, haré que le reemplace un secular. La aversion que le tiene el cardenal Consalvi es tal, que solo le ha dado desaires, mientras atendia á mis enemigos. Dios sabe cual de los príncipes reinantes ha hecho mas por la religion.

«Con este motivo, ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir y gobernar á nuestra santa madre Iglesia.

«El emperador de los franceses, rey de Italia,

«NAPOLEON.

«En Munich, á 7 de enero de 1806.»

Consalvi entregó al Papa la carta del emperador. Otra carta enviada al cardenal Fesch contenia disposiciones muy se-

veras, de las cuales tuvo noticia pronto el Papa, quien resolvió no descansar ni un momento hasta haber redactado y remitido contestacion al emperador.

En vista de la carta autógrafa de Su Santidad, he verificado con la mayor exactitud posible la traduccion siguiente:

«A su Majestad Imperial y Real.

«La carta de Vuestra Majestad, fechada en Munich, nos ha causado un pesar profundo. Vemos en ella la disposicion en que se halla Vuestra Majestad, y no podemos menos de procurar cambiarla. Nos lo debemos á Nos mismo, á la verdad, al afecto que le profesamos, y que le hemos profesado siempre. Nunca hemos tenido la intencion de despedir á vuestro embajador. Al escribiros que no podriamos conservar relaciones con él, sin obtener antes la evacuacion de Ancona, no entendimos decir otra cosa, sino que era menester destruir la creencia de que se consumó dicha ocupacion con acuerdo de Nos, á fin de que en su caso los rusos no tratasen como enemigo á nuestro país. No consiguiendo la evacuacion dariamos una prueba del disgusto que esto nos causaba, suspendiendo públicamente las relaciones con vuestro embajador, sin interrumpir por esto las relaciones confidenciales. Muy distante, pues, estamos de la idea de despedirle. Es una garantía de que tratábamos de conservar la buena inteligencia en los términos que he dicho, *como así se lo hemos confiado á vuestro mismo embajador*, es la sinceridad de nuestro carácter que conocéis bien, y que es incapaz del menor disimulo. A impulsos del mismo carácter, os decimos que Vuestra Majestad se equivoca al creer que hemos sido inducidos á promover esta cuestion por los malos consejos de otras personas.

«Hemos experimentado por esta causa el mas vivo disgusto, os lo confesamos sinceramente. Si Vuestra Majestad retrocede con el pensamiento al dia 13 de noviembre, verá que esa era la época en que Nos ya sabiamos que Vuestra Majestad se hallaba ya á las puertas de Viena, y que los gloriosos triunfos de su genio y de sus armas habian decidido ya la suerte de la guerra. Ni Nos, ni nadie, pues, podiamos creerlo perdido como decís; jamás pudo entrar en nuestra mente tal pensamiento, no solo por ser indigno de Nos, sí que tambien por sernos muy sensible, atendidas nuestras convicciones y nuestro afecto á vuestra persona.

«Vuestra Majestad se queja de haber recibido algunos desaires, y lo sentimos en extremo. Vuestra Majestad ha visto cuanto gusto, cuanto interés hemos manifestado siempre en complacerle. Si esto no nos ha sido posible con respecto al matrimonio que Vuestra Majestad cita como un ejemplo, acerca del cual, atendidos los hechos presentados hasta ahora, nos hemos hallado en

virtud de las disposiciones divinas sin facultades, y no sin voluntad para servir á Vuestra Majestad, estad seguro que nuestra negativa nos ha costado á Nos mas de lo que ha podido afligir á Vuestra Majestad.

«Si no quereis creer que nuestro corazon nos impulsa á complaceros, podreis al menos persuadiros fácilmente de que nos lo aconseja nuestro propio interés, pues no ignoramos hasta qué punto puede servirnos el afecto de Vuestra Majestad. Repetimos á Vuestra Majestad que experimentamos un gran pesar cuando nuestro deber nos obliga á oponernos á un tiempo á las inclinaciones de nuestro corazon, y á lo que nuestro interés nos indica.

«Vuestra Majestad nos habla asimismo de la aversion que el cardenal Consalvi siente hácia el cardenal Fesch, lo cual nos ha sorprendido, tanto mas cuanto que muchas veces el cardenal Consalvi nos ha manifestado confidencialmente sentimientos muy distintos. Hemos interrogado tocante á este punto al cardenal Consalvi, quien apela á la Buena fe del cardenal Fesch y á la de los que conocen los hechos. Si se produce uno solo en apoyo de dicha suposicion y de la pretendida preferencia que dá á los ingleses y á los rusos, se da por vencido.

«Podemos asegurar á Vuestra Majestad que el cardenal Consalvi se halla animado de los sentimientos que mas podemos desear en nuestro ministro, hácia el representante de Vuestra Majestad. El cardenal Consalvi está muy afligido á causa del concepto que Vuestra Majestad tiene formado de él, y especialmente del que en vuestra carta manifestais tener acerca de sus sentimientos con respecto á la Francia. El concordato, y su constante modo de obrar con respecto á los asuntos de la Francia, le hacian creer que era imposible que se concibiesen de él tales sospechas. Una vez que Vuestra Majestad juzga de ese modo al cardenal, persuadido este de que léjos de ser útiles á la Santa Sede sus servicios, solo le perjudicarian, nos ha rogado con insistencia que le admitamos su dimision del cargo de ministro; mas no hemos accedido á sus deseos, seguro de que Vuestra Majestad opinará de él de distinto modo.

«Vuestra Majestad nos dice que quiere llamar al cardenal Fesch, y Nos le contestamos que esto nos causaria un gran pesar, y deseamos que Vuestra Majestad abandone este pensamiento. Tocante á la persuasion en que está Vuestra Majestad de que hay personas que se han quitado la máscara en estos tres meses, y que se han creído autorizadas, á causa de la fuerza que les da su mútua alianza, á cambiar de sentimientos hácia Vuestra Majestad, hemos de decirle que esas personas no existen, y que si existiesen, no les prestaríamos oido. No podemos ocultar el pesar que sentimos al ver que tantas pruebas como os tenemos dadas de sincera amistad y de afecto, no han bastado á convenceros de la imposibilidad de que se consiga nada de Nos con esa clase de manejos.

«Nos vemos en la precision de contestar á las quejas de Vuestra Majestad, para que no se crea que las confirmamos guardando silencio. Despues de esto,

acudimos á Dios que vé nuestro corazon y que dirige todas nuestras acciones. No perdemos la confianza que tenemos en el afecto que Vuestra Majestad profesa á la religion, á la Iglesia y á Nos mismo, que estamos seguro de no haberlo desmerecido. Vuestra Majestad reconoce que debe á Dios el triunfo de sus armas, la inmensa gloria que ha adquirido, la cual no parece ya susceptible de aumentarse, y el haber extendido su poder y sus dominios. Semejantes sentimientos, que constituyen la mejor parte de su gloria, nos dan la seguridad de que Vuestra Majestad, atribuyendo á Dios la celebridad de su nombre y el fruto de sus conquistas, empleará lo uno y lo otro en favor de la religion y de la Iglesia. Ya que Vuestra Majestad es el monarca de los Estados venecianos, le rogamos que conserve en ellos intacta la religion dominante, y que no introduzca innovaciones relativas al clero regular y secular y á sus bienes. No perdemos la esperanza de ver arreglados los asuntos religiosos en las demás provincias de sus estados de Italia. Esta dilatacion de sus estados en Italia nos hace creer que ha llegado el momento oportuno de que Vuestra Majestad realice las esperanzas *que siempre ha alimentado en nosotros*, de que el patrimonio de San Pedro recobrará al fin las tres Legaciones que perdió en la época de la revolucion.

«Recomendamos asimismo á Vuestra Majestad que ya que la plaza de Ancona no corre ningun riesgo de ser sorprendida, deje sin efecto las dispendiosas y perjudiciales medidas militares que en ella se han adoptado, y la ponga en el pacífico estado en que se hallaba antes de ser ocupada.

«Finalmente, nuestro tesoro se halla en un estado tan deplorable, que nos vemos precisados á importunaros, pidiéndoos el reintegro de los cuantiosos adelantos que hemos hecho para vuestro ejército. No dudamos de que Vuestra Majestad conoce la buena voluntad y el gusto con que el gobierno pontificio ha accedido á facilitar todo cuanto podian necesitar las tropas, acerca de lo cual nos referimos á las relaciones dadas por los mismos militares que están en extremo satisfechos. Para dicho objeto empleamos todos los fondos de que podiamos disponer, obligando anticipadamente para finiquitar los pagos los rendimientos, cuyo plazo está próximo á vencer, de modo que dentro de cinco meses vamos á quedarnos absolutamente sin recursos, si no conseguimos pronto el reembolso que solicitamos.

«Este franco modo de expresarnos, ha de ser para Vuestra Majestad un testimonio de la confianza que nos inspira. Si las tribulaciones que Dios nos ha destinado á sufrir en nuestro doloroso pontificado han de llegar á su colmo; si hemos de perder la amistad y el afecto de Vuestra Majestad, que para Nos son muy preciosos, el sacerdote de Jesucristo, que dice siempre la verdad con el corazon y con los labios, lo suportará todo tranquila y resignadamente, y sus mismas tribulaciones le proporcionarán el consuelo de soportarlas con fortaleza de ánimo. Él espera que la recompensa que el mundo le niega, le está reservada mas sólida y eterna en el cielo. No cesamos de ro-

gar á Dios para que conserve largo tiempo á Vuestra Majestad Imperial y Real, y le damos de todo corazon la paternal bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, á 29 de enero del año 1806, de nuestro pontificado el sexto.

«Pío PP. VII.»

Nos abstendremos de demostrar hasta qué punto el final de esta carta denota nobleza de sentimientos, energía y resignacion. Segun parece, las valientes expresiones del Padre Santo impresionaron mucho á Napoleon, quien le contestó al cabo de quince dias. Es imposible analizar la carta en que el victorioso guerrero dice en cierto modo al Sumo Pontífice á través de mil incoherencias: «Me intereso por la religion mas que vos mismo; vos la dejais sufrir; dejadme hacer: yo seré mas prudente, mas hábil y mas piadoso que vos mismo. Yo no soy únicamente el guerrero del siglo; si yo lo dominase aun mas, me declararia Pontífice supremo, y no dejaria *perecer algunas almas.*» La carta de Napoleon dice así:

Santísimo padre.

«He recibido la carta de Vuestra Santidad de 29 de enero. Participo de todos sus pesares; concibo que experimenta conflictos; mas todo puede evitarlo marchando por un camino recto, y dejando de internarse en el laberinto de la política y de las consideraciones hácia las potencias, que bajo el punto de vista religioso, son heréticas y están separadas de la Iglesia; y bajo el de la política, están léjos de sus Estados, son incapaces de protegerle, y solo pueden causarle daño. *Toda la Italia quedará sometida á mi dominio.* Yo no intentaré en lo mas mínimo á la independencia de la Santa Sede, y ni siquiera le haré pagar los gastos que ocasionen los movimientos de mi ejército. Mas ha de ser con la condicion de que Vuestra Santidad tendrá hácia mí en lo temporal los mismos miramientos que le tengo en lo espiritual, y que se dejará de inútiles manejos cerca de herejes, enemigos de la Iglesia, y de potencias que no pueden hacerle bien alguno. *Vuestra Santidad es Soberano de Roma, mas yo soy Emperador de la misma.* Todos mis enemigos han de ser los suyos, y por lo tanto conviene que no resida en Roma, ni en vuestros Estados, ningun representante del rey de Cerdeña, de Inglaterra, Rusia ni Suecia, ni que ningun buque de las expresadas potencias penetre en vuestros puertos. Yo tendré siempre á Vuestra Santidad, como jefe que es de nuestra religion, la deferencia filial que en todas ocasiones le he demostrado; mas yo soy responsable de mis acciones ante Dios, que ha querido servirse de mi brazo para restablecer la religion: y ¿cómo puedo verla yo, sin pesar, comprometida por la lentitud

con que procede la corte de Roma, en donde náda se concluye, y en donde, por intereses mundanos, ó por vanas prerogativas de la tiara, *se deja que perezcan las almas*, de las cuales se ocupa principalmente la religion? Ante Dios responderán de sus actos los que dejan que la Alemania se consuma en la anarquía, ante Dios responderán de sus actos los que se interesan tanto en proteger matrimonios protestantes, y quieren obligar á que mi familia quede ligada con príncipes protestantes; ante Dios responderán de sus actos los que retardan la expedicion de bulas á *mis* obispos, y entregan á *mis* diócesis á la anarquía. Son menester seis meses para que los obispos puedan entrar en el ejercicio de su cargo, cuando bastarian *ocho dias*. Tocante á los asuntos de Italia, he hecho todo lo imaginable en favor de los obispos. Yo he consolidado los intereses de la Iglesia, respetando todo lo referente á lo espiritual. Lo que he hecho en Milan lo haré en Nápoles, y en todas partes donde mi poder alcance. Yo no rehusé el concurso de hombres verdaderamente celosos por la religion; mas si en Roma se pasan los dias en una culpable inercia, ya que Dios me ha destinado, despues de tan grandes trastornos, á velar por el mantenimiento de la religion, no puedo mostrarme indiferente á todo lo que pueda perjudicar el bienestar y la conservacion de mis pueblos. No ignoro, Santísimo Padre, que Vuestra Santidad quiere el bien; mas se halla rodeado de hombres que no lo quieren, que profesan malos principios, y que, léjos de trabajar en estos críticos momentos en remediar los males que han cundido, solo se ocupan en agravarlos. Si Vuestra Santidad tuviese á bien recordar lo que le dije en París, se organizaria la religion en Alemania, saliendo del mal estado en que se halla. Tanto en dicho país, como en Italia, todo se verificaria de un modo conveniente y de acuerdo con Vuestra Santidad. Mas yo no puedo dejar que languidezca por espacio de un año lo que puede hacerse *en quince dias*. No ha sido por cierto durmiendo que he mejorado tanto el estado del clero y el culto público, y reorganizado la religion en Francia, hasta tal punto, que no hay ningun país en donde produzca tan buenos resultados, en donde sea mas respetada, y en donde se tenga formado de ella el mas alto concepto. Los que hablan á Vuestra Santidad otro lenguaje, le engañan, y son sus enemigos, y acabarán por causar graves males.

«Con este motivo, ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve largos años para regir y gobernar nuestra santa madre Iglesia.

«Vuestro afectuoso hijo

«NAPOLEON.»

París, 13 de febrero de 1806.

Esta terrible respuesta de Napoleon llegó á Roma el 2 de marzo. El dia 12 el cardenal Consalvi participó, por medio de

una esquila, que ocupaciones urgentes y las aflicciones que sin cesar le abrumaban le habian impedido escribir al nuncio.

El cardenal Fesch pedia oficialmente que se expulsara de Roma y de todos los Estados pontificios á los rusos, suecos, ingleses y sardos. El cardenal Consalvi manifestó que, sobre esto, se entenderia directamente con el emperador. El embajador de Francia creyó entonces oportuno escribir privadamente al Papa, enviándole al mismo tiempo una copia de la nota que acababa de dirigir á Consalvi, y pidiéndole que contestase á la embajada. Despues de lamentarse de que se le acusase de haber exagerado la severidad de las órdenes del emperador, añadia :

«Si este asunto, Santísimo Padre, fuese menos interesante, si fuese menos profunda la veneracion que os profeso, y menos verdadero el afecto que me inspira la Santa Sede, olvidaria semejantes acusaciones, apelaria de ellas al que lee en todos los corazones, y lo sufriria todo en silencio, *abscondissem me forsitan ab eo*. Mas como en prueba de los sentimientos que me animan con respecto á Vuestra Santidad, puedo invocar el irrecusable testimonio de mi gobierno, y como no puedo permitir que quede la menor duda acerca de mi sinceridad y de mi celo en una discusion, de la cual depende que se salve, ó que se pierda el gobierno temporal de la Santa Sede, rechazo esas acusaciones, con lo cual dejo probado que he querido inducir al gobierno pontificio á no oponerse á los inmutables decretos de la Providencia....

«Los grandes acontecimientos que con tanta rapidez se suceden, indudablemente, Santísimo Padre, tienen lugar por una disposicion superior, y por la voluntad de Aquel que todo lo puede, *y que se sirve de todos los poderes de la tierra como de instrumentos*. ¡Desgraciados de ellos si se oponen á la irresistible voluntad de Dios, guiándose por los principios comunes! Parecidos á un buque arrebatado por los vientos, se pierden mientras se esfuerzan en conservarse en la orilla. (Es probable que este párrafo fué extraido de un reciente despacho del emperador).

«Sea el que fuere mi modo de ver, sea la que fuere la diferencia que existe entre mi modo de pensar y el de Su Eminencia, el cardenal de Estado, ruego á Vuestra Santidad que esté persuadido de que nada bastará á disminuir mi veneracion hácia su persona y mi afecto á la Santa Sede, y espero que Vuestra Santidad, al paso que continuará dispensándome su benevolencia, se dignará concederme su bendicion apostólica.»

El mismo dia el Padre Santo contesta al emperador y al cardenal Fesch. Acusa á Napoleon el recibo de su carta de 13 de

febrero, dice que le es imposible manifestar la sensación que le produjo su contenido, y se expresa en estos términos:

«Esta carta versa sobre tantos y tan graves asuntos, contiene principios, demandas y quejas tan amargas, y al fin se halla tan en armonía con lo que Vuestra Majestad nos mandó decir por su embajador, que ante Dios, ante el mundo católico y ante las generaciones venideras, apareceríamos culpable de la mas reprehensible debilidad, si no manifestásemos nuestros sentimientos de un modo franco y libre, y si á las demandas que Vuestra Majestad nos dirige, á los principios que consigna, y á las quejas que profiere, no diésemos la respuesta que nos dicta la justicia, la verdad y la inocencia.

«Por consideración á Dios, á la Iglesia, á Nos mismo, y hasta á la gloria de Vuestra Majestad, que deseamos tanto como vos, debemos expresarnos con la libertad y franqueza que convienen á la sinceridad de nuestro carácter y á los deberes de nuestro ministerio en la tierra.

«Y debemos hacerlo tanto mas cuanto que tenemos imprescindible necesidad de llenar deberes muy esenciales; pues demasiado vemos por el golpe que hemos recibido, que los sentimientos manifestados por Vuestra Majestad amenazan la dignidad de la Santa Sede, y los mas inalterables y respetables derechos de su libre soberanía.

«Nos hemos tenido y tendremos siempre por Vuestra Majestad Imperial y Real los mas grandes miramientos que pueden sugerir el afecto, la benevolencia y la amistad; mas no podemos otorgar concesiones que repugnan á los *indeclinables* deberes de nuestro doble carácter, ni disimular las verdades de que nos convence el íntimo testimonio de nuestra conciencia, ni acceder á cuanto se oponga á la custodia del depósito del patrimonio de la Iglesia romana, el cual nos ha sido transmitido por nuestros predecesores á través de una larga série de siglos, y Nos hemos prometido á la faz del Todopoderoso, al pié de los altares y bajo los mas sagrados juramentos, transmitirlo intacto á nuestros sucesores.

«Empezaremos por contestar sobre lo que Vuestra Majestad quiere de Nos. Vuestra Majestad pretende que expulsemos de nuestros Estados á los rusos, á los ingleses, á los suecos y á todos los representantes del rey de Cerdeña, y que cerremos nuestros puertos á los buques de dichas naciones; que abandonemos nuestra pacífica actitud, y que nos declaremos hostiles y en guerra abierta contra las expresadas potencias. Permítanos Vuestra Majestad que le contestemos, prescindiendo de nuestros intereses temporales, y ateniéndonos á los esenciales é inseparables deberes de nuestro ministerio, que nos hallamos en la imposibilidad de acceder á la referida demanda. Consideradla bajo todos aspectos, y juzgad vos mismo si vuestros religiosos sentimientos, vuestra grandeza y vuestra humanidad, os aconsejan que nos obligueis á dar pasos de semejante naturaleza.

«Nos, vicario de ese Verbo eterno, y que no es el Dios de la discordia, sino el Dios de la concordia, que ha venido al mundo para extinguir los odios y para predicar la paz, tanto á los que viven léjos como á los que están cerca (estas son las expresiones del Apóstol), ¿cómo podemos desviarnos de la enseñanza de nuestro divino institutor? ¿Cómo contrariar la mision para la cual hemos sido destinado?

«No es nuestra voluntad, sino la de Dios, á quien representamos en la tierra, la que nos prescribe el deber de conservar la paz con todos, *sin distincion de católicos y de herejes, de los que están cerca y de los que están léjos, de aquellos de quines esperamos bien, y de aquellos de quienes esperamos mal*. No nos es permitido faltar á la mision que nos ha confiado el Todopoderoso, y faltaríamos á ella, si por los motivos alegados por Vuestra Majestad, tratándose de potencias herejes, que solo pueden causarnos daño (así se expresa Vuestra Majestad), accediésemos á demandas que nos llevarian á tomar parte en la guerra contra ellas.

«Si no debemos, como dice Vuestra Majestad, entrar en el *laberinto de la política* del cual hemos estado y estaremos léjos siempre, con mayoría de razon debemos abstenernos de tomar parte en los actos de una guerra que lleva un fin político, de una guerra en la cual no se ataca á la religion, y en la que por otra parte se halla mezclada una potencia católica.

«Solo la necesidad de rechazar una agresion, ó de defender la religion puesta en riesgo, pudo inducir á nuestros predecesores á abandonar su pacífica actitud. Si, *por efecto de la humana debilidad*, alguno de ellos se ha separado de estas máximas, hablando francamente, su comportamiento no podria servirnos jamás de ejemplo.

«La pacífica actitud que hemos de conservar, atendido el sagrado carácter de que Dios nos ha investido, debemos conservarla igualmente por el interés de la religion que nos ha confiado y del rebaño que ha sujetado á nuestro ministerio pastoral. Expulsar á los súbditos de las potencias que se hallan en guerra con Vuestra Majestad, y cerrarles los puertos, equivaldria á provocar una inevitable ruptura entre Nos y los católicos que residen en sus dominios.

«¿Podemos Nos abandonar tantas almas de fieles, cuando el Evangelio nos manda que no descuidemos ni una sola? ¿Podemos mostrarnos indiferente á los infinitos males que el catolicismo sufriria en esos paises, si quedase privado de toda comunicacion con el centro de unidad, que es el fundamento y la base de la religion católica? Si la irresistible fuerza de los acontecimientos humanos nos privase de esta libre comunicacion, deploraríamos en extremo semejante calamidad; mas no experimentaríamos el continuo remordimiento de haber sido Nos la causa de ello. Por el contrario, si intimásemos á los súbditos de dichos soberanos que saliesen de nuestros Estados, y que no se acercasen á nuestros puertos, ¿no seria una desgracia irreparable, ocasionada por nuestra culpa, el que quedase cortada toda comunicacion entre Nos

católicos que viven en esas comarcas? ¿Cómo podríamos resistir á la voz interior de nuestra conciencia que nos reconvendría de continuo, por las funestas consecuencias de semejante hecho? ¿Cómo podríamos ocultarnos á Nos mismo nuestra falta?

«Los católicos que existen en esos países no son por cierto en reducido número; en el imperio ruso los hay á millones, en las comarcas sometidas á la Inglaterra los hay á *millones de millones*, y todos ejercen libremente su culto y se hallan protegidos. No podemos prever lo que acontecería si los soberanos de esos Estados se viesen provocados por un acto de hostilidad tan marcada por parte de Nos, como lo sería el expulsar á sus súbditos y el cerrarles nuestros puertos. Su resentimiento sería tanto mas fuerte, cuanto mas justo lo creyesen, por no haber recibido Nos de ellos agravio alguno.

«Si acaso no desahogasen su enojo contra los católicos, podríamos creer con razon que padecería la religion católica, que tanta libertad goza en esas comarcas.

«Y aun cuando no sucediese todo lo dicho, de seguro que se prohibiría toda comunicacion directa ó indirecta entre los católicos y Nos, se impedirían las misiones, se interrumpirían todos los asuntos espirituales, y esto sería un mal incalculable para la religion y el catolicismo, mal de que deberíamos acusarnos á Nos mismo, y del que sería preciso dar exacta cuenta ante el tribunal de Dios..... Fije Vuestra Majestad la atencion en el comportamiento que constantemente hemos observado hácia su persona, y verá que siempre que se ha tratado de cosas que no se oponían á nuestros deberes, ninguna consideracion nos ha detenido, y hemos procurado constantemente satisfacer sus deseos. No es menester citar estos hechos, pues son recientes, y conocidos en toda Europa, á la cual han hecho creer que os tenemos una decidida y particular preferencia..... Aquí terminaremos la contestacion á las primeras demandas entabladas por Vuestra Majestad, confiado en que despues de las poderosas reflexiones aducidas, desistirá de ellas libertándonos de este modo del conflicto en que nos hallamos. Sin embargo, los principios en que Vuestra Majestad las ha basado, no consienten que callemos. Exentos de deseos de dominacion y de toda clase de interés personal, no vamos á defender nuestra causa, sino la de la Iglesia romana y de la cátedra que ocupamos. Antes de ascender al trono, juramos sostener esos derechos, y defenderlos hasta derramar nuestra sangre.

«¡ Señor, descorramos el velo! Decís que no atentareis á la independencía de Roma, y que Nos somos el soberano de Roma; y al mismo tiempo añadís que *toda la Italia quedará sometida á vuestro dominio*. Nos participais que si hacemos lo que quereis, conservareis en la apariencia las cosas como están; mas pretendiendo que Roma, considerada como parte de la Italia, quede sujeta á vuestro dominio, conservando solo en la apariencia el estado de las cosas, el poder temporal de la Iglesia quedará reducido á una condicion *vigia*

y *servil*, y caerán destruidas la soberanía y la independencia de la Santa Sede. ¿Y cómo nos es posible callar? ¿Podemos acaso, guardando un silencio que nos haría culpables de prevaricación de nuestro ministerio ante Dios, y que nos llenaría de oprobio á los ojos de la posteridad, pasar por alto la indicación de medidas de semejante naturaleza?

«Vuestra Majestad sienta por principio que es *emperador de Roma*, á lo cual contestamos con apostólica franqueza, que el Soberano Pontífice, que lo es desde muchos siglos, como que ningun príncipe reinante cuenta una antigüedad tan grande como la suya, el Soberano Pontífice, como soberano de Roma, tampoco reconoce, ni jamás ha reconocido en sus Estados poder alguno superior al suyo, y que ningun emperador tiene el menor derecho sobre Roma. Vos sois muy grande, mas habeis sido elegido, consagrado, coronado y reconocido emperador de los franceses, y no de Roma. En Roma no hay ningun emperador, ni puede haberlo, á menos que se despoje al Soberano Pontífice del absoluto dominio, y del imperio que ejerce en ella. Es cierto que existe un emperador de romanos; mas este título lo reconoce toda la Europa y Vuestra Majestad mismo en el emperador de Alemania. Este título no puede pertenecer á un tiempo á dos soberanos, y lo es solo de dignidad y de honor, sin que en lo mas mínimo disminuya la independencia real y visible de la Santa Sede. Finalmente, esta dignidad imperial no ha tenido jamás relacion alguna con la calidad y extension del *dominio directo* y del *dominio útil*, y desde su origen ha ido precedida de una eleccion.

«Vuestra Majestad dice que nuestras relaciones con vos son las mismas que las de los de nuestros predecesores con Carlo-Magno. Carlo-Magno encontró á Roma en poder de los Papas, cuyos dominios reconoció y confirmó sin reserva alguna, aumentándolos con nuevas donaciones, y no pretendiendo derecho alguno de *dominio*, ni de superioridad sobre los pontífices considerados como soberanos temporales, ni dependencia, ni *sujeccion (sudditanza)*.

«Las relaciones con él las fijaron dichos pontífices, invistiéndole de la mera calidad de *abogado* y defensor de la Iglesia romana, ya al conferirle el título de *patricio* (título, cuya confirmacion pidió despues de la muerte de Adriano I, á su sucesor Leon III por medio de una embajada especial), ya presándole *adoracion* estos sumos pontífices por medio de actos especiales; ya, finalmente, otorgándole inesperada y espontáneamente Leon III la dignidad imperial en el templo de San Pedro, en época en que se hallaba en Roma por las fiestas de Navidad.

«Por último, hasta fijarse en los diez siglos posteriores á Carlo-Magno, sin necesidad de hacer investigaciones en épocas mas lejanas. La pacífica posesion por espacio de mil años, es el título mas *brillante* que puede alegar un soberano: ella demuestra que cualesquiera que fuesen aquellos tiempos oscuros, y en aquellas épocas *borrascosas* las relaciones entre Carlo-Magno y los sumos pontífices, la Santa Sede no ha reconocido despues, con respecto á sus

dominios t mporales, otras relaciones con los sucesores de Carlo-Magno, que las que existen entre todos los soberanos-absolutos   independientes.

« No porque un soberano haya extendido sus dominios , aunque sea legítimamente, tiene derecho   alterar en lo mas mínimo una posesion de la naturaleza indicada , en la cual ha estado pacificamente otro soberano. Los principios del derecho natural, aplicados   las naciones , establecen la base de todas las relaciones sociales sobre el principio de que las soberanías , ya sean grandes, ya pequeñas, han de conservar entre sí igual estado de independencia : prescindir de este principio seria r emplazar la fuerza   la razon.

« Vuestra Majestad no puede menos en su rectitud de estar firme en estos principios , cuyas consecuencias son evidentes. El haber Vuestra Majestad extendido sus Estados, no puede darle ningun nuevo derecho sobre nuestros *dominios* temporales. Al verificar Vuestra Majestad nuevas adquisiciones, ha encontrado   la Santa Sede en posesion de una soberanía absoluta   independiente , en la cual se halla sin interrupcion desde muchos siglos , habiendo sido constantemente reconocida, y debiendo por lo mismo ser respetada. Vuestra Majestad tiene suficientes luces para conocer la incontestable y absoluta certeza de estas verdades ;   no existen los derechos de la soberanía independiente,   los derechos de la soberanía pontificia independiente no pueden alterarse en lo mas mínimo.

« No podemos admitir la proposicion siguiente , esto es , que debemos tener   Vuestra Majestad en lo temporal las mismas consideraciones que Vuestra Majestad tiene por nosotros en lo espiritual. Esta proposicion es tan lata que destruye la naturaleza de nuestro respectivo poder... Los soberanos católicos lo son tan solo porque reconocen las *decisiones* del jefe visible de la Iglesia, y consideran   este como *maestro de la verdad* y único vicario de Dios en la tierra ; no hay pues identidad ni igualdad entre las relaciones espirituales de un soberano católico con el supremo *gerarca*, y las relaciones de un soberano con otro soberano... A ad s que vuestros enemigos han de ser los de Nos ; mas esto repugna al carácter de nuestra divina mision , que no tiene enemistad ni aun con *los que se hallan apartados del centro de nuestra union*.   Es decir que siempre que Vuestra Majestad estuviese en guerra con alguna potencia católica , deberíamos nosotros estar tambien en guerra con ella ?

Carlo-Magno y todos los principes *Avvocati* de la Iglesia han hecho profesion de defenderla contra guerras y de no arrastrarla   guerras.... La tendencia de la expresada proposicion es convertir al Soberano Pontifice en feudatario, en *vasallo ligio* del imperio francés.

El Padre Santo refuta en seguida lo que Napoleon dice sobre el lento modo de obrar del gobierno de Roma , y demuestra que los asuntos eclesiásticos no pueden resolverse sino despues de un maduro ex amen, sin que sea posible conducir-

los con la misma rapidez que los temporales. Napoleon dice que se dejan perecer las almas por intereses mundanos y vanas prerogativas de la tiara, á lo cual contesta el Padre Santo, que Dios ha permitido que se le dirigiera esta cruel reconvenccion; pero que Dios y el mundo saben si el móvil de sus acciones han sido intereses mundanos y vanas prerogativas de la tiara.

Los conflictos en que se hallaba la religion en Alemania provenian de distintas causas de las que se suponian. Los grandes cambios que en esa época tuvieron lugar produjeron inmensas dificultades. Tocante á la demora en la expedicion de bulas para los obispos de Francia, era inevitable, á causa de los informes que habian de recogerse.

El Padre Santo contesta, con respecto al asunto del matrimonio de Gerónimo, invocando la ley divina, de la cual dimana la indisolubilidad del matrimonio, aun del celebrado entre católicos y herejes. Tocante al concordato de Italia, el Papa contesta lo mismo que ya dijo en otras ocasiones, esto es, que no puede reconocer los artículos que se le han añadido, por hallarse en oposicion con la disciplina de la Iglesia, y concluye diciendo:

«Estos puros sentimientos son los que nos aconseja tener la conciencia..... Si fuésemos tan desgraciado que el corazon de Vuestra Majestad no se conmoviese al oír nuestras palabras, sufriríamos con evangélica resignacion toda clase de pesares, considerándoles como enviados por el Señor. Sí, nuestros labios dirán siempre la verdad; seremos constantes en mantener intactos los derechos de nuestra Sede, y arrostraremos todas las adversidades antes que hacernos indignos de nuestro ministerio. Y vos no abandonareis, no, el espíritu de prudencia y de prevision que os distingue, el cual os ha hecho conocer que la prosperidad de los gobiernos y el sosiego de los pueblos están estrechamente unidos con el bien de la religion..... No olvidareis, en fin, que nos hallamos en Roma expuestos á infinitas tribulaciones, y que apenas hay un año que hemos regresado de París.

«Concluimos dándoos de todo corazon la paternal bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, á 21 de marzo del año 1806, de nuestro pontificado el séptimo.

«P. D. Hemos resuelto no enterar á nadie de nuestra contestacion, ni aun al cardenal legado, ni al cardenal Fesch. De este modo la cosa quedará entre nosotros; pues por nuestra parte queremos evitar en cuanto sea posible la pu-

blicidad de contestaciones tan sensibles á nuestro corazón, y tan funestas á la Santa Sede.....

«Pío PP. VII.»

Hemos dicho que el mismo día 21 de marzo, el Papa escribió al cardenal Fesch. Manifestóle que todo soberano era dueño de tratar con otro soberano los asuntos importantes por medio de una correspondencia privada, sin seguir las acostumbradas vías diplomáticas, y que quería entenderse directamente con el emperador, tanto mas, cuanto que este fué el primero en dirigírsele con motivo de esos asuntos.

En París se acusaba al cardenal Fesch de no desplegar suficiente energía, y de tener demasiados miramientos y consideraciones. Eran de prever escenas funestas: mas Pío VII mostró siempre gran firmeza.

CAPÍTULO XXXVIII.

José Bonaparte, rey de Nápoles.—Se llama al cardenal Fesch para que pase á ejercer sus funciones de limosnero mayor.—Alquier, embajador en Roma.—Su correspondencia con Talleyrand.—Se conceden á Talleyrand, y al mariscal Bernadotte los principados de Benevento y de Ponte Corvo.—El cardenal Casoni reemplaza al cardenal Consalvi.—Francisco II renuncia el título de emperador de Alemania.—Institucion de la orden del Moro.

José Bonaparte, hermano del emperador, entró al frente de su ejército en Nápoles, en donde acababa de ser declarado rey. Cundieron en esa ciudad rumores alarmantes, segun los cuales, la Santa Sede debia trasladarse á Aviñon ó á París; repartirse entre el reino de Italia y Nápoles los Estados pontificios; secularizarse la orden de Malta; publicarse en Roma el código francés, y autorizarse el matrimonio de los sacerdotes. Estos sordos rumores apesadumbraban en extremo al infortunado pontífice. El cardenal Fesch escribia á Francia que empleaba toda su autoridad en desmentirlos, y ciertamente detestaba á los autores de semejantes invenciones. Mas el emperador, deseoso de sobrepujar á Carlo-Magno, decia á Fontanes: «Yo no he nacido cuando debia, Fontanes; ahí teneis á Alejandro Magno que pudo apellidarse hijo de Júpiter sin experimentar

contradiccion alguna. En este siglo, me encuentro con un sacerdote mas poderoso que yo, puesto que reina en las almas cuando yo reino tan solo sobre la materia.» En verdad que en estas palabras se reconocia al hombre que exclamó: «*Los sacerdotes se quedan con el alma y me arrojan el cadáver.*» ¿Nos equivocamos al decir que, tratándose de los asuntos religiosos, habia en Napoleon dos hombres, esto es, uno sábio y otro orgulloso? El orgullo de Napoleon traspasa aquí todos los límites. Se concibe que, cegado por sus felices hechos de armas, se hiciese apellidar Carlo-Magno, y hasta que se creyera tan conquistador como Alejandro; mas que envidiase la adoración que el orgullo de Alejandro exigió en un acceso de demencia, adoracion que personas inteligentes opinan que pidió por efeto de un cálculo político, la cual era útil y fácil de alcanzar entre pueblos bárbaros; que el soldado del siglo XVIII con motivo de victorias que pertenecen muy poco á la admirable nacion cuyos destinos regia, pensase en luchar contra la antigua institucion del catolicismo, y que rodeado de tantos parientes que no se podian considerar como seres sobrenaturales, echase de menos, en el estado de civilizacion de un siglo de duda, el supremo rango de la divinidad, es preciso compadecerle, y llorar de antemano los infortunios que agobiarian á un sacerdote mas poderoso que él.

En vano Pio VII recomienda el secreto; no es posible ocultar por mucho tiempo las amenazas que se dirigen á la Santa Sede. La situacion de las cosas se halla explicada en una sátira romana en términos medio familiares y religiosos: dice así: «Cañones aquí, cañones allá; rayos á oriente, rayos á poniente; Napoleon y el Sumo Pontífice se tienen respectivamente en poco. Dios dá el triunfo á sus hijos, tarde alguna vez, pero siempre.»

Se acordó en París que el cardenal Fesch fuese reemplazado por Alquier, que desde 1801 apetecia la embajada de Roma, y que aquel pasase á Francia á desempeñar el cargo de limosnero mayor.

En el momento de marcharse, el cardenal Fesch recibió la órden de participar al cardenal Consalvi el advenimiento del príncipe José al trono de Nápoles.

El 17 de mayo el cardenal Fesch presenta al Papa á Alquier, quien refirió á Talleyrand lo ocurrido en esta entrevista en los siguientes términos :

«Apenas llegados á la presencia del Papa, el cardenal Fesch tomó la palabra y dijo : «Parto á París, y ruego á Vuestra Santidad que se sirva mandarme lo que guste.»—«Nada tenemos que encargarnos, respondió el Papa: solo direis al emperador, que apesar de que nos trata muy mal, le queremos mucho, así como tambien á la nacion francesa. Repetidle que no queremos entrar en ninguna confederacion; que queremos ser independiente, porque Nos somos un soberano; que si usa con Nos de violencia, protestaremos de ello á la faz de la Europa, y emplearemos los medios temporales y espirituales que Dios ha puesto en nuestras manos.»—«Vuestra Santidad, opuso el cardenal, debería recordar que no tiene derecho de emplear la autoridad espiritual en los asuntos que en la actualidad median entre Francia y Roma.» El Papa preguntó al cardenal en tono muy altivo, de dónde habia sacado esa opinion. Entonces creí que debía retirarme para no presenciar por mas tiempo una conversacion que empezaba con tanto calor, y durante la cual el cardenal me hubiera interpelado de seguro mas de una vez, cosa que me hubiera imposibilitado conferenciar con el Sumo Pontífice y tentar con él algun medio de conciliacion.

«Pasé en seguida á casa del cardenal Consalvi, á quien demostré cuanto me habian admirado y affigido las poco comedidas palabras del Papa, y le insté para que emplease su influencia, á fin de hacer ver al Soberano Pontífice las consecuencias que podrian originarse de la disposicion en que demostró hallarse al producirse en tales términos. Le manifesté que nadie como él era tan á propósito para reanudar las relaciones que debian existir entre Francia y Roma, y que en cierto modo era responsable ante el emperador y ante la Europa de las resoluciones que tomase su soberano en aquellas circunstancias. El cardenal me respondió que pensaba como el Papa; que su parecer era el mismo de todos los individuos del sacro colegio, y que le era imposible variar de modo de pensar en un asunto que exigia la adopcion de medidas temporales de que debia echar mano en cumplimiento de su deber y en uso de su autoridad como jefe de la Iglesia.

«De las observaciones que he hecho al oír al Papa y al secretario de Estado, resulta que existe la firme resolucion de rechazar la propuesta del emperador, y que la obstinacion en defender lo que ellos llaman *doctrina*, se mezclan una exacerbacion profunda y una animosidad personal hácia Su Majestad, sentimientos que son muy fuera de lugar sin duda, y cuyo origen y objeto desconozco.

«Debo añadir que el cardenal Consalvi me ponderó mucho el solícito afan con que Roma proveyó á los gastos ocasionados por el tránsito de las tropas, gastos que han llegado ya, me dijo, á la suma de un millon y cuatrocientos mil

pesos, y que aumentan cada día, pues se ha de mantener la guarnicion de Ancona, facilitar lo necesario para la curacion de los soldados enfermos, y dar la correspondiente racion á los que pasan. Yo contesté que creía que la Francia habia mandado reintegrar esos gastos, ó á lo menos satisfecho parte de ellos. El secretario de Estado me protestó que nada absolutamente se habia pagado, y no puedo menos de decir que el cardenal ha corroborado sus palabras.

«Al hablar de la conversacion entre el Papa y el embajador de Francia, he dicho que Su Santidad se resistía á consentir en una confederacion. Ruego á Vuestra Excelencia que recuerde que ni en la carta que me ha dispensado el honor de escribirme, ni en las tres notas dirigidas al cardenal legado, se trata de confederacion alguna, ni de nada absolutamente que tenga relacion con un proyecto de semejante naturaleza; que si hay negociaciones entabladas acerca de este punto, me es imposible continuarlas sin estar autorizado para ello, y que esta imposibilidad es mayor en cuanto el cardenal Fesch cree que no puede comunicarme las instrucciones que tiene relativas á este asunto, ni la correspondencia que á él se refiere. Por lo mismo me encuentro enteramente á oscuras y sin el menor dato tocante á ese asunto, del cual se ha ocupado el cardenal por espacio de algunos meses.»

«Ruego á Vuestra Excelencia que acepte el homenaje de mi profundo respeto.

«ALQUIER.»

José tenia que vencer muchas dificultades para conseguir que se le reconociese rey de Nápoles. El ministro de negocios extranjeros manifestó al cardenal Caprara, que el modo de obrar de los antiguos soberanos, no significaba mas que *una opinion aislada de algunos reyes*, que no puede obligar á sus sucesores ni á sus Estados (Entre estos reyes se encontraba Carlos V).

Al subir al trono, el emperador no ha querido heredar tan solo los derechos de la tercera dinastía, cuyo poder apenas se extendia sobre la mitad de los dominios sometidos hoy día al imperio, sino que ha pretendido heredar los derechos de los emperadores franceses. El gobierno de Roma no puede suponer por cierto que Carlo-Magno recibiese de él la investidura de sus dominios. Si dicho gobierno no reconoce al rey de Nápoles, el emperador no reconocerá el poder temporal del Papa. Por lo demás, Su Majestad tendrá siempre al jefe de la Iglesia la consideracion y los miramientos que le tuvieron Car-

lo-Magno, Luis IX y otros príncipes muy cristianos, sin permitirle no obstante mezclarse en las cosas temporales y en los derechos de la corona imperial.

Hacia esa época se escribió á Alquier lo siguiente:

«Las relaciones que la Santa Sede ha de tener con Su Majestad, deben ser idénticas á las que existieron entre ella y los emperadores franceses que en otro tiempo fundaron el imperio de Occidente. Su Majestad debe sostener, por el interés de sus pueblos y por su propia dignidad, los derechos de la corona imperial, y ninguno de los emperadores, de los cuales le provienen estos derechos, tuvo tanto poder y tanta voluntad para defenderlos. Su Majestad no atribuye á Su Santidad todas las imprudentes resoluciones de que tiene tantos motivos para estar quejoso; pero ve con pesar que dirige los asuntos de la Santa Sede un hombre, cuyas miras particulares están tan conformes con las de la Inglaterra, que es imposible no ver que llevan el mismo objeto. El cardenal Consalvi puede creerse en Roma sin responsabilidad con respecto al gobierno que maneja; mas Su Majestad, por interés mismo de la corte de Roma, puede hacerle responsable de los riesgos á que le arrastra.»

Alquier, en cumplimiento del encargo que se le hizo, recomendó al Papa al antiguo obispo de Chalons, Clermont Tonnerre. El Padre Santo le contestó lo siguiente: «Ignoramos si somos pariente del francés Clermont; Nos tendríamos á gran honor el pertenecer á una familia tan ilustre que, segun aquí se dice, estuvo emparentada con los reyes cristianísimos; mas como hemos observado el propósito de tener alejados de Roma á nuestros parientes de Cesena, no podemos de modo alguno llamar á Roma á parientes extranjeros.»

Alquier continúa informando á Talleyrand de todo lo relativo á los asuntos de Francia, y le manifiesta que al parecer varias de las inculpaciones dirigidas al cardenal Caprara, con el objeto de inculpar al gobierno pontificio, carecen de fundamento. Alquier se expresa luego como sigue:

«Es positivo que la opinion del secretario de Estado se atiende muy poco en todos los asuntos que se rozan con la religion, en cuyo caso el Padre Santo pide consejo á otras personas, especialmente á los cardenales Antonelli y di Pietro. He encontrado al cardenal Consalvi muy razonable y conciliador en todos los puntos que no se prestan á discusiones teológicas, y en todos aquellos en que ha podido tomar por sí solo una determinacion como hombre de estado y siguiendo sus propias inspiraciones. Mas al tratar con la corte de

Roma, es preciso guardarse siempre de seguir un camino que pueda conducir á discusiones sobre los derechos del santuario; quizás por haber olvidado esta máxima, ha llegado á ser imposible que se aceptase el pacto federativo propuesto por el emperador. Se ha pedido que este asunto, que es puramente político, se sometiese á la deliberacion del sacro colegio, y este se ha opuesto á la realizacion del proyecto, fundado en el principio de que el jefe de la Iglesia, el Padre comun de los fieles, no debe contraer compromisos que debilitarian la autoridad de la Santa Sede en parte de Europa, poniendo en riesgo la fe de sus habitantes.... Me atreveré á hacer presente que es de desear que Su Majestad Imperial y Real se sirva no adoptar en estos momentos ninguna medida de rigor contra la corte de Roma. Conviene, en mi concepto, no alarmar los ánimos, harto impresionados ya, y concluir pacíficamente el asunto de la investidura, para lo cual bastarán pocos días.»

Ningun efecto produjeron las palabras de Alquier. El nuevo gobierno de Nápoles pidió al de París que le autorizase para apoderarse de Benevento y Ponte Corvo. El emperador cruzóse de brazos, reflexionó un momento (á lo menos así se escribió á Roma), y dispuso que el principado de Benevento se diese en propiedad á su gran chambelan, el ministro de negocios extranjeros, y el de Ponte Corvo al general Bernadotte, á quien, segun unos, queria recompensar sus servicios, y segun otros corregir sus instintos republicanos. Dirigiéronse al emperador diferentes reclamaciones; algunos aseguraban que Napoleon quiso alejar de su lado al ministro de negocios extranjeros, comprometiéndole con respecto á Roma, mas no se sabe la verdad aun hoy dia. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Alquier tropezó de pronto con obstáculos invencibles para conseguir el reconocimiento del rey de Nápoles. El Papa le dijo: «Señor embajador; hasta aquí hemos hecho todo cuanto ha querido el emperador, y sin embargo Su Majestad no se ha creído obligado á cumplir las promesas que nos tiene hechas, y si hoy accediésemos á lo que en su nombre se nos pide, no nos libramos por esto del riesgo que nos amenaza. En algunas cartas particulares de Su Majestad y en varios documentos oficiales, se vé que no se nos considerará como soberano si no accedemos al planteamiento de un sistema federativo, y si no consentimos en quedar comprendidos en la demarcacion del imperio. Cúlpase sin razon al cardenal Consalvi: segun parece en París se cree que tenemos la debilidad de dejarnos di-

rigir por él, y que somos un verdadero *fantoccino*. Será reemplazado, y nuestra opinion seguirá siendo la misma. Todos los puntos importantes de nuestros Estados van siendo sucesivamente ocupados por las tropas del emperador, á las cuales no podemos mantener, ni aun imponiendo nuevas cargas. Os prevenimos que si se trata de ocupar á Roma, no permitiremos que se entre en el castillo de San Angelo. No opondremos la menor resistencia; mas será menester que para entrar los soldados de vuestro país derriben las puertas á cañonazos. La Europa verá como se nos trata, y Nos habremos probado que nos hemos conducido segun lo exigía nuestro honor y nuestra conciencia. Si se nos quita la vida, moriremos honrosamente, y quedaremos justificados á los ojos de Dios y en el concepto de los hombres.»

Alquier dijo: «Esta respuesta ha sido dada en tono enérgico, mezclado con cierto aire de resignacion religiosa, y de un amor propio profundamente herido. No vacilo en asegurar que el Papa se muestra cada dia mas obstinado.»

Al hablar el Papa á Alquier en los términos que hemos dicho, indudablemente sabia lo acordado tocante á Benevento y Ponte Corvo, acerca de lo cual se pasó una comunicacion al cardenal Consalvi. Mas de una vez nos hemos ocupado de dichos principados en esta historia, y por lo mismo creemos que el lector gustará de saber los términos en que, con fecha 16 de junio, se participó al gobierno pontificio lo determinado por el emperador respecto á los mismos. La comunicacion decia:

Monseñor:

«Su Majestad el emperador de los franceses, rey de Italia, acaba de conceder á Su Excelencia M. de Talleyrand, su gran chambelan y su ministro de negocios extranjeros, el título de príncipe y duque de Benevento. Igual determinacion ha adoptado en favor de Su Excelencia el mariscal del imperio M. Bernadotte, á quien Su Majestad ha conferido el título de príncipe y duque de Ponte Corvo.

«Su Majestad habia observado con frecuencia que esos dos territorios, enclavados en el reino de Nápoles, eran causa de perennes disgustos entre esta corte y la Santa Sede. Nápoles se apoderó de ellos varias veces. Como podian reproducirse las causas de esa mala inteligencia, Su Majestad, que se ocupa en pacificar la Italia, no ha querido dejarlas subsistentes. Roma y Nápoles son los estados por los cuales mas interés se toma, y en los que mas desea

ver restablecida la buena armonía y la amistad que tanto conviene á ambos, atendida la proximidad de sus dominios. Eran tan pocas las ventajas que la corte de Roma reportaba de esas distantes posesiones, que por esta causa eran difíciles de administrar, y por otra parte producian tan poco, que el corto sacrificio que se le pide que haga, será fácilmente recompensado por medio de las indemnizaciones que Su Majestad se propone ofrecerle, las cuales serán muy provechosas á Su Santidad. Es imposible que el Soberano Pontífice, animado como se halla siempre del deseo de conservar la paz, no conozca en su alta sabiduría los motivos que han de inducirle á aprobar las previsoras medidas que Su Majestad ha tomado despues de un maduro exámen para dar la tranquilidad á la Italia. Por lo mismo me creo dispensado de advertir á Vuestra Eminencia, que la resolucion que la corte de Roma adopte sobre este asunto, influirá necesariamente para fijar la naturaleza y la cuantía de las indemnizaciones que Su Majestad está dispuesto á conceder al Papa, segun lo ha manifestado en su mensaje al senado.»

En el momento en que el cardenal Consalvi llevaba esta nota á Su Santidad, este escribia al emperador manifestándole el pesar que le causaba el verse despojado de dominios suyos sin prevenirle antes cosa alguna. Expresóse en lenguaje templado y lleno de resignacion. Por su parte, el cardenal Consalvi entabló oficialmente las oportunas reclamaciones en términos claros y resueltos. El gobierno de París sostenia sus actos por medio de recriminaciones. Dióse órden á Alquier para que se quejase de que Barberini (Barberi), asesino de Duphot (fiscal en la época del motin promovido por el Directorio, del cual fué víctima dicho general), hubiese sido admitido como confidente del Papa (no hacia otra cosa que desempeñar tranquilamente el destino que se le habia confiado).

«Su Majestad no puede tolerar, decia el ministro, conformándose con una minuta dictada por el emperador, que conserve la plaza de prefecto de policia en Roma un hombre que la deshonor, y que se expone á ver como el primer destacamento francés que pase á Roma, vengue la muerte de Duphot en el mismo sitio en que se cometiera. El gobernador de Roma, como piá-montés que es (monseñor Cavalchini), ha de desear que el prefecto de policia que tiene á sus órdenes, no sea enemigo de su país, y si le conserva en su destino, solo debe tratársele (al gobernador) como *emigrado*.»

En este pasaje se aplicaba inexactamente el nombre de una magistratura de París á un destino de Roma muy distinto.

El 17 de junio el cardenal Consalvi presentó su dimision, reemplazándole el cardenal Casoni, vice-legado que fué en Aviñon en otro tiempo, y nuncio despues en España, el cual contaba á la sazón setenta y cuatro años. A pesar de este nombramiento, á menudo tendremos ocasion de hablar del cardenal Consalvi, pues un hombre como este no puede permanecer en la oscuridad por mucho tiempo.

El nuevo gobierno pontificio, profundamente resentido de la cesion de Benevento y Ponte Corvo, dejó de enviar instrucciones al cardenal legado, y determinó arreglar en Roma los asuntos de la Santa Sede. El cardenal Casoni tuvo en otro tiempo á su lado á monseñor Sala y á monseñor Mazio, que eran personas de gran talento. Estos fieles súbditos del Papa procuraban que se ejecutasen estrictamente las disposiciones del gobierno romano, y se oponian, cuando estaba á su alcance, á que el cardenal traspasase los límites de las extensas facultades que se le habian concedido.

No se tardó mucho en París en conocer la firme adhesion al Papa de monseñor Sala, personaje dotado á la vez de amables prendas sociales y de una incontestable destreza en el manejo de los negocios árduos. Monseñor Lazzarini y el abad Rossi reemplazaron luego á los dos referidos cardenales, y el gobierno francés se alegró de ello. Desde entonces el Papa no dispensó tanta confianza á su legado, si bien recibió alguna vez buenos consejos de sus nuevos secretarios.

Participóse al gobierno pontificio el advenimiento al trono del rey de Holanda, Luis, y dicho gobierno, cumpliendo con sus deberes y con las exigencias de su ministerio pastoral, contestó que esperaba que el nuevo rey, que profesaba el catolicismo, protegeria esta religion en su reino. Al mismo tiempo Alquier notició al Papa la promocion del cardenal Fesch á la dignidad de coadjutor sucesor del elector archicanciller, y el Papa le respondió que tendria suma complacencia en terminar pronto las negociaciones relativas á este asunto, puesto que se trataba de un pariente de Napoleon; pero que como dicho pariente recibia una dignidad alemana, era oportuno solicitar el consentimiento del emperador de Alemania, Francisco II.

Desde el momento en que el cardenal Fesch rompió con

Consalvi, prescindió de toda suerte de formalidades, y entendióse directamente con el Padre Santo. El mismo comportamiento usó Alquier con el nuevo ministro, el cardenal Casoni, escribiendo directamente al Papa el despacho siguiente:

« Santísimo Padre:

« En cumplimiento del mas honroso y grato de mis deberes, trasmito á Vuestra Santidad los votos que hace el emperador y rey, mi augusto soberano, para que se allanen las dificultades suscitadas entre Su Majestad y la corte de Roma. El emperador considera como una de las mas preciosas prerogativas de su dignidad la de proteger la Iglesia, cuya benéfica y augusta influencia nadie respeta tanto como él. Sin embargo, Su Majestad ha visto con pesar que la Santa Sede se oponia constantemente á tener una prudente y saludable condescendencia, contrariando inútilmente intereses que no puede descuidar el emperador y que no abandonará nunca. Por muy sensible que haya sido para Su Majestad el prurito que se ha demostrado en no acceder á sus demandas, el emperador solo se deja llevar por el deseo de acreditar su piedad filial al jefe de la Iglesia, y de darle nuevas pruebas del afecto que le profesa.

« Estoy expresamente encargado, Santísimo Padre, de asegurar á Vuestra Santidad que conservará íntegros sus estados, si adopta las medidas que la posicion de su reino y la seguridad de la Italia exigen.

« Su Majestad el emperador y rey, pide que Vuestra Santidad declare por medio de un convenio ó en otra forma conveniente:

« 1.^o Que todos los puertos de los Estados Pontificios quedarán cerrados á la Inglaterra siempre que esta se halle en guerra con la Francia. 2.^o Que las fortalezas de los Estados romanos serán ocupadas por tropas francesas, siempre que algun ejército desembarque ó amenace desembarcar en algun punto de Italia. Basta á Su Majestad que se acepten estos artículos, sin necesidad de que se hagan ulteriores declaraciones.

« Estas son, Santísimo Padre, las últimas proposiciones de Su Majestad, de cuya admision depende el que quede asegurado el poder temporal de la Santa Sede. Si se desprecian y rechazan, no será en vano. El ánimo de Su Majestad es evidentemente asegurar las comunicaciones entre la baja y alta Italia; y yo me atreveré á preguntar á Vuestra Santidad, ¿qué soberano que reuniese en esta parte de Europa tantos intereses, y estuviese revestido de tanto poder como Napoleon, se limitaria á exigir como medida preventiva de una guerra, condiciones tan sencillas como las que acabo de proponer? »

« Ruego á Vuestra Santidad que me permita deponer á sus piés el homenaje de mi profundo respeto, y que le pida su bendicion apostólica. »

El Papa contestó al embajador con toda atencion; mas ne-

góse á todo cuanto le pedia. «Vosotros, le dijo, sois mas fuertes que yo; por lo tanto haced lo que os sea mas ventajoso, ó lo que bien os parezca. Vosotros sereis dueños de mis Estados siempre que lo tengais á bien, y dispondreis de ellos á vuestro albedrío. Ya sabemos, aunque aparentamos ignorarlo, que en estos momentos se está fabricando, dentro de Roma misma, pólvora para el sitio de Gaeta, y construyendo brulotes á pocas millas de la capital. Nos guardaremos muy bien de intentar resistiros. ¡A qué, pues, exigir nuestro consentimiento! El emperador debe considerar que las protestas que haríamos en las circunstancias de que he hablado, no tanto servirían para disgustarle, como para evitar las quejas y los resentimientos de sus enemigos. Por lo demás, Su Majestad puede ejecutar sus amenazas cuando quiera y quitarnos todo cuanto poseemos. Estamos resignado á todo, y dispuesto á retirarnos á un convento, si así lo quiere, ó á las *Catacumbas de Roma*, á imitación de los primeros sucesores de san Pedro. (El Papa aludía á las cartas de Gregorio II á Leon Isáurico).» Todo esto lo dijo con mucha calma y con aire de inalterable resignación.

Hemos visto los debates que mediaron entre el Papa y Napoleon con motivo del título de emperador, y la respuesta dada por el Sumo Pontífice, quien no reconoce mas que un emperador de occidente, que es el que reside en Viena. Probablemente Napoleon procuró por medios, que es inútil investigar aquí, evitar que se compitiera por la posesion de ese título.

El 6 de agosto, el emperador Francisco II, publicó una manifestacion en la cual se leia lo siguiente:

«Convencido de la imposibilidad de llenar por mas tiempo los deberes que nuestra calidad de emperador nos impone, hemos de renunciar á una corona que solo tenia valor á nuestros ojos mientras nos era dable corresponder á la confianza de los electores, de los príncipes y de los estados del imperio, y llenar los deberes que nos correspondían. Declaramos, pues, que consideramos disueltos los lazos que nos han unido al cuerpo del imperio germánico.»

Desde este momento Francisco II dejará de ser emperador de Alemania, y solo lo será de Austria con el nombre de Francisco I. A pesar de esto, los ministros de Pio VII lo encor tra-

ron siempre dispuesto á hacer lo posible para mejorar la administracion interior.

El 23 de setiembre apareció un breve por el cual se institua una órden de caballería, con cuyas insignias debia condecorarse á los presidentes de la academia de bellas artes, titulada de San Lúcas, concluidos los tres años de su presidencia. Esta órden se denominó la Orden del *Moro* ó del *Moretto*. La cruz que usaba pendia de una cinta encarnada con listas negras. La cabeza de *Moro* que figuraba en ella, se parecia á las tres que se ven en el escudo de armas de Chiaramonti. Todos los artistas de Roma agradecieron al Padre Santo lo que acababa de hacer por ellos.

Era imposible que no cundiese en los demás puntos de Italia, en donde no dominaba aun la Francia, la voz de las violencias cometidas en los Estados romanos. Llamábase á los calabreses á la guerra como en el año 1799. Felipe Cancelier, brigadier del ejército del rey de Nápoles, Fernando IV, dirigió una enérgica alocucion á los habitantes de la baja Italia.

La situacion del Padre Santo afligia mucho á los romanos, los cuales esperaban que, si el rey Fernando recobraba Nápoles, cesarian las exigencias que con ellos se tenian con motivo del tránsito de tropas, y que el emperador se mostraria mas benigno.

Napoleon acababa de vencer en Jena, en donde hizo cuarenta mil prisioneros. El 27 de octubre entró en Berlín. El 21 de noviembre publicó en esta ciudad un decreto en que declaraba las islas Británicas en estado de bloqueo. El 28 del mismo mes la Rusia le declaraba la guerra, y el 19 de diciembre entraba el emperador en Varsovia.

CAPÍTULO XXXIX.

El cardenal Casani reclama contra el decreto de Berlín.—Solemnidades de una consagracion.—La iglesia de Nuestra Señora de París es erigida en basílica menor.—Muerte del cardenal York, último de los Estuardos.—Gastos de los Estados romanos en los años 1806 y 1807.—Despacho de Napoleon al virey sobre los asuntos de Roma.—Champagny es nombrado ministro de negocios extranjeros en reemplazo de Talleyrand.—Trátase de dar á entender que el gobierno de Roma piensa en nombrar emperador de occidente á Napoleon.—Respuesta del Papa al participársele el casamiento de Gerónimo con la princesa de Wurtemberg.—Napoleon se traslada á Venecia.

Alquier escribió á Talleyrand lo que sigue :

«Vuestra Alteza no puede olvidar lo que constantemente he dicho acerca de la obstinada resistencia del Papa, y de la imposibilidad en que me hallo de vencerla. Mucho se ha equivocado quien haya creido que el carácter del Papa, que solo es flexible en la apariencia, se doblegaba á todo: esto es cierto tratándose de materias administrativas y de puntos secundarios de gobierno, tocante lo cual el Papa fia en las personas á cuyo cargo corren dichos asuntos; mas respecto á todo lo que tiene relacion con la autoridad de jefe de la Iglesia, obra por sí solo..... El Papa tiene un carácter blando, pero irascible, y es capaz de desplegar una firmeza á toda prueba. Es indudable que verá con extremada satisfaccion que su resistencia produzca cambios políticos, á los cuales él dará el nombre de *persecucion*. Como todos los ultramontanos, opina que los *infortunios de la Iglesia*, es así como se expresan estos, han de traer tiempos mas felices y dias de triunfo, de modo que ya se dice en alta voz: «*Si el emperador nos derriba, su sucesor nos levantará.*» (Y así ha sucedido ya otras veces).

El cardenal Casani reclamó por orden del Papa contra el decreto de Berlín, lo cual produjo gran disgusto en el cuartel general de Ostrolenka. El virey de Italia quedó encargado de escribir al Papa, y lo verificó en términos llenos de deferencia. El Papa le contestó oponiéndole los mismos argumentos que otras veces, puesto que se le dirigian unas mismas demandas.

En el año 1807 tuvo lugar uno de los actos mas importantes del pontificado de Pio VII. Dejemos que los filósofos opinen lo que gusten sobre las apoteosis cristianas; Pero cuando nos hablan del Panteon, de la *patria reconocida á los grandes hombres*,

¿acaso hacen otra cosa que ofrecer al culto moral de las naciones el recuerdo de los adeptos del genio de la revolución? Sus homenajes solo se dirigen á los jefes de partido, cuya agitada vida, cuyos exagerados y á veces veleidosos sentimientos, han trastornado al mundo, y cuya fama se extingue casi en el mismo instante de su muerte. En los primeros momentos de entusiasmo todo se encuentra en ellos grande, noble y famoso, y con frecuencia basta un mes para enfriar tanto delirio. Mas la Iglesia procede con mas circunspeccion y acierto. Un solo exámen basta para beatificar; mas la canonizacion definitiva, generalmente no se pronuncia hasta despues de trascurrido un siglo. Las solemnidades con que se verifica son de las mas notables que puede practicar un papa, y las mas á propósito para avivar en los fieles el fervor religioso.

Todos pueden aspirar á esta sublime recompensa: el pastor, la cándida niña, el rey, el guerrero, el mero sacerdote, la oscura religiosa, y el misionero mártir de las Indias. Clemente XIV y Pio VI se abstuvieron de practicar las referidas solemnidades, temerosos de no poder costearlas por falta de recursos. — «Todavía somos pontífice libre, quizás solo por algunos meses, dijo Pio VII; ¿quién sabe si nuevos triunfos en el norte de Europa serán precursores de nuestra ruina? Apresurémonos á celebrar una fiesta, durante la cual podremos llevar aun la misma tiara que un hijo ingrato nos regaló en otro tiempo.» Pio VII venció todos los obstáculos á fin de satisfacer su deseo. Declaró que renunciaba á sus *propinas* (derechos particulares pertenecientes al sumo pontífice, y que ascienden á una suma muy crecida), que los demás gastos se pagarian dentro del plazo de diez años, y que no se omitiria nada para celebrar el acto solemne de la canonizacion con toda la pompa imaginable.

Oigamos al mismo Alquier como refiere la fiesta de la canonizacion. Al principio se expresa con el tono ligero propio de la época, mas concluye produciéndose como hombre de orden y de buen sentido. Estas son sus palabras:

«Un genio inmenso acudió á presenciar la canonizacion de cinco bienaventurados. Este acontecimiento interesa tambien á la Francia, la cual desde ahora cuenta con una nueva patrona, que es Coleta Boilet. De todas partes

vino gente á ver las ceremonias de la consagracion, las cuales habia próximamente un siglo que no se habian celebrado, y hasta comparecieron con dicho objeto católicos de Bohemia y de Hungría. Ha reinado en todo un orden admirable, y nada ha turbado en lo mas mínimo el regocijo público, excepto que nosotros hemos cometido una falta. En efecto, el ayudante comandante Ramel, que cumpliendo las órdenes de Su Alteza Imperial, el virey, no debiera haberse hallado en Roma, se permitió acudir al templo de San Pedro acompañado de un piquete de veinte cazadores de caballería que iban con el sable en la mano. No dejaron de impresionarse vivamente los espectadores al ver el amenazador aparato de esa comitiva, y el Papa, justamente ofendido de que un particular se presentase en Roma rodeado de tropa, me mandó dirigir un despacho muy fuerte; mas yo arreglé luego este asunto.»

¿Qué pasaba entretanto en el campamento de Finkestein? Acabábase de mandar en él que se publicase en Francia una bula del día tercero de las calendas de marzo de 1805 (28 de febrero), por la cual se erigia en *basílica menor* la iglesia metropolitana de París.

«Esta iglesia, decia la bula de Pio VII, tenia desde el siglo III el título de iglesia catedral y pontificia, y fué erigida en metropolitana por Gregorio XV. Dos veces la hemos visitado con nuestros venerables hermanos los cardenales de la Iglesia romana, y rodeados de casi todos los obispos de las Galias y de gran parte del clero francés.—Dicha iglesia está autorizada por Nos para usar en las procesiones el *palio* y campanillas, al igual de las basílicas de Roma.»

El emperador participó al Papa que la vireina de Italia habia dado á luz una princesa. El Papa le contestó en latin dándole mil parabienes, y escribió el mismo día al virey. Como este le habia hablado de manejos y de intrigas, el Padre Santo se expresó en estos términos:

«Continuamente se repite que no obramos por Nos mismo, sino que nos dejamos llevar por nuestros ministros y por malos consejeros. Sufrimos siempre resignadamente la humillacion por la cual se nos quiere hacer pasar, mas no podemos consentir que se altere la verdad. Lo volveremos á repetir despues de tantas veces como lo hemos dicho: en las resoluciones que adoptamos con respecto á los asuntos importantes de la Iglesia, no estamos sujetos á *influencia alguna*, y solo nos guian la voz de nuestra conciencia y nuestros deberes. No fiamos en los consejos ajenos, ni en nuestras luces, y no contento con examinar los negocios con madurez y exento de toda pasion hu-

mana, imploramos fervientemente el auxilio del Todopoderoso para que nos dirija á fin de procurar el bien de la Iglesia. No seguimos otro camino sino el que nos indica Dios, que es el único en el cielo y en la tierra que puede juzgar si cumplimos con nuestros deberes.»

El Papa promete al príncipe conceder la institucion canónica á los obispos italianos, cuyos informes se remitan á Roma.

El 15 de julio falleció en Roma el cardenal York en quien quedó extinguida la familia de los Estuardos. Dicho príncipe nació en la expresada ciudad el 6 de marzo de 1725, recibiendo el bautismo en el mes de mayo siguiente de manos del papa Benedicto XIII. Al principio era conocido con el nombre de duque de York, y con el de cardenal York desde 1747, en que Benedicto XIV le concedió la púrpura. Su padre, que casó con la nieta del libertador de Viena, Sobieski, entregó todos sus papeles y alhajas á su primogénito Carlos Eduardo, hermano del cardenal York, quien los poseyó desde la época de la muerte de Carlos, ocurrida en el año 1778. El cardenal York dejó un testamento muy notable. No faltan ingleses que aun hoy día procuran con grande empeño adquirir una medalla que este príncipe mandó acuñar en Roma, en la cual tomó el nombre de Enrique IX. Al saber la muerte del último de los Estuardos, Napoleon exclamó: «Si hubiese quedado de esa familia siquiera un niño de ocho años, yo le hubiera colocado en el trono de la Gran Bretaña.»

El Papa dispuso que se continuaran satisfaciendo exactamente los gastos ocasionados por la permanencia de las tropas francesas en Roma. Igualmente mandó que se formase un estado de todos los gastos públicos correspondientes al año 1806, y que se calculasen de antemano los de 1807. De los presupuestos que se verificaron resultó, que en 1806 los ingresos ascendieron á 2.869,287 pesos y 35 bayocos, valorándose los rendimientos de las aduanas solo en 397,300 pesos.

Los gastos se elevaron á 2.905,381 escudos y 31 bayocos. Por lo mismo, resultó solo un déficit de 36,000 pesos, y no obstante muchos de los agentes diplomáticos extranjeros residentes en Roma hablaban de la administracion de los Estados Pontificios como de un caos que debia traer su ruina. Despues de ordenar que se cubriera el déficit de 1806, Pío VII calculó los

ingresos de 1807. Según dicho cálculo estos ingresos (las cuentas del año 1808 probaron que se calculó bien), ascendían á 3.651,127 escudos y 37 bayocos, y los gastos á 4.786,391 escudos y 29 bayocos. El déficit que resultaba de 1.135,269 escudos y 72 bayocos, provenía de los abastos hechos y de los que habian de hacerse á las tropas francesas. ¿Qué estado invierte la cuarta parte de sus ingresos en el sosten de tropas extranjeras? El Papa decia con razon: « Hay tranquilidad en nuestros dominios; los ingresos bastan á cubrir los gastos que tenemos; mas como es preciso mantener á extranjeros, es indispensable crear nuevos impuestos, hacernos odiosos á los pueblos, y arriesgarnos á que estallen revueltas, que se nos inculpan como si dimanasen de causas políticas. »

Entretanto Alquier se quejaba en tono altanero y decia:

« Su Majestad Imperial y Real está muy incomodado de las pequeñas contiendas que no cesa de promoverle la corte de Roma, y en especial está enojado de las amenazas que se le hacen de excomulgarle y declararle caido del trono. No falta sino que se le reduzca á un encierro como á Luis el Benigno. Hora es ya de acallar todos estos clamores. »

No contento con proferir estas quejas, á que solo dieron lugar algunas vagas recriminaciones de empleados de segundo orden de Roma, Alquier pidió sus pasaportes para el caso de que no se facultase al cardenal Caprara para tratar de los asuntos del gobierno francés. Un dia el Papa respondió sin inmutarse: « Hemos hecho todo lo posible á fin de conservar la armonía y la concordia, y estamos dispuestos á obrar del mismo modo, con tal que se dejen intactos los *principios*, acerca de los cuales somos *inflexibles*. En este punto se trata de nuestra conciencia, y por lo mismo no se conseguirá de nosotros lo mas mínimo, *ancorchè ci scorticassero*; nuestro carácter es tal que nunca nos mantenemos mas firme que cuando se nos amenaza, ó se nos quiere inspirar miedo: nada tememos entonces, y á todo estamos dispuestos. »

Napoleon habia resuelto no tener mas correspondencia con el Papa; pero se complacia en argumentar acerca de sus debates con él. En 22 de julio escribió al virey desde Dresde, lo que sigue:

«Hijo mio:

«He visto en la carta que os ha dirigido Su Santidad, y que de seguro no ha escrito este, que se me amenaza. ¿Cree acaso Su Santidad que las prerogativas del trono son á los ojos de Dios menos sagradas que las de la tiara? Antes que papas hubo reyes. Quieren, dicen, publicar todo el daño que he causado á la religion. ¡Insensatos! Ignoran sin duda que no hay un solo rincón en el mundo, y sino ahí está la Alemania, la Italia y la Polonia, en donde el bien que he hecho á la religion no sea mayor que el daño que le ha causado el Papa, no con mala voluntad, sino por seguir los consejos de algunos hombres de limitados alcances que le rodean. Quieren denunciarme á la cristiandad; mas este ridículo pensamiento solo puede ser hijo de la profunda ignorancia en que se está del siglo en que vivimos: eso es retroceder mil años. El papa que diese semejante paso, dejaria de ser papa á mis ojos; yo solo le consideraria como el *Antecristo*, enviado para trastornar al mundo y causar daño á los hombres, y daria gracias á Dios por su impotencia. Si tal acaeciese, separaria á mis pueblos de toda comunión con Roma, y estableceria una *policía* tan rigurosa, que desde aquel momento dejarían de circular esos misteriosos escritos, y de celebrarse esas reuniones tenebrosas que han afligido á algunos puntos de Italia, y que solo se promueven para alarmar á las almas timoratas.... ¿Qué pretende hacer Pio VII denunciándome á la cristiandad? ¿Poner mi trono en entredicho, excomulgarme? ¿Cree tal vez que *las armas se caerán de las manos de mis soldados*? No faltaria entonces sino que me mandase cortar los cabellos y encerrarme en un convento.... El Papa actual se ha tomado la molestia de venir á París á coronarme. En esto he reconocido en él á un *santo prelado*; pero queria que yo le cediese las Legaciones, y yo no he podido, ni querido hacerlo. El Papa actual es *demasiado poderoso*; los sacerdotes no son para gobernar. ¿Por qué el Papa no quiere dar al César lo que es del César, y es en la tierra mas que Jesucristo? Quizás no está lejano el día en que si se malogran los asuntos de mis Estados, solo reconoceré al Papa como obispo de Roma, como igual y colocado en la misma categoría de los obispos de mis dominios. No vacilaré en reunir en concilio á las iglesias galicana, italiana, alemana y polaca para *arreglar mis asuntos sin el concurso del Papa*.... De hecho, lo que puede salvar en un país, puede salvar en otro: las prerogativas de la tiara no son en el fondo mas que deberes, reducidos principalmente á humillarse y orar. Ciño la corona por voluntad de Dios y de mis pueblos, y solo soy responsable de ella ante Dios y mis pueblos. Con respecto á la corte de Roma, me portaré siempre como Carlo-Magno, y jamás como Luis el Benigno.... Jesucristo no ha instituido una peregrinacion á Roma, como la prescrita por Mahoma á la Meca. Estos son mis sentimientos, hijo mio. He creído oportuno comunicároslos, y os autorizo

para escribir una sola carta al Papa, para darle á entender que no puedo consentir que los obispos italianos pasen á Roma á recibir su institucion. »

El virey envió al Papa, como por impulso propio y confidencialmente, una copia del transcrito despacho, añadiendo :

«Se quiere luchar con fuerza y me atrevo á decir con *orgullo* con un monarca que solo podemos comparar á Giro y á Carlo-Magno. ¿Era así como tralaban á Giro el patriarca de Jerusalem, y á Carlo-Magno los sumos pontífices que reinaban en Roma en su tiempo?

«..... Lo he dicho ya todo, Santísimo Padre, y creo que lo que he expresado, es una prueba de mi respeto hácia vuestra persona y de fidelidad á mis deberes.»

Alquier instaba reiteradamente al Papa para que se encargase al cardenal Caprara que se entendiese en París con Portalis. El Papa respondió : « Ese excelente hombre (el cardenal Caprara) tiene demasiados años para tratar con Portalis, *il piu gran parlatore del mondo.* » Y propuso en seguida, para el expresado objeto, al cardenal Litta.

En el mes de agosto Talleyrand fué nombrado vice-gran elector, y sustituido en el ministerio de negocios extranjeros por Champagny. Uno de los primeros actos de este fué escribir al gobierno pontificio, que el emperador no queria por negociador al cardenal Litta, sino al cardenal Bayane. Este despacho partió en el mismo momento en que se recibia un elogio del cardenal Litta, á quien Alquier calificaba, con razon, de discreto, prudente é instruido, diciendoa demás que reunia todas las cualidades que constituyen un hombre de bien, y las que se adquieren en el trato del gran mundo y con la costumbre de vivir entre personas escogidas. « No hay ningun extranjero que conozca tanto como él nuestra historia y nuestra literatura, y que mejor haya observado los progresos que hemos hecho en las ciencias. » Estos elogios son merecidos. Mas en París se preferia á monseñor Bayane, que era *doctor de la Sorbona*, y muy respetable, instruido y gran jurisconsulto; mas se hallaba afectado de tan gran sordera, que en realidad solo podia ocuparse de los negocios por escrito. En defecto del cardenal Litta, el gobierno pontificio deseaba enviar á París al cardenal Pacca, hombre de

mucho mérito y de grandes sentimientos religiosos. Mas en París se dijo: «¿Qué quiere ese cardenal, que es nuestro enemigo? ¿Viene á reconocer como súbdito al duque de Benevento, ó á continuar intrigando contra la Francia?» Y se persistía en pedir al cardenal Bayane.

El 15 de agosto se celebró la fiesta del emperador por orden de Alquier, quien tuvo buen cuidado de mencionar en sus despachos al poeta Monti, que recitó hermosos versos acerca de la batalla de Friedland.

Es indispensable consignar aquí un pasaje del despacho de Alquier, el cual prueba que, al rededor del Papa y contra su voluntad, se procuraba obtener á toda costa la paz con la Francia. El Papa nada sabia de esas intrigas. En sus breves, en sus palabras, en medio de sus protestas de que tendria valor y resignacion, dejaba traslucir su afecto á Napoleon, y aprovechándose de esta circunstancia, se tentó un medio de acomodamiento, pero vil, impolítico é irrealizable á la vez.

«Reina aquí tal agitacion, escribia Alquier, que no se piensa en otra cosa mas que en buscar garantías de *sumision*, brillantes homenajes, distinciones extraordinarias para ofrecerlos á Su Majestad el Emperador y Rey, á fin de calmar sus resentimientos y conseguir la *conservacion* propia. Así es que un personaje de grande influencia, y que de seguro estaba encargado de acercarse á mí, no ha muchos dias me decia: «Si para apaciguar á Su Majestad y determinarle á *dejarnos vivir* (¡cuán impropias son estas palabras del carácter de Pio VII!) fuese preciso hacer por él lo que en otro tiempo por Carlo-Magno; si fuese preciso hacer mas todavía, creed que seria muy fácil conseguirlo.» A pesar de esta gran franqueza con que me habló dicho personaje, que seguramente estaba autorizado para expresarse en tales términos, me limité á escucharle.»

Cundió en Roma la voz de que el invencible guerrero que hizo firmar el tratado de Tilsitt, y que fundó en Alemania un trono para su hermano Gerónimo, estaba próximo á llegar á Roma, en donde este rumor alarmó vivamente los ánimos. La Rusia abandonaba á Napoleon, y sin defensa, la Italia, la España, que procuró entrar en la alianza y que se vió obligada á retroceder; el Portugal, la Alemania y la Pomerania sueca. Mientras conseguia todas estas ventajas, el czar Alejandro le dijo un dia las siguientes palabras, que le impresionaron

ron mucho. «Yo no tengo que tratar asuntos referentes al culto; yo soy el jefe de mi Iglesia.» Entretanto Alquier escribía á París.

«El cardenal Bayane va á partir. Me ha dicho: «Ignoro cuáles son las intenciones de Su Majestad respecto al título que simbolice su poderío; mas creo que si *le conviene* ser consagrado emperador de Occidente, no se opondrá aquí dificultad alguna. Lo que es yo no lo propondré; mas si en París se me hablase de ello, escribiría al Papa, quien no dudo accedería.»

«Fácilmente he comprendido que al hacerme esta manifestacion de un modo confidencial, el ministro de la Santa Sede ofrecia un equivalente á la formal adhesion á un pacto federativo, que aunque difícil de alcanzar, no lo juzgo sin embargo irrealizable, si bien, lo repito, será de todas las negociaciones la mas penosa.»

Las personas de la corte de Roma que se ocupaban del proyecto del cual se habla en las anteriores líneas, decian que no habia ya emperador de Alemania, que Francisco era desinteresado y que convenia salvar á la Santa Sede, realizando el expresado designio. Al mismo tiempo, Pio VII, que nada sabia de todo esto, escribió á Napoleon en los mas afectuosos términos, de los cuales pretendió deducirse que tenia noticia del plan que se meditaba; mas Pio VII estaba convencido de que cuanto mas concediese, mas se le pediria, y mas dificultad tendria en defender el resto de las provincias de la Santa Sede contra un *emperador de Occidente* mas que nunca poderoso, merced al tratado ajustado con la Rusia. Tambien el cardenal Casani ignoraba los manejos que se practicaban. Por desgracia cuando un gobierno sufre persecuciones, cuando se ve amenazado de mayores conflictos, no faltan intrigantes de poca importancia que pretenden salvar al Estado, y que si se les dejase hacer, lo precipitarian en un abismo de desgracias. Lo que pasaba en Roma en esa época prueba cuán digno de lástima es un país, cuando en medio de los infortunios públicos aparecen charlatanes para dar pérfidos consejos. Tocante al cardenal Bayane, creía sin duda secundar las miras de Su Santidad; mas estaba en un grave error.

Este representante pontificio recibió el 29 de setiembre sus credenciales y un breve para el emperador, en el cual se

dice: « El cardenal Bayane sabe bien que no os queremos menos que antes. »

« ¿ Qué ha escrito últimamente Alquier acerca de Roma? preguntó Napoleon á Champagny. — Ha escrito, respondió el ministro, que no se puede dudar de las pacíficas intenciones del Papa; pero que los consejos de los cardenales Antonelli, di Pietro y Roverella influyen sobre su débil y blando ánimo, procurando dominarle tambien los monjes que constituyen su trato familiar, los cuales someten su pensamiento y sus acciones á las reglas teológicas con que siempre están pertrechados. » Napoleon hubiera podido replicar: « ¿ Mas, cómo el Papa, teniendo consejeros tan malos y tan enemigos de mi gloria, tiene tambien otros que le aconsejan hacerme *emperador de Occidente*? » Sin duda habria motivos para creer que el proyecto de constituir un imperio de Occidente, se concibió en París, se insinuó á personas tímidas de Roma, y se propuso al gobierno de París por medio de un hombre de bien, cuyas dolencias debieran haberle alejado de los negocios.

Alquier continuaba escribiendo, y algunas veces con extraordinaria libertad. Se atrevió hasta á hablar de Nápoles y de la mala administracion de los franceses, lo cual dió lugar á que se le pidieran explicaciones concretas, diciéndole: « Cuando se toca á rebato, el emperador quiere que se le indique en dónde está el incendio. »

Íbase á tender un lazo al Padre Santo. Participósele que Gerónimo Bonaparte habia contraído enlace con una princesa de Wuntemberg, y en la contestacion que debia dar era fuerza que escogiese entre hablar del anterior matrimonio de dicho príncipe, ó callar acerca de él. En el último caso, su silencio pareceria indicar que aprobaba el matrimonio recientemente contraído. Su Santidad se decidió á abordar francamente la cuestion relativa al casamiento celebrado en América.

« Creemos, sin embargo, decia el Papa, que despues del exámen que hicimos de las razones que se nos alegaron relativas á la nulidad del primer matrimonio contraído por el príncipe, pueden haberse presentado nuevos y justos motivos, que no se han manifestado y que ignoramos, á consecuencia de los cuales se habrá celebrado el casamiento que Vuestra Majestad nos participa. La expresada creencia nos consuela en medio de la amargura y de la in-

quietud que sentimos al recordar lo que en un caso semejante y despues de un maduro exámen escribimos en otra ocasion á Vuestra Majestad.

«No cesamos, ni cesaremos nunca, de hacer los mas ardientes votos al dispensador de todos los bienes para que se digne derramar abundantemente sobre Vuestra Majestad y su querido hermano sus preciosas luces, y darle á conocer, para que la cumpla, su santa y siempre respetable voluntad, acerca del importante acto expresado.»

Si llegó á creerse que Pio VII conocía las bajas proposiciones que se hacian á Napoleon, este solo pasaje basta para convencer al lector de que ninguna consideracion bastaba á contener la decision del Sumo Pontífice, y que era incapaz de solicitar la paz á costa de los dogmas de la Iglesia. Juzguen de nuestros principios los protestantes que lean las trascritas líneas, y tambien de los derechos que defendemos en favor suyo, aun cuando nos han abandonado; y digan si somos intolerantes y crueles; digan si no amparamos el honor de sus hijas, como si fuesen aun nuestros hermanos; y si les tendemos la mano, ¿podrá decirse que somos rencorosos, iracundos, y vengativos?

El gabinete de Viena encargó al caballero Lebzeltern que recogiese datos sobre el viaje del cardenal Bayane. Tengo á la vista algunos escritos de dicho representante austriaco, los cuales prueban que penetraba todos los misterios, y que instruía á su gobierno de la verdad, presentándola empero á sus ojos con modestia y con aire de duda. Sin embargo, ó nada sabia acerca de lo relativo á la fundacion de un *imperio de Occidente*, ó se abstenia de hablar de ello.

El gobierno pontificio asoció á monseñor della Genga al cardenal Bayane, quien, despues de detenerse en Milan, pasó á París, quedando encargados ambos de tratar las varias dificultades suscitadas entre el gobierno francés y el pontificio. De repente llega á Roma la noticia de que el general Lemarois acababa de ocupar á Macerata y el ducado de Urbino.

El emperador Napoleon anunció que haria un viaje á Italia, y el Papa envió á Milan para cumplimentarle á los cardenales Caselli y Opizzoni. En 7 de diciembre Champagny dirigió á Alquier desde Venecia un despacho, cuyo contenido se supo luego en Roma y que es como sigue:

«Señor embajador: Su Majestad Imperial y Real acaba de pasar nueve días en Venecia. En ninguna otra ciudad se le ha recibido con mas entusiasmo, ni dado mas señaladas muestras de afecto. Venecia ha desplegado siempre mucho aparato en sus fiestas; mas las de ahora han presentado un carácter particular, por el inmenso regocijo que el público ha manifestado. Todas las autoridades salieron á recibir al emperador á Fusina, y toda esta parte de canales estaba cubierta de góndolas y de barcas lujosamente empavesadas. El emperador entró en el gran canal por un arco de triunfo, y atravesando la ciudad entre las aclamaciones de sus habitantes que acudian en tropel á todos los puntos por donde el emperador habia de pasar.

«Desde su llegada, el emperador se entera del actual estado de Venecia y del medio de restituirla su antigua prosperidad. Ha visitado los establecimientos de marina y de comercio, el arsenal, el curso y las embocaduras de los canales, las fábricas, la casa de moneda, y todo cuanto exige mejoras. Venecia ha adquirido nuevos recursos en dinero y en bienes; se han botado al agua en presencia del emperador una corbeta y una fragata. Todos los trabajos del arsenal se emprenden ahora con mas actividad. Su Majestad ha conversado extensamente con los mas ilustrados comerciantes y administradores públicos: se ha hecho presentar proyectos, ya para el embellecimiento de Venecia, ya para atender á sus necesidades; ha ordenado trabajos, facilitando fondos para ejecutarlos, y en todo ha demostrado á Venecia que se interesaba mucho por ella y que la queria.

«Todos los días se ha obsequiado con fiestas al emperador, quien ha quedado muy satisfecho de las pruebas de afecto que sus súbditos le han dado.

Sus Majestades el rey y la reina de Baviera, Sus Altezas Imperiales la princesa de Luca y el virey de Italia, han llegado á Venecia con el emperador. Su Majestad el rey de Nápoles ha venido á pasar algunos días al lado de su augusto hermano.

El emperador se dispone á marchar á Udina y á Palma-Nova, cuyas fortificaciones desea ver, y se propone pasar en seguida á Milan, á donde es probable que llegue el día 15 de este mes.

«El viaje al Friul interesa mucho á Su Majestad hoy día. Acaba de ajustarse con la corte de Viena un convenio, por el cual los límites de dicha provincia se extienden por la parte del Isonzo desde el canal hasta el mar.

«Al marcharse de Venecia, Su Majestad deja en ella recuerdos indelebles.»

La publicacion de este despacho alentó á los que opinaban que era preciso que el Papa cediese á las exigencias de un conquistador tan poderoso, que de tal modo disponia de los Estados de la antigua y pujante república de Venecia,

y á quien los aduladores apellidaban ya *emperador de Occidente* (1).

CAPÍTULO XL.

El general Miollis ocupa Roma.—El cardenal José Doria reemplaza al cardenal Casoni.—Alquier recibe la orden de dejar á Roma y de encargar los negocios á Lefebvre. El cardenal Gabrielli reemplaza al cardenal Doria.—Carta de monseñor Cavalchini al Papa.—Despacho de Lebzeltern á Stadion.—Prision de monseñor Barberi.—Alocucion del 11 de julio.—José es erigido rey de España.—Primer sitio de Zaragoza.—Diputados españoles en Roma.—Joaquin es elevado al trono de Nápoles.—La reina Clotilde es declarada venerable.

Continuaban en París las discusiones. Alquier envió al cardenal Casoni los argumentos de Champagny contra el poder temporal de los papas, y el 28 de enero contestóle el cardenal.

Napoleon mandó ocupar á Roma bajo pretexto de que el ejército se dirigia á Nápoles, y luego manifestó que esa ocupacion seria momentánea. Las tropas francesas entraron en Roma el 2 de febrero (dia que será memorable). El comandante del fuerte de San Angelo, Angel Colli, envió al general Miollis una protesta contra la ocupacion de dicho castillo. El dia 3 el Papa tuvo una entrevista con Alquier y el general Miollis, á quienes manifestó que mientras las tropas francesas permaneciesen en Roma, se consideraria prisionero y no entraria en ninguna clase de negociaciones. Pasáronse luego algunos dias en recíprocas recriminaciones sobre una proclama, publicada por el cardenal Casoni. El dia 8 el Papa accedió á recibir á la oficialidad del estado mayor: «Nos queremos á los franceses, dijo, y por muy dolorosas que sean las circunstancias en que nos hallamos, nos complace que hayais venido á nuestra presencia. Sois célebres en toda la Europa por vuestro valor, y no podemos menos de hacer justicia á

(1) Respecto al título de *emperador de Occidente*, consigno nuevos datos en una obra titulada: *Historia de la vida y de los trabajos políticos del conde de Hauterive*.

vuestros desvelos para que reine una rigurosa disciplina entre los soldados que están á vuestras órdenes.»

En 2 de febrero, el cardenal Casoni dirigió una nota á los embajadores enterándoles del estado de las negociaciones, y lo propio hará en lo sucesivo el gobierno pontificio siempre que ocurra algún conflicto. A esto se debe el que desde esta época se supiese circunstanciadamente en Europa todo cuanto pasaba en Roma.

Napoleon decia que para él tenian mucho valor las representaciones de los habitantes de los paises acerca de los asuntos que se cuestionaban. Así es que Alquier no vaciló en transmitirle las observaciones de un prelado, tocante al número de cardenales que debia pedir la Francia. La memoria de dicho prelado era en algunos puntos satírica, y Alquier ó no se enteró de ella, ó no la comprendió bien.

Viendo el cuerpo diplomático que Pío VII habia dejado de pasear por los alrededores de la ciudad como acostumbraba, procuró inducirle á adoptar un nuevo método de vida. El Papa respondió atentamente que agradecia el interés que por él se demostraba, pero que habia resuelto no salir de su palacio de Monte Cavallo, mientras hubiese en Roma un ejército extranjero.

Atendido el mal estado de la salud del cardenal Casoni, el Papa nombró pro-secretario de Estado al cardenal Doria (es digno de observarse que desde que el cardenal Consalvi dejó la secretaria de Estado, los que tras él ocuparon este puesto tuvieron la calidad de secretarios interinos). Uno de los primeros actos del cardenal Doria fué anunciar que el Papa no autorizaba la celebracion de las fiestas de Carnaval, atendido el estado de luto en que se hallaba Roma, y al mismo tiempo para evitar que al abrigo de la máscara se insultase á los franceses.

No puede desconocerse que en muchos de sus despachos Alquier se expresaba en lenguaje elevado y vigoroso. Cuando la ocupacion de Roma, recibió de París una nota redactada por Napoleon, y concebida en lenguaje sofisticado, la cual creyó oportuno no entregar; mas se le mandó luego que lo hiciese y que pidiera sus pasaportes en el caso de no acceder la Santa Sede á todo lo que de ella se exigia.

Viendo Alquier que no se le otorgaba cosa alguna, pidió sus pasaportes, dejando en Roma, en calidad de encargado de negocios, á su secretario, Lefebvre, quien trató á la corte romana con toda la atención y con todos los miramientos imaginables, llevado de un vivo deseo de arreglar los asuntos y de conciliar en lo posible; mas también él recibió orden de salir de Roma, en donde el general Miollis debia administrar solo. El general dispuso que se reunieran las tropas pontificias, las cuales incorporó en seguida á las tropas francesas, de cuyo acto protestó el cardenal Doria en 16 de marzo por medio de una nota muy enérgica. El coronel Friess decidióse á abandonar el servicio del Papa, y el virey le escribió desde Milan felicitándole en nombre del emperador.

El 27 de marzo el Papa quedó privado de los servicios del cardenal Doria, á quien por ser genovés se mandó salir de Roma. En su reemplazo nombró al cardenal Gabrielli, que era romano. Lefebvre no pudo, ni debió obtener concesion alguna del Papa, pues lo que se pedia á este era la cesion de casi todos sus derechos. Echóse mano como á último recurso de una persona de mucha nombradía, á quien se suponía pertenecer al número de los autores del proyecto referente al *imperio de Occidente*. Dicha persona acabó por dirigir á Lefebvre la esquila que copiamos á continuación, en la cual se vé que no todos los que rodeaban al Papa aprobaban su resistencia. La esquila lleva la fecha del 18 de abril y dice:

«¡ Quisiera Dios que pudiese decirlos algo nuevo y bueno! Ayer conjuré á Su Santidad para que no nos perdiera; mas no se halla dispuesto á entrar en una alianza ofensiva. Me citó el ejemplo de Clemente XI que no quiso entrar en una liga puramente defensiva con la Francia. Veo con pesar que nuestra pérdida es segura; mas es preciso resignarse. Os ruego, amigo mio, que estéis persuadido de que nadie ha negociado tanto como yo..... Estoy encargado..... ¡ Quiera el cielo que se verifique un cambio y un arreglo que impidan vuestra marcha! Adios, mi estimado amigo.»

El Papa no esperaba ya que hubiese un arreglo; pues veía un constante deseo de despojarle. Así es que ordenó al cardenal Caprara que pidiera sus pasaportes. Lefebvre recibió también orden de pedir los suyos. Se le echó muy de menos en

Roma, pues era hombre de buenos y agradables modales, y aunque escribió con energía habló, siempre del Papa en términos comedidos.

El 21 de abril algunos soldados sacaron de Roma al gobernador de ella, monseñor Cavalchini, quien antes de marcharse se retiró á su gabinete, en donde escribió al Papa la siguiente carta que hizo publicar en seguida :

« Nunca mi alma ha experimentado un consuelo y un gusto tan grande como en el momento de dirigir á Vuestra Santidad esta respetuosa carta. ¡Carta feliz, podrás acercarte al trono, ya que no se permite al que te ha escrito! ; Tú serás un eterno testimonio del pesar con que hoy, arrancado de aquí á la fuerza, me separo de mi soberano y de mi padre! Voy á dejar á Roma: mi alma está serena, mi espíritu tranquilo, y mi conciencia no me recuerda por ningún delito. Vuestra invencible firmeza, Santísimo Padre, y el noble ejemplo de tantos eminentes personajes, revestidos de la púrpura que sufren la misma injusta tribulación, me animan y consuelan. Honroso es mi delito, y debo enorgullecerme de él en medio de toda suerte de adversidades y suplicios; mi delito consiste en haberos conservado la fidelidad que debía. ¿ Y quién no conservará fidelidad á un héroe por su paciencia y su energía á un tiempo, como demostrais serlo, Santísimo Padre, y como lo sois realmente; al jefe de la iglesia al sucesor de san Pedro? Yo me estremecí al oír las proposiciones que se me hicieron de concederme grandezas, fortuna y honores, si me revelaba contra vos y vuestro trono; me estremecí, y me estremezco todavía al recordarlo.

« Tales recompensas se parecían á las monedas que recibió el discípulo que vendió á Jesucristo. Aceptándolas hubiera creído admitir el estipendio de la iniquidad, y el vil precio de la sangre y de la impiedad. Las amenazas no me han abatido; tampoco me abato ahora que estoy estrechamente custodiado, y cuando se me haya arrancado de Roma continuaré siendo el mismo. ¿ Y qué ministro que os sea fiel es capaz de humillar la cabeza? Se me podrá privar de todo, menos del gozo de una conciencia pura; sufriré sin merecerlo por mi adhesión á la Santa Sede, y por el afecto que tengo á vuestra sagrada persona. Se me aleja del hogar paterno, y se me encierra en una fortaleza distante de Roma (Finistrela); mas los espesos muros que me rodean, y las cadenas que tal vez se me pongan, no podrán impedir que yo piense continuamente en *vuestros consejos* y en *vuestros ejemplos*, que para mí fueron legítimas prescripciones. Ruego á Vuestra Santidad que, aunque léjos, se me permita conservar el destino que he tenido el honor de desempeñar en Roma, aunque por pocos años, con toda la fidelidad y rectitud que he podido. Esto me servirá de consuelo en las vicisitudes de mi penoso destier-

ro. Dios se encargará, no lo dudo, de hacer que aparezca la justicia de mi causa, la cual sigue los mismos pasos que la vuestra. Estos son los sentimientos de que me hallo animado, Santísimo Padre, en el momento de partir. Poseído del mas ardiente fervor religioso y de filial cariño, imploro ahora y para siempre la paternal bendicion apostólica.

«CAVALCHINI, gobernador de Roma.»

La policía del general recogió las copias de esta carta, quemando mas de doscientas, á pesar de lo cual los amigos del Papa consiguieron enviar gran número de ellas á Nápoles, á Toscana, al Piamonte y á Viena.

Hemos visto que el general Miollis incorporó al ejército francés las tropas pontificias de Roma. Sin embargo, les dejó su antigua escarapela, que era encarnada y amarilla. Insignificando las órdenes de Su Santidad, el cardenal Gabrielli expidió un edicto, en el cual se decia que en adelante la escarapela de los militares que se mantuviesen fieles, seria blanca y amarilla. Acogióse con entusiasmo este edicto. Todos los dias se inventaban medios en Roma para demostrar el descontento que reinaba en ella. Vendióse públicamente el retrato de Luis XVIII; mas no tardó la policía en apoderarse de todos los ejemplares que pudo.

El gobierno imperial se enseñoreó de las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino, declarándolas perpétua é *irrevocablemente* incorporadas al reino de Italia, por no haber el Papa querido hacer la guerra á los ingleses, ni unirse á los reyes de Italia y Nápoles para defender la Península, y además porque el ilustre predecesor de Napoleon, Carlo-Magno, verificó su donacion solo en beneficio de la cristiandad, y no en provecho de los enemigos de esta religion santa. El 19 de mayo el cardenal pro-secretario de Estado, Gabrielli, dirigió una protesta del hecho que acababa de consumarse á Alberti, encargado de negocios del reino de Italia. Al cabo de poco tiempo se prendió á dicho cardenal, cuyos papeles se sellaron en el mismo palacio del Papa. Todos estos acontecimientos se participaron oportunamente al cuerpo diplomático. Vamos á consignar la relacion que Luis de Lebzeltern, encargado de negocios de Austria, dirigió con fecha 18 de junio al conde Stadion, ministro de negocios extranjeros de dicho imperio,

acerca de una importante encíclica, de la cual la expresada relación me dispensa hacer el análisis. Dice así:

«Señor conde:

«Hace algunos días que aquí se tiene conocimiento de una encíclica dirigida por el Padre Santo á los obispos de las provincias desmembradas de sus estados é incorporadas al reino de Italia, la cual contiene instrucciones, no tan solo para ellos, sí que también para sus súbditos, tanto eclesiásticos como seculares. Dice sustancialmente lo que sigue. El Padre Santo demuestra profundo pesar por los acontecimientos que han tenido lugar, y satisfaccion por el moderado y prudente comportamiento de sus súbditos y por su adhesión á su persona. Sin embargo de que fia completamente en sus sentimientos, cree de su deber prescribirles algunas reglas de conducta, para evitar compromisos á su conciencia. El Padre Santo desenvuelve las inmutables bases de su soberanía temporal, así como las [de su autoridad espiritual; los sagrados deberes que tiene de transmitir á sus sucesores en toda su integridad el patrimonio de la Iglesia, y la obligación de los emperadores y reyes católicos de defenderle y protegerle. Se expresa amargamente contra la desmembración de sus dominios, contra la protección otorgada á todos los cultos, incluso el de los judíos, contra los juramentos que se exigen á los nuevos súbditos, contra los códigos que se han publicado, contra las disposiciones adoptadas, y contra el indiferentismo y las persecuciones que sufre la Iglesia. Prohíbe á sus súbditos cooperar al establecimiento de un nuevo orden de cosas, practicar actos que denoten consentirse ó que sirvan para consolidarlo, prestar juramento de fidelidad ó de obediencia, y aceptar y pedir empleos. A los obispos les veda cantar el *Te Deum* con motivo de la incorporación de las provincias ó de la instalación de las nuevas autoridades. Considerando posible que estas últimas podrian exigir el juramento como una medida necesaria para conservar la tranquilidad pública, el Papa prescribe á sus súbditos que se limiten á una obediencia pasiva, y á mantenerse sumisos para garantir el sosiego público, que no les es permitido turbar por medio de desórdenes ni de bandos. Para el caso de no poder evadirse de prestar el juramento, les prescribe la fórmula siguiente: *Prometo y juro no tomar parte en conjuraciones ó sediciones contra el gobierno, y obedecerle en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios y de la Iglesia.* El Padre Santo concluye exhortando á los obispos y á sus súbditos á resignarse y mantenerse fieles á sus principios.

«Si semejantes instrucciones podian contrariar las miras del gobierno italiano, las explanaciones que siguen, los principios que en ellas se desenvuelven, y las palabras con que se califica la desmembración de las provincias, eran á propósito para ocasionar nuevos disgustos á Su Santidad. El general Miollis remitió en el acto á Bayona y á Milan, la copia del documento de

que se trata, el cual está fechado en 24 de mayo.—En la nota adjunta, dirigida por el cardenal Gabrielli al general conde de Miollis, verá Vuestra Excelencia cuál ha sido el resultado de la primera noticia que se dió de la publicacion de la encíclica. El general Miollis quiso asegurarse de si la secretaria de Estado redactó las expresadas instrucciones. El cardenal respondió que si se le interpellaba oficialmente, debia decir que de sus actos y de los asuntos que le estaban confiados, solo debia responder ante Dios y ante su soberano; que si se le interpellaba amistosamente, responderia sin vacilar que él era el autor de dichas instrucciones. Ayer los oficiales franceses que se mencionan en la nota del secretario de Estado, pasaron de nuevo á la casa de este para proceder á la inspeccion y exámen de sus papeles, y quitar el sello que pusieron en su gabinete. El cardenal saldrá hoy del palacio del Papa para trasladarse á su casa, desde donde se le conducirá esta tarde á su obispado de Sinigaglia.

«Difícil es conjeturar quién será elegido secretario de Estado. Los cardenales que quedan en Roma son pocos, están abatidos por el peso de los años y de las enfermedades, á excepcion de algunos, entre ellos los cardenales Pacca y Erskine; mas como estos últimos han tenido la desgracia de excitar prevenciones contra su modo de pensar, no obstante sus moderados principios y su constante indiferencia por los asuntos políticos, es probable que á ser nombrados, ocuparían su puesto muy pocos dias.

«A consecuencia del decreto de Su Majestad el emperador Napoleon de 2 de abril, por el cual se mandaba salir de Roma á los súbditos italianos empleados en ella, el cardenal Antonelli se dirigió á Milan, pidiendo que se le eximiera de la ley, atendida su edad octogenaria (nació en 1730), y sus enfermedades, hallándose resuelto, en el caso de desestimarse su demanda, á permitir la confiscacion de todos sus bienes antes que dejar la ciudad, en donde residia desde sus primeros años. El gobierno de Milan le concedió únicamente un plazo de ocho dias dentro de los cuales debia marcharse, declarando que en caso de desobediencia, se le consideraria rebelde á la ley. El cardenal creia que con abandonar sus bienes y sujetarse á la pena impuesta quedaria libre; mas temiendo en vista de las palabras de la comunicacion que se le dirigió, que se adoptase contra él alguna rigurosa medida, y habiendo espirado ayer el plazo que se le concedió para marcharse, ha arreglado sus cosas por si se le trata como á los demás cardenales.

«Algunos oficiales franceses se presentaron anteayer por la tarde en casa de monseñor Riganí, secretario de la Consulta, prelado distinguido por su talento y por sus luces. Despues de sellar sus papeles y de ponerle guardias de vista, le intimaron que saliese de Roma dentro de veinte y cuatro horas, y que se trasladase á Ancona, en donde sabria el destino que se le reservaba y los cargos que se le hacian. La providencia adoptada con respecto á este prelado no pudo haberse tomado en virtud del referido decreto, puesto que habia nacido en Nápoles y se hallaba domiciliado en Roma desde su infancia.

Se atribuye á una de estas dos causas, á saber: ó bien por haber expedido la encíclica á los puntos designados, ó bien por haberse producido con poca circunspeccion en algunas de sus correspondencias oficiales.

«Como creo que los deberes de mi posicion me obligan á instruir á Vuestra Excelencia de los hechos públicos, y á elevar á su superior conocimiento los documentos generalmente conocidos, lo verifico sintiendo verme en el caso de abordar cuestiones tan delicadas, acerca de las cuales me abstengo de reflexiones, manteniéndome en un terreno estrictamente neutral. Sin embargo, por mucho que sea el respeto que me inspira este gobierno, no puedo disimular que la carta-circular que le ha ocasionado nuevos disgustos, y cuyo objeto se dice aquí ser puramente espiritual, me parece impolítica, y por otra parte mal redactada, y tan distante de estar acomodada á las luces del siglo, que bajo muchos conceptos ha de producir forzosamente una impresion desagradable á la mayor parte de sus lectores. Los principios que en ella campean sobre la libertad de cultos, afectan á todos los soberanos, y aun cuando estuviesen conformes con las máximas antiguas, no es esta la época de proclamarlos y aplicarlos, desde el momento en que se hallan en oposicion con los principios que han creído oportuno adoptar los soberanos piadosos y protectores del catolicismo.

«La rigurosa medida adoptada contra el secretario de Estado, se ha acordado sin duda en Milan, puesto que parece imposible que se conoza ya el parecer de Su Majestad el emperador Napoleon tocante al referido escrito, aun cuando desde un principio se hubiese enviado á Bayona.

«Si esta corte hubiese tenido el ánimo de apresurar un desenlace que acabara con las fluetuaciones y con las vicisitudes que ofrecen los negocios, parece que nunca como ahora hubiera podido hallar el medio de conseguirlo.

«Se pretende que el Padre Santo que ha ostentado hasta aquí tanta moderacion como constancia, ha sentido que se haya dado publicidad á un escrito redactado en un momento de excitacion producida por el desmembramiento de provincias. De todos modos es muy sensible que la reconciliacion de los dos gobiernos aparezca cada dia mas problemática, sino del todo imposible.

«Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto, etc.»

Tambien se recogió este escrito, en que un representante extranjero escribia libremente á su gobierno. Ya se nos ofrecerá ocasion de hablar otra vez de Lebzelttern.

El general Miollis temia que el dia 26 de junio estallase una sublevacion en Roma. Unos pescadores cogieron en las redes que tenian en el Tiber un enorme sollo. Al verle prorumpieron en gritos diciendo: «Vamos á llevarlo al Padre Santo.» Sin embargo, no se turbó el orden, y las respetuosas exclamaciones

maciones que en todas partes se oían , no podían ser consideradas como una sedición popular.

Todos los días se cometían nuevas vejaciones. Un piquete pasó á la habitación del fiscal general del *gobierno*, monseñor Barberi , á quien todavía se hacían cargos por la muerte de Dufhot. Los hombres entendidos conocieron en esta ocasión que Consalvi hizo mal en no destruir completamente y de una vez las calumnias que sin cesar se propagaban acerca de aquel funesto suceso ; mas Consalvi se dejó llevar tocante á este asunto por consideraciones mal calculadas é impolíticas. El Papa ordenó al cardenal Pacca, á quien acababa de nombrar pro-secretario de Estado , que reclamase á Miollis la libertad del fiscal y del secretario de la *Consulta* , monseñor Riganti , mas la solicitó en vano.

El 11 de julio el Papa creyó oportuno reunir en consistorio á los cardenales que aun había en Roma. En él pronunció la célebre alocución que empieza: *Nova vulnera*. Tengo á la vista uno de los originales de ella firmado de puño propio del Sumo Pontífice, el cual lleva un sello en que se ven sus armas. No creo que jamás se haya publicado íntegro este documento , del cual voy á hacer un extracto. El Padre Santo muestra en él á sus compañeros las nuevas heridas que ha recibido. Dice que no había convocado aun á los cardenales desde el día 16 de marzo ; que en aquella época lloró porque le quitaron de su lado á cinco cardenales , y que hoy han sido expulsados de la capital otros diez , sin embargo de que no han cometido ningún delito. Manifiesta que es tal la esclavitud en que gime Roma , que lo que no se hace voluntariamente , se ejecuta por medio de la violencia ó de las armas. El Papa cita la respuesta que dispuso que se dirigiera á Lefebvre. Expone que Benedicto XIV supo abstenerse de tomar parte en la guerra que en su tiempo había contra España y de entrar en alianza alguna. Hé aquí, exclamó el Papa , el fruto de las molestias sufridas para ir á consagrar á Napoleón. Este emperador solo menciona á Carlo-Magno para calumniarle ; pues es evidente que la Santa Sede posee dominios diez siglos hace. Se ha prohibido á los impresores bajo pena de muerte publicar cosa alguna relativa á los sucesos del día. Monse-

ñor Cavalchini, hombre de una intachable probidad, ha sido expulsado de Roma en pocas horas. Al pensar, continúa el Papa, en la marcha de los cardenales, se ha abierto de nuevo la herida (*vulnus recruduit*). Se dice que no se insulta al Sumo Pontífice, atacando su soberanía, como si el Sumo Pontífice y el soberano no fuesen una misma cosa. ¿Quién se atreverá á decir que si se atacase al rey de Italia, no se atacaría también al emperador de los franceses? Mas aun cuando el cielo y la tierra se derrumbasen, no por esto dejarían de cumplirse las divinas promesas.

El Papa protesta en seguida del modo mas formal contra todas las violencias que se cometen, y manifiesta que está pronto á sacrificar su vida para salvar á su pueblo. Tocante al emperador, dice que está obligado á alejar el daño de la casa de Israel, y á apartarse de los pérfidos consejeros, que so pretexto de extender su poderío, le arrastran á la eterna perdición. Siga, pues, añade el Papa, mejores consejos para consolar á la Iglesia y salvarse á sí mismo.

Por decreto de 6 de junio, José Bonaparte fué elevado al trono de España. El dia 23 del mismo mes empezó el sitio de Zaragoza, y llegaron á Roma diputados españoles para felicitar secretamente al Papa por la resistencia que oponía. El 14 de julio Joaquin Murat fué nombrado rey de Nápoles, y bien pronto se estrechó á Su Santidad para que sin tardanza le reconociese como tal y le felicitase.

Hacia esta época el Papa mandó publicar un decreto de la congregacion de ritos que declaraba *venerable* á la reina Clotilde. « No parece, dice Picot (1), sino que la Providencia haya querido honrar de un modo notable, hasta á los ojos de los hombres, á los mismos que probó por medio de grandes tribulaciones. » En 1806 se publicó en París el *Elogio histórico* de esa augusta señora. Pio VII no ignoraba la profunda veneracion que la reina Clotilde manifestó á Pio VI, y al mandar instruir el expediente de beatificacion de dicha princesa, satisfizo los votos de toda la Italia.

En el mismo año la silla de Baltimore fué erigida en me-

(1) Memorias para servir á la Historia eclesiástica durante el siglo XVIII, tomo 2.º, pág. 487.

tropolitana, con motivo de haber aumentado en esta diócesis el número de católicos, siendo nombrado arzobispo de ella monseñor Juan Carroll.

CAPÍTULO XLI.

Consalvi aprueba altamente el proceder del cardenal Pacca.—Esfuerzos del rey Fernando y de los Jesuitas para salvar al Papa.—Se prende al cardenal Pacca.—El Papa le conduce á sus propias habitaciones.—Napoleon rehusa los cirios benditos que el Papa distribuyó con motivo de la fiesta de la Candelaria.—Los Estados del Papa son incorporados al Imperio.—Se publica el decreto de dicha incorporacion.—Públicase una bula de excomunión.—Relato sobre la expulsion del Papa.

El cardenal Consalvi continuó por algun tiempo ocupándose de varios asuntos. Los empleados de la secretaría de Estado le querian tanto, que á menudo le consultaban acerca de los escritos que tenian que extender, y los cardenales que tras él ocuparon su puesto, le manifestaron siempre una gran deferencia. Desde el dia 11 de julio en que el Papa pronunció su alocucion, el cardenal Consalvi vió que las cosas habian llegado á tal estado, que en medio de los ataques, de las acusaciones y de la abierta hostilidad que se demostraba, hubieran sido inútiles todos los cálculos é ineficaces los *mezzo termine*, las consideraciones y los mas prudentes consejos. Así es que aprobó altamente el proceder del cardenal Pacca, por haber consentido en ser ministro solo para resistir y morir denodadamente, sin allanarse á avenencia alguna con un gobierno que solo aspiraba á comprometer al Padre Santo, y á conducirle por medio de sucesivos sacrificios á la pérdida total de su consideracion y de su libertad. El cardenal Pacca ha dejado algunas memorias escritas en estilo sencillo y digno, y á él acudiremos alguna vez á fin de que nos facilite materiales para redactar esta parte de nuestra historia.

El 18 de junio el Papa mandó participar al cardenal Pacca que habia sido nombrado pro-secretario de Estado, cuyas funciones ejercia Su Eminencia. En los últimos dias de agosto se presentó en Monte-Cavallo un sujeto disfrazado, asegurando

que llevaba el encargo de advertir ocultamente al Papa, que si quería trasladarse secretamente á Fiumicino, encontraría á orillas del mar una chalupa con remeros de confianza para conducirlo á bordo de la fragata inglesa enviada desde Palermo por el rey Fernando, para ponerla á disposición de Su Santidad. El procurador general de la Compañía de Jesus, el P. Cayetano Angelini, se hallaba á bordo de dicha fragata, y él fué quien envió á Roma disfrazado al menor reformado, el reverendísimo P. Prócida, para participárselo al cardenal Pacca. Por disposición de la reina Carolina se habían amueblado lujosamente las cámaras de dicha fragata. El Papa no quiso huir, y en este propósito le afirmó el cardenal Pacca; mas sin embargo quedó profundamente agradecido al comportamiento del P. Cayetano Angelini.

Estábase esperando el momento en que el gobierno imperial diese el rudo golpe que meditaba, cuando el 6 de setiembre se presentó en la secretaría de Monte-Cavallo un mayor, llamado Mucio, para intimar al cardenal que se dispusiese á partir de Roma, bajo pretexto de que publicó un anuncio del Papa que podía dificultar los alistamientos de soldados que hacían los franceses. El cardenal Pacca manifestó que no partiría sin recibir órdenes del Padre Santo, á quien participó por medio de una esquila lo que ocurría. El Papa se trasladó inmediatamente á las habitaciones de Su Eminencia, quien refiere el hecho en los siguientes términos:

«Me adelanté á su encuentro, y observé por primera vez una cosa de que solo había oído hablar, esto es, una persona horrorizada. Cuando se halla uno en este estado, tiene erizados los cabellos y ofuscada la vista. Esta era la situación del Sumo Pontífice, quien no me reconoció á pesar de que llevaba el traje de cardenal. «¿Quién sois? ¿quién sois?» exclamó gritando. «Soy el cardenal,» le respondí, y le besé la mano. «¿En dónde está el oficial?» repuso el Papa. El oficial estaba á poca distancia guardando una actitud respetuosa. Se lo indiqué al Padre Santo, quien le dirigió la palabra, diciéndole que manifestase al general que estaba ya cansado de sufrir tantos ultrajes é insultos de un hombre que se titulaba católico todavía; que comprendía bien el objeto de tantas vejaciones; que se le querían quitar todos sus ministros uno tras otro para impedirle el ejercicio de sus deberes apostólicos y de los derechos de su soberanía temporal; que me mandaba no obedecer las pretendidas órdenes del general, y seguirle á sus habitaciones para hacerle

compañía en su prision. Manifestó por último que si se quería arrancarme de su lado, el general habría de mandar derribar las puertas de su cuarto para poder penetrar en él, y que haria responsable al mismo de las consecuencias de tan inaudito exceso. Cogiéndome entonces por la mano, me dijo: «Vamos, cardenal, vamos.» Y volvió á su aposento atravesando la escalera principal en medio de sus servidores que aplaudian su resolucion.»

Despues de esta escena, el gobernador imperial dió muestras de que su intento era apoderarse del Papa para alejarlo de Roma.

El Padre Santo participó á los embajadores el insulto que acababa de cometerse. Unos, como el de Baviera, contestaron que lo sentian, pero en términos frios; otros se limitaban á decir que instruirian pronto á su gobierno de lo que pasaba; el de Austria manifestó tomarse interés por el Padre Santo, y el de Cerdeña hallarse animado de sentimientos piadosos. Vargas contestó siempre en lenguaje generoso. Es imposible dar cuenta de las notas que sin cesar salian de la secretaría. Una de ellas empezaba de este modo: «*Sono tali e tanti gli eccessi.*» En ella se refieren las lubricidades cometidas en un templo de Alatri por un sargento mayor perteneciente á una de las últimas levas, llamado Nicolás Cipriano Botini.

Los últimos dias del año se distinguieron por una dilatada série de violaciones del derecho de gentes, de protestas, y de amenazas de nuevos vejámenes. El Papa no quiso admitir las buenas fiestas del general Miollis y de su estado mayor, y prohibió las diversiones del Carnaval. El emperador, decian satíricamente los romanos, querrá sin duda empezar el año portándose con el Papa de un modo inaudito, y tenian razon. El 1.º de enero de 1809 Napoleon dirigió á Champaign y desde Benavente, en España, el despacho siguiente:

Benavente, 1.º de enero de 1809.

• Señor de Champaign: el Papa acostumbra regalar cirios á varias potencias. Escribid á mi representante en Roma que yo no los quiero, como *tampoco los quiere el rey de España*. Escribid tambien á Nápoles y á Holanda para que igualmente los rehusen. No debemos admitirlos puesto que el año último se tuvo la *insolencia* de no dárnoslos. Deseo que se haga lo siguiente, esto es,

que mi encargado de negocios diga que el dia de la Candelaria mi párroco me dió cirios benditos; que no son la púrpura, ni el poder los que dan valor á estas cosas; en el infierno puede haber papas y curas, y así es que el cirio bendito por mi párroco puede ser una cosa tan santa cómo el del Papa. Yo no quiero admitir los de este, y otro tanto deben hacer todos los príncipes de mi familia.

«Con este motivo, ruego á Dios que os tenga bajo su santa guarda.

«NAPLEON.»

Lo mismo, aunque en lenguaje mas propio del que usan los franceses, se escribió al agente consular en Roma, Ortoli, quien lo participó con todas las consideraciones imaginables.

Hemos hablado del teson que demostró el embajador español Vargas; no era posible que se le perdonase. Los embajadores supieron el 23 de junio que algunos soldados se habian apoderado de Vargas y de los auditores españoles de la Rota, los prelados Gardoqui y Bardaji, á quienes se acusaba de ser enemigos del gobierno francés. Al dia siguiente, el general Miollis anunció que daría un suntuoso baile en los salones del palacio Doria que ocupaba desde que entró en Roma. Todos los individuos del cuerpo diplomático acudieron á él menos Lebzeltern. No faltó quien le preguntase por qué no iba al baile, á lo cual contestó que no le era posible tomar parte en dicha diversion, mientras uno de sus colegas se veia tan indignamente tratado. Asegúrase que el encargado de negocios de Italia, Alberti, pasó á casa del representante austriaco para recibir explicaciones de él, y con ánimo de averiguar si obró autorizado por su gobierno, ó por impulso propio. Lebzeltern completó su bella accion, manifestando, para no comprometer á su gobierno, que sus sentimientos le movieron á demostrar una atencion á Vargas, *ultrajado*, dijo, á pesar del respetable carácter de que se halla revestido.

Ortoli rogó al tesorero general, el cardenal Pacca, que participase al Papa que el emperador se negaba á admitir los cirios benditos. El cardenal respondió con calma que no era posible que el emperador se ocupase de semejantes cosas mientras estaba guerreando en España, y que eso no podia ser sino una suposicion de un ministro falto de tacto, y que por lo mismo nada diria al Papa. Segun se ve, el despacho de Bena-

vente produjo muy poca sensacion en el ánimo del Padre Santo.

Los asuntos eclesiásticos pendientes con el resto de la Europa seguian en lo posible su ordinario curso. El 26 de marzo se celebró un consistorio, en el cual fueron preconizados varios obispos. Pradt, á quien el Papa consagró en persona en París obispo de Poitiers, fué ascendido al arzobispado de Malinas. El 17 de mayo, Napoleon expidió desde su campamento de Viena un decreto, mandando incorporar al imperio francés los Estados del Papa. En él declarábase imperial y *libre* la ciudad de Roma. Un Consejo debia tomar posesion de los Estados pontificios para poder dejar establecido en ellos el régimen *constitucional* el día 1.º de enero de 1810. Dicho consejo se instaló en las dependencias del ministerio de hacienda.

En el mes de mayo, el general Miollis pasó á Mantua, cuya defensa le estaba especialmente encomendada, para inspeccionar las fortificaciones y disponer un plan de resistencia, si las vicisitudes de la guerra le obligaban á refugiarse en ella. Desde dicha ciudad pidió órdenes al emperador, quien en 13 del mismo mes se habia apoderado de Viena. De regreso á Roma, en donde durante su ausencia ocupó su puesto el general Lemarois, se dispuso, segun se decia, á publicar el decreto de reunion de los Estados pontificios al imperio francés. El Papa creyó oportuno redactar una manifestacion para enterar á la Europa católica de los nuevos cambios que se preparaban y la mudanza de gobierno que se efectuaba, y para declarar que los usurpadores renunciaban á toda comunion con Roma. Ya en 1808, con motivo de los rumores que circulaban de amenazas hechas por el gobierno de París al cardenal Caprara, el cardenal Consalvi determinó redactar una bula, que por encargo del Papa el P. Fontana debia revisar, para entregársela cuando se la pidiese. A fines de 1808, el Papa preguntó por la bula al mismo religioso, quien le manifestó que ya estaba terminada. Despues de examinarla, Su Santidad la comunicó al cardenal Pacca, y aprobándola luego, mandó sacar de ella numerosos ejemplares para darlos á los mas discretos empleados de la secretaria de Estado. En esas copias no constaba el motivo de la expedicion de la bula, pues la cor-

te romana ignoraba cuál de las dos cosas se verificaría primero, esto es, el cambio de gobierno, ó la expulsion del Papa. Por este motivo se acordó tener bulas preparadas para ambos casos. El Papa las firmó, púsoles el sello pontificio, y las guardo cuidadosamente.

El día 9 de junio por la tarde, avisóse al Papa que se preparaba un golpe contra él. El cardenal Pacca le preguntó si una vez publicado el cambio de gobierno mandaría fijar la bula en los sitios de costumbre, á lo cual contestó el Papa que no debía ser promulgada hasta haberse enterado él mismo del decreto imperial de incorporacion de los Estados pontificios. Para ello se fundaba en que con frecuencia se esparcian rumores que no se confirmaban; en que se ignoraban las condiciones y restricciones que tal vez contendría, y en que era preciso evitar exponerse á contradicciones. El cardenal Pacca todavía conservaba esperanzas de que el general no llevaría las cosas al extremo. En todo cuanto no se refería á los asuntos de Roma, Miollis era un hombre reflexivo y prudente: su carácter no le inducía á persecuciones; mas ejecutaba, segun se decía, con toda puntualidad las órdenes que se le comunicaban. La bula de excomunion, de que ya tenía noticia, le arredraba; y además contaba con pocas tropas. Supúsose por otra parte, ignoro con qué fundamento, que procuró que se suavizase el rigor de las órdenes, de cuya ejecucion estaba encargado.

En las primeras horas de la mañana del día 10 de junio, el cardenal Pacca recibió una esquila en la cual se le participaba que iba á verificarse el cambio de gobierno anunciado, y que como se creía que el Papa se contentaría con hacer una mera protesta, en vez de expedir una bula de excomunion, á la cual se daría tan poca importancia como á las notas de los cardenales Consavi, Casoni, Doria, Gabrielli y Pacca, el general iba á publicar el decreto que le envió el emperador.

A las diez de la mañana, el castillo de San Angelo empezó á disparar cañonazos, y en el mismo instante bajóse la bandera pontificia é izóse la francesa. Mientras tanto publicábase á son de trompeta en todos los barrios de la ciudad el decreto de incorporacion de los Estados romanos al Imperio.

El cardenal Pacca voló inmediatamente al encuentro de Papa. A ambos asaltó un mismo pensamiento, y profirieron á la vez estas palabras de Jesucristo: *Et consummatum est*. Léjos de perder el ánimo, el Papa procuraba alentar á su ministro. Al cabo de poco rato llegó monseñor Tiberio Pacca, sobrino del cardenal, trayendo uno de los ejemplares impresos del decreto imperial que se habían esparcido por la ciudad. El cardenal lo tomó, y acercóse con el Papa á la ventana para leerlo, pues habia poca luz en la estancia, por hallarse enteramente corridas las cortinas de ella, como se acostumbra en todas las casas de Italia durante el verano.

El cardenal procuraba leer el decreto con pausa y con grande atencion para acordar luego las oportunas medidas; mas no le fué posible. Vamos á consignar aquí las mismas palabras que el cardenal profirió relativas á este hecho.

• La justa indignacion que excitó en mí el sacrilego atentado que se estaba cometiendo; la vista de mi desgraciado soberano, del vicario de Jesucristo, á quien iba á leer la sentencia de su destronamiento; las imposturas, las calumnias que con solo dar una ojeada ví en el decreto; los continuos cañonazos que anunciaban la inicua usurpacion que se consumaba, me conmovieron tanto y ofuscaron de tal modo la vista, que no pude pronunciar sino á medias entre frecuentes interrupciones, y sin poder respirar apenas, los principales artículos del decreto. A las primeras palabras que pronunció el Papa, observé que su semblante estaba demudado, y que se hallaba poseido, no de miedo, ni abatimiento, sino de una justa indignacion. Calmóse poco á poco, y escuchó mas tranquilo y resignado la lectura del decreto.»

El Papa firmó en seguidá, sin decir una palabra, las copias de una protesta redactada en idioma italiano, las cuales se fijaron por la noche en los sitios públicos. Al preguntarle el cardenal si se habia de mandar que se publicase la bula de excomunion, el Papa respondió algo indeciso, que la habia vuelto á leer, y que le parecian demasiado duras las expresiones empleadas en ella contra el gobierno francés. El cardenal manifestó entonces que ya que era fuerza apelar á un extremo tan fuerte y tan ruidoso, como el de publicar una bula de excomunion, convenia presentar en ella un cuadro horroroso, sin ser exagerado, de los agravios y de las violencias cometidos por el gobierno imperial, para que los que la le-

yesen se admiraran de que el Papa hubiese tardado tanto en elevar su voz contra tan graves y multiplicados excesos. El Padre Santo preguntó entonces al cardenal:—«Y vos, ¿qué haríais?—Yo, respondió el cardenal, ya que está preparada tan rigurosa medida contra nuestros enemigos, ya que los pueblos esperan que se realice, la ejecutaría. Mas, vuestra pregunta me pone en un conflicto. Levantad los ojos al cielo, Santísimo Padre, y luego comunicadme órdenes.» Entonces el Padre Santo alzó los ojos al cielo, y despues de una corta pausa, dijo: «Pues bien, publíquese la bula.» Y añadió: «Sobre todo que vayan con cuidado los encargados de la ejecución de vuestras órdenes, pues de seguro serian fusilados, y lo sentiríamos infinito.»—Santísimo Padre, respondió el cardenal, ya daré las instrucciones oportunas para que se proceda con toda la precaucion imaginable, y no se exponga temerariamente la vida de nadie. Con todo, no puedo asegurar que no haya algun percance. Si Dios quiere que se haga lo que hemos determinado, sabrá dispensar su proteccion y apoyo para que se consiga llevarlo á cabo.» A las pocas horas la bula estaba ya publicada, y este suceso aterrorizó al general y á toda Roma (1).

En la noche, pues, del 10 al 11 de junio fijóse la bula *na' i luoghi solitii*, segun se dice en ella, *e trà questi, nelle tre basiliche di San Pietro, di Santa Maria Maggiore e di San Giovanni*. El que fijó en las calles los primeros ejemplares fué un tal Mengacci, cuya decision fué generosamente recompensada. La policía nada sabia aun de la publicacion de la bula, cuando un romano, que pasaba por la calle en la madrugada del dia once de junio, la vió en las paredes del templo de San Marcos, cerca del palacio de Venecia, la arrancó, y llevóla al general Miollis, quien la envió inmediatamente al emperador Napoleon.

Desde entonces el Papa se encerró aun mas en su palacio tomando mayores precauciones. En la bula de excomunion, que se llama la bula *Quum memorandà*, no se nombra clara-

(1) Segun se lee en las Memorias del cardenal Pacca, la bula «*Quum memorandà*,» no es obra del cardenal di Pietro que solo la revisó, sino del P. Francisco Fontana, general de barnabitas, elegido cardenal el 22 de julio de 1816, y que falleció el 19 de marzo de 1822.

mente á Napoleon , si bien se le comprende en el número de los fautores de todos los despojos que se cometieron contra la Santa Sede. El Papa y el general empezaron á observarse uno á otro. El Papa temia á cada instante que se apoderasen de él : el general Miollis temia por su parte que Su Santidad se presentase en público cubierto con sus vestiduras pontificias , á fin de promover una revolucion en su favor. Mas, concluyamos pronto este funesto relato. En la noche del 5 al 6 de julio de 1809 algunos romanos descontentos se dispusieron á asaltar y apoderarse del palacio del Papa , entre los cuales figuraba un tal Francisco Bossola, criado (*facchino*) que fué de dicho palacio, del cual se le expulsó por ladron.

En el decurso de esta historia se verá de qué manera fué comunicada la órden que ejecutó el general Radet, quien, en virtud de un despacho que Napoleon le envió directamente, acababa de llegar á Roma , procedente de Toscana. Radet explicó los pormenores y las causas de los sucesos que ocurrieron posteriormente, y el cardenal Pacca lo ha consignado todo en sus *Memorias*, refutando empero algunas aserciones.

El 4 de julio Miollis tuvo una entrevista con el general Radet, á quien habló de la situacion en que se hallaban los franceses en Roma, manifestándole los temores que le inspiraba la agitacion general que aparecia con síntomas alarmantes, y que, en su concepto, podria perjudicar en alto grado á las tropas francesas de Italia. Expuso principalmente que estaban agotados ya todos los medios de rigor para restablecer la calma ; que no le quedaba por emplear mas que uno , y era alejar de Roma al Papa ; que el emperador , ocupado como se hallaba en la guerra del Danubio , no podia enviar tropas á Italia, y que por lo tanto habia resuelto expulsar de Roma al Papa. Dijo el general Radet que le encargaba llevar á cabo este importante cometido.

Radet hizo observar á Miollis que no debia darse un paso de semejante naturaleza sin tener órdenes superiores por escrito , sin reflexionarlo mucho , y sobre todo sin tropas. Miollis respondió que aquella misma tarde se darian órdenes y se tendrían tropas , y que era menester adoptar las disposiciones oportunas para que no se sospechase nada. Radet se retiró

vivamente conmovido al ver el encargo que se le confiaba, y se esforzó en buscar el medio de salir bien de su encargo; mas al recibir órdenes, y hallándose, segun él mismo refiere, en la cruel alternativa de *violar los mas sagrados derechos*, ó de faltar á sus juramentos desobedeciendo, su imaginacion discurría en vano el modo de llenar debidamente el compromiso en que se veía. Una sola esperanza le quedaba, y era que no podria ejecutar lo que se le mandaba por falta de tropas.

Por la tarde el mismo gobernador Miollis pasó á participar á Radet que estaban para llegar tropas de Nápoles, y que por lo mismo convenia que se ocupase en *trazar un plan* y verificar los oportunos preparativos para la noche siguiente. Radet hizo nuevas observaciones al general, quien despues de haberle pintado el riesgo que corrian sus tropas y la necesidad de contener, por medio de *un golpe decisivo*, el torrente del desórden y la efusion de sangre, concluyó diciendo que, como militares, ambos debian ser extrictamente sumisos y pasivos, y que eran responsables con su cabeza de la ejecucion de las órdenes superiores. Radet creyó que nada debia contestar á esto, y persuadido de *que el honor y sus juramentos le obligaban á cumplir sus deberes*, se decidió á ejecutar la órden que se le comunicaria por escrito, así que las tropas hubiesen entrado en Roma.

Por la noche llegó un batallon de reclutas napolitanos que enviaba el rey Joaquin, compuesto de ochocientos hombres escasos, parte de los cuales carecian de armas. Radet dispuso entonces su plan, é imaginó un pretexto *acomodado al gran fin* que se proponia, para no tener que valerse de persona alg una y obrar segun mejor le pareciese. El general Miollis aprobó de palabra el proyecto, y recomendó la importancia de que alcanzase buen éxito. Al amanecer del dia 5 de julio Radet dictó las disposiciones necesarias para alcanzar su objeto, consiguiendo ocultarlas al público por medio de patrullas y de medidas de policia. Durante el dia tuvo las tropas en los cuarteles para que nada se sospechase en Roma, y especialmente en el palacio Quirinal. A las nueve de la noche dió órdenes á los jefes militares, y á las diez todo estaba ya dispuesto en la plaza de los Santos Apóstoles y en el cuartel de la *Pilotta*, situado á

poca distancia de Monte Cavallo, punto designado para servir de *centro de operaciones*. Conservamos en lo posible las expresiones *estratégicas* del general Radet, quien se trasladó a la *Pilotta* para asegurarse de que se habian ejecutado sus órdenes, pasando desde allí al templo de los *Santos Apóstoles*, en donde adoptó sus *disposiciones militares*. El coronel Siry, gobernador de la plaza, y el coronel Coste, comandante de los gendarmes, le acompañaron en seguida á su casa, en donde debia esperar que llegase el momento de cumplir su mision y en donde *halló* á Miollis que le estaba aguardando. Radet recibió una orden por escrito de reducir á prision al cardenal Pacca y tambien al Papa si hacia oposicion, para conducirlos inmediatamente á Florencia.

Al leer la expresada orden, que se hallaba redactada en sentido condicional, Radet hizo algunas observaciones; mas era ya tarde, refiere él mismo; el general acababa de marcharse; daban en aquel momento las once, y todo se hallaba *ya organizado y pronto para obrar*. Radet pasó luego á la *Pilotta* y al templo de los Santos Apóstoles, en donde colocó sus soldados. Entretanto, el general mandaba ocupar los puentes del Tiber y el castillo de San Angelo por un pequeño destacamento napolitano á las órdenes del general Pignatelli Cerchiara. Todos los jefes de los cuerpos que debian concurrir á la ejecucion de la empresa, estaban prevenidos para invadir el palacio pontificio á una señal convenida. Al dar la una en el reloj del Quirinal debia empezarse á obrar, mas un incidente imprevisto retardó la ejecucion de la empresa. Advirtiósse al general que habia un centinela en la torre saliente de la puerta principal del Quirinal, y que todas las noches se tomaba aquella precaucion que cesaba al apuntar el dia. Diéronse entonces nuevas instrucciones. El general subdividió las fuerzas que tenia á las inmediaciones de la fuente de Trevi, mandó guardar las puertas de las principales iglesias de aquellos alrededores para impedir que se tocase á rebato, aguardóse á que el centinela se retirara, y á las dos y treinta y cinco minutos dióse la señal de ejecutar lo proyectado.

Oigamos por un momento al cardenal Pacca. Dice así:

«En la tarde del dia 5 de julio nos pareció que varios piquetes de caballe-

ría habían ocupado las calles que conducian al Quirinal. Tambien se colocaron en los puentes para impedir toda comunicacion interior, y á las siete de Italia (las tres de la madrugada), apareció un cuerpo de infantería que salió de los cuarteles inmediatos, á paso redoblado, pero con mucho silencio, cerrando desde luego todas las avenidas del palacio. Al amanecer, los esbirros, los gendarmes que iban con la tropa y algunos súbditos rebeldes invadieron el palacio. Habiamos pasado un dia de zozobra, velando luego toda la noche hasta cerca de las seis y media de Italia (las dos y media de la noche, á poca diferencia). Al ver que ya asomaban los primeros resplandores del dia, no oyendo ningun ruido en la plaza, ni en las calles inmediatas, y creyendo que ya no se corria ningun riesgo por entonces, me retiré á mi aposento para descansar algunas horas, cuando en el acto de acostarme mi ayuda de cámara vino corriendo á participarme que los franceses se hallaban dentro de palacio.»

En efecto, en cumplimiento de las órdenes de Radet, una partida de treinta hombres escaló las paredes del jardin en la parte inmediata á la puerta principal detrás de la paneteria, para guardar las salidas de este patio y las entradas del subterráneo del ángulo de la capilla, mientras otra partida de veinte y cinco hombres custodiaba la pequeña puerta que dá á la calle que conduce al *Lavatojo*. Por otro lado, el coronel Siry escalaba con cincuenta hombres la ventana de un cuarto deshabitado contiguo á los edificios del Quirinal, que ocupaba la mayor parte de la servidumbre de Su Santidad. Por su parte, Radet al frente de cuarenta hombres intentó subir á la torre por el extremo del tejado de la Dataria para introducirse por allí en los aposentos; mas como se le rompieron las escalas, se esforzó en entrar por la puerta principal del palacio. Al saber el gobernador este contratiempo acudió á donde estaba el general; y al ver que las medidas que tomaba eran acertadas, se retiró á un pabellon de los jardines del palacio de Colonna.

El coronel Siry consiguió penetrar en el patio principal del palacio. Radet oía desde fuera las voces que daba la guardia suiza, que gritaba: *! All'armi, traditori!* Al dar el reloj las tres, se dió al vuelo la campana de la capilla. Radet se esforzaba en derribar la *porticella*, cuando el coronel Siry, que habia penetrado ya en el patio, hizo abrir la puerta principal. El general reunió entonces todas las tropas que pudo, y se dirigió á su frente hácia un grupo de personas que habia en

el ángulo derecho del patio dispuesto al parecer á resistirse. Una vez dispersado este grupo, Radet subió á las habitaciones del palacio, y entró en el salon del trono, llamado de las *Santificaciones*, en donde encontró formada la guardia suiza, compuesta de cuarenta hombres, incluso el capitán, á los cuales mandó rendir las armas, y así lo hicieron, pues esta era la orden que habian recibido. Radet se adelanta, echa una mirada á la izquierda y descubre en el extremo de un corredor bastante estrecho un aposento, en que segun él mismo refiere habia luz y varias personas en pié. Dirigióse á esa estancia y encontró en ella al Papa rodeado de su corte. Oigamos aquí lo que dice Radet :

«Colóquese cualquiera en la situacion en que yo me hallaba, y á menos que haya perdido todo sentimiento de moralidad y de humanidad comprenderá cuán penoso era el conflicto en que yo me veia. Aun no habia recibido yo entonces la orden de apoderarme del Papa. Un santo respeto por esa cabeza que ceñia dos coronas (Radet escribió esta relacion por el mes de agosto de 1814, y la puso en limpio el 12 de setiembre del mismo año), llenaba todo mi ser, y en especial mi entendimiento. Al verme en su presencia con gente armada, me estremecí sin que estuviera en mi mano el evitarlo. Yo no preví que me sucediese una cosa semejante, y me quedé turbado. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Por dónde empezar? Ahí estaba la dificultad. La tropa entró conmigo. Era menester guardar respeto y decoro al Padre Santo, sacro colegio y lugar en que me hallaba. Por lo mismo mandé que mis soldados se colocaran con orden en el salon del trono, y que se destinase parte de ellos á mantener la tranquilidad en palacio. No sabiendo qué partido tomar para no comprometer el éxito de la empresa, ni al gobernador, ni á mi mismo, aproveché el momento en que la tropa se retiraba á donde le mandé, para enviar á toda prisa el cuartel maestro de gendarmería, Cardini, al general, á fin de advertirle que yo me hallaba ya en presencia del Papa; pero que no conocia al cardenal Pacca, y que por lo mismo pedia me diese las órdenes oportunas. Despues de dejar solo algunos oficiales con las tropas, hice venir á mi lado á los demás, así como á los subalternos de gendarmería, todos los cuales entraron con la mayor compostura, con el sombrero en la mano, é inclinándose ante el Papa á medida que entraban é iban formándose. Esta operacion duró mas de cinco minutos. Llegó en seguida el cuartel maestro Cardini, quien me comunicó en secreto la orden de prender al Papa y al cardenal Pacca y de conducirlos en el acto fuera de Roma. Por muy rigurosa que me pareciese esta disposicion no me quedaba mas medio que obedecer.

Vamos á ver ahora cómo se explica el cardenal Pacca, testigo ocular de todo cuanto pasó entonces. Dice así :

«No bien mi ayuda de cámara me participó que los franceses se hallaban dentro de palacio, me levanté aprisa y me acerqué á las ventanas, desde donde vi mucha gente armada con antorchas encendidas que corria por los jardines en busca de las puertas de las habitaciones de palacio; otros soldados se descolgaban por las paredes, á donde habían subido con el auxilio de escalas; otros invadian el patio de la panetería. Al mismo tiempo otra partida de hombres armados subia por medio de escalas á las habitaciones de los servidores del Papa por la parte que da á la calle que conduce á la *Porta Pia*. Después de derribar las ventanas á hachazos, entraron corriendo luego á abrir la puerta que da á la plaza para que entraran en el patio algunas fuerzas. Envié inmediatamente á mi sobrino Juan Tiberio á despertar al Papa, como así estaba convenido que se haría en el caso de que ocurriese alguna novedad durante la noche, y en seguida acudí á su cuarto. El Papa se levantó con mucha serenidad, vistióse, púsose su *mozzetta*, y trasladóse á la sala en que daba audiencia, en donde nos reunimos el cardenal Despuig, yo, algunos prelados de palacio, y varios empleados de la secretaría de Estado.

«Entretanto los invasores derribaron las puertas de las habitaciones de palacio (Radet no mencionó esta circunstancia), y llegaron al fin á la puerta de la sala en que nos hallábamos con el Padre Santo (1), la cual mandamos abrir para evitar mayores excesos y lances mas desagradables. Dejando su asiento el Papa, pasó á colocarse delante de la mesa que habia en la sala, y casi en mitad de esta, y el cardenal Despuig y yo nos colocamos á un lado, formando ala los empleados de palacio. Al abrirse la puerta entró primero el general Radet, director y ejecutor de la empresa, seguido de algunos oficiales, la mayor parte de ellos de gendarmería, y de dos ó tres romanos rebeldes que guiaron y dirigieron á los soldados en el escalamiento del palacio.

«Radet se colocó delante del Padre Santo, y su comitiva se puso en ala. Por espacio de algunos minutos reinó el mas profundo silencio. Nos mirábamos los unos á los otros, aturdidos, sin proferir una palabra y sin movernos en lo mas mínimo.

«Finalmente, el general Radet, pálido, con voz trémula y con palabras entrecortadas dijo al Papa que tenia que cumplir un encargo penoso, que no podia eludir por el juramento de fidelidad y obediencia que habia prestado al emperador; y que en consecuencia, debía intimarle en nombre de este que

(1) El cardenal Pacca olvida aquí decir que el Padre Santo mandó que le trajeran el anillo que Pio VI llevaba en el acto de morir, y que era el que le dió la reina Clotilde, á la cual acababa de declarar *venerable*. Pio VII colocó gozoso en su dedo este anillo, y lo contemplaba con señales de gran satisfacción.*

renunciase á la soberanía temporal de Roma y de todos los Estados Pontificios, pues que de lo contrario tenia órden de conducirle á la presencia del general Miollis para que designase el lugar á donde queria destinarle.

«El Papa contestó sin inmutarse á poca diferencia en los siguientes términos: «Ya que vos creéis que debéis ejecutar semejantes órdenes en nombre del emperador, para no faltar al juramento de fidelidad y obediencia que le habeis prestado, juzgad de qué manera Nos hemos de defender los derechos de la Santa Sede en virtud de los muchos juramentos que á ello nos obligan. Nos no podemos ceder (1), ni abandonar lo que es nuestro. Nos solo somos el administrador de los dominios de la Iglesia. El emperador podrá hacernos trizas; mas no conseguirá jamás de Nos lo que pretende. Despues de tanto como Nos hemos hecho por él, no esperábamos que nos tratase así.— «Ya sé, Santísimo Padre; dijo entonces el general Radet, que el emperador os debe mucho.»—«Mas de lo que podeis imaginar,» repuso el Papa con mucha expresion. Y prosiguió diciendo: «¿Y debemos partir solo?» El general respondió: «Puede Vuestra Santidad llevar consigo á su ministro el cardenal Paeca.» Al oír esto pregunté en el acto: «Qué me manda el Padre Santo? ¿Tendré el honor de acompañarle?» Y el Papa contestó: «Sí.» Pedí entonces que se me permitiera entrar en el aposento contiguo, en donde, seguido por dos oficiales de gendarmes que fingian mirar las habitaciones de palacio, me puse mis vestiduras de cardenal sin olvidar el *rochetto* y la *mozetta*, creyendo que habria de acompañar á Su Santidad al palacio de Doria, en donde moraba el general Miollis. Mientras yo me estaba vistiendo, el Papa hizo por sí mismo una nota de las personas que deseaba que le acompañasen, y conversó con el general Radet (2). Entre otras, se me contó que en el momento en que el Papa arreglaba algunas cosas de su cuarto, Radet le dijo: «No tema Vuestra Santidad que se toque absolutamente nada,» y que el Papa le respondió: «El que poco caso hace de su vida, mucho menos da valor á las cosas de este mundo.» Radet hubiera querido que el Papa se hubiese puesto un traje que no le diera á conocer fácilmente, mas no se atrevió á decírselo. Al volver al cuarto del Papa, ví que le precisaban ya á marcharse sin dar tiempo á los *camerieri* ó ayudas de cámara de colocar en una maleta un poco de ropa blanca para mudarse durante el viaje. Rodeados ambos de gendarmes, de esbirros, de

(1) Hé aquí las mismas palabras pronunciadas por el Papa, y que oyó perfectamente un testigo ocular: *No podemos, no debemos, ni queremos.*

(2) El general Radet me habló de esta conversacion. Se la referí al Papa y me respondió que era exacta. El Papa quiso entrar en su cuarto, y le siguió Radet. Entre las dos puertas que separan el salon de audiencias del cuarto del Papa habia un pasadizo en donde Radet, seguro de que sus soldados no le verian, tomó una mano al Papa y se la besó. Mientras Pio VII arreglaba algunas cosas, se vió precisado á sentarse por efecto de la agitacion que le dominaba, y Radet le sostuvo la cabeza con toda solicitud y respeto.

súbditos rebeldes, y tropezando á cada paso con las puertas derribadas, bajamos las escaleras, y atravesamos el patio principal en el cual habia tambien soldados franceses y diferentes esbirros. Al llegar á la puerta principal de Monte Cavallo, encontramos el carruaje del general Radet, y vimos en la plaza formadas en batalla considerables tropas napolitanas de las recientemente llegadas, á las cuales bendijo el Papa, así como á Roma. Hízose entrar al Papa en el carruaje y luego á mí. Las persianas del lado del Papa estaban cerradas. Despues de cerrar un gendarme las dos portezuelas con llave, y de colocarse en el pescante el general y un toscano llamado Cardini, arrancó el coche. Algunos prelados, varios empleados de la secretaría de Estado y diferentes criados nos acompañaron muertos de susto hasta la puerta principal de palacio, pues no se les permitió seguirnos, ni siquiera acercarse á nuestro coche, el cual en vez de tomar el camino del palacio de Doria, encaminóse hácia *Porta Pia*. Antes de llegar á ella emprendimos la marcha hácia *La Porta Salara*, y dimos la vuelta á la ciudad hasta la *Puerta del Pueblo*, que estaba todavía cerrada como todas las demás de Roma, encontrando por el camino algunos piquetes de caballería á cuyos jefes iba dando órdenes el general Radet con aire de triunfo, como si hubiese alcanzado una gran victoria.

Fuera de la *Puerta del Pueblo* habia preparados algunos caballos de posta. Mientras los uncian el Papa reconvinó suavemente á Radet por haberle engañado, diciéndole que lo llevaria á casa del general Miollis, lamentándose al mismo tiempo del modo brusco con que se le hacia salir de Roma, sin acompañamiento, desprovisto de todo, y sin mas traje que el que llevaba puesto. El general le respondió que dentro de poco Su Santidad tendria á su lado las personas que puso en lista en *Monte Cavallo*, las cuales le traerian todo lo necesario. Inmediatamente envió al general Miollis un gendarme de á caballo con encargo de rogarle que acelerase la marcha de dichas personas. Luego me dijo que estaba muy contento de que se hubiese verificado todo pacíficamente sin resultar ni un solo herido, á lo cual le respondí: «¿Acaso nos hallábamos en una fortaleza para poder resistirnos?» — «Ya sé, repuso, que Vuestra Emi-nencia mandó que nadie resistiera, y que prohibió rondar con armas al rededor de *Monte Cavallo*».

«Poco despues, el Papa me preguntó si traia dinero. Yo le dije: «Vuestra Santidad ha visto que se me ha detenido en su cuarto, sin permitirme volver á entrar en el mio.» Entonces sacamos uno y otro nuestros bolsillos, y sin embargo de que estábamos muy apesadumbrados por vernos araneados de Roma y del seno de sus buenos moradores, no pudimos menos de reirnos al ver que en la bolsa del Papa solo habia un *papetto* (veinte bayocos), y en la mia tres *grossi* (quince bayocos). De modo que el Soberano Pontífice y su ministro hacian un viaje á lo *apostólico* y observando las palabras que Nuestro Señor Jesucristo dirigió á los Apóstoles. No llevareis nada para el viaje, les dijo, ni

pan (nosotros no teníamos nada), ni *dos túnicas* (no teníamos mas trajes que el que llevábamos puesto, y aun este era incómodo, puesto que el Papa llevaba *mozzetta* y *stola*, y yo *mantelletta*, y *occhetto y mozzetta*, sin tener una sola camisa para mudarnos), ni *dinero* (no contábamos mas que con treinta y cinco bayocos). El Papa enseñó el *papetto* al general Radet, diciéndole: «Hé aquí lo que nos queda de todos nuestros Estados.»

«Al principiar el viaje me asaltó un pensamiento con el cual ofendía á Pio VII; pero que de todos modos me inquietó mucho en aquel momento. Temí que horrorizado el Papa de la sacrílega y execrable accion que con él se cometía, y temeroso de las funestas consecuencias que podria traer á la Iglesia, se arrepintiese de las enérgicas medidas que anteriormente habia tomado, y que en su interior me acusase de haberle incitado á adoptarlas.

«Mas luego me tranquilicé al oír que el Papa me decía con la sonrisa en los labios y con aire de verdadera satisfaccion: «Cardenal, hicimos bien en publicar la bula de excomunion el 10 de junio; pues de otro modo ¿qué haríamos hoy dia?»

«Estas palabras calmaron mi inquietud y me dieron nuevas fuerzas para resistir las angustias y las penalidades físicas y morales que preví tendríamos que sufrir durante ese violento y fatal viaje.

«En la noche del dia siguiente fijóse en las calles de Roma por órden mia y en nombre del Papa un anuncio que puede considerarse como el adios de un cariñoso padre al separarse de sus queridos hijos.»

Vamos á consignar algunos pasajes de dicho anuncio.

«En medio del pesar que nos aflige, experimentamos un grato consuelo al ver que sufrimos lo mismo que Nuestro Señor vaticinó á san Pedro, diciéndole: «Cuando os hallareis en la senectud, os vereis maniatado y conducido á dónde no quisiérais ir.»

«Nos, abandonamos nuestras sacerdotales manos á la fuerza que nos arrastra para conducirnos á dónde quiere, y hacemos responsables ante Dios á los autores de este atentado de las consecuencias que tenga. Por nuestra parte solo deseamos, aconsejamos y ordenamos que nuestros fieles súbditos, nuestras ovejas de Roma y todo nuestro rebaño de la Iglesia católica, imiten arduosamente á los fieles del primer siglo, cuando san Pedro se hallaba encarcelado, en cuyas circunstancias la Iglesia rogaba incesantemente por él.

«Nos, que somos sucesores de ese glorioso Apóstol, confiamos en que nuestros queridos hermanos cumplirán con su padre comun ese piadoso y último deber, en recompensa de lo cual les damos con la mas grande efusion de nuestra alma la bendición apostólica.

«En nuestro palacio del Quirinal, el 6 de julio del año 1809, de nuestro pontificado el décimo.

•PIO P.P. VII.»

Al mismo tiempo que este anuncio, algunos partidarios del Papa tuvieron el valor de fijar en las calles enormes carteles cuadrados, en los cuales se leían en grandes caracteres estos versos del Dante:

VEGGIO.....

E NEL VICARIO SUO CRISTO ESSER CATTO,

VEGGIO UN'ALTRA VOLTA ESSER DERISO,

VEGGIO RINNOVELLAR L'ACETO E'L FIELE.

(*Purg. canto XX.*)

Los individuos del Consejo mandaron arrancar estos carteles.

CAPÍTULO XLII.

Continúa el relato sobre la expulsion del Papa.—Llega este á la Cartuja de Florencia.—Es enviado á Alejandría.

Fácil es notar que la relacion del general Radet lleva impresa un sello de veracidad que no admite duda. Al transcribirla he procurado conservar el colorido que le da el carácter militar de su autor. En oposicion á la misma, el relato del cardenal Pacca se distingue por su erudicion bíblica, por su apacible jovialidad, y por la santa indignacion que en él se demuestra. En la sencilla exposicion del cardenal al par que se explican varias circunstancias que Radet no observó bien, quedan en el fondo confirmados los hechos. El lector descubre fácilmente la verdad con solo comparar ambas narraciones, y nosotros no podemos seguir mejor camino que tomar por guías á esos dos personajes, que tan distinto papel representaron en las terribles escenas de que nos estamos ocupando.

Al llegar Radet en su relato al punto en que dice que su coche salió de Roma por la puerta *Salara* con direccion á la *puerta del Pueblo*, no omite circunstancia alguna para probar que procuró complacer al Papa tanto como pudo. Mientras se cambiaban los tiros se esforzó en distraer á Su Santidad, como si hubiese sido posible hacerle olvidar su cruel situacion. Al manifestarle el general que habia mandado preparar algunas

provisiones para él y para Su Eminencia, el Papa respondió « No tenemos de que quejarnos; mucho mas sufrió Jesucristo. » El general refiere minuciosamente la llegada á Storta, lo ocurrido durante las pocas horas de descanso en Radicofani, y los varios accidentes que retardaron el viaje; habla de la súplica que dirigió al Papa para que le permitiese *acompañarle cuando regresase á Roma*, y de la precision en que se vió de detenerse para que el Papa diese su bendicion al inmenso gentío que salía de las ciudades y de las aldeas, que se precipitaba sobre el coche del Papa, llegando hasta á subirse á las ruedas cuando estaba parado y hasta encima de los caballos. Radet es el único que manifiesta el encargo que el Papa hacia á la multitud, diciéndole: « *Tened ánimo y orad.* » Finalmente, refiere que entregó el Padre Santo al teniente coronel de gendarmes Lecrosnier, que salió á recibirle en la Cartuja de Florencia.

Radet concluye su relato en estos términos:

« Tal fué el comportamiento que observé en esta ocasion, como de ello fueron testigos el general Miolla y mis auxiliares, y como pueden justificarlo el cardenal Pacca y el mismo Padre Santo. La mision que se me encargó debía llamar la atencion del mundo entero por su importancia y su objeto. Si algunos hechos se han desnaturalizado, yo lo dejo rectificado en lo que se refiere á la parte que en ellos he tomado. Ya que por mi posicion estaba obligado á ejecutar las órdenes de las autoridades superiores, hice todo lo posible para mitigar su rigor siempre que no me fué dable suspender su ejecucion ó dejarlas sin efecto. El *importante deber* que tenia yo que cumplir, me imponia la doble obligacion de conciliar el mas profundo respeto y las mas exquisitas atenciones, con el grave cometido que estaba desempeñando; y no omití nada para conseguir mi objeto. Si el Padre Santo no ha olvidado las principales circunstancias ocurridas en esos crueles momentos, recordará tambien mi comportamiento y las muestras de afecto que en diferentes ocasiones se dignó darme. Muy severas fueron, es cierto, las precauciones que adopté; mas ténganse presentes los riesgos que se corrian y sobre todo la inmensa responsabilidad que pesaba sobre mí. Yo estaba seguro de que se me juzgaria tan solo por el resultado de las medidas que adoptase.

« Diez y siete años ha que soy oficial general de gendarmes, y se me conoce mucho en Francia, Italia y Alemania por las varias misiones que se me han encargado, para que no procure conservar incólume la reputacion que he adquirido en los treinta y cinco años efectivos que llevo de buenos servicios, y en las once campañas en que he tomado parte.

«Mi honor es la mas preciosa herencia que puedo transmitir á mi numerosa familia. Yo se lo legaré, me atrevo á decir, en toda su integridad; tanto ella como mis amigos, los cuales me conocen muy bien, saben que si he tenido que representar un papel en el triste acontecimiento de que acabo de dar un fiel relato, no ha sido por mi voluntad, sino por efecto de mi posicion.»

Hemos transcrito exactamente la relacion del general Radet. Encerrado como se hallaba el cardenal en el coche, no podía explicarse como Radet, y dice:

«A cosa de las ocho de Italia (las cuatro de la madrugada) salimos de Roma para la Toscana, y cambiamos los caballos en la primera casa de postas donde llegamos. En el rostro de las pocas personas que encontramos al paso se leía el pasmo y la tristeza que les causaba lo que veían. En Monterosi habia á las puertas de las casas muchas mujeres, las cuales al conocer que la persona que iba en el carruaje rodeada de gendarmes como un preso era el Padre Santo, empezaron, á imitacion de las compasivas mujeres de Jerusalem, á golpearse el pecho, á llorar y á gritar extendiendo los brazos hácia el carruaje: «¡Se nos llevan al Padre Santo!» Conmoviéronos mucho este espectáculo, y el general Radet, temeroso de que el ver al Papa en tal situacion no produjese algun motin en los sitios poblados, rogó á Su Santidad que corriese las cortinas del coche para que no se supiese que era él quien iba dentro. El Padre Santo se resignó á ello, y desde entonces continuamos el viaje encerrados en el coche, casi sin aire para respirar, precisamente en el mes de julio y en las horas mas calurosas del dia. Al medio dia el Papa mostró deseos de tomar algun alimento, á cuyo fin el general Radet mandó hacer alio en una casa de postas situada en un sitio poco menos que desierto de la montaña de Viterbo. Allí, en un cuarto en que habia una mesa vieja, desvencijada y cubierta con unos asquerosos manteles, la única de toda la casa, el Papa comió un huevo. Inmediatamente proseguimos el viaje á pesar del terrible calor que hacia. Por la tarde el Papa manifestó que tenia sed, y como en el sitio en que nos encontrábamos no habia una sola casa á la cual pudiésemos dirigirnos, el cuartel maestre Cardini recogió en una botella un poco de agua de la que corría por el camino, y la presentó al Padre Santo que la halló muy buena. En los varios lugares por donde pasamos nadie sospechó que en el coche que pasaba estuviese el Papa. En Bolsena ocurrió un lance curioso. Mientras se estaban cambiando los caballos, se acercó á Radet un franciscano llamado Cozza, y como ignoraba quien iba en el carruaje, recordó al general que tuvo correspondencia con él y que le habia recomendado un abogado de Roma, cuyo nombre no recuerdo. El general Radet se vió muy apurado para contestarle, y mientras tanto el Papa me decia: «*Oh! che frate briecone!*»

«Después de diez y nueve horas de camino sumamente penoso para el Papa, que á menudo se lamentaba de lo mucho que sufría, llegamos á las tres de la noche segun el modo de contar en Italia (esto es, á las once de la noche), á la montaña de Radicofani, en cuya mezquina posada nos detuvimos. Como no teníamos vestidos para mudarnos, hubimos de quedarnos con el que llevábamos puesto que se hallaba impregnado de sudor, el cual se secó sobre nosotros por efecto del fresco ambiente que domina en aquel sitio. Destinóse al Padre Santo un reducido cuarto y á mí el contiguo, y pusieronse gendarmes á sus puertas. Tal como me hallaba con el traje de cardenal, con la *mozetta* y el *rocchetto*, ayudé á la criada del meson á arreglar la cama del Padre Santo y á preparar la mesa para la cena que fué muy frugal. El Padre Santo, á quien se le sirvió, se dignó admitirme á su mesa. Durante la cena procuré, como en todo el camino, alentar al Papa, y portarme con él como aquel fiel ministro que fresco, segun dijo el Espíritu Santo, como el aire que reina en la época de la siega, calma el espíritu de su Señor: *Sicut frigus mitis, in die messis, ita legatus fidelis ei qui misit eum, animum ipsius requiescere facit* (Prov. cap. XXV, v. 13). A pesar de los funestos y lúgubres pensamientos acerca del porvenir que asaltaban mi imaginacion, el Señor me conservó mi tranquilidad de espíritu y mi buen humor, de tal modo que aquella misma tarde, al llegar á Radicofani, el general Radet me dió el parabien porque habia oido que con frecuencia hacia reir al Papa. Lo que redoblabla mi ánimo en aquellas fatales circunstancias, era la idea de que la Providencia me habia destinado á ser el *Simon Cireneo* del muy apreciable Pontífice perseguido. Concluida la cena, el Padre Santo se acostó, sin desnudarse, en una dura y malísima cama, y yo me retiré al cuarto que se me habia destinado. Entonces me asaltó el doloroso pensamiento de que yo dejaba solo, enfermo y sin asistencia en un país extranjero y en medio de un campo á mi soberano, al jefe visible de la Iglesia. Me acosté vestido al igual del Papa, sobre un duro colchon, terminando así el dia 6 de julio, uno de los días mas memorables de mi vida, y que llenó de dolor y amargura á todos los buenos católicos.

«El Papa no hizo la menor indicacion, ni profirió la menor palabra que demostrase que se arrepentia de las medidas que habia adoptado contra Napoleon y el gobierno francés, y manifestaba un valor y una fortaleza maravillosos.

«Hablaba siempre al general Radet con la dignidad propia de un soberano, y algunas veces hasta con cierta aspereza y severidad, ajenas á su carácter, viéndome precisado á rogarle con toda atencion que se moderara y que recobrase su habitual amabilidad y su mansedumbre.

«Prosigamos la narracion del viaje. Como era natural, no dormimos mucho ni con tranquilidad aquella noche. Apenas amaneció, pasé al cuarto del Papa, quien acababa de tener un ligero acceso de fiebre y de hallarse afectado de la

billis, despues de lo cual se sintió mas aliviado. Aquella mañana me tocó sufrir mucho. El general Radet habia recibido orden terminante de trasportar al Papa á la Cartuja de Florencia en la tarde de aquel mismo dia, y por lo tanto quiso partir despues de almorzar.

«El Padre Santo dijo resueltamente y con energía que no queria salir de allí hasta que llegasen sus servidores y las demás personas que tenian permiso para seguirle, alegando que se hallaba desprovisto de todo, y que temia que si continuábamos el viaje algunos dias mas, las expresadas personas no podrian alcanzarle. Yo tambien hice presente lo mismo á Radet, quien se hallaba perplejo entre cumplir las instrucciones que tenia de acelerar el viaje y el deseo de no disgustar ni afligir al Padre Santo.

«Felizmente y con gran contento del Papa, al principiar la tarde, llegaron á Radicofani dos coches que habian salido de Roma el día anterior con parte de la comitiva de Su Santidad, compuesta del gran camarlengo, monseñor Doria; de monseñor Paeca; de su capellan particular, Juan Soglia; del cirujano Ceccarini; del ayuda de cámara José Moiraghi; de un cocinero y un palafrenero. Entre las veinte y dos y veinte y tres horas de Italia (entre seis y siete de la tarde) del dia 7 de julio partimos para Radicofani. A poca distancia encontramos un numeroso gentío á quien no se habia permitido acercarse á la posada. El general Radet mandó parar el carruaje, y permitió que se acercase la multitud para recibir la bendicion del Papa, á quien algunas personas pudieron besar la mano. Es imposible figurarse el fervor y la devocion que demostraba toda esa gente: verdaderamente enternecia.

«Otro tanto he de decir de todas las poblaciones de la Toscana que habiamos atravesado. Viajamos toda la noche, y el dia 8, al amanecer, llegamos á las puertas de Siena, y fuera de esta ciudad encontramos caballos de posta y una fuerte escolta de gendarmes.

«El general Radet no ocultó al Papa que hubo de tomar estas precauciones por temor de que los habitantes de Siena se amotinassen, manifestándole al propio tiempo que algunos dias antes se mostró bastante descontento en dicha ciudad en el momento de llegar á ella el patriarcá *Fenaja*, vicegerente de Roma, conducido prisionero por gendarmes. Continuamos el camino hasta Poggibonsi, en donde el general Radet nos dejó descansar durante las horas mas calurosas del dia. Al llegar á la puerta de la posada el Papa y yo estuvimos como veinte minutos en el carruaje sin poder bajar por hallarse todavía atrás con el coche de la comitiva el oficial que guardaba la llave de la portezuela. Dentro ya de la posada, el general Radet permitió entrar á varias personas, casi todas mujeres, para besar el pié y la mano del Papa.

«Despues de descansar algunas horas, volvimos á ponernos en marcha á las tres de la tarde con direccion á Florencia, teniendo que atravesar por entre un inmenso gentío que á gritos y con gran fervor pedia la bendicion apostólica. A poca distancia de la posada, volcó el carruaje de un modo muy

violento por la inadvertencia y torpeza de los postillones, que al correr, según lo mandó Radet, no repararon en un punto elevado por el cual pasaron las ruedas, que se rompieron, cayendo la caja del coche en mitad del camino y quedando el Padre Santo debajo de mí. Estuvimos poco tiempo en esta posición, pues un gentío inmenso levantó al momento el coche gritando: ¡Padre Santo! ¡Padre Santo! mientras que un gendarme abría las portezuelas que estaban cerradas con llave. Sus compañeros, pálidos y con el sable en la mano, se esforzaban en alejar al pueblo, que indignado prorumpía contra ellos en gritos, exclamando: *Cani! cani!*»

El general, poco afirmado en su puesto, fué arrojado á gran distancia en una barranca llena de animales corrompidos, de donde se levantó maldiciendo á los postillones, corriendo luego al lugar donde se hallaba el carruaje. El Papa salió por un lado de éste en brazos de la gente que se agrupó á su alrededor. Unos se prosternaban humillando la cabeza hasta el suelo, otros besaban los piés al Papa, estos tocaban respetuosamente su vestido, otros fuera de sí le preguntaban si se había hecho daño.

El Padre Santo agradecía sonriendo el vivo y respetuoso interés que se le demostraba, y hablaba chanceándose del lance que había ocurrido. Temeroso el cardenal Pacca de que la irritada multitud llegase á las manos con los gendarmes, que eran en corto número, y que cometiese algún exceso que podía traer fatales consecuencias, se adelantó por entre ella gritando que por todos los santos del cielo se retirase todo el mundo, pues no había sucedido ninguna desgracia. Apaciguado ya el tumulto que asustó al general Radet y á los gendarmes mas que al Papa, subió éste con el cardenal en un mal carruaje que trajo monseñor Doria, y continuóse el viaje. Por todas partes los buenos toscanos salían al paso pidiendo la bendición, gritando y llorando, y se acercaban al carruaje del Papa, á pesar de que los gendarmes procuraban apartarlos con sus sables, para besar la mano al Padre Santo, quien se veía precisado á tener siempre extendidos los brazos. Todos manifestaban sentir mucho verle en tal situación y hallarse muy conmovidos.

A la una de la noche llegamos á la Cartuja de Florencia, á cuya puerta salió á recibirnos el coronel de gendarmes Lecros-

nier y un comisario de policía llamado Piamonti, á quien colocó en su empleo la reina de Etruria, creyéndole un hombre fiel, sin embargo de lo cual pasó á servir á otro señor. Permittedse acercarse al Papa para cumplimentarle al prior de la Cartuja, prohibiéndose á todo el mundo, hasta á los religiosos del convento. Los gendarmes condujeron al Papa á la habitacion que se le tenia destinada, y que era la misma en que diez años antes estuvo cautivo el infortunado Pio VI. Al entrar en este aposento, el cardenal Pacca sintió despertarse en su corazon los sentimientos de veneracion, de gratitud y de adhesion que le animaron hácia ese Sumo Pontífice que fué su bienhechor. Acercóse al lecho destinado al Padre Santo, que era el mismo en que durmió su antecesor, y en aquel momento su imaginacion se exaltó tanto, que le pareció ver aun el atroz é inhumano acto que verificaron los comisarios del Directorio, levantando bruscamente las sábanas para cerciorarse de si aquel anciano se hallaba realmente en el estado de abatimiento y de debilidad que, segun los médicos á quienes consultaron, le imposibilitaba continuar un viaje que podia ocasionarle pronto la muerte.

Apenas el Padre Santo acabó de llegar á la Cartuja, pasó á cumplimentarle y á ofrecerle sus servicios un caballero de la corte de Elisa Baciocchi Bonaparte, gobernadora general de la Toscana. El Papa se hallaba tan abatido y cansado, que casi sin levantar la cabeza pronunció algunas palabras que no pudieron entenderse. Entonces se acercó el cardenal, y rogó á dicho caballero, en nombre del Padre Santo, que diese las gracias á la princesa por su atencion, y que le dijese que en caso necesario el Papa aceptaria sus ofrecimientos. Participóse luego á los prisioneros que podrian descansar tranquilamente aquella noche y el dia siguiente, que era domingo, pues no se tenia órden alguna relativa á la marcha. Despues de la cena, que fué bastante [espléndida, retiróse cada cual al aposento que respectivamente tenia señalado, con grandes deseos de descansar y de recuperar el sueño perdido en las tres noches anteriores. Mas apenas habia dos horas que los cautivos estaban acostados, cuando en lo mejor del sueño se despertó al cardenal, diciéndole que acababa de llegar de Florencia, envia-

do por la gobernadora general Elisa, un coronel que quiso de todos modos que todo el mundo se levantase, y que habia traído un coche para conducir al Papa sin expresar á dónde, sin darle tiempo siquiera para celebrar ú oír misa.

«Esta noticia, continua el cardenal Pacca, me sorprendió en extremo, dejándome sumergido en infinitos pensamientos. Me levanté al momento, y á pasar al cuarto del Padre Santo encontré al militar recién llegado, que se llamaba Mariotti, y algunos gendarmes, los cuales me confirmaron lo que se me dijo, añadiendo además que yo no debía acompañar á Su Santidad; pero que me reuniría con él en Alejandría, á donde me llevaría por el camino de Bolonia un oficial de gendarmes. Al oír esto predije luego lo que sucedería muy pronto. Sin embargo, mas que este pensamiento me afligió el de abandonar al Papa en manos de militares desconocidos, sin saber si dejarían en su compañía á alguna persona para asistirle. El Padre Santo estaba muy abatido. Su rostro estaba amoratado y se veían en él todas las señales de un dolor profundo. Al verme me dijo: «Ya comprendemos que esta gente trata de matarnos á fuerza de fatigas; y conocemos que no nos será posible soportar esta vida por mucho tiempo.»

«Procuré consolarle como pude, aunque tambien yo necesitaba consuelo, y le dije que se me habia participado que tenia que separarme de su sagrada persona. Me pareció que al bondadoso Sumo Pontífice le afligia mucho esta noticia. No pude decir mas, porque en aquel momento compareció Mariotti. Obligóse al Padre Santo á marchar al momento, y despues de acompañarle hasta el coche, me retiré á mi cuarto profundamente conmovido.»

Dada la órden de trasladarle á Alejandría, el Papa apenas tuvo tiempo para pedir un breviario al prior de la Cartuja. Partieron con él el gran camarlengo monseñor Doria, monseñor Soglia, el camarero José Moiraghi, y el oficial Mariotti, quien no tardó en mostrarse atento con el Padre Santo.

Entretanto el general Miollis, despues de mandar prender á un esbirro que habia robado algunos objetos del palacio pontificio, dijo en francés á sus oficiales que se hallaban rodeados de galeotes y de esbirros cómplices en aquel delito: «Ahora, señores, despedid á esa canalla.»

Esta fué la recompensa que se dió á esos miserables que acababan de cometer sin exposicion alguna un acto tan villano.

CAPÍTULO XLIII.

Despachos de Miollis al Emperador referentes á la expulsion del Papa.—El Papa es conducido á Grenoble.—La guarnicion de Zaragoza.—El Papa es llevado sucesivamente á Aviñon á Niza y á Savona.

El 6 de julio el general Miollis escribió al Emperador lo que sigue:

Señor :

«Vuestra Majestad me tiene encargado que conserve la tranquilidad en sus Estados de Roma, y he empleado para conseguirlo el único medio que habia, y era prender al cardenal Paeca. El Papa se ha resistido por medio de *barricadas* y de una *defensa* que le han perdido junto con el cardenal. El general Radet no pudo penetrar en el Quirinal sino derribando las puertas y las paredes. El anterior gobierno habia trasformado este palacio en fortaleza, desde donde desafiaba las órdenes de Vuestra Majestad. El general ha vencido todos los obstáculos merced á las acertadas medidas que ha tomado, y los conduce escoltados á la Cartuja de Florencia, en cuyo punto recibirá órdenes de Su Alteza Imperial la gran duquesa, á la cual he tenido ya el honor de avisar algunas horas antes de su llegada. El Papa se ha rodeado en el último aposento de palacio de *todos* sus cardenales y prelados, á quienes ha hecho responsables solidariamente de su sistema de oposicion. Sin embargo de que ha sido preciso emplear la fuerza, se han tenido todos los miramientos posibles. He mandado que se guardase el palacio y á las personas que en él habia. He hecho partir en dos carruajes á cuatro de los principales prelados que mas adictos le eran, á su cirujano y á sus criados. *La calma y la seguridad reinan en Roma.*

«Soy de Vuestra Majestad muy humilde y obediente servidor y súbdito.

«MIOLLIS.»

Al dia siguiente 7 de julio le dirigió este otro despacho:

Señor :

«El Papa ha decretado por sí mismo su expulsion de Roma. Al preguntarle el general Radet cuando le tenia reducido en su último *atrincheramiento*, si atacaria en lo sucesivo al poder temporal, respondió que sostendria el suyo hasta la última gota de su sangre. Las tropas que han debido forzar la entrada del Quirinal, se esforzaban en entrar en él, cuando se dió al vuelo la campana que *debía dar la señal de alarma*, mas se consiguió hacerla parar al momento, no habiendo servido de nada el tocarla, pues sus sonidos se confundieron con los del *Angelus*. En la víspera, por la tarde, un inspector de

policía se presentó en la casa del cura *Dé Monti* para pedirle unos estados que comunmente se dirigian al gobernador. El cura rehusó dárselos diciendo que el Papa se lo tenía prohibido. Hubo luego un tumulto y se gritaba: «¡Mueran los excomulgados!» El cura ha desaparecido. El dia de ayer no se pasó con mucha tranquilidad; gran número de personas se hizo inscribir para formar parte de la guardia cívica. El Tribunal del Capitolio volvió á ejercer sus funciones. Vióse el carruaje del Papa en la segunda parada inmediata á *Aqua-pendente*; y no se reparó en él hasta llegar á otra en que se detuvo para descansar. Se ha enviado su equipaje y las personas que designó para que le siguieran, excepto su fanático confesor. Creo que tambien conviene separarle del cardenal *Pacca*. El Padre Santo no ha querido dejar sus vestiduras pontificias. Al subir al carruaje dió su bendicion á las tropas, las cuales le tributaron los honores debidos al jefe de la Iglesia. Incluyo á Vuestra Majestad la circular de monseñor el obispo de *Città della Pieve*, la cual es digna de su ministerio.

« Soy de Vuestra Majestad muy humilde y fiel súbdito.

« M OLLIS. »

El Papa tardó siete dias en llegar á *Alejadria*, viajando con direccion á esta ciudad desde el 9 al 15 de julio. En una de las primeras jornadas reuniéronse por la mañana al rededor del carruaje algunos campesinos pidiendo la bendicion, y fué preciso hacer alto y permitir que se la diera. En aquel momento el Papa pidió á uno de los aldeanos que aun estaba de rodillas que le trajera un poco de agua fresca. En el acto levantáronse todos; los unos se precipitaban sobre los caballos para detenerlos; los otros colocáronse delante de los gendarmes, y muchos entraron aceleradamente en las chozas inmediatas prorumpiendo en gritos de alegría. Presentáronse á Su Santidad refrescos de todas clases, y fué menester que aceptara todos los que se le ofrecian, ó á lo menos que tocara los que no probaba. Las mujeres obligaban á los hombres á que les franquearan el paso hasta el Padre Santo, y todos gritaban: «El mio, Santísimo Padre, tambien el mio!»—«¡De todos!» respondia nuestro piadoso Pontífice con el rostro bañado de lágrimas. En el instante de arrojar dentro del coche frutos muy escogidos, un aldeano con solo estas dos enérgicas y terribles palabras: (*Vuole? dica!*) propuso al Papa rechazar á los soldados y libertarle. El Papa con acento verdaderamente tierno y suplicante pidió que no se intentara nada, y prosiguió su

camino con direccion á Génova. A corto trecho el Papa se encontró separado de su bagaje y agobiado por el calor, y en esta situacion pidió que le prestaran una camisa cualquiera. Un lugareño le ofreció una en el acto, y al besar con entusiasmo la mano que le bendecía, quitó de la manga del Papa un alfiler, quedándosele como una preciosa recompensa de haberle prestado la camisa.

Tres millas antes de llegar á Génova y á hora de medio dia, se detuvo el Papa cerca de una casa de campo llamada Castagna, propia, segun se le dijo, de la familia Spinola. A poco tiempo llega un comandante de gendarmeria, llamado Boisard, para reemplazar á Mariotti, trayendo consigo dos literas, en una de las cuales se colocó al Papa y en la otra á monseñor Doria. Dispúsose que la comitiva siguiera á pié hasta la orilla del mar, en donde entraron todos en una falúa. Pasadas algunas horas la falúa se hallaba ya, á tiempo en que amanecía, á la otra parte de Génova en San Pedro de Arena. Siguióse luego por Bocchetta de Novi con direccion á Alejandria, en donde el Papa fué alojado en casa de Castellani, cuyos dueños prodigaron á su ilustre huésped toda clase de cuidados. Pio VII empezó entonces á sentirse aliviado de una especie de fiebre nerviosa que le habia acometido en el momento en que se apoderaron de su persona. Al cabo de tres dias la comitiva púsose en marcha hácia Moldovi. En esta ciudad el interés que el pueblo demostró por el Papa tuvo un carácter mas pronunciado. Las órdenes religiosas de ella salieron en procesion á recibir al Papa, mientras que sus habitantes, despues de echar una mirada escudriñadora á los gendarmes, indicaban con sus ademanes y sus palabras que tenian el ánimo de libertar á Su Santidad. Voy á consignar aquí algunas expresiones sacadas de un relato del primer ayuda de cámara del Papa, Moiraghin: «Cuanto mas nos acercábamos á Francia, dice, mayor era el entusiasmo.» En la primera aldea de Francia que se encontró, las autoridades de los puntos inmediatos, so pretexto de velar por la conservacion del orden, procuraban acercarse al Papa tanto como podian, y en realidad era para cubrir de besos sus manos, para consolarle y agradecerle. Pio VII decia: «¿Cómo es posible resistir á

estas muestras de cariño?» Y las agradecía con dignidad y con modestia. No tardó en saberse en Grenoble que el Papa se dirigia á dicha ciudad, en donde debia tener lugar una de esas escenas que afectan vivamente á los pueblos. En cierto modo se encontraron allí las dos únicas potencias que resistieron á Napoleon en el continente, á saber: la Santa Sede y España. La valerosa guarnicion que defendió á Zaragoza se hallaba prisionera en Grenoble. Al saber que el Papa estaba próximo á llegar, pidió que se le permitiera salir á su encuentro. En el momento en que apareció el coche del Papa, todos los soldados se hincaron de rodillas á un tiempo. Genoude, testigo ocular de esta escena, es quien me la ha referido. El Papa inclinó adelante casi todo su cuerpo, y con un aire de contento y de gransatisfaccion, dió la bendicion á esos héroes. Toda la ciudad de Grenoble imitó el ejemplo de los soldados españoles. Gerard, asesor del prefecto, cuyas funciones ejercia accidentalmente entonces, mostróse muy respetuoso con el Papa; mas alejó de su lado al cardenal Pacca, que habia alcanzado á la comitiva pocos dias antes. Al dia siguiente, Gerard manifestó á Su Santidad que tenia á su disposicion algunos carruajes por si gustaba salir á paseo, y el Papa respondióle lo siguiente: «Si esos carruajes deben volvernos á Roma, subiremos á ellos para deshacer el viaje; mas prisionero como nos hallamos, no queremos salir para pasearnos.»

Era tanta la muchedumbre que pedia la bendicion al Papa, que fué menester destinar un paraje espacioso en un jardin para que entraran allí en determinados momentos las personas que deseaban saludar al Papa. El obispo de Grenoble fué el único que no pudo verle, pues siempre se le dieron excusas para que no tuviese este gusto, diciéndole unas veces que habia llegado tarde, y otras que el Papa no se sentia bien. En esto, llegaron los vicarios generales del cardenal Fesch con presentes de todas clases para el Papa, á cuya disposicion pusieron una cantidad excedente de cien mil francos. El Padre Santo agradeció en extremo tan gran prueba de respeto. El 30 de julio Gerard hubo de asistir á un banquete, á pesar de lo cual permitió al Papa que saliera al jardin; mas como en la víspera se notaron en el pueblo algunas señales de desorden,

queriendo entrar de nuevo á recibir la bendicion los que ya la habian obtenido , el Papa tomó la prudente resolucion de no hacer uso del permiso que Gerard le habia concedido. Hubo entonces una especie de motin. De repentè llega la órden de marchar á Valence , en donde no se permitió al Papa visitar el monumento de Pio VI. Desde dicha ciudad debia partirse para la de Aviñon , en la cual entró el Papa en mitad del dia, y es de extrañar que lo permitiera el coronel Boisard , pues Aviñon perteneci6 en otro tiempo á la Santa Sede , quedando reunida á la Francia al principio de la revolucion por circunstancias que nadie ignora , sin que por esto olvidara el afecto que profesaba al Sumo Pontífice. Se ha llegado á creer que Boisard no tenia noticia de todo esto ; mas no es creible. Todos los moradores de Aviñon , sin diferencia de edades ni de sexo , acudieron á la plaza en que se hallaba detenido el caruaje del Papa , saludando á este con gritos de alborozo. Algunas señoras y varias personas distinguidas compraron á precio de oro el poder llegar hasta las portezuelas del coche. Boisard mandó á los soldados que apartaran la gente ; mas como eran pocos , no podian hacer uso de las armas. Teniendo noticia el comandante de que acudia gente por el camino de Carpentras , y que los habitantes de todas las poblaciones inmediatas al Ródano del Languedoc se precipitaban en masa como una cruzada hácia Aviñon , mandó cerrar las puertas de esta ciudad. El pueblo empezó á entablar conversacion con la comitiva del Papa. Un sugeto elegante y de noble aspecto , se acercó á Moiraghi , y le dijo : « Caballero , ¿ es cierto que el Papa ha excomulgado á Napoleon ? » — « Caballero , respondió Moiraghi , no puedo contestaros. » — « Esto me basta , añadió el interlocutor , esto me basta. »

El coronel Boisard consiguió por fin atravesar por la muchedumbre , llevando en la mano dos pistolas cargadas de las cuales se hubiera guardado muy bien de hacer uso , y dió órden de marchar á los postillones. En Aix tuvieron lugar escenas análogas á las de Aviñon ; en una palabra , la Provenza entera manifest6se animada de sentimientos religiosos. A medida que el Papa se adelantaba hácia Niza , se decia que seria conducido á Savona. La ciudad de Niza hizo varios preparati-

vos para recibir al Papa, quien bajó del carruaje cerca de Var para atravesarlo á pié. Ofrecióse entonces á su vista un espectáculo extraordinario: entre la muchedumbre que veía no se hallaban confundidas las clases como en los pueblos de Francia, sino que reinaba un órden completo. Cada clase de la sociedad ocupaba un puesto aparte; los sacerdotes iban revestidos de sus hábitos sacerdotales; los nobles ostentaban sus condecoraciones, y unas diez mil personas estaban de rodillas guardando el mas profundo silencio. Al ver el Sumo Pontífice tan brillante homenaje, adelantóse solo, indicando con cierta altanería que no le siguiesen los soldados que le escoltaban, *prosiguiendo así su peregrinacion en medio de las persecuciones de la tierra y de los consuetos del ciclo* (1).

El Papa vió á la reina de Etruria arrodillada entre sus dos hijos. «¡Qué tiempo!» exclamó la reina.—«No son todo aflicciones, respondió el Padre Santo: no nos hallamos, hija mia, en Florencia, ni en Roma; mas ved á ese pueblo; observad su entusiasmo.» El Papa subió al coche. Las calles de Niza estaban cubiertas de flores, y mientras el Papa permaneció en ella, hubo iluminaciones todas las noches. Comprendiendo entonces Boisard la importancia de su prisionero, permitió que se le acercaran los eclesiásticos y cuantas personas quisiesen. Por la noche se cantaban himnos sagrados delante de la mansion del Papa. El comandante pensó seguir un camino poco frecuentado á través de las montañas. Una señora tuvo el feliz pensamiento de hacer iluminar el camino por la noche, colocando fanales en los árboles, siendo imitado su ejemplo por varias personas piadosas y por diferentes autoridades.

En Savona, el Padre Santo se hospedó en la casa de Santon, permaneciendo en ella cuatro dias, trascurridos los cuales se dió órden al obispo de la ciudad para que dejase su palacio á disposicion del Papa y de su comitiva. Destináronse al Papa tan solo un cuarto y una reducida antesala; mas se le permitió que invitase á comer á las personas que quisiese. El maestro de ceremonias, Salmatoris, se presentaba todos los dias al Papa para recibir órdenes. Señalárouse cien

(1) «De civ. Dei.» lib. 18, cap. 51.

luises al mes á cada uno de los criados del Padre Santo, y se facultó al director de correos para que entregase á Su Santidad la correspondencia que se le dirigia.

CAPÍTULO XLIV.

Batalla de Wagram.—Despacho de Chabrol al duque de Bassano.—Napoleon redacta el proyecto de una memoria relativa á los asuntos pendientes con la Santa Sede, y pide una nota de todas las excomuniones pronunciadas por los papas. — Conversacion del Papa con Emery, superior general de San Sulpicio.—Disolucion del casamiento de Napoleon con Josefina.—Casamiento de Napoleon con María Luisa.—Proscripcion de trece cardenales.—Lehzelteren en Savona.—Muerte del cardenal Caprara.

En 6 de julio, en el momento en que Pio VII era expulsado de Roma, Napoleon ganaba la batalla de Wagram. En 14 de octubre se firmó en Schœnbrun la paz entre el Austria y la Francia.

El prefecto del departamento de Montenotte, Chabrol, que veia con frecuencia al Papa, escribió en 21 de octubre al duque Bassano en contestacion á un despacho que le remitió lleno de afectuosos sentimientos hácia el Padre Santo (el duque de Bassano se mostró siempre noble y generoso en la época del Imperio). Chabrol decia:

«He hablado á Su Santidad de la paz que acaba de ajustarse, y me ha demostrado mucha satisfaccion por ello, preguntándome al mismo tiempo si conoeia algunas de sus condiciones. Le he contestado que no; pero que los periódicos habian dicho algo de una concordia entre los tres emperadores que aseguraria por mucho tiempo el reposo de la cristiandad. El Papa me ha contestado que así lo esperaba, y que por lo menos el próximo regreso de Su Majestad le parecia un indicio de que no estallaria de nuevo la guerra en el Norte, y que debia creer que se trataria luego de un arreglo de los asuntos de la Iglesia. Yo le he manifestado estar persuadido de que por su parte contribuiria á allanar todos los obstáculos para conseguir dicho arreglo, que siendo así podria verificarse mas pronto, á lo cual ha contestado: «Hasta ahora hemos tenido paciencia para esperar y podemos esperar todavía algun tiempo; Nos hemos tentado para realizar ese arreglo todos los medios que han estado en nuestra mano.» Le he preguntado si habia tenido comunicaciones directas con Su Majestad, y me ha respondido que hacia dos años que no le habia es-

erito directamente; que antes lo habia verificado, pero que no habiendo obtenido contestacion, determinó valerse de notas oficiales persuadido de que así la conseguiria. Al preguntarle si se le ocurrió últimamente la idea de reproducir ese medio, me ha contestado que nó, y que en este caso hubiera sido preciso expedir un correo, y que si bien hubiera podido remitir sus comunicaciones á los prefectos ó á los maies, no lo hizo. Le he manifestado que como jefe espiritual de la Iglesia, Su Majestad le hubiera atendido; que el ánimo del emperador era evidentemente separar del todo el poder espiritual del temporal, y que tocante á este punto era difícil que mudase de opinion; pero que la cuestion sobre el poder temporal no podia ser un obstáculo absoluto para dar la paz á la Iglesia.

«A esto ha dicho: «Hemos jurado defender el poder temporal *usque ad effusionem sanguinis*, y como no tenemos otras armas que las espirituales, hemos debido emplearlas al igual de nuestros predecesores. Ninguno de ellos se ha visto reducido al extremo en que nos hallamos, pues si bien se han suscitado contiendas algunas veces, sufriendo especialmente por ellas Clemente VII, no obstante han bastado pocos meses para terminarlas, cuando hace ya muchos años que esto dura. Nuestro sacro colegio ha sido dispersado; se nos ha extraido de nuestro palacio: estos excesos no pueden tolerarse, y menester seria que se concediese una reparacion á la Santa Sede. Si á Su Majestad no le es dable ceder en lo mas mínimo, de seguro que las cosas van á quedar por largo tiempo en este estado; y es mucho decir por largo tiempo, pues somos ya muy ancianos. Quizás nuestro sucesor podrá arreglarlo todo; lo dejamos á su cuidado.» He hecho presente que los bienes temporales no podian estar ligados á los intereses de la Iglesia, y que si sacrificaba aquellos, no por su voluntad, sino por exigirlo así el estado en que se hallaba la Europa, podria asegurar la paz; pero me ha objetado que la experiéncia le habia enseñado, y que sabia perfectamente que *los sacrificios no se estiman en lo mas mínimo*; que los primeros que se habian hecho debieran haber asegurado el reposo, si hubiese sido posible; que en la actualidad veia muy bien que todos los tiros se dirigian contra la religion; que no pudiendo atacarla de frente, porque esto era algo difícil, se la atacaba por los flancos; que los párrocos vivian en la estrechez, y que las parroquias y los obispados eran demasiado extensos para poder regirlos un solo eclesiástico; que jamás los sacerdotes del paganismo se vieron en tan gran dependencia; que al Papa queria convertirse en *Papa de los franceses*; y que en medio de todo esto solo Dios podia salvar á la Iglesia.»

Chabrol refiere otras conversaciones que revelan en él un buen sentido, un profundo respeto hácia la persona del Sumo Pontífice, y mucha fidelidad en las noticias que facilitaba al gobierno. Segun parece, este prefecto estaba encarga-

do de indagar lo que pensaba hacer el Papa si volvía á Roma. El Papa le contestó que haría lo mismo que antes. Chabrol también tenía largas conversaciones con monseñor Doria, quien continuaba mostrándose muy adicto á su soberano.

Todo lo que acabamos de referir inquietaba mucho á Napoleón. El 26 de octubre llegó este á Fontainebleau; en noviembre mandó que pasase á su lado uno de los mas hábiles oficiales del ministerio de negocios extranjeros, á quien facilitó varios datos para componer con ellos una memoria que explicase el estado de los asuntos de la Santa Sede. Las apuntaciones que con este objeto dictó Napoleón á dicho oficial, indican claramente cuan conturbado se hallaba su espíritu. En ellas se trata de todo lo que hemos referido tocante á las conferencias del emperador con el Papa acerca de la declaracion del año 1682, las manifestaciones de Portalis y la carta de Luis XIV referente á la retractacion de aquella (al parecer Napoleón no habia estudiado aun suficientemente este asunto, acerca del cual prevalecia aun el parecer de Coupigny). En las mismas llama la atencion esta frase: «El estilo de la disertacion histórica que se ha de hacer, ha de ser mas bien el de un hombre de negocios que de un hombre de letras.» Y también estas palabras (téngase presente que las dictó el mismo Napoleón): «En resúmen *propongo á V. M.* que envíe al senado un proyecto de senado consulto, en el que se acuerde la incorporacion de los Estados Pontificios al Imperio, y poner á disposicion del ministro de cultos un edificio decoroso para que lo habite el Sumo Pontífice.» Una vez hubo concluido de dictar, encargó que se extendiera una nota de todas las excomuniones pronunciadas por la Santa Sede desde los mas remotos tiempos.

Vamos á referir aquí una importante conversacion habida entre Napoleón y el superior general de San Sulpicio, Emery, conocido por haber publicado *los nuevos opúsculos del abate Fleury*, á los cuales añadió varios piadosos escritos de este ilustre escritor, entre otros uno muy interesante sobre lo ocurrido en el año 1682, y la interpretacion que debia darse, segun Bossuet, al artículo cuarto de la declaracion concerniente á la infalibilidad del Papa. Esta obrita tuvo mucha aceptacion entre los extranjeros, y fué muy apreciada en Roma; mas al mismo tiem-

po que valia tantos elogios á Emery fuera de su patria , atraia sobre él grandes persecuciones en Francia. Acusósele ante Fouché de ser ultramontano, y el emperador no tardó en saberlo. El consejo de Estado ocupóse de dichas acusaciones, y Fontanes se asumió la defensa del teólogo, sosteniendo que era un hombre sábio y circunspecto, y felicitándose de que la Universidad poseyese un hombre como él. A pesar de todo, las prevenciones del emperador eran siempre las mismas. Por lo demás, de nada servia que hubiese un defensor del Papa en París, cuando Alquier estaba encargado de atacarlo en Roma. Napoleon habló de Emery al cardenal Fesch, quien viendo que no podia destruir sus prevenciones contra el mismo, aconsejóle que le llamase á Fontainebleau, en donde la corte debia permanecer algunos dias para tener con él algunas explicaciones. El emperador aprobó el pensamiento, y en consecuencia Emery fué invitado á Fontainebleau sin indicársele el objeto. Sorprendido Emery reunió á su capítulo y le dijo : «El emperador me llama á Fontainebleau, ignoro el objeto. ¿Querrá consultarme tal vez acerca de sus desavenencias con el Papa? ¿Piensa quizás suprimir la órden? Rogad mucho por mí, para que Dios me inspire lo que he de decir.»

Tres dias tardó Emery en obtener audiencia del emperador, pasando gran parte de ellos en la capilla del palacio ocupado en rogar por los príncipes de la rama de Valois que lo habian hecho construir. Emery estaba dispuesto á decir la verdad á Bónaparte tocante á sus desavenencias con el Papa, y pensaba decirle : «Me hallo en el borde del sepulcro ; ningun interés humano me mueve, mas el interés de Vuestra Majestad me obliga á manifestarle cuan importante es que se reconcilie con el Papa, si no quiere verse expuesto á grandes desgracias.» Llegado el momento de la audiencia, el cardenal Fesch introdujo á Emery á presencia del emperador, retirándose en seguida. Napoleon empezó por hablar de los *opúsculos* : «He leído vuestro libro, dijo, ahí está encima de esta mesa. Es verdad que en el prefacio hay algo que *merece una argolla* ; mas, en fin, no hay para que *zurrar á un gato*.» Y diciendo esto cogió á Emery por la oreja, que era una gracia que se permitia alguna vez con las personas de las cuales estaba satisfecho. Igual

franqueza se habia permitido con el príncipe primado, quien se lamentó de ello á Emery, el cual le dijo: «Monseñor, yo he recibido el mismo obsequio que Vuestra Alteza; yo no me atrevía á hablar de él á nadie; mas ahora que sé que tambien se ha dispensado á un gran señor como vos, lo contaré á todo el mundo.» Napoleon trató luego de sus desavenencias con el Papa, manifestando que respetaba su poder espiritual; pero que tocante al temporal, que no provenia de Jesucristo, sino de Carlo-Magno; él, que era emperador como Carlos, queria quitárselo al Papa, á fin de que le quedase mas tiempo para dedicarse á los asuntos espirituales. Emery objetó que Carlo-Magno no fué el único que dió bienes al Papa, quien tenia ya muchos en el siglo v, y dijo al Emperador que por lo menos debia respetar los adquiridos antes de la época de Carlo-Magno. Napoleon, que estaba poco versado en la historia eclesiástica, y que al parecer ignoraba lo que le decia Emery, nada contestó, contentándose con manifestar con mucha dulzura que el Papa era un excelente sujeto, pero que desgraciadamente se hallaba rodeado de cardenales ultramontanistas que le daban malos consejos. Alquier acusaba á los monjes; Napoleon á los cardenales. «Mirad, dijo Napoleon, si yo pudiese hablar un cuarto de hora con el Papa, arreglaría todas las diferencias que con él tengo.—Pues bien, repuso Emery, ya que Vuestra Majestad quiere arreglarlo todo, ¿por qué no hace que el Papa venga á Fontainebleau?—Esto es lo que pienso hacer.—¿Pero de qué modo ha de venir? Si atraviesa la Francia como un cautivo, semejante viaje honrará poco á Su Majestad, pues ya podeis contar con que en todas partes recibirá pruebas de la veneracion de los fieles.—No pretendo que venga como un cautivo, sino que por el contrario quiero que se le tributen los mismos honores que cuando vino á consagrarme. Dejando esto aparte, es bien raro por cierto que vos y todos los obispos de Francia que habeis pasado toda vuestra vida estudiando teología, no halleis un medio canónico para que yo me arregle con el Papa. En cuanto á mí, si yo hubiese estudiado teología siquiera seis meses, muy pronto lo hubiera desenredado todo, porque, dijo llevándose el dedo en la frente, Dios me ha dotado de inteligencia. Yo no hablaria el latin

tan bien como el Papa : mi latin seria un latin vulgar, mas yo aclararia pronto todas las dificultades.» Al oír esto , Emery hizo un movimiento como queriendo decir : «Muy dichoso sois en creer en el caso de saber bien la teología en seis meses, cuando yo no la sé aun á pesar de haberla estudiado toda la vida.»

En esto llegaron los reyes de Baviera, Wurtemberg y Holanda , cuya venida se anunció al emperador, quien respondió secamente : « ¡ Qué aguarden ! » como si fuera regular hacer esperar á tres reyes. Viendo Emery que el emperador no le despedía tomó de nuevo la palabra diciendo : « Señor , ya que os habeis dignado leer los opúsculos de Fleury, os ruego que admitais las adiciones que en ellos he hecho, y que forman el complemento de la obra. » El emperador las admitió y las puso sobre la mesa. Al ofrecérselas , Emery tuvo el objeto de que leyera dos bellos pasajes de Bossuet y de Fenelon en favor de la Iglesia romana , insertos en ellas para que aprendiera á respetarla mas que hasta entonces. A los pocos dias, la policía se apoderó de las *adiciones*. Con todo , el emperador demostró en adelante tener en mucho aprecio á Emery.

El 1.º de enero de 1810 la policía de Roma se apoderó de los escritos existentes en los archivos de los tribunales y de las congregaciones eclesiásticas. Los papeles de la *Penitenciaria* fueron trasportados á las oficinas de la *Dataria*, dándose orden de salir de ella á todos sus empleados. El dia 5 selláronse todos los objetos propios de la Santa Sede. Recogióronse los sellos del Papa, y entre ellos el *anillo del pescador*, que se habia enviado al delegado del Papa monseñor Gregorio, á fin de que pudiera expedir las bulas , los breves, etc. No quedó en Roma ningun cardenal mas que Casoni. Hemos visto en uno de los despachos del general Miollis que el obispo de Città della Pieve se expresó en sentido favorable á los principios del gobierno francés. Radet creyó que debia darle las gracias por ello en nombre de la policía, á cuya cabeza se hallaba entonces, y en consecuencia le escribió lo siguiente : « Si el Padre Santo es el vicario de Jesucristo, el gran Napoleon lo es de Dios, y quiere que respetemos el culto y á los ministros del altar. Nosotros cumpliremos este deber con resolucion y con gusto , puesto

que está grabado en las conciencias de todos, y no permitiremos nunca que se moleste el gobierno temporal de nuestro glorioso soberano.»

El general en cuyopoder quedó el anillo del pescador, manifestó públicamente que haría sellar con él los documentos en que fuese necesario este requisito. Y así se verificó en efecto en presencia del general. El embajador de Baviera fué de los primeros que se utilizaron de la gracia que acababa de concederse.

El 7 de febrero, los Estados Pontificios quedaron reunidos al Imperio en virtud de un senado-consulta. Expulsóse luego de Roma al prelado Gregorio, y al decirsele por encargo de Miollis que era una *necedad* su obstinacion en favor de los intereses del Papa, contestó: «*Stulti sumus propter Deum.*»

Napoleon quedó satisfecho de lo practicado para incorporar Roma al Imperio, y solo faltaba que se le remitiese la nota relativa á las excomuniones, la cual pidió de nuevo, y entonces Champagny la puso en sus manos. A contar desde la excomunion que en el año 398 pronunció san Anastasio contra un gobernador de Libia, hubo ochenta y cinco, siendo la última la titulada: *Quum memoranda*, que se publicó en Roma en 10 de junio de 1809. En la expresada nota no se mencionaba esta última, así como tampoco las interdicciones reclamadas por el espíritu público en Europa contra algunos terribles malvados como el cruel Barnabé Visconti y muchos otros. Entre las excomuniones citábase la fulminada en 1194 por Celestino III contra Leopoldo, duque de Austria, y el emperador Enrique IV por haberse apoderado traídoramente de Ricardo, rey de Inglaterra, que como cruzado se hallaba bajo la proteccion de la Santa Sede y del derecho de gentes; y la pronunciada en 1211 por Inocencio III contra Othon IV por haber invadido el territorio de la Iglesia faltando al juramento que prestó al ser consagrado. Tampoco se hizo observar en la nota que en aquellos tiempos se consignaba en los tratados que el monarca perjuro incurriria de derecho en la pena de excomunion á la cual se sometia desde aquel momento. Uno de los artículos del tratado de Cambray, celebrado en 20 de diciembre de 1508 entre el Papa, el emperador, los reyes de

Francia, Aragon y Hungría, el duque de Saboya y las casas de Este y de Gonzaga, prueba que las censuras eclesiásticas y el entredicho, los monitorios y las excomuniones eran armas reconocidas y consentidas por todas las potencias de Europa, las cuales sabian invocar su uso en favor de su interés temporal (*Italia*, p. 223).

Mas volvamos otra vez la vista á Roma. De repente el ayudante del general Miollis marcha á París con la tiara que Napoleon regaló en otro tiempo al Papa, y con los demás ornamentos pontificios, y segun se dijo, el emperador tenia ánimo de entregárselo todo al Padre Santo.

Napoleon, despues de ocuparse en ver á quien elegiria por esposa, pidió la mano de la archiduquesa de Austria, llevando el intento de hacer anular antes su casamiento con Josefina. Voy á dar de este asunto una sucinta noticia porque no todos los hechos referentes al mismo pertenecen á la historia de Pio VII. Para subsanar algunas nulidades, el casamiento de Napoleon con Josefina se celebró, antes de la ceremonia de la consagracion, pues Josefina se negaba á asistir á la coronacion si no se accedia á unirle de nuevo con el emperador. Temeroso este de que la falta de la emperatriz á dicho acto no perjudicase el efecto de las ceremonias en las cuales debia ella representar uno de los papeles principales, vióse precisado á complacer á Josefina, y consintió en que se diese la bendicion, pero reservadamente, al enlace que con ella tenia contraido. El cardenal Fesch era el único que debia intervenir en este acto; mas de nada hubiera servido esta rehabilitacion, á no haber obtenido que se dispensase la asistencia del párroco correspondiente y de los dos ó tres testigos que exige el concilio de Trento. Para obviar este inconveniente, el cardenal Fesch avistóse con el Papa en su habitacion de las Tullerías, diciéndole sin entrar en pormenores: « Santísimo Padre, Vuestra Santidad comprenderá que en mi calidad de limosnero mayor necesito poderes ámplios.— Os los concedo, respondió el Papa, » á quien por otra parte se habia expuesto la conveniencia de rehabilitar el casamiento del emperador. El cardenal Fesch, pues, creyó de buena fé rehabilitarlo válidamente usando de las facultades que se le habian concedido.

Al tratarse de la disolucion de dicho matrimonio, el arzobispo de Viena pidió al emperador Francisco I que se anulase en París por medio del ordinario, pudiendo recurrirse en este asunto del diocesano al metropolitano, y de este á otro primado, á fin de evitar el acudir al Papa, á lo cual Napoleon se oponia. El tribunal diocesano anuló el casamiento por no haber intervenido en él el párroco correspondiente y los dos testigos que en estos casos se exigen, circunstancias ambas esenciales para la validez del acto, y que no pueden dispensarse. No se atendieron las facultades que el Papa concedió al cardenal Fesch, las cuales otorgó Pio VII sabiendo que se trataba de dispensas relativas al matrimonio de Napoleon, como que al hablarse en cierta ocasion delante de Su Santidad del proyecto que el emperador tenia de separarse de su esposa, dijo: «¿Cómo es posible que el emperador piense en hacer anular su casamiento con Josefina, despues que hemos otorgado todas las dispensas necesarias para rehabilitarlo?» De todos modos, es evidente que no habiéndose probado en tribunal eclesiástico que se concedieran esas dispensas, estuvo este en su derecho declarando la nulidad de la rehabilitacion del matrimonio. El tribunal metropolitano tambien lo declaró nulo por falta de consentimiento interno de Napoleon. Fuerza es que aquí me detenga. La historia ha consignado los fuertes cargos que se hicieron á Luis XII y á Enrique IV en casos como el que nos ocupa, y como en asuntos de esta naturaleza reina siempre la confusion y el misterio, me abstendré de referir las ofensivas suposiciones á que dió lugar el proceder de Napoleon. Finalmente, una comision eclesiástica instituida por éste declaró competentes los dos tribunales que entendieron en la anulacion del matrimonio del emperador, quien se dispuso á contraer otro. Cundió la voz de que Emery aprobó el dictámen de la comision, *salvo empero el recurso al Papa*. Sin embargo, parece que este teólogo no tenia ideas muy fijas acerca de la competencia de dichos tribunales. De las profundas investigaciones que hizo en la historia eclesiástica, resultó que de hecho y de derecho las cuestiones sobre disolucion de matrimonios de soberanos se llevaron directamente al tribunal de los Papas á instancias de las reinas que se oponian á

ella ó que se creían agraviadas, lo que no tiene aplicacion tratándose de Josefina, la cual aunque agraviada consentia en separarse de su marido. La opinion manifestada por Emery fué causa de que se le separara de su seminario, si bien no tardó Napoleon en favorecerle aunque por poco tiempo.

En 2 de abril el emperador casó con la archiduquesa María Luisa. Veinte y seis fueron los cardenales que asistieron á la ceremonia del matrimonio civil del emperador, celebrado en Saint Cloud el 1.º de abril, mas dejaron de comparecer á la ceremonia religiosa que tuvo lugar en el Louvre al dia siguiente. Pradt, que se halla bien informado, refiere el hecho en estos términos:

«Voy á consignar aquí lo que he visto y oido, y es probable que el lector no se arrepienta de leer lo que paso á decir. Durante la ceremonia del casamiento del emperador, me hallé cerca de este á causa de mi posicion, sin separarme de él ni un momento. El emperador se habia ocupado en adornar la capilla, quedando al principio muy satisfecho del modo como estaba dispuesta, y hallando despues á faltar en ella el imponente carácter propio de los lugares sagrados. Despues de echar una mirada á las galerías, la fijó en los asientos destinados á los cardenales: «¿En dónde están los cardenales, me preguntó?»—«Ahí están,» le respondí. Y en efecto habia allí trece. «Cómo! no los veo, no están.»—«Son muchos los que hay, repuse, si se tiene en consideracion que el tiempo ha estado malo esta mañana, que entre ellos se cuentan muchos ancianos, y que es difícil hallar la entrada de la capilla.»—«¡Ah necios!» exclamó con enojo.—Y volviendo á poco rato sus miradas al mismo sitio: «Pero, no están ya, dijo. ¡ Ah! necios!» repitió airado lanzando hácia aquel lado una mirada centelleante, acompañada con un movimiento de cabeza amenazador, que me dió á creer que se estaba formando una gran tempestad. Al salir el emperador del altar despues de entregar el anillo nupcial á su nueva esposa, sentóse y me dijo: «Yo he dado un anillo á mi esposa; mas ella no me ha dado ninguno. ¿Por qué razon?» Despues que le hube dado algunas explicaciones, estuvo meditabundo un instante, como acostumbraba siempre que no quedaba satisfecho de las razones que se le daban, y luego dijo: «He dado un anillo á la emperatriz porque la mujer es la esclava del hombre. Observad las esclavas de los romanos; todas llevaban un anillo.»

La tormenta que creí estallaria, no descargó el mismo dia, ni al siguiente; mas el dia 5, Bigot de Preamenen, que habia reemplazado á Portalis, escribió á Champagny: «Atendido el comportamiento que han observado los doce car-

denales (equivocóse el ministro, pues habia además de estos el cardenal la Somaglia) con respecto al casamiento del emperador, no se les admitirá en lo sucesivo en palacio.» Esos doce cardenales eran: Mattei, Pignatelli, di Pietro, Saluzzo, Brancadoro, Galeffi, Opizzoni, Litta, Scotti, Gabrielli, Consalvi, y Luis Ruffo, debiéndoseles agregar la Somaglia.

Napoleon, arrogándose en estas circunstancias mas facultades que las que tiene un sumo pontífice, dispuso que los referidos trece cardenales dejasen la púrpura, y que solo pudiesen vestir de negro. Los cardenales manifestaron que el único motivo que tuvieron para dejar de asistir á la ceremonia del casamiento, fué el no haber intervenido el Papa en la disolucion del primero. A todos se les desterró enviándose á Mattei y á Pignatelli, á Rhetel; á la Somaglia y á Scotti á Mezieres; á Saluzzo y á Galeffi, á Sedan y luego á Charleville; á Brancadoro y á Consalvi, á Reims; á Luis Ruffo y á Litta, á San Quintin; y di Pietro, Opizzoni y Gabrielli á Saumur.

Pero veamos lo que pasaba en Savona. Gran número de cardenales sufrían en Francia por Pio VII. Y entretanto, ¿qué hacia éste en medio de sus infortunios?

El conde de Metternich, que se hallaba en París, pidió al emperador en un momento en que le vió en disposicion que otorgase permiso para enviar á Savona á un agente austriaco para que se avistase con el Papa á fin de arreglar algunos asuntos religiosos referentes á la diócesis de Viena y á otros puntos de los Estados hereditarios. Champagny quedó encargado de avisar al general César Berthier, gobernador de Savona, la ida del agente á dicha ciudad, y de decirle que le facilitase los medios de llenar su cometido. El despacho dirigido á Berthier por Champagny llevaba la fecha del 25 de mayo, y el agente austriaco se hallaba en Savona ya desde el dia 15. Berthier, á pesar de que aun nada sabia en esta fecha, complació al agente austriaco, pues no queria disgustar á una potencia que tan estrechas relaciones tenia con el emperador. ¿Quién era ese agente? Vemos figurar aquí de nuevo á un personaje digno de grande aprecio, al caballero Lebzelttern, aquel que rehusó asistir á la fiesta á que le invitó Miollis porque el dia anterior se habia ofendido al embajador de España

Vargas. Vamos á ver cuáles eran los sentimientos del Papa y cuáles sus aflicciones, y á oír lo que confidencialmente comunicó á Lebzeltern, quien con fecha 16 de mayo dió á Metternich importantes pormenores. A hallarse en mi lugar, los antiguos historiadores hubieran compuesto ó inventado un despacho del enviado de Austria; mas yo voy á trascribir textualmente el que escribió él mismo y que dice así:

Señor conde:

«Ayer tarde tuve con el Padre Santo una entrevista que duró una hora, y no me equivoqué al creer que se complacería en verme, pues me dió de su satisfaccion los mas gratos é inequívocos testimonios. Me alegré de haberle pedido audiencia por conducto de monseñor Doria.—Difícil me sería decir á Vuestra Excelencia algo interesante, despues de hablar de las bondadosas expresiones del Papa, de las que yo proferí en agradecimiento á sus atenciones, y de los hechos que ambos nos recordamos mútuamente; y me limitaré á poner en conocimiento de Vuestra Excelencia algunos de los puntos mas esenciales de la conversacion. Fiel el Papa á la amistad que le une con nuestro gobierno, me manifestó que le satisfacian mucho las consideraciones que le demostraba Su Majestad y las protestas de afecto que yo le trasmitia en nombre de mi augusto soberano. Quedó sorprendido de la condescendencia de Napoleon en permitir que yo pasara á verle; y pasmado al ver que yo le aseguraba que accedió á ello espontáneamente y con gusto, que no se oponia á que se acercara al jefe de la Iglesia quién quisiese y que los fieles acudiesen á él. Este proceder de Napoleon le ha causado un verdadero contento. Escuchó con vivo interés los pormenores que le dí acerca del matrimonio del emperador que era segura garantía de una paz duradera. Por un momento el Papa olvidó al parecer los agravios que se le habian inferido, y todos sus pesares, hablando con sincero interés de este acontecimiento. «¡Quiera el cielo, dijo, que este imprevisto suceso consolide la paz en el continente! Nos deseamos mas que nadie la felicidad del emperador, pues es un soberano que reúne eminentes cualidades. ¡Quiera el cielo que comprenda sus verdaderos intereses! Reconciliándose con la Iglesia tendrá en sus manos los medios de favorecer poderosamente á la religion, de atraer sobre sí y su familia la bendicion de los pueblos y de la posteridad, y de dejar un nombre glorioso bajo todos conceptos.» En seguida, recuerdos y amargas reflexiones interrumpieron las francas expansiones de su tierno corazon. Pensó entonces en el aislamiento en que se hallaba y en otras cosas desagradables. La conversacion que acabo de referir, me confirmó en el concepto que formé durante los siete ú ocho años que permanecí en Roma; esto es, que el Papa ha tenido siempre una especial *aficion* al emperador. Muchas son las pruebas que tengo para asegu-

rarlo, y no puedo menos de decir que infinitas veces en época muy diferente de esta bajo todos conceptos, he observado que manifestaba mas *aficion* por él que por nuestro soberano. Ha sido menester que el Papa experimentase muchas pesadumbres para obligarle á adoptar un sistema que en el fondo repugnaba á su corazon. Al hablarle de los conflictos en que se veian nuestros obispos, y de los inminentes riesgos que corria la Iglesia y la Santa Sede si no procuraba salir del estado de inaccion y de impotencia en que se veia, me respondió: «Los habiamos ya previsto, y esto nos tiene muy preocupado. La interrupcion que sufren nuestras relaciones con el clero extranjero y la dificultad de comunicarnos con los obispos franceses, son cosas que nos afligen en extremo. A pesar de que carecemos aquí de cartas y de noticias, excepto las vagamente consignadas en algunas hojas sueltas del *Monitor*, que el general tiene la amabilidad de enviarnos, comprendemos cuan grandes son los apuros en que se hallan los obispos. Mas de una vez nos hemos quejado al general de nuestra situacion tocante á estos puntos; de hecho esto es un verdadero cisma. Nada pedimos para Nos al emperador; nada tenemos ya que perder. Todo lo hemos sacrificado á nuestros deberes. Somos anciano y no tenemos necesidades de ninguna clase, y por lo mismo ¿qué consideraciones personales son capaces de apartarnos del camino que nuestros deberes y nuestra conciencia nos prescriben, y de inducirnos á pedir cosa alguna para Nos? no queremos pensiones ni honores; nos contentamos con las limosnas de los fieles. Otros papas ha habido mas pobres que Nos: estamos satisfechos dentro del estrecho círculo en que nos vemos encerrados; mas deseamos ardentemente restablecer nuestras comunicaciones con los obispos y los fieles, bastándonos que se dejen llegar libremente hasta Nos las reclamaciones de estos últimos y que se nos deje expedito el ejercicio de nuestras funciones. Se lo hemos dicho sin cesar al general Berthier: ¡Qué no se nos deje solo! (lo estamos tanto que nos hemos visto precisados á valerlos para secretario de un criado que tiene la letra inteligible). ¡Que no se nos imposibilite de ejercer nuestro ministerio espiritual, privándonos absolutamente de las personas necesarias para auxiliarnos, é impidiendo que los fieles acudan á Nos con entera libertad! Hemos hecho todo cuanto de Nos ha dependido, habiendo expedido Nos solo mas de quinientas dispensas y auxiliado cuanto nos ha sido dable á los obispos del imperio francés que han conseguido hacer llegar hasta Nos sus súplicas. Pero además de que nos faltan las fuerzas físicas, hay materias que es menester examinar y disentir; hay fórmulas extrañas pero necesarias que deben observarse y *en las cuales Nos nada entendemos.*»

«Aseguré al Papa que si se lo indicaba al emperador, esté le permitiría tener á su lado algunas personas para auxiliarle en tan penosas tareas, y le expuse que quizás hubiera hecho bien en romper el silencio, en obrar y en manifestar sus deseos al emperador, á lo cual respondió: «El sabe el absoluto aislamiento en que nos hallamos y tampoco puede ignorar las quejas y las

reiteradas instancias que hemos dirigido al prefecto y al general.» Comprendí muy bien el por qué no contestaba esplicitamente á lo que yo quise significarle; no ha llegado todavía el momento de tocar ciertos puntos. Acelerar la decision de ciertas cuestiones, ó resolverlas precipitadamente, antes de llegar á cierto grado de madurez las resoluciones del Padre Santo, no seria por cierto el modo mas á propósito para conseguir buenos resultados. «¡ No os podeis figurar, añadió el Papa, el consuelo que nos proporcionais hablándonos de asuntos relativos al clero de vuestro país ! Este es el primer conducto que se nos abre.»

«Aprovechándome de esta ocasion, le hice ver que lo que decia era una prueba de que el emperador, léjos de oponerse á que llenara los deberes de su ministerio, le dejaba en completa libertad para ello, y le rogué que concediera con toda la latitud posible las gracias que nuestros obispos le pedian. Prometiómeme que haria todo cuanto de él dependiese, y repitió que los obispos de la cristiandad hallarian siempre en su jefe espiritual un padre tierno é indulgente.

«Entre los pesares que afligen al Padre Santo, además de los indicados ya, es uno de los principales el que le causa la detencion en Finistrela del cardinal Pacca y de su sobrino. «Es preciso que hayan hablado mal de él á Su Majestad, pues no es posible que tenga contra él ningun motivo personal de disgusto. Era nuestro secretario de Estado en una época aciaga, y ha sido sacrificado inocentemente. Pero el emperador no debe creer que esto sea injusto, añadió; vos, como todo el mundo, sabeis perfectamente que Nos mismo elevamos las oportunas protestas sobre lo que pasaba, que para no comprometer á nadie, Nos encargamos de defendernos solo sin el auxilio de nadie, y si el secretario puso su firma al pié de lo que escribimos, fué solo por llenar las acostumbradas formalidades.»

«Lo que tambien aflige mucho al Papa es la permanencia en París de sus cardenales y de sus ministros, la deportacion de varios obispos por haber observado estrictamente sus instrucciones, y finalmente el no haber podido conseguir que se permitiera que pasaran á su lado Menocchio, su confesor, el secretario de breves monseñor Devoti, el de la correspondencia con los soberanos, monseñor Testa y algunos escribientes.

«Ni una sola palabra dijo el Papa acerca de su poder temporal y de su soberanía en Roma, pronunciando tan solo las siguientes expresiones indirectas: «Cuando las opiniones son fruto de la voz de la conciencia y del sentimiento del deber, son inalterables (Alquier oyó tambien al Papa pronunciar esta palabra), y no hay en el mundo fuerza física alguna que pueda luchar por mucho tiempo contra una fuerza moral semejante. Lo que hemos dicho acerca de los tristes contratiempos que nos han combatido, nos lo han dictado los mismos sentimientos, y por lo mismo nos expresaremos siempre del mismo modo.»

«He encontrado al Papa algo envejecido; pero bueno y tranquilo como siem-

pre. No se ha mostrado resentido, ni aun al tratar de los asuntos que mas deben afectarle. Al mismo tiempo le he visto firme en sus opiniones, y tocante á algunas de ellas, de seguro que no cambiará porque no puede, de modo que cualquiera tentativa tocante á este punto y la menor imprudencia en tocar ciertas cuestiones, no producirán nunca otro resultado que promover largas discusiones teológicas, acerca de las cuales se ha dicho ya todo cuanto puede decirse, sin que con reproducirlas se consiga que varíe de opinion ninguna de las partes contendientes. Y esto es aplicable á nuestra corte lo mismo que á la de Francia. Mientras el Papa tolere algunas máximas (Lebzelttern alude indirectamente á las miras de José II), y los soberanos practiquen lo que juzguen conveniente al interés de sus Estados, ¿qué se iria á ganar exigiendo un reconocimiento formal de principios que el Sumo Pontífice no puede canonizar? El constante uso de ellos les da cada dia mas valor, que aumenta tanto mas, en cuanto no se los sujeta á discusion.

«Permitame Vuestra Excelencia que por punto general me abstengo todavía de formar juicio sobre la disposicion en que se halla el Padre Santo. Hasta ahora no he hecho mas que explorar el terreno, evitando en esta primera entrevista presentarle reflexiones acerca de algunos asuntos, lo cual verificaré cuando se halle aliviado completamente del peso que una larga sujecion ha acrecido, pues hasta entonces no podré conocer su modo de pensar ni saber cómo he de conducirme. Con todo, no se escaparán á la penetracion de Vuestra Excelencia algunas circunstancias que al parecer son favorables á nuestras miras.

«Si el emperador Napoleon juzgase digno de su generosidad dejar en libertad al cardenal y á monseñor Pacca, y tener algunas consideraciones por el estilo de esta, estoy seguro que Su Santidad se sentiria profundamente impresionado; pues he visto cuan contento ha estado de que Su Majestad haya allanado el camino de mi venida aquí. No he visto nunca persona alguna cuyo ánimo sea tan fácil de captar por medio de agasajos como el Papa, lo cual proviene de sus sentimientos. Así es que durante mi larga permanencia en Roma he empleado siempre con éxito este medio.

«El Papa está muy satisfecho del comportamiento y de los miramientos que con él observan el prefecto y el conde Berthier. Hasta hoy no ha querido salir nunca del palacio episcopal en que habita, limitando sus paseos á su cuarto y á un reducido jardin. La afluencia de personas á las cuales la devocion conduce diariamente á sus piés, es siempre la misma. El prefecto y el general por su parte están muy satisfechos de la extremada prudencia del Papa y de las atenciones que este les dispensa. Vuestra Excelencia conoce, me vanaglorio de ello, la franqueza de mi carácter y de mi lenguaje. Para mí es un deber imprescindible manifestar francamente y en todas ocasiones mis pensamientos á mi jefe, pues estoy persuadido de que la verdad no puede disgustar á las almas nobles y elevadas. Partiré siempre de esta base en las relaciones que haga á Vuestra Excelencia....»

El 18 de mayo Lebzebtern comunicó nuevos pormenores al conde de Metternich. El Papa prometió ocuparse directa y prontamente de los asuntos del clero de Austria. El día 21 Su Santidad remitió á Lebzebtern un breve para Metternich, en contestacion á un despacho que este le había dirigido. Este breve es muy notable: en él da el Papa nuevas seguridades de que rechazará constantemente las injusticias, é indica al propio tiempo que agradecerá cualquiera mediacion con tal que sea en términos honrosos para él, y que haya cesado ya su estado *desconsolador* y de *aislamiento*. Entre los documentos importantes que puede conservar la familia de Metternich, se cuenta indudablemente este satisfactorio breve, en el cual se pinta con ternura y gravedad á un tiempo la situacion del Sumo Pontífice, quien, al par que desgraciado y tierno, aparece siempre grande, y como corresponde al vicario de Jesucristo en la tierra.

En Roma, propúsose á los obispos de los Estados Pontificios que prestasen el correspondiente juramento, que profirió el obispo de Tívoli, mas no los de Amelia, Aquapendente, Civitta Castellana, Asis, Nocera, Foligno, Sezze y Terracina, Su-tri y Nepi, Todi, Orvieto y Narni. No se pidió que lo prestaran los párrocos de Roma, pues todos se hallaban decididos á negarse á ello.

El 21 de julio murió en París el cardenal Caprara. El Papa no se hallaba á la sazón muy satisfecho de su comportamiento, y á poco de llegar á Savona le dirigió una carta que recibió despues de mucho tiempo, en la cual, además de una reseña de todos los agravios inferidos á la Iglesia, se leían estas palabras:

« Pesad vos mismo estos hechos en las balanzas del Santuario y no en las de la prudencia humana. Si Su Majestad quiere la paz, que restituya á Nos nuestra Sede y nuestros ministros, á la Sede apostólica los Estados que forman el patrimonio de San Pedro y no el nuestro; á los fieles el inviolable derecho que tienen de comunicarse libremente con su padre y pastor supremo, de lo cual les priva nuestro cautiverio; que deje volver á los cardenales á nuestro seno; que devuelva los obispos á sus rebaños, y entonces quedará restablecida la deseada armonía. Entretanto, en medio de los desastres de nuestra horrible situacion, no cesamos de rogar á Dios, que tiene en sus manos

el corazon de los hombres , por el autor de tantos males , y creeremos compensadas con usura todas nuestras aflicciones si el Todopoderoso se digna *volverle al buen camino*. Si Dios , en sus inescrutables designios , no quiere que esto suceda , deploraremos mucho todos los males que sobrevengan y que nadie podrá con justicia imputarnos. »

En este documento, en el cual resplandece un estilo majestuoso como el de los Santos Padres, el Papa al manifestar que ruega por el emperador, atenúa en cierto modo, y sin rebajarse, el efecto producido por la bula de excomunion.

El emperador trató de formar un partido que indujese al Papa á ceder; mas no pudo conseguirlo. La cuestion del casamiento, de que ya hemos hablado, dividió al colegio de los cardenales. A algunos se les queria tener á todo trance separados del Papa; á otros quizás este no los hubiera visto con gusto á su lado. Cada cual conservaba su posicion con ánimo, segun parecia, de defenderla á toda costa.

CAPÍTULO XLV.

Segundo viaje de Cánova á París.—Sus conversaciones con Napoleon acerca de Roma y de la situacion del Papa.—Breve al cardenal Maury y á Corboli.—Emery en las Tullerías.—El Papa sufre nuevas persecuciones.—Bello comportamiento de Emery delante de Napoleon , de su consejo y de toda su corte.—Muerte de Emery.

Hácia esta época Napoleon instó á Cánova para que se trasladara á París.

El segundo viaje del artista á esa ciudad ofrece incidentes que tienen relacion con los hechos de que aquí nos ocupamos. El 11 de octubre de 1810 Cánova llegó á París para esculpir el busto de Maria Luisa. El dia 12 fué presentado á Napoleon, en el momento en que este y la emperatriz estaban almorzando. Cánova manifestó que estaba allí para complacer á Su Majestad, y que se volveria luego á Roma á sus acostumbradas tareas. «Mas, París, dijo el emperador, es actualmente la primera capital; es preciso que os quedeis aquí; hareis muy bien en quedaros.»—«Señor, vos sois dueño de mi vida; mas si Vuestra Majestad quiere que la emplee en su servicio, es me-

nester que me permita regresar á Roma despues de terminados los trabajos para los cuales he venido. Se me ha hablado de hacer el busto de la emperatriz; yo le haré imprimiéndole las facciones de la Concordia.»— El emperador se sonrió y repuso:— «Aquí existe un centro en que se hallan todas las obras maestras de la antigüedad. Solo falta el Hércules Farnesio que se halla en Nápoles; pero me lo tengo ya reservado.»—«Deje Vuestra Majestad algo á Italia, cuyos monumentos antiguos constituyen una coleccion y una série con infinitos otros que no es posible sacar de Roma, ni de Nápoles.»—«La Italia, caballero, reparará sus pérdidas verificando excavaciones. Sí, quiero mandar que se practiquen excavaciones en Roma. Decidme, ¿ha gastado mucho en ellas Pio VII?»—Cánova le respondió que á pesar de que el Papa contaba con pocos recursos, llevado de su gran pasion por las artes y guiado por sus conocimientos en ellas, habia conseguido formar un nuevo museo.—«Y la familia de Borbon ¿ha gastado mucho en excavaciones?»— «Muy poco. El principe las verificaba por cuenta y mitad con otras personas, y en seguida compraba la parte correspondiente á sus asociados.»—Cánova aprovechó esta ocasion para probar que el pueblo romano tenia un derecho sagrado sobre los monumentos descubiertos en las entrañas de Roma; que dichos monumentos eran un producto de tal manera inseparable del suelo de donde salian, que ni las familias nobles, ni el mismo Pio VII podian vender ni exportar esta herencia del pueblo-rey, con que la victoria recompensó á sus antepasados.—«Las estátuas de la casa de Borghese, dijo Napoleon, me cuestan catorce millones. ¿Cuánto gasta el Papa actual en favor de las artes? ¿Cien mil escudos romanos?»—«No tanto, porque tiene pocos medios.»—«Sin embargo, aun con menos cantidad pueden obtenerse grandes resultados.»—«Ciertamente, señor.»—Recayó luego la conversacion acerca de la colosal estátua del emperador, quien demostró sentir que careciese de ropajes.—«Pero, ¿por qué, preguntó á Cánova, no haceis sin ropaje mi colosal estátua ecuestre?»—«Porque esta es menester que tenga un carácter heróico; ¿no es verdad, señora, que las de los antiguos reyes de Francia y la del emperador de vuestro país José II, están representadas á caballo del mis-

mo modo?»—El emperador no pudo menos de sonreirse al oír la cita que Cánova hacia de los antiguos reyes de Francia y del antepasado de la emperatriz. El día 15 de octubre, Napoleón dijo á Cánova:—«Decidme, caballero, ¿qué tal es el clima de Roma? ¿Era malo ó mal sano en los tiempos antiguos?—Recuerdo, contestó Cánova, haber leído en Tácito, en el punto en que refiere la llegada á ella de Vitelio, que muchos de sus soldados cayeron enfermos por haber dormido al aire libre en el Vaticano.»—El emperador mandó que le trajeran la obra de Tácito; mas ni él ni Cánova supieron hallarlo (Cánova le buscó en su casa con mas calma, y así que le hubo hallado lo envió al emperador).—«Mas hoy día, continuó Cánova, otros son los males que afligen á Roma, la cual se halla desconsolada con motivo de la ausencia del Papa; ha perdido á su soberano, á cuarenta cardenales, á los embajadores, á mas de doscientos prelados y á infinitos otros eclesiásticos, y muy pronto nacerá la yerba en sus calles. Me permito hablaros librementé, porque en ello está interesada vuestra gloria. El oro corría en abundancia en Roma, mas ha dejado ya de circular.»—«Muy poco valia este oro en estos últimos tiempos; sembrad algodón..... Nos convertiremos á Roma en capital de la Italia é incorporaremos á ella Nápoles; ¿qué os parece? ¿os gustaría?»—«Las artes podrian traer la prosperidad; la religion las favorece. Entre los egipcios, los griegos y los romanos, las artes se lo debieron todo á la religion. Los monumentos de los romanos llevan impreso el sello de la religion, cuya saludable influencia los salvó en parte de los estragos ocasionados por los bárbaros. Todas las religiones auxilian las artes; mas entre ellas la que mas generosamente las protege y las sirve de madre es la verdadera religion, nuestra religion católica romana. Los protestantes, señor, se contentan con una modesta capilla y una cruz, y por lo mismo no promueven la construccion de monumentos artísticos. *Los que poseen no son ellos los que los han levantado.*»—El emperador dirigióse á María Luisa, diciendo: «Tiene razon; los protestantes nada bueno tienen.»

En otra conversacion, cuando parecia que Cánova tenia solo fija su atencion en los suaves y delicados contornos del rostro de la emperatriz, púsose de repente á hablar del Padre

Santo, y sus primeras expresiones fueron tan fuertes que de pronto temió haber cometido una imprudencia imperdonable; mas Napoleón no dió indicios de enojarse, sino que por el contrario escuchó con atención las reconvenções que se le dirigian, las cuales aunque eran enérgicas y llevaban un fin determinado, fueron proferidas con una atención, un respeto y una delicadeza indecibles. La emperatriz contemplaba á Cánova con sorpresa y con oculta satisfacción á un tiempo. Cobrando entonces ánimo, el artista continuó hablando, en la persuasión de que el emperador no era un tirano, sino un hombre á quien los aduladores echaban á perder ocultándole la verdad. Después de hacer ademán de fijar completamente su atención en el modelo, para estudiarlo bien, Cánova (así me lo contó él mismo), continuó: « Pero, señor, ¿porqué Vuestra Majestad no se reconcilia con el Papa? — Porque el clero quiere mandar en todas partes y ser dueño de todo, como Gregorio VII.—Me parece, señor, que en la actualidad no hay que temer eso, pues Vuestra Majestad dispone de todo en Italia. — Los papas tuvieron muy avasallada la nación italiana en la época en que no dominaban en Roma á consecuencia de las facciones de los Colonna y de los Orsinis. — Mas es preciso confesar, señor, que si los papas hubiesen tenido la decisión de vuestra Majestad, hubieran podido aprovechar mas de una ocasión favorable para enseñorearse de Italia. — Esto es lo que se necesita, dijo Napoleón llevando la mano á su espada, esto, la espada. — No basta la espada sola, repuso Cánova, sino que es menester también el *lituus* (cayado que usaban los augures). En fin, señor, ya que habeis alcanzado tanta gloria por medio de la espada, no permitais que nuestros males aumenten. Si no sosteneis á Roma, sucederá en esta ciudad lo mismo que cuando los papas residian en Aviñón. A pesar del pasmoso número de sus acueductos y fuentes faltó el agua, por haberse roto sus conductos, siendo preciso beber el amarillento limo del Tiber. Roma se convirtió en un desierto. » El emperador dió muestras de conmoverse al oír esta relación, y dijo con calor: « Pero se me pone resistencia. Y qué! yo soy dueño de la Francia, de toda la Italia y de tres grandes porciones de Alemania; yo soy el sucesor de Carlo-Magno.

Si los papas de hoy día fuesen como los papas de otro tiempo, todo estaria ya arreglado. Tambien los venecianos han llegado á no entenderse con los papas. — Mas no hasta el punto que Vuestra Majestad. — En Italia el Papa *está enteramente por los alemanes*, » y al decir esto Napoleon miró á la emperatriz. « Puedo asegurar, repuso esta, que cuando aun me hallaba en Alemania, se decia que el Papa *estaba enteramente por los franceses*. » Napoleon continuó: « No ha querido arrojar de sus Estados á los rusos, ni á los ingleses, ni á los suecos, ni á los sardos, y he aquí porque hemos obrado contra él. » El día 5 de noviembre, Napoleon quiso dar á Cánova, antes de despedirse de él, una idea de su poder, para indicarle en cierto modo el motivo que tenia para no retroceder nunca. « Tengo, le dijo, sesenta millones de súbditos, ochocientos ó novecientos mil soldados, y cien mil caballos. Jamás los romanos contaron con tantas fuerzas. He dado cuarenta batallas; y en la de Wagram disparé cien mil cañonazos. Esta señora, dijo dirigiendo la vista á la emperatriz, que era entonces archiduquesa de Austria, deseaba mi muerte.—Es muy cierto, repuso María Luisa. » — Cánova manifestó todo cuanto podia manifestar un verdadero cristiano, púsose luego en marcha para Roma, rehusando el título de individuo del senado de París.

Por muy buena que fuese la disposicion en que Cánova dejó al emperador que, segun decian los aduladores, era César y Pompeyo á un tiempo (pues Napoleon intentó fundar el imperio mientras demostraba conservar la república), no podia evitarse que se suscitasen nuevos conflictos. Diez y nueve obispos franceses dirigieron de mancomun una representacion al Padre Santo, en la cual, so color de solicitar que se ampliasen las facultades que se les otorgaron respecto á las dispensas matrimoniales, reproducian la demanda relativa á la confirmacion de las nominaciones verificadas para las sillas episcopales, empleando expresiones tales que en Savona se tomaron por una amenaza de que la Iglesia de Francia atenderia á su conservacion por sí sola en el caso de verse abandonada por el Papa. La Santa Sede no conservaba ya de todos sus derechos mas que el de confirmar é instituir canónicamente á los obispos. Para conjurar el riesgo que amenazaba, el Padre Santo envió

el día 5 de noviembre un breve al cardenal Maury , á quien Napoleon nombró arzobispo de París por renuncia del cardenal Fesch , y otro el 2 de diciembre á M. Corboli , archidiácono de Florencia , declarando nulas las instituciones verificadas por obispos. Estos breves irritaron á Napoleon , que resolvió halagar á los individuos del clero que creia dispuestos á sostener sus pretensiones , y tratar con rigor á los que consideraba contrarios á sus miras. El 1.º de enero de 1811 Emery se presentó en el palacio de las Tullerías con los miembros de la Universidad á la cual pertenecía , y el emperador le preguntó si era Emery. Napoleon no conocia bien á aquel por quien hizo esperar á reyes. Al contestarle Emery afirmativamente, añadió : « ¿ Cuántos años teneis , ochenta ? — Muy cerca de ellos , respondió Emery , como que tengo setenta y nueve. — Pues bien , dijo el emperador , yo os deseo diez años mas de vida , » y acompañó este cumplido con una amable sonrisa. Napoleon llevaba además otras miras : aquel mismo día el vicario general de París , Astros , fué conducido á Vincennes. A los pocos dias se habló de un escrito del capítulo de París , cuya redaccion se atribuia al cardenal Maury. Precisado Emery á asistir á la reunion en que se deliberaba acerca del mismo , se opuso vigorosamente á dos aserciones completamente falsas que contenia , y que estaban concebidas en los siguientes términos : 1.º que segun la antigua práctica de las Iglesias de Francia se atribuian todas las facultades del capítulo á los obispos que se nombraban : 2.º que á consecuencia de un dictámen de Bossuet , todos los obispos nombrados por Luis XIV durante la época de sus desavenencias con Inocencio XII , se encargaron de la administracion de las Iglesias que se les habian confiado. Emery combatió con mucho calor este último punto , y demostró que no existia la menor prueba en la historia de aquellos tiempos de que Bossuet emitiese el parecer que se suponía. Varióse el escrito , que Emery no quiso firmar , y se presentó á Napoleon , destinado á que se le engañase de continuo , ese proyecto que era el primero que contenia errores de la clase de los indicados. El emperador continuaba desahogando su enojo , dictando rigurosas medidas contra algunos cardenales fieles al Papa , ya que al parecer no podia adoptar-

las contra este. Los cardenales di Pietro, Gabrielli y Opizzoni, el animoso prelado Gregorio, y el general de barnabitas, Fontana, fueron trasladados á Vincennes, relegándose á Nápoles al prelado Doria, que se hallaba al lado del Papa, y á quien se suponía ejercer grande influencia. Asimismo fueron destinados á Finistrela algunos antiguos servidores del Padre Santo. No se aconsejaba otra cosa que maldades, perfidias y perjurios; no se hablaba mas que de calabozos y cadenas.

Mas todavía halláronse otros medios para vejar al Padre Santo: hé aquí algunos pormenores, de cuya veracidad responde M. Moiraghi. Recibióse orden de París de examinar todos los papeles del Papa, y en consecuencia selláronse todos hasta los mas insignificantes. El dia 7 de febrero, mientras se paseaba en su jardín, reconociéronse sus aposentos con el mas escrupuloso cuidado. Los encargados de esta operacion, enteráronse del contenido de todos los despachos que encontraron, apoderáronse de los breviarios y del oficio de la Virgen del Papa, y lleváronselo todo. Al referirse á Su Santidad el riguroso reconocimiento practicado, no hizo la menor observacion, contentándose con decir: «Tambien se han llevado el oficio de la Virgen y los breviarios? ; Y eso es justo! (1) » El conde Berthier desapareció, y uno, al parecer intendente, manifestó que cada italiano, incluso el Papa, solo recibiría *cinque paoli per diem* (esta expresion es de M. Moiraghi).

Sin embargo, esta ridícula y absurda disposicion solo se cumplió por espacio de dos semanas, puesto que los habitantes de Savona desde entonces enviaron provisiones al Papa y á su comitiva. Moiraghi pensó devolver al Padre Santo varios objetos de valor que le habia confiado. Pio VII rehusó admitirlos, manifestando que no era creible que le separasen de él; mas al fin cedió á las instancias de Moiraghi, quien á poco tiempo fué conducido á Finistrela.

Entretanto el prefecto del departamento en que se hallaba el Papa recibió orden de dirigir á este la siguiente comunicacion, que es indudable remitiria redactada como está el mismo Napoleon. Dice así:

(1) Luis XVI dió esta misma respuesta en la prision del Temple, al separarle de su familia.

«El infrascrito, en cumplimiento de las órdenes emanadas de su soberano, Su Majestad Imperial y Real el emperador de los franceses, rey de Italia, y protector de la Confederacion, etc., participa al Papa Pio VII que se le prohíbe comunicarse con las Iglesias del imperio y con los súbditos del emperador, bajo pena de desobediencia por su parte y por la de estos; que se le previene que deje de ser el órgano de la Iglesia católica *el que predica la rebelion y cuya alma es toda de hiel*; y puesto que nada hay capaz de comunicarle prudencia, Su Majestad es bastante poderoso para hacer lo que sus predecesores, esto es, *deponer á un Papa.*»

Savona, 14 de julio de 1811.

Hé aquí una amenaza de contra-excomunion política hecha por un prefecto; ¿y en qué términos? *Se le prohíbe... Tanto él como estos incurrirán en pena por desobediencia..... El Papa predica la rebelion... Lo que hace es pedir que se respeten sus derechos. Su alma es toda de hiel.....* Así es como se habla de un hombre habitualmente amable, candoroso y lleno de mansedumbre. *Nada puede comunicarle prudencia.....* Esta es una reconvencion de dómine, impropia para dirigida á un sumo pontífice de sesenta y nueve años.

Indudablemente fué Napoleon el que redactó el expresado decreto de destitucion del Papa. Pues, ¿quién sino él pudo ser el autor de semejante comunicacion, en que se olvidan todas las consideraciones sociales y las reglas de la gramática, en que falta el buen sentido, y se prescinde de la dignidad de la religion cristiana? Es muy posible que esa comunicacion la redactase el emperador en momentos en que se hallaria cegado por el enojo que debia causarle el valor que contra él desplegaba la nacion española.

El Papa suportaba con resignacion heroica los golpes que en contra se le dirigian, sin dar el menor indicio de debilidad ni de desaliento. El emperador acudió á una comision eclesiástica recientemente establecida para preguntarle á quién era menester dirigirse para obtener dispensas, hallándose como se hallaban interrumpidas todas las relaciones entre los súbditos del emperador y el Papa. Pregunta era esta que no puede concebirse que la hiciera el mismo que mandó interrumpir dichas relaciones. Napoleon preguntó igualmente de qué modo

se daría la institucion canónica, en el caso de que el Papa persistiese en negarse á conceder las bulas de confirmacion.

La expresada comision se hallaba compuesta de los cardenales Fesch, Maury y Caselli, del arzobispo de Malinas, de los obispos de Nantes, Tréveris, Evreux y Verceil, del abad Emery y del padre Fontana. (Este último asistió solo á tres sesiones). La mayoría de la comision opinó que la iglesia de Francia debia atender á conservarse á sí misma, y en vista de esto el emperador resolvió convocar á su presencia á todos sus individuos, á los cuales el ministro de cultos Bigot de Preamenen, propuso la adopcion de medidas contrarias á la autoridad de la Santa Sede. Emery escribió al cardenal Fesch diciéndole que no podia acceder á lo solicitado por el ministro, puesto que con ello se destruia la Iglesia, y el cardenal fué á encontrar á su sobrino, y tuvo valor para hacerle algunas enérgicas reflexiones. « Todos los obispos, le dijo, se opondrán y vais á hacer mártires. » Al oír á su tio, Napoleon llevó la mano á su frente, estuvo pensativo un momento, y dió muestras de querer suavizar su comportamiento. Mas acudieron en seguida los aduladores, y el emperador continuó obrando como antes. Vamos á dar aquí algunos pormenores acerca de una nota encontrada entre los papeles del cardenal Consalvi, relativa á la junta que tuvo la indicada comision delante del emperador, segun se ha dicho, sin perjuicio de añadir acerca de lo mismo algunos verídicos pormenores que hemos recogido en otra parte.

Con gran satisfaccion volvemos á hablar del célebre cardenal, de quien hace mucho tiempo que no nos hemos ocupado, el cual va á representar otra vez un importante papel en los negocios públicos. Determinado el emperador á reunir en su presencia á todos los individuos de la comision, incluso los teólogos, dispuso que se convocara tambien á sus consejeros y á los altos dignatarios del imperio, á fin de dar mayor importancia á la reunion á los ojos del público, y así se verificó en una mañana de fines de marzo de 1811. El emperador se hizo aguardar por espacio de dos horas, pues partia del principio de que los hombres que tenian que esperar mucho tiempo llegaban á atontarse, lo cual es realmente cierto. Napoleon se mos-

tró rodeado de gran pompa y de todos los altos empleados de palacio. Despues de echar una mirada á los circunstantes para cerciorarse de que no faltaba ninguna de las personas invitadas, abrió la sesion con un discurso muy largo y fuerte contra el Papa, á quien dirigió infinitos cargos por su obstinada resistencia, manifestándose resuelto á adoptar serias medidas. Sin embargo de que el discurso del emperador fué un tejido de principios erróneos, de hechos completamente falsos y sacados sin criterio de todas épocas, de calumnias atroces y de máximas abiertamente contrarias á las de la Iglesia, no hubo un solo cardenal, ni un solo obispo que defendiese la verdad contra el poder y la fuerza. Mas afortunadamente para la religion, hubo allí un mero eclesiástico que salvó el honor del estado que profesaba, mostrándose capaz de decir la verdad sin rodeos ni ambages en presencia *del mas formidable de los Césares, del soberano que tenia sesenta millones de súbditos*. Ese eclesiástico fué el abad Emery. Como es sabido, era muy apreciable por su saber, por su virtuosa conducta que no desmintió ni empañó nunca en la época en que la revolucion ofrecia mas riesgos. ¿Se acordará Napoleon de la escena de Fontainebleau y de los votos que hizo en las Tullerías en favor de ese respetable eclesiástico? Emery no queria asistir á la reunion, y el cardenal Fesch (es preciso hacerle el honor que merece) encargó que fueran á buscarle á los obispos Jauffret y Boulogne, á cuyas instancias se trasladó á las Tullerías.

Despues de hablar con todo el calor propio de un ánimo irritado, y de dar una mirada á todos los circunstantes, Napoleon dijo al abad Emery:—«¿Y vos, qué pensais acerca de la autoridad del Papa?» Viéndose Emery interpelado directamente, miró con aire de deferencia á los obispos como solicitando de ellos el permiso de ser el primero en emitir su parecer, y dijo: «Señor, no me es lícito profesar acerca de este punto otra opinion que la consignada en el catecismo que por disposicion de Vuestra Majestad se enseña en todas las Iglesias, en el cual, á la pregunta: «¿Quién es el Papa?» se contesta «que es el jefe de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo á quien todos los cristianos deben obedecer; pues ¿cómo una corporacion puede prescindir de su jefe, de aquel á quien por derecho di-

vino ella debe prestar obediencia? » Napoleon quedó pasmado de esta respuesta y dejó que Emery continuara. El noble confesor, sin arredrarse en lo mas mínimo prosiguió diciendo: «En Francia se nos obliga á sostener los cuatro artículos de la declaración del clero, mas es preciso aceptar la doctrina por completo; pues bien, en el preámbulo de dicha declaración se sienta que el Papa es el jefe de la Iglesia á quien todos los cristianos deben prestar obediencia, y se añade además que esos cuatro artículos decretados por la Asamblea se redactaron, no tanto para circunscribir el poder del Papa, como para impedir que se le conceda lo que es esencial al mismo.» Emery entró luego á examinar detenidamente los cuatro artículos, demostrando que aunque pareciese que en algunos puntos limitaban el poder del Papa, reconocian sin embargo en él una autoridad tan grande y tan universal que sin ella no podia existir la Iglesia. Manifestó en seguida que si se convocaba un concilio, ningun valor tendria si faltaba en él el Papa.

Vencido Napoleon en este terreno, despues de murmurar la palabra *Catecismo*, dijo: «Pues bien, no combato el poder espiritual del Papa, ya que lo ha recibido de Jesucristo; mas Jesucristo, como ya he dicho, no le ha dado el poder temporal, sino Carlo-Magno, y yo, que soy sucesor de este, quiero quitárselo porque no sabe hacer uso de él, y porque le impide ejercer sus funciones espirituales. ¿Qué pensais acerca de esto, Emery?» Emery que se hallaba muy prevenido despues de la conferencia que tuvo con el emperador en Fontainebleau, dijo: «Señor, Vuestra Majestad respeta al gran Bossuet, y se complace en citarlo con frecuencia; mi opinion es la misma que la de Bossuet en su *Defensa de la declaración del clero*, en la cual sostiene abiertamente que es indispensable que el jefe de la Iglesia sea libre é independiente, para ejercer con plena libertad en el modo establecido la supremacía espiritual sobre los reinos y los imperios. Voy á citar textualmente el pasaje á que me refiero, en el cual Bossuet se expresa en estos términos: «Sé muy bien que los pontífices romanos y la gerarquía sacerdotal han recibido por concesion de los reyes y poseen legitimamente bienes, derechos y principados (*imperia*) del mismo modo que los demás hombres. Sé que estas posesiones

mientras están consagradas á Dios deben ser sagradas, y que sin cometer un sacrilegio no se puede invadir las, ni usurparlas, para darlas á los seglares. La soberanía que en Roma y en otras comarcas se ha concedido á la Santa Sede, tiene por objeto que esta pueda ejercer mejor y mas libremente su poder en todo el universo. Felicitamos por ello, no tan solo á la Sede apostólica, si que tambien á la Iglesia universal, y hacemos fervientes votos á fin de que ese *sagrado principado* quede á todo trance salvo é íntegro (Lib. 1.º sec. 10, cap. 16).»

Despues de escuchar con paciencia tomó la palabra empleando un tono suave como acostumbraba siempre que se le contradecía, y dijo: «No recuso la autoridad de Bossuet; todo eso era cierto en la época en que Europa reconocia varios soberanos y que por lo mismo *no era conveniente que el Papa estuviese sujeto á un monarca determinado*; mas ¿qué inconveniente hay en que el Papa dependa de mí ahora que la Europa no conoce otro soberano que yo?» Deseoso Emery de que sus respuestas no hiriesen el amor propio del emperador, se contentó con decir, algo turbado, que podia suceder muy bien que no se dejasen sentir bajo el reinado de Napoleon y el de su sucesor los inconvenientes previstos por Bossuet, y en seguida añadió: «Pero vos, señor, conocéis mejor que yo la historia de las revoluciones: *lo que hoy existe puede dejar de existir*, y podrian aparecer á su tiempo los inconvenientes previstos por Bossuet. Por lo tanto, no conviene alterar un órden tan sábiamente establecido.»

Como los obispos de la comision pretendian que el concordato no establecia igualdad entre las partes contratantes, puesto que si Napoleon no nombraba los obispos dentro de los seis meses en que podia (estipulacion misteriosa consignada en un artículo), el Papa tenia entonces facultad de nombrarlos, mientras que si el Papa no instituia dentro de igual término no pasaba á otro el derecho de verificarlo; como querian que el emperador enviase un mensaje al Papa para proponerle que en el caso de no instituir dentro de seis meses, quedase autorizado el metropolitano para hacerlo en su nombre, Napoleon interpeló á Emery tocante á este punto, con el deseo de saber si creia que el Papa consintiese en lo indicado; y al

manifestar Emery que le parecía que [el Papa no accedería, puesto que de lo contrario perdería su derecho de instituir, Napoleón se dirigió á los obispos y dijo: «Queriais que cometiese una necesidad obligándome á pedir al Papa una cosa que no me concedería.»

Antes de terminar la sesión, Napoleón preguntó á un obispo: «¿Es verdad lo que ha dicho Emery tocante á la definición del *Catecismo*?» Contestóle el obispo afirmativamente, y Napoleón se dispuso entonces á marcharse. Algunos prelados le dijeron que quizás Emery le había disgustado, y él repuso: «Os engaÑais: Emery no me ha enojado en lo mas mínimo, pues ha hablado como un hombre que conoce y domina las materias de que habla: así es como quiero que se me hable. Emery no piensa como yo; pero aquí cada cual es libre de expresar su opinion.» Al retirarse, Napoleón saludó á Emery con muestras de aprecio y de respeto á un tiempo. En lo sucesivo siempre que el cardenal Fesch quería hablar de asuntos eclesiásticos á Napoleón, este le decía: «Callad, sois un ignorante. ¿En dónde habeis aprendido teología? Solo hablaré de ella con Emery que la conoce bien.» Otras veces decía: «Un hombre como Emery me induciria á hacer todo lo que quisiese, y quizás mas de lo que deberia.»

En la memorable sesión de que acabamos de ocuparnos, Napoleón se mostró grande y dueño de sí mismo, y dió á conocer que á hallarse rodeado de hombres como Emery, Fontanes y Cacault, hubiera modificado muchas veces su opinion. Desgraciadamente Emery enfermó, ya por efecto de la agitación que habia experimentado al hablar con el emperador, ya á causa de su avanzada edad de ochenta años, y muy luego terminó sus dias.

El obispo de Montpellier, M. Fournier, asistió á Emery, cuyo último suspiro recibió el cardenal Fesch, á quien su muerte arrancó vivas lágrimas. Por la tarde fué á palacio, y al ver á Napoleón, le dijo: «He de daros una triste noticia; Emery ha muerto.» Napoleón respondió: «Lo siento, lo siento mucho; era un hombre sábio, un eclesiástico de gran mérito. Es preciso tributarle pomposos obsequios; quiero que se le entierre en el Panteón.» El cardenal manifestó que seria

mejor trasladarle á la casa de campo que el seminario á que perteneció posee en Issy, y Napoleon no opuso objecion alguna.

CAPÍTULO XLVI.

El cardenal Fesch preside un concilio y tiene el valor de pronunciar el juramento prescrito por Pio IV.—Algunos cardenales y obispos pasan á Savona.—El cardenal Roverella.—Los ingleses quieren salvar al Papa.—Breve redactado por el cardenal Roverella.—El Papa es conducido á Fontainebleau.

Pronto el emperador, desoyendo las inspiraciones de su elevada alma, sacrificando su buen sentido á un insaciable orgullo, y dejándose llevar de malos consejos, mandó publicar una circular en la que convocaba á los obispos del imperio y á los del reino italiano á un concilio general, que se abrió el 17 de junio y se cerró el 10 de julio siguiente. Algunas personas delirantes habian leído en las crónicas del reinado de Luis XII que tambien en esa época se intentó reunir un concilio; mas se abstuyeron de decir que ese rey, reflexionando mejor renunció á tan atrevida empresa, en la cual, así como en otras de su clase, la política pierde siempre la influencia que pudo adquirir por medio de las armas.

En el ceremonial del concilio que iba á celebrarse, se consiguó que la presidencia correspondiera al arzobispo de la iglesia mas antigua y notable, y por este motivo el cardenal Fesch fué elegido presidente. Todas las miradas se fijaron en él, y como lo esperaban los padres que constituian el concilio, pronunció en alta voz el juramento prescrito en la bula de Pio IV del mes de noviembre de 1564, en la cual se leen estas palabras: «*Juro y prometo verdadera obediencia al pontífice romano.*» Igual juramento prestaron los demás prelados en manos del presidente (1). Este religioso y franco proceder del cardenal

(1) «Hé aquí las textuales palabras de la bula: «*Sanctam catholicam et apostolicam romanam Ecclesiam, omnium ecclesiarum matrem et magistram agnosco, romanoque pontífice, beati Petri apostolorum principis, successori, me Jesu Christi vicario, veram obedientiam spondeo ac juro.*» II.—Concil. Trident., *Canones et decreta*, 1666, pág. 335.

Fesch, bastaba por sí solo para reparar las faltas que había cometido.

En el mes de mayo pasaron á Savona algunos prelados (1) que obtuvieron del Padre Santo algunas concesiones. Este fué quizás el primer mal paso que dió Pío VII, quien sin embargo, si accedió á lo que se le solicitaba fué á puro de importunas instancias y de explicaciones inexactas. Reflexionando luego el Sumo Pontífice acerca de lo que prometiera, determinó llamar á dichos prelados para retractarse; mas ya habían partido. Entretanto el gobierno de París creyó oportuno enviar á Savona á algunos cardenales, con quienes creía poder contar, para inducir al Papa á someterse á lo que quería. El concilio determinó que los obispados y arzobispados no pudiesen estar vacantes mas de un año; que trascurridos seis meses despues de pedir la institucion al Papa, sin que este la diera, el metropolitano, y en su defecto el obispo mas antiguo de la provincia eclesiástica, procedería á instituir al obispo nombrado. Pretendíase que el Padre Santo reconociese esta decision, y para conseguirlo, designáronse para presentársele con consentimiento del emperador, que había olvidado ya las palabras de Emery, los cardenales José Doria, Antonio Dugnani, Antonio Roverella, Fabricio Ruffo y Bayane. Parece que estos cardenales prometieron comprometer al Papa á que se arreglaran todos los asuntos. Se ha dudado de la existencia de este acuerdo; mas, despues de la muerte del cardenal Roverella, encontrósese entre sus papeles una comunicacion del ministro de cultos, Bigot de Preamenen, que acredita la realidad del acuerdo.

A pesar de que se opuso al principio, el cardenal Roverella pasó á Savona para aconsejar al Papa en beneficio exclusivo del emperador, y con expreso encargo de no tomar

(1). En esa época entabláronse negociaciones con el clero del reino de Italia. Para conocer bien lo que hicieron los prelados de la Península, tanto en ella como en París, á donde algunos se trasladaron, pueden consultarse las memorias ya citadas de Picot. El obispo de Chambery propuso al concilio acudir al pié del trono para reclamar la libertad del Padre Santo, y su proposicion fué apoyada por el obispo de Jericó, sufragáneo de Munster y hoy día titular de la misma.

parte en ningun otro asunto, ni de cumplir siquiera con sus deberes de cardenal.

Además de los expresados cinco cardenales, fueron tambien enviados á Savona el arzobispo de Edesa, monseñor Bertazzoli, y varios obispos franceses. La marcha de todos estos negociadores, que tuvo lugar á fines de agosto de 1811, alarmó á muchas personas piadosas, y particularmente á los que sabian los sufrimientos que agobiaban al Padre Santo. La *caravana sagrada* (son palabras del cardenal Pacca), llegó á Savona á principios de setiembre. Como el cardenal Roverella representó en esta ocasion un gran papel, fuerza es que nos detengamos á hablar de él. Era hijo de una esclarecida familia de Cesena; en el año 1800 contribuyó á la eleccion de Pio VII, y en Roma se le tenia por hombre de gran talento. Obligado en 1808 á abandonar á Roma junto con los cardenales oriundos del reino itálico, y relegado á Ferrara al principio, se le mandó ir á París á últimos del año 1809. Asustado entonces al ver las violencias que se cometian contra el Papa, ó seducido por los exagerados elogios que tributaban algunos agentes de Napoleon, *aliquid humani passus est*, dice el cardenal Pacca, y mostróse dispuesto á complacer al gobierno francés, siendo el principal motor y apologista de algunos actos inconsideradamente practicados por sus compañeros de París. Enviado á Savona, no correspondió á la confianza que en él depositó Pio VII, y junto con Bertazzoli indujo á Su Santidad á otorgar concesiones que no tardaron en costarle muchas lágrimas.

Entretanto los ingleses, que en 1804 trataron de impedir el viaje del Papa á Francia, procuraron salvarle aunque en vano, instándole á trasladarse á Fiumicino, y vieron con gusto que no quiso engrosar el número de sus enemigos, hicieron avisar ocultamente á Pio VII que bastaba indicara con ciertas señales que se acercára una fragata que cruzaba por las inmediaciones de Savona para que esta se apresurase á libertarle. Redoblóse entonces la vigilancia que se ejercia sobre el Papa, de modo que fué punto menos que imposible intentar darle la libertad.

Mas adelante creyeron algunos romanos que mientras los ingleses proponian al Papa los referidos medios de evasion,

algunos agentes de policía le indicaban otros al parecer de mas seguro éxito.

Bertazzoli, y los cardenales José Doria y Dugnani, hombres de sentimientos religiosos, pero demasiado tímidos, estaban supeditados por Roverella, quien los trataba con tono magistral é imperioso como si fuesen inferiores suyos. El cardenal francés Bayane era sordo y seguia el parecer de algunos obispos de su país, y secundaba indirectamente los deseos de su gobierno, al paso que Fabricio Ruffo, que era hombre de talento y que habia adquirido nombradía por sus trabajos estadísticos, confesaba siempre con toda ingenuidad que no era teólogo, ni canonista. Las negociaciones tuvieron el resultado que debia esperarse. Comprometido en cierto modo el Papa en virtud de la palabra que habia dado á la comision del concilio, y acosado por los agentes de Napoleon que le aseguraban una larga série de males si resistia, no solo consintió en que se enviasen á varios obispos bulas de confirmacion con las antiguas fórmulas, sino que hasta aprobó y confirmó, por medio de un breve que se imprimió entonces, los decretos del concilio celebrado en París. En este extraordinario breve, cuyo principal autor fué el cardenal Roverella, el Papa reconoce lo que se hizo en París sin él y sin un legado que expresamente le representase, y además, y esto es inaudito, se congratula y felicita por ello como si se tratara de algun feliz acontecimiento, acepta los decretos del concilio cual si fueran la expresión de sus propias opiniones, ve en ellos un nuevo testimonio del afecto filial que la Iglesia galicana profesa á la cátedra de San Pedro, y así besa la espada que le ha atravesado el corazon.

En dicho breve, entre mil cosas sugeridas maliciosamente al emperador, que desconocia las materias de que se trataba, y que queria dominarlo todo como en la guerra, se dirigen á los obispos del concilio elogios mayores quizás y mas pomposos que los prodigados por Pio VI á sus predecesores por haber resistido á las exigencias de la asamblea constituyente como verdaderos confesores de la fe.

Hé aqui lo que referente á este asunto dice el cardenal Pacca:

«Si entre los papeles que el Papa nos entregó en Fontainebleau, no hubiese visto la minuta del breve expedido en Francia, no hubiera creído que existiese, ó á lo menos no hubiera imaginado que estuviera concebido en los términos consignados en la obra titulada: *Fragments relatifs à la historia eclesiástica de los primeros años del siglo XIX*, por monseñor de Barral, arzobispo de Tours; París, 1814.»

En efecto, ¿cómo es posible concebir que el cardenal Roverella, que redactó dicho breve, imaginase hacer declarar al Papa que él mismo había sido el autor de unos decretos que atacaban el principal derecho de la Iglesia y que los aprobaba gozoso? Finalmente, ¿cuán grande es la diferencia que hay entre este absurdo breve, arrancado al Papa por los cardenales y prelados enviados á Savona, y la bella y enérgica carta dirigida espontáneamente al cardenal Caprara por el mismo Sumo Pontífice, y escrita en la propia ciudad en época en que contaba en ella con pocos servidores!

Los obispos franceses que formaban parte de la comision, participaron á París por el telégrafo la noticia del verdadero triunfo que acababa de conseguirse contra la Iglesia romana; esperaban que al llegar á Francia se les prodigarían elogios y recompensas; mas léjos de ser así, supieron que el emperador no queria aceptar el breve. Para que no se creyera que Napoleón obraba por condescendencia, los cortesanos que le rodeaban difundieron luego el rumor de que el breve había sido rechazado por declararse en él á la Iglesia romana madre y señora de las demás iglesias, y por imponerse á los arzobispos y obispos facultados para conceder la institucion canónica y la confirmacion á los obispos despues de trascurridos seis meses desde el dia de su nombramiento, la obligacion precisa de declarar que concedian dicha institucion y confirmacion en nombre del Papa. Además, parece que si hubiese aceptado el breve, hubiera sido preciso levantar la detencion que sufría Su Santidad y no es esto lo que queria el gabinete francés.

71 Durante el invierno siguiente y la primavera de 1812, dejóse en paz al Papa en su cautiverio, pues Napoleón se halló ocupado en todo ese tiempo en la célebre y desastrosa expedicion de Rusia. El 9 de junio por la tarde, dia en que hacia tres años que se previno al Papa que iba á ser despojado de sus

Estados , intimóse á Su Santidad la órden de prepararse á ponerse en marcha para trasladarse á Francia , y de cambiar de traje para que no se le reconociera por el camino. No era esto por cierto lo que se prometió á Emery. Ibase adelantando cada dia en el modo de atormentar al Papa sin correr los riesgos que su popularidad suscitaba. Mandósele emprender la marcha en la mañana del 10 y proseguirla sin descansar un instante , hasta mitad de la noche en que hizo alto en el hospicio del monte Cenis. En Stupinigi , cerca de Turin , el Papa encontró á monseñor Bertazzoli , á quien el gobierno francés habia enviado allí. Bertazzoli entró en el carruaje del Padre Santo y no se separó ya mas de él. Su Santidad cayó tan gravemente enfermo en el hospicio , que los oficiales que le escoltaban creyeron de su deber participárselo al gobierno de Turin , para que les manifestase si debian detenerse ó continuar la marcha. Contestóseles que ejecutasen lo que se les tenia mandado , y en consecuencia , á pesar de que el Papa habia recibido el *santo Viático* en la mañana del dia 14 , se le hizo proseguir el viaje en la noche siguiente. No obstante tantos ultrajes y tantas barbaridades , el Sumo Pontífice conservó su salud que bien puede decirse que era de bronce. Se le hacia andar de dia y de noche. El 20 de junio , por la mañana , llegó á Fontainebleau , y en todo este trayecto no salió nunca del carruaje , al cual se le llevaba la comida , y en el que se le tenia cerrado con llave. Al llegar el Papa al palacio de Fontainebleau , el alcaide no pudo admitirlo por carecer de órden del ministerio de París , por lo cual fué preciso llevar á Su Santidad á una casa inmediata. El objeto que se llevaba al conducir al Papa á tan poca distancia de la capital de Francia , era rodearle de personas compradas que á fuerza de instancias y de observaciones le obligasen á acceder á todos los deseos del emperador. Lo que no puede comprenderse es el motivo de hacer viajar con tanta precipitación al Papa , que necesitó para no perder la vida una especial asistencia de Dios. Su muerte no hubiera sido favorable por cierto á los designios del gobierno francés , sino que por el contrario los hubiera desbaratado ; pues mucho consiguió de Pio VII y mas podia conseguir todavía. Durante este viaje se echó muy de menos al general Radet. El

cardenal Pacca atribuye el modo violento de tratar al Papa al ánimo de debilitar, disminuyendo sus fuerzas físicas, sus fuerzas intelectuales y de apurar su heroica paciencia. El Padre Santo llegó á Fontainebleau tan mal que se temió por su existencia, y se vió precisado á guardar cama algunas semanas. A lo menos se hallaba en la cama, y aunque aprisionado en su habitacion, podia respirar con mas desahogo que en el carruaje, en el cual estuvo encerrado siempre durante su viaje, aun en los momentos en que hacia alto.

Permitióse á la sazón trasladarse á Fontainebleau á los cardenales rojos que habia en París, llamados así para distinguirlos de los apellidados negros, los cuales indujeron al Papa á abrir nuevas negociaciones, esto es, á acceder á todo cuanto el emperador quisiese. Hacíanle presente el estado verdaderamente deplorable de la iglesia universal, que podia calificarse, decian, de *Acéfala*, esto es, sin cabeza, puesto que estaba vedado á los fieles comunicarse con su jefe supremo, á quien por otra parte se impedía ejercer su ministerio apostólico. (Estos cardenales se hallaban conformes con lo consignado en la nota oficial del prefecto de Savona.) Describíanle asimismo el estado no menos infeliz de la Iglesia particular de Roma, que se hallaba privada de casi todo su clero, y finalmente el abandono en que yacian infinitas iglesias de varias naciones, viudas de su pastor. Decíanle que una de las consecuencias de este deplorable estado, si no se remediaba pronto, seria la relajacion y quizás la ruptura de los lazos que unian á las Iglesias al centro de unidad, algun largo cisma, y de seguro una verdadera anarquía en el catolicismo. Exagerábanle el grande influjo que tenia la escuela filosófica, á la cual eran de dictámen que Napoleon debia tener algunas consideraciones para no exasperarla. Para conmovér mas todavía al Papa, recordábanle la proscripcion de los cardenales negros. Pintaban las vejaciones y las crueldades á que se veian expuestos los prelados y los eclesiásticos todos de los Estados de la Iglesia, los cuales despues de arrancados de su patria eran conducidos de ciudad en ciudad y de calabozo en calabozo; males graves que no podian cesar sino reconciliándose el emperador con el Papa. Semejantes reflexiones, apoyadas en al-

gunos hechos verdaderos, bastaban para desconcertar á cualquiera, y producian una profunda impresion en el ánimo del Papa, á quien tantas violencias y tantas humillaciones tenían muy abatido. Con todo, estos cardenales nada podian recabar todavía del Sumo Pontífice, que continuaba resistiendo á sus instancias. Durante este tiempo, muchas personas de París eminentemente religiosas, y entre ellas la familia de Montmorency-Laval y la señora marquesa de la Riandrie, daban al Papa incesantes testimonios de su inalterable adhesion á su persona.

CAPÍTULO XLVII.

M. Duvoisin, obispo de Nantes.—El emperador se traslada á Fontainebleau.

—Concordato de 1813.—Llegada á Fontainebleau de los cardenales Pacca y Consalvi.—El Papa resuelve protestar contra el concordato de 1813.

A los cinco meses de la llegada del Padre Santo á Fontainebleau, Napoleon regresó de su desastrosa campaña de Rusia. Despues de ocuparse con su increíble é infatigable actividad como militar y como gobernante en reparar los descalabros sufridos, verificando levas y excitando á su belicosa nacion á hacer nuevos sacrificios, creyó que en semejantes circunstancias podria serle útil un acomodamiento con el Papa, bien fuese sincero, bien aparente. No ignoraba que en Francia los verdaderos católicos eran mas de los que comunmente se creia, y que las persecuciones decretadas, segun se decia, por la ambicion y el orgullo, enajenaban sus simpatias pues las consideraban odiosas. En Alemania, los soberanos y los ministros que sufrían á despecho suyo la sujecion en que les tenía el emperador, á pesar de que algunas veces conculcaron los derechos de la Santa Sede, empezaban á sacar partido de los clamores del pueblo con motivo de las vejaciones que se inferian al Papa en su cautiverio, para excitar el odio de sus súbditos contra el gobierno imperial y la nacion francesa. El emperador supo que los polacos, en especial, le hacían graves cargos, y que las ofensas de que se lamentaba el Papa le habian enajenado muchas de sus simpatias. Impulsado por

tan poderosos motivos, Napoleon se apresuró á entrar en un acomodamiento con el cautivo de Fontainebleau, para conseguir que aprobase, sin restriccion de ninguna clase, las proposiciones que los obispos le habian hecho. Aprovechando la oportunidad de empezar el año 1813, envió á un chambelan á cumplimentar al Padre Santo. Este acto de atencion puso al Papa en el caso de enviar á París á una persona para que en su nombre diese gracias al emperador, recayendo la eleccion en el cardenal Doria. Durante la permanencia de este cardenal en París, convino con Napoleon en que se entrase en negociaciones. El emperador escogió para que entendiera en ellas al obispo de Nantes, monseñor Duvoisin, mientras que el Papa, segun dice el cardenal Pacca, era difícil que hallase entre las personas que le rodeaban un *campeon* que igualase á dicho obispo.

M. Duvoisin pasó á Fontainebleau poco despues del cardenal Doria. En nombre del emperador presentó al Papa varias proposiciones, de las cuales vamos á trascribir algunas, y son las siguientes:

«1.^a El Papa y sus sucesores antes de ascender al pontificado, deberán prometer no ordenar, ni ejecutar cosa alguna contraria á las cuatro proposiciones galicanas. 2.^a El Papa y sus sucesores no podrán verificar en lo sucesivo sino una tercera parte de nombramientos en el sacro colegio. El nombramiento de las dos terceras partes restantes corresponderá á los príncipes católicos. 3.^a El Papa desaprobará y condenará públicamente por medio de un breve el comportamiento de los cardenales que se negaron á asistir al sagrado acto del casamiento de Napoleon con la emperatriz María Luisa. En este caso, el emperador los adminitrará de nuevo en su gracia, y les permitirá reunirse con el Padre Santo con tal que acepten y suscriban el mencionado breve. Finalmente, quedarán excluidos del perdon los cardenales di Pietro y Pacca, á quienes no se permitirá nunca acercarse al Papa.»

Segun se ha visto, el P. Fontana fué el autor de la bula de excomunion que se expidió siendo ministro el cardenal Pacca; sin embargo en París se atribuía dicha bula al cardenal di Pietro, lo cual explica el rigor con que Napoleon trataba á ambos cardenales. Nada se dijo acerca de Consalvi. Comenzaron en seguida las conferencias, que se abrieron entre los obispos de Tréveris y de Evreux, y los cuatro cardenales José Doria,

Dugnani, Fabricio Ruffo, Bayane, y monseñor Bertazzoli, los cuales se hospedaban en el palacio imperial. Cuando los directores de los manejos que se pusieron por obra vieron que el Papa estaba absolutamente rendido y en estado de no poder resistir á sus reiteradas instancias, se dispusieron á sacar partido de la fiebre lenta que le devoraba y que era de aquellas que dejan postrado de fuerzas al hombre y le sumen en aquella especie de apatía que despierta deseos de morir. En el momento en que estuvieron seguros de que solo habian de tratar con un hombre estenuado, y que apenas podia tomar alimento, quisieron dejar al emperador la gloria de concluir definitivamente el tratado. En la tarde del 19 de enero, el emperador, acompañado de la emperatriz María Luisa, se presentó al Papa, le cogió en sus brazos, le besó el rostro, é hizo mil cordiales demostraciones. El Papa, que siempre apreció en parte las cualidades que distinguian á Napoleon, y que por efecto de su inagotable bondad atribuia los malos tratos que sufría á sus inicuos empleados, pareció quedar satisfecho de esas demostraciones exteriores. En el estado de debilidad en que se hallaba, no sabia exactamente lo que indicaba semejante visita.

Al dia siguiente Napoleon volvió á ver al Papa. Se ha dicho que en una de las conversaciones que ambos tuvieron, Napoleon asió al Papa por los cabellos y le denostó villanamente; mas el Papa ha asegurado constantemente que esto no era verdad. «Nó, decia, no ha cometido tal vileza, y Dios quiere que esta vez no mintamos.» Sin embargo, por el modo de producirse el emperador, pudo comprenderse que empleó con el Papa un tono de autoridad y hasta de desprecio, llegando hasta á decirle: «No estais muy versado en las ciencias eclesiásticas.» Con cuyas palabras, no tan solo faltaba á la verdad, si que tambien á toda clase de consideraciones sociales. Entretanto, los cardenales que prometieron secundar las miras del gobierno francés, acosaban al Sumo Pontífice repitiéndole sin cesar las mismas razones, y diciéndole que en su lugar ajustarían un concordato bajo las bases que le proponían; que los cardenales eran los consejeros naturales del Papa y que ellos se afirmaban en que acabarían los males de la religion condesendiendo por última vez, con lo cual se conseguiria restituir

la libertad á sus compañeros que gemian en un encierro, y que por esta sola razon no podian acudir para aconsejarle lo mismo que le recomendaban, los cuales aprobarian sin duda todo cuanto se hiciese en tan deplorables circunstancias. Pio VII tenia en esta época setenta y un años. Los pesares, las enfermedades y la inapetencia habian marchitado su vida. El deseo de ver á los cardenales cautivos, el importuno empeño de Bertazzoli para que accediese á todo, los ruegos de los cardenales italianos que tomaban parte en el importante asunto de un arreglo, los cuales le aturdiaban con vaticinios terribles ó con las pocas consideraciones que le demostraban, la falta de una voz autorizada y noble que le sacase del abatimiento en que le tenian sumergido los sufrimientos, y finalmente la perspectiva de una cercana muerte; todo contribuia á desalentar al Sumo Pontífice, quien en 25 de enero puso su nombre al pié de un documento que el emperador firmó tambien en seguida.

No son bastante conocidas las verdaderas circunstancias anteriores al momento en que el Sumo Pontífice puso la expresada firma. Sábese únicamente que para inducir al Papa á que tomase la pluma que le presentó el cardenal José Doria, sus consejeros le dieron á entender que solo se trataba de meros preliminares, que debian tenerse reservados hasta el instante en que *reunidos todos los cardenales* acordasen el modo de ejecutar esos artículos provisionales. Entonces, estrechado el Papa por los tres referidos cardenales y por los obispos que le inducian á verificar un arreglo á todo trance, y violentado al ver el emperador que le contemplaba sin pestañear, aunque con agrado, dirigió sus miradas á algunas de las personas que le rodeaban como pidiéndoles que le dieran consejo. En estos momentos de angustia, ¿quién sabe si un *nó* resuelto proferido en voz baja, aunque hubiese sido por el último de sus secretarios, hubiera devuelto á Pio VII su acostumbrado ánimo? Mas nadie profirió ese *nó*, sino que por el contrario los circunstantes bajaron la cabeza, y encogiéronse de hombros como indicando que era preciso ceder y resignarse. Finalmente, el Papa demostró con claridad en el momento de firmar que no lo hacia con gusto. Es digno de notarse el modo insólito

de terminarse este convenio, que, contra lo acostumbrado, fué suscrito por los mismos soberanos que lo ajustaron, con lo cual Napoleón se propuso evitar el riesgo de que quizás no se quisiese rectificarlo. No bien el Papa y el emperador hubieron firmado el concordato, tratóse de levantar el destierro que sufrían algunos cardenales y la prision en que se hallaban otros. Mucho costó conseguir la libertad del cardenal Pacca, debiendo sostenerse con este objeto, como posteriormente dijo el Papa, un verdadero combate, pues el emperador rehusaba concederla exclamando: «Pacca es enemigo mio.» Finalmente, Napoleón cedió diciendo que jamás hacia las cosas á medias. En consecuencia dispuso que se enviase un correo á Turin para que se pusiera en libertad á Su Eminencia.

El lector tiene ya conocimiento de los concordatos de 1515 y 1801. Vamos á transcribir el de 1813 que no tuvo ni debió tener la menor fuerza, pero que es una prueba del violento abuso cometido contra un anciano cautivo. Dice así:

«Deseosos Su Majestad el emperador y rey y Su Santidad de terminar las diferencias que entre ellos existen, y solventar las dificultades suscitadas en varios asuntos de la Iglesia, han acordado los artículos siguientes, los cuales han de servir de base á un arreglo definitivo. 1.º Su Santidad ejercerá el pontificado en Francia y en el reino de Italia del mismo modo y en la misma forma que sus predecesores. 2.º Los embajadores, ministros plenipotenciarios y encargados de negocios del Papa en países extranjeros, disfrutará de las inmunidades y privilegios propios de los individuos del cuerpo diplomático. 3.º Los dominios que el Padre Santo poseía y que no han sido enajenados, quedarán exentos de toda clase de impuestos, y serán administrados por agentes ó encargados de negocios. Los enajenados se compensarán por medio de una renta de hasta dos millones de francos. 4.º Dentro de los seis meses siguientes despues de comunicado el aviso acostumbrado de la nominación verificada por el emperador á los arzobispos y obispos del imperio y del reino de Italia, el Papa otorgará la institucion canónica con arreglo á los concordatos y al presente indulto, practicando los informes previos el metropolitano. Espirados los seis meses sin que el Papa haya concedido la institucion, el metropolitano y en su defecto, ó por tratarse de este, el obispo mas antiguo de la provincia, procederá á la institucion del obispo nombrado, de modo que jamás una silla vaque mas de un año. 5.º El Papa nombrará las personas que hayan de ocupar los obispados que se designarán de comun acuerdo, ya pertenezcan al Imperio, ya al reino de Italia. 6.º Se

restablecerán los seis obispados suburbicarios, cuyos obispos nombrará el Papa. Los bienes existentes en la actualidad serán restituidos, y se adoptarán las oportunas disposiciones respecto á los enajenados. Despues de la muerte de los obispos de Anagni y Rieti, sus diócesis se incorporarán á dichos obispados, segun se acuerde entre Su Majestad y el Padre Santo. 7.º Tocante á los obispos de los Estados romanos ausentes de sus diócesis por efecto de las circunstancias, el Padre Santo podrá ejercer en su favor el derecho de conferirles obispados *in partibus*. Se les señalará una pension igual á las rentas que disfrutaban, y podrán ser colocados en las sillas vacantes en el imperio ó en el reino de Italia. 8.º Su Majestad y Su Santidad acordarán en tiempo oportuno la reduccion que quizás haya de hacerse de obispados en la Toscana y en el territorio de Génova, y la creacion de los que convenga establecer en Holanda y en las provincias Anseáticas. 9.º La Propaganda, la penitenciaría y los archivos se establecerán en el lugar de la residencia del Padre Santo. 10.º Su Majestad admite de nuevo en su gracia á los cardenales, obispos y presbíteros y á los seglares que han incurrido en su desagrado durante las actuales circunstancias. 11.º El Padre Santo consiente en las disposiciones que acaban de consignarse por consideracion al estado actual de la Iglesia, y atendida la confianza que le ha inspirado Su Majestad de que dispensará su poderosa proteccion para que se satisfagan las numerosas necesidades que tiene la religion en los tiempos en que vivimos (*siguen las firmas*).

•Fontainebleau, á 25 de enero de 1813.»

Mediante este convenio, el Sumo Pontífice abdicaba la soberanía que ejercía en Roma, y debia permanecer en Francia allí donde pluguiese al emperador. Este atentado revolucionario fué una piedra angular en que podia apoyarse una nueva revolucion. Al dia siguiente de firmarse ese inicuo concordato, el emperador regaló á los cardenales José Doria y Fabricio Ruffo y á Bertazzoli una caja de oro con su retrato adornado con grandes brillantes, nombrando además individuos de la Legion de Honor á los dos primeros y caballero de la Corona de Hierro al otro. Al capellan del cardenal Doria, que copió el concordato, se le dió un solitario, y finalmente distribuyéronse algunas cantidades entre los servidores del Papa, como si se hubiese ajustado un convenio razonable y conforme á las reglas de la política, y ventajoso á los intereses de ambas partes contratantes. ¡Cuán distintos eran estos tiempos de aquellos en que se aplaudió á Emery porque reclamaba, al igual de Bossuet, la independencia de la autoridad

pontificia y la libre posesion de Roma! Napoleon mandó que se anunciase á los habitantes de su imperio que se habia ajustado el concordato , y quiso que se cantase un *Te Deum* en todas las iglesias. Durante la permanencia del emperador en Fontainebleau , el Papa se esforzó en ocultar la pesadumbre que le causaba todo lo ocurrido ; mas apenas se hubo marchado , cayó en una profunda melancolía , y tuvo nuevos accesos de fiebre. Al llegar de su destierro algunos de los cardenales y entre ellos di Pietro , el Papa habló con ellos acerca de los artículos que habia firmado, no tardando en ver bajo su verdadero aspecto las consecuencias de lo que habia hecho. Lleno de amargura y de afliccion , dejó de celebrar misa durante algunos días , y no volvió á acercarse al altar sino á instancias de un sábio y piadoso cardenal. No ocultó á los obispos y á los cardenales franceses que moraban en palacio la causa de la viva desesperacion en que se hallaba sumido. Temiendo el emperador que el Papa no se retractase y no revocara sus concesiones , mandó publicar , faltando á su palabra , el concordato , y participar solemnemente su celebracion al Senado conservador por medio del archicanciller Cambaceres. En esto , entraba en Fontainebleau el cardenal Pacca , quien refiere con su acostumbrada sencillez y gracia las primeras conversaciones que tuvo con el Papa. Es así como se expresa :

Al acercarme al palacio imperial creí hallar en él á mucha gente , pues sabia que moraban en él algunos cardenales , varios obispos franceses y alguna vez hasta ministros del emperador. Creí tambien que hallándose ya en comunicacion el Padre Santo , acudirian á verle para asuntos de conciencia muchas personas de París y de otras ciudades inmediatas ; mas solo encontré algunas personas insignificantes , una de las cuales corrió á avisar mi llegada al conserje , quien me abrió la puerta principal por la que entré en un espacioso patio , á cuyo extremo hay una escalera de dos brazos que conduce á las habitaciones reales. No vi mas que un centinela que se hallaba en lo alto de la escalera. Todas las ventanas y puertas que daban á ella estaban cerradas , y reinaba tal silencio que me pareció entrar no en una casa real , sino en una prision de estado. No hallando á quien dirigirme , envié á un criado de cámara en busca de alguno , y á poco volvió con Hilario Palmieri , uno de los servidores italianos que se dejaron al lado del Padre Santo. Palmieri me dijo que podia presentarme entonces mismo al Papa en traje de viaje. El cardenal Doria salió á recibirme en la antecámara y me abrazó illo-

rando, haciendo muchas demostraciones de afecto y de amistad para probarme el contento que le causaba el verme libre. En las demas salas, hallé á los obispos franceses, y al entrar en el aposento del Papa, éste dió algunos pasos hácia mí. Quedé en extremo aturdido al verle tan afligido, pálido, agobiado, flaco, con los ojos hundidos y como sin movimiento. Con todo, me abrazó, pero con mucha frialdad, diciéndome que no esperaba que viniese tan pronto, á lo cual respondí que apresuré mi viaje para tener el consuelo de arrojarle á sus piés y de demostrarle la admiracion que me causaba su heroica fortaleza de ánimo para sufrir tan largo y cruel encierro.

«Dirigióme entonces con aire apesadumbrado estas palabras: *«Mò c'è siamo in sine sporcificati..... quei cardinali..... ci strascinarono al tavolino, e ci fecero sottoscrivere.....»* Tomándome luego por la mano llevóme al sitio en que acostumbraba sentarse; quiso que me colocara á su lado, y despues de hacerme algunas preguntas referentes á mi viaje, añadió: «Podeis retiraros, pues esta es la hora en que vienen los obispos franceses. Teneis preparada ya una habitacion en palacio.» El intendente de este me condujo á dicha habitacion, que era un solo cuarto dividido en tres, el cual daba á un gran corredor en donde se hallaban alojados otros cardenales y obispos franceses. La soledad de este sitio, el silencio que en él reinaba, la tristeza que se veia retratada en todos los semblantes, el profundo dolor en que yo observaba sumido al Papa, la fria acogida que se me dió sin esperarlo, me causaron tanta sorpresa y me oprimieron el corazon de un modo que mas fácil es imaginarlo que describirlo. A poco rato monseñor Bertazzoli se presentó en mi habitacion para decirme que si el Papa me despidió pronto fué para recibir en audiencia á los cardenales franceses como de costumbre y que gustaria de verme antes de comer. Añadió que debia ser prudente en el hablar, aun delante de los criados del Papa, y yo comprendí fácilmente lo que queria darme á entender con esto. Pasé otra vez al cuarto de Su Santidad, á quien encontré en un estado verdaderamente digno de compasion y que me hizo temer por sus dias. Los cardenales di Pietro, Gabrielli, y Litta, que fueron los primeros en llegar á Fontainebleau, le advirtieron el yerro que por sorpresa se le indujo á cometer, y lo sintió extremadamente y con razon al ver que por haberse dejado llevar por consejos y pérfidas sugerencias, habia caido de la gloriosa posicion que ocupaba. Su tristeza era excesiva, y al hablar de lo ocurrido, mostrábase muy apesadumbrado, asegurándome que no podia apartar de su mente el cruel pensamiento que le atormentaba, el cual le impedía conciliar el sueño y no le dejaba comer sino lo necesario para no morir. «Esto, decia, me ha de hacer morir loco como Clemente XIV.» Entonces dije é hice todo lo posible para consolarle, y le aconsejé que se esforzara en tranquilizarse. Manifestéle que de todos los males que afligian á la Iglesia el peor de todos sería su muerte; que dentro de pocos dias tendria á su lado á todos los cardenales que habia en Francia, y que consultándolos hallaria

remedio para el mal causado. Al oír estas palabras, pareció reanimarse y me dijo: «Con que, ¿creéis qué hay remedio?—Si, respondí, Santísimo Padre, cuando se quiere para todos los males hay remedio.» Antes de despedirme de él me ordenó que me dispusiera á ir á París para ser presentado al emperador y á su esposa. Manifesté deseos de prescindir de ese viaje para mí muy desagradable, mas el Papa repuso: «Como todos los cardenales han estado en París, si vos no fuereis, se tomaria á mal y se atribuiria á falta de respeto hácia esos soberanos.—Pues bien, Santísimo Padre, respondí, beberé esta última hez del amargo cáliz y partiré pronto á París.» Entre cuatro y cinco de la tarde vi de nuevo al Papa, cuya conversacion recaía siempre sobre el mismo asunto, del cual no podia distraerse nunca por mas que yo procuraba hablarle de otras cosas. En el decurso de aquella me dijo, sin duda para atenuar la repugnancia que excitaron las antieanónicas concesiones consignadas en el concordato, que el emperador le propuso artículos peores aun, pero que los había rechazado. Y en seguida sacó de su escritorio un papel que tenia bajo llave, y me lo dió á leer (era el mismo que M. Duvoisin entregó al Padre Santo de parte del emperador). En uno de dichos artículos se decretaba un destierro perpétuo contra el cardenal Pacca (*véase* pág. 35).»

En la tarde del mismo dia 18 de febrero llegó el cardenal Consalvi, quien pasó á ver al Papa que le esperaba con impaciencia y que le eligió ministro para que ajustase un nuevo convenio con el gobierno imperial. El volver Consalvi á ocuparse de los asuntos públicos no podia menos de infundir esperanzas de que la corte romana estaria en sosiego. El cardenal Pacca prometió al Papa que regresaria á Fontainebleau lo mas pronto posible, y en efecto llegó el 27 de febrero. Como es sabido, los cardenales que mas pudieron frecuentar el palacio del Papa desde junio de 1812 fueron los cardenales José Doria, Dugnani y Fabricio Ruffo. Permittedse en adelante al Padre Santo llamar cerca de sí á todos los cardenales que gustase tener á su lado, á cuyo objeto eligió á Mattei, decano del sacro colegio, Somaglia, Pietro, Gabrielli, Pacca y Consalvi. Mas faltaba todavía mucho para que el Papa pudiese considerarse completamente libre. El coronel de gendarmes que acompañó al Padre Santo desde Savona, habitaba tambien en palacio, pero no se le veía allí con disgusto, puesto que aprovechaba todas las ocasiones para demostrar al Sumo Pontífice la veneracion que le profesaba.

Al dia siguiente de llegar el cardenal Pacca, monseñor

Bertazzoli manifestó á este que el Papa deseaba que todos los cardenales le diesen por escrito su dictámen acerca del concordato últimamente ajustado, y los consejos que creyesen oportunos.

El sacro colegio se hallaba dividido en dos bandos, designados con los nombres de *cardenales rojos* y *cardenales negros*. Entre estos últimos no habia la perfecta armonía que era de esperar, tratándose de personas que habian manifestado profesar una misma opinion referente al delicado asunto del concordato, y que sufrían todas los mismos pesares y los mismos ataques. El cardenal Pacca decia que temia á estos pastores que eran leones en tiempo de paz y ciervos en el combate (*Tertullian. adv. Prax.*). A pesar de tantas dificultades y de temores muy fundados, Dios bendijo las santas intenciones del Papa, cuya resolucion y fortaleza de alma, verdaderamente apostólicas, fueron al fin secundadas debidamente, y alcanzaron el triunfo que merecian.

En cumplimiento de lo dispuesto por el Papa, los cardenales pusieron en sus manos sus respectivos dictámenes. Entre ellos, los que se hallaron en Fontainebleau y tomaron parte en lo que allí se hizo, y algunos cardenales negros, demasiado tímidos ó cortesanos, opinaban que debia sostenerse el concordato; mas para acallar los clamoros y las observaciones de sus compañeros, proponían que se abriesen negociaciones con las personas que el emperador delegase, para buscar el medio de mejorar el estado de las cosas, y de conseguir algo favorable á la Santa Sede. Otros cardenales manifestaron, en el momento de llegar á Fontainebleau, que el único modo de remediar el escándalo dado á toda la cristiandad y los graves males que produciría la ejecucion del concordato, era que el Papa se retractase de él y lo anulase en todas sus partes. Con este motivo citaban el ejemplo de Pascual II, muy conocido en la historia eclesiástica. Las dos indicadas opiniones, discutíanlas los cardenales siempre que podían hallarse paseando ó reunirse con el pretexto de visitar á alguno de sus compañeros enfermo, á fin de no dar que sospechar á las personas que espiaban sus pasos. Hubo un cardenal que difirió de las dos opiniones que se

habían manifestado: convenia, con los que estaban por la anulacion del concordato, en que debían rechazarse todos sus artículos, por ser contrarios á la disciplina de la Iglesia perjudiciales á los derechos de la Santa Sede, y finalmente ofensivos para el Papa y el cuerpo eclesiástico; mas creia, como el partido de Roverella, Doria y Bertazzoli, que debían abrirse nuevas conferencias, no con el objeto de concluir el concordato, sino con el de buscar un pretexto para romper las negociaciones antes de llegar á un resultado definitivo, con lo cual quedaria destruido todo indefinidamente. Muy difícil era sostener esta opinion. Por de pronto era inútil intentar ganar tiempo, puesto que de seguro los plenipotenciarios del emperador hubieran exigido en el primer dia de las conferencias el reconocimiento del concordato de 25 de enero, como base fundamental del acuerdo que se tomase, sin permitir tocante á él discusion alguna por haber sido celebrado entre los dos soberanos, y no estar sujeto á ratificacion. La ruptura de las negociaciones hubiera irritado al emperador tanto como una retractacion decidida y absoluta, y los cardenales habrian tenido que recurrir á subterfugios de *curia*, los cuales mas de una vez han motivado cargos contra la corte de Roma.

Habia además una razon muy poderosa en favor del partido que opinaba por la revocacion y anulacion completa del concordato. Con romperlo tomando por pretexto las diferencias que se suscitasen durante las negociaciones, no se evitaba el que quedase acreditado para siempre que un Papa, tenido por santo y estimado en toda la Europa, accedió á otorgar las concesiones en él consignadas. Con el tiempo hubiera podido decirse, en el caso de desavenencias entre la Santa Sede y algun soberano, que la primera tenia facultad para otorgar concesiones semejantes á las contenidas en el concordato por mas que estas no se hubiesen llevado á cabo. Era por lo tanto indispensable que el Papa, no tan solo dejara de cumplir lo que tan imprudentemente habia concedido, sino que *declarase* en alta voz y por medio de una revocacion suscrita por el mismo que cometió una gran falta al otorgar dichas concesiones, y que no podia, ni debia hacerlo, con lo cual cerraria para siempre la boca á los que en lo sucesivo quisiesen aducir como

ejemplo el concordato de 1813. Estas consideraciones y otras muchas no menos poderosas, y además la confianza en el porvenir, todo esto unido á que Napoleon no se mostraba al parecer tan altivo despues de los descalabros sufridos por sus ejércitos y á la necesidad de conjurar los riesgos de la actualidad, obró poderosamente en el ánimo de los cardenales mas influyentes, y se acordó revocar pronto el concordato. Consalvi sostuvo esta medida con franqueza y energía; sus triunfos de otros tiempos, sus acertadas previsiones, su brillante imaginación, su admirable elocuencia, el recuerdo de su larga desgracia, durante la cual ni un solo momento abandonó sus deberes, le dieron en cierto modo la presidencia del sacro colegio, que estuvo conforme con sus ideas, persuadido de que la revocación del concordato era el único medio de salvación que quedaba. Consalvi y Pacca, unidos á la sazón mas que nunca, trabajaron de consuno en inclinar al Papa á aprobar la resolución adoptada. Era natural que costase á Pio VII grande esfuerzo practicar un acto tan ruidoso como el de retractación de un concordato, especialmente á los pocos dias de haberlo firmado; mas Pio VII, reanimado por los consuelos que se le prodigaron, libre de la fiebre que le tuvo abatido, y sintiendo renacer su antiguo valor, escuchó la voz de los amantes de su gloria. No solo no se turbó al oír la determinación adoptada por los cardenales, la cual en apariencia era dolorosa y humillante, sino que la aprobó gozoso, alabando á Dios que parecia decirle: « Continúa yendo á donde yo te envíe y en decir lo que yo te ordene. »

CAPÍTULO XLVIII.

El Papa escribe de puño propio su protesta y la envía al emperador.—Alocucion pronunciada por el Sumo Pontífice en 24 de marzo.—El emperador no se atreve á declararse jefe de la religion del imperio.—Bula para servir de reglamento al cónclave venidero.—Refutacion de las calumnias difundidas contra Pio VII.—Batalla de Lutzen.—Carta de la emperatriz al Papa y contestacion de este.—Carta del Papa al emperador de Austria.—Tentativas para entablar nuevas negociaciones con Pio VII.

Aquí empieza Pio VII á alcanzar sobre sí mismo un triunfo que rara vez consigue el hombre. Luego veremos cuanta resignacion y cuanta perseverancia demostró para cumplir la penosa penitencia que se habia impuesto, mostrándose esta vez tan grande como en la época de su primer viaje á París. ¡Oh vosotros, cristianos, los que abandonasteis el camino del deber, aprended á imitar tan grande ejemplo!

Los dos cardenales que principalmente defendieron el único proyecto noble y razonable que podia adoptarse, se ocuparon desde luego en escogitar el modo de realizarlo sin comprometer al Papa. Una tarde en que casi todos sus compañeros se hallaban reunidos en el aposento del cardenal Pignatelli, los cardenales Consalvi, Pacca, Saluzzo, Ruffo-Scilla, Scotti y Galeffi, despues de asegurarse de que las puertas estaban bien cerradas y guardadas, promovieron una discusion acerca de lo que debia hacerse en aquellas importantes circunstancias.

Algunos individuos del sacro colegio creyeron oportuno que el Papa declarase nulo y de ningun valor el concordato por medio de un acta suscrita por él; y que despues de participar á todos los cardenales que así pensaba hacerlo, pusiese en conocimiento del público su retractacion, difundiendo profusamente copias de la mencionada acta. El cardenal Pacca manifestó que semejante modo de proceder no le parecia digno de la lealtad y buena fe de que deben estar revestidos siempre los actos de un Sumo Pontífice; que no bastaba tener razon en el fondo del asunto, sino que era preciso evitar los ata-

ques de la crítica en el modo de presentarlo. Añadió luego que el emperador tendría justos motivos de queja si el convenio aprobado solemnemente y suscrito por él se revocase por la otra parte contratante, no solo sin exponer esta los motivos que le asistían para anularla, sino sin darle antes el menor aviso de que trataba de dar este paso; que esto era lo mismo que disparar con alevosía un pistoletazo, y por último propuso que el Papa hiciese la retractación en que convenían todos los cardenales por medio de una carta dirigida directamente al emperador.

Los cardenales Pignatelli y Saluzzo objetaron que obrando como lo proponía el cardenal Pacca, se corría el riesgo de que el emperador guardase silencio acerca de la comunicación que se le dirigiese, de que impidiese, adoptando severas medidas, que el Papa manifestase públicamente su voluntad y que no saliese de palacio el más insignificante escrito. Tomando entonces la palabra Consalvi y Litta que aprobaron el parecer de Pacca, propusieron que se acordase que una vez se hubiese enviado la carta al emperador, el Papa mandase leer una copia de ella á los cardenales residentes en Fontainebleau, facultándoles para divulgar la retractación contenida en ella por todos los medios que estuviesen á su alcance. De este modo, decían, se tendrán al emperador los miramientos debidos, y más ó menos tarde los cardenales podrán publicar el documento de que se trata. Púsose luego en conocimiento de los cardenales di Pietro y Mattei la resolución adoptada, con la cual se conformaron, y comisionóse á Consalvi para que la participase al Papa. Aprobóla este, y al cabo de pocos días ocupóse en redactar la minuta de la carta, la cual debía conservarse como un documento auténtico y servir para extender el escrito que debía remitirse al emperador y que el Papa quiso escribir de su puño propio para no exponer á su enojo á persona alguna. El Padre Santo empleó muchos días en esa tarea, á la cual no podía dedicarse por largo espacio atendida la debilidad física que algunas veces experimentaba todavía. Creemos oportuno referir el modo como consiguió llegar á sacar dicha copia para que se comprenda la severa vigilancia que sobre él se ejercía, especialmente desde la llegada de los car-

denales. No podía dejar ningun escrito en el cuarto en que dormía, ni en la sala en que daba audiencia, pues había observado que mientras estaba celebrando ú oyendo misa se hacia, por persona delegada por el gobierno á este afecto, un minucioso reconocimiento en las mesas y en los armarios que abria con llavés á propósito. Para evitar una sorpresa, los cardenales Consalvi y di Pietro pasaban á la estancia del Papa despues de concluida la misa y le entregaban el pliego último en que escribió la víspera. A las cuatro de la tarde Pacca iba á ver al Papa, y este despues de copiar algunas líneas mas, entregaba los papeles á dicho cardenal, quien se los escondia en su vestido é iba inmediatamente á entregarlos al cardenal Pignatelli, que vivia en la ciudad, para que los guardase durante la noche, trascurrida la cual Pignatelli los enviaba á palacio por una persona de confianza. Esta operacion duró muchos dias, por haber tenido que hacer Pio VII algunos cambios en la carta, y además por haberse visto obligado á copiarla de nuevo por haber hecho en ella algunas manchas ó por haber cometido algunas equivocaciones.

Al fin el Padre Santo concluyó la carta, en la cual llaman la atencion los siguientes pasajes:

«Por muy doloroso que nos sea, vamos á hacer una confesion á Vuestra Majestad, pues el temor del juicio divino, que vemos próximo atendida nuestra avanzada edad, debe hacernos superiores á toda clase de consideraciones. En cumplimiento de nuestros deberes declaramos á Vuestra Majestad, con toda la franqueza propia de nuestra dignidad y de nuestro carácter, que desde el día 25 de enero en que suscribimos los artículos que debian servir de base al convenio definitivo que en ellos se menciona, los mas grandes remordimientos y el mas vivo arrepentimiento han conturbado sin cesar nuestro espíritu que no halla paz ni sosiego. Acerca de ese documento que firmamos, decimos á Vuestra Majestad lo mismo que dijo nuestro predecesor Pascual II en el año 1117, en una ocasion parecida, al arrepentirse de una concesion que hizo á Enrique V. Como reconocemos que nuestro escrito *está mal hecho*, confesamos que *está mal hecho*, y con la ayuda del Señor deseamos que sea anulado enteramente para que no resulte de él daño alguno á la Iglesia y perjuicio á nuestra alma. Reconocemos que varios de dichos artículos pueden corregirse redactándolos de diferente manera, é introduciendo en ellos algunas modificaciones y algunos cambios. Vuestra Majestad recordará sin duda los grandes clamores que se levantaron en Europa á causa del uso que hicimos de

nuestro poder en el año 1801, privando de su silla, á pesar de haberlos interrogado antes y de haber pedido su dimision, á los antiguos obispos de la Francia. Fué esa una medida extraordinaria, pero necesaria en esos calamitosos tiempos, é indispensable para terminar un cisma deplorable y atraer á una gran nacion al centro de la unidad católica. ¿Existe hoy dia alguna de estas razones para justificar ante Dios y los hombres la medida adoptada en uno de los artículos de que se trata? ¿Cómo podriais vos admitir un reglamento tan subversivo de la constitucion divina de la Iglesia de Jesucristo que estableció la primacia de san Pedro y de sus sucesores, como lo es evidentemente el que somete nuestro poder al del metropolitano, y permite á este instituir á los obispos nombrados que el Soberano Pontifice en su sabiduría hubiese creído en determinadas circunstancias no deber instituir, convirtiendo así en juez y reformador del comportamiento del supremo gerarca á una persona que es inferior suya en gerarquía y que le debe sumision y obediencia? ¿Podemos acaso introducir en la Iglesia de Dios la inaudita novedad de que el metropolitano instituya en oposicion al jefe de la Iglesia? ¿En qué gobierno bien ordenado se permite á una autoridad inferior que haga lo que el jefe supremo creyó que no debía hacer?»

Nada mas trascribiríamos despues de este último argumento que bastaba para impresionar á Napoleon, tan extremadamente celoso como era de que se respetara su voluntad y su poder, si no tuviésemos el deseo de copiar las últimas líneas del escrito de que nos ocupamos, las cuales pueden tomarse por una retractacion de la excomunion pronunciada contra el emperador. Su contexto es como sigue :

«Dirigimos á Dios las mas fervientes súplicas para que se digne derramar con abundancia sobre Vuestra Majestad sus celestiales bendiciones.

«Fontainebleau, á 24 de marzo del año 1813, de nuestro pontificado el décimocuarto.

«PIO PP. VII.»

Todo el valor político de este interesante documento, que se halla redactado con suma habilidad, consistía en las dos últimas cláusulas citadas. Preguntar á Napoleon si permitiría, por ejemplo, que un militar de inferior categoría nombrase á otro que fuese superior á la suya contra su voluntad; decir á Napoleon que se hallaba siempre desasosegado pensando en las excomuniones lanzadas en el decurso de quince siglos, que el mismo que pudo excomulgar á los fautores de los despojos co-

metidos contra la Santa Sede rogaba á Dios que derramase con abundancia sus celestiales bendiciones sobre el principal autor de dichas expoliaciones, era comprender los mas íntimos secretos, las mas grandes exigencias de su orgullo, y aplicar un bálsamo consolador en la dolorosa herida que la excomunion tenia abierta en el ánimo del emperador, excomunion que, dígase lo que se quiera, le quitaba muchas horas de sueño.

Era indudable que desde que Napoleon tuvo tan estrechamente custodiado al Papa, fué eclipsándose poco á poco la gloria de las armas francesas; el casamiento del emperador con María Luisa no produjo los felices resultados que se esperaban; y las llamas y los hielos de Moscou llenaron de consternacion á las mas famosas tropas de Europa, y las destruyeron. Desde este momento pudo preverse que á pesar de los nuevos sacrificios que la generosa Francia se imponia á sí misma, no debian alcanzarse sino falsos y dudosos triunfos como el de Lützen, tras el cual vinieron los desastres de Leipsick. Por otra parte Napoleon era muy supersticioso tocante á su estrella. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la carta del Papa llevaba impreso el sello del genio particular de dos hombres distinguidos de la corte romana, pues resplandecian en ella dignos y poderosos argumentos, obra del cardenal Pacca, y oportunos y delicados argumentos políticos, obra del cardenal Consalvi.

Hemos referido todos estos pormenores por creerlos interesantes. Es preciso tributar un homenaje á todos los súbditos del Padre Santo que se hallaban con él en Fontainebleau. Los unos le auxiliaron con sus sábios consejos, y todos guardaron fielmente el secreto de todo cuanto se hizo, sin dejar traslucir lo mas mínimo á la policia francesa. Esto no quiere decir que no se cometieran algunas ligeras indiscreciones, mas no se reveló nunca la parte mas esencial del secreto. Vamos á ver ahora si la laudable empresa que se acometió tuvo el éxito que merecia.

Habia pasado ya el tiempo en que debió emplearse la prudencia, la discrecion y la astucia; y llegó el momento de usar la fuerza, de desplegar resolucion y de atacar. En la ma-

ñana del 24 de marzo el Papa mandó llamar al coronel Lagorsse, á quien entregó la carta para el emperador, encargándole que él mismo la llevase al instante á París. Tan luego como el coronel se hubo marchado, el Padre Santo mandó llamar á todos los cardenales uno á uno, segun se habia acordado, y á todos ellos en particular les manifestó que habiendo enviado ya al emperador la carta en que se retractaba y revocaba todas las concesiones consignadas en el concordato de 25 de enero, hubiera deseado reunir en su presencia á todos los cardenales que se hallaban en Fontainebleau, para dirigirles, como en julio de 1808, una alocucion á fin de enterarles de los hechos y de su modo de pensar; mas con el objeto de evitar que se le dirigiesen cargos por celebrar reuniones demasiado públicas, habia resuelto dar á leer separadamente á cada cardenal la alocucion que tenia preparada, y la copia de la carta dirigida al emperador. En consecuencia, en el mencionado dia y en el siguiente todos los cardenales, sin excepcion, tanto los que estaban perfectamente enterados del asunto, como los que lo estaban á medias, pasaron al aposento del Padre Santo para enterarse de los referidos documentos.

En la alocucion el Papa consignaba tambien que consideraba nulos el breve que expidió en Savona y el concordato de 25 de enero, y concluía en estos términos:

«¡ Loado sea el Señor por no haber apartado de Nos su misericordia! El castiga y él vivifica. Ha querido humillarnos llenándonos de un saludable rubor; pero al mismo tiempo nos ha sostenido con su poderosa mano, dándonos el auxilio necesario para llenar nuestros deberes en estas difíciles circunstancias. ¡ Para nosotros, pues, sea la humillacion, la cual aceptamos gustosos para bien de nuestra alma! ¡ Para él sean hoy y en todos los siglos el honor y la gloria!

«En el palacio de Fontainebleau, á 24 de marzo de 1813.»

No bien el Padre Santo hubo participado á los cardenales que con él estaban el atrevido paso que acababa de dar, obróse en él un cambio imprevisto. Hasta entonces estuvo constantemente sumido en un dolor profundo que se traslucia en su semblante y que iba consumiendo su vida; mas de repente brilló la serenidad en su rostro, apareció la sonrisa en sus

labios, y sus miradas recobraron su habitual ternura. Ya no se lamentó mas de que le faltase el apetito y de que no pudiese conciliar el sueño, y confesó que despues de lo que acababa de hacer, se veia libre de un doloroso peso que le fatigaba de dia y de noche.

Entretanto se aguardaba entre crueles angustias el efecto que producirian en Napoleon la inesperada retractacion del Papa y la revocacion del concordato, con cuyos actos quedaban destruidos muchos proyectos é intrigas, y se ridiculizaba en cierto modo el triunfo que se creyó haber conseguido. Escribióse de París que Napoleon reunió su consejo de Estado para participarle lo que sucedia, y que su enojo fué tanto que llegó á decir: «Si no hago saltar la cabeza á algunos de esos sacerdotes de Fontainebleau, esto no acabará nunca.» Escribióse tambien que uno de sus consejeros, conocido por sus principios antireligiosos, dijo, como en otro tiempo Tomás Cromwell, que para concluir con todo de una vez era preciso que un nuevo Enrique VIII se declarase *jefe supremo de la religion del Estado*, á lo cual contestó Napoleon en términos familiares, pero llenos del buen sentido que demostraba luego de calmados sus irreflexivos arrebatos: «*Nó, eso sería lo mismo que romper vidrios.*» Cundieron además otros rumores parecidos relativos al mismo objeto; mas lo cierto es que el emperador tomó el astuto partido de fingir que nada sabia de la carta del Papa. Entretanto el cardenal Maury se presentó á este hablándole con tan poco comedimiento para inducirle á que retirase su retractacion, que Su Santidad se mostró en extremo disgustado de un proceder semejante. Nada se traslució por entonces acerca de esta entrevista; pero mas tarde veremos que se divulgó lo que se dijo en ella, y que el modo como se condujo el cardenal Maury contribuyó no poco á que en una época azarosa se dictaran contra él sérias medidas.

Al cabo de algun tiempo, los obispos franceses recibieron la órden de marcharse del palacio de Fontainebleau, y se prohibió á los habitantes de la ciudad y á los extranjeros distinguidos asistir en adelante á oír la misa que celebraba el Papa ó monseñor Bertazzoli, y á Su Santidad tener á su lado otras personas además de los cardenales. Aun mas, el hombre que

aparentaba ignorar lo que le habia escrito el Padre Santo, acabó por dar á comprender que lo sabia demasiado. En la noche del 5 de abril despertóse de repente al cardenal di Pietro y se le obligó á vestirse sin adornarse con ninguno de los distintivos de su dignidad, precisándole luego á marcharse en compañía de un agente de policia que le condujo á Auxonne. Indudablemente Napoleon se dejó arrastrar esta vez, como otras, por los consejos de aquellos que solo procuraban empecer los asuntos de la Iglesia. El cardenal di Pietro no recobró la libertad hasta despues de la caida y de la abdicacion del emperador, quien, segun parece, le temió siempre mucho, segun se desprende de las palabras que luego de haberse ajustado el concordato dirigió á Su Santidad. « Ahora, le dijo, id á confesaros con el cardenal di Pietro. »

Al dia siguiente, hallándose todavia en la cama el cardenal Pacca, el coronel Lagorsse pasó á decirle que el emperador le encargaba y al cardenal Consalvi que participasen al Padre Santo que se habia mandado salir de palacio y relegado á una ciudad de Francia al cardenal di Pietro como convicto de ser enemigo del Estado. El coronel llevaba además otra comision, y era leer á todos los cardenales una orden, en la cual se decia « que el emperador se hallaba muy irritado contra los cardenales porque desde que llegaron á Fontainebleau hasta entonces mantuvieron al Papa en la inaccion, y que si querian permanecer en dicha ciudad debian abstenerse de seguir toda clase de negociaciones, escribir á Francia ó á Italia, hablar al Papa de negocios (ob-sérvese qué coherencia de ideas hay), y finalmente mantenerse indiferentes á todo, limitándose á visitar al Padre Santo solo por atencion, pues de lo contrario su libertad correria riesgo. » Despues de leer esta comunicacion al cardenal Pacca, el coronel preguntó á este si prometia cumplir las dos cosas que exigia el emperador. Tocante á la intimacion que se le hacia y al cardenal Consalvi, de participar al Papa el destierro del cardenal di Pietro, nada contestó Pacca, y tocante á lo demás dijo que procuraria moderar su comportamiento, de modo que el emperador no tuviese ningun motivo de queja: pero que no le era dable prometer lo que se le exigia.

puesto que podia suceder muy bien que el Papa le mandase algo en contra del precepto que se le imponia. « En este caso, repuso el coronel, si el Papa os manda hablar de negocios á alguién, de escribir ó de enviar algun escrito, Vuestra Emi- nencia obedecerá, ¿ no es esto?—Indudablemente, respondió el cardenal; puesto que mas de una vez le he prometido por medio de solemnes juramentos fidelidad y obediencia. — Al menos, dijo el coronel, manifestad por escrito que os he co- municado las órdenes del emperador. » El cardenal tomó una pluma y escribió *Vidi* (enterado), y firmó *B. card. Pacca*.

En 13 de febrero y en 25 de marzo se publicaron dos decre- tos del emperador. En el uno, que se insertó en el *Boletin de las leyes* (n.º 488), y se circuló á los tribunales y á las demás au- toridades públicas, se declaraba ley del imperio el concordato; en el otro, que tambien se continuó en el *Boletin de las leyes* (n.º 490), se hacia obligatorio para todos los arzobispos, obis- pos y capítulos del imperio y del reino de Italia. La publica- cion de estos decretos hizo témer por un momento que el em- perador no mandase ejecutar pronto el concordato; mas no creyó entonces oportuno promover un cisma y aumentar el descontento del pueblo. Sólo demostró aplazar la realizacion de sus proyectos para cuando regresase de la terrible campaña que iba á emprender, y que habia de obligarle á huir hasta las fronteras de la Francia. Por lo que pudiese suceder con el tiem- po, la mayor parte de los cardenales aconsejaron al Papa que hiciese algo que en lo sucesivo pudiese servir de protesta con- tra los mencionados decretos, para que no se le acusase de ha- berlos consentido tácitamente ó de haberse mostrado indeciso. El Padre Santo admitió este consejo, y redactó una alocucion que puso en conocimiento del sacro colegio del mismo modo que lo hizo para comunicarle la ya mencionada. Cada uno de los cardenales la copió de puño propio para poseer un testimo- nio irrefragable de las resoluciones del Sumo Pontífice. En ella el Papa recuerda la carta que escribió al emperador en 24 de marzo y la alocucion dirigida al sacro colegio el mismo dia; habla del destierro del cardenal di Pietro y de los dos expresa- dos decretos; advierte á los metropolitanos que no hagan caso alguno del concordato, por cuanto no llegó á consumarse, pues

fué revocado, y ruega á Su Majestad el emperador y rey que celebre un nuevo convenio sobre bases compatibles con los deberes de la Santa Sede. Los cardenales emprendieron luego, por disposicion del Papa, un trabajo sumamente espioso, como era la redaccion de una bula que sirviese de reglamento al cónclave venidero, en el caso de que á las calamidades de la época se añadiese la de la muerte del Sumo Pontífice; y si bien esta precaucion fué inútil, no por esto dejó de ser muy prudente el tomarla. Es de notar que el emperador solo castigó al cardenal di Pietro, autor de la carta del 24 de marzo en la parte religiosa, respetando al cardenal Pacca, uno de los que principalmente aconsejaron escribirla, y al hábil cardenal Consalvi que redactó la parte política de la misma.

Iban trascurriendo los dias entre angustias y bajo una importuna y enojosa vigilancia. Algunos franceses que rodeaban al Papa, empeñáronse en ridiculizarlo; pintábanle como un hombre ocioso, y casi idiota, que no leia, ni paseaba. Y sin embargo, el Papa veia constantemente á los cardenales, á quienes recibia á todas horas, así como á los obispos franceses en determinados momentos. No salia de su habitacion, es cierto, y quizás hacia mal; pero creia que no moviéndose nunca de su aposento, llamaba mas la atencion su cautiverio. A lo menos, obrando así, evitaba que le siguiesen los pasos y ver el innoble semblante de esa especie de carceleros que con frecuencia tratan del mismo modo á un prisionero por causas políticas que á un penado por delitos comunes. Algunas de las personas á que he hecho referencia, han tenido motivos para arrepentirse de la ligereza con que hablaban del Padre Santo antes de entrar á verle. «Vamos, exclamaban, á oir las historietas de Tívoli, de Imola y de Cesena.»

No era cierto que el Papa no leyese. Leia mucho, mas no libros de la biblioteca de palacio, que estaba desprovista de obras eclesiásticas y teológicas. M. Garnier, director de San Sulpicio, de quien se ha hablado en otra parte y que era un hombre sábio y piadoso, le facilitó un ejemplar del concilio de Trento, las obras de san Leon, una copia sacada del autógrafo de Fenelon acerca de la *Autoridad del Papa*, la biblioteca de Ferraris, y el *Jus canonicum* de Pirrhing. Tocante á las historietas

de Cesena, de Imola y de Tivoli los que hablaban de ellas chanceándose debian haber recordado que desde enero, en que se firmó el concordato, no tuvieron con el Padre Santo ninguna conversacion referente á los puntos indicados. Desde esa época Pio VII se halló muy abatido, y una vez escrita la carta de 24 de marzo, no se tranquilizó del todo todavía. Por otra parte, ¿qué anciano hay que no tenga alguna historieta favorita que contar? ¿Hubiérase querido que el Papa hubiese conversado acerca de sus desgracias, por ejemplo: acerca de su pasmo de encontrarse en Fontainebleau, en donde estuvo Cristina de Suecia despues de haber abdicado la corona; acerca de la violacion que se cometia de los derechos de la Santa Sede? Finalmente, es un absurdo pretender que el sábio benedictino de Cesena, el erudito bibliotecario de San Pablo, no gustase de leer cuando el estado de su espíritu se lo permitia.

Una persona insignificante de los que habitaban en palacio puso en conocimiento del gobierno, que el Papa se entretenia en coser sus vestidos, en poner botones en su pantalon y en lavar sus sotanas sucias de tabaco. El que daba estas noticias ignoraba que el Papa contrajo estos hábitos de orden y de economía en el convento en que habia cuarenta y dos años que estaba cuando ascendió al pontificado. Además por humildad y por consideracion hasta hácia sus criados, Su Santidad se abstenia de pedir en lo posible cosa alguna, y como lo habia observado con pasmo el general Radet, dormia en una cama sin pabellon y sin cortinas, y conservaba en el trono las costumbres de un solitario.

Todos estos medios de ridiculizar á Pio VII poco efecto produjeron en el emperador; mas sin embargo, á pesar de su penetracion, de la *gran inteligencia de que Dios le habia dotado*, obedecia con frecuencia á impulsos ajenos.

Napoleon, como ya lo hemos dicho, prohibió á los cardenales hablar de negocios con el Papa, bajo pena de perder la libertad; á pesar de lo cual, de todas partes de Francia iban á Fontainebleau infinitas personas, unas para recibir instrucciones, y otras para solicitar dispensas y otras gracias espirituales.

El 2 de mayo el emperador ganó la batalla de Lutzen. Ape-

nas se supo en París, la emperatriz María Luisa envió á Fontainebleau un paje con una carta para el Papa participándole dicha victoria como un acontecimiento que podia interesarle. Semejante noticia no podia por cierto gustar mucho á los prelados italianos, no porque quisiesen mal á la nacion francesa y á sus ejércitos, sino porque los triunfos del que les tenia desterrados y abatidos y los amenazaba con tratarles peor todavía, solo debian agravar la triste situacion á que se hallaban reducidos. Los cardenales se reunieron para acordar la respuesta que se daría á la emperatriz, pues el Papa no podia prescindir de corresponder á la atencion que sin duda por órden del emperador se le habia demostrado. Mas al contestar, era menester pesar bien todas las palabras, y no aventurar ninguna que pudiese calificarse de felicitacion, pues al leerla en los periódicos los soberanos enemigos de la Francia y los que habian intercedido por el Papa, indudablemente se enojarian. En vista de algunas consideraciones de Napoleon, habia motivos para sospechar que el Austria le habia inspirado algun interés hácia el Padre Santo, y por lo mismo no convenia que este escribiese en términos que pareciesen denotar contento por sus prosperidades.

Redactóse, pues, una contestacion fria y lacónica, agradeciendo que se hubiese comunicado la noticia del triunfo del emperador; y para que las expresiones que se vertian, aunque inocentes, no se estampasen en público, se tuvo buen cuidado de añadirles una queja acerca del proceder que el gobierno observaba con la corte romana, y particularmente sobre el modo indigno con que se arrancó últimamente de Fontainebleau á un cardenal.

El gobierno francés cometió un desliz al exponerse á recibir una carta como esta. Es preciso abusar mucho del poder para rogar á un prisionero que se alegre y felicite por las victorias que han de hacer mas pesadas sus cadenas y facilitar los medios de oprimirle con mas rigor. La contestacion dada por el Papa cortó desde un principio una correspondencia empezada para dar á entender á la Francia y á los extranjeros que iban á entablarse nuevas negociaciones con el Papa.

Durante el verano, se supo en Fontainebleau que acababa

de ajustarse un armisticio entre el ejército francés y el de los aliados, y que por mediación del Austria se reuniria un congreso en Praga para tratar de una paz general. Aconsejóse al Papa que no se mostrase inactivo en semejantes circunstancias, sino que por el contrario se aprovechase de ellas para reclamar ante la Europa sus derechos y los de la Santa Sede sobre los Estados de Roma. En consecuencia, el Padre Santo escribió de puño propio una carta á Francisco I, manifestándole sus deseos.

En este importante documento se ve cuales eran las miras y la política del cardenal Consalvi. En él se recuerdan las muestras de interés que el conde de Metternich dió al Papa por disposición de su piadoso soberano durante su detencion en Savona. La carta se dirigió al nuncio de Viena, monseñor Severoli, y fué entregada reservadamente al conde Tomás Bernetti, sobrino del cardenal Brancadoro, hoy dia cardenal y posteriormente secretario de Estado del papa Gregorio XVI. El jóven mensajero partió para Maestricht, en donde se entendió con Vanderwecken para que pasase á Viena á entregar la carta al nuncio Severoli. El encargo fué fielmente ejecutado á pesar de la vigilancia ejercida por la policia del gobierno francés. El cardenal Consalvi y los cardenales mas íntimos consejeros del Papa, opinaron que la carta de este debia considerarse como una protesta contra la ocupacion de los Estados Pontificios, la cual era preciso enviar, especialmente despues de publicado el concordato de 25 de enero, para oponerla á quien quiera que en el congreso de Praga quisiese argüir, fundándose en algun artículo de dicho convenio, que el Papa habia renunciado tácitamente al dominio sobre los Estados romanos.

Entretanto intentábase en París verificar un arreglo. La primera persona que apareció en escena para reconciliar al sacerdocio con la Francia, fué ¿quién lo diría? una mujer. La marquesa Ana Brignole, natural de Siena, casada en Génova, señora de talento y adicta á la Francia, lo cual le granjeó el aprecio del emperador, era entonces dama de la emperatriz María Luisa. Un dia del mes de noviembre por la tarde llegó de improviso á Fontainebleau. Pidió audiencia al cardenal

Consalvi, á quien conocia desde mucho tiempo, y manifestóle que el príncipe de Benevento, despues de tener una larga entrevista con el emperador, la mandó llamar, rogándola que se trasladara á Fontainebleau para participar á algunos de los ministros del Papa que se trataba de entrar en composicion con el mismo, á cuyo fin convendría que Su Santidad enviase un cardenal al emperador. El cardenal puso todo esto en conocimiento del Papa aquel mismo dia, y habló de ello á varios de sus compañeros, y despues de una corta conferencia se acordó contestar que ya no era tiempo, y que París no era lugar á propósito para tratar de nuevo de los asuntos de la Iglesia.

¡Cuánto debió sentir el emperador no haber seguido sus propias inspiraciones que le inducian alguna vez á contemporizar con el Papa, y haberse abandonado, á pesar de la firmeza de sus convicciones, y de su deseo de mostrarse reflexivo en el exámen de los negocios, á los engañosos consejos de los que le movieron á adoptar el peligroso sistema de las persecuciones! Este sistema solo podia sostenerlo mientras sus armas saliesen victoriosas; pero al experimentar el mas ligero revés, fuerza era que cediera, y que retrocediese como delante de tropas vencedoras. La respuesta dada á madame Brignole, embajadora verdaderamente *extraordinaria*, probó bien, segun dice el cardenal Pacca, que la corte romana conocia su posicion, y que por esto usaba un lenguaje mas firme á pesar de hallarse todavía á disposicion del emperador. Despues de la embajadora vino un negociador eclesiástico, monseñor Fallot de Beaumont, nacido en Aviñon en 1750, obispo que fué sucesivamente de Vaison en el Estado venesino, de Gante y de Plasencia, y en seguida arzobispo de Bourges. Este prelado solicitó una audiencia, en la cual Su Santidad le dijo que no podia variar en lo mas mínimo de modo de pensar.

En 18 de enero de 1814 encargóse á monseñor Fallot que pasase á ofrecer al Padre Santo la restitution de Roma y de las provincias comprendidas entre esta ciudad y la de Perugia; mas Su Santidad contestó que no escucharía ninguna clase de proposiciones, por cuanto la devolucion de sus Estados era un acto de justicia que no podia ser objeto de un convenio, y que

por otra parte, todo cuanto hiciese fuera de Roma, parecería arrancado por la violencia y produciría escándalo en el mundo cristiano. En el decurso de la conversacion el Padre Santo manifestó que lo único á que aspiraba era á volver á Roma lo mas pronto posible, que *nada necesitaba* y que la *Providencia le conduciría á ella*. A las varias observaciones que monseñor Fallot le hizo, especialmente sobre el rigor de la estacion, contestó que nada le arredraria, y añadió: « Es posible que nuestros pecados no nos hagan dignos de ver otra vez á Roma; mas nuestros sucesores recobrarán los Estados que les pertenecen. Finalmente, el emperador puede estar seguro de que Nos no somos su enemigo: *la religion no Nos lo permite*. Queremos á la Francia, y cuando nos hallemos en Roma, se verá que haremos lo que sea conveniente. »

Era menester que el emperador se hallase en muchos apuros para perseverar, manifestando sus deseos de ajustar un convenio evidentemente irrealizable. ¡Cuán bellas son estas palabras del Papa: « *El emperador pueda estar seguro de que Nos no somos su enemigo!* Y era esto verdad; diremos mas, tambien lo era que el emperador tampoco era enemigo del Papa. Le causó mucho daño, es verdad, le humilló, le mortificó, dispuso que hiciera viajes á consecuencia de los cuales hubiera podido morir, y le hizo cometer un yerro, que es el único en que incurrió con el deseo de ver á su lado á los cardenales; mas se abstuvo siempre de ejercer directamente contra él violencia alguna. Napoleon no conocia bastante la política que conviene á un soberano católico, ni en qué punto debia detenerse por su interés en el camino de las exigencias. ¿Acaso ignoraba tambien que está en el orden natural de las cosas que el poder que abusa halla al fin una *resistencia* que no le es dable vencer? Napoleon temió demasiado, mientras sostenia guerras en países lejanos, los pretendidos ataques del gobierno pontificio, el cual no ha hecho nunca otra cosa que defenderse y defenderse con justicia en esa lucha moral que tan funesta fué para el emperador. Puede decirse que ese grande interés que en favor del catolicismo excitó Napoleon en Francia sin pensarlo, fué el germen del movimiento realista que mas tarde debia dar el golpe de gracia á su poderío. En el intervalo entre las dos mi-

siones que se confiaron á Beaumont, se practicó una tentativa indirecta, para conseguir algo por medio de un coronel de gendarmes. El cardenal Pacca estaba conversando con el cardenal Consalvi en el aposento de este, cuando de repente se presenta el coronel Lagorsse, mostrándose muy contento de encontrarlos juntos, pues queria hablarles á ambos.

Instóles luego con grande empeño para que se ocuparan de nuevo en verificar un arreglo entre el emperador y el Papa, á lo cual Consalvi contestó con la mayor franqueza, objetando al mismo tiempo que no comprendia como podrian los cardenales tomar parte en negociaciones estándoles como les estaba prohibido tratar de negocio alguno. Es de advertir que el coronel con quien hablaba Consalvi era el mismo que le intimó, así como á su compañero Pacca, que se abstudiese de ocupar de negocios al Sumo Pontífice.

CAPÍTULO XLIX.

Napoleon manda trasladar al Papa á Roma.—El Papa atraviesa el mediodía de la Francia.—El gobierno provisional de esta nacion expide las oportunas instrucciones para que se tributen al Papa los honores debidos.—Entrevista del Sumo Pontífice y de Joaquin en Cesena.—Carta de Luciano al Papa.—Carta del Papa á Luis XVIII.—Consalvi en París.—Talleyrand es nombrado ministro de Luis XVIII.—Entrada del Papa en Roma.—El doctor Bresca.—Luis XVIII establece una embajada en Roma.—El autor forma parte de ella.—Radet solicita permiso para ir á Roma.

Estaban ya agotados todos los medios para conseguir que se tratase de un arreglo; tanto la dama de la emperatriz María Luisa, como el arzobispo de Bourges, y el coronel Lagorsse nada alcanzaron. Y entretanto el enemigo avanzaba, y Joaquin venido de Nápoles ocupaba á Roma con miras distintas de las del emperador. Algun tiempo despues de la última prueba verificada por el arzobispo de Bourges para venir á un acomodamiento, llegaron á Fontainebleau algunos carruajes desocupados, los cuales se colocaron en el patio del palacio. En la misma mañana en que esto sucedia, Lagorsse regresó de París á donde habia sido llamado. Terminada la comida, el

coronel dirigió la palabra á los cardenales y principalmente á Mattei, diciéndoles con aire misterioso que habia de comunicarles una gran noticia, á saber, que tenia orden de hacer poner en camino al Papa al dia siguiente para conducirlo á Roma lo mas pronto posible.

Varios cardenales volaron á participar este acontecimiento al Papa, á quien aconsejaron pidiese que le dejasen á su lado durante el viaje á dos ó tres cardenales, ó á uno en último apuro.

Muy pronto Lagorsse puso en conocimiento del Papa por sí mismo y con todo respeto que debía ponerse en marcha en la mañana del dia siguiente. Siguiendo los consejos que se le dieron y que aprobó, pidió para compañeros de viaje tres cardenales, luego dos, y finalmente uno. Manifestósele que atendidas las instrucciones comunicadas por el gobierno, no podia accederse á su solicitud; que solo debía ir con él en un mismo carruaje monseñor Bertazzoli, y que en otro coche iria su médico el doctor Porta y uno de los cirujanos del emperador, con encargo especial de cuidar mucho de la salud del Papa.

A la mañana del dia siguiente, 23 de enero de 1814, el Papa, despues de oír misa, se retiró á su cuarto, en el cual recibió á todos los cardenales que habia en Fontainebleau, á los cuales dijo con aire sereno, que hallándose en vísperas de separarse de ellos, sin saber á dónde se le conduciria, ni si tendria el consuelo de verlos otra vez á su lado, les habia llamado á su cuarto para manifestarles sus sentimientos y sus intenciones. Y prosiguió en estos términos:

«Estamos íntimamente persuadidos, señores cardenales, que ya os halléis juntos, ya dispersos por varios países, observareis el comportamiento propio de vuestra dignidad y de vuestro carácter. Sin embargo os encargamos que allí donde se os traslade deis á comprender el dolor que con razon debéis experimentar al ver á la Iglesia víctima de tan terribles y deplorables calamidades, y á su jefe reducido á la condicion de prisionero. En un escrito hecho de nuestro propio puño damos al cardenal decano del sacro colegio varias instrucciones que Su Eminencia os comunicará para que os sirvan de regla y de guia. No dudamos de que os mantendréis fieles á los juramentos que prestasteis en el momento de ser promovidos al cardenalato y de que defen-

reis con celo los derechos de la Santa Sede. *Os mandamos terminantemente* (palabras inusitadas en los labios de Pio VII) que no os presteis á estipular convenio alguno, ya sea respecto á lo espiritual, ya á lo temporal, pues tal es respecto á este asunto nuestra absoluta y firme voluntad.»

Los cardenales quedaron muy conmovidos al oír al Sumo Pontífice; muchos de ellos derramaron lágrimas, y todos prometieron observar fielmente lo que se les prescribía. En seguida el Papa tomó un bocado, conversando entretanto con los cardenales acerca de cosas indiferentes, con su natural jovialidad y con un contento que le hizo concebir la fundada esperanza de volver á Roma.

Pasó luego en compañía de los cardenales á orar un rato á la capilla del palacio; bendijo al pueblo que acudió á ella, bajó al patio, y á la vista de tantas personas que entre sollozos se preguntaban unas á otras qué suerte le estaba reservada, subió al carruaje destinado para él y monseñor Bertazzoli. Créese que el cardenal Consalvi fué el autor de las instrucciones que Su Santidad dejó al decano del sacro colegio. En ellas estaba previsto todo cuanto podia suceder, se prescribía individualmente á todos los cardenales el comportamiento que habian de observar y del cual no podian separarse.

Los cardenales Mattei, Dugnani, della Somaglia y Pacca, partieron en seguida, y los demás en los dias inmediatos. Entretanto el Papa atravesaba Môtte-Beuvron, Brives, Montauban y Castelnaudary, en donde se le presentó el baron Trouve, prefecto del Aude, para prestarle el homenaje de su respeto. Muchas señoras solicitaron que se les permitiese hacer otro tanto. Segun refiere el cardenal Pacca, un gendarme dió en esa ciudad un bofetón á una señora para que se apartase. El mismo cardenal cuenta que en el momento de pasar el Papa el Ródano por el puente de barcas que hay entre Belcaire y Tarascon, los habitantes de ambas ciudades acudieron á ofrecerle un tierno testimonio de su veneracion hácia su persona. Solo se oían alegres aclamaciones, aplausos y felicitaciones. Entonces el coronel Lagorsse preguntó á la multitud: «Qué hariais, pues, si pasase por aquí el emperador?» «Le daríamos de beber, respondió el pueblo.» Esta contestacion fué como un presagio de lo que sucedió mas adelante en Orgon.

Al ver que el coronel se irritaba, salió una voz de entre la multitud preguntándole: « Coronel, acaso teneis sed? Tal era la disposicion en que se hallaban los pueblos del Mediodía de Francia. El Papa contestaba á todo que no convenia exasperarse, y repitió lo que en época anterior habia dicho, á saber: « *Tened ánimo y orad.* »

Napoleon continuaba experimentando descabros en la guerra. A pesar de los esfuerzos de su genio, de la rapidez de sus maniobras, y de sus brillantes cálculos, la Francia veíase invadida, y su capital amenazada, mientras el Sumo Pontífice proseguia su glorioso viaje, el cual experimentó sin embargo algunos retardos. Ocupada París, estalló en ella una gran revolucion. El gobierno provisional expidió en 2 de abril el siguiente decreto:

«Habiendo el gobierno provisional sabido con pesar los obstáculos que se han suscitado al regreso del Papa á sus Estados, y deplorando que continúen los ultrajes que Napoleon Bonaparte ha causado á Su Santidad, ordena que no se retarde su viaje y que se le tributen por el camino los honores debidos. Las autoridades civiles y militares quedan encargadas de la ejecucion de este decreto.»

En él habia el sello del príncipe de Benevento y su firma, la del duque de Dalberg, del general conde Beurnonville, de Joucourt y del abate Montesquiou.

El virey trató al Papa con gran respeto, y le facilitó los medios de trasladarse á Parma, desde donde se dirigió á Cesena, en cuyo punto dió una prueba mas de cuán bella y generosa era su alma. Vamos á consignar, sin hacer el menor comentario, este rasgo del cual no hay en la antigüedad ejemplo alguno. Habiendo el rey Joaquin Murat solicitado ofrecer sus homenajes á Pio VII, éste le admitió inmediatamente á su presencia. Despues de los primeros cumplidos, Joaquin manifestó que ignoraba el objeto del viaje del Papa. « Vamos á Roma, respondió Pio VII. ¿Es posible que lo ignoreis?—¿Cómo se resuelve Vuestra Santidad á ir á Roma?—Me parece que es una cosa muy natural.—¿Y Vuestra Santidad quiere pasar á ella á despecho de sus habitantes?—No os comprendemos.—Algunas personas principales y varios ricos particu-

lares de Roma me han rogado que comuniqué á las potencias aliadas una representacion suscrita por todos ellos, en la cual solicitan ser gobernados en lo sucesivo por un soberano se-
glar. Hé aquí la representacion; he enviado una copia de ella á Viena, quedándome con el original, que es el que pongo á la vista de Su Santidad para que vea las firmas. » El Papa tomó la representacion, y sin leerla, ni mirarla siquiera, la arrojó á un brasero que allí habia, en el cual quedó consumida al momento, diciendo: « Ahora ya nada se opone á que vayamos á Roma. » Y en seguida despidió sin enojo á aquel que en 1809 facilitó tropas para expulsar á Pio VII de la capital de sus Estados. Ese rasgo de un cristiano, de un soberano clemente, de un político, si se quiere, ese rasgo inesperado que refirió el mismo Joaquin, por medio del cual perdonó á sus mas peligrosos súbditos, dejó aturdido á Joaquin que tenia interés en la expresada representacion, si es cierto como se supone que buscó las firmas que se hallaban continuadas en ella. Desde entonces no opuso mas obstáculos al triunfante viaje del Papa.

En 11 de abril Luciano Bonaparte escribió desde Inglaterra una carta á Su Santidad, y en ella es digno de notarse lo que sigue:

«Permítame Vuestra Santidad que le felicite de todo corazon por la libertad que felizmente, aunque tarde, ha conseguido, y por la cual no hemos cesado un momento de hacer los mas ardientes votos, desde que las persecuciones nos alejaron del asilo en que gozábamos bajo vuestra paternal proteccion..... A pesar de haberme visto perseguido injustamente por el emperador Napoleon, no puedo mostrarme indiferente al ver el golpe que contra él ha descargado la Providencia. Despues de diez años, esta es la única vez en que he recordado que soy su hermano. Yo le perdono, le compadezco y hago votos para que *entre al fin en el gremio de la Iglesia, y se haga acreedor á la indulgencia del padre de las misericordias y á las preces de su vicario.....* Próximo como estoy de salir de esta afortunada Inglaterra, en donde he sufrido un destierro largo, aunque agradable y honroso, ruego á Vuestra Santidad que se digne otorgar sus bendiciones á mi esposa y á nuestros hijos, mientras esperamos el momento en que podamos recibirlas en persona prostrados á sus plantas.

«Soy de Vuestra Santidad el mas afectuoso hijo, etc.»

En 30 de abril el Papa escribió desde Cesena á Su Majestad

Luis XVIII. Después de felicitarle por su advenimiento al trono, se expresaba en estos términos:

«El obispo de Troyes (M. de Boulogne), muy conocido por su piedad, está expresamente encargado por Nos de poner en conocimiento de Vuestra Majestad las heridas que en la Constitución del Senado se causan á la religion y á la Iglesia. Los reinos de la tierra, señor, son efímeros (*transitori*), el único que no concluye nunca es el de los cielos. Os rogamos que abrais los ojos antes de firmar semejante Constitución..... Después de recomendaros los intereses de la religion, nos creemos en el deber de hacer otro tanto con respecto á los Estados de la santa Iglesia. ¡ Que lo que es del César se dé al César, y á Dios lo que es de Dios ! Las grandes potencias aliadas se hallan al parecer animadas de este deseo con aplauso del mundo entero, y esperamos que harán que se nos restituyan nuestros Estados, á pesar de los obstáculos que pueda suscitar el (Joaquin) que en este momento ocupa nuestra capital y la mayor parte de nuestros antiguos dominios.»

El Papa, en una posdata escrita de su puño propio, pedía que se le devolvieran los papeles que se le quitaron *colla solita* violencia.

El día 12 de mayo Pio VII llegó á Ancona, en donde fué recibido con trasportes de alegría. Crecido número de marineros uniformados quitaron los caballos de su carruaje, y atándole á cuerdas de seda encarnadas y amarillas lo arrastraron entre aclamaciones de contento. Mientras tanto se oían cañonazos y se daban al vuelo las campanas de todas las iglesias de Roma. El Papa se apeó en la plaza de San Agustín, dió la bendición al pueblo desde lo alto de un arco triunfal, y pasó á la lonja, bendijo allí el mar, y se trasladó en seguida al palacio de Píchi, en el cual permaneció hasta el día 14. El día anterior coronó en la catedral la imágen de la Virgen bajo la advocacion de *Regina Sanctorum omnium*. En el indicado día 14 encaminóse á Osimo escoltado por una guardia de honor que llevaba el uniforme encarnado, la cual le acompañó hasta Loreto. Por el camino dispuso que se diera buena acogida en Roma, á donde iban á buscar un asilo, á madame Lætítia y al cardenal Fesch, á quien trató con singular benevolencia. Al saber que este último estaba para llegar, dijo: « Que venga, que venga; aun nos parece ver como sus vicarios generales salen á nuestro en-

cuentro en Grenoble. Pio VII no puede olvidar el valor con que se prestó el juramento prescrito por Pio IV. »

Presentáronse en Roma algunos delegados del Papa para tomar posesion de ella. El mayordomo, monseñor Naro, halló en el Vaticano un depósito de objetos de gran valor, que contenia todos los ornamentos pontificios adornados con sus correspondientes piedras preciosas, y una suma en oro que se calcula ascendia á 30,000 escudos, todo lo cual se escondió en 1809 al temerse que se hiciese salir al Papa de Monte Cavallo con destino á dicho palacio. Algunas personas, una de las cuales se halla en Francia en el momento en que escribimos y que es Luis-Sifrein Maury, tenian noticia del expresado depósito, mas siempre guardaron silencio.

El 20 de mayo el Papa envió á París al cardenal Consalvi, con un breve que le acreditaba en calidad de representante suyo, cerca del rey Luis XVIII. En otro breve de la misma fecha Su Santidad reclamó contra el tratado de Tolentino.

Casi al mismo tiempo el príncipe de Benevento escribia al cardenal Consalvi, hablándole del rey Luis XVIII, que al par de Su Santidad, despues de sufrir largas pruebas, se hallaba al fin entre sus súbditos ansiosos de su regreso. Segun decia el príncipe, Su Majestad estaba decidido á conservar las amistosas relaciones que constantemente sostuvieron con la Santa Sede los reyes predecesores suyos. Hé aquí como se expresaba:

«Al nombrarme Su Majestad ministro de negocios extranjeros, me ha facilitado el medio de hablarle á menudo de los intereses del Padre Santo y de sus virtudes, y de todo cuanto puede estrechar las relaciones de ambas cortes. No despreciaré las oportunidades que se me ofrezcan para hacerlo, persuadido como estoy de que Vuestra Eminencia se interesará en conservar una union que tanto tiempo ha que se desea. *Muy grato me es reanudar en estos felices momentos mis relaciones con Vuestra Eminencia.*»

No parece sino que en este instante Talleyrand continúa con el cardenal la correspondencia que quedó suspendida en 9 de octubre de 1805. Reina en Roma el mismo soberano y gobierna el mismo ministro que en esa época; en Francia reina el hermano de Luis XVI, y es ministro el mismo que lo fué en tiempo de aquel que usurpó el trono al monarca legítimo.

Entre los documentos oficiales de la época, llama la atención una carta en italiano escrita de puño propio del Papa, en la cual dirige á Luis XVIII los mas sinceros parabienes, y se expresa en estos términos:

«No quedaria satisfecho nuestro corazon si no escribiésemos una carta de nuestro propio puño. Permitid, señor, que para satisfaccion nuestra, mas que con el objeto de convenceros, os digamos que en la actualidad podemos repetir en medio del contento que nos anima las palabras del anciano Simeon: «Ahora, Señor, cerrad en paz los ojos de vuestro servidor.»

El Papa verificó su solemne entrada en Roma (1) el dia 24 de mayo precediéndole el cardenal Mattei, decano del sacro collegio, y el cardenal Pacca, á quien se habia expulsado de Roma al mismo tiempo que á Su Santidad. Notóse, y se interpre-

(1) No me es posible pasar por alto el testimonio especial de veneracion que dió el Padre Santo Jaime Bresca, médico de Roma. Este doctor pertenecia á la familia del capitán de San Remo, que se hizo célebre en 1586 bajo el pontificado de Sixto V., en el momento en que por disposicion de este se levantaba en la plaza de San Pedro el obelisco de granito rojo, hasta entonces oculto casi enteramente bajo las ruinas del circo de Neron. En el instante en que por haber cedido al enorme peso del obelisco las cuerdas que le sostenian para poderlo colocar en el sitio designado, iban á quedar malogrados los esfuerzos que con este objeto se hacian, el capitán de San Remo gritó: «Acqua alle funi» (agua á las cuerdas). Así se hizo, y recobrando las cuerdas la tirantez que habian perdido, pudo terminarse felizmente la arriesgada operacion que se habia emprendido. En recompensa del servicio prestado, Sixto V otorgó al capitán de San Remo y á sus descendientes, entre otras cosas, el privilegio de vender en el palacio pontificio las palmas necesarias para celebrar el dia de Ramos. Jaime Bresca, descendiente de dicho capitán, cuya familia profesaba grande adhesion á los sumos pontífices, quiso ofrecer á nombre de la misma un homenaje especial á Pio VII por medio de las «palmas» origen de su fortuna. En el momento en que el Papa entraba en Roma, solicitó permiso para detener su carroza que arrastraban varios jóvenes romanos. Aparecieron luego veinte y dos jóvenes «orfanelli» con largas túnicas blancas y con gorros del mismo color, y cuarenta y cinco doncellas del conservatorio de la «Providencia» las unas, é hijas las otras de honradas familias de Roma, llevando en la mano tanto aquellos como todas estas altas palmas y entonando cánticos de alabanza. Sorprendido el Papa á la vista de este tierno espectáculo, no pudo contener las lágrimas, bendijo á todos esos jóvenes, y les permitió que le acompañaran. Al llegar á la «Porta del Popolo», el gentío era tanto que fué preciso hacer que se retiraran las doncellas y los «orfanelli» de menos años. Entre los de edad mas adelantada algunos pasaban por entre la multitud exclamando: ¡Hosanna! y agitando sus palmas, cuya vista excitaba gritos de ja-

tó maliciosamente, que el general que escoltaba al Papa triunfante era Pignatelli Cerchiara, el mismo que mandaba las tropas encargadas de guardar los puentes del Tiber y el castillo de San Angelo en el momento de cumplir Radet la mision que se le habia confiado. En Roma habia algunas personas que se hallaban perplejas, especialmente aquellas que se adhirieron á la causa de los franceses, ó que se habian comprometido por otras causas. Al oír de los labios de un prelado lo ocurrido en Cesena, todos los ánimos estuvieron conformes en recibir al Papa con muestras de afecto y de agradecimiento.

¡Cuán conmovido debia hallarse Pio VII al verse conducido como por encanto á la capital de sus Estados, y al mismo palacio de donde se le arrancara cerca de cinco años antes! ¡Cuán fervientes debieron ser las oraciones que arrodillado en el templo de San Pedro dirigió á Dios dándole gracias por su feliz regreso! Mucho distaba este del que verificó en 16 de mayo de 1805. Infinitas veces ha hablado de las lágrimas que derramó al ver la puerta del palacio, delante del cual bendijo á Roma en el momento de partir; el *cortile* que escoltado por gendarmes atravesó conmovido al oír los sollozos de sus servidores; la escalera por la que bajó pisando los restos de las ventanas rotas; la galería en que sus guardias quedaron desarmados porque prohibió resistir en lo mas mínimo; la sala de audiencia en que dirigió al general una noble interpelacion; y finalmente su modesto cuarto con cama sin pabellon ni cortinas, el cual encontró demasiado bien amueblado, sin embargo de que Radet le dijo que nada se tocaria en él durante su ausencia.

Al dia siguiente se supo que una de las personas principales que suscribieron la memoria presentada á Joaquin, acababa de pedir perdon al Papa de lo que habia hecho, y que Su

bilo é inspiraba un religioso respeto. De este modo llegaron hasta el templo de San Pedro, abriéndose paso por entre las oleadas de la muchedumbre, parecidos á ángeles encargados de conducir al Padre Santo hasta la grandiosa basílica. Llegados á la plaza, ofrecieron las palmas al Papa, quien, al subir de nuevo á su carroza, dispuso que se colocaran dos de ellas en la parte delantera de la misma.

Santidad le respondió: «Y qué, ¿creéis acaso que Nos no tenemos ninguna falta que reprendernos? Olvidemos todo lo pasado.» Puede decirse de Pío VII lo que de san Vicente de Paul: Cuando estaba á sus anchuras con las personas con quienes hablaba, les quitaba su alma para darles la suya.

Los prodigiosos acontecimientos de París destruyeron el poder de Napoleon, quien se halla retirado en la isla de Elba, mientras el Padre Santo restablecía paulatinamente su autoridad en el país ocupado por las tropas de Joaquin. Los austriacos, empero, manteníanse dueños de las Legaciones abandonadas por el príncipe Eugenio, quien recibió de Napoleon la orden de concentrar su ejército en los alrededores de Milan, y ajustó mas adelante un tratado particular en que demostró mucha nobleza y dignidad.

Se encargó al cardenal Consalvi, secretario de estado, que residiese cerca de los soberanos que acababan de entrar en París, confiándose al cardenal Pacca el desempeño de la secretaría de estado. Monseñor La Genga, mas adelante Leon XII, fué enviado á felicitar á Luis XVIII por su regreso á París, y el monarca francés resolvió establecer en Roma una embajada extraordinaria, cuyo jefe fué el obispo de San Malo, menseñor de Pressigny, á cuyo lado fueron puestos en calidad de secretarios Agustin Jordan, el conde Chastellux duque de Ranzan con el tiempo, y el autor de esta obra.

Antes de marchar á París me visitó el teniente general Radet para rogarme que impetrara de Pío VII que le permitiera trasladarse á Roma. No esperaba yo por cierto semejante demanda. El general me comunicó verbalmente los principales pormenores relativos á la expulsion del Papa, y yo le pedí que me los diera por escrito. En el decurso de la conversacion me enseñó la orden original que le habia entregado Miollis, la cual apenas podia leerse á causa de los borrones y de las enmiendas que contenia. Lo único que podia entenderse bien era lo referente á detener al cardenal Pacca. El general Radet tenia empeño en ir á Roma para ver la hacienda de *San Pastor*, que perteneció á los dominicos y que él habia comprado. Le dije que hablaría al embajador acerca de sus deseos. El general me expuso que sin dejar de cumplir con las disposiciones de su

gobierno, trató bien al Papa, quien sin duda no rehusaría verle, y quizás le daría las gracias por su comportamiento. Hemos visto en su lugar oportuno que hubo ocasiones en que Radet se portó de un modo muy respetuoso y humano. « En efecto, dije al general, no es posible negar que demostrasteis venerar al Padre Santo; mas hay una cosa difícil de comprender. Despues de entrar en el palacio del Papa con el hacha en la mano, y derribando las puertas, os detuvisteis á la vista de Su Santidad. ¿ Qué cosa sobrenatural hubo para que obrarais de este modo? — Qué quereis que os diga! respondió Radet. Mientras me hallé en la calle, escalé el palacio y me encontré con los suizos, me mantuve sereno; mas al ver al Papa, recordé al instante el dia en que recibí la comunión por la vez primera.»

Es por demás decir que no pudo conseguirse lo que Radet deseaba. Luis XVIII, mostrándose generoso, dispuso que el conde de Pressigny comunicase la demanda del general al secretario de estado, el cardenal Pacca, quien rogó al embajador que retirara la nota, diciéndole que ningun ministro del Padre Santo se atreveria á presentarle semejante peticion por temor de despertar recuerdos que convenia tener adormecidos para siempre. Radet, pues, no alcanzó su intento de pasar á Roma, en donde algun mal intencionado, como el que insultó en otro tiempo á Cacault, hubiera podido jugar alguna mala partida al que ofendió al Papa. Y sin embargo, el general Radet, decia de tan buena fe que se condujo bien con Su Santidad que mandó pintar un cuadro que representaba al Papa en el momento de salir de Roma, y en la mas respetuosa actitud al general encargado de llevárselo.

El cardenal Consalvi procuraba inquirir, por disposicion del Papa, la opinion del gobierno de Francia respecto al estado de los asuntos entre este reino y la Santa Sede. El gabinete francés reprobaba el concordato de Fontainebleau, lo cual estaba muy puesto en razon, y otro tanto hacia Bertazzoli. Deseaba tambien destruir el concordato del año 1801; mas esto ofrecia mayores dificultades. Antes de regresar á París, el cardenal Consalvi, que habia ido á dar las gracias al gobierno de la Gran Bretaña por el interés que demostró en favor de la

Santa Sede en la época de sus infortunios, aconsejó á su soberano que contemporizase, que escuchase las proposiciones que se le hiciesen, y que nada determinara hasta su vuelta. El cardenal Pacca escuchó las indicaciones de Consalvi, pues satisfecho con el airoso papel que habia representado en otras circunstancias, no deseaba tomar una intervencion muy activa en los graves asuntos que se discutian fuera de Roma.

En esta época tuve que tratar de algunos negocios con el cardenal Pacca, y esto me proporcionó ocasion de admirar el saber y las bellas prendas que adornaban á Su Eminencia.

CAPÍTULO L.

Instrucciones dadas por Talleyrand á Pressigny, embajador de Francia en Roma.—Nota oficial dirigida á las principales potencias de Europa por el cardenal Consalvi.

Las instrucciones que Talleyrand comunicó á Pressigny contenian observaciones notables, como puede verse por las siguientes:

«Tan luego como cundió la noticia de la entrada del rey en París, el Papa felicitó á Su Majestad aun antes de llegar á Roma, enviando luego á Francia un nuncio extraordinario. Viendo que volvian á reanudarse las relaciones entre la Santa Sede y la antigua casa de Francia, ha puesto en conocimiento del piadoso rey algunos actos debidos á su cautiverio, los cuales turbaron la paz de su pontificado. El Papa entra hoy en el ejercicio de su plena autoridad, de la cual no ha estado en posesion nunca, pues ya en el pontificado de su predecesor empezaron las borrascas que han conmovido á la Iglesia. Ambos poderes viéronse amenazados. Preludiando Bonaparte los ataques que mas adelante debia dirigir contra la Santa Sede, ocupó militarmente las tres Legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, y obligó á Pio VII á firmar el tratado de Tolentino, por medio del cual le despojaba de su soberanía. Desde que se ajustó este tratado, la Santa Sede perdió su libertad. Al cabo de poco tiempo fueron invadidos los Estados pontificios y derribado el gobierno del Papa, al cual reemplazó la república, aunque por espacio de pocos meses. Expulsado Pio VI de su palacio, fué de destierro en destierro y murió durante la persecucion que sufría. Su sucesor, el Papa actual, fué elegido léjos de Roma. En la época en que tuvo lugar el cónclave de Venecia, la Santa Sede no poseia territorio alguno, y al fijarse de nuevo en su antigua capital por efecto

de las vicisitudes de la guerra, vióse rodeada al principio de tropas extranjeras, precisada á reconquistar palmo á palmo su poder, y privada de obrar libremente, merced á las trabas que se impusieron, principalmente en Francia, á la religion y al culto, por todo lo cual todos los pasos que dió cerca de Bonaparte, que mas adelante se erigió en señor de la Francia, se distinguieron por cierta timidez que indicaba bien cuan deplorable era la situacion á que se hallaba reducido el soberano de Roma. Si la independencía debe ser el principal requisito para ejercer la soberanía, si está en el interés de los pueblos, así como en el derecho de los monarcas, que los contratos se celebren voluntariamente, ¡ cuán importante es que la Santa Sede pueda practicar con absoluta libertad todos sus actos! ¿Es dable acaso dar la paz á las conciencias por medio de la fuerza? La razon dice que no. En materias de religion la violencia engendra conflictos y no sirve para decidir cuestion alguna.

Al ascender al consulado, Bonaparte quiso afirmar su poder con el auxilio de la autoridad del Papa, que acababa de ser elevado al pontificado, y no habia entrado aun en Roma. Para atraerle á un arreglo le manifestó que la degradacion en que se hallaba el culto y los males de la Iglesia quizás serian irreparables, si no se reanudaban por medio de un concordato las relaciones entre la Francia y el Papa. Indicóle que entre otras cosas, estaba dispuesto á otorgar en materias religiosas algunas concesiones que reclamaba imperiosamente la opinion pública en Francia, á las cuales no podia negarse sin riesgo para él mismo; queriendo en cambio de estos aparentes sacrificios que el Papa le prestase su apoyo y ordenara que los fieles rogasen y los obispos prestasen juramentos para que quedase asegurada su autoridad. El resultado que de la fuerza obtuvo Bonaparte, le dió ánimo, y desde entonces creyó que el Papa accederia á cuanto él quisiese. Todo lo que no pudo conseguirse que se consignara en el concordato, se insertó en las leyes orgánicas que se hicieron y publicaron sin intervencion de la Santa Sede; las cuales se observaron á pesar de haberlas declarado el Papa contrarias á la libertad y hasta á los principios del culto. Por medio de iguales manejos, y abusando de su predominio, Bonaparte consiguió que se celebrara un concordato entre la Santa Sede y el reino de Italia, á cuyo frente se hallaba, y no bien hubo arrancado este acto por medio del cual trataba de extender su poder mas todavía (esto es un error; este acto no puede decirse arrancado, puesto que faltó que se ratificara expresamente y que se reconociese; así es que propiamente hablando no ha existido nunca), abusó de las ventajas que le reportó para publicar otras leyes orgánicas contrarias tambien á las miras de Su Santidad, que reclamó contra ellas enérgicamente, mas en vano. Tal fué el resultado de las primeras violencias, y tal el ascendiente del que las cometiera, que cuando Bonaparte no contento con el título que tenia aspiró á tomar el de emperador y quiso sustituir á los derechos de que carecia una autoridad que le hiciese respetar por toda la Europa, reclamó el concurso del Padre Santo, y abusando del es-

tado de sujecion en que se hallaba , le obligó á trasladarse á París para que le coronara. Al hacerse proclamar emperador, Napoleon levantó, sin pensarlo, y obedeciendo á los secretos designios de la Providencia , el trono que con él tiempo habia de ceder á la casa real. El título de *emperador*, hasta entonces desconocido en Francia , le colocó fuera de la línea de nuestros reyes , á pesar de haber usurpado su autoridad , é hizo que se viera en él mas que al soberano al general , para quien , según de ello hay ejemplos , el elevado puesto á que se encumbró no era mas que el primer grado de la gerarquía militar. Y en efecto , desde entonces se condujo con la Santa Sede como *un jefe de ejército.*»

A continuacion se enumeran las promesas que hizo Bonaparte, quien manifestó querer restituir á la religion todo lo que le pertenecia , puesto que todo lo habia perdido ; y se habla de la ocupacion de Ancona y de los ataques dirigidos contra la soberanía temporal del Papa. Hé aquí otro pasaje de las instrucciones de que nos ocupamos :

« Vióse al fin cuales eran los proyectos de Bonaparte. Vióse que queria destruir la soberanía de la Santa Sede , á pesar de que sabia que los pueblos no estaban acostumbrados á estar privados de la autoridad pontificia , y á distinguir bastante los dos poderes para no creer que se auxilian mutuamente. Napoleon no manifestó explícitamente su designio de invadirlo todo ; mas declaró que consideraba á los Estados romanos como dependientes de su imperio, el cual pretendia extender á gran parte de Europa , y que sin embargo debia desplomarse y sepultarlo entre sus ruinas por no estar basado en la homogeneidad de costumbres , ni en la mancomunidad de intereses , ni en el amor de los pueblos. Nunca los reyes de Francia concibieron un proyecto como este , sino que por el contrario , se mostraron constantemente deferentes y adictos á la Santa Sede ; mas Napoleon declaró que no era sucesor de dichos reyes sino de los emperadores franceses (1). De ahí todas las pretensiones que tuvo á la soberanía de Roma y á la de los dominios que los papas anteriores debian á la liberalidad de Carlo-Magno..... Napoleon llegó á arrancar á este agosto cautivo un convenio que habia de servir de base á un arreglo final , que fué nulo atendida la época y el sitio en que se llevó á cabo , y al cual solo se avino el Papa por consideracion al estado en que se hallaba entonces la Iglesia.

(1) Luis XVIII , que revisó escrupulosamente estas instrucciones , se ha equivocado aquí , ó ha querido equivocarse. Napoleon se tituló al principio sucesor de Carlo-Magno ; pero mas tarde mencionó tambien los reyes , especialmente Luis IX , el Santo. En lugar oportuno hemos visto tambien que vertió estas expresiones : « Mis predecesores de la segunda y tercera dinastía. »

Muy pronto vió Su Santidad que ni siquiera se cumplían las condiciones estipuladas en su favor, de modo que ese acto no tuvo validez, ni resultados. Otro año de reversés indujo á Napoleon á acudir de nuevo al Padre Santo, y viendo que habia errado, abusando de la fuerza, tentó otros medios. Cesaron las persecuciones, y permitiósse á Su Santidad volver á sus Estados; mas esta tardía expiacion no produjo á su autor provecho alguno, pues la Providencia procuró por otros caminos el restablecimiento del Papa en sus dominios, y restituyó el cetro de Francia á sus antiguos soberanos. Esta série de hechos y de observaciones demuestra que todo lo que el gobierno anterior consiguió de la Santa Sede, fué por medio de la violencia. Es de presumir que el Padre Santo que vuelve á ejercer ya su poder y su influjo en el mundo cristiano, no querrá que quede en pié lo que se practicó bajo el imperio de la astucia y de la fuerza. Han cambiado ya para él las circunstancias, y los actos que sirvan de base á sus relaciones con la autoridad real, no deben llevar el sello de violencias como las que cometió el gobierno anterior. Habeis de partir del principio de que habiendo sido la invasion verificada por los franceses en los Estados del Papa en 1797, el origen de las vejaciones que en lo sucesivo se cometieron contra Su Santidad, y la causa de que desapareciera el respeto que se le tenia y que formaba su principal defensa, es preciso *revisarlo y enmendarlo todo*. Conviene tener presente la expresada fecha, que es anterior al pontificado de Pio VII, en todas las discusiones que se entablen con la Santa Sede. De este modo no se atribuirá á la época del Papa actual el comienzo de la dependencia y sujecion en que se ha visto, y se conseguirá que Su Santidad no se arredre al recordar sus actos de debilidad, los cuales le parecerán emanados de hechos ajenos á su administracion; y esto puede contribuir á que sin contradecirse haga reanudar á sus ministros las antiguas relaciones..... La Iglesia de Francia espera que se revisará el concordato y todo lo practicado desde el año 1797, y lo mismo reclaman todos los obispos, así los antiguos como los nuevos. Habeis de inculcar al Papa cuán bella es la mision que le toca desempeñar en esta parte. Importa mucho que se restablezcan pronto los buenos principios, y que no quede en pié ningun acto, ni fórmula alguna que retarde y se oponga á la ceremonia de la consagracion que ha de verificarse en la iglesia metropolitana de Reims. Cuidareis de indicar continuamente al Papa y á sus ministros que Su Majestad está dispuesto á servirle y á auxiliarle en todas las cuestiones relativas al poder temporal, procediendo sin embargo con la prudencia y la circunspeccion necesarias.

« Pondreis en mi conocimiento todo cuanto hagais, y yo continuaré comunicándoos las instrucciones necesarias para facilitaros el desempeño de la mision que debeis á la alta benevolencia de Su Majestad. »

Estas instrucciones, con tanto tino redactadas, eran muy á propósito para enterar á Luis XVIII de los hechos ocurridos de

unos diez y siete años á aquella parte, y para que el embajador supiese qué clase de demandas habia de dirigir á la Santa Sede. Al consignarlas, me he propuesto que el lector vea bajo otro punto de vista hechos que ya conoce, y sepa el modo cómo el nuevo gobierno de Francia comprendia sus deberes.

El cardenal Consalvi obtuvo muy buena acogida en Londres, desde donde, en 23 de junio, dirigió á las principales potencias de Europa una nota en francés, en la cual se exponían extensamente las reclamaciones de la Santa Sede. Dice así:

«El cardenal Consalvi, secretario de Estado de Su Santidad, tiene el honor de comunicar á Vuestra Excelencia la nota siguiente:

«En este momento, en que las grandes potencias, despues de terminar gloriosamente una lucha honrosa y empeñada, restablecen los derechos legítimos, restituyen la herencia de sus mayores á soberanos largo tiempo perseguidos, y borran las funestas consecuencias de un sistema incompatible con la justicia y el sosiego público; Su Santidad, persuadido del sagrado deber que tiene de recobrar íntegro el patrimonio de la Iglesia romana, reclama las provincias y las posesiones arrebatadas á la Santa Sede por medio de la fuerza, y que se hallan todavía fuera de su paternal dominio. Cuando en 1806 Napoleon propuso á la Santa Sede que se uniese enteramente con él por medio de una alianza duradera, que tratase como amigos y enemigos á los amigos y enemigos de la Francia, que alejase de sus fronteras y de sus puertos á las naciones que se negaban á reconocer sus leyes, el Padre Santo, despreciando las amenazas que se le hacian, en caso de que profríese una negativa, de privar á la Santa Sede de su dominio temporal y á él mismo de su trono y de su libertad, no vaciló un momento en rechazar semejante proposición, que no tan solo ofendia su santo carácter y el ministerio de paz que ejerce, si que tambien se oponian á que se consenaran los lazos de amistad y de buena inteligencia que á *todo trance* queria mantener con las demás potencias europeas. El cumplimiento de las amenazas que se le hicieron no bastó á doblegar su heroica resistencia. Arrastrado de prision en prision, condenado á las mas crueles privaciones y á los mas indignos tratamientos, cuyo fin no podia perverse, el Padre Santo se mantuvo siempre fiel á sus principios, contribuyendo de este modo, como de ello se vanagloria, á dirigir la opinion pública y á abrir el camino de la oposicion que se hizo al enemigo de la tranquilidad de Europa. Viendo Napoleon que los victoriosos ejércitos de las grandes potencias aliadas penetraban en enero último en el corazón de la Francia y en sus posesiones de Italia, pensó oponerles en este último punto al Papa, ó á lo menos neutralizar en parte sus operaciones, haciendo que Su Santidad regresara á Roma. Procuró, aunque en vano, inducirle á firmar un tratado, y si

bien no pudo lograrlo, le envió á sus Estados para librarse de este modo de los ataques de sus enemigos.

«Alejado el Padre Santo de los asuntos políticos á causa del cautiverio en que se hallaba, pero conociendo las generosas y benévolas disposiciones de los soberanos aliados, manifestadas y recibidas con júbilo por el mundo entero, no dudó que al regresar á Roma, no tan solo recobraría sus derechos, si que tambien entraria en el pleno goce de todos los dominios que la revolucion francesa arrebató á la Santa Sedé. Sin embargo, no debia recobrarlos todos. Su Santidad vé con sorpresa y con pésar que aun no se le han restituido las provincias conocidas con el nombre de las tres Legaciones y que desde mucho tiempo formaban la mas preciosa parte de sus Estados. No puede ponerse en duda la legitimidad de sus derechos sobre ellas, la cual se halla justificada por el decurso de los siglos, y por lo tanto no concibe que pueda haber arreglo alguno, ni mira general respecto á la Italia, ni decision alguna del futuro congreso que sea motivo suficiente para privarle de lo que es suyo; á menos que se quiera que los derechos mas sagrados é inconcusos se sujeten á discusion, ó sea posible que Su Santidad pueda consentir que se disponga de los dominios de la Santa Sede, de los cuales solo pudo privarle por algunos años una ambicion sin límites. ¿Acaso los pueblos y los soberanos no se pasarian y no temerian por sus derechos si viesen que en el momento en que la corrupcion de la época exige severos ejemplos de justicia; en el momento en que se oye con entusiasmo que se trata de arreglar los asuntos de Europa *segun los buenos principios del derecho*, no se aplicasen estos principios á los negocios de Italia, y solo se atendiese á la conveniencia y á intereses políticos? Convencido como se halla Su Santidad de la bondad de su causa, no puede abrigar semejantes temores, y seguro de los sentimientos que animan á los excelsos soberanos aliados, los cuales detestan hasta la idea de seguir un sistema que acaban de derribar, no duda obtener pronto lo que tan justamente solicita.

«En vano se citaria, respecto á las tres Legaciones, el tratado de Tolentino, pues no es dable apelar á un recurso mas frivolo. Es sumamente fácil probar que este tratado, fruto de la mas inicua agresion, fué impuesto por un enemigo poderoso á un príncipe débil; que no fué consecuencia de ninguna guerra como lo acreditan todos los documentos expedidos en esa época por Pio VI; que este pontífice protestó contra dicho tratado; que el Papa reinante en la actualidad, protestó tambien contra el mismo al subir al pontificado y en tiempos posteriores; que tratados de esta clase (aun cuando no existiesen tan poderosos motivos para invalidarlos), no han impedido que los soberanos aliados colocaran á algunos príncipes en posesion de sus dominios, ó que cuando menos les procuraran indemnizaciones; que algunos de estos soberanos reclaman y recobran en este momento provincias cedidas por medio de tratados formales. Fácil seria alegar otros muchos motivos; pero, ¿qué

necesidad hay de ello cuando un argumento solo basta para destruirlo todo? El mismo gobierno francés que obligó á Pio VI á firmar el tratado de Tolentino, lo anuló solemnemente al cabo de algunos meses, para poder apoderarse de los Estados de la Santa Sede, como así lo verificó invadiendo á Roma y destronando y conduciendo á Francia, en donde murió en el cautiverio, al mismo Pontífice con quien ajustó dicho tratado. Es por lo tanto un error creer que en los últimos años la Francia poseyese las tres Legaciones en virtud del tratado de Tolentino, pues este ya no subsistía. La verdad es que las tenía en su poder al igual que el resto de los Estados Pontificios, solo por la ley del mas fuerte y por la prepotencia de sus armas.

«Siendo esto indudable, ¿cómo es posible disponer de las tres Legaciones considerándolas formando parte de los territorios que adquirió la Francia en virtud de dicho tratado, cuando la Francia carece de un título legal? A Su Santidad incumbe reclamar, como reclama, las tres Legaciones, fundado en los mismos indestructibles é incontestables títulos que tiene para recobrar la totalidad de sus Estados.

«El Padre Santo invoca los mismos sagrados derechos respecto á Aviñon y al condado Venesino. Por medio de un acto revolucionario se usurparon á la Santa Sede las provincias que compró Clemente VI; y por lo mismo, ¿cuánto no ha debido ser el pesar de Su Santidad al ver que por el artículo 3.º del tratado de París de 30 de mayo, las cortes aliadas aseguran su posesion á la Francia, para redondear, segun en él se dice, algunos territorios y por motivos de conveniencia, sin ofrecer una *compensacion*? Su Santidad se halla vivamente impresionado al ver que se dispone de este modo de uno de sus antiguos dominios sin reserva alguna; y el infrascrito no puede menos de dirigirse en nombre del Padre Santo á las grandes potencias aliadas, protestando y reclamando formalmente contra el expresado artículo 3.º del tratado de París.

«Si algo pudo afectar á Su Santidad mas que el artículo mencionado, fué la ocupacion de la Marca de Aneona por las tropas napolitanas. Su Santidad se abstiene de extenderse en describir aquí el vivo disgusto que le causó la invasion de esa provincia, cuya evacuacion ha solicitado en vano. No hay nada que baste á justificar la ocupacion de esa propiedad de la Santa Sede; y aun cuando se la considere transitoria, es demasiado gravosa para sus fieles súbditos y perjudicial á sus intereses, para que el Padre Santo no se apresure á exigir, como exige, que se le restituya pronto. El infrascrito reclama tambien formalmente de parte de Su Santidad el ducado de Benevento, y la ciudad de Ponte Corvo y su territorio, cuya restitucion espera. Los excelsos soberanos recordarán sin duda las protestas que con este motivo les dirigió la Santa Sede en la época en que Bonaparte le arrebató esas comarcas, aunque prometiéndole una *compensacion*. Falta tan solo hablar del ducado de Parma y de Plasencia. Las grandes potencias aliadas no igno-

ran que la Santa Sede jamás ha reconocido como soberanos del Ducado á los príncipes que lo gobiernan, á quienes ni siquiera ha dado nunca el título de tales, sino que muy al contrario, en el día de san Pedro de cada año protesta contra su dominio. Con mayoría de razon, pues, Su Santidad, desde que se halla enterado del convenio de Fontainebleau (de 11 de abril del año corriente), debe protestar contra cualquier dinastía que manifieste pretensiones sobre esos dominios de la Iglesia. No es ciertamente por el deseo de dominar (el Padre Santo cree tenerlo ya muy acreditado) que reclama que se restituyan á la Santa Sede todos sus territorios. El Padre Santo está obligado á ello como administrador del patrimonio de San Pedro y en virtud de los solemnes juramentos que tiene prestados de conservarlo, defenderlo y recobrarlo. Le obliga además la necesidad de sostener con decoro su dignidad y de subvenir á los cuantiosos gastos que como todo el mundo sabe han de hacerse para el socorro de los fieles y el bien de la religion. El Padre Santo, que ha perdido casi del todo los demás medios con que contaba para suportarlos, no puede privarse de los recursos que le proporcionan sus dominios, sobre los cuales tiene derechos muy antiguos é incontestables. En conclusion, el cardenal Consalvi ruega á Vuestra Excelencia que tenga á bien comunicar esta nota á su augusto soberano lo mas pronto posible. Su Santidad no duda que su lectura excitará en la noble y justa alma de Su Majestad todo el interés que merece la bondad de su causa y los sufrimientos de que por ella ha sido víctima. El infrascrito cardenal aprovecha esta coyuntura para asegurar á Vuestra Excelencia su alta consideracion.

«H. card. CONSALVI.»

CAPÍTULO LI.

Napoleon en Porto-Ferrajo.—Observaciones acerca de sus grandes talentos militares, su genio y sus faltas.—Restablecimiento de los jesuitas.—Luciano, príncipe de Canino.—Alocucion pronunciada por el Papa en 26 de setiembre.—Respuesta del cardenal Pacca relativa á una instancia del general Radet.—Carta del cardenal Fesch al rey de Francia.—Carta del Papa á Luis XVIII.

Napoleon habitaba en Porto-Ferrajo. No seria regular que el historiador del virtuoso Pio VII, que un francés no hiciese justicia á aquel á quien la fortuna derribó de la cumbre de tantas grandezas, para reducirlo á una posicion humilde por mas que una sombra de soberanía endulzase sus amarguras. Napoleon fué el mas gran guerrero, el general mas hábil

de los tiempos modernos, y bajo este punto de vista su gloria es completa. En él se hallaban reunidos los talentos de Gustavo Adolfo, de Turena, de Eugenio, de Malborough, y de Federico II. Mas no eran estas las únicas prendas que le adornaban.

«La administracion de la hacienda, dice el autor de las *Máximas de Napoleón*, pág. 231, es la parte en que mas se distinguió por su vigilancia y su espíritu de orden. Bajo su gobierno fueron desconocidos los déficits y los empréstitos. Satisfizo todas las necesidades con los impuestos ordinarios y con las contribuciones impuestas á los países conquistados. La guerra alimentó á la guerra. No quiso entrar en el camino de los empréstitos para que el éxito de sus empresas no dependiese de la voluntad de los capitalistas y de los banqueros, los cuales por otra parte no le hubieran prestado dinero sino con condiciones muy onerosas. El sistema de los empréstitos adolece del defecto de que los gobiernos hallan quien les preste en tiempo de paz en que no lo necesitan, y no hallan en tiempo de guerra que es cuando les conviene.»

Bonaparte tuvo acierto en la eleccion de ministros de hacienda. Decia, y con razon, que todas las naciones le enviaban su sistema de impuestos, el cual consistia en tener establecidos muchos, cuya tasa se elevaba ó bajaba segun las necesidades por medio de céntimos adicionales, así como el azogue sube ó baja en el termómetro; de modo que cualesquiera que fuesen las necesidades podian cubrirse sin necesidad de crear un nuevo impuesto, cosa siempre muy difícil. Napoleón decia tambien que era preferible que la nacion pagase contribuciones para no ser conquistada, en vez de satisfacerlas para reconquistar su libertad. Bonaparte era, pues, un gobernante que tenia elevadas miras, y que introducía el orden en todas partes por medio de empleados rectos y probos. No citaremos las sábias máximas de Napoleón acerca del poder paternal, las cuales eran muy sábias, ni las referentes á las inhumaciones, al régimen de las cárceles, que queria mejorar, y á la salubridad pública. Decia: «Yo quisiera que en una gran ciudad como París estuviese prohibido al principal empleado de policia ir en coche; yo le concederia de buena gana el privilegio de presentarse en mi palacio con las botas llenas de lodo y con paraguas.» Napoleón queria que en lo contencioso se juzgase con grande imparcialidad: «Yo

tambien ganaria en ello , exclamaba ; pues mi sillero me exige cien mil escudos por mi trono y seis sillas de brazos. » Expresábase benignamente con respecto á los emigrados , los cuales, en su concepto , eran víctimas de un principio que era el suyo , el principio monárquico. Poco le importaba que demostrasen su adhesion á otros soberanos , pues él tambien se vanagloriaba de serlo. « Esas gentes , decia , son afectas á los reyes. Yo tambien soy rey. » Lo único que temia , era los jacobinos , ó que algun dia un cabo oscuro insurreccionase un regimiento y se apoderase del mando del ejército. « Apruebo , decia , que en el ejército haya realistas que no quieran cabos. »

¿Por qué tan gran guerrero , y un hombre tan entendido , no tuvo la moderacion que le aconsejaban los tiempos y la situacion de Europa ? ¿Por qué Bonaparte , á pesar de ver que al lado del Sumo Pontífice reinante habia un ministro activo y previsor , olvidó los deberes que le indicaban el buen sentido y la historia ? ¿Por qué causó tantas amarguras á un Sumo Pontífice verdaderamente santo , como pocos envia Dios á la tierra , á un religioso que *no seguia politica alguna* , y que era además afectuoso , cándido , condescendiente , y que solo se ocupaba del dogma ? ¿Por qué Bonaparte , no obstante su juicio y su penetracion , dejó alucinarse por el inseguro poder de la espada ? Iban á cumplirse altos destinos , y estaba próximo el término de tantas pruebas. La Francia acababa de llamar al hermano del monarca , á quien sacrificaron algunos hombres perversos y cobardes.

En 7 de agosto el Papa expidió una bula restableciendo la Compañia de Jesus. Hé aquí un extracto de ella :

« Encargados como estamos de la Iglesia por la voluntad divina , á pesar de la humildad de nuestra persona y de la inferioridad de nuestros méritos y fuerzas , tenemos el deber de emplear todos los medios que están en nuestra mano y que nos facilita la misericordia de la divina providencia , para poder subvenir tanto como lo permiten las vicisitudes de los tiempos y de los lugares á las necesidades espirituales del mundo católico , sin distincion alguna de pueblos ni de naciones. Deseoso de llenar los deberes que nos impone nuestro ministerio apostólico , tan luego como Francisco Karen , viviente entonces , y otros sacerdotes que muchos años habia residian en el vasto imperio de Rusia y que pertenecieron á la Compañia de Jesus , suprimida por nuestro predece-

sor Clemente XIV, nos suplicaron que les permitiésemos reunirse en corporacion para poder dedicarse mas fácilmente, segun su instituto, á instruir á la juventud en los principios de la fe y de las buenas costumbres, á predicar, á confesar, y á administrar los demás sacramentos; creimos que debiamos acceder á sus deseos tanto mas, cuanto que el emperador Paulo I, reinante á la sazón, nos habia recomendado á los indicados sacerdotes por medio del despacho que tuvo la bondad de dirigirnos con fecha 11 de agosto del año 1800, en el cual, al propio tiempo que nos manifestaba lo mucho que se interesaba por ellos, nos decia que gustaria de ver restablecida en su imperio la Compañía de Jesus; y Nos, por nuestra parte, considerando atentamente las grandes ventajas que podia reportar de ello esa vasta comarca, considerando el grande auxilio que podrian prestar á la religion esos eclesiásticos reputados por sus costumbres y por su doctrina, creimos oportuno satisfacer los deseos de un príncipe tan grande y bienhechor.

«En consecuencia, por nuestro breve de 7 de marzo de 1801, concedimos al mencionado Francisco Karen y á sus compañeros, residentes en Rusia, y á los que pasasen á ella, el permiso de formar un cuerpo ó una congregacion de la Compañía de Jesus... Al cabo de poco tiempo de decretado el restablecimiento de la Compañía de Jesus en Rusia, creimos que debiamos otorgar igual beneficio al reino de Sicilia, accediendo á las vivas instancias de nuestro hijo en Jesucristo el rey Fernando, quien nos rogaba que restableciéramos la Compañía de Jesus en sus Estados y en sus posesiones al igual del imperio de Rusia. Ese monarca se hallaba convencido de que en aquellos desgraciados tiempos los jesuitas eran los maestros mas á propósito para inluir á los jóvenes en las máximas cristianas, para inspirarles el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, y para instruirlos en las ciencias y en las letras... En virtud de nuestro breve que empieza *Per alios*, de fecha de 30 de julio de 1804, hicimos extensivas al reino de Sicilia las mismas concesiones que otorgamos al imperio de Rusia.

«El mundo católico clama por el restablecimiento de la Compañía de Jesus. Todos los dias llegan á Nos encarecidas instancias de nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y de personas distinguidas, pues en la actualidad son generalmente conocidos los abundantes frutos que dicha Compañía ha producido en las comarcas indicadas. La dispersion misma de las piedras del santuario, verificada en estos últimos calamitosos tiempos, que mas vale deplorar hoy dia que no traerlos á la memoria; la relajacion total de la disciplina de las órdenes regulares, gloria y sosten de la religion y de la Iglesia católica, cuyo restablecimiento es objeto hoy dia de todos nuestros pensamientos y cuidados, exigen que accedamos á tan justo y general deseo. Nos creeríamos muy culpables ante Dios, si en medio de los inmensos riesgos que corre la república cristiana, dejásemos de emplear los medios que nos facilita la especial providencia de Dios, y si colocados en la barca de san Pedro en

en el momento en que se halla combatida por continuas tempestades, no echásemos mano de vigorosos y experimentados remeros, que se ofrecen á abrirse paso por las olas de un mar en que á cada instante se corre riesgo de naufragar y perecer.,.... Impulsados por tantos y tan poderosos motivos, hemos resuelto hacer hoy lo que hubiéramos deseado hacer desde el principio de nuestro pontificado, y despues de haber implorado con fervientes súplicas el auxilio divino, despues de haber escuchado el parecer y los consejos de gran número de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, decretamos con conocimiento de causa, y en virtud de nuestro poder apostólico, que todas las concesiones y facultades acordadas por Nos únicamente al imperio de Rusia y al reino de las dos Sicilias, se hagan extensivas en adelante y para siempre á todos nuestros Estados eclesiásticos, é igualmente á todos los demás Estados, etc., etc.

«En Roma, en Santa María la Mayor, á los siete de los idus de agosto del año de la Encarnacion del Señor 1814, de nuestro pontificado el décimoquinto.

«El cardenal prodatario, R. card. BRASCHI-ONESTI.»

Se dijo que la publicacion de esta bula suscitó embarazos á Consalvi en algunos de los asuntos en que intervenia; mas el cardenal dió las oportunas explicaciones y estas fueron atendidas.

Pressigny celebró el día de san Luis, dando una gran comida en la quinta de Médicis, á la cual fué invitado el cardenal Fesch.

En 2 de setiembre, Luciano Bonaparte prestó en manos del cardenal Pacca el correspondiente juramento de fidelidad por el feudo de Canino, que habia sido erigido en principado.

El día 12 del indicado mes recibí una carta de Radet, en la cual este recordaba la solicitud que tenia hecha. Ponia á disposición de la embajada su hacienda de San Pastor, la cual habia sido recobrada ya por los dominicos. Bastó participar á Radet este hecho para dispensarse de manifestarle la sorpresa que su petición habia causado.

Esperábase con impaciencia la primera alocucion que el Papa pronunciaria en consistorio. Las alocuciones de Pio VII constituyen la verdadera historia del pontificado de este Papa. Reunidos los cardenales en 26 de setiembre, Pio VII les habló en estos términos:

« Venerables hermanos :

« Ha brillado en fin el tan apetecido día en que nos es permitido gozar otra vez de vuestra presencia. Al entrar en este sitio sagrado, en el cual os habeis reunido invitados por Nos , hemos experimentado un gozo tan grande , que apenas nos ha sido posible contener las lágrimas. Han pasado ya los amargos tiempos de nuestros infortunios. Vuelto ya á la silla apostólica despues de los rudos golpes que hemos recibido, acabamos de coger de nuevo con seguridad y dignidad el timon de la Iglesia. Vosotros que no ha mucho os veiais trasladados de una á otra parte, vosotros que habeis sido víctimas de toda clase de rigores, estais ya á nuestro lado prontos á auxiliarnos con vuestros esfuerzos y con vuestros consejos para reparar las ruinas de la Iglesia. Quede desde este momento borrado de nuestra memoria el recuerdo de los males que nos han afligido, aun cuando no pueda desaparecer de nuestra mente los espantosos desastres de la Iglesia, sobre la cual parece haber desahogado todo su furor el príncipe de las tinieblas.»

El Papa refiere en seguida de un modo sencillo y tierno las piadosas escenas de que fué testigo al atravesar las provincias de Italia y de las Galias ; manifiesta que querria dar individualmente las gracias á cada ciudad y á cada aldea, si lo permitiese la brevedad que debe reinar en una allocucion , y que sin embargo no puede pasar en silencio , que los genoveses, los milaneses y los piamonteses acudieron á Savona dándole ya pública , ya privadamente infinitas pruebas de afecto y de generosidad. Expone que los cuidados que le prodigaron en Francia las mas distinguidas señoras , le hicieron olvidar su cautiverio y sus sufrimientos, y entre otras cosas dice lo siguiente :

« Dios ha permitido que fuésemos testigo de tantas virtudes..... ¿ De dónde sino de la celestial misericordia, que nos sostenia y nos consolaba en las tribulaciones, podía provenir la tranquilidad de nuestra alma, ó mejor el gozo (*jucunditas*) que experimentábamos en medio de tantas penalidades, del destierro y de las prisiones ? ¿ Quién ha incitado á los generosos corazones de los españoles á tomar de improviso las armas , á atacar al enemigo que ocupaba ya sus ciudades y sus fortalezas, y á arrojarle mas allá de sus fronteras despues de sangrientos combates ? ¿ Quién ha promovido y ha hecho que se consiguiera pronto una confederacion entre poderosos soberanos, que guerras terribles tuviesen un feliz éxito, y que quedase derribado el hombre que mas enaltecido se veia (*elatissimi hominis*) ? »

El Padre Santo prosigue dando gracias á la Virgen y á los apóstoles san Pedro y san Pablo por el auxilio que le prestaron en medio de sus amarguras, y tambien á sus predecesores Silverio y Martin, cuyo recuerdo redobló su valor. Explica que Silverio, perseguido por Teodora, esposa de Justiniano, fué condenado en el año 538 á perecer de hambre en la isla de Elba, y que Martin, sacado de Roma por órden del emperador Constancio II, fué conducido á Constantinopla con una argolla al cuello, y encadenado para que el pueblo conociese que estaba condenado á muerte. Esta alocucion impresionó mucho á las personas que la oyeron.

Deseoso Pressigny de atraer simpatías hácia su soberano, y de evitar todo pretexto de queja contra la embajada, rogó al cardenal Pacca que le contestase respecto al asunto de Radet. El cardenal le manifestó lo que sigue :

« El cardenal, camarlengo de la santa Iglesia y pro-secretario de Estado, ha recibido la solicitud del general Radet, que vuestra Reverendísima Exce-lencia le ha trasmitido para que la ponga en manos de Su Santidad. El infraserito conoce demasiado hasta qué punto el Padre Santo es sensible, y por lo mismo, así como tiene un gusto en presentarle comunicaciones que le recuerden los testimonios de afecto y adhesion que la generosa nacion francesa le dió en épocas aciagas, experimenta una invencible repugnancia en poner en su conocimiento escritos propios para recordarle sucesos, que por muy héroica que sea su virtud, pueden afligirle. El infraserito cardenal tendrá una viva satisfacion en complacer á Vuestra Exce-lencia Reverendísima en cualquier otra cosa, y tiene el honor de renovarle las seguridades de su mayor consideracion.

« B. Card. PACCA. »

Así terminó este asunto, en el cual llenaron respectivamente su deber todas las personas que intervinieron, haciendo algunas de ellas mas de lo que ese deber exigia.

En 12 de diciembre, el cardenal Fesch escribió al rey la carta siguiente dándole las buenas fiestas :

« Señor :

« Dios lo es todo, todo poder emana de su voluntad; en su mano está derribar y levantar los tronos, así como distribuir entre las criaturas las chozas y los palacios, los talentos y las virtudes. Acostumbrado á meditar sobre estas verdades, no me admira que el deber me imponga hoy la obli-

gacion de felicitar á Vuestra Majestad las próximas y santas fiestas de Navidad. Mi felicitacion es sencilla, verdadera y sincera. ¡Cúmplase en la persona de Su Majestad, en su familia y en la Francia la voluntad de Dios! Dios es el mejor de los padres, y por lo mismo ¿puede desearse mayor dicha que cumplir su voluntad?

» Soy de Vuestra Majestad con todo respeto muy humilde y muy obediente servidor y súbdito.

«J. Card. Fesch.»

El cardenal arzobispo de Lyon habia de enviar esta carta al rey de Francia. El gobierno de esta nacion creyó oportuno no contestar, con lo cual heria á todos los cardenales para ofender á uno solo. La corte de Roma era mas prudente que los individuos que componian el Consejo del rey, los cuales, despues de haber servido y profesado mas ó menos afecto al gobierno precedente, creian hacerse agradables al monarca demostrándole un celo exagerado.

Hácia esa época entablóse con el Austria una activa correspondencia acerca de las Legaciones, que se hallaban ocupadas por las tropas del emperador Francisco I; mas esta cuestion solo podia resolverse en el congreso que habia de celebrarse en Viena.

El último dia del año 1814, el Papa escribió al rey de Francia lo siguiente:

« Mi muy querido hijo en Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

« Vuestra Majestad ha tenido á bien hacernos presentar por su embajador una memoria referente al aumento de sillas arzobispales y episcopales. Agradecemos infinito esta prueba de confianza que Vuestra Majestad nos ha dado, y para corresponder á ella manifestaremos sin reserva nuestros deseos. Nos hemos mostrado muy solícito en secundar vuestros intentos, y para facilitar su ejecucion un comisionado nuestro comunicó al embajador varios proyectos. Además, nos hemos abstenido de insistir en que se dotaran las iglesias con bienes raíces, como lo prescriben los [cánones, pues] tenemos en consideracion las circunstancias, y fiamos en las seguridades que verbalmente nos ha dado Vuestra Majestad. Por nuestra parte no omitiremos diligencia alguna para terminar pronto este asunto. Impulsado por los deberes de nuestro ministerio apostólico, no podemos prescindir de recordar á Vuestra Majestad los sentimientos y los deseos que por disposicion nuestra se manifestaron á vuestro embajador por medio de una nota fechada en 25 de noviembre. Grandes

son todavía los males que afligen á la Francia, y es de esperar que Vuestra Majestad los remediará pronto. No entraremos en pormenores acerca de ellos, pues Vuestra Majestad los conoce, y solo indicaremos en pocas palabras que vuestros religiosos sentimientos no pueden permitir que se dejen en vigor por mas tiempo tantas disposiciones como existen contrarias á la autoridad y á la libertad de la Iglesia, y opuestas á los indestructibles principios de la doctrina católica. Entre ellos figuran en primera línea las leyes relativas al divorcio. Estamos persuadidos de que Vuestra Majestad se ha visto precisado hasta aquí á tolerarlos, aunque á su pesar, y de que el hijo primogénito de la Iglesia, llevado de su acendrada piedad, no tardará en tomar una resolucion saludable que lo remedie todo para siempre. Dios, que por medio de uno de sus admirables prodigios ha repuesto á Vuestra Majestad en el trono de sus mayores, al cual le llamaban la justicia y la virtud, quiere que Vuestra Majestad use de su poder en favor de la religion, que es la mas sólida base en que descansan todos los imperios. Esperamos de Vuestra Majestad cosas muy grandes; otro tanto espera la Iglesia entera, *y es de creer que no quedarán defraudadas estas esperanzas.* Confiamos enteramente en las distinguidas virtudes de Vuestra Majestad, que Dios recompensará con usura. Estad seguro, señor, del vehemente deseo que nos anima de acreditaros la predileccion que os tenemos, en testimonio de la cual concedemos á Vuestra Majestad y á toda su real familia la bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, á 31 de diciembre del año 1814, de nuestro pontificado el décimoquinto.

«PIO PP. VII.»

Pressigny envió esta carta á París junto con el expediente relativo al restablecimiento de la ceremonia que en honor de Enrique IV se practica en el templo de San Juan de Letran el dia de Santa Lucía.

CAPÍTULO LII.

Envíanse á la familia real de Francia los cirios del día de la Candelaria.—Joaquin propone satisfacer el tributo, y luego se dispone á hacer la guerra.—Napoleon abandona la isla de Elba.—El Papa marcha á Génova.—Su vaticinio.—Carta de Caulaincourt al cardenal Pacea.—Carta de Napoleon al Papa.—Murat marcha contra los austriacos y es vencido.—Relacion de Caulaincourt á Bonaparte.—Regreso del Papa á Roma.—Su Santidad recobra las Legaciones.—Felicitation que dirige al rey de Francia.—Respuesta de este.—Cánova en París.

Desde su entrada en el Quirinal, el Sumo Pontífice recobró sus pacíficos hábitos. Los príncipes católicos le felicitaron por el cambio de su suerte, y los que no lo eran diéronle pruebas de cuanto le respetaban y admiraban. Mientras aguarda que Consalvi regrese de Viena, mantiene prudentes relaciones con Joaquin que dominaba en Nápoles y en Ancona; envía á todos los puntos del universo celosos misioneros; procura hacer lo posible para fundar en Italia conventos de *Hermanas hospitalarias* como los que existen en Francia; dota establecimientos piadosos de los Estados Unidos; alienta y protege á los solícitos religiosos que llevan la cruz á lugares inaccesibles y á apartadas regiones; reorganiza las leyes en su reino; perdona á los que incurrieron en error; mejora el estado de las provincias que el guerrero del siglo habia esquilimado; y continúa las obras empezadas por los franceses para embellecer á Roma.

A principios del año 1815 se me pidió una lista de los nombres de los individuos de la familia real de Francia, á los cuales, segun antigua costumbre, el Papa debia enviar los cirios bendecidos el día de la Candelaria. Quince eran los príncipes que componian la familia de Borbon de Francia, y quince por consiguiente fueron los cirios que se entregaron á la embajada para remitírseles.

Deseoso Joaquin de alcanzar la investidura de su reino, propuso al Papa restablecer los antiguos usos, y satisfacer el acostumbrado tributo. De repente Joaquin cambió de actitud,

y mientras ocupaba gran parte de los Estados romanos, defendidos apenas por tres batallones pontificios, aparentando temer que se le hostilizase, se dispuso á mover guerra. Avisase al cardenal Pacca que el rey Murat se dirige á Ancona para sublevar al pueblo romano en favor de la independencia de Italia.

A las ocho de la tarde del 26 de febrero, Bonaparte abandonó la isla de Elba. El mismo día se embarcaron sus tropas, compuestas de unos mil hombres de la guardia, entre los cuales habia 84 polacos, 500 voluntarios procedentes de Córcega y algunos extranjeros. Para su transporte estaban destinados nueve buques, entre ellos el bergantin *Inconstante*, armado con 18 cañones de á 24, otro bergantin provisto de varias piezas de artillería, y una polacra francesa cuya tripulación llevaba escarapela blanca y el pabellon del rey. En la mañana del día 27 esta escuadra se hallaba cerca de Capraia en donde apareció una proclama. El emisario inglés Campbell, encargado de observar los movimientos de Napoleon, se hallaba en Liorná, y no llegó á la expresada isla sino cuarenta horas despues de haberse marchado de ella el guerrero francés. Porto Ferrajo estaba bien fortificado y defendido por dos oficiales llamados Lapi. Su guarnicion se componia de cuarenta granaderos y de un batallon de voluntarios de la isla, compuesto de ochocientos hombres.

Al saberse en Roma lo que ocurría, esta ciudad quedó consternada. No hacia mucho que cundió la voz de que Elisa, gobernadora que habia sido de la Toscana, dijo en Bolonia: « Bonaparte se halla en Francia; si se le coge, procuraremos apoderarnos del Papa para tenerlo en rehenes.» En esto, el rey Joaquin solicita que se franquee el paso á doce mil hombres; el Papa se niega á ello, y se decide abandonar á Roma, de donde sale el día 22 en el momento en que le llegaba la noticia de que los napolitanos acababan de entrar en Terracina. Participóse la marcha del Papa á todo el cuerpo diplomático por medio de una circular, y los embajadores determinaron seguirle. El gobierno de Roma quedó en manos de una junta compuesta del cardenal La Somaglia, y de los prelados Riganti, San-Severino, Falzacappa, Ercolani, Giustiniani, y

Rivarola. El Papa, que se habia trasladado á Liorna, rogó al comandante de la fragata inglesa *Aboukir*, que le llevara á Génova; mas el comandante le respondió que no podia ser porque el buque estaba destinado á trasportar géneros de los súbditos de Su Majestad Británica. Despues de proseguir su viaje hasta el Golfo de la Spezzia, el Papa se embarcó para llegar cuanto antes á Génova. Iba á recorrer parte de la ruta que siguió en la época en que se le mandó embarcar en *Castagna*; mas viendo que á algunas de las personas de su comitiva les molestaba el viaje por mar, dispuso continuarlo por tierra. Pressigny, recién llegado á Florencia, resolvió pasar á Génova. En 11 de abril dirigió su primera comunicacion á Jaucourt que habia reemplazado á Talleyrand. En la entrevista que el embajador tuvo con el Papa, este le dijo delante de nosotros estas palabras: « *Signor ambasciatore, non dubitate di niente: questo è un temporale che durerá tre mesi.* » Su Santidad solo se equivocó de diez dias.

Entretanto ocurrían en Francia sucesos imposibles de prever. El día 20 de marzo Napoleon llegó á París. El orden y método que hemos adoptado en esta obra exigen que expliquemos tan solo lo concerniente á los intereses del gobierno pontificio. En 4 de abril, Caulaincourt, ministro de negocios extranjeros de Napoleon, dirigió al cardenal Pacca la comunicacion siguiente:

« Señor cardenal:

« La esperanza que indujo á Su Majestad el emperador, mi augusto soberano, á hacer el mas grande de los sacrificios, no se realizó; la Francia no ha recogido el fruto de la abnegacion de su monarca; sus esperanzas se frustraron. Despues de algunos meses de una penosa sujecion, los reprimidos sentimientos de la Francia acaban de manifestarse por medio de un levantamiento universal y espontáneo. La Francia ha llamado para que la libertase al único hombre de quien puede esperar el afianzamiento de sus libertades y de su independencia. Aparece el emperador, y el trono real cae, y la familia de los Borbones abandona nuestro país, sin que se derrame en su defensa una sola gota de sangre. Su Majestad ha atravesado en brazos de sus pueblos la Francia, desde el punto de la costa en que puso los piés al desembarcar, hasta el corazon de la capital, hasta ese palacio lleno todavía de gratos recuerdos para todos los franceses. Nada se ha opuesto á la marcha triunfal de Su Majestad.

En el momento de pisar el suelo francés, ha vuelto á empuñar las riendas de su imperio. No parece sino que su reinado no se ha interrumpido nunca, pues se halla rodeado otra vez de todos los hombres generosos y liberales. Jamás nacion alguna ofreció el espectáculo de tan grande unanimidad de sentimientos. Es probable, señor cardenal, que haya llegado ya á vuestros oídos el rumor de estos sucesos, los cuales os participo en nombre del emperador, para que os sirvais ponerlos en conocimiento de Su Santidad.

« El emperador considera su segundo advenimiento al trono de Francia como el mejor de sus triunfos; se enorgullece de deberlo exclusivamente al pueblo francés, y desea vivamente corresponder á tanto afecto, no con trofeos de una estéril grandeza, sino proporcionando á la Francia todas las ventajas de la paz, que desea asegurar por completo. Su Majestad se halla dispuesto á respetar los derechos de las demás naciones, y espera que se respetarán los de la nacion francesa. El primero y el mas grato de todos los deberes es para él conservar este precioso depósito. La paz del mundo quedará por mucho tiempo asegurada, si los demás soberanos, al igual de Su Majestad, fundan su gloria en el mantenimiento de la paz, colocándola bajo la salvaguardia de la gloria. Tales son, señor cardenal, los sinceros sentimientos de que se halla animado Su Majestad, y de los cuales, por su encargo, soy yo el intérprete cerca de vuestro soberano.

« Tengo el honor, señor cardenal, de ser de Vuestra Eminencia muy humilde y muy obediente servidor,

« CAULAINCOURT, duque de Vizencia. »

Hé aquí otra comunicacion dirigida por Caulaincourt al cardenal en la misma fecha :

« Señor cardenal :

« El emperador ha querido manifestar directamente á Su Santidad los sentimientos que le animan, y darle á entender cuan importante es que se conserve la paz que felizmente reina en ambos países. Cumpliendo con el encargo que tengo, os envio, señor cardenal, la adjunta carta, y ruego á Vuestra Eminencia se sirva entregarla á Su Santidad.

« Tengo el honor, etc. »

Vamos á trascribir tambien la carta que Napoleon dirigió al Papa, y que lleva la misma fecha de 4 de abril.

« Santísimo Padre :

« El mes pasado supísteis ya mi regreso á las costas de Francia, mi entrada en París, y la marcha de la familia de los Borbones. Vuestra Santidad conoce ya sin duda el verdadero carácter de estos acontecimientos, los cuales

obra de un poder irresistible, de la unánime voluntad de una gran nación que conoce sus deberes y sus derechos. La dinastía que la fuerza restituyó al pueblo francés, no era la que este necesitaba. Los Borbones no han querido asociarse á sus sentimientos, ni amoldarse á sus costumbres, y por lo mismo la Francia se ha separado de ellos, y ha clamado por su libertador. La esperanza que me indujo á hacer el mas grande de los sacrificios salió frustrada; he llegado, y al pisar las playas de la Francia me he dirigido á la capital en alas del amor de los pueblos. Lo primero que necesita mi corazón es corresponder á tanto afecto, manteniendo una paz honrosa. El restablecimiento del trono imperial era indispensable para la dicha de los franceses, y el deseo que mas me halaga es conseguir que ese restablecimiento sirva para afianzar la tranquilidad de toda la Europa. Los estandartes de diversas naciones se han cubierto sucesivamente de gloria; y las vicisitudes de la suerte han traído, despues de grandes triunfos, grandes reveses. Abierto está hoy día á los soberanos un campo mas hermoso, y yo soy el primero en presentarme en él. Despues de haber ofrecido al mundo el espectáculo de grandes combates, será mas agradable en lo sucesivo procurar á los pueblos los beneficios de la paz, en vez de tormentar ivalidades, y dedicarse, á la santa tarea de hacerlos felices. La Francia se complace en proclamar que este es el noble objeto de todos sus votos: celosa de su independendencia, el invariable principio de su política será el mas absoluto respeto á la independendencia de las demás naciones. Si estos son, como lo espero, los sentimientos de Vuestra Beatitud, quedará asegurado por mucho tiempo el sosiego general; y la justicia sentada en los confines de los Estados, bastará para guardarlos. Ruego á Vuestra Beatitud se persuada de que me hallará siempre dispuesto á darle pruebas del respeto filial con que soy, Santísimo Padre, vuestro muy afectuoso hijo,

«NAPOLEON.»

Los originales de estas cartas no llegaron á su destino, y sin embargo salieron de Francia copias de ellas sin que la corte romana diera la menor respuesta. Al mismo tiempo Napoleón elegía al cardenal Fesch por su embajador en Roma, señalándole un sueldo de 200,000 francos. El cardenal estaba encargado de manifestar al Papa que *el emperador no tenia ninguna pretension sobre su poder temporal*, y que por lo mismo no debia haber en adelante motivo alguno de desacuerdo entre el gobierno francés y el de Roma. Tocante á lo espiritual, el emperador se atenia á la bula expedida en Savona, á la cual *el clero francés daba grande importancia*; mas de pronto, el emperador

no quiso ocuparse de asuntos eclesiásticos, y deseaba que Su Santidad diese la institucion canónica á los obispos nombrados antes de marcharse de Fontainebleau. Debía también hacer presente el cardenal que la situacion política de la Francia no estaba todavía deslindada; que la suerte de la guerra se hallaba todavía indecisa, y que sin embargo de que el emperador reclutaba ejércitos como por encanto, y tendría pronto á sus órdenes unos cuatrocientos mil hombres, toda su política tendia al mantenimiento de la paz. En las instrucciones que recibió el cardenal Fesch, se trataba del comportamiento que en algunas cosas había tenido el Padre Santo hácia *el rey de Francia*, y se indicaba que el emperador no quería separar de su causa la del rey de Nápoles, Joaquin.

Este se había adelantado contra los austriacos hasta Módena. Entre esta ciudad y Reggio hubo un encuentro en que las tropas napolitanas fueron rechazadas, siéndolo también más adelante entre Tolentino y Macerata. Joaquin huyó á Nápoles, de donde se vió obligado á salir con el tiempo para refugiarse en Francia.

Antes de partir para Bélgica, Napoleon pidió á sus ministros un informe acerca de las relaciones de la Francia con la Santa Sede, y en consecuencia Caulaincourt le manifestó lo siguiente:

« Señor:

« El Padre Santo debe haber entrado ya en sus Estados. Nada tiene que ver Vuestra Majestad con los sucesos que le han alejado de ellos. Desde su regreso, Vuestra Majestad ha demostrado deseos de entrar en relaciones con el Papa, quien atendida su posición ha de prestarse á ello. « La Santa Sede es esencialmente neutral, y por más que haya trastornos políticos, no puede renunciar á comunicarse con una potencia cristiana, y sus deberes como jefe de la Iglesia pueden impedirle favorecer las pasiones de las demás potencias. » Conviene á la Francia tanto como á la corte de Roma que no se interrumpen las relaciones entre ambos gobiernos, las cuales pueden contribuir á la conservación de la paz, y tener un saludable ascendiente sobre la opinión pública. Finalmente conviene que Vuestra Majestad equilibre, enviando un encargado de negocios á Roma, la influencia que la embajada del último gobierno podría conservar aun en dicha ciudad, y de la cual procuraría aprovecharse para obtener bulas ú otros actos contrarios á las disposiciones del concordato. »

En efecto, el Papa salió de Génova emprendiendo el camino de Roma, después de rogar en Savona ante una imagen de la Virgen, á la cual se dirigía con frecuencia en el año 1811. Al verificar su entrada en Roma (era la cuarta), hubo también fiestas, y el pueblo manifestóse animado de un sincero contento al verle. A fines de junio hallábase ya en Roma la embajada del rey de Francia. Al cabo de poco tiempo supimos lo que el gabinete de Viena había resuelto tocante á las provincias de la Santa Sede. Talleyrand envió á Pressigny el documento siguiente:

Extracto del tratado de Viena, art. 103.

« Se restituirán á la Santa Sede las Marcas, con Camerino y sus dependencias, y asimismo el ducado de Benevento, y el principado de Ponte Corvo. Se le reintegra en la posesion de las Legaciones de Rávena, Bolonia y Ferrara, exceptuando la parte de esta última situada en la ribera izquierda del Pó. Su Majestad Imperial y Real apostólica y sus sucesores podrán tener guarniciones en las plazas de Ferrara y Comacchio. »

A principios de julio supose que el cardenal Consalvi estaba para llegar á Roma. Al principio este cardenal se hallaba confundido entre los representantes de los varios pueblos; mas en breve se le apreció como merecía por sus relevantes cualidades. Por su medio, Roma obtuvo todo cuanto solicitó, hasta que se declarara en favor de los nuncios el derecho de preceder en todas las solemnidades á los embajadores, aunque entre ellos los hubiese protestantes ó cismáticos, y de arengar á los soberanos en nombre del cuerpo diplomático. La Prusia fué la única nacion que suscitó algunas dificultades. Finalmente, al regresar el cardenal á los Estados del Sumo Pontífice, pudo asegurarle que sus Estados serian en adelante mas florecientes, y estarian mas tranquilos que nunca.

En esa época, el célebre artista Antonio Banzo acometió la empresa de grabar, bajo la direccion de Pedro Bettelini, un dibujo de Francisco Manno, que representaba al cardenal Consalvi en el acto de presentar á Pio VII las Legaciones de Bolonia, Rávena y Ferrara, recientemente recobradas. Estas provincias se hallaban representadas por medio de figuras con los cor-

respondientes atributos ; detrás del Papa véase la ciudad de Roma , á la religion en pié y á la historia sentada. Terminada la obra , el artista entrega un ejemplar de ella á Consalvi, quien , acostumbrado á ver la humildad y el desprendimiento de su soberano , no se deja llevar de la vanidad al recibir el obsequio que se le hace. Muéstrase muy agradecido al artista , le recompensa , compra la plancha por una cantidad considerable , y manda inutilizarla en seguida. Solo quedaron de ese grabado un reducido número de ejemplares , que se conservaron en casa del artista y del impresor. Yo poseo uno de ellos. El rostro del Papa es apacible y respira ternura ; se trasluce además en él cierto aire de sorpresa y de alegría. El del cardenal es noble , y está vuelto hácia el Papa. Sus agraciados ojos , sombreados por espesas cejas , están fijos en el Padre Santo ; con la mano derecha señala á Bolonia , que está de rodillas y lleva cubierta la cabeza con el casco de Minerva. En su conjunto , este grabado es de un estilo vigoroso , y bastante correcto.

El 19 de agosto , el gobierno toscano tomó posesion de la isla de Elba. Los soldados franceses que se hallaban en ella fueron tratados con toda atencion. Rogaron al comandante de las tropas florentinas que les diese noticias del emperador , y al oír que este suportaba con grandeza de alma su triste destino , las lágrimas surcaron sus mejillas.

El Papa no habia cambiado de sentimientos con respecto al cardenal Fesch , á quien dió de nuevo asilo. La madre de Napoleon tambien se refugió en Roma. El rey de Francia no hizo con este motivo la menor reclamacion al Padre Santo. No faltaban personas rencorosas que querian que se encerrase al cardenal en el castillo de San Angelo , diciendo que por haber ido á Francia al lado de su sobrino , lo merecia tanto como el cardenal Maury , á quien el dia 12 de mayo anterior privó de la libertad el consejo presidido por el cardenal Somaglia. En vista de esto , el Papa dispuso que el cardenal Maury , que se hallaba aun en el castillo de San Angelo , fuese trasladado á un establecimiento religioso , para que pudiese cuidar de su salud que la insalubridad del castillo habia alterado.

Entretanto , el rey Luis XVIII entraba en París en medio de grandes aclamaciones. El Papa le dirigió una carta en 22 de ju-

lio felicitándole por su regreso á Francia. En ella se expresaba en estos términos:

« Mi muy querido hijo en Jesucristo , salud y bendicion apostólica.

« Acabamos de recibir la feliz noticia del restablecimiento de Vuestra Majestad en el trono de sus mayores, y nos apresuramos á dirigirle los mas sinceros y vivos parabienes. Fácil será á Vuestra Majestad imaginar la parte que hemos tomado en sus amarguras, y la que tomamos en la actualidad en el consuelo de ver disipada en tan poco tiempo la reciente tempestad. Hemos rogado sin cesar al Padre de las misericordias que la calmara, y continuaremos dirigiéndole nuestras súplicas para que Vuestra Majestad gobierne en paz á sus pueblos, y pueda dispensar á su reino todo el bien que la religion espera de los piadosos sentimientos de un descendiente de San Luis. Con todo el afecto de nuestro corazon, damos á Vuestra Majestad y á su augusta familia la paternal bendicion apostólica.

« En Roma , cerca de Santa María la Mayor , á 22 de julio del año 1815, de nuestro pontificado el décimosexto.

« Pio PP. VII. »

Con fecha 14 de agosto el rey contestó lo siguiente:

« Santísimo Padre:

« He recibido con verdadera satisfaccion la carta de Vuestra Santidad de 22 de julio, en la cual me felicita por mi regreso á la capital de mi reino. A la Providencia, que sujeta á pruebas á reyes y á pueblos, es debido el restablecimiento que tan pronto se ha verificado de la autoridad legítima, único medio de remediar las desgracias que habian caido sobre la Francia. No he dudado un momento de que Vuestra Santidad haria continuos votos y rogaria sin cesar para que se realizaran estos acontecimientos, tan necesarios para salvar á la Francia y restablecer la paz en Europa. Vuestra Santidad conoce los principios que profeso y que me ligan á nuestra santa religion, en la cual hallaré siempre los mas poderosos consuelos y los mejores auxilios para llenar los penosos deberes que me están impuestos. Confio en que el jefe de la Iglesia, impulsado por el afecto que profesa á mi persona y á mi reino, contribuirá cuanto pueda á reanimar las conciencias y á calmar las pasiones.

« Ruego á Vuestra Santidad que esté persuadido de que siempre me hallaré dispuesto á darle pruebas del respeto filial, siendo, Santísimo Padre, su afectuoso hijo,

« Luis. »

¿Qué tiempos para la religion estos en que en el espacio de ciento treinta dias dos soberanos, armado el uno con la fuerza

y el otro con sus derechos, pedían al Pontífice de la Iglesia universal la bendición apostólica!

Durante el tiempo indicado, el Papa envió á París á Cánova, para reclamar varios objetos artísticos que habían sido trasportados á Francia. Cánova se llevó una carta de Su Santidad para el rey, y otra del cardenal Consalvi para Talleyrand, quien escribió con gran calor á Pressigny que no se conseguiría lo que se deseaba.

CAPÍTULO LIII.

La fiesta de San Luis en Roma.—Alocucion del 4 de setiembre.—El rey Carlos IV vuelve á Roma.—Joaquin desembarca en Pizzo.—Su muerte.—Comunicacion de Poynter al cardenal Consalvi.—La fiesta de Santa Lucía.—Roma recobra los objetos artísticos que le pertenecian.—Cánova deja en París por via de regalo varias estatuas de gran valor.

Desde los tiempos del cardenal Bernis solo una vez se celebró en Roma la fiesta de San Luis. Pressigny restableció la costumbre que había de celebrarla. El Papa pasó á oír misa á la capilla del santo monarca, manifestando luego á Pressigny la satisfaccion que le causaba el ver asegurada la paz entre la Francia y la Sede pontificia.

El 4 de setiembre el Papa dirigió una alocucion á los cardenales. Háse visto ya con cuanto gusto aprovechamos la ocasion de manifestar el modo como el Sumo Pontífice se expresa en semejantes actos. En dicha alocucion hace honroso mérito, aunque tal vez con alguna frialdad, del comportamiento del emperador de Austria, que le había restituido las Legaciones, á instancias de los embajadores ruso é inglés, que son los que mas se esforzaron en conseguir la expresada devolucion. El Papa hace en seguida una especie de reseña histórica de las negociaciones entabladas entre la Santa Sede y Luis XVIII desde el regreso de su cautiverio, manifestando que con motivo de ellas solo hubo explicaciones vagas sin conseguirse el menor resultado. Demuestra su agradecimiento á algunos prín-

cipes que no pertenecen á la Iglesia romana , y hace especial mencion del muy augusto emperador de Rusia por haberse ocupado de los derechos políticos de Roma , y por haber empleado todo su poder y toda su autoridad en apoyar las reclamaciones de la Santa Sede. Dice que no puede olvidar los servicios que le prestó el rey de Prusia Federico, quien demostró siempre interesarse mucho por los asuntos pontificios. No pasa tampoco por alto el celo desplegado por el rey de Suecia, Carlos , quien se prestó á auxiliar y defender á la Santa Sede; y habla tambien del afecto que le acreditó el príncipe regente de Inglaterra, apoyando en el congreso las pretensiones del soberano de Roma. « Por lo mismo, dice , nos manifestamos agradecidos á todos esos príncipes , con los cuales nos hallamos unidos, tanto mas cuanto que podíamos esperar hallarlos muy poco dispuestos á auxiliarnos.» Mas adelante consigna una protesta con respecto á Aviñon , cuyo nombre se abstiene de pronunciar por consideracion á la Francia , y da á comprender la conveniencia de que se compense su pérdida. Reclama contra la ocupacion del territorio inmediato á Ferrara , situado en la orilla izquierda del Pó , y da mil expresivas gracias á Consalvi , terminando la alocucion con tributarlas á Dios todopoderoso por haber puesto un término á sus tribulaciones y salvado á la Santa Sede.

Figuraban en el cuerpo diplomático como embajador de Austria el distinguido Lebzelter, á quien el hermano del emperador, el gran duque de Toscana, dió una prueba de aprecio nombrándole enviado extraordinario; Vargas, con quien estábamos en relaciones amistosas, cuya fortaleza de alma durante el tiempo que estuvo en poder de Napoleon, admiró á sus mismos guardas; y el general Hitroff, yerno de la mariscalía Kutusow, que representaba á la Rusia, hombre de talento y de finos modales con quien nos hallábamos en perfecta armonía. La Inglaterra no tenia representante en Roma, y sin embargo pululaban en los Estados pontificios los ingleses, entre los cuales habia algunos muy notables que llenaban pacíficas y amistosas misiones. El rey de Nápoles acababa de dispensar su confianza, eligiéndole por representante suyo, al marqués de Fuscaldo, hombre de elevada cuna, que se mantuvo siem-

pre fiel al rey, lo cual bastaba por sí solo para que su eleccion fuese del agrado del Padre Santo.

El rey de España Carlos IV y su esposa, á quienes Napoleon confinó en Roma, creyeron poder abandonarla; mas hubieron de volver á ella. Al regresar, la reina sufrió una caida, y cayó gravemente enferma. El Papa intervino en las disensiones que mediaron entre Carlos y su hijo Fernando VII, restableciendo la armonía entre ambos.

A principios de octubre se supo en Roma que Joaquin habia llegado á Pizzo, en la Calabria citerior, en donde nadie se interesó por él. Arrojado segun parece á la costa por el mal tiempo, trató de volver á embarcarse en seguida. Algunas de las personas de su comitiva intentaron promover una sulevacion en su favor.

Joaquin fué cogido y entregado á una comision militar. Aseguróse en Roma que un consejero de Fernando IV se expresó en estos términos: «Nuestra casa real y sus tres ramas reinantes han hallado siempre en Murat un implacable enemigo, primero en Vincennes, despues en Madrid, desde donde envió á los Borbones al destierro, reduciéndolos á la miseria; luego en Nápoles, en donde se ha erigido en soberano, mandando desde este punto expulsar de Roma á nuestro Padre Santo Pio VII. Murat nos trae la guerra y el exterminio. Prisionero hoy en Pizzo, ha sido condenado por una comision militar con arreglo á las leyes publicadas por él mismo contra los *pretendientes*. Quizás están en su favor las dos terceras partes del ejército, y si no se ejecuta la sentencia, es preciso que el rey envíe aposentadores á Palermo para disponer alli habitaciones para nosotros.»

Joaquin escribió á su familia una carta tierna, mostrándose luego animado de sentimientos religiosos. Al cabo de poco tiempo murió, dando pruebas de un valor mas grande todavía que el que desplegó en el campo de batalla.

Examinóse en Roma si era fundado el cargo que se dirigia á Joaquin referente á la expulsion del Papa. Los lectores de esta obra conocen los hechos mejor de lo que se conocian en la época en que acontecieron. Hemos visto que á instancias de Miollis, Joaquin envió á Roma 800 hombres al mando del ge-

neral Pignatelli-Cerchiara, quien concurrió á la expulsion y á la entrada del Pontífice en Roma. Joaquin pudo y debió conocer los proyectos del gobernador de Roma; mas las comunicaciones de este al emperador, la vacilacion de Radet, á quien solo se hablaba del cardenal Pacca; la desaparicion de Miollis para trasladarse á Mántua, sitio mas próximo al cuartel general del emperador; la poca prevision que se demostró respecto al punto á donde debia ser trasladado definitivamente el Papa; la confusion que hubo de órdenes y contraórdenes; el despacho lleno de borrones que Radet recibió del general; la continua repeticion del nombre del cardenal Pacca en ese despacho, extendido en un mal papel y en el cual todo era confusion; la necesidad que tuvo Radet de solicitar y de exigir nuevas autorizaciones; el ver que Elisa envió al Pontífice al príncipe Borghese, y que éste le envió á su vez á Francia; el testimonio del general Bessiéres, que era uno de los hombres mas respetables de la corte de Napoleon, y uno de esos militares que no faltan nunca á la verdad, testimonio que acredita que en los primeros momentos Napoleon se irritó, exclamando que él no habia dado semejantes órdenes; la poca probabilidad de que estas se hubiesen expedido en el momento en que iba á darse la batalla de Wagram; y finalmente el haber demostrado la experiencia que Napoleon no dió nunca *combates civiles* sino despues de ganar *combates militares*; todo demuestra que, si bien era posible que el general Miollis tuviese órdenes concebidas en términos generales para que procediese á la expulsion del Papa, la verificó por sí mismo y en virtud de su autoridad de gobernador en 6 de julio, por creer oportuno verificarla entonces. No dudamos de que Napoleon escribiria al general Miollis estas palabras: « *Os encargo que mantengais la tranquilidad en mis Estados de Roma;* » puesto que Miollis en la mañana del 6 de julio y despues de la salida del Papa de Roma, dirigió á Napoleon una carta que empieza en iguales términos.

Hay pues motivos para creer que Joaquin solo intervino en la expulsion del Papa por medio de su general y de las tropas llegadas á Roma el 4 de julio para auxiliar al general Miollis. Respecto á los otros hechos mencionados por el consejero napolitano, la historia ha pronunciado ya su fallo.

En esa época, el cardenal Fesch, que se refugió de nuevo en Roma despues de su reprehensible ida á Paris, dirigió á Luis XVIII la carta siguiente:

« Señor :

« El cardenal arzobispo de Lyon, viendo próximas las fiestas de Navidad y acercarse el año nuevo, os ruega que acepteis los votos que dirige al cielo para que haga feliz á Vuestra Majestad Cristianísima.

« Aun cuando el mundo ponga en duda mis sentimientos, son testigos de su sinceridad mi buena fe, mi conciencia y Dios, que penetra en el fondo de nuestros corazones, y á quien todos los dias ruego por Vuestra Majestad.

« Soy con todo respeto,

« Señor,

« De Vuestra Majestad Cristianísima, muy humilde
y muy obediente servidor y súbdito,

« J. Card. FESCH.

« Roma, 25 de noviembre de 1815. »

Nada se contestó tampoco esta vez al cardenal Fesch, y es menester confesar que se hizo muy bien.

Hemos consignado varios documentos oficiales emanados de diferentes ministros y representantes extranjeros, y creemos que no será fuera de propósito dar á conocer sucintamente de qué manera Poynter, obispo de Hallia en Macedonia y vicario apostólico en Lóndres, expresaba al cardenal Consalvi sus sentimientos acerca del Sumo Pontífice, y de los servicios que dicho cardenal prestaba á la Santa Sede. Yo creo que nuestros hermanos de la Gran Bretaña se complacerán en enterarse de lo que pensaba acerca de los asuntos de la época, y sobre todo acerca de los de Irlanda uno de sus mas respetables eclesiásticos. Este da las gracias al cardenal por haberle enviado la alocucion del día 4 de setiembre, pues así la voz del Sumo Pontífice ha podido ser oida en Inglaterra é Irlanda, y ha servido para destruir las calumnias levantadas en estos países por algunos díscolos. Leyóse en Lóndres con gusto la mencion que Su Santidad se sirvió hacer de la Inglaterra, en donde se esperaba que reinaria perfecta armonía entre su gobierno y el de Roma.

«Temo, decía Poynter, que las fundadas esperanzas que habíamos concebido de que la carta que traje de Génova produciría buenos resultados, no hayan quedado destruidas por el modo como el asunto se entabló y trató en Irlanda, atendida la concesión, que se supone en dicha carta se hizo á nuestro gobierno respecto á la nominación de obispos. Así se echa de ver, comparando las resoluciones de las diferentes asociaciones de irlandeses con el texto de esta carta, que en este punto es muy clara. Parece que Haye, secretario de la comisión de seculares, ha pasado á Roma solo, llevando una representación de cinco millones de católicos irlandeses. Sin embargo, los periódicos dicen que semejante representación estaba redactada y aprobada solo por cinco ó seis personas de Dublin, las cuales no eran representantes, ni delegados de los católicos de Irlanda para ese objeto, ni para ningún otro. Y por esto se observará que Haye, sin ser enviado, va á Roma con una representación que pretende ser de todos [los católicos irlandeses, cuando no está hecha con intervención de ninguna autoridad de estos. Ruego á Dios que se digne guiar á Su Santidad en este asunto, é inspirarle lo que mejor conduzca á procurar el bien de la religión en nuestras islas y la tranquilidad pública...

«Nuestro Parlamento tiene ya en su poder la bula de nuestro Padre Santo relativa á los jesuitas, y es probable que se trate de ella en la sesión inmediata. En estas circunstancias, estoy obligado á estar prevenido para no comprometer en mi territorio la causa común de la religión católica. En la actualidad este asunto es muy delicado.»

El 13 de diciembre todo el cuerpo diplomático y la nobleza romana asistieron á la gran función que, según antigua costumbre, se celebraba en la basílica de San Juan de Letran para solemnizar el día en que cumplía años el rey de Francia Enrique IV. Los muchos ingleses que había en Roma no fueron por cierto los últimos en acudir á esa función, en la cual Pressigny desplegó una magnificencia extremada. Pressigny era muy querido y respetado en Roma; y sin embargo los asuntos religiosos de que se ocupaba no progresaban, pues no se estaba aun en completo acuerdo con la comisión eclesiástica. El Papa decía al embajador: «*L'affare cammina, cammina*;» y no obstante el asunto no daba un paso, pues las relaciones con París estaban como suspendidas. Además no había nuncio en esa ciudad, en donde se estaban disputando palmo á palmo la posesión de los objetos artísticos reclamados por Cánova.

El cardenal Consalvi dijo al célebre escultor: «El Papa os ruega que vayais á París á continuar la célebre conversacion

que empezasteis con Napoleon acerca de los monumentos de Roma. Vos enviasteis á Francia la colosal estatua de Napoleon; no se ha hecho justicia á vuestro talento: ¿qué es de esa estatua? En fin, Roma confia en voz; id á París á cumplir con el deber de *principe perpétuo* de la Academia de San Lucas. » El rey declinó la solicitud de Cánova, por lo cual el gobierno pontificio remitió á los plenipotenciarios de las potencias aliadas una nota, en la que se exponía la injusticia con que se retenían los objetos artísticos, cuya devolucion se solicitaba, y los inmensos sacrificios que costó el acopiarlos, y se citaba á Carlos V y á Carlos VIII que los habian respetado; á Federico II que dos veces respetó las galerias de Dresde; y á los rusos y austriacos que en las dos veces que entraron en Berlin no se llevaron objeto alguno artístico. Seria ofender al siglo, decia la nota, hacer revivir los tiempos en que los romanos declaraban á los hombres y cosas propiedad del vencedor. La civilizacion, la experiencia y el memorable castigo que todas las naciones de Europa dieron á los romanos, podian influir en que se calificase mejor el abuso que se estaba haciendo de la fuerza.

Cánova solicitó del emperador de Rusia una audiencia; mas no pudo conseguirla. Alejandro, cuya magnanimidad no se desmintió nunca, consintió en tratar del asunto con la Francia; pero no queria consentir la menor violencia. El Papa habia dicho á Cánova: « Cuidado con los franceses, nada de superioridad con esta buena nacion que Nos queremos. » El rey de Francia defendia las condiciones suscritas por Bonaparte en Tolentino, sin embargo de que fueron debidas á la violencia. El gobierno pontificio respondia: « Ni en el tratado de París, ni en el congreso de Viena se ha hecho mencion de lo convenido en Tolentino; ninguno de los numerosos tratados que celebró Bonaparte, ha quedado en pié. ¿Se querrá destruir los tratados ajustados entre leon y leon, y respetar el tratado celebrado entre el leon y el cordero? » Mas hé aquí que los extranjeros se apoderaban por su propia autoridad de todo lo que en París reconocian por suyo, á pesar de la oposicion casi universal que se les hacia desde el rey hasta el último jornalero. Al mismo tiempo el subsecretario Guillermo Hamilton aconseja á lord Castlereagh que se interese en favor de las reclamaciones del

Papa. Muy pronto aparece un folleto muy fuerte redactado en inglés, y una nota fulminante del ministro de la Gran Bretaña. Wellington, que apoyaba á los belgas que pedían la restitucion de sus cuadros, se declara abiertamente en favor de los romanos para que se les restituyan los objetos artísticos que se les quitaron. En un escrito redactado por encargo suyo y que era amargo y fuerte, se expresa en estos términos: «En mi concepto seria injusto que los soberanos secundasen los deseos de la Francia. Si los soberanos permitiesen el menor sacrificio, obrarian con mucha impolítica, y perderian además la oportunity de dar á los franceses una gran leccion moral.» El príncipe Metternich reclamaba en favor del emperador francés todo cuanto perteneciò á los Estados que este poseyera, y pedía asimismo lo que se quitó á Parma y á Módena. Algunos de los ministros de París se oponian á un arreglo, al cual tampoco se hallaba dispuesto Luis XVIII. Los prusianos y los austriacos se apoderaron á la fuerza de los objetos artísticos acerca de cuya posesion se contendia. Recordando Cánova las instrucciones de Pio VII, dispuso que quedaran en París algunos de esos objetos que pertenecieron á Roma, cediéndolos como un regalo de Su Santidad. Entre ellos figuraban la colosal estàtua del *Tiber*, la magnífica *Palas* de Veletri y la *Melpomene*. No puede negarse que lo que acababa de determinarse, produjo un disgusto general, tanto que fuè difícil hallar quien facilitara carruajes para trasportar á Roma los objetos artísticos recobrados. Vamos á trascribir una carta que con fecha 23 de octubre dirigió á Cánova el conde de Pradel. Dice así:

«Muy Sr. mio:

«El secretario general del museo, M. Lavallée, acaba de participarme que entre los objetos artísticos que estais encargado de sacar de dicho museo, por pertenecer á la Santa Sede y á Roma, hay muchos que estais dispuesto á regalar, y esto es muy del agrado de Su Majestad. No puede menos de complacer al rey todo acto que contribuya á hacer menos sensible el despojo del museo real, y me apresuro á manifestaros sus sentimientos respecto á este punto.

«Os renuevo, caballero, etc.

«El conde de PRADEL.»

«Cánova tenía un gusto especial en enseñar esta carta, que, según decía, había sido redactada por el mismo Luis XVIII.

Consalvi aprobó en nombre del Papa lo practicado por Cánova, y dirigió á este las palabras siguientes:

«Léjos de angustiaros por haber hecho esos regalos, felicitaos por haber *adivinado la voluntad del Padre Santo.*»

CAPÍTULO LIV.

Intrigas cerca del Papa.—Varias potencias se interesan para que se acceda á las demandas del príncipe Eugenio.—Mazois es enviado á Nápoles como mensajero.—Carta del rey á Pio VII.—Instrucciones del duque de Richelieu al conde de Blacas.

El cuerpo diplomático felicitó al Padre Santo con motivo de las fiestas de Navidad, solicitando el permiso de hacer otro tanto el primer día del año, siguiendo la costumbre establecida en las demás cortes de Europa. El Papa agradeció esta prueba de afecto y de respeto. A su alrededor se formó una corte de aduladores que se vanagloriaba de haber contribuido mucho á terminar felizmente los asuntos de Roma. No eran por cierto los Paccas, los Consalvis, los di Pietros, los Fontanas, y los Gregorios los que hacían alarde de haber tomado parte en acontecimientos dignos de admiración, sino otros que sin haber hecho nada aspiraban á recompensas. Algunos poetas sintiéronse inspirados de repente y dirigieron versos al Papa. Es sabido que se ha hablado mucho de la familia Clermont, la cual pretendía ser pariente del Papa. El Pontífice concedió una pensión á Clermont-Mont-San Juan, que se hallaba refugiado en Roma, y yo solicité su protección en favor de Clermont-Montoison, á quien Su Santidad recomendó al cardenal Caprara. Se tiene ya conocimiento de las pretensiones que tuvo Clermont-Tonnerre, quien pudo quedar satisfecho de la generosidad del Padre Santo. En esto, un poeta descubrió, registrando la historia, que un hijo del rey de Francia san Luis, llevaba el nombre de conde de Clermont. El Papa en uno de sus breves había recordado que Luis XVIII era descendiente de san Luis.

Hé aquí que de improviso la familia de Chiaramonti es mas importante que la de Clermont-Tonnerre, y aparece tener próximo parentesco con la de los monarcas franceses. Algunos han pretendido que pudo haber mediado una alianza entre la familia de Clermont-Mont-San Juan ó la de Montoisson, etc., y algunas de las grandes familias de la monarquía, como la de Montmorency, las cuales han mezclado con frecuencia su sangre con la de nuestros reyes. Pero habia mas. La familia de Cesena descendia de san Luis. Acaso no hay en las Marcas, se decia, una familia que se llama *Borbon del Monte*? Estos rumores disgustaban al Papa, quien deseaba destruirlos. Acudió al Padre Torelli, y este vino á consultarme, y á rogarme que explicara que Clermont era aquel de quien descendian los Borbones. Manifestóme que algunos sinceros amigos del Papa me habian elegido, *apposta, consiglière*, para decidir escuestion, y que deseaban que les diese lo mas pronto posible una geneología que bastase á acallar á todos los poetas, y á evitar sátiras. El cometido que se me daba era harto delicado para que pudiese cumplirse en poco tiempo. Hablé de él al embajador, que conocia á fondo la clase de materias á que se referia. Ambos nos ocupamos, pues, como era natural, en aclarar las geneologías, á contar desde el sexto hijo de san Luis hasta el padre de Enrique IV.

El P. Torelli se habia granjeado la amistad de varios amigos del Papa. Ese sábio religioso se portó muy noblemente rehusando el juramento que se le exigia, y conformándose con ser desterrado. Prepareme para hacer la nota que se me pedia. Afortunadamente encontré en una biblioteca al padre Felipe Labbe, y pude completar mis noticias sacando las que me faltaban de un tomo en 12.^o. No me atreví á encargár que se me proporcionara *el Arte de comprobar las fechas* que me hubiera sacado enteramente de apuros; pues no quise que se sospechara en lo mas mínimo la clase de averiguaciones que estábamos haciendo. Finalmente conseguimos fijar definitivamente la cuestion, y en consecuencia remití los trabajos hechos al P. Torelli, quien nos los agradeció en extremo.

Pio VII poseia sentimientos tales que hasta las personas que estuvieron en relaciones con sus perseguidores experi-

mentaron su benéfica influencia. El príncipe Eugenio , que se hallaba retirado en Munich , tenia que hacer algunas reclamaciones en Roma , á donde envió con este objeto á Ré. Su objeto era entrar en posesion de algunos bienes eclesiásticos aplicados á dotaciones, por disposicion del anterior gobierno del reino de Italia. Otorgáronse fácilmente varias de las dotaciones que radicaban en Bolonia y en las Marcas, mas rehusábase la entrega de los bienes situados en el ducado de Urbino. El embajador de Austria , Lebzeltern , el bailío de Baviera, Hoeffelin, y el embajador de Rusia, Hitroff , recibieron de sus respectivas cortes el encargo de apoyar las peticiones de Ré, fundándose en el art. 64 de las resoluciones del congreso. El cardenal Consalvi manifestó que tendria en consideracion las demandas de dichas cortes. El príncipe Eugenio tenia en todas partes muchas simpatías , y Pio VII no olvidó nunca el comportamiento que con él observó á su regreso de Francia en 1814.

Los extranjeros pululaban en Roma , desde donde pasaban á visitar Nápoles y Pompeya. El embajador de Francia tuvo noticia en esa época del disgusto que experimentaba el célebre arquitecto Mazois por no poder alcanzar el permiso de ir á concluir los estudios que mucho tiempo habia empezó en Pompeya. Raquíticos celos de algunos sábios le tenian cerradas, segun decia , las puertas del reino de Nápoles. Mazois, al igual de otros muchos franceses , permaneció en Nápoles durante la época del dominio del usurpador. Entretanto , un correo de París llevaba á Pressigny la orden de solicitar del Padre Santo las oportunas dispensas, para que se pudiese celebrar el casamiento del duque de Berry con la nieta del rey de las Dos Sicilias, Carolina Fernanda Luisa. Tan luego como Pressigny tuvo las dispensas para cumplir con el encargo que se le hizo de remitirlas inmediatamente, mandó llamar á Mazois, y le dijo : « ¿ Quereis servir de correo extraordinario para llevar estos papeles á Nápoles? Con esto podreis conseguir llegar á *la casa de Diomedes* (1). Ahí teneis además una carta para nuestro embajador Narbonne, á quien ruego que os ayude á alcanzar vuestro objeto. » Mazois llegó á Nápoles con un

(1) La « casa de Diomedes » es la mas hermosa de Pompeya.

pasaporte de correo extraordinario del rey de Francia; fué allí muy bien recibido, consiguió el permiso que deseaba, y gracias á los buenos oficios de Pressigny, pudimos ver concluida una hermosa obra de ese distinguido arqueólogo. A no ser Pressigny, Mazois hubiera vuelto á París triste, disgustado y desalentado, y quizás no hubiera puesto nunca mas los piés en Italia.

El gobierno de París determinó llamar á Pressigny, y reemplazarle por el conde de Blacas, á quien encargó que solicitara que se enviase á Francia un legado *a latere* á fin de poder terminar los asuntos eclesiásticos. El rey pedia al Papa este favor por medio de una carta escrita de su puño propio y concebida en estos términos:

«El único medio, Santísimo Padre, de conseguir lo mas pronto posible el objeto, que tanto Vuestra Beatitud como yo, no podemos menos de desear, esto es, restablecer en la iglesia de Francia la organizacion necesaria para que pueda llenar su santa mision, y facilitar á mis pueblos el ejercicio de la religion católica, es el pronto envio de un legado que, al igual del que se entendió con el usurpador, venga á mi lado con extensos poderes. No dudo de que los obispos que no dimitieron, léjos de oponer dificultades al restablecimiento del orden que se desea, contribuirán solícitos á establecerlo para el mayor bien de la religion y de las iglesias de Francia.»

El duque de Richelieu, que reemplazó á Talleyrand, expresábase en los siguientes términos en las instrucciones que envió al conde de Blacas:

«Al determinar Su Majestad llamar al antiguo obispo de San Malo, ha creído que nadie podría reemplazarle mejor que el conde de Blacas de Aulps: la posicion que ocupa en la corte, el buen concepto que la confianza con que el rey le ha honrado constantemente ha hecho formar de sus talentos y de su celo por los intereses de la Francia, son poderosos motivos para creer que llenará cumplidamente su mision; y el rey se lisonjea de que con sus cuidados y sus esfuerzos conseguirá consolidar en sus estados la concordia religiosa, y restituir á la iglesia galicana el esplendor que constantemente ha tenido en los tiempos de los reyes que le han precedido.»

Richelieu manifiesta que todos los antiguos obispos han admitido, y que por lo mismo no hay ya que temer sus pretensiones, ni se corre riesgo de que haya conflictos entre las au-

toridades, ni divergencias en la opinion pública. Los obispos que obtengan la nominacion del rey y la institucion de la Santa Sede, conservarán su autoridad y serán bien conceptuados. Oigamos á Richelieu.

«El embajador cuidará de no mencionar el concordato en lo mas mínimo, y de no dar motivo á la corte de Roma de que crea que el gobierno desea que se revoque. Tocante á este delicado punto conviene no herir la susceptibilidad de la Santa Sede, no demostrarle que se trata de reconvenirle por yerros cometidos, y evitar toda especie de aparente contradiccion. La Santa Sede se propuso sin duda salvar en Francia los restos de la religion y de la Iglesia, y Su Majestad se hace cargo, como es debido, de la difícil posicion en que se hallaba en aquellos tiempos la Santa Sede; mas tampoco desconoce que las disposiciones adoptadas en circunstancias tan distintas de las actuales y *tan borrascosas* para la iglesia de Francia, no son aplicables en la actualidad, y que lo que pudo servir para salvar del naufragio á esa Iglesia, no bastaria para regenerarla.

«RICHELIEU.»

Antes de dejar su cargo, Pressigny presenci6 la promocion de veinte y ocho cardenales, entre los cuales figuraba el intrépido monseñor di Gregorio, el P. Fontana, y los prelados della Genga, Caleppi, Severoli, Castiglioni y Jorge Doria.

CAPÍTULO LV.

El conde de Blacas reemplaza á monseñor de Pressigny.—Pio VII experimenta una leve indisposicion.—Sus desavenencias con Fernando, rey de Nápoles.—Carta dirigida por este monarca al Papa sobre la hacanea y los principados de Benevento y Porte Corvo.

El 31 de mayo M. Cortois de Pressigny fué admitido á la audiencia de despedida, quedando acreditado en Roma como embajador extraordinario de Francia el conde de Blacas. Jordan y yo nos quedamos á su lado en calidad de secretarios.

Yo eché de menos al antiguo obispo de San Malo, que era hombre de un carácter y de una magnanimidad dignes de un monarca. Supo rodearse de personas muy apreciables, tales como el abate de Sambucy, eclesiástico piadoso y muy afecto

á su persona, el cual le prestó grandes servicios, y fué nombrado anteriormente por mediacion suya primer oficial francés del Consistorio; el abate Bonald, hoy obispo de Puy, en donde se granjeó reputacion de hombre de talento y de virtudes; é Hilarion Lúcas, hombre de agradable trato, sábio teólogo, y hoy dia individuo de una de nuestras mas respetables congregaciones. Por último, todos los artistas franceses querian á ese excelente representante de su nacion, cuyo proceder con Mazois fué una prueba mas, entre las muchas que tenia dadas, del interés que se tomaba por todo lo que era digno de estima y de apoyo. Pressigny era franco, quizás demasiado, y si bien no mereció completa confianza al ministro de Pio VII, sin embargo Su Santidad le apreciaba, tenia un gusto en verle, y le envió preciosos regalos antes de que se marchara. Tocante á mí, ese leal y amable personaje me trató con tan particular afecto, que no puedo menos de ofrecerle este testimonio de mi gratitud y respeto.

A principios de junio, Pio VII sufrió una ligera indisposicion, producida por la disuria de que padecia, la cual en su concepto le agravaba el método de vida que se le hacia observar. Una mañana, segun nos refirió el cardenal Consalvi, Su Santidad manifestó que queria ponerse á la cabeza de su salud. Desde entonces estableció un régimen de vida al que él daba el nombre de *calendario*, poniéndose cada dia mas ó menos ropa segun el estado de la atmósfera.

Hácia esa época suscitaronse algunas diferencias entre el gobierno pontificio y el de Su Majestad el rey Fernando, que se hallaba ya repuesto en el trono de las Dos Sicilias. Motivábalas el tributo de la hacanea. El lector tiene ya noticia de las cuestiones á que dió lugar, y recordará sin duda, que la última vez que nos ocupamos de ellas, Joaquin gobernaba en Nápoles, y que en aquella época el Papa rehusó lo mismo que hoy dia reclamaba. Esas cuestiones se interrumpieron cuando la invasion de los Estados pontificios en 1815, y durante los acontecimientos de los cien dias. A fines de dicho año, Consalvi reprodujo la demanda que hizo á Fernando IV antes de la guerra; y el rey contestó, mas extravióse su respuesta despues de haber sido entregada al Papa. Con este motivo, Su

Santidad escribió al rey en 28 de junio de 1816, y el rey le contestó en 26 de julio en los siguientes términos :

«La carta que Vuestra Santidad me ha dirigido en 28 del mes último, me ha causado un vivo pesar. Me reconvenís porque no he contestado á vuestra carta de 18 de octubre. En primer lugar he de decir que contesté, y luego sin faltar al profundo respeto que profesaré siempre al Vicario de Jesucristo, hablaré con libertad al inmortal Pio VII acerca de la *hacanea*, derecho puramente político y temporal, que la iglesia de Roma cree fundado, y que el rey de las Dos Sicilias, dejando aparte las circunstancias críticas y las diplomáticas, no puede ni debe creer fundado sin perjudicar su independencia, que es el derecho primitivo y constitutivo de toda soberanía.»

El rey manifiesta que ha ordenado á los plenipotenciarios tratar, 1.º, acerca del asunto de la *hacanea*; 2.º, acerca de un concordato entre ambas cortes, y 3.º acerca de las compensaciones que pueden ofrecerse por Benevento y Ponte Corvo. El rey dice que no ha hecho ciertas promesas que se le indican, que la lectura de un pasaje del breve á que contesta le llenó de un horror santo y sagrado, y que postrado ante Dios con el mayor recogimiento le suplicó con gran fervor que se sirviera iluminarle y darle á conocer sus deberes, y sobre todo ayudarle á recordar si hizo algun voto en Sicilia. Y en efecto, hizo uno, y fué el de construir, en el caso de tener la dicha de regresar á Nápoles, una iglesia en honor de San Francisco de Paula (el monarca cumplió su palabra: esta iglesia la concluyó en 1836 su nieto). Ningun otro voto hizo. El rey investiga en seguida el fundamento legal de la demanda de Roma y dice :

«Hubo un tiempo en que todo tomó en Europa el carácter feudal. La cadena de señores y de vasallos se componía de tantos y tales eslabones, que los reyes de Francia, el emperador de Alemania y la Iglesia misma, subían por un lado al eslabon mas alto de señor y por otro bajaban al de vasallo. En resúmen, el feudalismo era el principio constitutivo del derecho público. Cada país, cada Estado, cada persona se reputaba señor ó vasallo, y algunas veces, merced á diversa clase de proteccion, un mismo Estado, una misma persona tenia la una ó la otra calidad, en un grado mas ó menos marcado de señoría ó sujecion feudal. El mismo principio del feudalismo dió origen á los *feudos oblatos*, que era una especie de servidumbre que estaba compensada por grandes ventajas. La Iglesia, así como se mantiene firme é invariable en

los principios del dogma y de la disciplina inherente al mismo, mostróse sábia en la administracion temporal; ella se ha conformado siempre con los tiempos y con los sistemas de derecho público, en lo tocante á sus posesiones y sus derechos temporales. Cuando el imperio romano era señor del mundo, estuvo sujeta á él; destruido ese imperio convirtiéndose con justos títulos en una potencia temporal, y adoptó en sus Estados las formas feudales, puesto que entonces todo era feudo. Su poder político aumentó unas veces y disminuyó otras por medio de tratados y de convenios. Finalmente, la Iglesia ganó ó perdió (*crebbe e discrebbe*), por los mismos medios que hacen prosperar ó decaer los Estados y las soberanías, á consecuencia de esas políticas y diplomáticas convenciones, y sus Estados se hallan continuamente amenazados de los fuertes sacudimientos que han recibido los gobiernos por efecto del sistema general que rige en el siglo. El glorioso predecesor de Vuestra Santidad se obligó por un tratado solemne á ceder las Legaciones, y Vuestra Santidad las ha recobrado hoy con una ligera disminucion, en virtud de un convenio político que todas las potencias reunidas en congreso en Viena han sancionado para dar la paz al mundo. Lo único, pues, que hay *invariable* es el dogma, por haber sido revelado por Dios. En lo temporal la Iglesia se conforma con el siglo y con las circunstancias.»

Estos son casi los mismos argumentos que Napoleon abandonó en 1815. El resto de la nota es algo duro. El monarca supone saber que el secretario de Estado del Papa consentia en reconocer rey de Nápoles á José Bonaparte, con tal de que se respetasen los Estados de la Santa Sede. Manifiesta en seguida que con arreglo á los principios del derecho canónico, se puede enajenar un feudo por causas de utilidad para la Iglesia, y dice:

«La Santa Sede tiene obligaciones pecuniarias, ya para costear los gastos del monte-pío Napoleon de Milan, ya para indemnizar al príncipe Eugenio; bastaría cierta cantidad para que no fuese necesario gravar á los súbditos romanos con un nuevo impuesto. Ponte Corvo y Benevento no os producen ventaja alguna, y por el contrario perjudican en alto grado á mi reino; sería útil á ambas cortes el que cedierais esas posesiones, pues con ello se establecerian relaciones de buena vecindad; los dos soberanos se convertirian en fieles aliados para rechazar toda agresion; reinaria la paz entre nuestros súbditos; la Iglesia se desharia de unos territorios que le producen pocas ventajas, y que perjudican considerablemente á un vecino, que respetaria entonces á Vuestra Santidad, como la persona á quien deberia la paz de sus Estados... Ruego á Vuestra Santidad que me tenga siempre presente en sus ora-

ciones, para alcanzar de Dios la gracia de gobernar á mis súbditos segun el espíritu de su divina palabra, é invoce la paternal bendicion apostólica.

« FERNANDO. »

M. de Medici, primer ministro del rey, hubiera debido recordar que esa clase de consejos acerca del modo de pagar las deudas, no los da comunmente un soberano á otro soberano. Fácil es observar en la trascrita carta algo de los principios de la escuela sofistica que ha exagerado algunos de los racionios de Filangieri.

CAPÍTULO LVI.

Motu proprio de 6 de julio.—Exámen de esta célebre ley.—Ojeada sobre la administracion francesa en Roma durante la época de sus usurpadores.

—Convenio de 25 de julio de 1816.—Carta del Papa al rey de Francia.

—La iglesia de la Trinidad del Monte es reparada á costa del conde de Blacas.

El 6 de julio, el Papa mandó publicar un *motu proprio* que era esperado con grande impaciencia. Precede á esta ley una introduccion, en la que se trata de la uniformidad de sistema, de la centralizacion de poderes, de la independenciam de la autoridad judicial, de la division de territorios en provincias y distritos, y finalmente de la responsabilidad de los empleados. Entre el espíritu que domina en la introduccion y algunas disposiciones de la ley, existe marcada diferencia lo cual es debido á que la ley estaba redactada en su totalidad de distinto modo del que lo está hoy, y á que el preámbulo que se ha conservado en ella se compuso para un reglamento que ha sufrido inesperadas modificaciones. Sin embargo, no hubiera sido difícil armonizar la introduccion con la ley. Vamos á examinar algunos de los puntos principales del *motu proprio*, el cual, antes de publicarse, fué examinado detenidamente por Pio VII. Anúnciase la promulgacion de un código civil, obra que debian componer un antiguo consejero de Estado de Napoleon, llamado Bartolucci, y otros cuatro apreciables jurisconsultos. Creyóse que se tomaria por modelo el código civil de Francia. «En realidad, decian los ro-

manos á los franceses, vuestro código no es mas que un extracto de las leyes romanas; lo único que se hace en él es formular en leyes algunas doctrinas controvertidas y oscuras de la jurisprudencia romana. » Anúnciase igualmente la promulgación de un código de procedimientos civiles, de un código de comercio, de un código penal y de un código de procedimientos criminales. Vamos á examinar rápidamente algunas de las disposiciones del *motu proprio*. En virtud de su art. 3.º se publicó un cuadro estadístico, del cual resulta que el Estado romano que en el año 1816 contenía dos millones trescientos cincuenta y cuatro mil setecientos diez y nueve habitantes, quedó dividido en diez y ocho provincias, cuarenta y cuatro distritos, y setecientas veinte y seis municipalidades ó comunas. A excepcion de la nomenclatura, ese cuadro presenta la misma organizacion francesa aplicada al Estado romano. La parte referente al sistema rentístico es la mas completa de la ley. En ella se establece un sistema bastante bueno, que contiene el modo de imponer las contribuciones y de repartirlas, el de rendir las cuentas anuales, y de presupuestar anticipadamente los gastos para cada año. Regularizarse en la misma el impuesto de hipotecas. El sistema de hipotecas es una de las mas grandes obras de la prevision humana: inventáronlo los griegos, y adoptáronlo de estos los romanos, abandonándolo mas adelante á causa de sus trastornos políticos. Los legisladores ingleses lo reprodujeron, y posteriormente los franceses le dieron la sábia y acertada forma que tiene en el dia. El sistema hipotecario que se iba á establecer en Roma era el mismo que regia en Francia. Como esta materia no estaba al alcance del comun de los hombres, no fué necesario cambiar la nomenclatura de la institucion como se hizo con otras igualmente copiadas, cuyas principales voces se mudaban para que desapareciera, como decian algunos romanos, *la odiosidad de las leyes francesas*. El impuesto de hipotecas solo producía lo necesario para los gastos de las oficinas. Así es que era beneficioso para el público y no para el soberano, é introducía, segun decia Pio VII, la moralidad entre los propietarios que no pudieron mentir en lo sucesivo. Desde entonces no pudieron prestar, por ejemplo, cien mil escudos sobre un

terreno que no valiese mas que veinte mil. El monarca que gobierna á súbditos virtuosos, aun cuando lo sean á pesar suyo, á súbditos acostumbrados á respetar la moral, puede estar mas tranquilo. En los artículos referentes al timbre, la ley era exactamente igual á la francesa, excepto en cuanto á la forma de los exergos, observándose tan solo algunas ligeras trasposiciones, cuyo objeto era imprimir á la obra un carácter italiano. El registro, el cual se confunde con l'archiviazione de que habla una antigua ley de Urbano VIII, es tambien, si no una copia, cuando menos una imitacion de las leyes francesas. Preciso es aquí hacer justicia al Directorio, el cual, apenas establecida la república romana, mandó organizar en Roma el registro de hipotecas, encargando esta tarea á Ginoux, que la desempeñó cumplidamente. El *motu proprio* fija las atribuciones de los tribunales de justicia, de la administracion y del de cuentas. Muchas son las cosas que se copian de Francia; pero es preciso confesar que tambien la Francia ha adoptado algunas de otros países. El tribunal de cuentas, tal como está organizado hoy entre nosotros, ha sido hallado en las leyes del Piamonte. En todo el Estado romano debia ser uno mismo el precio de la sal y del tabaco. Esperábase conseguir preparar mejor esta planta, de uso tan comun; mas dificilmente se tendrán tabacos de tan buena calidad como los de Francia, los cuales son muy estimados en Roma.

Tal es la ley que Consalvi prometió al congreso de Viena. Al saber el Papa el compromiso contraido por su ministro, dispuso que se preparara inmediatamente todo lo necesario para cumplirlo. Consalvi no omitió cuidado ni diligencia para conseguir que la promulgacion de la expresada ley pudiese asegurar la tranquilidad del anciano Pontífice, que era á la vez su bienhechor y su soberano.

Es digno de notarse que el gobierno pontificio conservaba ó introducía espontáneamente en sus Estados muchas instituciones francesas. Este es el lugar oportuno para echar una rápida ojeada á la administracion de los franceses durante el tiempo de su dominacion en Roma. Mis opiniones son bastante conocidas para que tenga necesidad de manifestar de nuevo que la usurpacion y la violencia caracterizaban al gobierno extran-

jero que se habia apoderado de Roma , de la cual el Papa era legítimo poseedor. Los sumos pontífices aceptaron las donaciones que les hizo Carlo-Magno; mas , en rigor, segun dice Bossuet, « los únicos antemurales de Roma en la época de la decadencia del imperio romano, fueron *la Majestad de la Santa Sede* y el nombre de san Pedro. » El derecho de proteccion que tenian los papas, se convirtió en derecho de soberanía, y por lo mismo, ningun soberano, ningun general, ninguna potencia tenia el derecho de apropiarse el *principado sagrado*. Era posible que una vez ocupada Roma á la fuerza, los vireyes que en ella mandaran gobernasen mal el país, como sucedió en Milan y en Nápoles en épocas anteriores. Mas no fué así. El general Miollis fué siempre un gobernante próbo. La junta que rigió algun tiempo la ciudad, se componia de personas á las cuales no puede hacerse el menor cargo. Saliceti, á quien consideramos aquí solo con respecto á sus actos en Roma, era conocido, no tan solo por su talento, sí que tambien por su liberalidad y su generosidad propias de un soberano. Gerando, que pertenecia á la junta, se granjeó el mas alto aprecio. Para descansar de las fatigas de su cargo, acostumbraba ir á la linda quinta Millini, situada en el *Monte Mario*, en donde se entregaba á la meditacion. Sus obras le han colocado en el número de los mas profundos publicistas de nuestra época. Es en Europa el hombre que mejor calificó á Hobbes y sus funestas doctrinas. Los romanos manifestáronse quejosos mas de una vez de Janet; mas dígase de él lo que quiera, es lo cierto que introdujo el órden en los negocios públicos, de modo que hasta el gobierno legítimo aplaudió algunas de las saludables disposiciones por él adoptadas. Gregory y Legonidec honraron la administracion de justicia durante los cuatro años que duró la dominacion francesa. La policia obró en esa época con prudencia y con reserva. El conde de Tournon se hizo notable como prefecto. Su obra, que lleva el modesto título de *Estudios estadísticos de Roma*, atestigua su esmero en conocer el país, y en buscar los medios mas á propósito para gobernarle con blandura. Tournon dejó en Roma muy buenos recuerdos. Merecen citarse las dignas palabras que pronunció este distinguido prefecto. «Conviene, dice, aceptar los hechos que prueban que

la desgracia de la *invadida Roma*, fué instigada por los mismos que la gobernaban en nombre del vencedor, y que estos comprendieron perfectamente la importancia del país conquistado que se les confiara, y su *responsabilidad ante el mundo civilizado.* » Voy á consignar algunos hechos especiales referentes á la Propaganda; entre los santos establecimientos de la ciudad eterna, ocupan el primer lugar la congregacion y el colegio de *Propaganda Fide*, fundados en el año 1622 por Gregorio XV. Todos los papas que llevan el nombre de Gregorio han sido siempre especiales protectores de los pensamientos nobles y de las grandes empresas. Componian la expresada congregacion veinte y tres cardenales, entre los cuales figuró un dia el cardenal Chiaramonti. El colegio estaba destinado á mantener y educar á varias personas de diferentes naciones (comunmente ha habido en él unas ochenta), para que trabajen en las misiones de su patria. Como esas instituciones no tenian mas objeto que atender á la propagacion de la fe, segun el espíritu apostólico y el mandato de Jesucristo *Euntes docete*, los productos de la congregacion se empleaban exclusivamente en socorrer á los misioneros. El colegio poseia una gran biblioteca, y una imprenta que llegó á ser famosa, la cual contaba con cuarente especies de caracteres que servian para imprimir obras escritas en casi todos los idiomas conocidos. Tan útil establecimiento excitó la envidia de los fundadores de propagandas destructoras. En 15 de marzo de 1798 expidióse una orden impresa suscrita por Haller, en la cual se decía: « El ciudadano Haller suprime la Propaganda por considerarlo un establecimiento muy inútil. » Despojóse su rica biblioteca; mas afortunadamente, merced á la proteccion que algunas de las personas que mas daño podian causar dispensaron alguna vez á establecimientos tan provechosos, dejáronse intactos los archivos y la secretaría, sin embargo de que en varias ocasiones se trató de vender á peso de papel los documentos que en dichos sitios se custodiaban. Echóse mano á todos los caracteres con el objeto de servirse de ellos, segun se aseguraba, para anunciar la libertad al universo. Los implacables autores satíricos decian: « Con nuestros caracteres tipográficos se pueden divulgar por todas partes los *derechos* del hombre; ¿mas por qué no

se les hace servir tambien para publicar sus deberes? » El colegio de la Propaganda se conservó en los términos consignados en el senado consulto, en que se dispuso la incorporacion de los Estados romanos al imperio. En el artículo 17.º del título III de dicho senado consulto, se consigna que los gastos de la Propaganda correrán á cargo del imperio. Al cabo de poco tiempo la junta que gobernaba en Roma dispuso que las rentas de ese establecimiento fuesen administradas por una comision, de la cual fué nombrado individuo el amigo de Tournon, el marqués de Fortia, á quien se encargó llevar las cuentas de la Propaganda. Cuando entró en el ejercicio de su empleo, los alumnos del colegio eran nueve. Vióse con pasmo que entraban alumnos en este á pesar de las circunstancias en que se hallaba Roma. En 1813 la comision despidió á dos armenios que habian terminado ya sus estudios y recibido órdenes sagradas; uno era natural de la ciudad de Ancira y otro de Bitlis, en Macedonia. Entretanto, los franceses se apoderaban de los edificios anexos al colegio. La iglesia se convirtió en un almacén de planchas grabadas: sacóse de ella el sepulcro del último cardenal de la familia Tournon. Al oír que Fortia se lamentaba de que se tratase de conducir á otra parte los objetos artísticos que habia en la biblioteca, uno de los principales empleados franceses dijo: « M. Fortia, vos sois mas poderoso que el emperador que nos ha enviado aquí en representacion suya. » A lo cual Fortia repuso: « Vos sois quien quereis desobedecer á Napoleon, pues este tiene mandado en un decreto que se conserve la Propaganda. » Fortia mandó colocar en dicha biblioteca los libros de las bibliotecas de los conventos suprimidos. Recuerdo aun que cuando llegué á Roma, los conventos acudieron á recobrar lo que les pertenecia, lo cual fué muy fácil, pues estaba rotulado todo lo correspondiente á cada uno de ellos. La embajada francesa envió á buscar lo que era de propiedad de los conventos franceses, pues nos habiamos despojado de lo nuestro.

Daré algunos pormenores tocante á una institucion creada por los franceses. Hablo de los bomberos, *I Vigili*. Enterado Pío VII de las circunstancias de esta importante institucion, dispuso que se conservara bajo el pié en que se hallaba, que es el mismo en que se halla aun hoy dia. En ese cuerpo se llevaba

la contabilidad por francos y céntimos. Su coronel, el marqués de Origo, me manifestó que los botones del uniforme de los individuos guardaban la misma distancia prescrita por los estatutos del cuerpo de igual naturaleza que se halla establecido en París. Debo añadir que mas tarde se crearon todas las instituciones de que hablaba el *motu proprio*, y que las embajadas disfrutaron los beneficios de la sábia administracion prometida por un gobierno estrictamente *fiel á su palabra*.

Pasemos á ocuparnos de los asuntos eclesiásticos en que fijaba cuidadosamente su atencion el Sumo Pontífice.

El conde de Blacas trabajaba incesantemente en conseguir que el Padre Santo ajustara un nuevo concordato. El 25 de agosto, día de San Luis, Su Santidad firmó un convenio que contenia catorce artículos, como el convenio que se designó despues con el nombre de concordato de 1817. El primero empezaba en términos que no se conservaron íntegramente en el último. Hélo aquí:

« En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad, Su Santidad el sumo pontífice Pio VII, cuya solicitud se extiende á toda la Iglesia universal, hallándose animado del mas vivo deseo de que los males contra los que con tanta frecuencia ha reclamado en los tiempos pasados, cesen del todo en Francia, y de que la religion y la Iglesia recobren en ese reino su antiguo esplendor, ya que el feliz regreso del nieto de san Luis al trono de sus mayores, permite que el régimen eclesiástico se establezca en él de un modo mas conveniente, y habiéndola Su Majestad Cristianísima solicitado del Padre Santo que el número de obispados existentes en Francia sea aumentado á la mayor brevedad posible, reservándose ambos atender con mayor extension y de comun acuerdo á los intereses de la religion católica; han resuelto celebrar un convenio solemne; en consecuencia, etc.

Lo que sigue está redactado á poca diferencia como el concordato de 1817, solo que algunos artículos se hallan colocados en órden distinto. El artículo 3.º del primer convenio dice, que quedan abolidos los artículos orgánicos, y nada mas, sin añadir: « en todo lo que son contrarios á la doctrina y á las leyes de la Iglesia. »

El rey ratificó este convenio; mas no de un modo definitivo. Al remitirse á París este primer concordato, el Papa incluyó una carta, en la cual se leian los pasajes que vamos á citar:

« Mi muy querido hijo en Jesucristo, salud y bendición apostólica.

« La carta de Vuestra Majestad de 25 de abril que Nos esperábamos con tanta impaciencia, ha inflamado en nuestro corazón los deseos que siempre hemos alimentado, y que están conformes con los de Vuestra Majestad, de hacer florecer en vuestro vasto reino nuestra santa religión, y de cerrar las llagas que han encrudecido los pasados trastornos, las cuales necesitan de pronto y eficaz remedio. Muy digno es de la piedad del hijo y heredero de san Luis ocuparse en satisfacer las necesidades espirituales de sus súbditos; nuestra solicitud en favor de las iglesias que por disposición divina nos están confiadas, nos obliga á procurar con interés la gloria de Dios y la salvación de las almas. Estas reflexiones, unidas á la paternal inclinación que sentimos hácia Vuestra Majestad y á nuestro afecto á los fieles de Francia, nos han decidido á dar sin demora las órdenes mas terminantes para reanudar las suspendidas negociaciones, y concluir las en el plazo mas breve posible. El embajador de Vuestra Majestad, cuya religiosidad y cualidades le hacen digno de la confianza con que Vuestra Majestad le honra, es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para conseguir tan importante objeto. El convenio que acaba de ajustarse dará á conocer mejor á Vuestra Majestad cuanto se ha hecho para corresponder á sus deseos.... Los obispos que van á ser nombrados para ocupar las sedes de las iglesias de Francia, solo rivalizando con el celo de los Apóstoles podrán reparar los estragos causados en la viña mística, desarraigar, plantar, destruir y edificar. Y aqui no podemos menos de manifestar á Su Majestad el pesar que nos aflige. Algunos de los obispos actuales que pertenecieron al número de los constitucionales, despues de haber practicado lo que de ellos se tenía derecho de exigir, despues de haber obtenido de Nos por este medio la institución canónica para las sillas en que se hallan colocados hoy dia, han abrazado de nuevo los errores á que al parecer renunciaron, haciéndose de este modo indignos del puesto que ocupan en la Iglesia. Las difíciles circunstancias que se atravesaron en otras épocas, nos impidieron conseguir un remedio proporcionado á tan gran desorden; mas el feliz cambio verificado, nos abre el camino para que podamos ejecutar sin demora lo que exigen de Nos los deberes de nuestro apostolado.—Otro pesar tenemos tambien, y son causa de él los obispos titulares de las iglesias existentes en Francia antes del año 1801, que no han renunciado sus sillas. Muy penoso es para nuestro corazón exponeros nuestras justas quejas contra unos prelados por otra parte respetables bajo muchos conceptos, y que han merecido los elogios de Pio VI de santa memoria, y tambien los nuestros, y hubiéramos deseado que no nos colocaran en el sensible caso de elevarlas. A pesar de hallarse ligados esos obispos por el juramento que pronunciaron en el acto de la consagración, mediante el cual prometieron obediencia al sumo Pontífice, no solo han rehusado hacer lo que les pediamos, si que tambien la mayor parte de ellos;

por medio de sus actos y de sus escritos, se han hecho acreedores á una grave censura, y han ofendido en alto grado á nuestra persona, no menos que nuestra dignidad. Olvidamos gustosos las ofensas personales; mas no podemos olvidar igualmente las que se han hecho á la autoridad y á la dignidad de la Iglesia y de su jefe. Por lo mismo, en el caso de que algunos de esos obispos fuesen nombrados para ocupar algunas sedes, no podríamos concederles la institucion canónica, sin que antes diesen la oportuna satisfacion á la Iglesia y á la Santa Sede.

«Vuestra Majestad nos ha propuesto que enviemos un legado á París, y Nos hemos creído conveniente seguir en este asunto el camino mas corto, que es acordar con vuestro embajador los artículos que en la actualidad pueden estipularse: para los pormenores de la ejecucion enviaremos un nuncio, y así, tambien en esta parte, quedará restablecido el sistema de relaciones que regia antiguamente entre la Santa Sede y la real corte de Francia.»

Luego el Papa habla de Aviñon y del condado, y recuerda las promesas de Luis XVI y las protestas hechas en Viena, demostrando esperanzas de que Su Majestad no perderá de vista este asunto. El Padre Santo conjura al hijo primogénito de la Iglesia para que corrija en su reino todo cuanto no sea favorable al bien de la misma, y dice:

«Todas nuestras manifestaciones las dicta el afecto que tenemos á Vuestra Majestad, y el interés que nos tomamos por su bien; os rogamos, pues, encarecidamente que las acojais con deferencia filial, y que os dispongais á atenderlas con santo valor, seguro de que Dios os dará una gran recompensa, en testimonio de la cual concedemos con todo el afecto de nuestro corazon á Vuestra Majestad y á toda su real familia la bendicion apostólica.

«En Roma, cerca de Santa María la Mayor, á 6 de setiembre del año 1816, de nuestro pontificado el décimo séptimo.

« Pío PP. VII.

En esa época abrióse de nuevo en Roma la Iglesia de minimos, llamada la Trinidad del Monte (1).

(1) El embajador de Francia, Blacas, costeó la restauracion de esta iglesia, que fué fundada en el año 1492 por Francisco de Paula, á quien Carlos VIII entregó con este objeto una considerable suma. Desde que fueron expulsados de ella los mínimos franceses, sirvió de cuartel, y llegó á quedar tan arruinada que ni siquiera el techo se mantuvo entero. Blacas encargó á Mazois que no perdonase gastos, no tan solo para repararla, sí que tambien para embellecerla. Una vez restaurada, se abrió al público en 25 de agosto de 1816.

CAPÍTULO LVII.

Ratificación del convenio de 25 de agosto. — M. Perigord, antiguo arzobispo de Reims, envía á Richelieu un proyecto de una carta del rey al Papa. — Carta del Papa al rey de Nápoles. — El autor es nombrado primer secretario de la embajada francesa en Viena. — Obtiene del Papa una audiencia de despedida.

Segun se ha visto quedó ratificado el convenio de 25 de agosto; mas no se restableció del todo la concordia entre los obispos que no dimitieron. Richelieu, en las instrucciones que remitia á Blacas, anunciaba la dimision de los mismos; mas la carta que el rey dirigió al Papa el mismo dia, no daba seguridad de que se verificase. El antiguo obispo de Reims, Talleyrand Perigord, escribió á Richelieu en 1.^o de noviembre enviándole el proyecto de una carta que el rey pensaba dirigir al Papa. Al parecer, se hubiera querido que tambien presentaran su dimision los obispos favorables al concordato, y como esto era fácil que disgustase á la corte de Roma, el proyecto de dicha carta estaba redactado en términos propios para mitigar la extrañeza que podia causar pretension semejante. En él llaman la atencion estas palabras:

« Dios sabe, Santísimo Padre, que al dar este paso, mi intencion no ha sido contristar en lo mas mínimo vuestro paternal corazon tanto tiempo ha lleno de amargura. Por el contrario, si posible me fuese, quisiera consolar á Vuestra Santidad de todo cuanto ha sufrido, con lo cual olvidaria los males con que la Divina Providencia ha tenido á bien affigirme á mí y á mi familia. Mas despues de tantos y tan violentos trastornos que han roto los antiguos diques, y hecho salir las cosas de su curso regular, fácilmente se alcanzará á Vuestra Santidad que es un deber de los soberanos ser circunspectos y cuidadosos, para evitar que lo tolerado en tiempos difíciles, se tenga al fin por ley, y sirva de peligroso ejemplo para la posteridad.»

El rey propone que se proceda á una nominacion general despues de recibida la dimision de todos los obispos, y manifiesta que los favorables al concordato están prontos en su mayor parte á presentar gustosos su dimision. Concluye en estos términos:

«Ahora, Santísimo Padre, solo me falta rogar al Todopoderoso os conceda vivir largos, felices y tranquilos años. ¡Dígnese el Dios de las misericordias, que ha obrado en *favor de ambos* tantos prodigios, compensar las pruebas á que ha sujetado vuestra paciencia; quiera, en fin, daros el consuelo de ver á esta antigua y célebre Iglesia de Francia, *engendada en Jesucristo por ministerio de la Iglesia romana, y alimentada por ella con la leche de la doctrina*, reanimada bajo vuestro pontificado por un nuevo soplo del Espíritu Santo, atada mas y mas con los lazos de la unidad católica, y brillando con un esplendor parecido al que esparcía en sus mejores tiempos, cuando gobernada por tantos santos y sábios obispos, y protegida por reyes muy gloriosos y muy cristianos, formaba las delicias de la Santa Sede y era el ornamento de la Iglesia universal.»

Segun se decia, parte de esta carta estaba redactada por Luis XVIII, cuyo estilo cariñoso y florido campea sobre todo al fin de ella.

El gobierno pontificio se tomó algun tiempo para examinar la proposicion hecha en la expresada carta, á la cual no acompañó el proyecto de la otra que habia de remitirse á Su Santidad. Muchas eran las personas reflexivas, y deseosas de que se restableciera pronto la concordia, que aprobaban esa proposicion.

Entretanto la secretaría de Estado, instada incesantemente por el embajador de Nápoles, se ocupaba de las pretensiones manifestadas por el rey Fernando IV en su carta de 26 de julio. Mucho tiempo habia que estaba ya preparada la contestacion, mas el Papa diferia firmarla. Al fin se envió á Napoles en fecha 10 de diciembre. Decia asi:

«Mi muy querido hijo en Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

«No esperábamos una contestacion como la que nos dais en la vuestra de 26 de julio. En la nuestra de 28 de junio os hablamos el lenguaje de la religion, de la confianza y de la sencillez apostólica; mas vuestra respuesta es una disertacion de derecho político. No podemos ocellaros que dicha carta nos ha afligido en extremo, y que hemos pasado mucho tiempo sin saber si convenia contestarla. Al fin hemos determinado hacerlo solo por temor de que nuestro silencio se interpretase por aquiescencia á vuestras razones. No lo único de que podemos estar convencido es de que escuchais los consejos de los otros mas que los nuestros; de que seguís el parecer de los que tienen interés en afirmaros en una opinion errónea y de que cerrais los oídos á nuestras palabras, á las palabras de aquel que por su carácter no puede engañaros. Repetiremos con franqueza que los sentimientos manifestados por

Vuestra Majestad en una carta autógrafa fechada en Palermo en 26 de mayo de 1806, y los que por medio del duque de Gravina nos habeis dado á conocer en 6 de junio, no están conformes con los que Vuestra Majestad, nos demostró desde Nápoles tocante á la prestacion del *censo* y de *hacanea*. Entonces os ofreciais á presentar la *hacanea con la publicidad acostumbrada* (palabras de la carta del duque de Gravina). Hoy decís que esta cuestion se reduce á una vanidad de la Iglesia romana, á una materia puramente temporal. ¿Cómo se califica de vanidad de la Iglesia romana un derecho fundado en los mas sagrados títulos de propiedad y de posesion? ¿Es acaso temporal una obligacion religiosa que liga las conciencias? Si la *hacanea* y el *censo* son en sí una materia temporal, no lo es la causa de que proceden, el juramento, el cual tiene el carácter de una promesa hecha á Dios.»

La Santa Sede distingue entre la cuestion del *censo* y de la *hacanea*, y la de Benevento y Ponte Corvo. Estos dominios pueden compensarse con otros territorios, como se convino en Viena, sin que puedan cederse, ni enajenarse de otra manera. El Papa continúa y dice:

«Vuestra Majestad distingue en su carta entre la calidad de soberano y la de pontífice, para llevarnos á los tiempos de la *prepotencia* y de la *fuerza* que precedieron á nuestra deportacion... Decís que nuestro secretario de Estado escribió á Bonaparte diciéndole *que si se respetaban los Estados de la Iglesia, sin duda alguna reconoceríamos por rey de las Dos Sicilias á José Bonaparte.*»

El Papa explica en seguida que Bonaparte tuvo dos exigencias. Pretendia que se despidiese al cónsul napolitano, y que se reconociese rey á José. Contestóse negativamente á lo primero; á lo segundo que era obvio que el soberano de Roma, en medio de tantas violencias, no podia menos de reconocer á José como rey de hecho del reino que ocupaba; mas que no le reconoceria nunca como rey de Sicilia, de la cual no se habia apoderado. Su Santidad decia luego:

«¿Cuántas instancias, cuántas promesas nos hizo Murat para obtener la *investidura* del reino de Nápoles! Mas, Nos las rechazamos siempre con grande energía. Al ver Murat nuestra resistencia, nos mandó ofrecer que se nos restituirian inmediatamente nuestras provincias de la Marca, con tal de que admitiésemos á un representante suyo para que nos *cumplimentara oficialmente*. Consentia en que dicho representante estuviese después á nuestro

lado como mero particular *si así fuese de nuestro agrado*. Por lo mismo ¿hemos cuidado acaso mas de recobrar nuestras provincias que de los intereses de Vuestra Majestad? Es muy sabido que Joaquin nada pudo alcanzar de Nos. Próximo como estamos, á causa de nuestra avanzada edad, á comparecer ante el tribunal de Dios, os hablamos el lenguaje de la franqueza, para que cuando Dios nos pida cuenta del modo como hemos cumplido nuestros deberes, no pueda reconvenirnos por haber ocultado la verdad por respetos humanos. Así es como hemos de hablaros para que conozcais vuestros verdaderos intereses, y lo que exigirían nuestros deberes, en el caso de que Vuestra Majestad no cumpliera los suyos.»

El rey de Nápoles mandó contestar de palabra que sentia haber vertido en su carta de 26 de julio las expresiones que habian disgustado á Pio VII, á quien todo católico debía mirar como uno de los pontífices mas admirables que han ocupado la cátedra de San Pedro.

En 26 de noviembre, el rey me nombró primer secretario de la embajada francesa en Austria.

El Padre Santo me colmó de atenciones en la audiencia de despedida que tuvo á bien otorgarme. Despues de hacerme sentar, me dijo que ambos teniamos mucho que recordar, y añadió: «Para proceder con orden sería menester retroceder quince años; así nos encontraríamos en los tiempos de Ca-cault. ¡Ah! ¡cuánto queríamos á ese digno embajador! En varios puntos de importancia ha sido el maestro de Consalvi, que sabia muchas cosas, pero no todas. Y, ¿*che fa Chateaubriand?*» me preguntó. A lo cual contesté que acababa de escribir, como sin duda lo sabia Su Santidad, un libro muy elocuente acerca de la entrada de los Borbones en Francia. «*Lo conosciamo*, repuso Su Santidad, *lo conosciamo*; ya lo hemos leído.»—«Mas Vuestra Santidad no puede imaginar la impresion que ese libro seductor ha causado en toda la Francia. Chateaubriand, Santísimo Padre, no es tan solo un grande escritor, si que tambien un grande orador. Un dia en que nos hallábamos solos, me habló de los acontecimientos que preveia tendrían lugar en Francia (era en 1808) de un modo tal, que jamás podré olvidarlo. Indicóme los yerros que cometería el general que gobernaba en Francia, y los riesgos que correría por obstinarse en seguir el camino de la guerra. A ha-

berse escrito lo que me dijo Chateaubriand , se hubiera sabido anticipadamente lo que con posterioridad sucedió ; nunca había oído á un hombre expresarse con tanto fuego , con tanta poesía y con tanta verdad. » El Papa así que concluí de hablar , dijo : « Sí , es un bello , un noble don el de la palabra , cuando la emplea un hombre instruido , franco , ardiente y apasionado. No conocemos á los jurisconsultos de vuestro país , mas los que distribuyen en él las promesas del Señor , son hombres de estudios profundos , segun nos ha parecido siempre. ¿ Por qué no se habla el latin con mas frecuencia en Francia ? » — « Santísimo Padre , se usa en nuestros seminarios y en nuestras universidades. » — « Muy bien ; el latin da vigor al italiano , y debe comunicar movimiento y brevedad al francés. Hemos hablado en latin en Francia con eclesiásticos y hombres de sociedad , y esto era para Nos muy agradable. Estuvo aquí el abad de San Gall , quien solo conocia una especie de aleman que los alemanes mismos no comprendian , de modo que nos fué preciso hablarle siempre en latin. »

Luego la conversacion recayó en las hermanas hospitalarias : « Vos , me dijo , nos habeis hablado de las religiosas de Francia , y sobre todo de esas hijas del *Ave Maria* , que marcharon á la muerte cantando el *Veni Creator*. Estamos pronto á otorgar semejante orden cuantas gracias se nos pidan. Mas , hablemos tambien de las *Hermanas grises*. Escuchad : ved lo que hemos hecho por ellas. Hemos procurado establecerlas en todos los países católicos , y particularmente en Italia , Alemania é Irlanda. Se nos ha manifestado lo siguiente : « Las mujeres italianas no tienen suficiente valor ni fortaleza de ánimo para suportar las fatigas que ocasiona el cuidado de los enfermos ; las alemanas son demasiado débiles , y las inglesas , á pesar de que son muy humanas , son demasiado *sostenutas* (esta palabra es difícil de traducir , y encierra una especie de reconvencion por un pudor mal entendido). Las mujeres francesas tienen destreza y ánimo , saben *mandar con dulzura* , y son muy piadosas , cosas todas indispensables á un estado como el de que tratamos. Sin embargo , no abandonamos el deseo que tenemos de mejorar en esta parte el servicio de nuestros hospitales. » Aquí el Papa habló de los médicos franceses é hizo

mencion del doctor Ribes , que le habia acompañado al regresar á Italia. « Era un hombre, decia , notable por su saber, por su cortesanía y por su discrecion ; vuestros médicos son mas discretos que los nuestros. »—« Siento no ser en este punto del parecer de Vuestra Santidad. »—« Cómo! *Cospetto!* »—« Los enfermos de vuestro país son los indiscretos , Santísimo Padre. Los italianos refieren con frecuencia sus padecimientos , y es inútil la discrecion de los médicos cuando falta á los enfermos. »—« No extrañaria que esto fuese verdad. »—« Además en Francia , las leyes castigan á los médicos que revelan los secretos de los enfermos. »—« No lo sabiamos. »—« Mas , no es por este solo motivo que los médicos son discretos , sino porque en mi país , los enfermos son reservados. »

El Papa habló en seguida del coronel Boisard en términos muy honrosos. Su Santidad demostró haber quedado tambien satisfecho del coronel Lagorsse. De Radet , ni una palabra dijo. Conoció no obstante que se acordaba de él ; mas apartó al instante su pensamiento del mismo para detenerse á hablar de Miollis , con referencia al cual dijo lo siguiente: « Compró la quinta Aldobrandini , en donde queria colocar tropas , mas Nos no lo permitimos. Oh! Nos no juzgamos á los hombres por uno solo de sus actos. » La conversacion se animó al hablar de retratos y del pintor David. « ¿ Por qué , dijo , un artista como él habia de tomar parte en las revoluciones , mayormente habiendo recibido beneficios del rey ? ¡ Cuánto mas grande aparece el artista que se contenta con su gloria ! » Desvié esta conversacion para hablar del *motu proprio* , y por consiguiente de Consalvi , que prometió al congreso crear las instituciones que en dicha ley se mencionan , como así lo hizo. « Mas , todavía queda mucho por hacer , dijo el Papa ; es muy dificil en la actualidad saber como conducirse con las naciones : vuestro soberano se hallará en los mismos apuros que Nos. » El Padre Santo expresó luego los motivos que le indujeron á publicar el *motu proprio*. Al tratar del artículo referente al tabaco , alabó tanto el nuestro , que me pareció debia ofrecerle que le enviaria una porcion del de París. Su Santidad ensalzó á los condes de Blacas , á cuyo último hijo se puso el nombre de *Pio* , y se detuvo en recordar algunos pormenores del bautizo de dicho ni-

ño, el cual se verificó con gran pompa en el palacio de la embajada de Francia. Su Santidad quiso que todos los cardenales de Roma asistiesen á ese acto, en el que el cardenal Consalvi representó al augusto padrino. El Papa hizo tambien mencion del conde de Polignac, que á principios del año 1815 se hallaba en Roma, al cual erigió en príncipe en agradecimiento á las numerosas pruebas de veneracion que le habia dado, y á los servicios y apreciables consejos que de él habia recibido. Por último, me preguntó si volveria á Roma, y yo le contesté que sentia marcharme, y que si se me ofreciese ocasion de volver á ella no dejaria de aprovecharla. Entonces Su Santidad me dió unos bonitos rosarios y me concedió su bendicion.

El Papa me deseó un feliz viaje; mas durante él tuve un triste percance. Afortunadamente llevé conmigo un correo de gabinete. Cerca del sitio en que Pio VII bebió del agua que corria por el camino, nos asaltaron unos ladrones; mas nos resistimos, y despues de dispararles algunos tiros, huyeron. El rey mandó dar al correo una buena recompensa. El Padre Santo se alegró mucho de que hubiésemos salido ilesos del riesgo que corrimos.

CAPÍTULO LVIII.

Noticias acerca de los papeles del cardenal York.—Importancia de estos papeles.—Convenios de Roma con Viena.—Nota de varios embajadores relativa al príncipe de Canino.—El Papa acoge benignamente al cardenal Maury.—Muerte de este.

Los asuntos eclesiásticos de Francia van á seguir en el año 1817 un curso rápido. Antes de ocuparnos de ellos, es preciso que refiramos lo que aconteció con respecto á los papeles dejados en Roma por el cardenal York, quien en su testamento nombró heredero fiduciario al obispo de Milevi, monseñor Cesarini. Este encargó la custodia de varios baules llenos de papeles á un *maestro di casa*, quien en el año 1809, al verificarse el cambio de gobierno, los tenia oultos en un granero para que los franceses no se apoderaran de ellos. El *maestro di casa* murió sin revelar el sitio en que los habia depositado. En 1816

fueron descubiertos por una persona que los buscó, recordando algo de lo que habia ocurrido. Muchos eran los ingleses que afuian á Roma, y uno de ellos, Watson, ofreció comprar al contado dichos papeles si se encontraban. La persona que los poseia indebidamente se los vendió por la mezquina cantidad de ciento setenta escudos pontificios. El inglés tomó sus medidas para sacarlos de los Estados pontificios. Un antiguo cónsul de Francia, Stamaty, tuvo ocasion de ver gran parte de esos papeles, algunos de los cuales estaban roídos por los ratones. Dicho cónsul me manifestó que entre ellos habia una extensa correspondencia con las autoridades inglesas de Madagascar, cuyo país dió á los Estuardos pruebas de adhesion y de afecto, y hasta les facilitó recursos. La correspondencia del cardenal con Escocia se hallaba en el mayor desórden, y al parecer faltaban en ella las cartas mas importantes. Entre los mismos papeles habia algunos escritos del gabinete inglés dirigidos al palacio de San German, hácia el año 1708, y algunos documentos acerca de la fidelidad de los católicos de Irlanda. Despues de echar una rápida ojeada á todos los referidos papeles, Stamaty se persuadió de que no podia enterarse bien de los antiguos documentos que entre ellos habia, ni tampoco de los recientes que se hallaban en desórden á propósito. Una persona discreta, á quien Watson confió su venturoso hallazgo, le manifestó que, una vez que la suerte habia puesto en buenas manos esos papeles, cuya adquisicion no se verificó ciertamente para comprometer á honradas y respetables familias, convenia embarcar en Civitavecchia los baules que los contenian, guardándose del cónsul inglés Denis, ó mejor de su esposa, que intervenia en todos los asuntos, y hasta en todas las investigaciones políticas, mas que su marido, que casi no se hallaba en disposicion de desempeñar su cargo. El inglés no siguió estos consejos, y habiendo el gobierno de Roma tenido noticia de lo que medió respecto á los papeles del cardenal Yorck, se apoderó de ellos, excepto de algunos legajos que no pudo hallar, siendo infructuosas las reclamaciones que para recobrarlos hizo Watson.

La corte de Viena solicitó el arreglo de algunos asuntos relativos á la organizacion del clero de Austria, á la venta de

algunos bienes eclesiásticos y á la navegacion del Pó. Firmáronse acerca de todos estos puntos los oportunos convenios, cuya ratificacion por parte del emperador de Austria llegó á Roma el 26 de enero.

El gobierno pontificio deseaba sustraerse gradualmente al influjo del Austria; mas era preciso proceder con tiento, pues ese influjo era muy grande desde que el Padre Santo entró en el pleno goce de su autoridad. El gobierno pontificio se ocupaba en organizar el ejército para guardar las fronteras y mantener la tranquilidad en las provincias. A la sazón ese ejército se componia tan solo de seis mil hombres, segun se aseguraba, mas en realidad llegaba ya á diez mil, y habia el proyecto de elevarlo hasta doce ó catorce mil. Si esto se conseguia, se pensaba en entrar en negociaciones para que se quitase la guarnicion de Ferrara.

Los asuntos eclesiásticos de Baviera, que quedaron suspensos desde la época de Cetto, marchaban perfectamente, y se esperaba terminarlos de un modo satisfactorio. Tambien estaba próximo el día en que se arreglasen los asuntos del Piamonte. El rey de Nápoles acababa de cambiar su título, sustituyéndolo por el de *Fernando I, rey de las Dos Sicilias*, siguiendo en esto el parecer de sus consejeros, los cuales creyeron que por medio de este nuevo título el monarca evadiria las demandas del gobierno pontificio tocante á la investidura y al tributo. En vista de esto, el Papa protestó reservándose los derechos que correspondian á la Santa Sede en el reino de Nápoles, y el gabinete del *reino de las Dos Sicilias* protestó á su vez, declarando que no reconocia en el Sumo Pontífice mas derechos que los que como jefe de la Iglesia tenia sobre todos los católicos.

Hacia esa época el rey de España solicitó y obtuvo una bula en que se le permitia imponer al clero, por espacio de seis años, una contribucion extraordinaria de seis millones de reales.

Los enemigos de la restauracion esparcian en Italia la voz de que la Francia dictaba medidas de rigor contra la familia de Bonaparte. Estas medidas se debian á las instancias de los embajadores de las tres principales potencias del continente,

á saber : el Austria , la Rusia y la Prusia , las cuales , en 21 de febrero , dirigieron al cardenal Consalvi una nota , contestando á la que Su Eminencia les habia enviado instruyéndoles de las medidas adoptadas con respecto al príncipe de Canino , á quien dichas potencias tenian sujeto á una exquisita vigilancia. Hé aquí la nota de los expresados representantes :

«Los infrascritos embajadores de las altas potencias aliadas , que en virtud de lo acordado en París y del expreso consentimiento de la Santa Sede están encargados de ejercer una especial vigilancia sobre Luciano Bonaparte y su familia , han recibido la nota que Vuestra Eminencia reverendísima les ha dirigido con fecha 17 del mes corriente , participándoles las medidas que por órden de Su Santidad ha adoptado el gobierno , para impedir que Luciano Bonaparte salga clandestinamente de los Estados pontificios. Los infrascritos aprecian las prudentes y oportunas consideraciones que han inducido al Padre Santo á tomar semejantes medidas ; mas al mismo tiempo se ven obligados á manifestar á Vuestra Eminencia que no las consideran suficientes para dejarles tranquilos de los temores que les infunde Luciano Bonaparte. Si no se le vigila rigurosamente , puede intentar embarcarse en algun punto de las costas del Mediterráneo ó del Adriático , evitando de este modo hacerlo en algun puerto , en donde sabe que correria riesgo de ser conocido. La intencion manifestada por Luciano Bonaparte de acompañar á su hijo á América , puede ciertamente limitarse á asuntos privados , y por decirlo así indiferentes ; mas el carácter que se le conoce y el comportamiento que ha observado durante las últimas críticas circunstancias que ha atravesado la Europa , justifican sobradamente las sospechas á que dá lugar la demanda que acaba de hacer.

«No contento Vuestra Eminencia con dictar sábios reglamentos para la administracion interior , los cuales bastarian por sí solos para hacerle para siempre memorable como ministro , ha organizado la policia á la cual puede encargarse que observe cuidadosamente los pasos del príncipe de Canino , tanto en Roma como fuera de ella. De este modo Vuestra Eminencia conseguirá que llegue al colmo la confianza que inspira á los augustos monarcas de los infrascritos , por medio de su celo y del interés que la Santa Sede demuestra en afianzar en todas partes la seguridad pública , y en rechazar todo cuanto pueda oponerse á la consecucion de un fin tan importante. Los infrascritos no pueden ejercer de un modo eficaz su vigilancia sobre Luciano , sino poniéndose de acuerdo con Vuestra Eminencia tocante á los medios que con este objeto puede emplear la Santa Sede. Por lo mismo creen de su deber invitaros á que les ilumineis con vuestros consejos , y á que les indiqueis los medios mas á propósito para desempeñar , tanto en Roma como fuera de ella , el cometido que

tienen, y que están obligados á llenar exactamente y con urgencia para cumplir con las rígidas instrucciones de sus soberanos, evitar la responsabilidad que de no hacerlo contraerían, y conservar la tranquilidad pública. Este es el objeto de esta nota, y los infrascritos no dudan de que Vuestra Eminencia apreciará su oportunidad, y la verdad de lo que en ella se halla consignado. Los infrascritos aprovechan esta coyuntura para ofrecer á Vuestra Eminencia las demostraciones de su alta consideración.

Desde que se celebró el convenio de 25 de agosto, los asuntos de Francia no habian dado un solo paso. Blacas pasó á París á recibir instrucciones; encargósele que convenia aprovechar la buena disposicion en que se hallaba el gobierno pontificio para introducir algunas modificaciones en el expresado convenio. El rey aprobó el pensamiento de Blacas de considerarlo como no hecho, y de proponer otro. Manifestóse al embajador que adquiriria nuevos títulos al aprecio de la Francia si conseguia llevar á cabo unas negociaciones tan interesantes, cuyo feliz éxito influiria en alto grado en el completo restablecimiento de la organizacion social y en la estabilidad de la monarquía.

Los ministros franceses solicitaron pormenores acerca de la situacion del cardenal Maury, quien estaba muy afligido desde que en 3 de mayo de 1814 el Papa le manifestó desde Casena que se hallaba disgustado de él. Segun se ha visto, fué preso por órden de la junta que gobernaba en Roma cuando la invasion de Joaquín. Mas adelante obtuvo permiso para vivir en las habitaciones contiguas á San Silvestre. Posteriormente renunció el obispado de Montefiascone. Entonces el Papa le asignó cuatro mil escudos pagaderos por el tesoro, y manifestó deseos de verle. El cardenal Consalvi quiso acompañarle á la presencia del Padre Santo, quien, consecuente con lo que tantas veces habia dicho, esto es, que era menester que cada cual olvidara sus yerros, habló con cariño á monseñor Maury, indicóle cuanto sintió que no le hubiese seguido á Génova, aseguróle que le admitia de nuevo en su gracia, y le encargó que cuidara de su salud, diciéndole varias veces que podia marcharse de San Silvestre y volver á su casa. El cardenal Maury se hallaba afectado de agudos dolores, y muy débil á causa de su edad y de lo mucho que habia trabajado. En 11 de mayo de 1817

el embajador de Francia escribió á París que el autor del *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito* y del *Panegírico de san Luis* habia sucumbido, despues de una dolorosa enfermedad, á la edad de setenta y un años.

CAPÍTULO LIX.

El Papa cae enfermo.—Concordato de 11 de junio de 1817.—M. de Perigord, M. de Luzerne y M. de Bausset son nombrados cardenales.—Concordato con el Piamonte, la Rusia y Nápoles.—Carta del regente de Inglaterra al Papa.—Portalis es enviado á Roma.—Napoleon solicita que se le envíe un sacerdote á Santa Elena.—Breve del Papa á [M. Perigord.—Fernando I en Roma.—El duque de Richelieu escribe desde Aquisgran al cardinal Consalvi.

Hacia esa época cundi6 la voz de que el Papa se hallaba atacado de una enfermedad peligrosa. Cuando lo supe me afect6 mucho. Mas tarde llegaron á Viena algunas cartas en que se hablaba de su restablecimiento, y de una recaida que infundia sérios cuidados. Para el desgraciado caso de que la cristiandad hubiese de lamentar la pérdida del Papa, creí de mi deber redactar algunas observaciones acerca del carácter de los personajes que debian elegir otro pontífice. Verifiqué este trabajo á toda prisa, y lo entregué al embajador Caraman que partia para París. Antes de marcharse me presentó al emperador como encargado de negocios del rey de Francia. El sacro colegio se componia á la sazón de cincuenta y siete cardenales, distinguidos unos con el nombre de cardenales negros y otros con el de cardenales rojos. Los cardenales últimamente elegidos no iban comprendidos en estas denominaciones.

Al fin, en 11 de junio Blacas firmó con el cardinal Consalvi el convenio conocido con el nombre de concordato de 1817. Como difiere del de 25 de agosto de 1816, voy á transcribirlo íntegro. Dice así:

«En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad,

«Su Santidad el Sumo pontífice Pio VII, y Su Majestad Cristianísima, animados del mas vivo deseo de que cesen enteramente en Francia los males

que tantos años hace afligen á la Iglesia, y de que la religion recobre en dicho reino su antiguo esplendor; una vez que el feliz regreso del nieto de san Luis al trono de sus mayores permite que se establezca en él de un modo mas conveniente al régimen eclesiástico, han determinado ajustar un convenio solemne, reservándose atender luego con mas amplitud y de comun acuerdo á los intereses de la religion católica. Por lo tanto, Su Santidad el Sumo pontífice Pio VII ha nombrado por su plenipotenciario á su eminencia monseñor Hércules Consalvi, cardenal de la santa Iglesia romana, diácono de Santa Agata *ad suburram*, su secretario de Estado, y Su Majestad el rey de Francia y de Navarra, á su excelencia Pedro Luis Juan Casimiro, conde de Blacas, marqués de Aulps y de Rolands, par de Francia, jefe del guardarropa, su embajador extraordinario, y plenipotenciario cerca de la Santa Sede.

«Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, que se han hallado estar en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

«Artículo I. Queda restablecido el concordato celebrado entre el sumo pontífice Leon X y el rey de Francia Francisco I.

«Art. II. A consecuencia del artículo precedente, queda sin efecto el Concordato de 15 de julio de 1801.

«Art. III. Los artículos llamados *orgánicos*, que fueron hechos y publicados sin conocimiento de Su Santidad en 8 de abril de 1802, al mismo tiempo que dicho concordato de 15 de julio de 1801, quedan derogados en todo lo que se opongan á la doctrina y á las leyes de la Iglesia.

«Art. IV. Serán restablecidas en el número que se convenga de comun acuerdo, como lo mas ventajoso para el bien de la religion, las sillas que quedaron suprimidas en Francia en virtud de la bula de Su Santidad de 29 de noviembre de 1801.

«Art. V. Se conservan todas las iglesias arzobispales y episcopales del reino de Francia, erigidas á consecuencia de dicha bula de 29 de noviembre de 1801, así como tambien sus titulares actuales.

«Art. VI. La disposicion del artículo precedente, relativo á la conservacion de los actuales titulares en los arzobispados y obispados que existen hoy dia en Francia, se entiende sin perjuicio de las excepciones que hagan necesarias causas graves y legítimas, y de que algunos de dichos titulares puedan ser trasladados á otras sillas.

«Art. VII. Las diócesis así de las sillas existentes en la actualidad como de las que se erijan, serán circunscritas del modo mas cómodo para su mejor administracion, despues de solicitado el consentimiento de los titulares actuales y de los capítulos de las sillas vacantes.

«Art. VIII. Se asignará á dichas sillas, tanto á las que existen como á las que se erijan, una dotacion razonable en bienes raices y en rentas del Estado, tan luego como las circunstancias lo permitan, y entretanto se facilitarán á sus pastores los recursos suficientes para mejorar su suerte.— Serán dotados

igualmente los capítulos, los párrocos y los seminarios existentes y los que se fundaren.

« Art. IX. Su Santidad y Su Majestad Cristianísima que conocen todos los males que afligen á las iglesias de Francia, saben tambien cuan útil será á la religion que se aumente pronto el número de sillas actuales. En consecuencia, para no retardar hacer una cosa tan provechosa, Su Santidad publicará una bula mandando proceder sin demora á la ereccion y á la nueva circunscripcion de diócesis.

« Art. X. Con el objeto de dar un nuevo testimonio de su celo por la religion, Su Majestad Cristianísima empleará de acuerdo con el Padre Santo todos los medios que estén á su alcance, para hacer cesar lo mas pronto posible los desórdenes y obstáculos que se oponen al bien de la religion y á la ejecucion de las leyes de la iglesia.

« Art. XI. Los territorios de las antiguas abadías llamadas *nullius* serán incorporados á las diócesis, dentro de las cuales se hallen enclavados despues de practicada la nueva circunscripcion.

« Art. XII. El restablecimiento del concordato que se ha observado en Francia hasta el año 1789 (estipulado en el art. I del presente convenio), no importa consigo el de las abadías, prioratos y otros beneficios que existian en esa época. Con todo, los que en lo sucesivo tal vez se fundaren, se sujetarán á las reglas prescritas en dicho concordato.

« Art. XIII. Las ratificaciones del presente convenio serán canjeadas dentro de un mes, ó mas pronto si es posible.

« Art. XIV. Tan luego como se hayan canjeado las ratificaciones, Su Santidad confirmará este convenio por medio de una bula, publicando en seguida otra disponiendo la circunscripcion de diócesis.—En fe de lo cual, los plenipotenciarios respectivos suscriben y sellan el presente convenio.

« Hecho en Roma, á 11 de junio de mil ochocientos diez y siete.

« Hércules car. CONSALVI, BLACAS d' AULPS. »

El 26 de junio, el Papa tuvo una caída que infundió sérios temores; mas afortunadamente no produjo malas consecuencias.

En 21 de julio el duque de Richelieu acusa el recibo del concordato, diciendo:

« He presentado inmediatamente al rey vuestros despachos. Su Majestad ha experimentado la mas viva satisfaccion al ver terminado felizmente un asunto tan importante y tan arduo, y comprende cuanto celo y cuanta habilidad habeis tenido que desplegar para vencer tan pronto como vos lo habeis hecho, desde que regresasteis á Roma, los obstáculos que quedaban por superar todavía. Las concesiones que habeis obtenido son mas importantes aun

que las que habeis hecho, y los cambios que ha experimentado el convenio de 25 de agosto, han destruido en todos los puntos esenciales las objeciones á que se prestaba su redaccion. No podiamos esperar mas acerca de la declaracion relativa al juramento, desde que se ha convenido que la nota oficial, cuyo proyecto definitivamente acordado me envais, reemplace á la carta que se exigia del rey. Os remito la ratificacion.

« Los obispos de Cambrai, Aviñon, Angulema y Dijon han rehusado acceder á la invitacion que se les hizo para que dimitieran, de modo que este asunto se hace muy espinoso. La permanencia de dichos obispos en la Iglesia galicana será indudablemente un grande escándalo; mas es inevitable, puesto que no hay ningun medio canónico, ni regular, para obligarles á dejar sus sillas.... El rey ha opinado en su sabiduría que habia de tolerarse este mal, el que solo podria remediarse por medio] de otro mal mas general y de consecuencias mucho mas temibles. Por lo tanto esos cuatro obispos permanecerán en sus sillas. »

En 19 de julio, el Papa publicó una bula confirmando el convenio de 11 de junio. En ella prodiga grandes elogios á la nacion francesa, cuya cooperacion, solicitud y afecto recuerda gozoso. En 27 de julio expide una bula, disponiendo la circunscripcion de noventa y dos diócesis, y al dia siguiente convoca al sacro colegio y le dirige una alocucion.

Manifiesta á los cardenales que al fin, despues de muchos obstáculos, recibió cartas de sumision de los obispos que rehusaban dimitir, los cuales demostraron que se dolian mucho del profundo pesar que su comportamiento le habia causado. Su Santidad hace mencion de una nota de Blacas, en la cual se explica que el juramento por el cual los súbditos prometen obediencia á la constitucion, solo se refiere á lo concerniente al órden civil. El Papa dice luego que para que el contento que experimenta sea completo, ha nombrado cardenales á Alejandro Angélico de Talleyrand, antiguo obispo de Reims, á Cesar Guillermo de la Luzerne, antiguo obispo de Langres, y á Luis Francisco de Bausset, antiguo obispo de Alesia. Manifiesta además que se reserva *in petto* el nombramiento de dos cardenales: eran Francisco Cesarini de Leoni, decano de la Rota, y Antonio Lanté, decano de la cámara apostólica.

En 9 de agosto hubo en Roma un verdadero contento por haberse sabido que el cardenal Consalvi acababa de ajustar un concordato con el Piamonte. En su virtud el Papa prometia en-

viar al rey de Cerdeña un nuncio de primera clase, y conferir á este el capelo concluido su cargo.

En 22 de noviembre, Luis XVIII mandó presentar á la cámara de los diputados el proyecto de ley que se necesitaba para sancionar el concordato recientemente ajustado.

El cardenal Consalvi llevaba á feliz término todos los negocios. En 28 de enero de 1818, Italinsky firmó un concordato en nombre de la Rusia en beneficio de la Polonia. Acordóse que habria un obispo en Varsovia y ocho sillas episcopales en el nuevo reino, [y se regularon los derechos que deberian satisfacerse por las bulas de institucion. Estos derechos fueron muy módicos desde entonces.

A pesar de que la salud del Padre Santo se hallaba muy decaída, no inspiraba sin embargo mucho cuidado. Afligido el Papa al ver que el arreglo de los asuntos eclesiásticos de Francia experimentaba demora, mientras que se terminaban fácilmente los de las demás potencias, escribió al rey en 3 de febrero para preguntarle la causa de que el proyecto de ley presentado á las cámaras desbaratase el convenio de 11 de junio de 1817. Ordenó asimismo al secretario de Estado que expusiese al conde de Blacas todas las quejas de la Santa Sede.

Hácia esa época se otorgó permiso á Isoard, auditor de la Rota por parte de la Francia, para que volviese á Roma á ejercer de nuevo sus funciones. Entretanto, además de los asuntos de Francia ocupaban muy especialmente á Su Santidad las contestaciones que tenia con la corte de Nápoles. El cardenal Consalvi propuso á Médici, primer ministro del rey, trasladarse á Terracina para conferenciar ambos acerca del modo de arreglar los asuntos. En 16 de febrero ajustaron un concordato, del cual voy á transcribir algunos artículos.

«La religion católica apostólica romana es la única religion del reino de las Dos Sicilias, y se conservará siempre en él con los derechos y prerogativas que le corresponden, segun el precepto de Dios y las disposiciones canónicas.—Las abadías llamadas *nullius diæcesis* que tienen pocas rentas, serán incorporadas á las diócesis de los ordinarios. No se incorporarán las abadías consistoriales que cuenten con mas de cincuenta ducados de renta. La colacion de estas abadías pertenecerá á la Santa Sede.—Se restituyen á la Iglesia los bienes eclesiásticos que el *gobierno militar* no ha vendido.—No

se molestará á los que adquirieron los bienes eclesiásticos enajenados por el rey de Nápoles y de Sicilia antes de la invasion con el objeto de evitarla.— Los bienes de los regulares no vendidos se distribuirán, sea cual fuere su procedencia, entre los conventos que se abran, y las órdenes que se dedican á la educacion de la juventud, á las bellas letras, al cuidado de los enfermos y á la predicacion.—Se aumentará el número de capuchinos, observantes, reformados, y *alcantarinos* cuando las circunstancias lo exijan. Todos los religiosos que se restablecen dependerán de sus superiores generales respectivos.— El gobierno concederá una pension á los frailes secularizados.— Los arzobispos y obispos serán libres en el ejercicio de su ministerio pastoral en los términos prescritos en los sagrados cánones. No se les prohibirá hacer la visita *ad limina Apostolorum*, ni convocar los sínodos diócesanos; y podrán libremente publicar sus instrucciones relativas á materias eclesiásticas. Dispondrán y mandarán que se verifiquen rogativas públicas y otras prácticas piadosas siempre que lo exija el bien de la Iglesia, del Estado, ó del pueblo.

Se podrá apelar á la Santa Sede.—El gobierno prohibirá la circulacion de los libros del reino, ó de los que se introdujeren en él, cuando los arzobispos y obispos hallaren en ellos algo que fuere contrario á la doctrina cristiana y á las buenas costumbres.—Será sagrada é inviolable la propiedad de la Iglesia en los bienes que posee, y en los que adquiriere.—El rey verificará los nombramientos de arzobispos y obispos del *reino de las Dos Sicilias* que antes no le correspondia. Los arzobispos y obispos prestarán este juramento: « Juro y prometo sobre los santos Evangelios obediencia y fidelidad á la Majestad Real; prometo igualmente que no tendré ninguna comunicacion, ni tomaré parte en ninguna reunion, ni conservaré dentro ni fuera del reino ninguna relacion sospechosa que perjudique la tranquilidad pública; y que si sé que en mi diócesis ó fuera de ella se trama algo en perjuicio del Estado, lo manifestaré á Su Majestad. »

Artículo secreto, reproduccion del contenido en el concordato anterior de Nápoles del año 1741.

« Deseando Su Santidad que tanto en Nápoles, como en todo el reino, tengan pronta y fácil ejecucion las bulas, breves y demás disposiciones de la corte de Roma, así como las de sus tribunales y ministros, el rey, en nombre de su conocida piedad y religiosidad, asegura á Su Santidad que dictará las órdenes oportunas para que se cumplan pronto dichas disposiciones de Roma. »

El rey de Nápoles ratificó este tratado, y envió al cardenal Consalvi una caja adornada con brillantes de valor de dos mil luises.

Todos los dias eran mayores los buenos sentimientos de que el gobierno inglés se hallaba animado hácia el Padre Santo. A

principios de marzo dió de ellos un testimonio público en Roma. A'Court, embajador de Su Majestad Británica en Nápoles entregó al Papa una carta que le dirigia el príncipe regente de Inglaterra. Estas primeras relaciones directas entre la Santa Sede y el gabinete de Lóndres produjeron mucha impresion en Roma, pues hacian concebir esperanzas de que el gobierno inglés, que habia enviado ya un cónsul general á los Estados romanos, no tardaria en establecer en ellos un embajador.

Solo faltaba para que el Papa estuviese completamente satisfecho, que le llegasen buenas noticias de Francia, en donde á la sazón se habia entablado una correspondencia entre el rey y el cardenal Perigord, que habia sido nombrado arzobispo de París. No puedo resistir á la tentacion de copiar una carta muy expresiva que este último dirigió á Su Majestad con fecha 11 de marzo. Héla aquí :

«¡Ah! señor, nuestro corazon debiera hallarse animado de sentimientos favorables á la Iglesia... ¡Cuánto tiempo precioso se ha perdido! Hemos llegado ya al día de la resurreccion, y sin embargo, en vez de alegres cánticos, en los cuales habríamos ensalzado mil veces al Señor por haber recobrado la libertad, continuaremos gimiendo sin poder alabarle mas que por los males que hemos sufrido, y por los que tal vez nos esperan, *puesto que à Dios se le ha de alabar por todo*.... En fin, si en vista de tan graves consideraciones yo consiguiese atraer sobre mí un solo momento las miradas de Vuestra Majestad, le diría con el profeta: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me*. Sí, señor, desde que por vuestra voluntad, por vuestra eleccion y por disposicion vuestra me he visto elevado á las mas altas dignidades, elegido para ocupar la silla mas importante del reino, y encargado en cierto modo de dirigir como desde en medio de un mar tempestuoso á los pilotos de esta Iglesia galicana, que despues de treinta años de agitaciones y de sacudimientos temen aun perecer á la vista del puerto que vos les habeis abierto; desde esa época solo vivo entre disgustos y amarguras. Me ruborizo al verme rodeado de toda clase de consideraciones, mientras mis compañeros se hallan abandonados en este momento, y algunos de ellos ignominiosamente tratados, desde que Vuestra Majestad se sirvió de mí para llamarlos públicamente á ejercer las funciones del episcopado. Me avergüenzo de disfrutar los beneficios de un concordato que no se ejecuta, y que quizás no llegará á ejecutarse del todo. Me hallo reducido á congratularme de mis largos y crüeles pesares, los cuales me evitan la confusion que experimentaria al comparecer á vuestra presencia, cuando en otro tiempo vuestra presencia aliviaba mis penas y dilataba mi cora-

zon. Salvadme, señor, del oprobio en que me veo, ó permitidme que, como Samuel, hore léjos de vos los rigurosos juicios pronunciados por Dios contra el rey que escogió, y que muera implorando en favor vuestro y de la Francia la misericordia que le demostró en otros tiempos.

« Soy con el respetuoso rendimiento que vos conoceis, señor, en mí, de Vuestra Majestad muy humilde, muy obediente y muy fiel súbdito.

« A. card. de PERIGORD. »

El conde de Marcelo miembro de la cámara de los diputados y de la comision encargada de dar cuenta de los asuntos eclesiásticos, recibió en 23 de febrero contestacion del Papa á la carta que le habia escrito. Su Santidad se expresaba con alguna energía, y aconsejaba al diputado que combatiese denodadamente, y que se resistiera á las exigencias del ministerio. Con el tiempo se lamentó la intervencion de esta tercera persona en la gran cuestion que se agitaba. Si se hubiesen abandonado las negociaciones, la Santa Sede hubiera podido usar de sus derechos de supremacía pontificia, manifestar su voluntad, y dictar las disposiciones que le pareciesen oportunas; mas entenderse con el diputado era lo mismo que romper, sin quererlo. Por muy severo que parezca el juicio que acabamos de emitir, que fué el mismo que formaron casi todos los gobiernos de Europa, es lo cierto que se dió al ministerio francés un motivo especioso para romper en cierto modo las negociaciones.

En 17 de marzo, el ministro del interior, Lainé, escribió á Richelieu lo siguiente:

« Próximo estaba ya el momento de superar las infinitas dificultades suscitadas contra la ley que habia de promulgarse á consecuencia del convenio del año 1817, cuando el breve dirigido por el Papa (1) á M. de Marcelo ha frustrado todas las esperanzas. »

El ministerio de Francia no se contentó con separarse enteramente del convenio de 11 de junio, sino que ordenó á Blacas que lo manifestara por medio de una nota, participándole al mismo tiempo que Portalis, hijo del conde de este nombre,

(1) No era un breve, sino una carta privada. No fué ciertamente el conde de Marcelo quien la divulgó, pues tenia demasiada nobleza de carácter para dar semejante paso.

que, como es sabido, fué ministro de Napoleon, se dirigiria á Roma para empezar nuevas negociaciones. En las instrucciones que se dieron á Portalis se hallaba consignado que era procedente solicitar la celebracion de un nuevo concordato. Habia de convenirse en que el rey nombraria los obispos y en que el Papa los instituiria; debian acordarse las medidas oportunas para abrogar los artículos orgánicos, en que se considerase que habia algo contrario á las doctrinas y á las leyes de la Iglesia; habia de prometer que el rey aumentaria el número de obispados cuando el estado de la hacienda de Francia lo permitiese, y que dotaria los obispados con los bienes que, á tenor del artículo 143, tít. XI de la ley de 25 de marzo de 1817, quedaron á su disposicion para destinarlos á los establecimientos eclesiásticos. Se encargó á Portalis que llamase la atencion del Papa sobre la resistencia que oponian los constitucionales y los disidentes de la *pequeña Iglesia*, advirtiéndole que en el caso de que no pudiese inducir al gobierno pontificio á adoptar este nuevo plan, escuchase las proposiciones que hiciese el Papa para trasmitirlas á París. Blacas recibió instrucciones parecidas á estas. Richelieu le manifestaba además que convenia persuadir al Papa de la imposibilidad de perseverar en el sistema que *por error mútuo*, habian seguido ambos gobiernos, y cuyo resultado fué el convenio de 11 de junio.

El duque de Richelieu dirigió á Blacas una carta privada en la que, con una franqueza honrosa y propia de un militar, le decia lo que sigue:

« Voy á hablaros acerca del envio de Portalis á Roma. Estad seguro de que no se ha querido daros con ello un desaire: ¿por qué dároslo? ¿Por ventura no habeis hecho todo lo que con vos hemos acordado? ¿Acaso no es culpa nuestra no haber *conocido mejor el terreno en que nos hallábamos*?... Con respecto á Portalis, como es hombre de religiosos sentimientos, muy afable y conciliador, espero que se olvidará en vista de todas estas cualidades la prevencion con que se miraba á su padre... Hemos querido daros un auxiliar, un refuerzo, para llevar á cabo un asunto que es muy importante y arduo.... Tocante á nuestra posicion, juzgais muy bien acerca de los resultados que podria traer relativamente á las potencias extranjeras el llevar muy allá las exigencias. No es seguramente el medio mas á propósito para consolidar el gobierno del rey conferirlé la mision de borrar todas las iniquidades

cometidas por el gobierno imperial, y explotar la Francia en provecho de lo extranjeros. El tratado de 20 de noviembre se ajustó teniendo *la cuchilla suspendida sobre la cabeza*. Era indispensable acallar las reclamaciones cada día mas numerosas que se hacian, las cuales ascendian ya á la suma de mil seiscientos millones. Esto es lo que acabamos de conseguir despues de difíciles negociaciones. Ambas cámaras han votado la entrega de los bienes reclamados, y sin embargo, los fondos públicos no han sufrido alteracion alguna, lo cual prueba la confianza que inspira el gobierno del rey. ¡Ah! señor conde, terminad pronto las cuestiones eclesiásticas pendientes, para que podamos concebir la esperanza de ver asentarse sobre sus verdaderas bases el órden en Francia.

« Recibid, etc. »

La revolucion dejó tras ella un cúmulo de negocios de una naturaleza especial. Por haberse querido mostrar demasiado generoso, el Papa se expuso voluntariamente á intrusiones que lastimaban su soberanía. Luciano queria abandonar á Roma, en donde se habia refugiado á consecuencia de una intona hecha por un capitan de bandidos, para apoderarse de él á fin de exigir luego un buen rescate. Luciano tenia motivos para desear ir á Bolonia; mas Kaunitz, embajador de Austria, se oponia á que lo verificara. El Padre Santo manifestó con dulzura al cardenal Consalvi que la severidad con que se trataba á Luciano, provenia quizá de la inclinacion que Su Eminencia demostraba por él, tratando de protegerle siempre que podia. En esto se dirigió al Padre Santo una peticion del jefe de la familia de Bonaparte. A principios de mayo, el cardenal Fesch se avistó con Consalvi para decirle que Napoleon y las personas que estaban á su lado en Santa Elena, sentian mucho que no hubiese allí ningun sacerdote católico, y solicitaban el favor del Padre Santo para que se les enviase uno. Todos ellos pedian especialmente á Su Santidad que comunicase lo mas pronto posible sus deseos al gobierno británico. El Papa dispuso que se diesen inmediatamente los pasos necesarios para conseguir satisfacer la demanda que se le hacia. El Padre Santo vertió en esta ocasion palabras llenas de caridad, de bondad y de generoso interés, las cuales produjeron el efecto que veremos mas tarde.

En 31 de mayo, el cardenal Consalvi dirigió á Blacas una ex-

tenza nota en contestacion á otra de fecha 23 de abril, en la cual este embajador manifestaba los acuerdos últimamente tomados por el gobierno francés. El cardenal Consalvi expone á Blacas que el concordato de 11 de junio de 1817, revestido como se halla de todos los requisitos de un tratado perfecto, santo é inviolable, no puede alterarse en modo alguno; y debe cumplirse al pié de la letra por las partes que lo han ratificado y sancionado. El cardenal manifiesta luego en otra nota que el Padre Santo, próximo como se halla á comparecer ante el Juez supremo, no tendrá ulteriores miramientos, si por desgracia no son aceptables las proposiciones que se le hagan. En 25 de junio, Portalis obtuvo una audiencia del Padre Santo, quien le dijo: « Los asuntos de Francia son los que mas disgustos nos han producido en nuestro pontificado.... Apreciamos infinito el carácter del rey, y confiamos mucho en sus sentimientos religiosos; mas es preciso sostener lo que se ha hecho: ese concordato concluido y ratificado debe llevarse á cumplimiento. Haremos sin embargo todo cuanto de Nos dependa para probar al rey el deseo que nos anima de entendernos con él, mas ha de ser *salvo el concordato*. Tocante á este punto estamos resuelto á no transigir, pues harto sabemos que nada se gana en condescender á ciertas pretensiones.... Dios nos sacará de todos los apuros: *no es lícito causar daño, ni aun para alcanzar un bien.*»

Un dia en que Pio VII hablaba con una persona de su confianza, al recaer la conversacion sobre el concordato, dijo levantando los ojos y las manos al cielo: «¿Podemos acaso marcharnos con la conciencia turbada?» El Papa accedió á firmar el funesto, pero necesario convenio, segun se decia, del año 1801, en cuya virtud habian sido colocados en Francia nuevos obispos. Su Santidad decia: «Consentimos en ir hasta las puertas del infierno, pero queremos detenernos allí.» Solicitóse una nueva organizacion; accedió á ello el Papa, y se acogió á los antiguos concordatos; destruyó su primera obra, y ahora se pretendia que restableciese lo mismo que acababa de destruir. Para conseguir que se dejase sin efecto el concordato de 1801 y que se firmase y ratificase el de 1817, hubo de luchar y sufrir mucho. En apoyo de la pretension que tenia

de variar este último, el gobierno de París decía: «En todos tiempos se han empleado ciertos medios para explicar, extender, restringir y modificar los artículos de un tratado; por medio de pactos adicionales ó aclaratorios pueden resolverse toda clase de dificultades por graves que sean. Es menester trazar un plan sencillo y breve que infunda esperanzas de que cesarán los males y la division de la Iglesia, de que se tributará homenaje á los principios, de que se respetarán las autoridades, se tendrán consideraciones á las personas, que moderarán las opiniones y hasta las pretensiones, y se conciliarán las creencias débiles con las convicciones de los hombres de religiosos sentimientos empleados por el Papa en la administracion de las cosas espirituales. La forma de un breve, decíase además, sería preferible á la de una bula; pues cuanto menos se demuestre el espíritu de autoridad, mas aparecerá el espíritu de concordia, y mas fácil será que los negociadores de ambos países procuren conseguir una páz sólida y una reconciliacion sincera.»

El gobierno pontificio, que siempre ha procedido con mucho tino, comprendió cuan oportuno era dejarse guiar por algunas de esas ideas de órden. Deseaba arreglarlo todo; pero por medio de una bula. Consalvi promovió en nombre del Papa un incidente en las negociaciones. Su Santidad queria dirigir al cardenal Perigord un breve, enterándole de todas las cuestiones que se estaban ventilando. Los plenipotenciarios franceses no se opusieron á ello, y en consecuencia enviaron á París un breve, que el Papa hizo redactar con mucho cuidado y que llevaba la fecha del 10 de octubre. Su Santidad decia en él al cardenal Perigord que sin duda no ignoraba que se habia ajustado un convenio, cuya ejecucion se hallaba suspendida, y añadía que como el asunto era grave, habia creído oportuno, antes de decidir cosa alguna, pedir el parecer de sus venerables hermanos los obispos de Francia, á cuyo fin se dirigia á él atendida la gran representacion que le daba su elevada categoria, su adhesion á la cátedra de San Pedro y el esplendor de sus numerosas virtudes. Le rogaba igualmente que consultase á todos los obispos, tanto presentes como ausentes, y le enviase una relacion de los pareceres de todos.

El Papa no podia dudar del celo de los obispos, pues treinta y dos se le habian dirigido ya anteriormente.

Richelieu se hallaba en Aquisgran. El consejo del rey, á quien el Papa habia dejado en libertad de escoger el momento oportuno para la remision del breve, creyó que no debia enviarlo directamente á M. de Perigord. Mas, ¿no era probable que este cardenal tuviese conocimiento de él por cartas de Roma? Ese breve, esa prueba de confianza y de aprecio dada á ese ilustre prelado, ni el esmero que Consalvi ponía en complacer siempre á la Francia, bastaron para conseguir todavía el apetecido resultado.

En Roma se hallaba algo interrumpido el curso de los negocios á causa de la llegada del rey de las Dos Sicilias Fernando I, que pasó á dar las gracias al Papa por haberse ajustado el tratado de Terracina. Blacas obsequió espléndidamente á Fernando I en su quinta de Médicis. Concluida la cena, los convidados se marcharon, y el rey antes de despedirse de Blacas le dijo: «Vuestra quinta tiene dos puertas; ¿por qué no nos habeis hecho entrar por aquella, y no por esta?» A lo cual respondió Blacas sin turbarse: «Señor, entrareis por ella el jueves próximo, en que espero tener otra vez el honor de obsequiar aquí á Vuestra Majestad.» Para salir airoso del compromiso que acababa de contraer, el embajador envió á buscar inmediatamente á Mazois, que habia dispuesto todos los adornos que figuraban en la quinta de Médicis en la fiesta que acababa de darse en ella á Fernando I. Manifestóle lo que habia mediado, y que la palabra que empeñó en un momento de sorpresa, debia cumplirse. Mazois, que se entusiasmaba siempre que oía hablar de Nápoles, arregló en tres dias la quinta de Médicis mejor aun que la otra vez.

El infatigable cardenal Consalvi, á quien no distrajeron por mucho tiempo los festejos con que se obsequiaba á Fernando I, creyó oportuno dirigirse al duque de Richelieu, que se hallaba aun en Aquisgran, para rogarle impidiese que algunos díscolos de los Estados romanos tratasen de indisponer contra la Santa Sede á los ministros de las cortes de Europa. El duque contestó á Consalvi lo que sigue:

« Monseñor: El Papa no podía dudar del celo de los

« El caballero Bertholdy me ha entregado la carta que Vuestra Eminencia me ha dispensado el honor de escribirme. Agradezco infinito las benévolas expresiones que os servís emplear al hablar de mí, y deseo muy mucho hacerme digno del favorable concepto que Vuestra Eminencia ha tenido á bien formar de mi persona. Tengo aquí las comunicaciones que se han dirigido en Roma á los condes de Blacas y Portalis, y en ellas he reconocido el espíritu de caridad y de conciliacion que siempre ha animado á Su Santidad, y al mismo tiempo las justas y elevadas miras que constantemente ha tenido Vuestra Eminencia. Espero que las respuestas que el conde de Blacas tenia encargo de dar á las proposiciones de la Santa Sede, allanarán las dificultades que puedan oponerse todavía á un arreglo, que considero indispensable para evitar la ruina de la religion en Francia y grandes desastres al Estado. Puede Vuestra Eminencia estar persuadido de que, sea lo que fuere lo que se escriba desde París á Roma, el gobierno del rey tiene un vivo deseo de colocar los asuntos religiosos en una base estable; que los obstáculos que ha encontrado son independientes de su voluntad, y que sobre todo no es tan insensato que quiera destruir la religion, sin la cual no pueden existir las sociedades. Servís, monseñor, admitir esta franca expresion de mis sentimientos, que son los del rey y de todos mis compañeros. He manifestado aquí á los ministros de las cuatro potencias los temores que Vuestra Eminencia ha concebido de que algunos mal intencionados de los Estados romanos no calumniasen al gobierno pontificio. He hallado entre mis compañeros los mismos sentimientos que el príncipe de Metternich debe haberos manifestado ya de parte de su augusto soberano y de la suya propia; se hace completa justicia á la fidelidad con que la Santa Sede ha cumplido todos los pactos del tratado de Viena, así como á la estricta imparcialidad con que siempre ha procedido. Si acaso se presentasen aquí algunos hombres para quejarse del gobierno del soberano Pontífice, creo poder aseguraros que no hallarian acogida.

«Recibid, etc.

« RICHELIEU. »

Esta carta llenó de contento al cardenal Consalvi. No por esto dejó de insistir en que se remitiese al cardenal Perigord junto con una comunicacion de la secretaría de Estado, el breve de que se ha hablado. El rey dispuso que el ministro del interior, Lainé, siguiese las negociaciones eclesiásticas empezadas, y quiso consultar tocante á ellas al conde de Hauterive, encargado del ministerio de negocios extranjeros por ausencia del ministro del ramo. A la sazón me hallaba yo en París. Fuí enviado á Madrid, y era natural que Hauterive me

hablase de los asuntos de Roma con motivo del trabajo que acerca del sacro colegio remití á Viena. Entonces supe una conversacion notable que Luis XVIII tuvo con el conde de Hauterive. El rey no queria que se resolviese cosa alguna acerca del breve antes del regreso del duque de Richelieu. Hauterive decia siempre al rey que por mucho que urgiesen las circunstancias, era prudente que para dar pasos de trascendencia se esperase á un ministro tan útil, tan fiel y tan reflexivo como el duque de Richelieu; pero que esta deferencia, merecida por su noble carácter, no era un obstáculo para ocuparse antes de que volviese, en buscar los medios de aprovechar, si se ofrecia coyuntura, la buena disposicion en que se hallase la corte de Roma. « Me parece, dijo el conde de Hauterive, que el rey puede considerar concluido este debate. No quiero examinar este asunto en París; supongo que me hallo en Roma, y como yo me he ocupado mucho de estas cuestiones en época que por delicadeza Vuestra Majestad no recuerda nunca, procuro llenarme de cierta intuicion política é investigo lo que debe pensar el Papa, el cardenal Consalvi y las personas que rodean á ambos. Aquí se pretende derribarlo todo, hasta lo que se ha hecho para reorganizar al sacerdocio; allí se desea enlazar lo hecho con lo venidero. ¿En qué situacion se halla la corte romana? A mí me parece que está rodeada de una auréola de gloria. Escuchando las palabras del consulado en 1801, se ha conjurado por espacio de muchos años un riesgo seguro. [Al generalizarse los de la nueva situacion ¿cuánto valor no ha desplegado el Papa para suportar la persecucion, y para dominarla hasta el punto de exigir y de alcanzar de ella que se le permitiera regresar á los Estados de la Iglesia?

« La Europa ha aplaudido y admirado semejante comportamiento. Roma es mas poderosa de lo que se cree. La Europa protestante venera al jefe del culto católico; la Europa católica desea en general concordatos liberales: ambas Europas sostendrian la resistencia que se opondria á la nuestra, á la cual imprimimos mas ó menos un carácter propio de la edad media. ¿Qué puede hacer el rey contra la Europa así dispuesta? Esta vez el Papa acude á los obispos, y esto no es un pensamiento

humano, sino un pensamiento divino que cicatriza todas las llagas. El rey hace muy bien en esperar al duque de Richelieu, á ese ministro tan grande y probó, cuya palabra vale tanto como un tratado. Preparémonos, pues, á obrar tan luego como llegue. Se lo repito al rey, el asunto estará concluído muy pronto en París, si se quiere. Como al envío del breve se ponen entorpecimientos que quizás se prolonguen, podrá ser que las cosas no estén arregladas sino despues de tres, de ocho meses; mas opino que se arreglarán con sujecion á las bases propuestas hoy dia. Yo soy antiguo partidario de las doctrinas del duque de Choiseul, embajador que fué en Roma, quien decia: « El gobierno de Roma es tan entendido, tan perpicaz, tan fuerte, y los partidos se reconcilian algunas veces con tanta facilidad, que ciertamente siempre es ella en las negociaciones la que indica el modo de salir de apuros despues de haberlo buscado otros sin hallarlo.» El sistema de unidad que se sigue en esa corte le da cierta autoridad, la cual establece por medio de un reducido número de palabras significativas. Con tal que quede *salva la unidad*, esa corte esencialmente moderadora entra en los intereses de aquellas con las cuales trata. De ahí, señor, el fenómeno que ofrece el verla abrazar el partido de sus adversarios, despues de contender con ellos por largo tiempo; de ahí ese breve que apacigua á nuestros obispos, á los cuales vos estais tambien interesado por vuestro honor á apaciguar, que tributa un homenaje á su fidelidad, y que perpetúa en el clero francés las tradiciones de la adhesion que tiene á vuestra eterna casa de Borbon.»

El rey interrumpió á Hauterive y le dijo: « Está muy bien lo que me decís; vuestro lenguaje es tan nuevo que yo quisiera que instruyerais de todo eso al Consejo.» — «Nó, señor, es muy arriesgado desenvolver ante el Consejo el concepto que uno forma de los negocios extranjeros, pues, al paso que se demuestra reserva en ciertos puntos conocidos, no se vacila muchas veces en divulgar cosas importantes.»

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.







UNITED
STATES
ARMY



D-1
1585